

ANTONIO DE LA NUEZ CABALLERO

LA
ISLA

EXCMA. MANCOMUNIDAD DE CABILDOS
PLAN CULTURAL



1.624

ANTONIO DE LA NUEZ CABALLERO

LA ISLA



EXCMA. MANCOMUNIDAD DE CABILDOS DE LAS PALMAS
PLAN CULTURAL

1979



Depósito Legal: M. 9.300-1979

I.S.B.N. 84-500-3133-8

Artes Gráficas Clavileño, S. A.—Pantoja, 20.—Madrid-2

NOTA DEL AUTOR

Estos artículos —ensayos— sobre LA ISLA, entre irónicos, pretendidamente poéticos y prosarios, se publicaron —muchos de ellos— anteriormente en la prensa y en un desaparecido libro autoeditado —en 1950— y perseguido pintorescamente por la censura. La acumulación de recuerdos ha hecho lo demás. También casi treinta años de otros escritos y puntos de vista. Sus repeticiones, paralelismos, contradicciones y paradojas, no tienen otro sentido. Su presencia en Canarias, en Madrid, en Venezuela, son ya una tradición. No tienen más valor. Ahí están de nuevo, si no corregidos, sí notablemente aumentados.

ANC

GRAN CANARIA

Grande en el nombre y en volatería,
nunca invierno, verano sempiterno,
fragua de chispas, fuelle del averno,
agua con sed, lugar de behetría.

Zurcidas bodas, dotes de armonía,
ociosidad continua, chisme eterno,
corazón insolente, trato tierno,
chichisbeo perenne noche y día.

Plumas de gavilanes en sombrero,
santidad exterior, vicio secreto,
verdad a medias y el honor a platos.

Nobleza con blasones de tintero,
Canaria, definida de un discreto,
es canónigos, brevas y mulatos.

Padre Matías Sánchez, *Semi-historia
de las fundaciones jesuíticas en Ca-
narias.*

PROLEGOMENOS

VIDA PRIVADA DE MARI MAGUADA

He aquí la isla llena de piedras

El eterno femenino reside, ante todo, en la atracción telúrica ejercida por la Patria.

—Por Dios, cristiana, déjese de rollos.

—La Patria es el solar donde nacemos, el aire que respiramos.

—Eso mismo me dijeron cuando entré en quintas.

—El sello de nuestra Patria va impreso en cada cosa. Tenemos cara, manos y cuerpo de isla en nuestra alma.

—Bueno, don Ambrosio.

—Adiós, que su merced lo pase bien.

Este era el diálogo que delante de la iglesia tenían don Ambrosio, el boticario cubano, y doña Catalina la Foña, señora de rompe y rasga, con Panchito el de los Tarajales. En esto llegué yo y les dije a todos los allí presentes:

—Miren, cristianos: No hace mucho tiempo, para que ustedes vean, en una cueva de la Atalaya se hizo un sensacional descubrimiento sobre el cual cayó el más ominoso de los silencios. Si se hubiese tratado de cualquier Glozel de a perra gorda, de la tiara de Crimea o del apócrifo manuscrito de Ossián, lo más seguro es que los sabios hubiesen levantado el grito y puesto sus clamores en el cielo y la cosa tendría en la actualidad cabida en los libros de texto de las más lejanas regiones de la tierra. Pero no fue así, porque se trataba de una cosa muy seria. En un arca de madera de barbuzano, amarillenta, algo ennegrecida por el tiempo en su interior, con cerradura del país, bajo siete colchas tejidas en Fataga o Artenara, entreveradas de membrillos apelusados, apareció un apollado manuscrito, comido de ratones y cucas, de indecifrables caracteres berberiscos, tuaregs o del demontre sabe qué idioma. Lo cierto es que los sabios profesores de nuestra Alma Mater y Pater, la Excelentísima y Reverendísima Universidad de San Cristóbal de Aguerre pudieron descifrar aquellas galimatías antiguas dándonos testimonio fehaciente de lo que allí se decía. El rollo era de pieles de baifito curtidas más finas que empatadas con tendoneş del mismo animal, que habían sido en-

sartadas previamente en gigantescas espinas de rascasios. ¿Quién había guardado allí aquel tesoro? Una gloria de la arqueología más curiosa aun que el Valle de los Reyes, que Mohenjo Daro, que las estatuas gigantes de la isla Pascua, que los mosaicos de Ain Karén, que el resplandor del oro y lapizlázuli de las mascarillas de Ur, estaba ante nuestra vista. ¡La autora de aquel manuscrito era nada menos que Mari Maguada T'Amerán, Diana de Tirma, para otros Dafne de Tamarán, bautizada después con el nombre de María del Pino de Canarias! La autora de aquel manuscrito era, en una palabra, nuestra propia isla de Canaria. El rollo aquel era un hermano nuestro en las entrañas de la Patria, tenía el humor de la tierra, la dureza del basalto, el brillo de la flor de pascua cuando llega el invierno, el perfume de los follados y el tacto delicado del plumón de nuestros pájaros.

—En él se reflejan los días alegres y tristes de nuestro cielo, los cambiantes curiosos del mar, la luz de las naranjas en los valles perdidos, la gracia de los riscos y de las casas multicolores, la risa celestial de nuestros mitos... y decidí apropiarme de aquel tesoro. Los sabios no se darían cuenta porque están allá en sus cosas y no se han enterado de lo que es un buen zurrón de gofio, ni de la cambadura de la Pata de Chenchá, ni de las delicias capuanas de la bendita Pino Robaina, en las que descansó nuestro común amigo Lolo "el Alcalde". Poco a poco salieron al viento como si fueran míos muchos de los bellos trozos literarios de mi isla... pero se les veía el plumero del guapil, hecho con colas de gallos ingleses y plumas de la cresta del halcón real. Hoy vuelven los ojos del pasado a la realidad y, aun conservando su primitiva forma, yo me declaro culpable y doy a cada uno lo suyo.

DIARIO DE MI ISLA

Junio del año 200.000 a. de J. C.

- 1.—Nazco en medio del Atlántico, una mañana nubosa de junio.
- 2.—Aún no soy más que un montoncito de basalto, palpitante junto a las olas de un mar negruzco como la pez derretida; es el mar terciario: un verdadero asquito.
- 3.—Hoy he conocido a mis hermanas y al tío Atlas. Menuda familia que me ha tocado en suerte. Tenerife dice que tiene de nieve el semblante y de fuego el corazón y otras monsergas por el estilo. Fuerteventura es una hermana muy seca. Y el tío Atlas la gamuza y que todas las pieles de Suecia habida y por haber,

se las da de forzudo. Siempre está con una bola en la cabeza y manteniendo el cielo para que no se caiga. Yo creo que está algo majareta.

4.—No me cabe un calasimbre. Hoy me llevan a cristianar a Nuestra Señora del Pino. Pero aún no sé qué nombre me pondrán. Después me darán leche de cabra, pues creo que el tío Zeus se trae a su cabra Amaltea para que la ordeñen. Me sospecho que esta cabra me dará mucho que hacer.

5.—¡Buena la han hecho! ¿Saben ustedes la que se armó ayer en la Iglesia Basílica? Y pensar que con estos nombrecitos he de pasar a la posteridad: María del Pino de Africa Canaria, Tirma de Tamarán, Pérez de Negrón y Crónida.

6.—Me han salido por todo el cuerpo unos granos muy molestos. El doctor Esculapio dice que se trata de "Vulcanitis aguda" y que es muy corriente entre las islas jóvenes. Con unos polvitos de arena fina y un poco de hipecacauana dice que se me pasará.

7.—Que si quieres arroz, Catalina. Los granos van en aumento y me salen unas pupas muy grandes. Tengo uno por Bandama y otro por Los Marteles que no me puedo ni sentar.

8.—¡Fuego! ¡Fuego!

9.—Si no llego a salir corriendo y me tiro al agua me quemó toda. Este don Esculapio es una birria.

10.—Con el calor que hace, dentro del mar no se está mal.

11.—Mi papá dice que tengo que sacar los pies del agua, porque, para húmedo, él. Mi papaíto es muy bueno. Con el tenedor ese que tiene, me da una sardina fósil de vez en cuando, y me llena la falda de conchas para yo jugar.

12.—No hay más remedio que dejar el agua. Ya se terminó el mioceno y mamá Africa dice que para mañana tengo que preparar todo porque voy a tener huéspedes a almorzar.

Martes y 13.—¡Llegaron los huéspedes! Menos mal que no vinieron sino a almorzar. Son una verdadera plaga de langosta y los llaman hombres. Tío Atlas está que trina.

14.—Los molestos huéspedes se quedaron. Hoy hasta han estado figoneando en mi diario. No dejan títere con cabeza. Se me meten a hurgarme en las cuevas y me dan mucha risa.

15.—Creo que esto ya pasa de castaño oscuro. Vinieron para almorzar y llevan tres días. Están acabando con toda la cebada verde que tenía para el invierno.

16.—El amigo Pan y la cabrita Amaitea me la han hecho buena. Ya lo había dicho yo. La ocurrencia cabreteril me está haciendo polvo mi hermoso traje verde. Estas cabras se lo comen todo, y, en definitiva, ya se sabe: la cabra siempre tira al monte.

17.—No es por criticar, pero me parece que hoy ha habido un lío de los de aupa en casa de mi hermanita Tinerfe. Un robo. Le echan la culpa a un tal Caco, que es más malo que la quina. Total, tanto lío por unas manzanas. Pero creo que eran de oro y que, además, el tío Atlas anda mezclado en ello.

18.—Ahora recaen las sospechas en la criada. ¡Cómo está el servicio, Dios mío!

19.—Por fin se descubrió al autor del desaguisado. Y cualquiera se mete con él. Es, además, primo mío, porque resulta ser el hijo predilecto del tío Zeus: Herculitos Jupiterino. El niño tiene una barba que le llega a los tobillos y una macana que del primer toletazo le parte la espina dorsal a Selene. Atlas dice que él no puede ir en su persecución porque está muy ocupado con eso de mantener el cielo y otras monsergas. ¡Fuerte chirgote, cristiano!

20.—Y a todas estas, el dragón de marras no sirvió para nada. Por lo visto se templó con vino del Monte. Y es que una es muy ubérrima.

21.—No sé a qué habrán venido estos tíos. No hacen más que comer gofio de cebada y no se les ocurre plantar ni una mala platanera. Con gentes así la economía del país tiene que ir muy mal.

22.—Ayer llegaron a última hora otros hombres más raros todavía que los primeros que aparecieron. Vienen buscando orchilla y traen muy buenos trajes. Como siga llegando gente voy a tener que poner algún impuesto del cuatro por ciento por cabeza de piojos que me llegue a una playa de éstas.

23.—Menos mal, hombre. Estos parece que traen algo.

24.—Ahora voy a la escuela. Esta mañana mamá me mandó con la chacha por primera vez.

25.—Ya pasé el *Catón*, y ahora estoy en *El Corazón*, de Edmundo de Amicis, un cursi muy simpático.

26.—Me gusta la literatura. Una vez que me asegure el porvenir con los plátanos y los tomates y alguna que otra papita, me voy a dedicar a ella.

27.—Hoy pasó por aquí Colón, que va a descubrir América. Ya era hora, porque mamá Africa estaba apurada desde hace tiempo sin cartas de allá. Para el 12 de octubre escribiré un artículo sobre esto, que siempre hará bonito.

28.—Ya leo de todo. A Lope, a Baroja, a Platón, Azorín, Spengler, Shakespeare, *Radio-Cinema* y Hesiodo.

29.—Nada nada, jamás se ha visto una Isla escribiendo y lo van a ver.

30.—Aquí está.

CAPÍTULO I

T - AMAR - AN

He aquí lo que los escritores han dicho de mí. No siento el menor rubor. Las islas no nos ruborizamos tan fácilmente. Nuestro color no cambia con esa frecuencia transparente de la carne. De lo escogido, alguna cosa lleva la firma entre líneas. Unos autores son universales y otros completamente desconocidos. Es a éstos a los que más quiero.

MARI MAGUADA T'AMARAN.



GEOHISTORIA DE CANARIA

La *geohistoria* de un país es combinación de las dimensiones históricas y geográficas del mismo. La palabra geohistoria la empleó por primera vez el profesor Vicens Vives como signo de la imposibilidad de desunir, en el estudio de un sistema humano, las dos coordenadas fundamentales: Geografía e Historia, Sincronía y Diacronía.

Así ocurre con la *Geografía Humana* ó *Antropogeografía*. Estudio del paisaje modificado por el hombre y del sistema actual de sus interrelaciones. La Geohistoria humana es el estudio del cómo y del cuándo y del dónde ha actuado el hombre en la modificación del medio geográfico y las posibles modificaciones introducidas en el comportamiento humano por este medio: montaña, llano, secano, regadíos, litoral, interior, islas, desiertos o zonas pobladas. Para nosotros, canarios, es sumamente fácil estudiar esta geografía. Todo lo tenemos cerca y nos basta subir a ciertas alturas de la cumbre para advertir que vivimos en un archipiélago, y que la misma isla está dividida en dos zonas muy definidas: la intensamente poblada y la casi desierta del paisaje de montaña. Pero ante todo vemos a nuestros pies algo que la naturaleza no ha creado: la ciudad, que va tragándose tierras de cultivo, villas y pagos distantes, zonas de servicio y alturas cercanas.

El estudio especializado de esta estructura humana se llama *Geografía Urbana*. Hay muchas y diversas estructuras urbanas sobre la faz de la Tierra. De carretera, de litoral, de zona portuaria, de valle, de oasis, de cuenca hidrográfica, de nudo de comunicaciones, etc. La nuestra, nuestra capital insular, tiene algo de todo. Comenzó por ser de cabeza de puente, de cuenca hidrográfica modesta pero suficiente, de atalaya cercana al mar, para ser ahora una clásica ciudad que une el litoral a la zona portuaria y es a la vez centro de las comunicaciones de toda la

isla. Este es el estudio más profundamente humano de la Geohistoria, el único sobre la faz del planeta. Comenzó su existencia probablemente hace más de seis mil años. Pero nuestro actual concepto de ciudad ideal procede en cierta manera, de la polis griega, de hace dos mil ochocientos años, desarrollada en torno al ágora. Hoy, los medios de comunicación realizan el papel que entonces representaba el ágora. Las gentes intercambiaban sus opiniones en las guaguas o en las "cartas al director".

La unión de la Historia y la Geografía produce la sucesión de sistemas antropogeográficos, en general, y urbanísticos en particular.

Los pueblos de la protohistoria canaria tuvieron que estar situados en la montaña y en los valles con agua, cerca de los cultivos y de los ganados, de las cuevas y de las rocas para sus pequeñas villas, del barro para su cerámica. La llegada de los españoles cambia la estructura total del sistema de vida. La Antropogeografía también cambia. Los puntos vitales del nuevo sistema están sobre el mar a la salida de las cuencas que se dividieron las Heredades de Aguas. Luego viene la penetración hacia el interior con nuevos cultivos y repartos de aguas y tierras. Todavía la división municipal de la isla está determinada por este antiguo hecho, ya inadecuado para nuestra actual realidad geohistórica. Entonces las datas y los heredamientos modificaron el ecosistema. La sucesión de cultivos hasta nuestros días es la Historia Económica de las islas. Hoy hemos de señalar que son otros los factores que modifican nuestra geografía: turismo y servicios portuarios.

EL ESCRITOR ANTE SU ISLA

El escritor vive en una isla. La isla está rodeada de agua como todas las islas. Pero esta isla presenta la particularidad de que es la isla del escritor. Está hecha con un poco de ocre, otro de gris, azul, muy poco verde, y luz blanca solar, muy violada. "¿Cómo podría un pintor pintar la isla?", se pregunta el escritor. Es imposible.

Si pintara un barco atracado al muelle... Pero este barco podría estar en cualquier puerto del mundo. Al fondo las tres jorbas de la Isleta. ¿Hay algo más maravilloso que la paleta de un pintor? Allí están las formas increadas. El pintor ha aplastado sobre la paleta una espiral blanca deslumbradora. Mas las isletas son grises. ¿Grisés? No. Según la luz que les dé. Así van surgiendo los problemas uno a uno. ¿Y si el pintor subiera a la empinada del Capón, sobre la Laja? ¿Adquiriría allí la visión-

paisaje-isla? El borde de encaje de espuma sobre la playa, la lejanía de la ciudad, también los barcos, el acantilado. Todo puede pertenecer a la costa de un Continente. ¿Y desde la Isleta? Subiendo sus escorias se puede contemplar dos costas. Ya la isla surge allí, desde el mar. Otro brazo de océano y, en la lejanía, el volcán de otra isla. Quizás esto diera una realidad más insular al paisaje. Otro paso y la pintura se convierte en topografía.

Pero el escritor ama a su isla íntegramente. Y el escritor no se alimenta sólo de formas y colores. El escritor percibe, entre el mudo chocar de las esferas, una música. Una música que no es sólo la del folklore. Música de eucaliptos azotados por el viento. Música de campanas, a las tres de la tarde. Campanas tocando a Vísperas. Música de violines en un teatro lleno de colores. Charangas militares de los barcos de guerra en el parque de San Telmo. La pianola de un "cine" mudo. Una radio cantando pericones argentinos. El lejano silbido de los autobuses subiendo las cuestas de la isla. El canto de los gallos. El rumor de las palomas. El estruendoso rozar de las cadenas de las anclas. El angustioso gritar de los barcos varados. Pero, sobre todo, hay dos músicas confusas por las que el escritor siempre ha tenido debilidad. El zumbido de las abejas en el verano, y el rumor profuso de la ciudad a la hora del atardecer. El ruido humano. El arranque y las bocinas de los "autos". El trotecillo del caballo del tartero. El pregón de los periódicos.

El escritor reposa ahora en el campo con los ojos cerrados. Tampoco oye ningún rumor porque el campo está en silencio. Pero la ventana está abierta. Por la ventana entra una rama leñosa con hojas verdes claras y anchas. El escritor no la ve. Sólo esa claridad rojo-lechosa de cuando tenemos los ojos cerrados y hay una luz en la habitación, atardeciendo. Al principio el escritor no percibe nada. A medida que las sombras de la noche entran por la ventana un perfume delicioso invade la casa. Nuestro lenguaje es pobre. El lenguaje humano es pobre. No tenemos términos claros para los perfumes. Todos los referimos a la causa del perfume. Pero en este caso es en vano. Si no se ha percibido jamás el olor de la bella-sombra es inútil decir que el escritor se embriaga con su perfume. Los ilanes están un poco más lejos. Las rosas, aun teniéndolas cerca, no dan sino un perfume lejano. Pero ahora nos interesa el perfume de la isla. ¿Será el perfume de sus jardines? Es tentador atribuir a la isla el perfume de las magnolias. Pero no es exacto. ¿Será el perfume acre de los platanales, húmedos, estercolados, recién cortados los racimos? Quizás esté más cerca. Pero no olvidemos a la isla. La isla implica mar. El perfume del salitre y de las algas es más insular. El

de la brea en los barcos. El olor del puerto, que marea. El del pescado semipodrido. El del polvo de los muelles...

El escritor recuerda las salas flamencas primitivas del Museo del Prado. Los pintores eran entonces aficionados a pintar series de cuadros. El oído. El olfato. El gusto. El tacto. En el gusto aparecen las frutas, las aves, las reses, los pescados. El escritor desde un lugar lejano a su isla, ya escribió sobre la gastronomía del Archipiélago. Pero no a qué "sabía" la isla. ¿Quizás a pulpa de aguacate? No. Algo más vulgar evoca con más propiedad el gusto de la isla. Olfato y gusto están muy ligados en la fisiología de los sentidos. El gusto de la isla es de sama fresca. También de antoñitos y de saifías. Poco a salmón. Más a cherne salado. ¿Y el gusto-perfume de los plátanos? No. Estos quizás sean sólo episódicos en la isla. Queda además el gusto a la propia tierra. El escritor también fue niño y supo del gusto a las arenas de la playa.

Nada tan material como el tacto. Acariciamos la corteza de los membrillos y en nuestros dedos se queda su forma, la pelusa que tenían y damos con una superficie pulida. Partimos una naranja y sentimos su sangre escurriendo por nuestras manos de matarife. Así palpamos los huesos, entre blanduras y pulmón, del ave. La dureza de las carnes viejas. El tronco con heridas de los dragos. Como se nos clavan las aristas del picón. Tocamos la frigidez mate de los plátanos y la suavidad rugosa y resbaladiza de su flor dura. Apretamos la rama de un pino y sentimos sus agujas en la mano. El deglutir un tuno no es sólo su perfume y su gusto sino el contacto, en el paladar y la lengua, de su granilla. Sentimos en nuestros dedos la escamosa piel de los peces. Resbalan entre ellos las escurridizas algas. La arena, si la intentamos apretar, se desliza a tierra otra vez. Como el agua. Muchas veces, si el aire es fuerte, tocamos el aire. Pero la redondez intacta de la isla, la totalidad de la isla sólo la podríamos percibir al tacto si tuviéramos una mano gigantesca que la abarcara toda. Cual nuevo Gulliver jugaría entonces el escritor con los barcos que llegaran al puerto y no teniendo con qué alimentar su enorme cuerpo morirá al tercer día como estas líneas mueren aquí. Tranquilas.

UN PAIS CON ARCANGELES DE PIEDRA

Nuestra isla es un país de arcángeles de piedra. Nuestra isla es un torreón dorado con cimientos de carenas. Eso es nuestra isla. Cuando se le quiere exigir un provecho comercial, se niega, deja que las anchas hojas de las musáceas amarilleen por el lar-

gor de las dulas, y el chorro de agua se angosta en todos los pozos.

Hay oraciones al cielo y todo se nos representa como en esos viejos cuadros del arte de los Países Bajos, cuando se ve a un alto mitrado de oro conduciendo una procesión de fieles bajo un cielo azur heráldico. Al mismo tiempo se llevan a Cristo a crucificar, cayendo bajo el peso enorme del madero pardo y hay un castillo medieval en cada cumbre y unas lajas pizarrosas clavadas, como aerolitos, en el terreno, y unos entrantes del mar que parecen lagos, y unos techos de las casas, negros. El cortejo de soldados lleva armaduras medievales, pero sus banderas van signadas con el SPQR de las huestes romanas. Los árboles no son un conjunto borroso de luz verde, como en los impresionistas. Los árboles son cada hoja en cada estrecho palitroque de rama a punto de quebrarse bajo el peso de cualquier pajarillo que se estacione en él.

Nuestra isla no será jamás una abstracción administrativa. Conserva el nombre de Cabildo —nombre purpúreo— para regirse más en consonancia con aquel jardín de la antigua casa de don Luis Millares, la buganvilia, la enredadera de gallos y los bambúes y cinamomos rebasando el amplio blanquear de los muros encalados.

Desconozco nuestra isla en los periódicos que hablan de los millones que necesita nuestro puerto y de lo que ha entrado de más en tonelaje. No están en ellos las rocas de la Isleta, el amarillo de los arenales y el gris de los muelles, el blanco de las motonaves y de los velámenes hinchados, el azul y el verde de las mareas, el rojo del amanecer en las cumbres y la calma chicha del mediodía junto a las casetas de feria de los consignatarios, de los portadores y de los puestos de tabaco y coca-cola.

De esto es de lo que nuestra isla se resiente, cruje y se seca por dentro, se pudre y reblandece a trozos, carcomida por el malestar de lo exótico.

Después del fluir de todos hacia la ciudad hay ahora como una revitalización de las vías campestres y hacia arriba se derrama el ansia de los que se encuentran contagiados por la fiebre de nuestros días. Algunas veces descansa el alma contemplando cómo una pareja de rubios vikingos ve con asombro una palmera y un colegio de niñas cruza por la calle cantando para “fuera de la portada”; o cómo, alguien, elogia “nuestra máxima perspectiva ciudadana” desde el jardincillo del Espíritu Santo.

Pero no todos los días son alegres en la isla. Es necesario la tristeza de las rocas peladas y el chillido de las gaviotas que aun en una mañana de sol tiene resonar de malos presagios. Por allá por las playas del sur se siente con terror la soledad y las

agua-vivas escuecen en la piel con el recuerdo de los ahogados en todos los mares de Nuestra Isla.

EL CABALLERO INACTUAL REGRESA A SU ISLA

El Caballero inactual pasea. Está ahora de vacaciones. Casi siempre lo está. No tiene nada en los bolsillos ni en la cartera, pero está de vacaciones. Lee y se ríe. Es un comentario sobre la mayoría silenciosa. Piensa en la guardia bajo las estrellas. Y en su misma estrella. Ahora pasea de nuevo bajo las mimosas como antes bajo los apamates, o los chopos, o casi, en otra vida, a caballo por la playa de Alhucemas en la bahía de Alhucemas, frente al peñón de Alhucemas, entre el Guis y el Nekor. Va a tomar té a un aduar. Conoce a Pupé, una oranesa que despacha en un estanco de Villa Sanjurjo. El Caballero inactual recuerda aún cosas más lejanas. Paseos en camello con sus primos y sus hermanos desde el callejón de Castilla, por el Concejo y el estanque de la Cuchara, a San Antonio. Y otros más lejanos aún, a Gáldar, a una finca de Gáldar —donde había gigantescos lagartos— en burro, metido en un serón o una cesta pedrera y la Nena en otro.

Chilabas, aviones bajo la lluvia, la primera exposición surrealista, la rađa de Arguineguín “que funde navíos de plata”, la proximidad de Canaima, los viejos mesetones de los llanos alto-orientales, el Hospital Vargas y un amigo operado, las esquinas de Ciprés a Santa Rosalía, la Alcazaba de Tetuán. Casi no cree que cosas tan lejanas hayan formado parte íntima, consustancial, de su vida. El Caballero inactual tiene graves defectos. Pero el peor de todos, la memoria. Pasa la mirada sobre unos versos, sobre unos ensayos, sobre unas cartas que rompe después. También hay viejas fotografías en el montón de sus recuerdos. ¿Todo el mundo del silencio tiene una vida parecida a esta? Son letras vencidas, hipotecas, las que se acumulan junto a los recuerdos. ¿Fue aquel Caballero inactual de otro tiempo una premonición del hombre-masa mayoría-silenciosa de ahora? Le quieren poner una camisa de fuerza. Lo conminan de Hacienda. Le pegan papel sellado, timbres, pólizas. Ve jirafas y tapires —dantas—. A veces, obras de pintores amigos. Se las quitan. Se las arrebatan. El Caballero inactual no tiene derechos.

Ahora el Caballero inactual se despersonaliza. Es sólo personaje —¿de novela, de cuento, de epopeya, de ditirambo?— que se enreda en ese cordón umbilical que llevan los astronautas cuando tienen que salir fuera de la astronave. El Caballero inactual recuerda que forma parte de un triángulo en que estudia, desde

dentro, ese debatido problema dialéctico de realidad/literatura. En un primer paso habló de una realidad mágica, con numerosos personajes reales entre Alcabala y Puente Anauco. En otro segundo plano ha hablado de los nuevos retratos del Museo Canario en un intento de hacer imagen/realidad de una sola pieza. Ahora esta realidad/imagen se plasma en sí mismo, ensimismado.

El chimbaguele de los días de San Pedro, las noches de mina, tambor y cumbia por Naiguatá, en honor de San Juan, "caminito de Guarenas", Lucho Gatica en un bar del Silencio, Chabela Vargas o el "teyun" tocado por las moras del barrio de la Alcazaba, o la pequeña orquestina de "chivanis" con sus violines de tripa de camello en los tés del Grupo de Regulares número Uno, de Tetuán. Parece que nada de ello tuviera continuidad, pero es tan valedera como melodía de fondo esta evocación como pudiera serlo "la irrupción lenta del fagot/ o bien el fagot en la luz inclinada", de Andrés Sánchez, y que casi se mezcla con ese Doctor Fausto que aprendí a leer en Hartzenbusch —en el estudio de Juan y Emilio Marqués, en la casa donde también vivieron los Spínola o Romero Spínola de la calle de Colón—, fiel compañero de este Doctor Fausto de Mann que ahora me persigue por dondequiera que voy con su contrapunto de música e historia, de personaje demoníaco y realidad angélica inabordable. ¿Es esta la realidad o es la de la Recaudación de Hacienda? ¿Son los diablos de Yare, en San Francisco de Yare, por Corpus, o yo me llamo Antonio Nuez Ceballos? Recaudación de Hacienda. Recargo del veinte por ciento. Providencia. Veinticuatro horas de plazo "previniéndole que *de no hacerlo así*, se procederá sin más al embargo de sus bienes". Las dudas del Caballero inactual se concentran de pronto en este inmenso mundo de la Hacienda Pública, que, por supuesto, no comprende. Señor Tesorero de Hacienda, Providencia —¡qué Divina Providencia!—. En uso de las facultades que me confieren los artículos 95 y 100 del Reglamento General de Recaudación... etc. ¿Es posible que el "ello" imponible, sea materia literaria? Al pie de la letra. El mundo del Caballero inactual se está muriendo de hastío y de deudas. Canciones que se repiten, países que nos vienen a la memoria. Mañana ya no será nada, pero el círculo ha quedado cerrado. El círculo mágico, como todos los círculos, pues en él no existe ni principio ni fin, ni tuyo ni mío, ni "en campos de zafiro pacen estrellas", ni recargo del veinte por ciento.

UNA CHARCA PESTILENTE

Sus reflejos verdes tienen un engañoso color de esperanza. Cerca de donde estuvo el *Zuleica* encallado. Cerca de la magia "nestoriana" del teatro. Cerca de la desaparecida pescadería; cerca de la plaza del Mercado, de bello trazado neoclásico, que debería ya tener otra pulcritud en su entorno y en su dintorno. Cerca de la pesada losa sepulcral del Guinguada y cerca de donde estuvo el Puente de Palo. Cerca de donde salen los "micros" para el sur turístico, quizá como un atractivo número *very típical*, donde deberíamos estar algunos embarbascando peces. Para que la ciudad no nos enrabie tanto como decía Vico, tendríamos que replantear algunas de estas obras programadas como magníficas, sin miedo a destruirlas y construirlas de nuevo. No es caer en la crítica fácil y en el dirigismo paternalista. Es cuestión de estilo. Porque no sólo las obras literarias tienen estilo. Lo tienen también las urbes y hasta los burgos podridos.

La sociedad canaria de hoy en día se enriquece rápidamente —o por lo menos ella lo cree así— y también los extranjeros residentes y algunos que manejan sus negocios aquí desde Suecia, o Alemania, o Tucusiapón de Abajo. Este es el mayor peligro que ahora amenaza a Canarias. Veo a las gentes camino de la insensibilidad al pasar al borde de ese abismo verde o diciéndose, blandamente, ante la pérdida de las tradiciones —que es en definitiva la pérdida del estilo— que "eso es cosa del pasado" o del progreso. Eso es sencillamente otra cosa: que no existe en Las Palmas el órgano sensibilizador esencial de una sociedad: la Universidad. Este es el único contrapeso que se puede poner a los trenes vertebrados, a las charcas pestilentes, a los negocios sucios o a la especulación abierta sobre el precio de terrenos de la ciudad, ya que parece que en el sur los alemanes están jugando a la baja con buenos marcos fuertes.

Sólo el alcanzar "el estilo", "el más alto estilo", sería capaz de evitar en esta isla el oír barbaridades como el intento de traslado de lugar de las monumentales ruinas, llenas de gloria gótica, de lo que queda del templo de San Pedro Mártir, de San Juan de Telde. Y el temor que nos sube del ombligo al oír algo de lo que no hemos visto primero en proyecto: sobre miradores y monumentos que estropeen la entrada de San Francisco; y la indiferencia municipal ante la conversión de la entrada de la ermita de San Antonio en estacionamiento, no ya de autos de turismo, sino incluso de hormigoneras, concreteras y mezcladoras, hasta ocultar por completo la belleza del único conjunto resi-

dencial que nos queda del siglo en que los franciscanos todavía tenían buen gusto.

Pérdida de estilo, negación de la individualidad de las islas, pérdida de las viejas técnicas de la construcción, necesidad de algo que trascienda toda idiosincrasia u opinión personal y que exija además una manera de pensar y de realizar de significación universal, porque sólo se tiene en cuenta el interés menudo de los metros cuadrados ocupados, y se piensa sólo con la cursilería de los que creen todavía que la arquitectura "moderna"—sólo por dos o tres años— es superior en algo a la dignidad que tenían las viejas formas. Los errores en que caemos están a la vista. Por eso se pueden decir esos disparates y se queda la gente tan fresca. Es un error creer que el estilo es un adorno superpuesto. Es un error creer que la metáfora existe sólo en la literatura y que no es algo a lo que tenemos que acudir los humanos, como superación de lo que nos es dado para podernos expresar de nuevo. En este caso de la realización de la isla, el peligro es que no se logre jamás la metáfora. Es decir, la síntesis entre este desarrollo que está a la vista y las viejas formas que tienden a desaparecer por descuido, por incultura y por falta de Universidad, no como fuerza conservadora sino todo lo contrario: como creadora de nuevas metáforas que permitan la pervivencia de lo bello en el gran área de la industrialización del paisaje y de la gigantesca estación de servicios que estamos retados o provocados a ser.

Los hombres que en el presente y en el futuro tengan en sus manos el porvenir de la isla —que no me canso de repetir ha de superar en breve el concepto cantonalista de los municipios-estados o de las ínsulas municipales dentro de la ciudad-isla— deben de captar el concepto de la emoción creadora que ha de poseer la sociología del estilo. A veces surgen noticias esperanzadoras como la de la constitución de la Comisión Protectora del Patrimonio Artístico de la provincia de Las Palmas, que ha de velar por la conservación de las obras de arte y los valores históricos, ambientales, pintorescos, arqueológicos y etnológicos y la formación de un inventario del Patrimonio Histórico-Artístico. Espero que esta constitución sea un paso más con el cual perturbemos la conciencia, el resto de conciencia humana que queda en los que sólo ven su interés personal, y que la emoción producida, disciplinada en nuestro tiempo por las nuevas técnicas, logre la adecuación perfecta entre la perturbación, las palabras y la obra. Un verdadero estilo en el actuar sólo puede surgir desde dentro, de tal forma que de la conciencia al acto, se condense esta carga de energía y se solucione en fórmulas sencillas, tal

como un escritor del más alto estilo logra una forma de expresión universal en cuatro líneas.

Quizás esté pidiendo demasiado, porque ello sólo se puede obtener a través de una autodisciplina que estamos muy lejos de haber adquirido, sin Universidad en esta isla, sin tendencias claras y conceptos estilísticos adecuados, sin una orientación continuada; pues cuando se ha empezado a decantar una generación, ha venido la racha de "la prosperidad" y, como el viento malo de la cumbre, todo lo ha tumbado por tierra.

Necesitamos de una cultura que nos haga más seres humanos, porque llevamos en esta isla el peso de una enorme y creciente masa de la subcultura y la desorientación, que no es precisamente la de aquel que vive en el medio rural y se conserva en él, ni de los que en la remota memoria de la ciudad surgen del chabolismo alguna vez, como antes de las antiguas cuevas de Mata. No, de ninguna manera. Los verdaderos destructores del estilo son los que desde los correos y las cartas a la prensa, o desde su profesión, o desde sus cargos, o desde los recuadros de las inserciones pagadas, tienen una influencia, aunque sea mínima, y convierten a la ciudad-isla en un caos de opiniones tontas, casi todas en nombre de un falso progreso que no saben ni tienen conciencia adónde nos conducen. Esa masa media no tiene idea del estilo como expresión mixta de la personalidad y cree que lo de conservar el estilo de la isla es una monserga buena para que la recen los canónigos de la Santa Iglesia Catedral.

El problema inmediato, material, con que nos enfrentamos es el de la destrucción de la ciudad y la isla, sus ruinas modernas visibles en los grandes montones de basura sin recoger en las urbanizaciones del sur; en los girones de plástico, asquerosamente muerto, sobre los cultivos; el de la suciedad de la ciudad y su contorno rural, que brilla en la charca verde de bocabarranco, paradigma de nuestras porquerías ciudadanas, y esto en una ciudad que fue una de las más pulcras del mundo. Una ciudad que invita ahora a decir, como Vallejo: "Vámonos, cuervo, a fecundar tu cuerva..."

¿Cómo obligar a otros a sentir la emoción del estilo de la isla? ¿Está viva acaso la isla todavía? Hoy más que nunca nos nutrimos de imágenes, de símbolos y de mitos por el predominio que todo ello ha adquirido sobre la letra. Es necesario que la ciudad y el isleño, en su totalidad, se llenen de estos nuevos símbolos que hemos de encontrar para conservar nuestro estilo. Por lo pronto, el primer paso sería la creación de nuestra Universidad.

LOS GENEROS DE VIDA

Me gusta a veces remover papeles viejos, como la que me llevaron a recordar "la hora de la tarde en que se fundaron las guaguas", casi con acento lorquiano, porque debían ser algo así como las cuatro o las cinco en punto. Hoy veo aquí unas notas. La vuelta al hogar lejano trae la cercanía de tiempos que se fueron. Y si entonces pensaba en una geografía humana de Canarias, lo que aparece ahora ante mi vista son unos insinuantes borradores sobre la evolución de los géneros de vida en las islas como parte de la antropogeografía que menciono.

Como es lógico, para lograr una visión de conjunto de cualquier materia es necesario hacer una síntesis y una delimitación del campo extenso y caótico que ofrece, por lo general, a la vista del observante. Este complejo de hábitos que forman los géneros de vida, para que tengan un interés geográfico es necesario que determinemos en ellos los límites, el campo que abarcan, las unidades que forman y la estabilidad que ofrecen.

En esto me favorece el tiempo que han estado engavetados estos papeles. Sin un cierto "espaciotemporal", la materia de laboratorio antropogeográfico no puede ser realmente de interés. La evolución interna de las maneras de vivir, la separación progresiva de funciones y la anhelada —muchas veces equivocadamente— especialización pueden ser un intento de serialización local del proceso canario. Y este proceso puede a su vez ser enriquecido por la adaptación a un medio nuevo, o por introducción de nuevos elementos enriquecedores de las formas de vida. Sintonizar en la banda la estación que quisiéramos escuchar es labor posterior. En algún punto han de quedar o deben quedar fijas nuestras observaciones.

Gran Canaria es, por ejemplo, creadora de un género de vida agrícola que ha funcionado en interdependencia con las demás islas del Archipiélago, con la Península y con América durante siglos. El estudio de la evolución económica de Gran Canaria y de todas las islas se ha hecho por numerosos especialistas en la materia, cuyo centro y santuario ha sido permanentemente la agricultura y su subsiguiente comercio de exportación.

Pero, cuando nos acercamos al comienzo del último cuarto de este siglo, es posible que el ciclo de la era agrícola se haya cerrado. Se justifica el estudio de esta evolución por la larga duración que ha experimentado. Y se justifica también por el punto de salida que esta misma actividad y sus géneros de vida pueden tener. Canarias, y especialmente Gran Canaria, ha sido centro de ensayos agrícolas, que después se han trasladado a América y a

veces han revertido con su experiencia sobre la misma Península. Temo hablar de una verdadera Universidad agrícola, proyectada sobre todos los continentes —pienso en las relaciones cada vez más activas con Africa— por los monopolios que todos los grupos humanos quieren siempre ejercer sobre las Universidades, pero ella —emanado de un verdadero Instituto de Investigaciones previo— sería lo correcto en este caso.

Por mucho tiempo todavía, en toda la geografía canaria se proyectará y seguirá marcándose con caracteres indelebles los rasgos relictuales de esta anterior actividad agrícola, por su indudable base conservadora, fijadora de caracteres, y la antagonista limitación que ella ejerce en el tipo humano, hasta el punto de haber provocado la observación de un profesor del Instituto Geográfico de Viena, el doctor Sepp Maznetter, sobre lo que le asombró el parecido que todos los campesinos del mundo tienen entre sí con sólo observar los de Austria y los de Canarias, tan distantes los unos de los otros, e insertados en sociedades absolutamente diferentes y aun dedicados a labores agrícolas tan opuestas a veces, y sometidos a factores climatológicos distintos. De ahí hemos de deducir la importancia antropológica de los géneros de vida.

Queremos, pues, centrarnos en los géneros de vida agrícola de Gran Canaria no sólo por lo más cercano que podemos observar, sino también lo más estudiado, lo más delimitado y lo más acabado, desde todos los puntos de vista y la clausura de un ciclo histórico o geohistórico. En estos géneros de vida agrícola habríamos de analizar los trasvases, en los trazos creadores desde la Península, que además venían de lejanos puntos del planeta, como el cultivo de la caña de azúcar, en los primeros tiempos después de la conquista; la permanencia y transculturización de los elementos agropecuarios canarios prehispánicos a los poshispánicos: sustitución de los cereales pobres por otros más ricos; no abandono de la higuera canaria; desgracia y permanencia de la palmera de tamaras; la leche, la manteca y el queso; la sustitución del ganado de cerda y el de pelo por el lanar.

Luego están los hechos organizadores, la instrumentación del trabajo, los usos y costumbres en este campo, la manera de plantar, el plan de cultivos, y las plantas cultivadas a través de los siglos hasta la relativamente reciente introducción del ananás o piña, del pepino y de la floricultura. Y hasta aquí los trazos creadores de la introducción y el desarrollo de los cultivos. A continuación el estudio de los *trazos fijados*, la organización del trabajo: desde el trabajo personal único hasta el de las grandes cooperativas; la repartición de campos y aguas. El estudio de todo ello, si se hace con amor y delectación, será de un gran interés y absorbería por completo el trabajo de un equipo bien preparado.

Después pasaríamos a los *trazos antagonistas* de nuestra agricultura: la distribución del territorio. No hay sino que dar un vistazo al plano geológico de Gran Canaria para darse cuenta inmediata de cuán diferente ha tenido que ser el proceso histórico del desarrollo agropecuario en la extensión breve y redonda de la isla. Y el territorio no sólo se distribuye geográficamente, geológicamente hablando, sino también desde el punto de vista de la geohistórica: cuando un nuevo género de vida se implanta se debe también a un nuevo género de cultivo, aunque las experiencias antiguas se impongan sobre las modernas, y también a la vista de las nuevas vías y de los nuevos experimentos las gentes interpretan de modo diferente los hechos agroeconómicos del pasado.

Por último hemos de hacer referencia a los trazos que hemos llamado *relictuales*. En una sociedad de rasgos recesivos agrícolas siguen efectuándose ritos, fiestas y consagraciones que son el índice de la permanencia del pasado. Todo un cuadro de estos festejos se ha acentuado denodadamente sobre las islas. No sólo no han desaparecido las que se suponen más antiguas de las fiestas agrorrituales del pasado indígena como es la bajada de la rama de Agaete —fiesta que en el mundo entero se ha transformado hoy en el árbol de Navidad—, sino que además se han creado otras fiestas que tienen un marcado carácter agropecuario, recuerdo de un pasado que muchos creemos desaparecido y que está ahí presente en la dendrolatría de nuestro tiempo. Las ofrendas a la Virgen y a los santos. De una forma inconsciente también, pero inserta en nuestra sociedad de consumo, como hoy ocurre en todos los aspectos de la vida, también hemos de señalar que los pequeños museos locales que ahora surgen tienen su parte reservada —y digna de una mejor presentación en un futuro museo del pueblo canario—, al folklore o a la evolución agraria de las islas, pues los elementos son muchísimos y el interés por conservar el pasado de los pueblos es cada vez mayor.

En conclusión, para el estudio de nuestra isla y de sus hombres es imprescindible el estudio de sus géneros de vida agrícola, pues el medio físico no ejerce directamente su influencia sobre el ser humano, sino a través del género de vida. Sequía, privilegiada situación geográfica, geología y edafología son sus circunstancias, pero el *yo* está compuesto de géneros de vida.

LA ISLA RURAL Y DESCONOCIDA

Va un viajero a Canarias y ve sólo unas islas rurales y pintorescas; amables vinícolas de aspecto campesino deambulan entre bodegas y cumbres. Todo un mundo horaciano. Rebaños y mie-

ses. Cambures y lindos bordados tejidos por manos campesinas. Del ovillo de seda del gusano, al tinte y al consumidor. Nieve en el Teide. Y citas de Viera y Clavijo. Más bien cosa que huele a cueva que a realidad vital. Más bien tranquilidad y muerte que sol, agua y vida. Gentes cubiertas de piel de guancho en vez de canarios embutidos en trajes de etiqueta, cubriendo la última jornada de la semana en el Club Náutico o en el Santa. Dragos milenarios, injertos del diablo; y de milagro no se da como personaje actual y trascendente a Atlas, Hércules y las Hespérides. Estudio folklórico del vulcanismo y palabrería, como de alguien que está escribiendo cosas originales, llenas de pintoresquismo y otras lindezas. Loas de tipo canónico, recoletas, mugrientas. Todo ello tiene que dar al que lee una sensación plana, de colores brillantes, también sin relieve de grata prosopopeya de provincia, pero sin vitalidad ni rencor humano.

Y esto es sencillamente falsear la realidad. Canarias son siete islas y muchas más cosas. Es un intenso bullir del tráfico portuario mundial en sus muelles, largos, tendidos, complicados de conductos negros, con monstruos del mar en sus costados, siempre vigilante, tenso, al amanecer; las sirenas vibrando en el aire con "su desesperado lamento de agonía". Noches de lluvia, de tormenta, hasta de granizo; mañanas sombrías, despedidas de pañuelos rumorosos, yates de presidentes africanos, la flota británica en puerto, la flota francesa en puerto, la flota española en puerto. Algún buque de guerra alemán, los correos de la Mala Real Inglesa, que van a Sudáfrica; el embarque y desembarque de todas las tropas, desde la guerra de los boers y la popularidad de Krüger. Canarias es la patria de Teobaldo Power, de don Benito Pérez Galdós, de Tomás Morales; el lugar de donde de verdad, verdad, partió el descubrimiento de América.

Gran Canaria es una aglomerada piña de cincuenta kilómetros de diámetro por mil doscientos metros de altura y las gentes amontonándose en las playas, en las calles, en los campos, en los veranos y en los inviernos. Los grandes transatlánticos llegan y Las Canteras se llenan de "las parlas de todas las naciones". Es decir, ya están allí, porque los letreros suelen aparecer en finlandés, inglés, sueco, francés, alemán y también en español. Pero por la turbamulta de japoneses, coreanos, nigerianos, senegaleses, de "hombres azules" que se ven por la calles se diría que nuevos letreros y nuevos alfabetos se deberían de leer por el parque Santa Catalina, por la calle de la Naval, por la avenida marítima —de Santa Cruz—, y hasta por el barrio de San Nicolás, de las amanecidas, envidiosos del de San Juan y de San Roque, con verbenas y olor a fritanga, con jojotos asados —piñita asada, piñita mamada— y también donde todas las bebidas corren libremente

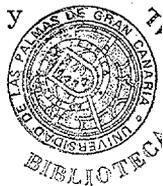
—vino del Monte olvidado y maltrecho—. Una ciudad y una isla con estampas románticas: la fuente de María Teresa de Bolívar, en Terror; los salones del Casino; el parque Doramas; o con fuerza psicodélica: los miradores de cristal sobre el puerto, en la noche de puntos de luz, siempre cambiantes. Mercados, carpinteros de ribera, imprentas, emigrantes que salen y regresan, “rocotes” para quien son familiares las costas del Gran Desierto. Almirantes, diplomáticos, gentes que llegan lo mismo de las refinerías del Irán, que el constante ir y venir de los hindúes en los comercios de Triana o de la plaza de la Candelaria en Santa Cruz.

Claro que conocí otra Canarias, con penachos blancos y azules, con pétalos de rosa por las calles, con casas de un solo piso en interminable desfile, con la ciudad solitaria en los días festivos. Pero de eso siempre queda algo: retretas de bandas militares, desfiles de camellos, tartanas, adoquines, fuertes adoquines, en vez de blando alquitrán. Todó un mundo de saraos, que después fueron guateques y ahora cualquiera sabe cómo llamarlos. A este mundo internacional y verídico, lo respalda otro mundo de trabajo, de renovación constante, de economía en el filo de la navaja, al borde del abismo, siempre, pero con recuerdos de Camilo Saint Sæens y de Caruso, con conciertos de la Sinfónica, sin olvidar nunca los rincones de Vegueta, y los otros, casi por descubrir, de Telde, Arucas o Agaete, en los Valles del Norte, o la unamunesca tempestad petrificada del centro, o el valle de rosas y jardines que “descubrió” Humboldt en la Orotava; y ese mundo de piedra negra, amarilla, rosa, morada o gris que son las iglesias de esos pueblos, de esas ciudades. Y el mar, sobre todo el mar dominándolo todo, como dueño y señor, como padre nutricio, donde la población vive y alienta más que en la tierra, en balandros, en canoas, en correillos interinsulares, a los estudios, a los negocios, a la zafra del tomate en Fuerteventura, la de las “rosas” engendradas en el polvo, rosas de Túrbulus y molinos de viento.

¿Y qué más? El hombre rural que no ha logrado ver, en generaciones, otra cosa que su ruralismo, muere bajo una capa de polvo milenario y va escribiendo, desde aquí o desde allá, lo mismo, cuando ya muchas cosas han muerto y no se sabe cómo ha sido.

ANECDOTA, HISTORIA, ETERNIDAD

Nosotros podemos ser anécdota; un pueblo, una villa, una ciudad o don José de Viera y Clavijo, pongamos por caso, pueden ser historia; un plagio puede ser Eternidad. La Naturaleza y



todos nosotros somos eternos plagarios de nosotros mismos y esto se repite desde la estructura del átomo hasta la descubierta por los formalistas rusos en sus cuentos populares. En la cúspide de lo banal está el estilo, la anécdota. Y en el centro, la Historia, maestra de la vida. Nos referimos siempre a un estilo relativo, a una historia relativa y a una eternidad relativa.

Hay cosas que tienen valor de eternidad lo mismo si las dice Nietzsche que si las encontramos en un jardín de Vegueta. El mundo es profundo —difícil— como la profunda media noche, y todos estamos siempre haciendo unos esfuerzos inauditos por penetrar hasta ese mundo nietzscheano, o hacia esa profunda medianoche en que ni siquiera cantan los gallos. Por eso tiene ese valor literario tan marcado el trasnochar. Y si ese trasnochar de los nocherniegos transcurre en un jardín, desde un balcón, sobre los altos barandales o en el Monte Lentiscal, viendo proyecciones de Cristina o socavando más el tiempo hacia la aurora o hacia la cumbre, el valor se multiplica, va creciendo. Es ya una aveiguación ontológica que no sabemos medir de cierto.

De noche las flores no tienen colores, pero tienen sombra —¿es esto estilo, anécdota, historia, diacronía, eternidad sincrónica con todos los tiempos?—. De noche las flores han sido despojadas de esa anécdota, pero sabemos muy bien dónde están los jazmines, los nardos, los heliotropos o las madre selvas. Los árboles se pierden en la altura y en esos paseos sombreados de luces extrañas —o en los jardines colgados sobre el Guiniguada, o allá por cerca de Zamora—; los troncos pueden ser de araguaneyes, majaguas, jebes, alcornoques, abeyes, dragos, apamates, bucares y ceibos, samanes —¿cómo llegaría hasta tu casa, Carmen Pino?—, guamachos, cañafístolas, tiamos, majomos, veras, guamos o robles..., da lo mismo, puesto que sólo presentimos su presencia ornada de enredaderas, de bejucos, de lianas que a veces sobre los árboles son como barbas de gigantes que se desnucaron al intentar atravesar el barranco.

En un jardín de Telde he descubierto el único níspero tropical que debe haber en Gran Canaria. La gente no sabe nada de su fruta, ni los que lo trajeron dejaron tampoco tradición de su comestibilidad. En cambio, sí ha sido algo que ha venido creciendo desde tiempo inmemorial —dentro de lo que en la anécdota cabe lo inmemorial— el cultivo y el gusto por la gran variedad de paltas y aguacates que se producen en América y actualmente en Canarias. Un huerto con frutas tropicales en el este y en el sur y en parte del norte y noroeste de Gran Canaria es algo tan lógico como el que se llevaran de aquí a América la caña dulce y el rico banano. Ahora he descubierto un samán o algo que se le parece. En el huerto del Cura vi hace muchos

años el árbol del alcanfor. Creo que me interesa toda la flora, aunque la de Canarias sea más rara que toda la tropical y toda la europea junta. Los conjuntos de vegetación natural que antes se encontraban por la Caretera del Centro —cuya última destrucción sistemática se está llevando a cabo— podían haberse conservado como pequeños parques naturales, jardines donde la naturaleza se había hecho eternidad. Eternidad relativa. Hasta que llegan las urbanizaciones y las expropiaciones. Ahora tengo ante mi vista algo que también me plantea el problema de este trinomio o ecuación de tres incógnitas: anécdota, historia, eternidad. Es un artículo de la revista de *El Museo Canario*, tomo XXXV, 1974. En los botánicos se oyen gritos de angustia. El artículo se titula: “Los bosques de Canarias, historia y desarrollo”, por David Bramwell. Jardín Botánico Canario “Viera y Clavijo”, del Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria. Véalo. La revista no tiene mucha difusión entre el pueblo. Desgraciadamente, la cultura parece algo elitista. Parece, solamente, porque hay más gente que lee de lo que la gente cree. La anécdota es esta cultura de la gente que oscila entre cortar un árbol, montarse en el “cochecito”, o compadecerse de las matas de su jardín. La historia es la destrucción de los bosques y los jardines de Gran Canaria. La eternidad está en el proceso irreversible de la destrucción del planeta Tierra.

Nuestra flora —la flora de toda la Macaronesia— ha sido calificada por los botánicos como de “paleoflora viviente”. Es decir, que muchas de nuestras plantas sólo se encuentran fósiles en Europa, Africa y América. Esto, para nosotros, es eternidad. Estamos destruyendo una eternidad que va de los cinco a los veinte millones de años. Nada más. Nuestra eternidad —cada quien tiene su propia eternidad— se enraiza a nombres bellísimos como el mar de Tetys o el Continente de la Gondwana. O en el Jardín de Corvo, cantado y contado por José Miguel Alzola.

Aquí están la eternidad y la anécdota uniéndose en un solo círculo cerrado. Esta *Myrica faya*, el el haya de Canarias; éste es el barbusano, de madera de oro; ésta es la *anagyris latifolia*, el oro del risco; éste es el *arbustus canariensis* por excelencia, madroño de Canarias, del Madroñal; el bicácara, los beroles, el mocán y ese largo etcétera que es también anécdota sobre la eternidad de nuestros basaltos. Volvamos al jardín de noche, al patio con ancho alero y una maraña de frescor vegetal sobre el centro, tras el portalón y el zaguan. Bajo estas luces hemos tenido la visión de otro mundo. De un mundo al que siempre quisiera volver y parecía haberse cerrado por completo para mí.

EL CAPIROTE

Esta mañana me ha despertado un capirote. En medio del sueño sus notas han penetrado hacia mí en la oscuridad más completa y tardé en darme cuenta de dónde venía aquel rítmico canto de alborada. Los gallos también cantaban con su auroral estridencia de costumbre, y las cabras llamaban, con su voz casi humana, en los pequeños establos; pero dominándolo todo, a través del sueño, lo único que llegó hasta mí, sobre los pasos de las gentes que marchan temprano a su trabajo, sobre el rumor del agua, sobre el ladrido de amanecida de los perros, fue el canto del capirote.

Penetraba punzante y, sin embargo, sin estridencias, suave y a veces hasta monótono. ¿Desde qué distancia cantaba? Los árboles están lejos, los cupresos, las higueras, las moreras, los eucaliptos, los aligustres y algunos raquíuticos nispereros están todos a casi cien metros de mi casa. Hay pinos, follados de flores olorosas, brillantes y buenas noches, y en los jardines, alas de ángel, mezcladas a los culantrillos que han cubierto los bordes de la aquella acequia rumorosa siempre antaño. Pero el capirote seguía con su ritmo y sus leves notas, desde la distancia. ¿Estaría ahora, acaso, en las rosas de mi jardín? Porque abajo, sobre la tierra negra y roja, sí hay ahora rosales crema, amarillos, de terciopelo casi negro, pero nunca he visto un capirote en ellos. Mejor dicho, creía yo que ya hacía unos veinticinco años que los capirotes se habían perdido para siempre en el Monte y en Tafra, quizá ocultos a la mirada y al oído de los hombres de cemento y gasolina que todo lo han invadido.

Pero alrededor de las casas de cristal y hierro han surgido jardines, luego han venido las lluvias con su pertinaz cortina de perlas, con sus salpicaduras de barro y los árboles nuevos se han vuelto frondosos y parece como si hubiesen más capirotes que nunca, más que los de aquella selva en que crecían los laureles y los tilos, y las campanillas azules y rojas se enredaban entre los troncos longevos hasta producir la sombra. Parece que los capirotes hubiesen sido más propios de un Monte en que todo estuviese cubierto de lentiscos, de acebuchales, de verdes olivos salvajes, profundos, como una media noche de primavera sin luna. Y de pronto los vi de nuevo, en una mañana de fines de la primavera, en los eucaliptos de la carretera mientras éstos eran despojados de sus ramas para dejar espacio libre al aire y al sol del estío, después de haber llorado sobre el asfalto durante un invierno prolongado, después de haberse desgajado a la furia del temporal.

Ahora las heridas rojas de las capas más profundas de sus troncos forman contraste con la tonalidad blanca de la corteza; ahora precisamente es cuando surgían los capirotos para cantar la muerte de las ramas y el canto más inesperado de bienvenida al estío.

Nos alegramos de que no hayan prevalecido los lascivos y comunes gorriones europeos e invasores de nuestra fauna autóctona, sobre estos maestros cantores de los viejos bosques y jardines, pues aquellos son exclusivistas, eliminan con su proliferación insospechada a todos los ciudadanos del aire. No está muy feliz Viera en su descripción del Capirote. Me ha parecido poco entusiasta, con poco acento: "el macho se distingue por una gran mancha negra como de terciopelo sobre la cabeza, la que le ha dado el nombre de capirote", cuando debió decir que "aquello sólo fue una sombra de nube o de hoja de un pájaro nacido en un nido de sol con un dosel extraño: sus colores son para Viera gris oscuro y ceniciento claro y no vio que tenía el capirote como un reflejo azul en todo su cuerpo que sublima estos grises. Tampoco sabía Viera que su sombra, sobre un pétalo de rosa, amarillo, era violeta y que, al sol naciente, un extraño color naranja envuelve sus trinos de amanecida.

Sebastián de la Nuez, cuando describe el final y la muerte de Tomás Morales, es más veraz: "El verano de 1921 avanza. La primavera huye con pasos quedos. Por las mañanas se oye aún a un capirote que ha ido a posarse en el laurel de la huerta, y por la tarde son los gorriones que alborotan en la madre selva de la glorieta". Es lo más bello de su libro, pues el poeta de nuestras islas y nuestro mar —aunque parezca incompatible el canto de los pájaros en la selva, con la bravura del mar en los rompientes— va a morir cuando los capirotos cantan su nueva vida, cuando toda la naturaleza enciende su canción pagana porque el sol se ha salvado definitivamente en la Pascua: entre un equinoccio y un solsticio.

LA POLILLA

La polilla, la siniestra polilla. El viento se la lleva y el viento se la trae por corrientes inaudibles. De pronto, croc, crac. Tocas una madera que creías de ilustre abolengo, de intelectual pro-sapia, y dentro, un mundo que parece mezcla de Goñi y Solana, Picasso y *El caballero del verde gabán*. Un asombroso submundo de galerías sin sentido yace bajo la insospechadamente delgada capa de látex y bilirrubina. A veces también el comején termina con viejas casonas que se disuelven en la noche sin dejar rastro.

En otras ocasiones los gusanos de mar acaban con una carabela que en la imaginación lunar aún continúa navegando bajo la bandera negra de la calavera y las dos tibias. Mientras tanto, García Márquez escribe *Cien años de soledad*, en donde los hechos letales también corroen a todo un país, y no sólo los muebles. También las instituciones son a veces devoradas, desde dentro, por el comején o la polilla. No es la invasión trepidante de las termitas o de la hormiga roja o de la marabunta, verdaderas guerreras de la fauna acorazada, la que acaba en galerías taponadas. Son más poderosos los peligros de la noche tierna, que lo mismo se roen por dentro un cerebro que un mueble, o la crujía de un barco.

Ahora es la falta de perspectiva hostórica, o narrativa, la que no deja ver la polilla. Los muebles más pobres pasan a los miembros más pobres de la familia. Ellos, los desheredados, se tienen que entender con la madera desheredada también. La que no tiene protección ni destino. Una mañana las cosas se ponen patas arriba y comienzan a cernirse por entre los dedos y las astillas una finísima madera digerida que forma alegres montoncitos color canela o nogal o pinosanto, en el suelo. Esta siniestra polilla es la portavoz palatal de la discriminación social, de la discriminación intelectual. Si un amor me está royendo dentro y otro me come por los libros, también palidecen los escritos, pues la vieja tinta no era de buena calidad y toma, después de cierto tiempo, ese color cobre que termina por horadar el papel. La destructora polilla lo ha invadido todo. Hay una fruición maligna, sagrada, masoquista en descubrirla, para después sentir la necesidad del reposo y la libertad de ya no poseer sino "cosas-objetos", e ideas apolilladas.

Una piedra cae desde el suelo para abajo o para arriba. Es la polilla que vuela. Los arcos más sagrados se levantan sobre muladares, y la polilla sigue su trabajo. Un día, al querer traspasar aquel dintel que creías eterno, lo encuentras convertido en un comercio con anuncios luminosos y los siglos en el suelo, corroídos de nada, como la obra de los demiurgos que labraron la piedra de Arucas, justificadas en su destrucción por la prometida reconstrucción en plástico, que ese sí que no lo destruye la polilla, aunque San Juan agache el dedo. Amor, piedra dintel, corona de laurel, azucenas viejas, panes de azúcar, cabriolés ensillados, capotas, cacao y plumas de cisne: todo totalmente apolillado. Como lo están algunos seres que creemos brillantes, que creemos, en su cerrazón eternos y al tocarlos, al palparlos, desaparecen. El tabaco, las pipas, son impresionantes en su estante de madera, pero de pronto todo se incendia, se acaba sin fuego, se deshace. El otro día me preguntaban sobre un libro titulado

Río de Oro. Todo tiene sentido de eterno retorno. Ese libro, recuerdo ahora, que se me apolló en Maracaibo. El lomo estaba roído. Las gomas, los engrudos, el papel, todo lo que pueda aparecer como perteneciente al mundo del "alcohol que mata", es devorado. ¿Se ha comprobado acaso si la arena de los médanos, de las dunas, de los erg, no es polilla planetaria? Un río de oro discurre entre las manos del mundo. Para el hombre es imposible retener esa riqueza que ya dejó de serlo. La madera, con la penetración de sus galerías, adquiere aspecto de descubrimiento arqueológico en el Oriente Medio, en Pompeya y Herculano. O como si las catacumbas saliesen al aire frío de la mañana para llenar de escarabajos al mundo.

No. Indudablemente. Los cerebros están vacíos. O llenos de galerías. Indudablemente, no. No ha existido aquí nada. No ha habido surrealismo que se pare frente a la polilla. No ha habido polilla bajo esta delgada capa de células dérmicas que cubre, y descubre, Dios sabe qué ambiciones. *Sic transit gloria Mundi*: polilla, siniestra y sagrada polilla que nos hace tomar conciencia de la perecedera presencia del hombre y sus objetos.

LA TERTULIA

Casi todos los escritores salidos de esta tierra, sean conocidos fuera de ella o no, han acudido a la descripción de una tertulia para centrar en ella sus temas. Predominantemente ocurre esto en la obra costumbrista, en el cuadro o apunte breve y fugaz y, sobre todo, en el cuento más o menos humorístico. Pero ahora tratamos de localizar, en el espacio de nuestra isla, a las tertulias y a sus grupos de tertulianos. Este solo rasgo señala una de las formas vivas de pasar el tiempo, una situación social y además algo que ya está a punto de desaparecer, que la atropellada vida de nuestra época trata de borrar con su marcha uniforme de gasolina. Pero todavía el diálogo tiene actualidad.

Desde el punto de vista de los lugares y los temas, las tertulias de Gran Canaria pueden ser clasificadas en tres muy importantes grupos: las de la zona urbana original, las de la zona urbana portuaria y las de la zona rural. La primera zona comprende a gentes que pueden estar desocupadas con frecuencia, en buena posición económica, a otros que vienen temporalmente a la capital y se reúnen por muy corto espacio de tiempo en despachos, mercados, oficinas y, por último, las que reúnen a nuestros pequeños núcleos intelectuales. Los temas suelen ser, para los primeros, los de la actualidad, los económico-agrarios —siempre con sentido pesimista— y los que pudiéramos llamar "folkló-

ricos", por llamarlos de alguna manera. Para los que vienen a la ciudad por corto espacio de tiempo y se reúnen en el mercado, en alguna farmacia, en algún despacho, hay un primordial interés en tratar los asuntos que les trajeron aquí desde sus habituales lugares de estancia y éste es lógicamente el eje principal de sus conversaciones. Por último, los intelectuales; raras veces hablan de temas intelectuales, como no sea para discutir infatigablemente.

La zona portuaria tiene centradas sus tertulias comerciales, pesqueras y de cambullón o almacenaje en el parque de Santa Catalina, quizá el mayor centro libre de contratación que existe en Las Palmas. Entre café y café o entre cerveza y vaso de Fingas o coñac —a veces ron— se dilucidan allí los mayores intereses comerciales de las mercaderías que arriban al puerto con carácter de tránsito, de estadía o de importación. El interior de los bares, de los cafés, de los bancos y el exterior de las mesas, bajo los árboles, son buenos para concentrar toda la vida del puerto entre chupada y chupada de puro canario o palmero. Allí van a parar los intereses del cambullón y sus especiales tertulias de muelle, de mercado del puerto y aun hasta los de la carga blanca, que en los tiempos de poco tráfico esperan al sol el turno que van a consumir en el aparejo de buques. Como es lógico, han de considerarse comprendidas en la zona portuaria todas las tertulias profesionales realmente marineras.

Por último hemos de hablar de la amplia zona rural, la cual comprende muchos sectores, aunque el hombre de campo sea laónico en sus apreciaciones y, por lo tanto, no necesite mucho de las tertulias para su desenvolvimiento normal.

Pero existe, por ejemplo, toda una zona en el sur de Gran Canaria, en la cual los bares en el tiempo de la zafra, del tomate, reúnen a los hombres que han trabajado durante el día en el campo, unos delante del mostrador, otros ante la mesa de juego, que muchas veces puede ser el propio suelo. Suelen hablar de cuando en cuando de sus faenas, pero su principal carácter es el ser totalmente evasivas de la vida llevada. Quedan restos, sin embargo, de la tertulia tranquila y patriarcal, al borde de los setos de tuneras: la de los viejos sentados en un terraplén, al atardecer. Hasta hace algunos años todavía recordaban la guerra de Cuba. Ahora son otras guerras las recordadas. Los poyos de las antiguas iglesias y ermitas son también lugares de concentración de estas gentes, que hablan más del tema de sus vacas que de sus campos. En parte porque con frecuencia tienen a su cargo el ganado o porque los animales dan más de sí para hablar que los vegetales. Estos establecimientos son permanentes en las zonas de plataneras, de enero a enero, pero indudable-

mente es más nutrida la tertulia del sur que la del norte, por la mayor variedad de los cultivos y por el sentido de paso frente al estático que tiene el norte. Los cafés y los bares y las tiendas donde se despachan bebidas tienen, por lo demás, el mismo carácter de casinos de barrio en todo el Archipiélago. En el interior de las fincas, alejados del pueblo, también, al cesar el tajo, al mediodía, se hace tertulia bajo los árboles, sentando cátedra el más sabio, con sus dichos y propuestas. En las medianías y cumbres, la descamisada, las ferias de ganado y las fiestas más populares de la isla concentran las energías de los tertulianos para esos días señalados, reuniendo en ellas lo que en otras partes se derrocha a lo largo del año.

Las tertulias en que hay hombres y mujeres discurrendo juntos son rarísimas en Canarias. Ellas se reúnen más en los patios y hoy ya, con los hombres, en los salones de baile que no faltan en ninguno de los pueblos de la isla, por muy pequeño que sea, aun en aquellos donde no hay corriente eléctrica y el bailar con radio no es posible. Todo este complejo de las conversaciones tiene una enorme relación con la vida de ágora de los pueblos mediterráneos y es un fenómeno análogo al de los patios. Con mucha frecuencia las tertulias de los ancianos desocupados de cualquier ciudad de Canaria se centran en los bancos de las plazas públicas, que también hoy utilizan "gamberros" graduados, el sustituto de los antiguos mataperros, pero que parece como si antes hubiesen poseído una gracia más castiza, que hacía que se les perdonasen ocurrencias y mataperrerrías. Hoy este mundo de las tertulias casi ha desaparecido.

ES UN MUNDO INMENSO

Es un mundo inmenso esta isla de Gran Canaria. Con él tengo para ocupar toda mi vida. Y también en un solo valle de ella hay gente que cultivan sus rosas y mueren y lloran y ríen y forman los camellones para el agua sin salir jamás de él. Arriba suelen tener pinar, degolladas que comunican con otros valles, caideros de agua sobre charcas arenosas, miel de panales silvestres en los altos farallones junto a los beroles y las artabacas. Ya jamás salen de sus alrededores ni pretenden salir. Desde ahora renuncio para siempre a una Geografía Universal, porque encuentro tan inmensa la geografía de mi isla, que comprendo que jamás, por mucho que viva, la lograré abarcar toda. Ya quisiera sólo comprender el mundo complejo que encierra sólo uno de estos valles como este mismo de Tejeda que acabo de visitar. Pero no ya de todo el valle, sino de este enorme circo, de este mundo caótico com-

prendido entre la Cumbre, el Bentaiga y las montañas de Artenara. El valle de Tejeda no es un valle mirífico al estilo del valle de Sangrilá. Este es un valle macho, con problemas de sangre y de agua, a pesar de tenerla en abundancia después de este invierno en que ha llovido. Aún giran debajo de mí, no sé si en mi corazón o en mi cerebro, las imágenes de una rápida excursión por sus cuatro costados. Noche de alpendar horadado en la montaña, sombras del Bentaiga, el Nublo señalando con su dedo al cielo al amanecer, las huertas con la promesa de los frutos, una neblina algodonosa desgajándose por entre las maclas gigantes del Chapin, los ojos azules de una vieja erguida y desdentada, la vuelta al mundo del jarro y la palangana, el locero de más de cien años cuajado de vasos, porcelana de platos pintorescos, las tallas hermosas, panzudas, oscuras, con ancestrales dibujos guanches de Artenera, las sillas de Valleseco, los balconcitos corridos de las casas mejor construidas, la piedra morada, roja, azul.

No puedo decir que haya comprendido el valle de Tejeda en cuarenta y ocho horas. Quizás no lo comprenda en toda mi vida. ¿Es éste un lugar centrípeto, o centrífugo? ¿Escapan sus gentes de él o se apegan los labradores a esta tierra áspera que hace falta crear con las manos del hombre después que Dios nos dio los medios? He conocido, sobre todo en el sacerdocio, eminentes catedráticos, incluso universitarios, que eran de Tejeda. He conocido jóvenes llenos de energía, estampas simpáticas y delgadas que decidieron no volver a salir de Tejeda después de conocer Las Palmas, viejos de noventa años que sólo desearon toda su vida el silencio de una huerta sobre el barranco al peso del mediodía. ¿Por qué estos contrastes? Es quizás el mismo buscado por los primeros pobladores hispánicos frente a los guanches. Para absorber a Acoma, situada al otro extremo de este circo sobre una imperceptible línea blanca, bajo la mole de Alta Vista coronada de pinos. Es el contraste de la verticalidad negra del Chapin y la verdura llana de las huertas del Majuelo. Y, sobre todo, el contraste, el inmenso contraste de las formas suaves de la isla que habitamos si se la compara con las formas violentas como el mar enfurecido de la Isla Vieja, pero que es al mismo tiempo la Isla Viva, porque parece hablar con su geología, con el impresionante escorzo de sus montañas que inclinan sus capas geológicas como en un fracaso dirigido al mar de Poniente. Hace más de cien años, en época imprecisa, las violentas cuestiones del agua entre San Nicolás y Tejeda tomaron forma en una expedición armada de las milicias isleñas, únicas fuerzas de entonces. Una vieja que defendía su agua en lo alto cayó muerta de un disparo que seguramente no iba dirigido a ella. Sólo deseamos que la violencia de las explosiones jamás causen a la Isla Vieja

lo que a esta anciana, su muerte. Una teoría de nuevas huertas a media ladera, entre el Bentaiga y la Caldereta, sobre el Llano del Hondon y en el Chorrillo darán las nuevas aguas; luego, corriente abajo, las huertas de cultivos ordinarios se convertirán en tierras de regadío donde los chirimoyos y los aguacates, las plataneras y los naranjales extenderán su verde manto, pues por esta banda de la isla y metidos bajo los farallones protectores de la cordillera de Artenara-Tamadaba sube alta la zona cálida. San Nicolás será la segunda capital de la isla si se la sabe proyectar para el futuro.

Dar rienda suelta a la imaginación me es fácil. Pero es necesario contenerse en los límites prudentes. Desgraciadamente no hay ni dinero para poder reparar las actuales carreteras y ya pensamos en lo maravilloso que sería esta que pudiera unir Tejeda con San Nicolás; sería la ruta legítima de la Nueva Aldea convertida en Ciudad por obra y gracia de los hombres y de las aguas.

ALONSO QUEJANO EN TIRMA

La noche de Tirma se extendía sobre el bosque, más allá de las últimas casas del pueblo, con su gran regadera, con su enorme ducha de estrellas. Un perfume de ilanes y jazmines venía del cercano jardín de don Alonso. El propio don Alonso, tres calles más allá, en el silencio de la noche, decía a Dulcinea melosamente:

—La noche está orquídea.

Como antes, junto al muelle, había dicho:

—La tarde está vaporosa.

—¿Por qué?

—Porque están entrando muchos vapores...

A don Alonso Quejano le había sorbido el seso la lectura de *La Ametralladora* primero, y de *La Codorniz* poco después. En un lugar de la isla de cuyo nombre no me acuerdo había nacido don Alonso, hidalgo él, de menguada heredad él, encanijado él, sietemesino él. Probo, de bernegal en pila, parra de sombra, lumbago de a tostón, can hirsuto e isleño, camello famélico y camellones sin cuidar, de tal forma que entre can, camello y lumbago no llegaba a valer ni media fisca. Su conduto solía ser olor de queso chasnero untado por pan de Agüimes de tres días antes, gofio clarucho en taza de manzanilla, navegando sus islotes como polvo de salvadera sobre papel entintado. Vaca, carnero, olla podrida, ni hablar, patrón. Berzas, habichuelas y caldo pescado cuando repicaban gordo, allá por Santiago o por San Antonio, en

Santa Brígida, o por la Virgen del Pino, a donde solía ir terciada la jacarandosa guitarra, templado de agua de Fingas bebida en el propio manantial. Tenía por entonces casa mostrenca con puerta albeada en la cual campeaba en el dintel escudo en piedra de Arucas. Cabrías, rosas y reyes jugaban al boliche sobre las salidas de don Alonso en su escuálida caballería, camino de la ciudad.

En el pueblo cuidaban cerdos con él, no sólo el cura, el maestro, el boticario, el dentista, el veterinario y el secretario, sino toda la familia de cho Leandro *el Cernícalo*, vecina del probo. Y amén de tertulias, y de cerdos, tenían los ciudadanos de Quejana del Río, otras veinte tertulias más, nocturnas, filarmónicas, filosóficas...

Cho Leandro, Panchito *el Cueriles*, la *Pitrinca* y *Totorota Panza*, vecinos todos de don Alonso. En casa de Cho Leandro *el Cernícalo*, no digamos que viviesen en buena armonía ni que tuviesen mucho desahogo, pero tenían su pasar y sus cuchillos y sus entraditas. Totorota era casado con Carnacionita *la Pringada*, nieta de Clotildita *la Fatanga*, inspiración de rimeros y poetastros de Vegueta, como aquel que le preguntaban:

—¿Va pal puelto?

—No tengo suelto.

O le daban los buenos días y tenía que responder forzosamente que se había comido una sandía. Pero la dignidad y benevolencia de don Alonso se había captado el confianceo de los vecinos la voluntad de los cochinos, el buen decir de los eruditos, la manga ancha de los juerguistas y el oído de los que se embelesaban con las dulces canciones que componía a la guitarra.

Una mañana, con la fresquita, salió al campo don Alonso. Era después de la primera lluvia nocturna del invierno, cuando los paseos de su jardín más se cubrían de "flores de cera", de "gallos" y de naranjas caídas y la pequeña tanqueta del centro casi no se veía, cubierta por los millares de pétalos de veinte plantas diversas.

Fuera, todo desolación, el paisaje. Más allá del muro blanco, sólo montones de piedras arrumbadas por los cíclopes y alguna cabra, ese animal que todavía tiene figura prehistórica. Don Alonso cubrió aquel día, cabalgando, leguas de cardones, todas iguales: negras, rojas, ocre...

De una ventana lejana, una moza salió al camino.

—¿Dónde va su mercé, cristiano?

Mujer liviana y del partido, y en torno, sólo desolación, algún tomatero y unas matas de millo.

—¿Qué quieres, Mariquita? ¿No tienes un pisco de ron?

Y allí terminó el viaje por una larga temporada.

LA AMBICION DE LAS AGUAS

Ahora he recibido la noticia de que un antiguo amigo mío está en la cárcel. En realidad, la cosa no me sorprendió mucho. No está en la cárcel por haber robado ni por haber asesinado a nadie. Está en la cárcel por cosa aún mucho más baladí.

A mi amigo Luis lo subió el diablo a lo alto de una montaña y le dijo:

—Si reniegas de Dios, esas insignificantes hormigas que ves allá abajo afanarse por el pan de cada día te adorarán; sólo verán en ti cómo se hincha tu pecho, resplandeciente y orgulloso, y cómo quedas adornado de todas las sabidurías habidas y por haber. Serás un genio, sabiéndote una birra.

El diablo aquél tenía cara de Orson Welles en *El tercer hombre*. Ya he dicho en otra ocasión que toda la literatura es obra de un entretrejo del Nuevo y Antiguo Testamento con la *Ilíada* y la *Odisea*. Fuera de esto nada hay original sobre la tierra. Graham Green se inclina, por lo visto, hacia el Nuevo Testamento, de donde salen las más armoniosas leyendas... La resurrección de Lázaro, la tentación, son temas que Green no ha olvidado. Pero vamos a lo nuestro.

Mi amigo Luis respondió excitadísimo, con aquella cara de labios caídos que tenía cuando el profesor le tiraba de las orejas.

—Sí reniego.

Y la ciudad fue suya. Desde entonces, Luis Gabriel Ernesto Sánchez fue adquiriendo un aspecto de "lobo feroz". Los principales magnates de la economía le ofrecieron el oro, el oro y el moro, y él dispensaba favores a manos llenas... mediante la correspondiente retribución. Compró una finca y en su torno construyó una muralla de piedra amarilla, el doble de alta que las torres de la catedral. Dentro, un huerto de naranjos, un campo de golf y unas fuentes versallescas. Luis compró acciones de aguas y la vendía en los tiempos de sequía a precios bastante remuneradores. En el invierno aquél se dieron cínicos contrastes. Llovió mucho y hasta nevó. Las cumbres estaban blancas. Los *haigas* ascendían a ella desde las chumberas a los castañares, del palmar a los escobones, entre lechuzas que se retiraban a tiempo, y perros que ladraban a los hatos lejanos. Mientras el vaho de la conversación se pegaba a los cristales del coche, el mundo exterior se iba borrando y almohadillando.

Pero al llegar arriba, donde la cumbre es clara, brillaban con todo su cocleo de pavas en celo, las señoras *haiga*, con sus maridos no menos *haigones* de pura cepa; ellas, color ciclamen; ellos, color de macho verde y *jaldudo*. Pantalones azul marino, zapato-

nes remachados de puntas bravas, zamarras y pellizas, guantes de punto de cruz, pañuelos de colores, barrigonas fajadas y alegría sobre la nieve. Ellos, jugando como muchachos, se perseguían por degolladas y escobones. Entre ellos estaba Luis Gabriel Ernesto Sánchez Borkman, el más ilustre "pocero", el de más grande propapia dentro del grupo de tenedores de acciones "líquidas". Grave contraste era aquel de los que vivían de la escasez del agua, pudiendo palpar su abundancia, mientras que allá abajo quedaban aquellos pobres seres sedientos, junto a las costas soleadas, que no podían ascender a la cumbre para poder jugar con las bolas de nieve que se tiraban los potentados *haigones*...

Pero la envidia de los demás se comió la prosperidad de mi amigo Luis. El siempre orgulloso, pero siempre generoso, ostentaba sus riquezas. Una tarde en Nueva York no pudo desembarcar. Eran los tiempos de la ley seca. Su camarote, lleno de botellas de güisqui, dio de beber generosamente a todos los que quisieron acompañarlo. Una noche en Santa Cruz cerró las puertas del "Alhambra" y todos pudieron beber champaña a su costa. Emprendía viajes al desierto y al Brasil. Estuvo entre los indios ranqueles, como Mansilla. Y en París se hizo pasar por el príncipe de Kapurtala y hasta por Anita Delgado. Aquella misma madrugada tuvo que salir en tren para Viena.

La envidia de su vida brillante descargó como una furia del averno sobre su pobre carne rota. Hoy está en la cárcel por sesenta céntimos.

El agua de los pozos

Nada hay tan bello y placentero como dejar a la tierra tranquila. La verde selva y el abril florido, el desierto con sus arenas o la estepa con sus yerbas altas como caballos, las lianas y los musgos extendiéndose por todas partes sin que el hombre los moleste para nada. Así debió ser el paraíso terrenal. Las aguas bajarían negras, blancas o coloradas, azules como las del Danubio o en un hilillo tenue, como en el Manzanares. Pero vino esta peste de hombre, echado del paraíso, a ponerlo todo hecho una miseria. Así aparecieron los primeros canalitos, con un tronco hueco para derivar las aguas, hacia la vecindad de su cueva, para regar con ellas el primer trigo y el primer centeno salvaje y también el primer hijo —¡qué gramínea más prehistórica!—. Después aquello del:

—Déjeme usted un cacharrito nada más, señor Fulánez.

—Bueno, señora, coja usted un balde.

—Para llenar la palangana nada más.

—Nada, nada, por Dios. Lo que usted quiera—. Y todo terminó en un abuso incalificable.

A los ríos se les pone muros, se les cambia de curso, se les obliga a trabajar hasta extraerles el último vatio; mueven ellos solitos fábricas y ferrocarriles, limpian las alcantarillas de las ciudades —esto es lo que más les molesta— y hacen toda clase de menesteres, incluso de recaderos, circulando por donde el hombre los obliga. Con todo esto no es extraño que el agua se oculte cada vez más, que no llueva, que los ríos se sequen, que los pantanos no se llenen. Pero adonde se ha llegado al colmo en el abuso de la tierra y el agua es en Canarias. Menos mal cuando en ciertas y determinadas regiones del globo se perforan pozos artesianos y surge un chorro vertical que estaba ahogando y poniendo hidrópica a las capas geológicas subálveas; menos mal cuando se disimula el verdadero objetivo con eso de “vamos a hacer una cuevita”, y hacen una galería que no se la salta un gitano. Pero lo que no tiene disculpa es esto que está ocurriendo aquí: llenar el suelo con estos agujeros irregulares que llamamos pozos; estropear las capas volcánicas de la isla, tan bien dispuestitas y con tanto primer depositadas; no respetar que hay álamos blancos, ni que hay bancales con naranjos por los alrededores, ni lo limpio del aire campesino, llenándolo todo de manchones de grasa y del hollín de las máquinas, que jadean en una prolongada agonía. Esto, como es lógico, provoca la inmediata reacción de la tierra y del agua. Aquélla se arruga; ésta se huye.

En esta lotería de la clase media y alta, muchos se han arruinado, algunos van tirando y otros han adquirido verdaderas fortunas. Pero la explicación es lógica. El agua, por lo general, es asustadiza. Luego es muy difícil que salga un número premiado. Pero para todo hay lince y aparecen de vez en cuando los adivinos de aguas. Las entidades más serias y con más tradición en esta materia suelen caer de vez en cuando de invitar a alguno de ellos procedente casi siempre de Bélgica, tierra de buenos abates dedicados a la “acuomancia”.

—Dígame usted dónde está el agua, “musiu”.

—Déjeme que me abstraiga con mi varita.

.....
—Ya está. Por aquí, por aquí es.

Y, efectivamente, los obreros empiezan a cavar como leones. Uno, dos, tres metros, una cosa dura. ¡Plon! La cosa dura se ha desfondado y surge un hermoso chorro de dos azadas. Una tubería rota. Tribunales. Daños y perjuicios y costas.

Otras veces se oye hablar de alguien:

—¿Fulanito? Mira cómo estaba. De repente pegó a cavar en un pozo que tenía por allá por Valsequillite. Cava que te cava

dio con el risco. Dinamita al canto y siga "usted p' delante". Un buen día le salió un chorro de diez horas de agua. Hasta foguetes tiraron. A los obreros, vino del Monte y carajacas y ron de Telde.

—¿Y cuánto le duraron?

—¿El qué, cristiano?

—¡El qué va a ser! Las horas.

—Como todas: sesenta minutos.

—Déjese de bromas.

—Pues después de aquel chorro todo se quedó en agua y cerrajas. Pero más cerrajas que agua.

—¿Y después?

—No; por eso no se desanimó. Siguió escarbando.

GOETHE, EN SAN ANTONIO

No vamos a referirnos ahora ni a Clavijo, el personaje canario de las preferencias de Espinosa y del odio de Beaumarchais, ni tampoco a la influencia que Johannes Wolfgang haya podido ejercer en los escritores de nuestra isla. Aquélla es general en toda la literatura, y sería raro hallar un escritor, medianamente culto, posterior a él, en el cual no se encontrara algo del gigante de Weimar. No vamos tampoco a dar la lista de las obras de Goethe contenidas en los viejos fondos del Museo Canario, de la Biblioteca de La Laguna o de alguna otra Biblioteca conocida del Archipiélago, como la de Mafiotte, o la que poseía en la Orotava don Antonio Lugo Viña, procedente en parte de la que en su época tuvo don Juan Jacinto del Castillo. Sólo nos interesa ahora Goethe como hombre del Norte que descubrió el Sur y quedó maravillado no como autor leído por don Baltasar Champsaur o doña Carolina Chapuli.

En este aspecto son piedras preciosas los versos intercalados en el texto del *Wilhem Meister* y puestos en boca de la breve y bella Miñón. Valdrían igual para otra Miñón que trajese de las islas, a la Alemania teatral de Dresde o Leipzig —ciudades donde el pasado clásico tiene su tarjeta postal— todo el perfume de las Hespérides en el mes de abril, cuando los follados florecen con sus diminutos jazmincillos blancos. Así hubiese podido cantar el poeta: "¿Conoces tú la tierra donde florece el limonero?" Es más al Sur, donde las orquídeas empiezan a vivir al aire, donde los papayos ofrecen sus ubres de cabra, repletos. Cada bancal es un templo, un altar encendido con las mil luces de las naranjas lustrosas. Un dulce aire amoroso traspasa el cielo azul, pero también cuando está el cielo gris se siente un grato sopor inenarrable.

¿Conoces tú, mi amor, el lugar adonde quiero ir contigo? Los mirtos, los laureles y los arrayanes sólo se mueven fugazmente en la primavera y en su perfume hay algo que llama, dentro de mí, al amor. ¿Conoces tú la casa? Está cubierta por enredaderas, con tejas y galerías de madera. Quizá tengas en ella miedo a las ratas de campo y a las salamandras grises. Pero está escondida entre muros blancos y árboles gigantescos y a su único salón llega una luz tamizada que ha traspasado primero las magnolias fronteras. ¿No oíste cantar jamás allí los capirotes? ¡Y aquello, allá, a lo lejos, donde se oculta el sol! ¿No viste cómo azuleaban las cumbres con el Saucillo en medio? ¿Conoces tú la montaña y el sendero? Por ellas, cabalgando entre nubes, sobre estrechas cornisas, se baja al infierno o se sube, sudoroso, a los cielos, y se oye palpitar a la tierra, al dragón oculto del jardín de las Hespérides.”

Rubén Darío no necesitaría interpretación. Parece que ha estado bajo las cuevas verdes de San Antonio cuando canta:

Junto al verdoso charco, junto a las piedras toscas
rubí, cristal, zafiro, las susurrantes moscas...

Pero la adivinación amplia y completa del Sur se da en el *Fausto*, en la segunda parte clásica, de la gran obra de Goethe: “... por el collado alegre en que madura la uva sobre el sarmiento que su peso inclina...”, frase que llena toda la segunda vida del inmortal. Surgen entonces para él todos los dioses del Olimpo y las ninfas que pueblan las aguas, y, lo mismo que nosotros,

Silenio montado en burro
por un jardín entre rejas,

sirve de compañero al poeta, que hubiese conocido el Túsculo canariense de don Josef de Viera y Clavijo. Aquí, como en Italia o Grecia, Goethe pudo cantar al otoño con versos sáficos:

Ven a mis brazos, Venus de Milo,
Llena mi copa, Baco ligero
Lava mi mano, límpida fuente
que mana eterna.
Juntos dancemos la alegoría
ante la diosa de la hermosura
Entre cantares epitalámicos
besa mis sienes,
que hoy el Otoño modela el fruto
de los pinares, con oro y grana
y la vendimia ya terminada
llena mi vaso.

Nada hay que limite la fantasía; así, pues, para gusto nuestro, dejad que pensemos en este Goethe que pudo estar en Canarias y contemplar cómo las largas hileras de las mulas cargadas con las uvas recién recogidas se dirigían a los Siete Lagares, donde esperaban enhiestos los pesados maderos orlados de cantería negra. Ese retrato que hay de Johannes Wolfgang con un ancho sombrero y medio reclinado bajo un árbol sería la imagen suya, más apropiada para situarla en el Jardín de las Afortunadas en un día de vendimia, cuando los hombres llenan sus piernas del jugo dulce y lustroso de los lagares.

Sólo le falta a Goethe el matiz rubeniano, indigenista para tener completa visión del Sur. El hubiese podido poblar de estatuas clásicas los jardines de Arucas, pero no cantar en Telde el agua que corre por cantonera, aguacates, claveles, el jardín en sombras, rosas, cafetos, bananos, las ranas orondas, los bajos paseos...

¿Soñamos acaso o estamos despiertos?
 (recordaba ahora el jardín hindú
 abierto de lotos)
 Sobre un puentecillo de lacas y mármol
 en yema sonríe como de alabastro
 Madame Butterfly,

pues la pincelada —como de crema mate con las hebrillas de la porcelana vieja— sobre lo clásico es lo que define más exactamente a Canarias.

PATIOS Y JARDINES

La más brillante nota de nuestro vivir íntimo reside en los jardines y patios de todas las islas. Las residencias de Telde, Los Llanos de Aridane, La Laguna, La Orotava o Arucas tienen hermosos parques con jacarandas de flores violeta en la primavera o con olorosos follados de florecillas blancas, con rosas amarillas, cremas, púrpuras, blancas o rojas, con dalias pomposas, con tulipanes, flores de gallo, espuelas de caballero, guisantes de olor y glicinas, aguacateros y laureles frondosos o ficáceas gigantescas, con cafetos y nardos, con calas y pompadures. Pero no reside en estos jardines bien cuidados la esencia del Archipiélago, como no reside tampoco en el Botánico de la Orotava, ni en los parques y jardines municipales. El corazón verde de las islas se encuentra mucho más hondo, oculto por tapias blancas, por puertas despintadas o sobre los muros de las azoteas. Está en esas señoras que cuidan sus claveles, con amoroso mimo, año tras año, en esos gladiolos cultivados en parterres minúsculos, en esas bego-

nias o anturios de las galerías monjiles, en los lirios y azucenas que, en un cajón, han brotado junto a la desvencijada escalera de madera en un patio que no tiene más que el espacio necesario para que llegue un rayo de sol y un gato atigrado se estire perezosamente.

En esas casas pobres de los barrios, por Vegueta, por el barranquillo de don Zoilo, por San José o por San Juan las begonias tienen un aterciopelado envés y si vamos a ellas en un día de duelo, con esa solemnidad que tienen los minutos antes del entierro, veremos cómo en la casa sólo conservan la misma alegría de siempre los geranios de enredadera que cuelgan desde la azotea, los culantrillos del bernegal y las campanillas amarillas y blancas de las frisias. Cada vez se venden más flores en Las Palmas, pero esas flores del mercado tienen un dejo enorme de tristeza cuando se van marchitando en sus repletos cestos que han venido de madrugada, cubiertas por el rocío campestre, para ser destinadas al Cementerio o a las mesas de los hoteles y a las de algunas casas tristes donde no hay flores que tronchar. Pero los pobres tienen sus flores; sus malváceas moradas y sus maceatas de hortensias, en las galerías comunes. Debajo de la escalera colgadas del techo, sobre ménsulas, en cualquier parte. Y quien tiene dinero para ello compra plantas de extraordinaria belleza, flores rarísimas con colores violetas, atigradas de amarillo o rosas con vetas rojas y púrpuras para lucirlas sobre platos de Sajonia junto a dorados candelabros en relucientes mesitas. Las más brillantes las he visto en La Laguna, donde hay huertas descuidadas, pero donde también hay enormes camelias, no como arbustos, sino como árboles frondosos, y jardines donde se presiente el misterio de tesoros encerrados.

En nuestra isla se hace realidad la leyenda nórdica de la rosa de Navidad, aquella que logró rescatar el monje en la maravilla de una extraña floración primaveral en pleno invierno. Idénticamente asombroso es cómo apunta la hoja dulce de un gladiolo en el centro de la masa cerebral, rosácea, de su batatilla y cómo días después de haber llovido, se cubren los campos de un manto rojo escandaloso. A la vista de las adelfas nos olvidamos de los barrancos negros.

LAS IGLESIAS

¡Quién como tú, isla de la gracia! Ya no hay iglesia del Rubicón que pasar a nado con el pulpo del miedo agarrado al corazón. ¡Cómo falta una bella epístola de San Pablo a los de Tamarán! ¿Por qué habían de tener los gálatas ese privilegio y no

lo alcanzamos nosotros? ¿Qué extraña liturgia hubiese florecido en las cuevas de la Guanchía de haberse predicado el Cristianismo antes que fuese la ballena de San Borondón? ¿Qué caxallas de tamarco dorados, qué guapiles por mitras hubiese usado en su liturgia la iglesia tamaránica? Soñamos siempre con el alga del recuerdo, con el ángulo que no fue de la historia insular.

Pero hay otra historia presente en la piedra, una historia de cal y canto, con iglesia del Rubicón, ermita de la Luz y de San Antonio Abad y primitivo obispado por la calle de Colón. Hay una iglesia tamaránica de rito latino en cada losa primitiva, en las naves donde los altares se dirigen a Oriente: en San Agustín, en Santo Domingo, en las dos Concepciones, la de Tafira Atla y la de Jinamar, en la desierta de San Francisco de Telde y en San Juan Bautista de la plaza abajo.

Y, sobre todo, las ermitas, urnas de cristal, facistolos de materia impalpable y delicada, cajas de orquídeas amarillas, jazmín de la mañana con esquilas de plata. Entre ellas San Antonio de Telde, el templo más típico de toda la isla, con techo de dos aguas de madera de tea ennegrecida, recubierto de tejas rojas, apanadas, con el trazo de perfil combado, espadaña sencilla de un solo arco con remates troncocónicos y bolas en la punta, única puerta, atrio y nartex, amplia, rematada por un arco de medio punto de dovelas de piedra labrada, apoyado sobre las falsas ménsulas de las pilastras laterales, único altar primitivo, antiguamente de piedra y tierra, recubierto de madera, hoy hueco, con el frontal en rojo, dividido en tríptico de paños laterales más pequeños, encuadrados por molduras sobredoradas y recargado de una orla superior de ondas y falsas borlas también sobredoradas. Un gran cuadro de San Antonio cejijunto, alto, llevando al Niño de pie en su libro cerrado, la color cetrina, el gesto severo, la estameña parda. El cuadro tiene en su torno una moldura amplia pintada de lambrequines de purpurina, verde y rojo el fondo. A la izquierda del altar hay una repisa con una urna recompuesta pero primitiva, conteniendo dos santos de muy bella escultura, pequeños, con estofado de oro y las expresiones delicadas: San Pedro y San Juan. Esto y una pequeña cruz incrustada de nácar, toda llena de atributos franciscanos, es lo que resta de los enseres de la primitiva iglesia vendida por don José del Castillo, pues de ella se llevaron el resto de las cosas a la parroquia de San Juan Bautista, siendo párroco de la misma don Pedro Jiménez. El piso antiguo era de ladrillos rojos de construcción que se deshacían en polvo. Del pequeño púlpito en adelante estaban las paredes cubiertas por dibujos florales hechos con patrón de un rojo sanguinolento.

Mucho más pequeña y, sin embargo, convertida en parroquia,

tenemos la antigua ermita de San Nicolás de Las Palmas. La ermita, ya desaparecida, de los santos niños Justo y Pastor, y la de San Nicolás de Bari fueron edificadas en la expansión de la ciudad hacia el risco. Esta del santo milagroso es de pobrísimas líneas arquitectónicas, con puerta al naciente, techo a dos aguas, artesonado sencillo, mudéjar, y sacristía reducida. Está bajo un ficus, entre la plazoleta, el Alamo, la Real y el Girasol. Tiene una pequeña imagen de Nuestra Señora de Loreto, que salió Purísima de manos de Luján. Los cuadros de Santa Teresa y San Francisco proceden del antiguo convento de las Claras, ¡oh monjas enclaustradas bajo el tiempo seda de Vegueta! A la primera talla de San Nicolás vino a sustituir, hará cosa de cien años, la escultura que hoy ostenta la luminosa llamarada de la mitra de plata en su cabeza.

San Nicolás casi no tenía culto. La primera misa de Las Palmas que se decía los domingos era en San Antonio Abad, para comodidad de los recoberos que venían, del interior, a la plaza. En San Nicolás se decía la última, la de los rezagados que se les había escapado la primera y volvían, ya tarde, por la cuesta del Castillo hacia los caminos de San Lorenzo, Tamaraceite, los Barrancos, Siete Puertas o Dragonal.

Todavía tiene la plazoleta de San Nicolás algo de esas plazoletas viejas de Madrid como la del Conde de Toreno en San Bernardino o las del barrio de La Latina, entre Toledo y Segovia. En una lápida reza: "Reynando el señor don Fernando el Sexto, siendo corregidor y capitán de su Majestad Don Juan Domingo de la Cavada y Molledo se hizo este camino. Año de 1767". El afán de obras públicas prácticas y "cómodas", progresivas, de la dinastía borbónica quedó impreso en estas piedras, sobre el verde platanal de Pambaso.

Antiguamente, San Nicolás de Bari acompañaba a la ciudad a la Virgen del Pino, cuando descendiendo ésta por el Camino Viejo, llegaba a la plazoleta de San Nicolás con San José del Alamo, Santa Brígida, San Juan Bautista de Arucas y San Lorenzo.

La ermita de San Telmo hace mucho más tiempo que pasó a ser parroquia: la de San Bernardo. San Pedro González Telmo fue deán de Palencia, caballero cristiano y patrón de los navegantes españoles. En esta iglesia se hizo carne la ilusión del mar. Antes se hallaba éste mucho más cerca. Luego vi cómo crecía el parque y cómo surgía el proyecto de una gran parroquia de San Bernardo, cuyos cimientos están construidos y convertidos en una especie de "terrarium".

La primitiva ermita fue terminada el 20 de mayo de 1747, casi en plena marea, alejada del núcleo de Las Palmas, cuando aquello eran poco menos que cercados de millo y papas y los restos

de la muralla, que aún vemos en el risco, estaban enteros. Valentín de la Concepción, el maestro Agustín Rodríguez, el carpintero —seguramente carpintero de ribera—, José de Guillermo..., éstos son los nombres barajados por quienes tratan de la historia del templo. Pero yo sólo veo en ella mi entusiasmo por la procesión de las palmas y la Burra y mi asombro ante los damascos que tanto tiempo tuvieron guardados y la figura del párroco en negro. Este presentársenos con más fuerza lo anecdótico ante la primera visión del mundo no nos ha ocultado la belleza clara y grácil de la Purísima sobre cabecitas de ángeles, ¿de Alonso Cano?, de la Virgen de las Angustias, del Cristo, de los retablos laterales, del arco decorado, de los dorados de toda la iglesia hechos por el maestro Agustín. En toda la isla no hay retablo barroco más bello que el del altar mayor de esta iglesia, ni facistol más bonito que el rococó de la ermita, ni custodia de plata más preciosa, que la que tiene por base el carro de Ezequiel y por remate el viril en forma de hojas de trébol con rubíes y esmeraldas. El púlpito es sólo un balcón abierto a la iglesia con entrada interior misteriosa. La lámpara de plata fue rehecha en 1707. La primitiva fue robada dos veces y una de ellas enterrada en las arenas desaparecidas. La urna en que está, como pez en su pecera, el niño Jesús, de traje blanco recamado, siempre me llamó la atención con sus reflejos en una penumbra de la que jamás sale la iglesia. Un ventanillo sobre el coro, chirriante de músicas asmáticas, presta rayos azules, rojos y amarillos a esta suave oscuridad del templo. Y remata la maravilla de este joyel el barquito de velas blancas y carena roja que pende del techo. El artesonado mudéjar, al que no faltan volutas renacentistas, deja escapar al cielo toda el ansia de las iglesias de Canaria.

LAS FANTASIAS

En bronce romano

Según la etimología popular, las islas Canarias se llaman Canarias porque los romanos así lo quisieron. Si a nosotros nos hubiesen dejado el cuidado de denominarlas las hubiésemos llamado, bárbaramente, Islas Perrarias o Perrunas. Siento verdaderas nostalgias por la historia que no tuvo realidad, pero las Canarias, Canarias se siguen llamando y sólo por circunstancias casuales no aparecieron las legiones romanas, instalándose en las prodigiosas islas Afortunadas. Más distantes estaban las naves que atravesaron las columnas de Hércules, de las Británicas y en ellas se clavó

la ságita romana. A ellas fueron por las Galias, pero nosotros tuvimos muy cercana la populosa Mauretania.

Por ello siento más, en la carne de basalto de mis islas, el desconsuelo de no haber sido abiertas por las calzadas romanas, rompiendo los malpaíses, allanando las piconeras —donde las cenizas volcánicas estuviesen desmandadas—, construyendo puentes sobre los cauces secos de los barrancos. Hambre de Arcos Triunfales hechos con cantería azul, o negra, de Arucàs; con mármoles y piedras calizas de Fuerteventura; con esa tosca roja de muchas puertas renacientes de La Laguna, o con aquellas otras llenas de verdín que florecen de berodes en el barroco del Palacio Nava —junto a los verdes plátanos del Adelantado— o del Palacio del Obispo, con su escudo de mármol estrellado...; sólo la murice se llevaron los romanos de las Purpurarias, pequeños seres que contribuyeron con su podredumbre al orgullo de quien tenía como misión “debellare superbos”.

Tenemos nostalgia de que en la Isleta no se alce un faro romano que con la cabellera de fuego a los alisios, hubiese atraído a las trirremes al amparo de las montañas. Y de que en el Guiniguada el camello negro del puente Verdugo no hubiese tenido aguas arriba —peñas arriba— un hermano con arcos de medio punto y sonoras inscripciones. Nuestras aguas —aguas tan escondidas, por huir del mundanal ruido— hubiesen conocido la alegre esbeltez de los acueductos antes que esas frías conducciones de cemento y uralita, de los sifones, de los proyectos. Las piedras hubiesen alternado también su canción con el agua y, de Carrara o de Paros, hubiesen venido quizás copias de Praxiteles o en nuestras islas hubiese producido un precursor de Luján que, sobre las bellas vetas de las piedras, hubiese imaginado la virginal hermosura de las carnes...

Y, sobre todo, que, un día, entre los restos de cualquier Pompeya canaria —que para eso tenemos el Teide, y esta isleta es la más bella réplica de Nápoles. ¿Dónde estás Capri encubierta, San Borondón de mármol?— hubiésemos encontrado la maravilla alada de nuestros peces, grabados en el mágico “opus tesellatum”, con las membranas de sus caudales y alígeros miembros en el cobalto de los mosaicos, maravillosamente cuajados en el fondo de un impluvium o bajo todo el reticulado piso magistral de una villa del Túsculo Lentiscal.

Quizás, con todo ello, hubiésemos tenido menos cráneos guanches en el museo, y menos cerámica en la Atalaya; pero no faltarían las bellas ánforas enterradas entre las cenizas volcánicas y los surcos que los tardos bueyes o los pacientes dromedarios abren, llevarían trozos de “terra sigillata” o de monedas con la diosa Roma—. En Vegueta, un día, al derribar cualquier muro

amarillo, entre ratas blancas y buganvillas purpúreas por el suelo, aparecería tal cual diocesillo de bronce, una fibula lujosa, quizás un ara escondida; o los restos de una columna rostral bajo las nobles piedras de Santo Domingo. Y los sarcófagos blancos hubiesen antecedido a estas siniestras cajas de madera pintadas de negro. Sarcófagos con el Buen Pastor o, simplemente, el Moscoforos helénico. ¡Qué reposado descansar el de los cuerpos en aquellos puros lechos de piedra por toda la eternidad!

Quizás el entretenimiento de buscar las piedras guanches y este neolítico del siglo xv fuese menor, porque la cultura hubiese permanecido perenne y rosada sobre la Isla, que tiene toda la dulce elegancia de lo clásico, pero le falta la ejecución de una Niké alada sobre cualquiera de las grises lomas que circundan la Ciudad.

En seda oriental

Sólo Dios es grande, clemente y misericordioso. Sea, pues, alabado y reverenciado en aquello que haya querido disponer para nuestras Al-Yezair-Al-Jaledat.

Decía el sabio geógrafo El Edrisi —¡su nombre sobre los siglos!— que frente al puerto de Asafi se levantaban las islas Calhan, cuyos habitantes, si bien eran de la especie humana, tenían cabeza de bestias, como los dioses egipcios. Cerca de ellas estaban también las islas de los hermanos magos Cherham y Chram, que por piratas fueron castigados y convertidos en roques. Al Edrisi le transmitió estas noticias a Ahmed ben Omar, almirante del emperador Yusuf ben Taksufin.

Islas tenebrosas, cubiertas de carneros, con pájaros rojos... ¡Oh Al Yezair Alseada, islas de la Felicidad! Sólo Dios es grande... El Damaskí maravillase ante los jacintos y las mujeres de piel de nata que las habitan y ante el océano verde y misterioso que las rodea.

De pronto estalla una tormenta. Hay sobre el Yebel ben Taiga un resplandor de relámpagos. El torrente se precipita en la hondonada. La tempestad azota los almendros. Pero en febrero el sol apuntará en la cumbre, un día. A la puerta de su casa, Fátima tendrá, por primera vez, que cubrirse el rostro. Muchos botones dorados y blancos pugnan por salir a luz. Un rayo atravesó las nubes e iluminó la falda florecida, ¡el milagro de los almendros nevados!... La voz del muecín sobre la piedra coja de la mezquita tejedí resonará en Yebel Chapin, sobre el Borj Akoma, al atardecer, cuando el escudo de bronce del sol se esconda por Alta Vista.

Abul Hasan Alí ben Hisn pudo decir del vino del Monte —lo vi en el suelo cuando aún no tenía bozo— que tenía como el enebro el hocico del antilope. Los poetas árabes nacidos en tierras sin antílopes siguen hablando de ellos. Ben Al Kutiya pudo cantar las azucenas y las rosas del sur. Ben Sara, las naranjas de San Roque, de Valsequillite, del Valle de los Nueve: ¿Son ascuas que muestran sobre las ramas sus vivos colores, o mejillas que asoman entre las verdes cortinas de los palanquines? Son cornalinas en ramas de topacio; en la mano del céfiro hay mazas para golpearlas; son mejillas de doncellas o pomos perfumados.

Ben Sara también cantaría a la alberca con peces y ranas en el mismo Guadaguini: “¡Qué bella la alberca rebosante! Parece una pupila cuyas espesas pestañas son flores. Hay en ella ranas cuyos saltos en el agua se envuelven en ropas de verdín”.

“Detente, ¡oh caminante!—diría Ben Abe Ruh Alyecirí—, junto a mi mar de miel, bebiendo el delicioso vino de la boca o cortando la rosa del pudor. Tiene en la noche sombras gigantes encapotadas que he visto en sueños. O reflejos de candelas en la playa, como puntas de lanza sobre la loriga del mar. Nuestra kabila, Ben Tamarán, se puebla de espadas junto a un mar de almendras”.

Sobre toda la Beni Guanchía de Las Palmas se elevó el Alcázar de Medina Roja. El exterior era de piedra de las Moradas. El interior tenía capiteles labrados en Siria, marfiles de Armenia, alfombras de Ispahan, pieles de tigre de Bengala, metales de Fez y Marrakesh. Y sobre los almátriches y las acequias de su jardín llenas de agua de la Mina, los cipreses se erguían rectos en la noche buscando las estrellas. Y el Lucero dejó paso a las Pléyades. Cuando amanece, una escuadra de naves turquescas va camino de las isletas y todo el Alcázar parece un solo sol resplandeciente. Todo ello fue un sueño en Medina Tamarán, ¡Dios de los Arcángeles! Ahora brillaría Abu Yahia lo mismo en el Roque Nublo, la Zajara Mesahab, que en la cueva de Bandama, donde habitó el genio de Aladino; o en las llanadas del sur, que hacen vibrar mi alma como una espada de la India; o en los arenales de Algando; o con los arriates de anémonas frente al palacio del bajá, en el jardín interior que sólo se ve desde la torre del vigía o subido a los senos de tus colinas —¡oh blanca, bella y pulcra Tamarán!—, con valles de palmeras, cañas y cafetos mirando el curso de las aguas.

¡Quién fuera sol de múltiples días o cielo de lunas de manteca para poder alcanzar sin prisas la gacela del tiempo!

LA DANZA MACABRA

¿Penetraron un día las hirientes tabonas en los cuerpos hermosos de los guanches? Mari Maguada inició su danza macabra mirlando príncipes y guaires, gentes famosas o estado llano, secándolos y envolviéndolos en telas, en finas pieles de baifo y en sacos de paja entretejida. ¡Qué solemnidad la de estos muertos de pie en sus cuevas, hombres y mujeres citados para el Juicio Final esperando en Guayadeque la Eternidad! Pero hoy nos llama a la danza Mari Maguada en otro lugar más cercano cuyo camino tiene la belleza estallante púrpura y rojiza de las enredaderas de papel y donde es símbolo de eternidad la hoja brillante de la yedra: en el cementerio de Las Palmas, en la memoria.

Volver a él es como volver a casa. Siempre está lleno de recuerdos para los que tenemos allí a tantos muertos, muchos que no conocimos jamás —hay un roce de crinolinas junto a la tumba de aquella bisabuela del ochocientos fallecida a los treinta y cinco años—. A su puerta, eterno, un aire igual al de las mañanas de autopsia, cuando iba al cementerio con mi tío —ya para siempre allí también— para después llegarnos al Muelle Grande a ver entrar el *Gelria* o el *Orania*...

Hoy me atrae el cementerio desde su inscripción solemne

Templo de la verdad es el que miras...

la extrema soledad del osario, con el recuerdo de aquellos restos de un togado que lucía su birrete sobre la monda calavera. A veces, su frío cala los huesos y evoca algo más terrible. No nuestra muerte, que al fin y al cabo, somos un día de nada, sino la de estas montañas enormes, la de esta isla que se marchita bajo las sequías. ¿Esperamos, acaso, que ocurra bajo un cielo que amenaza Levante? ¿Será una noche en que la luna nazca roja como las amapolas de Tafira? ¿Tendrá el cielo colas de caballo? ¿Vendrá con la lluvia de sangre de las arenas arrastradas por el temporal? ¿El brillo pálido del sol, se parecerá ese día al amarillo quemado de las plantas?

Si la Tierra ha merecido tanto reportaje sobre su fin incierto, ¿por qué no lo ha de merecer la Isla, redonda como el Universo?... La langosta vendrá brillante, como escamas de plata y pétalos de rosa —primero una mancha oscura, después una estela de color anunciando el fin. He visto, bajo las naves de la catedral, llover flores y, también, el día del Corpus, cómo caen de los balcones los amarillos, rosas y azules de las semimarchitas

corolas. Una lluvia cintilante de langostas es mucho más bella y terrible. El Apocalipsis de la Isla comenzará una mañana de agosto, cuando el silencio sea más grave y se llegue a oír cómo las poleas del cielo van sacando del mar un sol hundido en el pozo verdinegro de la noche abisal. Habrá, para recogerlo, ángeles que vuelen bajo sus capas de piedra como los de Reims o Burgos...

Pero también podrá llegar el fin con el temblor de los colapsos, resplandeciendo volcanes en las hoyas muertas donde las vides dan sus frutos nacarados o purpúreos. El negro manto de la noche será, entonces, rasgado; no por las hogueras (las de San Antonio, San Juan y San Pedro y San Pablo), sino por erizados relámpagos de lavas. Y escupirá el mar, sobre la costa, sangre hirviendo. No salvará a la Isla, en el supremo instante, el haber donado al mundo la pulpa nacarada de sus frutos. Más bien la acusarán de haber llenado las panzas heladas de los barcos pesqueros, con la plata muerta de los bancos sahárlicos, cien mil nereos ansiosos de carenas crujientes, de basaltos hundidos y anegados entre "aurirramosas cuencas".

Sobre el Nublo y el Pozo de las Nieves flotarán penachos de algas y la última pitera, con la fluorescencia amarilla enarbolada de aquella primavera en que le llegó el amor. Flotará el último plumón del nido de palomas que no quemaron los volcanes, el último sombrero de paja de una pálida morena... La mano invisible de las corrientes dominantes irán llevando a ese impávido mar de los Sargazos los restos del mundo en que vivimos. ¿En qué estómago de pez reposarán estas cuartillas? Este será —y no el que me evoca la muerte de la isla— el postrer cementerio de Las Palmas, con sus piedras limadas, con sus cadáveres roídos... ¿Estoy despierto o dormido de pie? Pasa ante mí el último entierro de la tarde en su hora mate y suave. Es blanco y lleva poca gente. Las flores tienen como un temblor de espuma. ¿Va a nacer Anfitrite o vuela una paloma sobre ella?

GREGUERIAS

Las greguerías de Ramón sobre la isla no tienen ángel; sólo tienen pez-ángel.

* * *

Las palmeras estarían más erguidas si no estuviesen recargadas de metáforas arábigo-andaluzas. Junto a la grácil gacela sólo se estila la grácil palmera.

* * *

Y esto no es lo peor. Lo terrible es cuando se nos quiere convencer de la industrialización de la palmera, puñal clavado en el verde inocente de los palmitos.

* * *

La palmera es un sol invertido. Es el pincel que pinta siempre nubes de verano en paisajes con camellos.

* * *

Ni Las Palmas tiene palmeras, ni Madrid madroños. Nos consolaremos diciendo que nuestras palmas no son las que ven los ojos de la carne, sino del espíritu. Aquellas perfectas hijas del oasis, más relacionadas con la Tadmur bíblica y con la Palmira romana, que con las de *Panchito Jinorio*.

* * *

¿De qué vale descubrir tanto guanche conventículo si no descubrimos el estilo palmario que debieran haber tenido?

* * *

En la plaza de Santa Ana hay cuatro perrazos en bronce que suponíamos eran los canes epónimos de Canaria. Pero, en no sé qué plaza, de no sé qué pueblo, vimos los mismos perros, fabricados en serie, por no sé qué industrial especialista en perros de bronce.

* * *

Gran Canaria es una gigantesca tortuga varada, sobre cuyo negro caparazón resalta el espinazo de las Cumbres.

* * *

Gran Canaria sólo se estiliza en los muelles, bajo el rítmico paso de las aves marinas.

* * *

Gran Canaria es también un capitel corintio al borde de un goro. O el estilo gótico, de Isabel, junto a un húmedo platanal.

* * *

Llena eres de gracia, Las Palmas, tú a quien el cielo ha preferido para descansar sobre tus riscos, como si aquí también el empíreo sintiese el tedio inmenso de la vida.

* * *

Son tus alturas las grises columnas sobre las cuales la tarde se logra mantener, borracha de ron de nubes, después que ha sido barrida por las llamas negras de la noche.

* * *

En Gran Canaria no se puede comprender verso ni dibujo sin sagrada Geología. Es el fallo de la doble cabria de la T sustituida por el anzuelo cautivador de la G, pescadora como la isla.

* * *

Las Palmas se envuelve en la luz de la luna como la antigua pella de dorada manteca de los altos, en las hojas de la ñamera.

* * *

Y la tea guanche colonial a lo turco, nos trae recuerdos del *Mundo Ilustrado*, con grabados de Galata y Pera junto al Cuerno de Oro. No en vano hay en Las Palmas callejón de los Moriscos y calle de los Malteses.

* * *

El mar no suelta la isla. Como presa codiciada, la estruja contra su amplio tórax. Le lanza, a veces, feroces dentelladas, y otras le regala el oro de sus arenales. El mar tiene un buen fondo natural... poblado de muertos.

EL CLIMA DE LAS CUATRO ESTACIONES

PRIMAVERA

Sandro Boticcelli la plasmó para siempre en unas imágenes que poblarán indefinidamente las pupilas de todo aquel que alguna vez vio, en su lienzo magistral, los divinos cuerpos primaverales.

Pero lo que no está tan al alcance de todos es el origen poético de este cuadro típico del Renacimiento, aquellos versos italianos con la bienvenida del Mayo y el gonfalon salvaje, a la Primavera en la cual el hombre se enamora.

Y que terminan

ché le zitelle e grandi
s'innamoran di maggio

¡Qué pequeñas y grandes se enamoran en mayo! Es casi un canto pánico el que resuena bajo las frondas recargadas de madejas de oro. Todo pensamiento de vida y de esperanza es entonces poco para dar forma poética a la sed de renacer que embarga a los seres.

Quizás en nuestro tiempo, con algo de versallesco en la visión clásica, nunca tomada directamente de lo italiano, haya percibido, mejor que nadie, el perfume de todo esto Rubén Darío.

Al *maggio* de Angelo Poliziano califica de

Mes de rosas. Van mis rimas
en ronda a la vasta selva,
a recoger miel y aronas
en las flores entreabiertas.

Hay en él las mismas alusiones que en Poliziano al *gonfalon selvaggio*

es nuestro templo; allí ondea
El gran bosque
y flota un santo perfume
de amor.

Más personalista, Rubén hace propio el amor que Poliziano proclama, bajo las guirnaldas de flores, para todos.

¡Oh amada mía! Es el dulce
tiempo de la primavera.

Todo esto tiene también ambiente de trova provenzal. A estos versos han de acompañar esas bellas ilustraciones que de igual manera podrían acompañar a las escenas primeras de nuestro Calixto y Malibea.

En otro poema posterior —“Por el influjo de la Primavera”— se muestra Rubén en una forma más perfecta e intelectual y, por lo mismo, menos espontánea.

Antiguos ritos paganos
se renovaron. La estrella
de Venus brilló más limpia

y donde hay casi una lasciva insinuación en forma de japonés haikais:

Un vasto orgullo viril
que aroma el *odor di femina*:
"un tronco de roca en donde
descansa un lirio".

Para estallar después en cánticos alegres.

Pero Rubén tiene también su predecesor en la poesía lírica castellana. Es Pablo Piferrer solamente conocido por su amor a la divina estación:

Ya vuelve la primavera
suena la gaita — rueda la danza
tiende sobre la pradera
el verde manto — de la esperanza,

cántico lleno de una energética musicalidad pastoril.

El siglo de oro no es muy dado a cantar las estaciones, ni la primavera ni el otoño, ni el paisaje, como no sea cosa convencional o alegórica:

Era del año la estación florida
en que el mentido robador de Europa,

dice Góngora, dándole un largo y lento capotazo al toro de la primavera.

Para el germánico *Sturm und Drang*, la primavera es contraste con lo negro y fétido de la tumba; Uhland no puede evocar a la estación florida sin el oscuro yacer.

Nada más alejado de lo clásico que este espíritu alemán de las cosas. Por eso Goethe pregunta: "¿Conoces tú la tierra donde florece el limonero?" Sus compatriotas, no; pero él había estado en Italia, en la tierra donde la primavera fue inventada, ya que la primavera es la única estación creada por los hombres, en la medida que éstos pueden crear alguna cosa.

Pero allá Boticelli, con su pintura florida sobre el mórbido cuerpo; Angelo Poliziano, su poeta inspirador; Stravinsky, con su musical crepúsculo de primavera. Aquí, en la isla, sólo oímos la risa de la estación. ¿Pero cómo distinguirla de la del invierno o del verano? ¿Por esta menuda lluviecita impalpable, que lleva días y días humedeciendo tenuemente los campos, haciendo caer muertas las flores de los manzanos y cerezos? No. Sólo porque en junio flota en el ambiente un ritmo nuevo; ya las parrandas cantan la isa, ya floreció la jacaranda de violetas pálidas, ya la zafra terminó y las mozas regresan al pueblo por la carretera, ya llevando un aire de triunfo en sus ojos brillantes, cuando rompen

a cantar alto, tirando la hoja de geranio que cogieron a lo largo del seto florido:

Por ser ésta la primera
noche de la Primavera,
tan grata para el amor.

Estío

El molde de las estaciones del año está hecho sobre el tiempo de Europa. No conviene, pues, sino a una fracción de la Humanidad. Luego ésta se extendió a otros climas, donde encontró ciertas analogías con su propio país. El romanticismo se encargó de propagar el lugar común. Pero lo cierto es que por culpa de esta manía de llevar un solo patrón para todos los climas de la tierra han surgido no pocas contradicciones. La filosofía popular reacciona muchas veces contra esto, y así, en la meseta central, y especialmente de Madrid, se ha dicho: "Nueve meses de invierno y tres de infierno." Esto es algo exagerado, puesto que Madrid suele tener unos deliciosos otoños. Otros países, alejados del contacto con Occidente, no se encasillaron en las estaciones europeas. El año etiópico comienza en la primavera, sigue por la estación de las lluvias, la de recolección de las cosechas, y termina con la del calor. En las regiones ecuatoriales y en parte de las tropicales solamente hay dos estaciones: la seca y la lluviosa. En Canarias padecemos por las estaciones más que por ningún otro lugar. Me refiero a la manía de hablar, en invierno, de nieve; en primavera, de árboles recubiertos de hojas; en el verano, de calores sin tacha, y en el otoño, de vendimias y frutos. La verdad es que aquí el estío es la estación sin límites que nos llama con ansia de quemarnos, aquella en que será dulce morir:

y dormir soñando entre los cirios crema,
mientras las abejas de terciopelo negro
repletan con su miel los panales de cera;
o también reposar cuando la vida breve
cante su sonata de zumbido de moscas
presintiendo el calor del mosto que replete
las pipas en la próxima acequia.

No pueden faltar en estos días canarios algo así como una explicación clásica y pánica de la estación, porque no en vano estamos en el centro de ella. Pero esto en sí no quiere decir nada,

pues el mismo báquico ardor podemos sentir en pleno enero, cuando amenaza el levante desde la Mar Fea y Gando:

Será bello que cante su hora de agonía
 en el corral vecino, el pavón tornasol
 y que venga torpe, desde la gañanía
 el toro de Europa con su corte de amor.

Las guirnaldas de siemprevivas y zinnias —rojas, malvas, celestes, doradas— lo cubrirán casi hasta las pezuñas, y unas ninfas descalzas, con un delantal de yute, con mucho brillo en los ojos y calor en la cara, conducirán ganado hasta el abrevadero, donde planee un rojo caballito del diablo.

Por esos días andamos todos sujetando, como délficos aurigas, las riendas de los deseos. La imaginación se pierde con rapidez en el claror del sol. En Madrid hay una cosa triste que rezuman los diarios; los garabatos de los humoristas; las ansias de los que piden becas para ir a Santander o a Jaca; Madrid entero sufre de complejos estivales. El “quiero y no puedo”, lema de victoria de lo “cursi” sobre lo que se logra y depura, impera en este áspero complejo, tan difícil de peinar con un peine de cristal. ¿Con qué soñará el que reprime sus deseos de veranear? Ha de soñar con vacas que pasten algas o con pueblecitos de la sierra que están contruidos bajo el mar, tamizada la luz, siempre tenue del sueño, por el maravilloso “plancton” abisal. Así se encontrarán conjugados, sobre la imaginación del que duerme, los dos “mundos” de veraneo: el mar y la montaña... Los jóvenes tendrán en ella escorzos pánicos. Pero la realidad es aquel barrio marinero, oliendo a pescado podrido, o aquel otro terrón de la estepa donde hay siempre un tonto de cabeza deforme, el hombre de los seis dedos en cada mano y donde ocurrió, hace muchos años, la tragedia que el rapsoda popular cuenta en sus barojianos cartelones. ¡Bendita tierra la mía, donde no existen complejos estivales!

La isla es un puño, y no hay distancias suficientes en ella para decirse que estamos veraneando. Antes, cuando la vida era fácil, los domingos nadie quedaba en Las Palmas. ¿Quién no tenía dinero para alquilar un Super? Un día de fiesta, por la tarde, Las Palmas era un desierto del cual las caravanas habían huido a los tilos de Moya, a los pinos de Gáldar, a las fuentes del agua agria de Teror y Firgas, a beber en el monte, a subir hasta Santa Brígida o San Mateo, dar la “vuelta al mundo”, merendar en una playa del Sur, o quedar esperando en cualquier jardín a que la tarosada contrajera de humedad la luz del día, encerrados en la concha de los muros blancos con enredaderas, contemplando el



corretear de los muchachos y dejando que las conversaciones quedaran olvidadas sobre los bancos verdes. Al regreso había quien traía papas o peras de la Vega, plátanos pintones del Sur, o los grandes o hinchados de Arucas, o aquellas campánulas y bergamotas en ramos gigantes y soñolientos. Así veraneábamos. Sólo había cuatro casonas grandes, con viejas vigas de tea del tiempo de la Conquista, y otras cuatro pintadas de cales rojas o verdes con mosaicos bizantinos, fingiendo falsos mocarabes y arabescos en las ventanas —de San Mateo al Monte, de Juan Grande a Telde, de Arucas a Gáldar—, adonde cuatro familias iban con el reniego de las damiselas que conocieron los bailes del teatro Real, o los ingenios de azúcar, la alegría de los chicos que hoy dan nombres a calles de Las Palmas. Después, el cemento Portland, el hierro, el picón y los arenales nos llenaron el paisaje de pequeñas quintas de recreo, de “villas” —“Villa Leonor”, “Villa Luisa”, “Villa Lucrecia”...—, y ya, el veraneo, concentrado todo él en torno a la carretera del Centro, no lo hicieron cuatro familias, sino cuatrocientas... Terminaron por alquilarse hasta las más humildes casitas y fueron cuatro mil las que veranearon, pero con un veraneo que espera siempre lluvias en el otoño, vientos en agosto —con tres días de levante en septiembre— y baños de mar irregulares, sin el precepto médico, poniéndonos siempre al borde de la tuberculosis o de perecer ahogados, aun veraneando en la montaña. Quedó a los demás el “coche de hora” y el “pirata”, la tartana, la “guagua” alquilada entre varios, la excursión dominiguera y su terrible molimiento, pero sin los tizones adamasquinados del pintor de los entierros y las visitas. Esto sin contar con el que caminando se va a la playa de La Laja, a pescar en San Cristóbal, en el parque, en el puerto, contempla la carrera de botes —después de haber estado a primera hora en la gallería del Cuyás—, se baña en las Canteras o en las Alcaravaneras y en cualquiera de estos sitios encuentra más veraneo que el que de Madrid ha de ir a San Sebastián para sacudirse su complejo, y no digamos nada de los que tienen que pasar por los 40 grados de Sevilla para mojarse en el Atlántico gaditano —bueno, para pescar peces fritos— o se quedan en las estaciones de cualquiera de estos trayectos saludando con entusiasmo a los amigos que pasan en el tren.

Aquí, en el mar, hay como un perenne veraneo de actinias, madréporas y algas, y es quizás el lugar más parecido de su inmovilidad a esta estación que no camina con el péndulo de las horas: el mar.

que recorta a la isla con su alfanje de plata
y pone rosas blancas, algas y cangrejos
en la gaviota gris y en los peces con alas.

Y, como la existencia, nuestro país estival tiene dos partes: la hundida, con sus raíces enormes en el fondo abisal, insondable, y la cristalina y brillante, la lavada y solemne ristra basáltica de las Cumbres:

Será alegre nacer de nuevo en la ambrosía
que sirven a Zeus sobre el divino Olimpo
—ser savia crujiente por la cepa exprimida,
ser gota de ámbar en su fruto amarillo—.

Y así como en Canarias el estío se funde con todo el año —sólo recubierto a trechos por largas entradas de nubes y nieblas, por algún que otro relámpago que descarga su rugido sobre el mar y por el manto de flores que a veces se espesa sobre los paseos enarenados—, así queremos

sentir que todo es como será y fue siempre
y cumplir en lo eterno el ciclo de la vida.

Esto es ya extralimitarnos en el sentido que tiene la estación del año canario, pues es posible que ésta sea menos colorista. Pero entre ello y el paso de los días quizás encontremos el justo medio concreto y exacto.

Otoño

La acabada perfección otoñal influye en nuestras vidas como a la mía preside el signo zodiacal de Sagitario. Ayer eran las primeras secas hojas de plátanos que este viento norteño, oloroso de humedad, arrancó ya, en los anuncios de un otoño que se adelanta, y hoy estas hojas, donde hay recuerdos que nos son gratamente comunes. Hasta mí ha llegado de nuevo el perfume embriagador de las bellas sombras, cuando la penumbra era total en el jardín y los cupresos fingían miedos inaudibles, y las luces del barrio entre viñedos sólo se adornaban de un halo humedecido y macilento. El penetrante efluvio de su perfume me traslada a lugares de ensueño. Así debían de oler los jardines de Bagdad, o en aquellos colgantes de Babilonia, de los cuales el nuestro era una pequeña imitación, con sus torreones de cemento, coronados de campanulas azules de geranios y de yedras, con los aros de hierro fingiendo el lomo de los arcos cuyas dovelas fueran rosas. Sólo es posible comparar, en la gama de los colores, la penetración casi hiriente de aquel perfume, con el azul cerúleo de las películas en tecnicolor que nos relatan cuentos de *Las Mil y una noches*, o con el naranja fuerte de las capas de la guardia real y el dorado y

el plateado de los cascos aligeros. Sólo podía contrastar entonces con aquella maravilla que todo lo envolvía, el perfume de los ilang-ilanes, grandes, pálidos, ojerosos y delicados, entre las anchas hojas verdes.

Sólo a ti, hermano, te recordará algo la cauda trémula de la pajarita de las nieves, de la alispita, pues sé que la viste agitarse vanamente no junto a los charcos de lluvia, sino al verde de las lajas, con barbas de fuco, de la acequia, indómita entonces, de la heredad de Tafira. El agua saltarina regaba a veces la extraña fruta de la pera-melón. En esa estación que tú evocas, y bajo cuyo signo he comenzado, los poderosos eucaliptos se inclinaban vehementes no con el ansia primaveral de sus pompones blancos, sino con el desprenderse de la hermosa piel, de un uniforme castaño, en lanzas sonoras que María del Cristo, vieja y arrugada como una pasita, tocada de pañuelo negro y sombrero de paja, recogía pacientemente para el fuego de su modesto lar.

El cisne negro lo viste donde únicamente se puede ver en todas las islas; sólo disfrutaban de esta exótica palmípeda en el Jardín Botánico del Valle de la Orotava. La tiesura de los cuellos de estos orgullosos hijos de Belcebú, no nos permiten que hagamos con ellos el juego que con los blancos. Los cuellos de estos cisnes negros y espátula escarlata no son interrogaciones; son verdaderas admiraciones. Dejamos aquel día el ambiente recargado del invernadero, donde hay plantas carnívoras; dejamos la higuera del Himalaya, con la cierta maravilla de sus rosados frutos, y el estanque donde florece el loto azul, al que sólo falta el panzudo boditzava sentado en la corola, para admirar a este pobre cisne desposeído de toda tradición lohengriana.

Pero sobre las aguas del verdinoso estanque
Un reproche parece al cielo más azul...

en el eterno otoño, norma de mi vida.

INVIERNO

Las estaciones se conocen por su color. La primavera es azul, el verano es rojo, el otoño es dorado y el invierno es gris en estos países donde la nieve no borra el paisaje en ninguna casa del año. Y ahora sentimos que ha llegado la estación gris. En Las Palmas hace calor, un frío delicioso circunda las colinas del Monte y silba por primera vez el viento en las ventanas; la cumbre no se ve, y subiendo más arriba de San Mateo, de madrugada, la temperatura es glacial.

En las heladas regiones escandinavas, Thor descargará con fuerza su martillo sobre los odres de las nubes, hasta hacerlas reventar, lo mismo que en las estepas fino-rusas, Perkunas, el dios de la Tempestad, apronta el rayo, que fulmina los gigantescos árboles y espanta los rebaños de renos.

Aquí el tiempo sur hace retemblar las casas y mover los pinos, mientras las aguas bajan turbias por los hondos barrancos, tajos profundos en la carne de la isla. Por los cumbres se despeñan las montañas a la fuerza del turbión, y en las noches del puerto se acurruca en la sombra, tiritando de frío, el faro moraliano, mientras no cesan de saltar por el parque las olas gigantes, con su caverna de espuma, el malecón, que a veces se derrumba sobre los bajos.

La "Invernal", de Rubén, está entre los versos más oscuros del poeta, y cuando afirma que el "invierno es beodo" nos parece como si ya sólo viera las cosas tras la copa labrada con el vino negro. Sus dos bellas canciones de invierno son otras: la "Sinfonía en gris mayor" es la primera, aunque sólo sea por el tono de su color:

El mar como un vasto cristal azogado
refleja la lámina de un cielo de cinc...

tal como lo vemos en esos días, completamente encapotados, de Las Palmas, estrofa que nos recuerda también los versos del poeta alemán que hablan de la playa gris y del mar gris.

El otro verso rubeniano, invernal por excelencia, es el de Año Nuevo:

A las doce de la noche, por las puertas de la gloria
y al fulgor de perla y oro de una luz extraterrestre
sale a hombros de cuatro ángeles, y en su silla gestatoria,
San Silvestre.

Este contiene de verdad la alegría del invierno, que no está sólo en el vino derramado, sino también en las flechas del inmenso Sagitario y en la espera de la fortuna y en la ilusión del nuevo año. Lo malo es que, como decía Villon, "Tant crie t'on Noel qu'il vient".

Las primaveras intermedias

En este clima de Canarias, lleno de sorpresas —a pesar de su pretendida igualdad— lo mismo se nos ofrece la carne de chayota, convertida en nieve hasta en San Mateo, que la escarcha so-

bre los mesembrintos rastreros de la Isleta, llena de esa vegetación roja, de la que es posible que esté cubierto algún planeta desconocido.

Rompiendo la neblina de un invierno que parece no cesar —aquí y allá— brotan las extrañas floraciones de unas “primaveras intermedias”, soñolientas quizá, pero llenas de vida en esas playas mezcladas de tierra con arena conchífera que las profundidades marinas depositaron, con yerbajos verdes entre dos oscilaciones del termómetro, o con la vejiga azul de las aguasvivas entre dos espumarajos de rabia marina; oscilaciones sutiles como la comba de las ondas herzianas, suaves como el roce del agua en los costados de la nadadora o el delfín.

* * *

Desde mi observatorio del Monte Lentiscal —como en otro molino a lo Daudet— contemplo este reflujo de la primavera, cuando las primeras lluvias se han retirado, o cuando las rociadas secundarias han dejado la nata sobre los almendros.

Ya desde enero parecía el campo —después de las turbonadas— como si el hierro fundido de una fragua hubiese tocado el suelo negro de Bandama, San Francisco o Tafira. Al amanecer, el cobre lejano de las amapolas acariciaba las curvas femeninas de calderas y montañetas, entre piteras y sarmientos heridos. El contraluz resaltaba las cosas opacas y la humedad ascendía, en la montaña, como de un sótano abierto. Un color de sangre nacía de las opiáceas, un sacrificio que los Reyes habían dejado entre los mirtos perennes y al que servía de fondo indeleble el brotar renovado de los pastos verdes, de las lentejas y de los arvejones, que ya comenzaban a dar sus flores blancas y sus bolitas de cera. Después de cada lluvia, cada primavera dejaba al aire un nuevo campo de flores rojas: los pétalos de seda, lo negro de los estambres y caracteres sobre la púrpura de las muertas marimañas.

Pero la primavera no ha terminado de llegar. Una cosa son los números y otra la cabalgata de los dioses tras los días y las noches. Por fin llegó la fecha, y los paréntesis quedaron profundamente abiertos.

A una de ellas la he visto anteanoche cómo se difuminaba entre la niebla que había cubierto el campo hasta cercar y limitar por completo las bombillas eléctricas en lo alto de sus pértigas. Una luz grande llenaba de misterio los árboles, los montes, las ventanas translúcidas de las casas cercanas. Todo surgía como en una cabalgata de fantasmas, enderredor nuestro. Aquel silencio misterioso tenía vida sobre un mundo que había muerto mucho tiempo atrás, sin siquiera el retumbar de las campanas ni el ladrido de los perros, el último aliento de la Tierra.

Cuando la noche avanzaba se iba cansando de darnos su abrazo impalpable y relajaba sus fuerzas sobre el horizonte. Pero entonces la leche neblinosa de una sábana retorcida comenzó a pasar sobre las montañas. Como una cortina enrollada, el "bisonte" se había recogido sobre Tafira, la Data y Bandama, o quizá más lejos, sobre Jinámar y Marzagán, esperando el momento que los divinos obreros retirasen aquella decoración de invierno pasada de moda y trajesen la fórmula del primer sol de verdad primavera, y no "intermedio" a media puerta cerrada, con partidores de cristal y giros de mariposas.

Cuando éste llegó por fin sorprendió todavía a la neblina en paños menores. Por un lado enseñaba el pecho del pico de la Caldera y había como un ronco zumbar de la marea que invitaba a soñar con el levante. Poco a poco éste se confundió con el huso brillante del avión de Tenerife. Sobrevolaba un paisaje acolchado para él, y al cerrar los ojos su imagen se repetía en rojo o en verde, como dudando la retina en conservar aquel pájaro con la luz del sol o la luz de los campos.

Era el avión como un animal más en aquel despertar. Una gata que maullaba anoche paseaba ahora su cuerpo, estirado y blanco —como una imagen de la misma neblina—, acechando presas, quizás imaginarias, en busca de pájaros cantores.

Pero los pájaros ya estaban piando mucho más altos, sobre las cercas, los balcones o los almendros; piando con el ritmo repetido de las alpisas, la cola trémula, en movimiento continuo, irisado de gris y amarillo. Un pajarraco se había escondido, negro, en medio de las ramas, croando. Más arriba, en las mimosas y en las jacarandas, los capirotos —que iban espantando a la mañana—, los gorriones, los canarios del monte sobrevolaban o paseaban, con múltiparo concierto. Poco brillantes mariposas —esas blancas que siempre anuncian gusanos de coles y lechugas— pasaban rápidas. Los perros, gandules, seguían dormidos como anoche.

La luz iba surgiendo pura del cielo, sin ese tamiz que le ponen las cosas, saltando por sobre los convencionalismos enramados y sobre aquellas "primaveras intermedias", con puertas cubistas, con caballos desbocados, con marcos sin imágenes.

Croaban las gallinas, y un gigantesco buitres blanco se acercó demasiado a tierra, mientras los chicos gritaban, como hace cinco siglos, diez, veinte o cincuenta: "¡Guirre, guirre, guirre!"

El paisaje saltó de la cama, quitándose sus sábanas de neblina. Ahora, por estos días, usa bata de flores no sólo rojas, sino también azules, como los mayos, y amarillas, como unas silvestres que no sabremos nunca cómo se llaman.

Un estío en la solana

Lasitud del verano. El cielo está azul raramente en la isla. Pero a veces pasan los días y ni una sola nube se ve entre la cumbre y "la barra".

"La barra" no es la de la playa. "La barra" no es la de un bar. Hay una tercera "barra" en Las Palmas que se empieza a percibir cuando hay "levante", al subir a los doscientos metros en el interior de la isla. Son nubes blancas, de una opacidad casi pétreas, que se elevan diez grados sobre el horizonte visible.

Con el calor de levante y la barra vienen también los asaderos de piñas, las merendolas en busca de sombra, el hielo tirado en la carretera del Centro esperando a que se lo lleven los vecinos; las fiestas del Pino después de la de las Nieves y Santiago. Todo viene creciendo desde que las hogueras de San Juan se apagan.

Ahora aprieta más serio. Las terrazas de los hoteles se abren en la noche como ascuas encendidas. Sin embargo, hay pocas parejas bailando el *Bayón*. Entre la lasitud suave en las primeras horas. Se prolonga la tertulia. En esos hoteles hay güisqui con iceberg que se disuelven rápidamente. Por el Monte, una luna llena, redonda y cándida. Los pirotécnicos ya preparan en Tenerife los fuegos del Cristo.

En las islas, un vaho de calor se va llevando el aire, la actividad, que produce otra nueva, más difusa, en vez de zoológica, botánica.

De pronto, una terrible "quema" llega de Africa. Es como si un camaleón de fuego hubiese extendido su lengua peguntosa sobre Lanzarote, Fuerteventura, Gran Canaria. Llega hasta Tenerife. Quema las parras de Tacoronte a pesar de estar en la vertiente húmeda y nubosa de la isla, hacia la umbría norte, casi fuera de la influencia del ultravioleta sol naciente.

Lasitud del estío. Cuando el aire sopla se agitan los árboles, más verdes que nunca, que parece como si hubiesen absorbido la última humedad de la tierra. Poco a poco el aire se va haciendo más húmedo, después de haber sufrido las uvas, los duraznos, las ciruelas y los albaricoques el terrible azote de fuego. Ahora el tiempo se ha cambiado al Sur. De pronto ha descargado en lluvia tormentosa. Los rayos caen al mar. Truenos de cien cañones espantan a los pájaros y a las mujeres, la lluvia en las alas y las faldas, caliente.

Ya viene la cortina de agua avanzando sobre la ciudad. Hierven las calles y las gentes y el suelo de los campos. Es como si un volcán se estuviese abriendo. Sale humo de la tierra. Los pe-

sados goterones desaparecen para dejar paso a una lluvia más fina.

Sobre las montañas y el mar y el cielo y las nubes doradas, se abre de pronto la cola de pavo real de un doble arco-iris. El primero es claro, perfecto; el segundo, difuso, nebuloso. Las gentes salen después, a la calle con olor a tierra mojada. Para muchos gusanos, estiércol nuevo.

Por las noches, en las terrazas se siguen mezclando el *Bayón* con las últimas canciones de Néstor Alamo. En las tascas, con habilidosos borrachos del timple. La bebida no refresca a nadie, pero es una delicia su pase por el gazzate. Parece, a esta hora como si toda la isla estuviese bajo un cierre de cristales, como si fuese una enorme estufa para crear racimos gigantes.

¿Cómo se puede pensar ahora que después vendrá el alisio del Norte a horadar la piedra con su soplo constante y monótono? Se mezcla algunos días —porque él no puede descansar— con este bochornoso y lascivo tiempo sur; pero ahora parece lejos, que jamás haya rizado los eucaliptos, los ya inclinados, que les haya impuesto su forma caduca.

Los pinos canarios no se inclinan ante la persistencia del alisio. En el verano arde la pinocha. Pero el viejo tronco continúa en su sitio imperturbable dispuesto a fundirse bajo el calor antes que a abatirse rechinando.

No pasa nada. El calor, el fuego, no ha hecho desaparecer la savia bajo las ramas replentadas de clorofila. Ha producido una especie de selección natural. La lozanía fácil de sed asaltada, desapareció. Estas frutas, ya secas, son como mujeres que se hubiesen desarrollado muy pronto. Aquí ante mi vista tengo enormes uvas moscateles. Hoy hay sudor en todos los poros del cuerpo. Estas uvas son cápsulas de un verde septiembre estival.

El Otoño, Pomona, el Pino, los calores, las últimas guitarras y tipples; el cerebro parece que se va disolviendo y cesan de atormentar las preocupaciones en este calor infinito, no porque no es humano, sino por la casi trascendencia metafísica que va teniendo.

En este horno se preparará el dorado de la nueva estación. Hay batidores desnudos que salpican el oro sobre las manzanas del Jardín de las Herpírides.

¿Habrá terminado de exprimirnos el estío como si fuésemos limones sutiles?

El viento sobre las islas

Cuando el viento descarga su poderoso ariete sobre las islas, tumba los cercados encañados de los tomateros, derriba paredes y si es muy fuerte logra arrasar los troncos de las plataneras, que sólo tienen —para sostener su poderosa techumbre de hojas verdes y anchas— radículas como venillas dispersas que sorben del suelo ese sordo rumor del agua encharcada entre los camellones y la atarjea.

Riza el papal, virando la hoja, y tira sus flores violáceas, llevando sus corolas a las nubes, parte los cirios de las piteras, desgaja los beroles del tejado con la última teja que se estrelló contra el patio...

Ulula el viento por la noche, como pensando en fieras que en Canarias no existieron jamás, trayéndonos de América el canto de los coyotes y del Africa el chillido de los chacales y la risa de la hiena. Susurra a veces, de madrugada, una canción nórdica, para volver, mugiendo como un toro, a embestir el paredón del estanque y rizar sus aguas verdes al llegar el canto de los gallos, y después quedarse un momento quieto, como pensando en la rama nueva que la Primavera trajo, y que quiere quebrar, lleno de rabia.

Silba en las ventanas, lanza estertórea su voz de sirena contra las puertas cerradas; sacude las banderas y la ropa tendida y las persianas, y aún los árboles tiemblan a su voz y hasta hace oscilar la tierra que pisamos, removida por las gruesas raíces.

Traga agua para después escupirla en la playa, lanzarla contra el malecón o estampar su silueta sobre las casas cercanas y todo es como un hervor terrible, un rugido de ira que pone azul el rostro del día.

Inclina las araucarias sobre las torres; se opone a la andadura de los hombres y las bestias y las máquinas, que gimen desesperadas; sólo sirve de apoyo a los aviones que saltan sobre su lomo, a los veleros que son arrastrados por sus violentas rachas y las gaviotas que se acumulan, como disfrutando del temporal, sobre la costa de un deambular blanco, de alba. A veces tiene modulaciones externas, como de cánticos sobre las alturas que sirviese de acompañamiento al órgano de los de los cardones sacudidos. Intenta henchir los cristales, hacerlos estallar como pompas de jabón. Rubrica la lluvia, la barre; el rocío es nada, a su voz se disuelve en polvo impalpable de agua.

Las alturas quedan limpias, las nubes corren desbocadas, empujadas por su violencia, en una dirección única. Los trozos de

cielo visibles parecen islas flotantes en aquel hirviente mar que desfleca el vendaval.

Los perros aullan asustados; los vegetales parecen más hermanos del hombre que nunca; la inmovilidad del bronce se ha fundido sobre la piel y, en cambio, las plantas adquieren, bajo la presión de la ventisca, una vida angustiada y angustiante; los troncos y las ramas no cesan de bramar como fieras encadenadas al suelo.

Las altas casas, las lomas pardas y grises y rojas, parecen limpiarse de la más ligera mota de suciedad, de polvo, barridas por una escoba de lanzas que maneja un gigante verde. El torbellino produce sensación de eternidad, no cesa de pasar, está en todo tiempo y en toda parte, como un dios fáustico, superior cien mil veces a esos diocesillos pobres, de modillón pulido, que hinchan sus carrillos por las esquinas de las villas exactas, Eolo, Boreas o Tramontana...

Barbas invisibles que se enredan en los setos de tuneras, gudejas de telarañas; quejidos de mujeres por los recodos del barranco rumoroso. Y una inmensa teoría de ramas tiernas desgajadas sobre campos de lajas afiladas, de ropas perdidas...

El viento sigue su cabalgada cantando más allá, donde la voz del hombre jamás puede alcanzar —porque se hace vaho de volcanes o polvo cósmico—, sobre las altas cumbres y las cañadas sombrías, en los tétricos acebuches sin fruto, en las higueras donde se quedó el cadáver del pájaro y el murciélago. Tirando níscolas maduras se fue camino del Sureste.

Lluvia

De pronto el cielo se ha abierto en cataratas y los cerros de barro se desploman. Hay un cristal que se rompe sobre la ciudad y el campo. Sus aristas cortan el hierro. El diamante de la aurora raya el cristal de las ventanas. Las agujas caen con el viento sobre los álamos y las palmeras, sobre los grandes cactus eclesiásticos y sobre las flores rojas de las cayenas, de los ibiscos fluorescentes. Ahora se ha cerrado el cielo. No hay claridad. Las nubes pasan como ejércitos enfurecidos. Sueltan un tesoro que han robado no sé donde. En el mar de los Sargazos, quizás, o en esos mares ocultos como el de Azov o el Banco Sahárico, la Mar Pequeña. O quizás en otros mares que no figuran en ninguna geografía. El mar del Hierro. La tumba del Soldado Desconocido. El mar del Senegal. Parece que el suelo se convierte en campo de batalla. El tesoro está en la calle. Es la sangre de los dioses de una Gigantomaquia de esqueletos.

Hay una calma. Gotean las calandrias. Los ruiseñores y los capirotos están calados hasta los huesos. Surgen espadas que enfilan las lejanas montañas. Lagos, donde las margaritas, convertidas en lotos, sobrenadan. Con estrépito cae un muro, se abre un surco, las ramas se desgajan. Del fondo de los valles la niebla se avalanza sobre las laderas, trepa por las vaguadas, va a la deriva de los charcos, busca la cumbre, se enreda en los pinares. Todo es agua, niebla, nube gris. Las grandes vidrieras de los neod edificios, arrastran más agua que un gran canal de Venecia. Todo se hace agua. Es papel mojado el periódico de hoy. Los diarios y los billetes de a mil circulan por las calles de la terraza. Los paraguas se vuelven ciegos. Ahora estoy desnudo bajo la lluvia.

Las tejas se llenan de un reborde de líquenes y musgos. Florecen las rosas verdes de los berodes en los alares y sobre los campos. Sólo falta que de nuevo en los lugares ocultos de las rocas aparezcan los helechos y los culantrillos y que de nuevo sus esporas sean la esperanza de una isla húmeda. Acrece el turbión. Las vides se abren como caracolas. Los pámpanos se agitan y se abaten las cañas. Lanzas verdes desde el barranco en apretadas filas, en escuadrones tonales. Gritan los cuervos, las grajas y los grajos; los mirlos y los abobitos se esconden. Hay esperanzas. Las acequias y los ríos van a crecer. Lluvia. Los búhos, las lechuzas, las lechucillas y los murciélagos esperan la noche. Pero la noche está espléndida de agua. La navegación de las alas es difícil bajo el golpe, el redoble del tambor del aire. Los pies en el charco. El barro en las cunetas. Los pozos en el aire. Las gárgolas barbotan. El carnero del tiempo topa contra la cumbre. Vienen escondidas presas a tocar caracolas. Los peces ya no van a lomos de mulas. Las chaquetas raídas por el tiempo no protegen la mercancía del pescadero. Pero de nuevo la lluvia redobla su furia sobre las espaldas del pueblo. Sobre las páginas del campo, el agua escribe su mensaje. Es en un morse en que las rayas predominasen sobre los puntos. El ma-cho-ca-brí-o-es-ta-mo-jado. El gato ya no puede respirar. Los perros esconden la cola entre las patas traseras. Es un campo y una ciudad lleno de moscas invisibles el que despliega su pentagrama sobre el piano apolillado. Una sonata en Yo mayor la que ahora suena. Una radio que da partes de guerra. Un combate de isas y folías. Las chispas de los cables eléctricos ponen los puntos sobre las íes. No queda más abecedario que el de las admiraciones. La gente no sale de sus casas más que para comer camarones, beber vino y hablar de Yalta.

LOS MITOS

No existe tierra ni historia sin mitos. ¿Por qué no sabemos de los nuestros? Tanto poder tienen las piedras y los montes de la isla, el mar y las cañadas, el tártago, el berode y el guirre de nuestra tierra, para merecer mitos, como cualquier otra. Sólo que no los hemos conocido. Nuestras brujas y zahorines son poca cosa ante la ingente masa de dioses que presiento adorados sobre el altar del Bentaiga.

Aquí existió el sentido reverencial de la Muerte y de la Virtud y hubo un culto a los muertos del que nadie puede dudar viendo las momias respetuosamente envueltas y las cabelleras conservadas y las cuevas de Guayadeque. Dioses subterráneos: los tuvo que haber por la sima de Jinamar, rugiendo sus fauces sedientas. Héroes semejantes a dioses se despeñaron, desde las cimas verdes, al mar. Gnosos y Hagia Triada crió para nosotros la tradición de la Grecia clásica. ¿Por qué no retenerla? ¿Por qué no hemos de tener un nuevo Aldo Manuccio en nuestro Renacimiento? Nuestras Cavernas merecen una nueva Matar Cubile y nuestro cielo con nubes azul grises planas por arriba donde el sol no llega, merece un Uranos Tirmico hijo del Caos y de la Tierra Tamadábica, padre de las Oceánicas, de los Cíclopes, de los Guanches, de los Guanartemes y de las Marimaguadas. Y si en una segunda dinastía hemos de tener un dios del Tiempo, un Cronos majestuoso con su alfanje de nubes, devorando a sus propios hijos, ¿qué mejor representación de él que el mismo Nublo con su majestad monolítica inacabable?...

Que es mitología canaria

Por mitología canaria podemos entender: Primero: Todos aquellos mitos clásicos o medievales relacionados con Canarias; Segundo: Los de la religión que los guanches profesaban.

Los primeros se refieren a todo el Occidente. Proceden del ocaso solar, de la leyenda de la Atlántida, de las diversas creencias en la configuración geográfica del mundo y del trasiego constante, que hace la imaginación humana de nombres y lugares, convirtiendo en incierta la toponimia de los mitos. Entre los mitos clásicos podemos considerar, como muy conocido, el del Jardín de las Hespérides y las Manzanas de Oro, y entre los típicamente medievales, la de la isla de San Barandán, que alucinó a los marinos de la época.

La religión no era politeísta, sino monoteísta. Hoy no se puede

saber, a ciencia cierta, qué hay de verdad en esto, pues una gama de posibilidades se extiende ante nuestra observación. Esta va desde las muestras de un hipotético culto fálico, que aparece claro en la cerámica existente en el Museo Canario, hasta considerar que algunas de sus expresiones para la divinidad son simples traducciones de las creencias fundamentales del culto católico. De lo primero no existe la prueba de continuidad, pues precisamente esas formas de cerámica son las que desaparecieron en tiempos posteriores a la conquista, sin que se pueda alegar que la conversión al Catolicismo lo implicase, puesto que esas clases de culto suelen ser de lo incorporado a las formas comunes de vida, inconscientemente. La prohibición no puede surgir sobre cosas en las que los actores no se dan cuenta, lo mismo que tampoco se la darían los llamados a corregir mitos. Vestigios de antiguas creencias podían rastrearse en las supersticiones populares persistentes a través de los siglos que pudieran haber perseguido la Inquisición o que viéramos en la actualidad. Pero todo lo que más notamos es la brujería y la adivinación común a todos los pueblos de la tierra, aquí en su mayor parte de indudable importación extrainsular. Aún se podría seguir otro sendero de estas investigaciones y es el de la vecina costa de Africa. Pero en ella, aparte de cuentos y supersticiones de escasa importancia documental sólo existe hoy la religión mahometana, quizás con más pureza que en el mismo Marruecos. Vestigios de una prehistórica presencia de los negros se encuentran en nuestras costas fronterizas.

Con el singular desconocimiento con que se tratan por lo general los asuntos canarios en el *Ensayo de Diccionario Mitológico Universal*, de E. Aguilar, no aparecen ninguno de los dioses o nombres del Ser Supremo que los cronistas lograron recoger de labios de los antiguos habitantes de las Islas. No aparece Achjucac, el Dios Sublime de los antiguos habitantes de Gran Canaria; ni tampoco las célebres Harimaguadas. El nombre del primero revela su claro contacto con el idioma guanche de Tenerife, en el cual Achguayaxera Achoron Achaman es el Sustentador del Cielo y de la Tierra. Que tanto en Gran Canaria como en Tenerife esto era reflejo de lo mismo que los misioneros enseñaban, nos lo demuestra la frase Achmayec guayaxerac achoron achaman, madre del sustentador del cielo y de la tierra. Pero Acoran, una de las palabras para significar Dios más generalizada, no es auténtica tecnicnia indígena, y menos tomando como cierta la misma traducción conocida: "el muy alto", "el infinito". Tampoco aparece nada claro que existiese el culto a Magec, el Sol, ni el de los espíritus; asimismo suena a pura fantasía la profecía del sajorin de Guañañeme sobre la llegada de los hombres blancos.

Esta clase de profecías "a posteriori" las conocemos perfectamente en el mundo de la leyenda, empezando por la atribuida a Séneca sobre el descubrimiento de América.

Por último Guayota —Gaviota en Escudero— es simplemente el Malo, el Diablo, común a todas las islas, traducción cristiana clarísima. Este es precisamente el único mito guanche que aparece en el diccionario antes citado y así y todo no se cuidó mucho su autor de revisar esta ficha, puesto que aparece repetida, por cierto, en forma bastante risible: "Guaiotta (Africa): Dios maléfico entre los *guanchos*".

¡Demontre de cristiano!

La Atlántida

Tan arraigada está la idea de que nuestros predecesores fueron los desconocidos Atlantes, que más somos hijos de la octava isla —la Encubierta de que habla Alfonso de Salazar— que de cualquiera de las otras siete, y hay quien toma como ofensa personal el que la Atlántida se ponga en duda.

Las palabras del hierofante saltan a Solón, reproducidas por Platón; son, quizás, las frases huera más repetidas de entre todas las antiguas, como si tuvieran algún valor probatorio histórico, cuando estas gentes —los griegos— vivieron siempre en el teatro, para impresionar al auditorio.

Este fabuloso continente estuvo poblado, según los teósofos, por los Toltecas, Turanios, Semitas, Acadios y Mongoles. Pero la fantasía no se para en barras y Eduardo Alfonso asegura muy serio: "Pueblo atlante, al decir de la tradición, intermedio entre guanches y egipcios, que tanto parentesco presentan en sus costumbres como en sus rasgos raciales". Como si probara la existencia de esa fabulosa Atlántida el parecido entre guanches y habitantes del Nilo. No he visto cosa más confusa que ésta, donde se barajan los nombres de camitas y toltecas con suma facilidad, lo mismo que a la famosa Gran Logia Blanca, que emigró hacia el Oriente con ocasión del hundimiento atlántico, y a cuyo éxodo hacen velada alusión multitud de fabulosos relatos, entre los cuales mencionaremos el Itinerario de Io, el rastro de Jano, el éxodo de Rama hacia la India y el viaje de Simbad el Marino, el itinerario de Baco, el de Triptolemo, los Argonautas, la Odisea y hasta el Periplo de Hannón. Por si fuera poco, el mismo Eduardo Alfonso ya citado, en letra más pequeña, continúa su eterno barajar de nombres que no intentaremos reproducir, pues es sencillamente el producto de la mezcla de todas las mitologías y de todos los nombres de razas de aquende y de

allende el Océano. Sólo subrayaremos que vuelve a citar varias veces los guanches al lado de mayas, nahuas, incas, egipcios, esquimales, chinos y pieles rojas, sólo para afirmar que por esa primitiva raza atlántida de semidioses —los héroes y los sabios posteriores no son sino un salto atrás de estas razas postatlantes minimizadas intelectual y físicamente— se inventaron todos los adelantos que han dado origen a nuestra civilización.

El número de libros, folletos y publicaciones sobre el tema de la Atlántida alcanza ya la cifra de 25.000 originales. Braghine, en su libro *El enigma de la Atlántida*, ataca con armas propias las “informaciones de las ‘Logias Blancas’, los clarividentes, los sonámbulos extralúcidos...”, pero, en realidad, no pasa de ser uno más de ellos, ya que antes ha afirmado rotundamente que “el ocultismo puede abrirnos el acceso a dominios que no nos permite alcanzar el uso de nuestros cinco sentidos...”. Estas son las gentes que pretenden tratar científicamente el problema de la Atlántida y en definitiva emparentarnos con esas entelequias del pasado. El coronel A. Braghine, teósofo y anglosajón, se agarra a un clavo ardiendo. El clavo ardiendo es en este caso el P. Heras, S. J., investigador de la civilización dravídica antigua.

Quetzálcoatl y Bochica, mitos mejicano y colombiano, respectivamente, son puestos por Braghine como demostración de que todo les viene a los americanos del Oriente, es decir, de la situación que ocupaba la Atlántida con respecto a ellos. Pero también son muchos los siglos en que mientras Europa veía crecer la civilización, parece haber desconocido al Nuevo Continente. Braghine se sirve después de los mismos argumentos que el P. Schmidt, el jesuita austriaco. Lo que para el segundo son pruebas de la extensión de los relatos del Génesis con la inundación del Diluvio Universal, para los dedicados a probar, contra viento y marea, la existencia de la Atlántida, estos mismos datos son los que deciden definitivamente que este continente desapareció en medio de una horrorosa catástrofe.

De todas maneras reconozcamos que la gente no carece de fantasía. Sobre las maravillas de la civilización egipcia, que tan pariente de la guanche se hace —¡qué orgullo para la familia!— se ha escrito mucho, incluso hace poco se reflejaba la exactitud matemática de las medidas de las Pirámides con relación a las del globo terráqueo, lo que prueba para todos estos señores la existencia de una civilización avanzadísima, heredera de la Atlántica desde luego, miles y miles de años antes de Jesucristo. Animamos a nuestros arqueólogos y astrónomos a que encuentren la relación, con respecto al radio de la tierra, a su ecuador, etc., etc., de las cuevas de la Montaña de los Letreros o del Barranco de Guayadeque. De menos hizo Dios el Mundo.

San Borondón

Primero leí San Borondón en el Doctor Chil y Naranjo. Luego, un día, hablé con don José María Igual, sobre San Barandán. Después, gracias a don Simón Benítez, vi, en el museo, el mapa de la isla de San Barandano, legado por Torriani a la curiosidad de las generaciones. La imaginación llegó hasta cubrir de montañas y ríos esta fantástica isla. Según algunos pertenecía a nuestro Archipiélago. Según otros, estaba mucho más distante. Lo cierto es que San Borondón, lo mismo que San Babilés, no figura en el Año Cristiano. Forma parte de esa caterva de varones de esclarecida virtud que emprendieron viajes de prodigiosa realización, por mandato de Dios. Cuenta la leyenda que en este viaje de San Borondón, él y sus compañeros estuvieron a punto, al séptimo año, de ser devorados por un grifo y más tarde de ser atacados por los cíclopes. Llegado el término de las pruebas que habrían de sufrir, embarcáronse de nuevo con provisiones para cuarenta días, al término de los cuales penetraron en una zona oscura que circundaba la isla de Santos, la cual hallaron cubierta totalmente de piedras preciosas y frutas del otoño. En ella siempre era de día.

La montaña Caf de los árabes tiene un gran parecido con la isla de los Santos. Para llegar a ella es necesario pasar el "Mar Tenebroso" o "El Espacio sin Luz". Sirve de apoyo al mundo —el Atlas, el Atlántico, la Atlántida, las Columnas sobre España y sobre Marruecos... todo anda revuelto—, es el límite de la Tierra y en ella viven los jins, los peris y los ifrits. Rodea el globo y tras ella se oculta el Sol. Sus cimientos lo forman una piedra fabulosa, una esmeralda gigantesca llamada Sakkrat.

P'ong lae es un genio de la mitología china cuyo nombre se escribe también P'ong ju. Con el mismo carácter se inicia la frase P'ong tao, que significa isla de los Genios. Pero se acerca más a nuestro San Borondón la lectura japonesa de los dos caracteres del genio P'ong lae (140,11 y 140,8); Ro-rai es el nombre de una famosa montaña situada en medio del mar, sólo habitada por los inmortales y felices Senniú.

Las leyendas sobre islas de Santos y Montes Santos son una misma cosa. Casi siempre se trata de montes en medio del mar. Los Senniú japoneses parecen ser idénticos a los Sien chinos, genios, hadas, los inmortales del budismo y del taoísmo, hombres de las montañas o de los monasterios. Estas leyendas son todas de origen indudablemente religioso, medieval, no teniendo nada de particular que se relacionen con los salmos 47, 67 y 71 de Isaías, en los cuales se habla de la santidad de los montes.

Meru, el Olimpo de la mitología hindú, se transforma en Sumeru, en ciertas ocasiones. La leyenda dice que el Universo está formado por nueve montañas en ocho círculos, separadas por ocho mares. La traslación china es Sü-mi-shan, y la japonesa, de estos mismos caracteres, Shumisen, y en ella, en vez de residir Brahma, reside Taishakutenno, gobernador de toda la Tierra. No son tan ambiciosas las leyendas occidentales que se refieren a la isla de San Borondón, pero la montaña Caf, sustento y fundamento del mundo, se puede decir que encierra en sí el mismo concepto.

Al extenderse por el mundo la noticia de la forma en que están dispuestas las islas Canarias, no sólo pretenderían los entregados al cultivo de hacer realidad las leyendas, que nuestras Islas eran las Afortunadas, la Atlántida y los Campos Elíseos o Eclesiásticos, sino que, además, se sacaría partido hasta de su distribución y morfología. Tenerife parece, desde la lejanía, un solo copo. El círculo exterior, el Atlas y las islas de la Madera. Las Purpurarias y La Palma, otro círculo interior. Gran Canaria y Gomera, guardando el último espacio libre. No son sólo siete islas las que sobresalen del lomo verde-azul de las olas, sino también siete espacios que pudieron ser llenos de mitología.

Los perros

Suenan demasiado bien en los oídos los nombres clásicos de Hespérides o de islas Afortunadas, o Campos Elíseos, para que nadie se haya cuidado de incluir a Canarias en ese cuadro del mundo en que los movimientos son tan acompasados que las doradas almenas se proyectan sobre un cielo cobalto y en el suelo es la gleba con el siervo y la viña está sólo para dar la sangre del Señor. Pero en este mundo lleno de entrechocar de espuelas y estandartes también vive Canarias. Un mundo con los bordones de San Borondón y San Avito, en que ya no es fantasía el can totémico de Canarias, etimología, dogma de fe, capaz, con alas, de formar el Pentamorfo con el sueño de Santo Domingo por bandera y, como extremo, esos mástiles de los indios americanos con un perro de madera gigantesco sobre cabezas policromadas de gavilanes.

Canaria dicen que se llamó Canaria por esos terribles canes majorereros —cuando los canes siempre se llamaron perros—, el bardino que arastra una cadena durante el día sin poderse apartar de la portada vieja y herrumbrosa y que de noche vaga infundiendo temores a las tapias altas. Fieras encadenadas que sólo conocen a su dueño y que con el ojo sanguinolento parecen dispuestos, con sus afilados colmillos, a saltar a la yugular. Así, el

perro, entre la fiereza y la fidelidad, ha engendrado monstruos de la razón en todas las mitologías. Pertenecen a ellas los famosos Tengú del Japón o T'ien-keu chinos, "perros del cielo", traducción del sánscrito Ulka, metáfora oriental para designar un meteoro. Y, en efecto, en ciertas épocas del año, estrellas o "perros celestiales" comienzan a caer por Occidente. Los hombres del Medievo creyeron alguna vez que estas islas fueron engendradas por "perros celestiales" acumulados sobre los fondos coralinos.

Hay coincidencias curiosas en toda la mitología: bajo el símbolo del perro está colocado el séptimo año del ciclo soyoto. Alguien vería en seguida la influencia de la magia y del shammanismo —esa gran fuerza universal— trabajando sobre el mito.

Y no es posible prescindir de lo clásico. El Cancerbero, sometido por Hércules, nos liga también a los perros mitológicos. Pues si Hércules nos robó nuestras manzanas de oro —esas naranjas de los valles del Sur—, también sometió al perro de la voz de bronce y de múltiples y feroces cabezas, ese kion aidou, serpiente o perro de Ades, dios de los Infiernos...

Otros canes fabulosos: Çama, perro del Yama o infierno hindú, los perros blancos de Diana, el Can de Caza, el Can Mayor y el Can Menor, jauría inacabable en pos de la eternidad, mordeíndoles los talones al viento.

Es extraña la coincidencia de los símbolos del ajedrez, alfiles y castillos o torres, en:

El perro de San Roque no tiene rabo
porque Ramón Ramírez se lo ha robado.

Anónimo nació el estribillo y sobre los aires de una mañana tranquila de Vegueta lo oí por primera vez. Muchos años pasaron antes de que leyera en la *Peregrinación sabia*, de Salas Barbadillo —una referencia más erudita del perro—, la mitológica y figurada alabanza a perros que anduvieron por la Tierra. "Oh canes generosos, que por vuestra virtud grande tiene Júpiter vuestras imágenes resplandecientes en el cielo, donde os hizo aposento en la casa del mismo sol. Vosotros sois los caballeros de la llave dorada".

Y a esto —es terrible— respondieron los gatos: "Vosotros sois unos perros rabiosos".

Peregrino, vago y sabio fue el perro don Florisel de Niquea, que por mor de sus rabiosos triunfos cambió su nombre por el de don Florisel de Hircania, como hiciera Don Quijote después del paso honroso de los leones.

Pocos habrán parado su atención hasta ahora en el perro gra-

bado en piedra que ostenta el frontis de la iglesia parroquial de Santo Domingo. Una etimología popular hace derivar el nombre de "dominicanos" de domini-canes, o sea, "perros del Señor". Otra popular creencia nos transmite la tradición de que la madre de Santo Domingo soñó, la noche antes del parto, con un perro blanco y negro que llevaba una estrella en la frente y una antorcha encendida en el hocico. Estos seres de vida "aperreada" que llevan la luz se asemejan a aquellos otros perros —caballeros— peregrinos de Salas Barbadillo. Parece que en esto estamos más cerca del nombre medieval de las Canarias y de los canarios.

Es indudable que los actuales agotes tienen un origen debido a problemas de orden eclesiástico. Pues bien, en Francia aún se les llama a los agotes "perros de los godos", tomando el nombre de godos el significado genérico de españoles, una especie de domini-canes, por las tierras donde éstos se criaron, el sur de Francia, que correspondieron a Francia en época muy posterior. De más autoridad parece la crónica manuscrita que se conserva en la Biblioteca Nacional sobre la nobleza de varias familias, hecha por don Pedro de Ovando, con cuyo documento podemos asegurar que las parroquias se denominaban todavía *perroquias* en el siglo xvii.

El perro fue compañero del hombre desde los albores de la humanidad: kelb, en árabe; can, canis, en latín; kyoon, en griego; cuna, en el guanche tamaránico, parecen probarlo. Lo mismo el vasco zakur; gaelico, cu; gótico, hunds; sánscrito, cvan; chino keu o chüan.

Y Tibicena, el perro-fantasma, mítico, lanudo y maligno de los guanches de Tamarán, siempre ladrando a la luna al borde de los cráteres apagados, con el vago rencor contenido de la vieja raza muerta de la isla.

ALAS SOBRE LA ISLA

Siempre he sentido como un misterio que me subyuga la íntima urdimbre, la raíz más honda que pueda ligar la vida de los animales y de las plantas, de los hombres y de las piedras con el paisaje que los circunda, con la tierra en que viven, con el mar en que sus lunas, sus montañas y sus soles se reflejan.

Hay algo, dentro de la Isla que nos une a todos. No sé qué es. Pero las gaviotas y los buitres, las algas parduzcas o rojizas, verdes o incoloras, las rosas y el halcón real, la fonolita y el picón negro, el aire de la playa a primera hora, los tunos colorados y la piel tersa de las mujeres, el pulular de los mercados y el polvo de los almacenes y el ruido del tiro de mulas, el ca-

llejón de la Vica, Fuera la Portada, el Matadero y Traspalacio están unidos multitudinariamente, fuera y más allá de toda matemática que prohíbe sumar cosas heterogéneas. Aquí están juntas estas cosas y hay un milagro en el orden que las preside y en que el viento ulule en las ventanas y los perros ladren a medianoche.

Por ello, por todo ello, no puede faltar en la vida privada de Mari Maguada el canto de los canarios y sus colores producidos artificialmente. La canoridad de los pájaros ya no es de notas, sino de pinceladas, pues los hay blancos como un copo de nieve y azules como aguamarinas, y naranjas y rojos cruzados con cardenal. Esta variedad infinita me maravilla y, sobre todo, me atrae el que la haya producido el hombre en la cambiante naturaleza de los seres vivos.

El interviene en la isla en la vida de muchos animales. No sólo en la de las ponedoras y en sus maravillosas cabras de azotea, esas de las ubres fantásticas, y en las que en rebaños circulaban por la población entre los "haigas" ciclamen, en la de los camellos de estampa surreal, en la de los bóvidos pausados de las gañanías repletas de rolos tiernos y en las ovejas de pesadas lanas que vemos bajar de los altos y en aquellas otras que producen el queso de flor, en los perros de la isla y en estos de lujo que llegan en oleadas de todos los rincones de la tierra, en los lagartos que extermina y en los búhos que suele encerrar para distracción, en los peces que persigue con caña de lanzar o con fusil submarino o nasas, redes o chinchorros, o con barcas, o en la pesca de altura, en la paciencia de las noches en vela. Sobre todo interviene en la vida de los pájaros canarios, desde el verde típico del monte a estos hamburgueses de rizadas plumas amarillas, blancas o lila y en la de los gallos de pelea, donde encarna la bravura de la tierra. Y eso que están olvidadas las viejas artes de cetrería que también en islas brillaron un día.

Las gaviotas en el aire

Ya es cosa sabida: al que no quiere gaviotas se le dan dos alas. Así reza, por lo menos, en el refrán. No creo tampoco que estas aves de paz, tranquilas, tengan nada que ver con Gabio, Gabiot o Gabiota, el espíritu del mal que amedrentó a los guanches en las noches sin luna, cuando sopla el levante negro. Da ánimos la pintoresca descripción de Viera: "ave litoral acuátil, el pico amarillo, recto, liso, largo, de casi dos pulgadas, acanalado por los lados, ganchudo en el extremo; el cuello de una cuarta, erguido, espesamente revestido de una pluma fina; las alas, fuertes. Todo

el cuerpo es de una blancura muy tersa, a excepción de la espalda, las alas y su cubierta, que son de color aplomado o gris ribeteado de blanco, formando un capotillo."

Yo las he visto cómo engullen mondas de naranja que los barcos arrojan en su marcha, ya cerca de las costas, y la proximidad de tierra se anuncia a veces por sus enérgicos gritos y la vida que pone en el cielo su paso. A veces descansan sobre las azules olas, dejándose mecer por ellas, o caen como rayos en busca de imperceptibles presas que no distinguimos. He podido observar cómo siguen el rumbo del sol, en el atardecer, y cómo vuelan en perfecta formación, si se lo proponen, dejando la violencia de sus juegos cerca del mar. Toman el dibujo de una V que tuviese el trazo muy largo y otro muy corto, y para averiguar quién las dirige desde la punta vanguardia sería necesario que pudiésemos navegar a su altura o matar desde tierra o mar, con un tiro muy certero, a la que va en cabeza de la elegante y pausada formación. Sólo las he visto así navegando a mucha altura, a la hora del atardecer, y en esos días limpios y tranquilos, tersos, suaves, luminosos, con la atmósfera diáfana, transparente del tiempo en que ha cesado la lluvia, marchando con rumbo noroeste desde La Laja, San Cristóbal o la costa del Mercado, donde suelen reunirse a millares el olor del pescado podrido, o cuando los barcos varados dejaban su cargamento al descubierto, deshinchándose en los bajíos de la costa. Otras veces vuelan con dirección francamente inclinada hacia el poniente la infinita clara de la tarde en las Canteras. Buscan las presas del norte de Tamaraceite a Larai-ga, Silva o Gáldar, donde las pueblan a millares con su color plomizo, blanco, rosa en el atardecer, o también las acantilados del Rincón y los riscos del Norte y el Este, donde la inquietud que el hombre da a las bestias no llega, allí donde sus huevos y sus polluelos apelusados reposen tranquilos. Sólo de vez en cuando rueda una piedra a los abismos, donde la morena y el marrajo tienen sus habitáculos; con algunas euforbiáceas por los alrededores, lejanas a otros animales deseosos de engullir yemas o huesecillos tiernos, la noche las acoge.

Cuando amanece toman el rumbo contrario. Entonces, mientras el sol llega hasta el fondo de las casas que dan a la marea, cruzan el istmo para recibir a los barcos que entran en la bahía con su preciosa carga de restos de pescado, e coles viejas, de paja de embalar, que el viento se lleva. Y otra vez comienzan sus giros violentos y el chirrido inmenso de sus vuelos, sólo apagado por las sirenas resonantes en el hangar gris de las nubes bajas.

Aves de presa

Para el hombre de la ciudad rendido al asfalto cotidiano, con las luces del día y de la noche cubriéndole los ojos de monotonía manufacturada, ya no existen las aves de presa en la libre y santa Naturaleza. No se sabe que aún hay lugares de la isla donde los guirres corren pesadamente para poder levantar su vuelo de aves de carroña, donde las aguilillas yerguen su majestad de reinas del espacio, donde los halcones y halcones reales, donde los milanos y cernícalos, dan al aire sus girantes vuelos y sus corvos picos.

Y no son tan alejados los lugares donde se encuentran. Cerca de poblados, por los acantilados de la Mar Fea, o allá, bajo los girones rojizos de Rosiana, he visto cómo vuelan aguilillas y guirres, o cómo conferencian en cenáculos junto a las rocas y esperan que el descuido de los que llevan los mulos y el rancho dejen los desperdicios sembrados por el campo entre los cercados de tomates y el barranco del Negro. Vuelos pausados, mortecinos, miradas inquietas, no hay trinos en el campo en torno de ellas. A veces parecen celebrar sus deliberaciones y asambleas en goros improvisados junto a unas peñas, para luego emprender la carrera hasta remontar el vuelo. Tiene siempre el aspecto de estar acechando algo. Y esto hasta que va oscureciendo y sus pelajes blanquecinos o pardos van perdiendo consistencia en la oscuridad del paisaje. Entonces comienza el dominio de la negra noche, y con ella el de los búhos o corujas, con su miedo de mal agüero, los ojos zarcos mayores y más resplandecientes que carbuncos, las plumas levantadas por la cabeza, a manera de orejas; el pico corvo y negruzco, y el triste lamento que dan desde los pinos o los algarrobos en que se refugian. Y lo mismo la lechuza, más pequeña y abundante, que caza toda la noche, hasta que la aurora anuncia con un suave resplandor por donde la bruma gris oculta a Fuerteventura.

Y de nuevo vuelve el día. Los milanos y los halcones, a perseguir las palomas, y el raro halcón real, a lucir su figura por los montes, con sus piernas finas y sus patas amarillas, su toca de plumas azuladas sobre la cabeza, el pecho y el vientre rojo y la espalda cenicienta. Y los guirres blancuzcos y feos vuelven a levantar el vuelo cuando el primer rayo de sol incendia la tea del pinar y saluda a lo lejos el encaje de una vela bordada en el mar.

Los gallos

Por dos veces cantó el búho en lo alto del tilo negro. La noche estaba en calma y todas sus voces se oían a enorme distancia. Desde el rasgueo de una solitaria guitarra madrugada hasta el ruido de la cadena en un establo. Y esos ruidos inaudibles de día: los grillos que cantan, algún sapo ventruado...; poca cosa, en definitiva. De pronto, la noche rompió su silencio: el gallo cantó la tercia. Las noches serían sordas sin el clarín del gallo. Los aullidos de un perro aumentan el terror de la noche. En el canto de un gallo hay siempre la esperanza de que veremos el nuevo día. Es una promesa de que el sol se acerca. ¿Cómo no agradecer al gallo esta alegría de fiesta que pone en cada corral, perdido entre agaves y tuneras, detrás de las mudas tapias, en lo alto de una loma, junto a los bueyes cansinos que aún rumian su dolor?

Para siempre ha de quedarles agradecido aquel que ha visto hacerse realidad el verso

y aurora de gallos cantan
por Jerez de la Frontera

con un presentimiento de marescía entre ciudades de plata y ríos de oro, entre toros negros y el chorro de miel de los toneles. Pero yo no creo traicionar a los gallos si digo que me gustan las peleas de gallos. Es decir, me gusta que las haya, gentes como Walt Disney han llevado a la exaltación de la única pantalla artística de verdad —la de los dibujos animados— toda aquella armonía rítmica de la danza de los gallos en pelea en aquellas sombras de “Bahía” con la inquietud del aracuá cercano.

Antes, a esa hora, en la que en las ciudades peninsulares se piensa en comenzar el almuerzo, aquí se andaba de regreso y se saboreaba el buen tabaco palmero, y se recordaba el aperitivo a base de ron con su enyesque. Era gente que va a las peleas.

Las peleas oficiales, “las casadas”, son las que al final de la serie reclaman al partido que le ha correspondido el triunfo.

Las reuniones oficiales eran de siete peleas, y los partidos en lucha eran dos: Triana y San José.

Antiguamente las peleas duraban cuatro horas; después dos, pues los gallos empiezan cortando, como si conocieran de toda su vida el modo de pelear del adversario. La preparación influye grandemente en la actitud. Ha habido un gallo de Triana que ganó por golpe de oído a uno de San José, al minuto y diez segundos de empezada la pelea.

La tabla de resultados se irá poblando según se conozcan los

ganadores; en ella están los números del 1 al 7, y un gran encaillado, en donde se colocará Triana o San José. Traspasado el muro que tapa la vista general de la pista nos encontramos un circo con un círculo pequeño en el centro y una valla que lo rodea, y en anillos concéntricos y ganando altura, las filas de tabladós. En la valla, suspendida de una barra vertical, una balanza con un platillo a un lado y en el otro tan sólo un gancho, del cual penden los gallos para pesarlos los "pechadores", uno por cada bando, que durante las peleas de la temporada se ocuparán de los gallos de su partido, reciben el gallo para pesarlo de manos de los preparadores, lo observan y lo enseñan al público; tras pesarlo le dan el último repasito, en el que nunca falta la introducción de las espuelas en un limón, sujetas con unas sortijas en espiral, por encima y por debajo de la espuela, que es de dientes de tiburón.

El animal es algo que nos hace pensar en una especie distinta: su cabeza es roja, sin plumas, y en cuanto a la cresta y barbillas, se encuentran completamente afeitados, supresión que supone una práctica bastante delicada y artística; en cuello y cuerpo, en general, cuentan con sus plumas, y en la zona anal y entre las patas se encuentran desprovistos de ellas; tan sólo porque les sirve a veces de apoyo, les dejan la cola. Los gallos son de un valor extraordinario. Ensangrentados, ciegos, se buscan, y cuando el más afortunado agarra un tiro mortal, tiene fuerzas de lanzar un cántico de victoria y morir más tarde en la caseta de gallos, borracho de sangre.

En términos gallísticos, hay capote cuando el partido gana las siete peleas al contrario.

Cuando un gallo hace extraños se le titula de mestizo, y llega con su miedo a emprender vuelo por encima de la cerca de la pista.

Los preparadores o galleros son profesionales del deporte, verdaderos conductores de la gallería que los contrató, en cuyo recinto entrenan a los animales de su partido.

Los pechadores son conocedores aficionados. Su mayor éxito lo alcanzan cuando ayudan a los gallos que necesitan su concurso y los llevan a la victoria.

La tarea del gallerero es bastante complicada. Desde que el futuro combatiente entra en la gallería lo atusa (corte de plumas inútiles), lo despioja y desinfecta. Luego lo pecha (lidia a espuela cubierta) con otro de su peso, tantas veces como lo crea necesario, hasta poderlo clasificar. Los inservibles se devuelven a los dueños, los dudosos son llevados a peleas sueltas y los selectos pasarán la temporada en casa y serán tratados con toda clase de consideraciones. En derredor de la valla están congregados los dueños

y los partidarios. Ninguno pierde un detalle ni la ocasión de opinar. Los más cucos se limitan a decir: “¿De quién es ese gallito?” Pero el gallero hace caso omiso de toda atrevida sugerencia y sólo atiende al gallo, en quien tiene puestos “sus cinco sentidos”. Observa si pica bien y por buenos sitios, si es defectuoso o entretenido; si es activo o demasiado lento; si “acude cuando le dan” o si “se arruga”; si intenta esquivar los golpes enemigos o si se pone para que lo maten; si posee buena o mala batida; si es resistente o débil, y si tira a dar con los espolones o si lo hace “con los codos” solamente.

Procura aumentar la capacidad de resistencia del gallo, que elimine el exceso de grasas, adquiera mayor flexibilidad en sus músculos y se desarrollen hasta el máximo sus innatas aptitudes. Para ello pone en juego su técnica, aplicando ejercicios progresivamente, y tiene en cuenta no sólo la edad, peso, prosapia y posibilidades físicas del gallo, sino hasta la estación, pues no puede dar el mismo trato al recogido en marzo o en abril que al que le llevan desde diciembre.

Hay un tipo de gallo que empieza a espolonazos, tipo que, según la clase, puede servir para herir o para rebajar la capacidad combativa, por el cansancio del esfuerzo infructuoso. Otros comienzan el tanteo, alargan el cuello y estudian en todo momento la actitud del contrario y tardan en decidirse a atacar. A veces, los gallos están como abobados y marchan por la pista sin acordarse de pelear ni del compañero de recinto, hasta que, por fin, en un encontronazo deciden tomar la cosa en serio.

A veces, de entrada tiene la suerte de sacar un ojo al contrario, y este percance perjudica enormemente. Abundan más las puñaladas, que van apagando las energías del gallito, mientras el contrario se engalla más.

El juego es limpio; allí a nadie se engaña. El que pierde, pierde, y el que gana, gana sus buenos tollos, que el contrario paga religiosamente. Es un rito. El triunfo es muchas veces claro; los pechadores lo señalan porque el que ha perdido toma el gallo enemigo y se lo entrega al ganador, mientras el victorioso recoge las plumas y las da al derrotado. Es ya mucho más del mediodía de un gladiador con fortuna, de un fauno con plumas y sin cuernos. Sobre la arena quedó otro sin honra.

CAPÍTULO II

LA CIUDAD SIN SONRISAS

Las Palmas es una ciudad que no tiene sonrisas. (De uno que lo dijo por la mañana y a la tarde era cadáver.)

LAS PALMAS, NUESTRA CIUDAD. 1950

“Nuestra ciudad” es este escenario en que hemos nacido sin remedio y en el que constantemente vemos gentes a quienes parece que nadie les dio papel y ellas se lo han tomado. He aquí el tablado donde todos los días actúa el pulchinela jorobeta, el borracho institucional, el fanfarrón de grandes bigotazos y sombrero de ala mercurial, como en esas ánforas donde Hermes lleva el caduceo. Tiene lejos el barrio del Cerámico —allá por la Atalaya—, pero dentro de sus calles no falta el artífice de zapatería, con su olor a tintes y a cuero tratado con taninos; el taller del pintor, que a veces he visto instalado en las alamedas del parque; el despacho donde, entre rimeros de actas notariales, se expende la justicia y cada ciudadano se convierte en un Solón o un Licurgo. Tampoco falta el Museo, donde un alegre barbitas dispuso los cráneos en su craneoteca. Las voces engoladas suenan en nuestra ciudad con frecuencia. Las hay hasta en el cementerio, donde las estelas funerarias campean con nombres todos conocidos —los mismos nombres de los que, aun vivos, pasean por las calles de la ciudad—. “Hay despachos de vinos, con sus enormes barricas panzudas, rezumando tinto, y mujeres que por las calles suelen pregonar el pescado “de nuestro mar”. Tampoco faltan los mercaderes de Tiro y Sidón instalados en nuestra ciudad, y estos que, quizás atravesando la Partia y la Aracosia, vinieron de las márgenes del Indo a exponer sus teorías de elefantes de ébano, ya desaparecidas. Mientras, los representantes de los países hiperbóreos se entregan a extraños manejos portuarios, pues parecen ser ellos ahora los dueños del tráfico comercial de los mares, en vez de los fenicios y los innúmeros hijos de la talasocracia ateniense.

El Mediterráneo termina en Las Palmas. En el taller, en la trastienda, se instala el corro político, literario, comercial. Habla de todo. Los tiempos han cambiado y todo se transforma. El tabaco, la imprenta y los guacamayos y periquitos diferencian nuestra edad de la antigua, y a nuestra ciudad, de Atenas.

Pero partamos de cualquier punto y hemos de ver dónde nos encontramos ahora. Colonia de colonia, no hemos de reproducir sino lo que hicieron nuestros antepasados hace dos mil años. Una teoría que viniese a deslindar definitivamente los espacios de la historia externa e interna, habría de entender que historia interna es historia del corazón y de la cultura, e historia externa, del cerebro y la civilización.

Historia interna es historia del subconsciente y de los impulsos. Historia externa es historia de superficies, es historia de los sentidos, jolgorio de luz y de colorido que aflora en las épocas reueltas y de corte francamente cesarista.

Hay algo de todo esto que se refleja en la manera de conceputar el teatro en la Antigüedad clásica y en nuestros días. Para el hombre clásico no existía el interior. El hombre clásico, la filología y la historia —aquella que ha de descansar o en los versos de Horacio o en las fantasías de Herodoto— sólo nos representan un hombre que vive en la calle, para el cual el concepto de lo social, tal como nosotros lo entendemos desde el siglo xix; como vida de sociedad no existe. En la literatura en general tampoco se desarrolló, hasta muy tarde, lo que hoy denominamos “interior”. Son los interiores flamencos el precedente pictórico de esto. En primer término, unos monederos ante una mesa contando sus ganancias y calculando los cambios. De las paredes cuelgan otros cuadros. A través de la ventana se ve un exterior por completo convencional de árboles exentos.

En Atenas se hace crítica social en el ágora, y los autores la reproducen en el teatro, al aire libre. Al contrario de lo que podía suponerse, el proceso de desarrollo de la humanidad consiste en la diferenciación progresiva del individuo destacándose de la masa. Aunque a partir de los finales de la Edad Media el individuo y el interior de la casa adquirió importancia, es el siglo xix quien da paso al individuo. La ciudad antigua, el burgó medieval y la villa y la ciudad del Renacimiento se parecen mucho más entre sí que cualquiera de ellas con este mundo donde todo es ya ciudad y donde va resultando algo absurdo protestar del absentismo campesino, puesto que no es el campo el que se traslada a la ciudad, sino la ciudad la que invade el campo con sus frigidaires y medias de cristal.

Para palpar como realidades verdaderas las que se nos presentan con características de ser puras enteleguias de la razón que ve fantasmas, no hay más que aplicar los principios a los actos, a la historia que discurre ante nuestros ojos y a la que ha pasado en dos generaciones anteriores en nuestra misma ciudad. Ante Las Palmas era pequeña. Un grito en la Vegueta o en el risco de San Juan eran más que suficientes para llamar a maes-

tro Andrés, que parloteaba por allí debajo, junto al barranco. Tenemos formidables cronistas que nos dan cada día reflejo de una Las Palmas poco diferenciada. Las Palmas fue una ciudad que en cuatro siglos hubo de recorrer la distancia entre la primitiva estación del neolítico, sin mezcla alguna de metales, y el xix. Por eso no tiene nada de extraño que en el xix ocurriese todo en Las Palmas como en la "polis" helénica con su ágora en la plazuela.

Si cuando se fundó nuestra ciudad se hubiesen en ella instalado con sus palacios ricos mercaderes del Norte, cambistas de Siena, prestamistas hebreos, consignatarios de Venecia, Génova o Barcelona, y éstos hubiesen construido al estilo de su época, Las Palmas estaría cubierta por la bella y noble arquitectura del Renacimiento. Pero Las Palmas empezó por poco, como otra ciudad cualquiera. No fue la instalación de unas bambalinas, y por ello Las Palmas se construyó con calles estrechas y casas de patios con galerías descubiertas, en el siglo xix por el mismo clima de Atenas del v a. de JC. Y en nuestra ciudad domina la ironía en cada esquina, en cada tertulia. Nada es posible tomarlo en serio. Y aunque se tome en serio, es la ironía un arma dialéctica imposible de abandonar en mitad del arroyo. Los tímidos temen terriblemente a la ironía. Este fue el verdadero motivo de la tan comentada ausencia de Galdós de Las Palmas. La gracia de Madrid es una gracia gorda y chula. La de Las Palmas es francamente aristofánica, que saca el cuero a tiras al menor roce. Pero no temáis. Todo esto se va perdiendo. El egoísmo crece al contacto de los bárbaros, y en esta escuela los superamos. Es decir, marchamos admirablemente por la senda de la diferenciación progresiva. En nuestro tablado de marionetas actúan personajes desconocidos.

CIUDAD SIN SONRISAS

¿Por qué esta impresión en el ánimo de los que llegan? ¿Sólo por nostalgias? No vive Las Palmas bajo la bruma; sólo algunas veces he visto que sobre el puerto flotaba algo así como la pluma de un calamar. Nuestras cumbres no son cumbres borrascosas. Ni el chato castillo del Rey, entre tuneras y cabras, tiene aspecto siniestro. La cochambre de los cabarets de la Isleta es triste, pero no tanto como para suprimirle la sonrisa a la ciudad. No lo es tampoco el barrio castellano de Vegueta. Ni es suficiente el envaramiento de don Rodrigo o don Sixto para enervar la sonrisa. Por arriba los cuervos, por abajo las gaviotas, con sus gritos, dan notas que no llegan al corazón de la ciudad. Los lomos desiertos, los barrancos negros, el mar embravecido en la Vaca o el Becerro, las simas siniestras de los volcanes, están de-

masiado al margen, circunscribiendo el horizonte, pero extraños a la urbe. Las puertas mismas del infierno están situadas en cualquier parte del Mediterráneo y éste es el mar de las sonrisas, desde la de Egina a la de Mona Lissa. ¿Perdió la sonrisa Tamarán cuando fue expulsada por entre las columnas de Hércules, del mundo mediterráneo. ¿Qué hicieron las ciudades clásicas para conservar su sonrisa? Barcelona retuvo su gótico. Florencia su señorío. Salamanca su Plaza Mayor. Las Palmas la conservó en la fuente de Santo Domingo, pero le soltó el gallo al tiempo, saltó sobre las tapias de los cercados, brincó por las arenas, se derramó sobre el mar, subió a las lomas a contemplar las gracias que acababa de hacer y calculó constantemente el precio de los solares. Tuvo una crisis de crecimiento. Aún continúa con fiebre, con el pulso destemplado, con el cuerpo estirado y largo de una niña que ha llegado a la pubertad, desgachada, falta de calcio, cemento y hierro, con las fiestas antiguas perdidas en las distancias que tiene de gran ciudad, con cosas de pueblo, de puerto internacional y de capital de provincia española. Las Palmas es una ciudad sin sonrisas porque Las Palmas es todavía sólo un esquema, tiene sombras, escoliosis y hasta algún infiltrado. Necesita sobrealimentación de oro, de carne, de sangre y de espíritu. Su respiración se hace dificultosa por el asma de las algas o de las flores. No puede dejar la playa y necesita campo. O por lo menos castillos de verdor en sus laderas, en sus mejillas pálidas.

Esta tristeza pasará. El doctor Urbano receta cura de reposo.

AHORA, AQUI, EL MAR

Ahora, aquí, el mar está de actualidad, con esa actualidad que le da el no poderse llegar hasta él porque el verano se ha retrasado demasiado —según muchos—, por esos proyectos que tienen los constructores de avenidas de apropiárselo totalmente, con sus pesadas grúas y sus ingentes masas de cemento y hierro, y porque Arencibia ha pintado una alternativa de luces y sombras de la vida del pescador en el Cabildo Insular.

También podríamos decir que está de actualidad porque, por primera vez en la historia económica de las islas Canarias, se ha sistematizado la vida pesquera, porque se ha inaugurado la casa del Primer Almirante de Castilla de la Mar Océana, y descubridor de las Canarias de Indias, porque la natación se ha convertido en el primer deporte de Canarias, porque tenemos algo así como aletas de tiburón.

Pero en esta fantástica galaxia de las cosas marinas de Canarias

resaltan ahora con vivo fulgor —como en el relieve de un nuevo guiñol marino— las pinturas de Jesús Arecibia, en Gando pintor del Aire, en el Cabildo autor de la *Canción en cuatro estrofas, de los peces en tierra*. Nada mejor para dar carácter a una institución insular, para una corporación que termina en el borde de las olas, que esta visión fantasmagórica, con luz brillante de fondo y colorido de forma, plasmada por el pintor de Tamara-ceite en los paneles del Cabildo.

La violenta contorsión de sufrimiento o alegría que a veces sufren sus figuras responden no a una irrealidad mal planteada, ni tampoco a un rebuscamiento del efecto plástico como el que lleva a los arquitectos barrocos a crear el frontón roto y la columna salomónica, o como el ripio en los poetas. Es en la búsqueda de la armonía y la realidad como se encuentra el pintor con estas figuras retorcidas jocosas o trágicas, aterrorizadas o alegres, en la escena de los paneles.

La exaltación de la pesca está lograda en ellas con esos pies grandes de los pescadores —realistas en medio de la fantasía y la original frase musical que parece vibrar en cada pincelada— y con una distribución geométrica de las figuras.

El panel de la izquierda entrando tiene —como lanzas por almohada— remos por banderas, pero esto sólo flanqueando un triángulo que el hombre, el camello y la barca en alto, forman claramente. La nave del desierto y la nave de los costeros se han unido al sufrimiento del hombre. Aquello es casi un descendimiento de la cruz que forman la eslora y el puntal. En el fondo, lleno de luz, aparece otro triángulo en que los círculos inscritos de las redes son como el símbolo del destino del pescador moviéndose en un mundo completo y total.

También en el fondo, pero a la derecha, aparece un rectángulo, en cuya hipotenusa se escalonan la cesta que descarga sardinas, el pescador y las velas: es como un marcha de lo concreto y menudo a lo eterno y fantástico.

Más lleno de espiritualidad que ninguno, aunque posiblemente menos goyesco que los otros paneles, aparece el de la derecha, donde ya la multitud se encuentra rematada por la meta de la inmensa concha madreporica y el santo, y hay sombras que se mueven en segundo plano, como si el pintor hubiese querido escuchar esas inaudibles voces del fondo del mar. También ascienden las figuras aquí por el tobogán del triángulo rectángulo, desde el calabrote enrollado hasta la cúspide espiritual y religiosa. Pero es el centro del panel lo que muestra movilidad asombrosa: algo así como lo que pudiéramos llamar “la ascensión de los faroles”. En vez de la vela esta vez el techo es una red de altura, como sombraje para las misteriosas figuras de los pes-

cadores que algún día, sin embargo, serán reconocidas por los críticos como tremendamente reales.

Ahora este espacio tiene como una permanente ventana abierta a la realidad de fuera, a esa realidad de los pescadores y las amas de casa que cada día ven pasar el brillo de las escamas, el color de las agallas; ahora huele a marisma y salitre el Cabildo Insular de Gran Canaria.

LAS JARDINERAS GUAGUAS

“En la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria, a primeros de junio de mil novecientos veintidós, reunidos los señores Pérez-Nuez Compañía Limitada, Gregorio Gil Pineda, Alemán Rodríguez y José Gil Pineda, todos de esta vecindad, han constituido la sociedad que resulta de la presente acta, bajo las siguientes cláusulas...:”

Así comienza la “partida de nacimiento” de la primera sociedad constituida en Las Palmas para el transporte urbano en “guaguas”, tal como después se desarrolló y condujo a la actual proliferación de líneas que hoy llevan de un punto a otro, por la variada y caótica geografía urbana de Las Palmas de Gran Canaria. Al periodista que poseía el dato, se le ha escapado la ocasión de conmemorar dicha fecha ciudadana por causas completamente ajenas a su voluntad. Pero seguirá siendo noticia durante toda la vida porque se trata de una institución popular que no ha defraudado nunca en su eficacia a los canarios, a pesar de todas las contrariedades, problemas y luchas que se han producido en esta tierra del Pino y el Plátano durante más de cincuenta años.

La primera salida

Fue en los carnavales de 1922 —es decir, unos meses antes de que se firmara el contrato que tengo ante la vista—. Se montó su primer diseño, sobre un viejo chasis Ford en los talleres mecánicos que tenía Fernando Izquierdo frente a la Plaza Nueva en la calle Viera y Clavijo. Recuerdo que íbamos en él varios pierrots, un conejito blanco, un militar de graduación y una pastora en brazos de la muchacha; gentes todas que hoy son abuelos y de cuyos nombres el periodista no quiere acordarse por demasiados sabidos. Los pequeños balaustres se enredaban de serpentinatas y las bolas de confetis se deshacían en las golas. Aquella guagua primaria, la madre de todas las guaguas, ya nació loca,

en la edad que iba a ser del sinsombrerismo, pues no llevaba techo ninguno —los techos de estas primeras jardineras guaguas eran toldos de hule de quita y pon, montados sobre varas de hierro—. El recorrido fue el clásico: por Triana, lo principal, y con vueltas, quizás, en la plaza de la Feria y por Cairasco, frente al Gabinete Literario, con las ventanas repletas de gente de la “mejor sociedad”. Y para enviar a la familia fotos memorables en casa del fotógrafo Ojeda, también amigo de la familia.

Se establece la sociedad

Una vez hecha la prueba y popularizada la imagen del nuevo vehículo, en aquellos carnavales, se formó la sociedad para “establecer un servicio de *coches automóviles*” para la conducción de viajeros. Obsérvese el subrayado de las palabras de la denominación oficial; da idea de lo presente que estaba en la mente de todos, los coches de caballos y los primeros coches automóviles que habían llegado, con esa palabra de moderna invención. En el artículo segundo se dice que “Para este servicio se adquirirán por lo menos tres coches de la marca Ford, los que reunirán las mejores condiciones para el servicio a que se destinen y cuyo número se aumentará a medida que las circunstancias del negocio lo requieran”. Se explica la insistencia en la marca Ford porque para entonces era representante de la misma, en Las Palmas, la firma Pérez-Nuez y Compañía Limitada, principal creadora de la idea de esta empresa nueva.

Y nada de abusos: Artículo 12: “Si los señores socios y sus familiares hacen uso de los coches, será siempre con abono del correspondiente valor del pasaje”. Y para terminar el contrato de origen, fue designado don Gregorio Gil Pineda, para llevar la representación de la sociedad, sin que ello representase menoscabo alguno de los derechos de los demás “abajofirmantes”. Por el texto de este documento privado calculo que aún debe quedar en poder de alguien, en Las Palmas, alguna copia original de este histórico documento para el futuro Museo del Transporte de Las Palmas de Gran Canaria, institución que debería fundarse, pues lo poseen hoy las ciudades que aspiran a ser algo en el concierto universal de ciudades.

De los charabanes —charabancs—, a las guaguas

En el mes de agosto del mismo año se produjo el segundo de los documentos importantes en la historia de las guaguas de



Las Palmas, y que se refiere a la puesta en marcha del programa de nuevos vehículos para circular por Las Palmas.

El primer servicio de que tienen memoria, por lo menos las gentes de Triana, es el que salía de Lugo o del Parque San Telmo—después el Parque Cervantes y por último simplemente el Parque— hasta San José por una “perra gorda” a una “perra chica” cuando todavía una perra era aquel leoncito con el escudo de España, troquelado en buen bronce antiguo.

En este documento se ve claramente que el primer nombre que se le dio a las guaguas fue el de charabanes, galicismo que se había aplicado probablemente durante todo el siglo anterior a los coches de caballos que hacían el servicio de Las Palmas a los pueblos del interior o al viejo Tusculo canario. Interesante es también subrayar que en este documento se hizo hacer un intento de corrección francesa, pues el *char-a-banc* y el charabán adquiere con tachadura a lápiz, hecha sobre de esta última fórmula o versión canaria, el nombre de *charabane*.

Y según dice alguien contemporáneo de los hechos, la gente iba en aquel nuevo artefacto o charabán a motor, “de guagua”, pues una perra hasta San José era algo así como ir gratis. Otras versiones sobre el origen de la palabra se refieren a su procedencia cubana por las relaciones que don Juan Pérez Hernández—de la firma Pérez-Nuez y Compañía— había tenido con Cuba, en donde ya se usaban, desde hacía mucho tiempo, unas jardineiras que llevaban gratis a los trabajadores a las haciendas y los ingenios y por lo que se entronizó allí, en la Perla del Caribe, la palabra *guagua* antes que en Canarias. El término era indígena de Chile, donde *guagua* significa niño, y lo había llevado a Cuba un mitiar chileno que organizó el servicio. La palabra no se extendió a los *coches d'ora*, verdaderos sustitutos de los charabanes, para los campos. En cambio, en Tenerife ha ocurrido lo contrario: se llamaron guaguas a los coches del servicio fuera de la capital y se introdujo “autobuses” para los de Santa Cruz.

Una conmemoración más que faltaba y una idea más lanzada: antes de que se termine este cincuentenario debería tomar cuerpo la idea de un Museo del Transporte, para Las Palmas, que es, al fin y al cabo, uno de los nudos de comunicación mundial de mayor importancia.

LUZ FLUORESCENTE

Los tubos de luz fluorescente han dado una nueva vida a la ciudad. Antes de ellos teníamos la vida de la ciudad bajo el cielo encapotado, la luz bajo el cielo azul, la luz bajo el cielo

de barro; y las noches poseían también su variedad: desde la negra retinta, pasando por la de lunas esplendentes, hasta las cárdenas de los días tempestuosos. Cada uno amaba esa luz de la ciudad que más ahondara en su corazón para unirlo al expediente de sus días de vida. Los tubos de luz fluorescente han dado una nueva vida a la ciudad, una vida que carece del color cárdeno, del azul de luna y del azul e cielo, del barro de la tormenta sahárica y del gris de los días norteños con mucha espuma de mar en los belfos. Pero una vida que tiene un impulso superior a esas noches de Triana bajo las farolas amarillentas. Parece como si hubiesen logrado romper la noche de las destañadas, anaranjadas o semidifusas lámparas de filamento, anticuadas, antiestéticas, respondiendo al ridículo nombre de tulipas, si es que las lámparas responden con algo más que con guiños enrojecidos a la excitación eléctrica —amorosa— de las calderas lejanas. Tulipa es un nombre inventado para dar ridícula vida al cristal esmerilado, ajado, pasado, mohoso. Hay nombres que no tenemos más remedio que consagrar a las cosas que para nosotros se van volviendo viejas, sin adquirir esa pátina sagrada del tiempo. Hay una forma noble de envejecer, pero ésta no la conocen las tulipas. Porque hay otra forma no tan noble: aquella en que al rostro de las personas, o las cosas, van aflorando todos los pecados cometidos en la vida. Esas lámparas de filamento antiguo y luz rizosa, parece que no tuvieron más remedio que alumbrar contubernios inconfesables, gusaneras de pasiones lúbricas. Debieron de envejecer en esos Ministerios antiguos, llenándose de polvo por arriba, negras por abajo, de deposiciones y cadáveres de moscas, cuando tenían el remanso de cunas esmeriladas.

Esta ciudad con tubos fluorescentes es una ciudad nueva, recién creada y estrenada por nosotros mismos, que parecerá después vieja a nuestros hijos. Pero por lo pronto sus gritos de luz roja, verde, amarilla, azul, nos dan una alegría a la prima noche que antes desconocíamos. Con los tubos fluorescentes la propaganda se hace verdadera vida, no esa cosa muerta que son los grandes cartelones, las grandes paredes manchadas con óleos nauseabundos, o todavía peor, con anuncios de cemento en relieve son colores de cales que luego se churretean. Los anuncios fluorescentes le dan a la noche su atracción de yankismo o neoyorkismo detonante. Con ellos las borracheras toman colorido rojo, violeta pálido. A veces estos anuncios luminosos tienen la aristocracia de una tarjeta de visita; otros son escandalosos, pero con un escándalo de cascada silenciosa de luz que vierte palabras bárbaras, anglosajonas, sobre el asfalto crepitante de piedras preciosas. Berilos, amatistas, topacios fluidos se esparcen por

el suelo cuando los últimos autos de la noche lo dejan tranquilo. Son sólo pedrería falsa, ya lo sabemos, pero en realidad la preferimos a la verdadera, puesto que por ésta no se mata nadie, presta alegría, le dan a uno ganas de cantar blues y fox lentos, sambas y músicas modernas, nada antiguo ni ajado, pues la luz será con el ritmo primera y última partitura en el concierto del Universo.

LAS HORAS UNA A UNA

*“Tota vulnerant, ultima necat”. La leí
por primera vez en Baroja. Después la
he visto reproducida miles de veces.*

Siempre creí que la tarde era la hora de la ciudad:

Sus cintas grises enlazan
Las verdes manzanas de las casas.

La tarde es suave, como caricia de mujer, en el puerto, cuando contemplamos yates o hidroaviones blancos; en Triana, cuando, Perdomo arriba, nos envuelve el perfume de los jardines; en Vegueta, bajo la impresión de que nos miran constantemente tras las ventanas con las persianas cerradas. Las campánulas abren a esta hora sus sedosas faldas blancas para ser presentadas en la sociedad efímera donde va a cantar el grillo hasta el amanecer. Es la hora en que la niña entra al canario y al anturio rojo que tenía en el balcón.

La noche es claro de luna
y luz de ventanas altas...

pues siempre hay alguien que vigila que no se sabe quién es. Tan melancólico como esta ventana clara en el silencio, me ha parecido siempre el paseo del guardián, entre los bultos del muelle, cuando la tarosada crece y el salitre se pega a la ropa con intensidad de mortaja.

La madrugada sorprende muchas puertas abiertas y, sobre todo, el mal olor de las basuras, el silencio de los llamadores dorados de las casas —¡oh manos de don Ambrosio!— y al pie un cajón de coles y lechugas tronchadas, de zanahorias podridas y el plumón de los gallos que murieron sin llegar a cantar de nuevo el día, clamor de alboradas rojas y grises.

¿Y las primeras campanas? Suenan en San Francisco, en San Telmo, en San Roque, en San Nicolás, en Santo Domingo, en

Santa Ana, en San Antonio, en San Agustín, en San Martín. Y el trote por los pasillos solitarios resuena como el de cien escuadrones, y los bancos palpitan en las iglesias y los altares dorados dan los reflejos de sus cirios al primer aire de la mañana, con sus misas de difuntos en Santo Domingo, San Telmo, San Francisco...

Pero el mediodía es la ciudad en plena vida, con los colegios inundando la calle, a la hora en que llegan los retrasados a pagar las letras en todos los bancos de Triana y los autos arrancan con el orgullo comercial en sus portezuelas brillantes.

Tardes grises

Hay toda una literatura en torno a las tardes de domingo. Pero quizás ninguna la merezca tanto como esa tarde gris del domingo en Las Palmas, cuando todo permanece enclaustrado y la muerta agitación comercial da un vaho de polvo incierto encerrado tras los cristales de los escaparates. Recuerdo con angustia esas tardes de niño que ha perdido el tiovivo, de los domingos, cuando solíamos ir a casas que también estaban en silencio porque todos se habían ido al campo. Pasaban las tres, las cuatro, las cinco y los zapatos nuevos me apretaban y me dolían los pies hasta hacerme llorar.

También el Parque descansaba los domingos por la tarde. Es indudable que los árboles y las cornisas de la comandancia militar tenían más polvo que nunca. Sobre todo, una vez pasada la regata de balandros, aquello se quedaba muerto y hasta parecía que el mar estaba soportando el tedio del descanso dominical. El puerto bostezaba, con sus muelles y su bocana abierta. Ya tarde, muy tarde, la Isleta encendía el cigarrillo de su faro y chupaba con fuerza, haciéndolo centellear.

Pero el lugar de Las Palmas donde la melancolía de las tardes de domingo se siente con más ahinco, se clava más en la carne macerada por el deambular sin objeto, es en la Alameda, entre Cairasco y Colón, entre el Templo Militante y el Templo del Pobre de Asís, que, con un gesto de ojos vacíos sobre marañas de cables eléctricos, contempla el aburrimiento de los novios sobre los bancos verdes. Quizá todos sus alrededores contribuyan a darle tonalidad al ambiente. La sombra del Risco se proyecta más rápida sobre la Alameda que sobre cualquier otro lugar; la fealdad ofensiva del casino tiñe de amarillo y palidez todo el costado de Levante —las cosas y las mujeres feas tienden horriblemente hacia el romanticismo—; los crotos alrededor del Gran Esdrujuleo parecen estar cuidados por una abuela mis-

teriosa venida de las Américas; los veladores del Madrid están vacíos a esta hora. Nadie permanece en ellos mucho tiempo en estas tardes lentas. Y cuando encienden las luces comienza un piano a tocar... en la casa que un incendio dejó vacía hace ya tiempo.

Tarde gris de domingo... Antes era aún más vacía, pero el muerto silencio de Vegueta y Triana, a las horas en que unos duermen la siesta, otros no han salido de la gallera, los demás están en la playa o en el campo, se interrumpe para dejar pasar a don Alberto de Robainas, que, calle abajo, con su señora, va camino de una visita, que los recibirá sobre blandos cojines de peluche verde.

La luz no le llega a la tarde gris del domingo sino cuando se baja del campo a la ciudad, a esa hora en que es grato llegar a las ciudades, cuando el asfalto parece un espejo charolado bajo las farolas. Entonces la tarde gris ha muerto a manos de la noche bulliciosa, por sólo unos instantes, para dejar paso de nuevo al silencio que siempre tiene Las Palmas pasadas las diez de la noche.

Esa melancolía...

... de las conmemoraciones emanaba ayer de un techo en cascarilla, de unas paredes con humedad, de cortinas que tuvieron lejana lozanía. Los retratos —retratos de una exposición— tenían también ese sombreado de lo antiguo, que sólo he visto en daguerrotipos de familia de antes de la guerra de Cuba, la de Antonio Peña. Lo demás era también familiar, amical, los de siempre y de nunca, porque estas gentes ya no son público, sino gentes que no pueden sustituirse y de las que no nos gustaría despedirnos cuando el acto termina. Las reseñas de las conmemoraciones y los homenajes son listas de hechos en frías páginas tipografiadas. Todo lo más, historias lineales. Luego viene la necesidad de ver las cosas desde otro ángulo espacio-temporal en que el público se convierta en el principal personaje, de polícromía de hechos, de inmensos mundos multiplicados en el recuerdo, porque cada uno de los asistentes al melancólico acto de ayer noche podrían recitar piezas musicales, listas de colores, arco iris, películas, libros, en los que se hallaron presentes con sus reseñas de altura con sus números y encartes, con sus páginas de papel de estraza, con sus sonetos y con la amazona aquella que, en traje de percal, hacía equilibrios sobre el caballo y dejaba caer monedas de oro con la efigie de Francisco José, sobre un público enloquecido que estallaba de cohetes y de anun-

cios luminosos entre Las Vegas y El Angel Azul-Cabaret. Desde mi puesto de observación —silla de pista o Monte Lentiscal— contemplo cómo los personajes reales se van convirtiendo en personajes de ficción y a veces de ciencia ficción. Alguien dirá que esta materia me obsesiona ahora. Pero si se fijaran un poco, tanta ciencia ficción encierra a veces un camello de cartón como *Crimen*, de Agustín Espinosa, o ese teatro que llegó a ser el de Alberto de Paz y Mateos en Caracas...

Pero volvamos al recinto melancólico. Allí revivieron las clases de gimnasia del Pérez Galdós y las mantecadas que comprábamos por la puerta de hierro del jardín, y desde las ventanas la contemplación de Pambaso o un carro en donde una niña sonreía y decía:

—¿Te acuerdas?

No. Ya todo se borró. Estas calles colgantes, esas goteras huidas me lo están diciendo. La ciudad se puso a llorar. Sobre la esquina del Palacio del Obispo, una luz denunciaba la presencia de unas lágrimas en el cielo gris. Una nueva vuelta al torno y aparecen los primeros años de dos carreras en La Laguna. En la primera, Historia del Arte, Historia de España. Me preguntaron sobre la política mediterránea en tiempo de los Austrias. Después pasaron siglos y vino la segunda carrera. Aún la Universidad no poseía horrendos edificios. Los exámenes del primer curso de Filosofía y Letras fueron en la casa palacio de los Lercaro-Justianini, brillantes como heridas las enormes camelias del patio. La conclusión es que uno —en esa unicidad del uno múltiple o de los múltiples caminos borgianos— le debe mucho a los demás. En este año deberíamos celebrar el centenario de la máquina de escribir. Cien años de existencia comercial y ya tipia unas doscientas escrituras diferentes, aunque es posible que sean más. Y el año pasado se cumplió el centenario del nacimiento de Rufino Blanco Fombona, hombre que bien puede ser calificado lo mismo de escritor modernista que de gobernador de Navarra y el Amazonas, como de caballero americano de paso por Europa, o de escritor que sabaneó por todas las literaturas y creó en Madrid una de las editoriales que más libros puso en el candelero en menos tiempo. A un librero de viejo se le ocurrió comprar todos los fondos que quedaban, medio húmedos, en algún desván de Madrid, y luego los vi en Caracas bajo tomos del Espasa o cascotes amontonados, en un almacén medio al aire libre. Esa es la estela de la melancolía.

Las vidas paralelas no son un mito, sino una realidad. En el aire queda flotando por ahora el recuerdo de Tomás Mann. En este año, desde el fondo de su sinfonía fáustica, se cumple el centenario de su nacimiento y el veinte aniversario de su des-

aparición en 1955. Son cosas para ser recordadas entre la luz opalescente del atardecer, entre la calle de Pérez Galdós y la del Doctor Chil, con la conexión electrónica en el oído y la melancolía en el brazo. Maximilian Sorre, Demangeon, Taylor... entonces me había dado por la Geografía Humana y Urbana. Pero aquel archivo andante que es ahora ese retrato que está a la entrada del Museo Canario, me inició, ante todo, en el conocimiento de las relaciones entre biología humana y geografía, según Max Sorre. He aquí la trayectoria de anoche: el despacho de un médico a donde acudí, todavía muy niño, con mi padre, el martillo del geólogo y sus miles de irónicas anécdotas —anoche estaban algunas de ellas presentes y se movían como los demás personajes— y la biblioteca de una Universidad que entonces era como una pequeña joya antigua con su única mesa donde estudiaba la creación de la primera Comunidad Internacional Europea en el año 1648, Paz de Westfalia, “tardes del Instituto, charlas del profesor” y las tres clases de oraciones subordinadas jugando su tercio a espadas, en esta hora en que el destino ha abierto sus puertas hacia la eternidad.

LOS AÑOS FUERA

En este año de paz, en estos días de paz, la paloma de la libertad voló desde Caracas, desde Santiago de León de los Caracas —cuyo lema heráldico es “Ave María Purísima sin Pecado Concebida desde el Primer Instante de su Ser Natural”— hasta Las Palmas de Gran Canaria, donde “Segura tiene la Palma”. Esta paloma del Espíritu Santo juanismaeliano no vino convertida en lengua de fuego, sino en un avión de Iberia. Y la trajo Carmen Rosa, junto a Sandra y Mauricio. Es una paloma blanca de alas desplegadas que ahora reposa en el Monte Lentiscal y que presiente un cuadro azul de cielo entre el encapotado gris, más oscuro que panza de burro, que Juan Ismael González Mora —el poeta de *No me mueve mi Dios para quererte*— pintó en Caracas, y expuso junto a la quebrada de Chacao, en una de aquellas inolvidables noches, no precisamente lúgubres o tormentosas, sino llenas de ruido de la Caracas multitudinaria. Fue en la Casa de Canarias que teníamos en ese límite donde la urbe se parte por gala en dos, pues allí Caracas salta del Distrito Federal al Estado Miranda, sin avisar. Sala de exposiciones, escenario, ron y baile, orquesta, cerveza y cenas al aire libre, o sancochos al mediodía solariego. Y también conferencias, porque en ella recuerdo haber tenido alguna “a dos voces” con Juan Ismael sobre el problema un tanto enigmático de la transforma-

ción del arte paleolítico en neolítico y la relación que ello pudiera tener con el violento cambio de las técnicas del cazador al hombre agricultor e industrial "de primera mano". Es decir, que por entonces relacionamos, aunque ello fuera por los pelos, al arte figurativo con la época del hombre nómada y al arte abstracto con la época de hombre tecnificado. Arte abstracto que en realidad estuvo a las puertas de la escritura, ya que, en contra de lo que la gente cree, una vez adquirido el correspondiente código, un cuadro abstracto puede ser más fácilmente descifrado que el simbolismo que puede encerrar, entre cuatro "listones", un cuadro de la hoy llamada pintura figurativa o pintura-pintura. De todas maneras, aquel mundo canario caraqueño de entonces no se limitó al de las artes plásticas —aun estando presentes en aquel ambiente Juan Jaén y Antonio Torres—, sino que se extendió a otros aspectos de la vida canaria proyectada hacia fuera o proyectada hacia la fantasía, sobre todo en uno de los aspectos que siempre me han preocupado.

Recuerdo que entonces di otra conferencia que esta muestra antológica —maravillosa, de Juan Ismael— me sugiere de nuevo. Son cuarenta años de dibujos de Juan, en donde predomina el surrealismo, pero también esa dulce ingenuidad que sólo él posee. La conferencia fue sobre la Atlántida, el único tema que hasta ahora ha abarcado tanta cantidad de publicaciones como Napoleón Bonaparte, con la virtud de que en el primer caso los aprovechados quieren convertir un mito en historia, y este de Napoleón quieren las gentes de mal vivir que somos los escritores convertir la historia en mito. Sólo que en el primer caso la verdadera historia es lingüística y producto sucesivo del bárbaro atropello que han cometido las lenguas cultas —el fenicio, el griego, el latín, el árabe, el español— con las lenguas primitivas que se hablaron en gran parte de Africa y Europa y aún se hablan en esas regiones que hasta el nombre de Berbería han perdido.

Pero el tema hay que centrarlo: arte paleolítico figurativo y realista de Altamira, arte abstracto del neolítico y del mundo técnico actual y arte de Juan Ismael, de franco predominio surrealista. Y, no sé por qué, en el centro de mi conciencia, tala-drándome la imaginación, la idea de que las mujeres-caballo del surrealismo juanismaeliano tiene que ver profundamente con esa Atlántida negada, con ese Borondón visto y oído y con aquella conferencia escuchada por don Eduardo Ortega y Gasset, en sus últimos años, y entre las protestas de Rial, que se había puesto en comunicación espiritista con los antiguos atlantes subyacentes en este mar que a veces pinta y a veces dibuja Juan Ismael.

Reconozco todos los terribles precedentes del surrealismo. Des-

de los alados monstruos caldeos hasta el Bosco, Patinir o Goya y André Breton hay una línea a saltos, una discontinuada mezcla de recuerdos, sueños y vida, que no es la del arte figurativo o la del arte abstracto. Las cosas han tomado otro sentido, de Freud a nuestros días, pero aún no hay entre los críticos de arte algo que nos guíe con mano segura por este *sinfronismo* del ensayo, donde se da la coincidencia de sentido, pero no la coincidencia de las coordenadas espaciotemporales, como quisieran científicos, matemáticos y demás ralea. Y, sobre todo, no quiero hacer una crítica. Sé que Juan Ismael es mucho más que esa serie sorprendente y asombrosa de dibujos que abarcan años tan dispares como 1928 y 1974, porque muchas veces éstos son sus esquemas, de los grandes proyectos que ya realizó o que está realizando. Sombras y terrores mágicos acosan por todas partes a los alegres impostores. Horacio ya lo dijo hace casi dos mil años. ¿Qué puede añadir a ello? El color es uno de los grandes elementos de Juan Ismael, y de estos dibujos está ligeramente ausente, delicadamente ausente, como discreta musa que se guarda el poeta pintor. Las tierras de las cometas, que volaban trozos de las Canteras por los cielos del Valle y del Avila, tampoco han sido convocadas a la Casa de Colón. Determinadas brujas escamotean la Atlántida cuando vamos a ver de dónde surgen los caballos del paisaje del jarrón que "porta portalira", surge a su vez de la mujer y su regreso a la Atlántida. Al fin y al cabo, para Pierre Benoit no era Poseidón el rey de la Atlántida, sino una mujer. Quizá en todo ello, en Juan Ismael, en la Atlántida y en los caballos portaliras y en los balcones florecidos, haya inconscientemente algo del matriarcado de nuestras islas, no entrevisto por nuestros historiadores, porque para entrever estas cosas, además de ser historiador es necesario ser poeta, como Juan Ismael. Y Juan termina dibujando con letras un surrealismo que necesita hoy de esta reescritura.

LOS DIAS DE ENERO A ENERO

Los trabajos y los días

La Navidad no posee en Las Palmas más rasgo que la defina que el no tener ni una sola mota de nieve en sus calles. Las estrellas suelen brillar más intensamente que nunca; una nube blanca de plata se coloca sobre el mercado; el teatro y los cafés están abiertos hasta muy tarde, y Las Palmas, esa noche está poblada de cánticos hasta la madrugada. Para la misa del gallo la Catedral reluce como un ascua. Las campanillas de plata, los violines, el

órgano, las voces humanas, la pueblan de una sonoridad *in crescendo* que, de pronto, se aclara, se queda como una charca y, flotando sobre ella, el Presbiterio. Por fin, la gente va saliendo. En la plaza de Santa Ana nos espera ya el periódico al día siguiente...

Pero hay otra Navidad interna. Aquella que no se comprende sin que huela al mirífico lentisco del Monte, el que se crió entre retamas y acebuches por los recatos femeniles de los barrancos. Los "nacimientos" se pueblan de patitos diminutos, de mujeres lavando la ropa, de lejanías de madera, cartón piedra y aserrín-arena, pero también de musgo, de helechos, de cebada plantada el día de Santa Lucía... y de lentisco. El lentisco tiene hojas diminutas y sarmientos febles, pero su olor llena la habitación baja de la casa que quedó desierta, construida acaso sobre el antiguo pesebre para las caballerías. Luego van apareciendo las aguas de papel de estaño y ese reflejo ambarino que tienen los espejos rotos, contorneados de cenefas de hierba seca, un puente que se parece invariablemente al de Telde y una ilusión de nuevos juguetes en los ojos de los niños.

Porque el nacimiento es sólo un anticipo de Reyes, aunque Reyes en Las Palmas sea Triana, con las tiendas abiertas hasta muy tarde y ferrocarriles eléctricos en el Bon Marché —cuando el viejo Mr. Lawson lo fundó no existían tales maravillas—. La noche del 5 de enero es la Navidad mayor del año. Por algo en los ritos orientales son "olepsidras". Fui lo que aprendí en mi *Lógica* del bachillerato. Ahora es así. Porque hay relojes que no están hechos para medir las horas. Uno de ellos es el de Triana. Ese sirve para señalar el momento en que pasó la cabalgata de reyes organizada por Néstor, la más fastuosa cabalgata de reyes que jamás se haya visto. El brillo de los ojos de Melchor era imponente sobre su camello. Los hachones, encendidos, rociaban de luz verde, amarilla o roja las caras atónitas de los muchachos. De arriba sólo se veía un mar de cabezas; toda la calle hormigueaba ante el paso majestuoso de los pomos orientales, de las copas colmadas de rubíes en los solemnes dromedarios, asombrados de que una noche no transportaron rolos, ni racimos, ni estiércol. Y es que Néstor soñaba con los versos de Tomás, con fardos argénteos, "amplios cofres de raras maderas" para que luego una especie de Gaspar clásico, con su mano estelada de anillos, le tocara en el hombro y desplegara ante sus ojos:

una loca irrupción de amarillos
y de azules, y verdes y rojos

que iban cuajando aquella noche en berilos, topacios o amatistas sólo de luz.



Los carnavales

Antes —¡oh, ese antes de siempre!—, cuando llegaba la época de los carnavales, era obligado que las revistas ilustradas pintasen un lunático “pierrot” en su portada, que los articulistas “demodées” —¡qué bonita palabra también de antes!— escribieran su artículo hablando de la eterna farsa de Pierrot y Colombine y la luna pálida, y también que los Miércoles de Ceniza trajesen la noticia del último suicidio de la noche anterior.

Hace ya muchos años eran los carnavales de Las Palmas limpios y sonoros, sin tristezas de “confettis” mojados que encharcaban el suelo. ¡Todo era tan bonito a nuestros ojos de niños! Vivíamos entonces frente al mar, y la ermita de San Telmo tenía aún el brillo de aquella tabla recién pintada por mi padre, en que todo tan cerca aparecía y tan verdes eran las palmeras. Tiene recuerdos Las Palmas de aquel baile de las sábanas blancas, que inundaban sus avenidas en los carnavales. Sólo después de mucho tiempo he visto un espectáculo semejante, pero no en ningún lugar de Europa, sino en Africa, en Tetuán, en uno de esos días de fiesta en que brillan con más intensidad, bajo el sol marroquí, todo el albayalde de los albornoces.

A medida que la tarde avanzaba, las carrozas descargaban su tesoro de serpentinas y brillantes disfraces en la calle Mayor de nuestra ciudad. Hervía una nube de sutil polvo impalpable, mientras declinaba lentamente el escarabajo dorado del sol. Elefantes de cartón piedra, las carabelas de papel y cales coloreadas, la prisión de Ab-del-Krim..., toda la fantasía ingenua de Juan Torres.

¡Qué semanas deliciosas las que precedían al carnaval! Las niñas hablaban a sus madres de fruces, entredoces y lentejuelas, y los niños encontraban en su “pierrot” del año pasado la cucaracha muerta de la temporada. Después salíamos todos en una camioneta o en un “auto” grande, con paquetes de serpentinas y bolas de nieve o —como en un año— en la primera “guagua” que circuló por Las Palmas. En esta figuró un grave cortejo de papás acompañando a sus “peques”. Entre ellos, un amarillo y macilento chico disfrazado de militar, de cara morena y peluda. Otro año nos llevaron de holandeses, con nuestros anchos, enormes y deformes pantalones de azul marino mecánico, los gorros cilíndricos y las pipas compradas en una tabaquería de Triana.

Más tarde, bachilleres en ciernes, alquilábamos la camioneta, que nos transportaba, dando la vuelta, hasta la plaza de la Feria, y teniendo como límite sur la bajada de San Pedro en aquellas tardes de batalla... Una vez un modosito alumno gritó, todo entusiasmado:

—¡Ya que estamos en el pecado..., sigamos en el pecado! Después no hemos querido volver a saber de él.

Vi muchos carnavales desde el balcón de mi casa, sobre todo aquel en que un "auto" hizo explosión frente al Gobierno Civil. Las llamas subieron en forma de una bola de fuego por encima de las azoteas. Fue como la traca final de los carnavales, aunque no estoy seguro de que fuera en el último carnaval que vi... No; después en otros de La Laguna. En el teatro Real. Era la decadencia. En el interior del teatro el ambiente se hacía irrespirable, pero de aquellos días tengo recuerdos dulcísimos y terribles..., que mejor es dejar para otra vez.

*Verona suena siempre a amor, a
piedras antiguas y a silencio.*

Estaba amaneciendo. Hace de esto muchos años. Entonces yo era un niño provinciano —aulas del instituto, charlas del profesor— que oía en San Telmo los domingos la banda del Regimiento, que dirigía Manchado, y por la tarde solían llevarme a las sesiones del Cuyás de madera. Pero hoy era el día de San Pedro Mártir, y las campanas, aún sin refundir, tenían la virgen armonía que había plasmado Saint Saëns... —¡din-don, din-don, dindan!— sobre el teclado amarillo de un piano viejo, tocadas por dedos cariñosos. La casa, silenciosa y oscura hasta muy tarde otros días, se poblaba pronto de ruidos en las mañanas de San Pedro. Desplegábanse por los balcones las banderas, y sobre la cama, el trajecito nuevo para la fiesta... Luego, en Santa Ana, se asustaban las palomas al repique que venía de lo alto, al zumbar de la artillería y al estallar de la marcha real, con sus acordes eucarísticos, cuando aparecía la enseña del obispo Frías bajo los porches neoclásicos. Las autoridades al andar tenían gestos como de querer arrodillarse subiendo las escalinatas de la plaza. Como se debieron ensayar aquí los gestos para tomar posesión de las tierras de América inmensa en las montañas más allá de Fataga, terminaba noblemente la resistencia de una vieja raza libre.

Andando el tiempo ingresé en el Ejército. Desde entonces fui parte más activa en el día de la Conquista. Recuerdo que en la mañana del 29 de abril de 1911 puse mucho cuidado en afeitarme y atusarme las puntas del bigote con presunción. Los pantalones, rojos con franja negra; la guerrera, azul marino. Ya había olvidado las miserias de la campaña del 9 con traje de rayadillo. El ros lo tenía a mi lado mientras desayunaba. Mi casa, en los altos, me permitía ver la clara perspectiva de las cumbres en abril. Cuando llegué al cuartel de San Francisco, ya los sargentos pasaban lista

a sus pelotones. Salió el batallón, dando al aire de la mañana las alegres marchas militares. Pasamos la joroba del puente de Verdugo, Obispo Codina arriba, hasta la calle de San Ildefonso, donde mi compañía se estacionó para cubrir la carrera. Pronto vi que doblaba el Espíritu Santo un primer estandarte procesional. Y tras él la maravilla del cortejo. La cruz alzada, las autoridades eclesiásticas, militares y civiles y el pendón que un día hiciera ondear sobre el aire puro de Vegueta la autoridad del alférez mayor, don Alonso Jaimez de Sotomayor. El obispo lucía su traje rojo, casi purpúreo-cardenalicio, y, sobre él, la muceta de armiño. El deán, el arcipreste, el magistral, todo el cabildo catedralicio, de dalmáticas rojas y doradas. El cortejo de militares de ros con pompón rojo o blanco, de uniforme azul celeste o azul prusia, de cordones rojos, de fajines azules, de plumeros azules o blancos sobre los cascos resplandecientes, y no faltaban tampoco los bicornios de los marinos y del cuerpo consular acreditado en la plaza. El síndico personero tremolaba el pendón escoltado por dos concejales con sus fraques y sus fajines morados, con el escudo de la ciudad. El alcalde constitucional, en sustitución del antiguo regidor del procomún, presidía el proceso. Por Santa Bárbara se habían colocado las cocinas de Intendencia, relucientes, de cobre, y los mulos gualdrapados de rojo y azul marino. La ceremonia en Santo Domingo es rápida, bajo sus naves basilicales, bajo sus arcos de medio punto y las robustas columnas. Al regreso volvió a inclinarse el resplandor de los sables y de la bandera ante la vieja enseña.

Luego estuvo en la función de la catedral, misa pontifical, que monseñor dijo rodeado de todo el cabildo. Ocupó la cátedra el padre Rodríguez: "Los genios de la creación española fueron los Reyes Católicos. No basta para ser genial prever los acontecimientos. Es necesario además saber encauzarlos. Ellos se dieron perfecta cuenta de que con aquella entrada comenzaba una edad y moría otra." "Para que la lanzadera del tiempo no se rompiera en Canarias, los Reyes quisieron que la Iglesia se adelantase con la seda de sus dalmáticas. El pendón que tremolara Alonso Jaimez era realmente blanco y llevaba la voz de Aquel que clama en el desierto..."

El salón dorado del Ayuntamiento tenía las ventanas verdes semicerradas para que la luz fuerte de aquel mediodía en Vegueta no dañase a la vista. Sus rayos, a través de las persianas, reflejábanse en la purpurina de los adornos y hacía aguas viridiscientes, como de cornalinas, en las copas servidas. Al salir del ágape, los bailes en la plaza de Santa Ana, dirigidos por Bartolo de Tunte, cazador de metáforas, trezando las alegrías del zorondongo entre monteras de Lanzarote y caras de rosas tempranas.

Después del tranquilo sesteo, a las cuatro de la tarde fui a la exposición de plantas, frutos, pájaros, palomas y perros que se celebraba en el hotel Santa Catalina. Recuerdo unos anturios enormes traídos de Fernando Poo, gardenias, camelias, flores de cactus; el perro bardino de Manolito Calurria; las toronjas y los aguacates gigantes de las niñas de Luján; los canarios azules de Emlio Marqués; las palomas buchudas de Lorencito *el Taita* paseándose en sus jaulas como señoras de sociedad benéfica. Por la noche teníamos un concierto en el teatro Tirso de Molina. Actuaba la sinfónica de Milán, de paso para Buenos Aires. Me tuve que afeitar otra vez porque me hacía sombra la barba. La luz artificial me molestaba frente al espejo grande guarnecido de angelitos y flores. Llamamos a la tartana de Rafael y subimos a sus asientos de peluche rojo, enfundados en blancos y limpios linos, pero duros como teniques. Cuando llegamos era temprano. La noche de luna llena rielaba en el barranco que la marea grande había cubierto. Después del concierto fuimos al periódico. Una larga mesa, servida por el Café Universal, cubría la sala de máquinas. El retrato del rey, ¡tan joven!, lucía entre guirnaldas de laurel. Presidió la mesa el alcalde. A su derecha se sentó el director del *Diario de la Ciudad*, y a su izquierda el del semanario *Afán*. Los cronistas oficiales, los colaboradores y redactores de los principales diarios del país, algunos literatos conocidos y el personal subalterno ocupaban los demás asientos. Una cena fría rociada con vino del Monte. A las cuatro y media la conversación fue decayendo. Unas cuantas tartanas nos llevaron lentamente a nuestras casas. Un grupo se empeñó en atravesar la plaza de Santa Ana a caballo. Hicimos varias paradas por los alrededores del mercado. Las guitarras puntearon una isa y en San Antonio Abad sonó la esquila. Replicó la del Espíritu Santo.

Estaba amaneciendo.

Antigua Semana Santa

Todo comenzó un Domingo de Ramos en Las Palmas. Tamarán es el país de las tamaras, y con sus más tiernas ramas amarillas, haciendo rizos, sale el pueblo a la calle para recibir al Señor. Cara de angustia se le adivina bajo la fuente verde de la palmera. Fanales, altos fanales, conteniendo velas pequeñas. Y los cálices blancos de las flores de grueso peciolo amarillo sobre los bonetes de los curas. Mañana de sol en el parque y mar alto de ventanas abiertas.

Hiato de la Semana. San Francisco, Vía Crucis y el Señor en

el Huerto de los Olivos. Las calles mojadas aún y ya el Señor las llena de oraciones. La tarde es larga, de teoría de sotanas. Cristo de la Humildad y Paciencia entre varales de plata... El martes se abre la vieja herida de Santo Domingo. Domingo de los pescadores, lunes de los franciscanos, martes de los dominicos. Parecen como si aún las cosas conservaran el sabor de los viejos claustros, de las pinturas miniadas, de cuando el mundo era de los gremios y las órdenes mendicantes. El arte de la iglesia colonial coronada por el perro, la Virgen y la estrella, da paso al Cristo de la Columna. A última hora la calma absoluta de la plaza huele a viejas, a santeros de Vegueta, a cera cayendo en los altares.

Miércoles Santo

¿Empezó aquí la Semana? ¿Fue pura patraña ese día de la luna y ese día marcial del septenario? Santo Domingo despide al Señor de la Cruz a Cuestas.

—Mira a Simón Cireneo ayudándole al Señor.

—¡Niño! No se señala con el dedo.

Por la plaza de Santa Ana se acerca la Victoriosa, la Verónica, al Señor. El sudor de su rostro son pétalos de tuberosa. Su sangre, rojos geranios:

Que dellas quiere tener
la Verónica su ramo,
y para llevar prendida
una rosa sobre el manto
extiende paño de lino
sobre el rostro sacrosanto.

La multitud se agolpa entre el Ayuntamiento, la Regencia, el palacio del Obispo, la Catedral y las casas del borde sur. Todos presienten la llegada del Señor. Los años pasan y se repite la escena. Los pueblos gustan de lo que conocen:

En la plaza de Santa Ana
ya lo estaban esperando,
y el obispo lo bendice
desde el balcón de palacio.
El encuentro celebróse
ya como todos los años:
la Virgen llorando sola
el silencio de los nardos
y San Juan que la acompaña
a la catedral se entraron.

Jueves Santo

El día de los altares con mil saetas clavadas de luz. En la catedral, en Santo Domingo, en San Francisco, en San Agustín, en San Bernardo, en los Jesuitas, en las Siervas, en las Dominicas, en el hospital de San Martín: ella va con su mantilla —llena de encajes bordados—. El la acompaña a la iglesia —gruta de cirios granados—.

Viernes Santo

Grita el sol en las calles. Los apellidos ilustran las aceras y los tronos. Es el mediodía del patio de los Naranjos, de la Sala Capitular, de la capilla de los Dolores y de la calle del Reloj y del Espíritu Santo. El Tiempo humano y el Tiempo divino tienen su esquina frente al estanco de los Feos y a los buchinches de por allí.

¡Y el Cristo Capitular
sobre los blancos mosaicos!
Siete rosas sin corolas
por darle sangre a los clavos.

Las flores coronan los tronos de madera, las mantillas negras que hormiguean...

La Virgen de los Dolores
de lejos lo está mirando.

La noche del Viernes Santo es como el manto de la Soledad, de Nuestra Señora de la Portería:

¡Ay, alameda,
qué chiquita te me quedas!
¿Por qué las luces sonaban
de tan extraña manera?

El Corpus en Las Palmas

Quizás este Corpus de Foxá no sea el mío, pero también lo tengo pegado a la carne por el costado que ésta se me recreó en Madrid. Tarde de junio en la Villa y Corte de Alfonso XIII. Siesta, fronda verde en el Jardín de Lepanto, húsares de Pavía en la calle de Bailén. Van mis recuerdos entre un mar de lejanas nubecillas por las Ventas, Velázquez tras el caballo del taller de Bolonia y el empleado municipal cumpliendo con el rito

de Piscis en los parterres. Luego la tarde se hizo densa ante el estruendo de los escuadrones de la Princesa y de la Muerte, ante los batallones de hermosos roses que desfilaron bajo los balcones de palacio, ante el inmenso número de las casullas blancas, de las luces y de las carrozas reales.

Pero el tiempo tiene su ritornello misterioso y no sé por qué el Corpus de Las Palmas me recuerda siempre la visita del rey. De ella no tengo más imagen que la que me da una postal en colores. En ella se ven los leones bronceados sobre las columnas del Gobierno Militar; la calle llena de gente; los cocheros, enlevitados, luciendo sus chisteras a muchos metros sobre el nivel de la carretela real... y una escolta de a caballo. Quizás esté aquí la única analogía. En mi admiración por los húsares que antiguamente rompían la marcha el día de Corpus calle de los Balcones abajo —no olvidemos las bengalas en la esquina de la Pelota—, el rey con su uniforme azul. El Rey de Reyes en la custodia de plata. Años después la escolta de la Muerte fue sustituida por el decimonónico uniforme de los guardias civiles de gala y a caballo. ¿Cómo serán hoy aquellos seises que abrían con su gracia juvenil —casi como en un triunfo de misterios órficos— el cortejo del trono del Señor? Los pétalos de rosa cayendo desde los balcones fueron hundiéndose en olvido aquel Corpus de antaño.

Pero una mañana de Corpus tenía que salir de Las Palmas y Obispo Codina arriba, el sol, las gentes cargadas con hojas de laurel de Indias y ese aire que sabe de librerías, boticas y sahumeros componían el preludeo del día. Después se romperían las diversas horas como pompas de jabón, contra el estadal de la acera, pero en la plaza de Santa Ana, en el Espíritu Santo, en el Doctor Chil, en el Reloj, parece como si se hubiera parado el tiempo. Un tiempo hecho con recuerdos de Granada, de Burgos. Señoras y chicas, señores de triple papada y aire distraído, muchachos llegados por la mañana, en sus burros, de las fincas de la Calzada, del Capón, de las Majadillas, de la Portada Verde, con toda la ternura de su cargamento de flores más rico de colores que la paleta de Van Gogh, que las plumas resplandecientes de un guacamayo. Están aún a la sombra en las calles estrechas, pero sobre la catedral ya se montó el rayo divino y en la plaza de Santa Ana va iluminando cómo deshojan —los ojos azules de una novia del verso y los ojos verdes de otra novia del mar—, margaritas para las hostias, geranios para verter la sangre en las cruces de las alfombras, rosas para los ángeles como muchachas en flor, viudas, godetes, gerberas, gladiolos y glicinias, verbenas y espuelas de caballero... allí van cayendo muertas, a los pies de Amor, las frases de su lenguaje.

Pero un rayo de plata nos llevó muy lejos aquel día. Aún no habían concluido con las últimas violetas las manos de Licinia Westerdahl, ni el Conde dado su último repaso a la alfombra de sus dominios, ni el trono del Santísimo transportado al lugar donde los cristales también le dibujarían flores de luz bajo las cúpulas, cuando estábamos a mitad del mar azul y tenebroso. Pero era un día radiante de luz y cuando llegamos a la costa de la Bahía de España comenzamos a sobrevolar una alfombra de Corpus-Geografía, las curvas de nivel nos recibieron con sus ocre, sienas, amarillos, verdes, topacios, pardos, castaños, oscuros, grises, carne, de la desembocadura limosa del Guadalquivir. ¿Dónde tú, Tartesos del Corpus andaluz? Pronto Sevilla blanca, ciudad-custodia. Y la línea recta de nuestra ruta que iba desarrollando el espacio temporal más allá de nuestro horizonte visible, sobre Sierra Morena, las minas, los despeñaderos y los tejares, los alcores y las ringleras de olivos y La Mancha y los Montes de Toledo, el Tajo y la ciudad de la Peña Imperial, encaje de limos del tiempo, desafío Al Que Todo lo Trascurre. Y Madrid. Ya no era el Madrid del Corpus Alfonsino. Habíamos dejado atrás Las Palmas bajo su fanal de luz y de rosas, con su brillo de día grande en la calle —a aquella hora recordaba el Espíritu Santo doblado por todos los cortejos—. Pero también habíamos dejado muchos años que todos se convirtieron en recuerdos.

LOS AÑOS ZODIACALES

¿Reloj de arena? Polisón de Cronos

Los siglos, los lustros, los años tuvieron también su fisonomía en la ciudad de las Candelas Verdes. Para el xv giró una esfera armilar sobre la que hacía sombra la Cruz de Avis y las Quinas. El xvi pobló el aire de dragones rojos sobre velas recogidas. El xvii, bajo el Río del Olvido, discurre por el cauce de América. Muy siglo xviii, Las Palmas usa también pelucas empolvadas, encajes, pañuelo de finas hierbas y polvo de rapé. El xix discurre entre las Cortes de Cádiz y el aire de las mazarcas y las polonesas para venir a morir con los últimos repatriados de Cuba. España. ¡Despierta!... y España sigue durmiendo. Se le coje gusto al siglo con sabor de gramófonos. Es el xx que despunta por el puerto como los cuernecillos de un baifo lechal. El año 14, un tajo de sangre; hay gotas que salpican a la luna lechosa. El 18 se abrió a la locura del mundo.

Añoranzas de "antes de la guerra", dengues femeninos y trajes de tubo. Entonces ya no hubo límites a lo negro. Entre las dos grandes guerras ya no se volvió a decir: "¡Era tan blanca— ¡Qué guapa era!". Después el ramonismo se convierte en una enfermedad contagiosa. Todos nos volvemos medios seres, todos pegamos papelotes en la pared y queremos tener calaveras de pisapapeles.

Es el xx en Las Palmas con su borrachera de gasolina, de pozos. Algo que no tiene remedio y es inmenso. Estampa de colores desvaídos, la jerga de Viera y Clavijo. También nuestra juventud se borra el día que asesinaron en Madrid a Calvo Sotelo. Hasta entonces creímos que iba a florecer el romanticismo entre las casas funcionales. Luego trajimos muchas huellas de piojos a casa. Ya todo era distinto. Los años zodiacales habían transcurrido: Virgo, 1913; Libra grávida, 1914; Escorpión y Sagitario, el 1915; Capricornio, Acuario y Piscis, de 1916 a 1935; Aries, Tauro, Géminis, Cáncer y Leo, generosa fiera, del 36 a 1939. Unos años en blanco y de nuevo el ciclo de la generación que nos sucederá bajo el signo de la seta gigante que le hemos legado.

Año de 1913

Es el último año del dormido siglo xix. No se cumple jamás ningún número de años de esa fecha porque es incierto, pero

Si quieres parar el tiempo
que nos lleva galopando
con el viento...
Llama con tu voz de niño
a los labios de los sueños,
llama con tu afán de hombre
los recuerdos.

No hace falta más que acudir a la página de un diario de entonces para que todo se nos haga presente. Por lo pronto tén-gase en cuenta, para situarnos, que la isla tenía sólo unas 160.000 almas. Por su puerto se exportaron tres millones de racimos de plátanos en aquel año. Tomás Morales y Alonso Quesada producían y brillaban y don Joseph de Viera y Clavijo hacía un siglo que había fallecido en Las Palmas de Gran Canaria. Miller recibía, con la policromía de las banderas consignatarias, los barcos de la Unión Castle, de la Nelson Steam Navigation y aún las águilas bicéfalas de la Austro Americana rendían viaje en este puerto, un tercio de lo que es hoy. ¿No suenan a vales vieneses, desgranados en las noches de luna sobre cubierta, los nombres del káiser Franz Josef I, del Francesca y del Sofía Hoenberg? La Woermann re-

cibía por entonces los barcos, con los nombres familiares de la casa, que se dirigían a los puertos negros del Senegal, de Liberia, de la Costa del Marfil, del Congo, de Santo Tomás, del Camerún, del Cabo... De la Torre Hermanos tenían casa en Londres y en Hamburgo para recibir frutas y eran los consignatarios de los vapores de la British and South American Steam Navigation. La Yeoward nos traía el tipo estandarizado de turista inglés con regularidad semanal, sin esa mezcla de negros y de caballeros en paños menores que descargan hoy en nuestro puerto los grandes liniers internacionales. Sus nombres siempre tuvieron la ligereza de las aves: *Aguila, Andoriña, Avoceta...* Aún la Pinillos era la Pinillos y los Thorensen eran todavía de Otto Thorensen. La Compañía Transatlántica tenía otro *Ciudad de Cádiz* de carbón que llegaba hasta Fernando Poo, la Elder and Fyffes anunciaba buques especialmente hechos para recibir fruta y la Gran Canaria los vapores de la Royal Mail.

Para completar el cuadro de la vida económica de entonces ninguna muestra mejor que el anuncio de un comerciante de Barcelona que recibía plátanos y tomates, sebo, pieles de cabra, pieles lanares, cueros y terneras de procedencia canaria, o que el Banco Vitalicio anunciase, como una cosa extraordinaria, que llevaba pagadas en esta provincia más de ochocientas mil pesetas o que el vino del Monte se vendiese a cinco pesetas la botija.

Y era la época en que estaba de moda el masaje, anunciándose a bombo y platillos los servicios del masajista de la Universidad de Berlín, Ernesto Weber, lo cual no deja de tener algo de barraca de feria en plena calle Triana. Pero ya para entonces todas las joyas posible habían entrado en Las Palmas, para ser lucidas en las pecheras almidonadas o sobre los trajes de radiantes sedas junto a brazos mórbidos y alabastrinos o caras de isleñas como diosas griegas. Poca cosa han hecho para realzar estas bellezas; posteriormente, el lujo extraordinario de los autos llegados de América. Todo era más pequeño y vacío en el año 13, pero el embrión y la esencia de la actualidad estaba en el seno de sus doce meses, los últimos tranquilos antes del estallido de la primera catástrofe mundial.

LAS INSTITUCIONES

“¡Era una institución!” (Exclamación popular)

España, Tamarán, la Ciudad, necesita de instituciones para poder vivir. Ella misma es una institución, una fundación. Sin sus hombres representativos, sin sus hombres-instituciones, sin sus

órdenes religiosas, sin sus clubs, círculos y sociedades, sin sus museos, su ayuntamiento y su cabildo, ¿qué perfil tendría Las Palmas? Sería entonces una agrupación deforme de ciudadanos que no estaban realmente destinados a un fin. Luego también hay instituciones menos precisas en sus contornos, pero que ejercen igual presión que si fueran seres vivos sobre el cuerpo de la Ciudad y la Isla; el Cambullón, la Emigración, la Pesca... No siempre permanecen idénticas a sí mismas estas instituciones; tienen altos y bajos como el movimiento ondulatorio que constituye la materia.

El Círculo y el comercio de esta plaza

Evocar tiene su raíz fundamental en el vocablo latino *vocare*, llamar. Evocar es, pues, lo mismo que llamar el pasado hacia nosotros, llamar el pasado hacia el tiempo presente para proyectarlo rápidamente sobre la pantalla del recuerdo. Tiene algo el evocar de juego espiritista, de escenografía, de ventriloquía mágica inyectando a la realidad las voces de un tiempo que es ido y que, por eso sólo, tiene toda la belleza que nos es dable imaginar. Queremos hacer presente la época aquella en que nació el Círculo Mercantil, este joven de espíritu venerable. Se trata de hacer revivir la época en que nuestros abuelos llegaban a la plenitud de sus vidas activas; la época que se encuentra presente, en la memoria de la generación anterior a la nuestra, está ligada por una serie de recuerdos demasiado recientes para ser todavía historia, de aquella época que ha llegado hasta mí retumbando en forma de romance breve.

Epoca de moarés y de joyas, de encajes y de mantillas, de barcos de vela con bellos mascarones de proa labrados en marfil y de empresas navieras. Entonces nació el Círculo Mercantil como un presentimiento de la enorme transformación que iba a experimentar el mundo y de la revolución maquinista que iba a cambiar totalmente el ritmo de la vida. Pero por entonces las gentes no percibieron gran cosa. Sólo que los últimos destellos del romanticismo se iban apagando, dejaban al hombre su gusto por vestir seriamente y otros cuantos prejuicios más. Sólo que aún se comerciaba con aquellas mercancías que despiertan en nosotros todo un mundo lejano. Cuando se decía seda, era seda de capullos del gusano, y cuando tabaco, Hoyos de Monterrey o Vuelta Abajo, y los topacios eran topacios y las amatistas, amatistas. ¡Qué de frascos de pomadas olorosas o de extractos exquisitos tendrían en sus manos los comerciantes que fundaron esta Institución! Entonces todo era historiado y rico y no se com-

prendía sino encerrar la belladona o el cinamomo en botes que llevasen palmeras con cigüeñas o volutas barrocas. No supieron nada del cine, ni de los autos, ni vendieron accesorios para camiones; ni neveras eléctricas, ni radios superheterodinas, ni plumas Parker, ni Leikas. Pero en cambio pasaron por sus manos las maderas caras o preciosas de Filipinas o el Brasil, los sombreros de Panamá, los quilos de orchilla o barrila y los sacos de cochinilla lustrosa negra o plateada que iba a parar a las sederías de Lyon o del Extremo Oriente. Hay que darse cuenta que vivieron en una época en que el mundo comenzaba de nuevo a disfrutar de una gran paz octaviana, la que abarca desde la guerra de 1870 a la del 1914; donde inmensos imperios vivían desconociéndose mutuamente. El mundo disfrutaba plenamente de lo típico, de aquello que desde pequeños nos pareció lo más ligado a cada nación, pues en Norteamérica aún gravitaban inmensos rebaños de bisontes y en China todo el mundo usaba la coleta larga.

En España, país típico por excelencia, transcurrían los tiempos felices de la Restauración, aquellos que hasta hace poco aún pervivían en las canciones infantiles —ya no hay canciones de niños—:

—¿Dónde vas, Alfonso XII?
—Dónde voy, triste de mí.

Y que Foxá evoca con melancolía: Alfonso doce venía / pálido de altos jacintos / patilla, aleluya y toros / entre alabardas y cirios... entre damascos y obispos / faroles, reló, tapices / y generales mullidos.

Cánovas del Castillo, amenes de la guerra civil, Sagasta, el turno pacífico, la constitución del 76... Los ecos de este mundo que marchaba hacia nuestro actual caos científico llegaban a Gran Canaria un poco apagados. Con la perspectiva de los años que han pasado, sucesos entonces insignificantes o, por el contrario, que entonces tuvieron un inmenso relieve, se nos aparecen actualmente con diversa dimensión. Habían luchas, como siempre, por la división de la provincia, se discutían casi todas las cuestiones que los personajes del siglo decimonónico, que han pasado por la galería que el Círculo Mercantil ha fundado para ellos y recreo nuestro, vivieron con pasión; se vivían también las consecuencias de la guerra grande y la paz chica de Marruecos: la del 60, con las discusiones en torno a Santa Cruz de Mar Pequeña, hoy nuestro ya perdido Ifni, y el establecimiento de Makenzie en Cabo Juby y la adquisición, unos años después, por las Pesquerías Canario-Africanas, de la península de Río de Oro

en la costa por antonomasia de nuestros marinos. La isla flotaba sobre un mar de relaciones comerciales libres. Aún en barco de vela era más fácil ir a América que hoy. Se recordaba con temor la pérdida del Valvanera y no habían comenzado las obras del Puerto de la Luz por la casa Swaston, esperando que don Fernando fuera ministro, ni el cable había sido amarrado a nuestros fondos de roca o arenas con las cuevas cristalinas de los peces voladores o de los caballitos de mar, esperando que llegara Tomás Morales y Néstor a cantar el océano. Era todo antes que el avión y el transatlántico, en un mundo que está, a pesar de lo cercano, tan distante de nosotros o de ciertas formas de vida, como ellos estaban de la edad de piedra. Aún se vestía, en los campos, la nagüeta y la mantilla, y era el reinado del ecléctico hongo, media entre el flexible y la chistera. En el mismo año setenta y nueve se llegaron a exportar más de dos millones de kilos del preciado insecto de los nopales, es decir, más de once millones de pesetas de las de entonces en oro o plata sonora.

Ya es sabido que este tesoro del Jardín de las Hespérides fue muriendo después a manos de la química, lentamente, como una dama de las camelias del comercio en su lecho de tuneras. Pero antes llegó a alcanzar la cifra de 32 millones de pesetas anuales —y así son de preciosas las joyas de las familias que no se arruinaron—. Aún eran casi desconocidos, comercialmente, el plátano y el tomate...

El Museo Canario

El primer recuerdo que tengo del Museo es de cuando estaba en lo alto del Ayuntamiento. Entonces lo dejaban ver los días que repicaban gordo. Su atracción principal era el terrible león diseado, de hermosa melena, que presidía la entrada. Aún recuerda mucha gente sus rugidos y el mal olor de los restos de su comida que volvían fétido el ambiente del Parque San Telmo, a pesar del mar. Había sido traído a Las Palmas, junto con otro ejemplar —cuya piel pisoteé de niño— por don Francisco Gourié, gran aficionado a toda clase de bichos raros. Aquella fiera ponía miedo de selvas africanas en plena calle Triana.

Después, el Museo se trasladó a su amplia casa de hoy, situada en el solar de un antiguo convento de monjas, y estuvo varios años sin abrirse al público. Cuando volví a verlo de nuevo busqué por todas partes a mi viejo amigo el de la imponente melena raída. Pero ya no estaba. El rey de la selva había desaparecido definitivamente a manos de la insignificante polilla.

Pero allí estaba todavía el Museo con sus colmillos de babi-

rusa, sus conchas de argonauta, sus mantas negras de bocaza enorme, sus gigantescos tiburones, sus cabras de Taburiente, sus garzas y sus gaviotas, sus pájaros azules del Teide, sus diminutos cauris, sus navajas, sus lapas, sus lagartos aprisionados por las lavas de la Isleta. No faltaban las vitrinas cubiertas de conchas multicolores, ni la atracción de los rascacios aceitados, las rayas disecadas, los trozos de madrepora blanca, los dibujos de don Benito y la biblioteca de don Baltasar Champsaur o los fondos históricos legados por Millares Torres con el escudo de nobleza concedido a don Fernando Guanarteme por los Reyes Católicos.

No faltaron tampoco, desde aquella época, las peroratas de ilustres ciudadanos a las que asistían las damas empingorotadas y los caballeros que iban a escuchar con recato al orador. Se hablaba de aguas, de Don Quijote, de temas profundamente históricos ilustrados por académicos de la Real de Madrid. La ictiología, invadiendo el patio llamado sala Ripoche, no impedía la presencia del proyector sobre una pantalla en la cual se equivocaban con frecuencia las figuras.

¿Cómo sería aquella ciudad de Las Palmas en que se fundó el Museo Canario? Fue el año 1879. Después vinieron los primeros escritos de don Benito y sus famosos dibujos. No tendría entonces tampoco el Museo una colección de piedras de Fuerteventura como las que tiene hoy en la semioscuridad de la subida al segundo piso. La primera imprenta que poseyó Las Palmas está allí también medio carcomida. ¡Cuánta letra dormirá bajo sus maderas ennegrecidas! Tienen algo de armazón de guillotina estas imprentas antiguas, en que parece que retiraron la cuchilla para que los niños no jugaran peligrosamente con ella.

Pero esto aún no es el Museo. Para mí el Museo será siempre aquel que tiene arriba calaveras ocre y "momias de parda tierra", donde estaban las habitaciones de Pérez Galdós en Santander y el despacho de don Fernando León y Castillo, presidido por un cuadro histórico de muy finales de siglo. De abajo viene la luz de los ojos vidriosos de los peces. Aquí todo es cultura, en el botellín romano, en el hacha amigdaloide, en las reproducciones de las más conocidas rarezas prehistóricas francesas, ¡oh manes de René Verneau! El está presente aún en la clasificación de los mil cráneos guanches, semitas y negroides que en larga teoría llenan el ambiente de órbitas vacías. Si sobre las lavas cordadas, si sobre las bombas o la calamina de la galería petrográfica y mineralogía se hiciese aprecio de los cráneos horadados, alguien diría que eso era el sueño de una noche de murciélagos, algo monstruoso e infernal danzando en el aire transparente de Vegueta. Pero es que los aires diáfanos y el perfume de los azahares atrae a veces la muerte. Y si no dígallo el amor



a lo podrido de Valdés Leal, *In Ictu oculi*, junto a las huertas y al frescor de los claros albeados de Sevilla.

Y aún hay más. Todo eso es misterio, pero no encierra más que el asenderado misterio de lo porvenir. Pero poseyendo el interés por el pasado —¡lo percibimos tan presente y tan lejano a la vez!— el misterio se agranda. Hay algo inexplicable que nos atrae en la cerámica guanche contenida, junto a los tamarcos y las pintaderas, porque vemos que allí vibra la vida, mientras que sobre los pómulos y las señales de tracoma sólo se cierne un Niké aptera: la negra Moira.

Barro gris o rojizo, de paredes gruesas, de factura tosca, pero jamás sin decoración o significado. Los dibujos de esta cerámica coinciden con los de las pintaderas contenidas en la sala Navarro, donde reza el catálogo "1.367 objetos de etnografía canaria". Todo lo que se haga sobre la arqueología sin amor es en vano. Vaso esférico sin asas procedente de Huesas, Tafira. Vasos de Gáldar. Vasos de barro rojizo de Agüimes; vasos ovoides, ollas pequeñas, cazuelas, cuencos... ¿Para cuándo dejar los nombres guanches? ¿Cuándo hemos de recordar que somos helenos vestidos de americana? ¿Por qué no pithos, hidras, crateras, aribalos o fiales? Sólo sé que en esto, como en toda la filología, se pone un especial cuidado en dejar aparte la verdad. Y la verdad es una realidad africana y protosemita indudable. Pocos se han cuidado de comparar estos dibujos con los que he visto en las vasijas protoelamitas de Susa que hay en el museo del Louvre. Ni con esta cerámica sin cocer que traje de la cabila de Beni Urriaguel, donde se suceden los ondulados, los triángulos, las triples rayas en zigzag, con el dibujo negro sobre el fondo crema. Esos cuadrícula-dos, rayados y redondeles concéntricos se encuentran lo mismo en las pintaderas, que en esta cerámica moderna bereber, que en el estilo geométrico del Dypilon. Todo debió tener una significación pictográfica indudable, pues el hombre no hace nada por nada. No falta sino averiguar el motivo. Hizo las pintaderas y la cerámica con análogo dibujo porque análogas cosas quiso expresar. Analogía que a veces correría por el cauce de la fonética y otras por el del significado. Hoy difícilmente podemos pensar en lo que los guanches pretendieron decirnos —no sólo decir a sus contemporáneos— con los dibujos de las pintaderas. Lo que es indudable es que esto no lo averiguaremos por medio de las pintaderas aztecas que nos ponen al lado para comparar, como tampoco sacaremos demasiado brillantes consecuencias comparando el idioma guanche con el latín o el griego.

Pero los signos sumerios antiguos, los signos protoindios de Mojenjo Daro y los caracteres de la escritura protochina son muchas veces casi idénticos a los dibujos de las pintaderas en el

Museo Canario. Esto ya representa una línea de conducta uniforme de acuerdo con la lógica. Pero ¿cómo asegurar nada si no sabemos qué sentido daban los guanches a los dibujos de las pintaderas? Sólo hay uno que se nos presenta de manera indudable: el triángulo, triangulado en su interior, con el círculo arriba, también con otros círculos interiores. Permanece la tradición de que éste era el signo con que los guanches expresaban a su país. El círculo es siempre en estas escrituras jeroglíficas algo muy poderoso, unido, la ciudad; los tres triángulos son para los sumerios y protoindios el signo de las "tierras", análogo a otro de las "montañas" en protoindio y protochino...

O callar o hablar de Dios. O pensar que estas cosas son así o tomarlo como un amigo mío que me decía:

—Pero, hombre, ¡parece mentira que unas personas tan serias se entretengan en juntar piedrecitas y cacharros desportillados!

LOS BARRIOS DE CRISTAL

Vegueta

Vegueta se enraiza en el alma más que ningún otro barrio de nuestra ciudad. Vegueta es el sagrario de Las Palmas. Cuando estamos en Vegueta entonces, la esencia de lo isleño se nos revela con más bríos. Allí hay algo de común con las calles de Teide, con la Orotava y el Puerto de la Cruz y La Laguna, y con los Llanos de Aridane en la isla de San Miguel. Es ese ambiente, que aún no he podido precisar, que algunas veces he querido sorprender en ciudades del norte de España, o de Andalucía con blancas casas y torres amarillas. Quizás tenga algo de los dos extremos, y otro poco de las ciudades coloniales del Perú. Sólo sé que en la primera luz de su amanecer hay unos tintes grisáceos por la calle de San Marcos y otros rosa por la de Santa Bárbara y un tintinear alegre de esquilas de cabras blancas, donde hay adoquines irregulares con los restos del ganado mañanero, y tapias blancas con hermosas buganvillas como antes, en la esquina de Santa Bárbara y San Ildefonso, aquellas tapias amarillas llenas de enredaderas —¡oh las enredaderas de Vegueta!— que al desaparecer esparcieron por grietas y enormes cantos rodados, las ratas blancas cuya sola vista provoca el recuerdo de viejas canciones alemanas, flautas encantadas tocadas por rubios trovadores.

Vegueta conserva su ambiente a pesar de la marea que sube de Triana. Desde una azotea de Vegueta presencié como encalla-

ba el "Zuleica", todavía nuevo, con su mole inmensa de transatlántico varado, junto a aquel mercado viejo que no conocía las pulcritudes del nuevo. Entonces, en los patios, todo era crotos de mil colores y tonalidades, azules, morados púrpuras, ambarinos y sienas, de hojas casi filiformes, verdes venecianos, amarillos, ocres pálidos y verdes franceses y otras nojas anchas, anchas. Todo aquello desapareció llevado por el torbellino del tiempo, pero el recuerdo de las fechas más grandes del año están unidas perennemente a Vegueta. En Vegueta, San Pedro Mártir, con el temblor morado del pendón castellano, hermano de aquellos otros de La Laguna y Santa Cruz de La Palma, llenos de viejos puntillos de honor rituarios y marciales. En Vegueta, el Corpus, con su larga teoría de palmas, álamos y alfombras de flores y la lluvia de los pétalos cuando pasaba el Santísimo Sacramento, precedido por los niños de plumas blancas en el sombrero. En Vegueta, la Semana Santa, con su Señor de la Cruz a Cuestas. Y Vegueta, más íntima aún en el día de San Antonio o en la Pascua de Navidad.

Vegueta está vacía para el que no haya ido a misa de difuntos a San Agustín o a Santo Domingo; para quien no haya recorrido las estaciones de San Antonio Abad al hospital de San Martín; no haya subido la cuesta de San Juan y haya visto las casonas carcomidas por el tiempo y las aguas de muchos años; para quien no guste de los patios de la catedral y de la Audiencia y no haya sentido cómo se ahuecan los pasos ante los portales y zaguanes de las casas; para quien no haya tenido muchos años, ante la vista, algún viejo cuadro de los que contenía el antiguo convento donde hoy está el Museo Canario; para quien no ame la perspectiva del Espíritu Santo y pasar por la estrecha calle y asomar a los jardines de traspalacio y subir a los salones de la Casa Regental y no vea en el brillo rojo de los peces del estanque de cada patio antiguo, con papiros en el centro, el reflejo de algo fugaz y eterno que pasa silencioso bajo los antiguos sillares del barrio.

Melancolía del barrio

Melancolía bajo una lluvia de pétalos de rosa. Viejos húsares. El Estado Mayor, con sus penachos de plumas azules. La imaginación puede reconstruir en un instante lo que el tiempo ha tardado en decantar. Desde don Rafael Cabrera, camino del Museo, hasta don José Mesa, camino de la Audiencia o del Ayuntamiento. Ahora veo todo oscuro. Un estremecimiento de muerte, y de gasolina, y de tubos de neón, y de marihuana, y de pelotazos en el frontis de Santo Domingo, pasa —como cuervo de ala negra—

por esta habitación para dos que era Vegueta, sobre estos muros ennegrecidos por el tiempo, de casas abandonadas, de escaleras desvencijadas, de aguiluchos que cayeron sobre pobres herencias en bancarrota. Los espejos, siempre los espejos. En los nidos de antaño no hay pájaros hogaño. Pasamos la joroba del puente Verdugo, decía yo mismo, hace muchos años, pero la verdad que la pasaba hacia Triana en brazos de Josefa, porque aquel lomo era mucho para mí. Entre las Cuatro Estaciones blancas. Nadie se dé por aludido. Las cosas no pasan así, sin consecuencias. Esas transformaciones del progreso, a las que la gente se pliega tan fácilmente, son heridas a la ciudad. Ya la Vegueta que plasmé en mi memoria no existe; "esquilas de cabras blancas, donde hay adoquines irregulares con los restos del ganado mañanero, y tapias blancas con hermosas buganvillas, como antes, en la esquina de Santa Bárbara y San Ildefonso, aquellos muros amarillos, llenos de enredaderas —¡oh, las enredaderas de Vegueta!—, que al desaparecer esparcieron por sus grietas y cantos rodados las ratas blancas". Museos que han sido sombra de un día y recuerdo de obispos benefactores de la ciudad y la isla. Ya no los puede haber porque no existe ni la isla ni la ciudad. Desde Juan el Bobo, desde Pacheco, desde Juanita la Gorda, desde Rafael el Tartanero, desde el Perrero de la Catedral, lazos amarillos y azules se tienden sobre la imaginación infantil y mecánica de las muñecas sin sombra. Una maldición. Llevamos años en el recorrido de Vegueta. En el nocturno recorrido de Vegueta, que me recuerda, no sé por qué, la oración, las oraciones fúnebres de los poetas al borde de la sepultura de un compañero, en una tarde de lluvia, en París, en La Victoria, en Tierra de Jugo. Dormir, dormirse una noche en este recordar Vegueta que ahora vamos recorriendo con pasos moderados, con voces lentas, con una intimidad de grupo de rebaño apaleado.

Ayer recorrí las ruinas del pasado. He vuelto a lo que el tiempo hizo cenizas, quizá no por otra cosa que por la maldad de los hombres. Entre las ruinas de Vegueta, con un grupo de amigos. En vez de la luna brillaba en las calles una luz trágica, un mito de nuestro tiempo: el gas neón de un anuncio que ponía palidez mortal en las desconchaduras de las viejas casonas, en los pastiches de las modernas, en la intencionada desidia de la "declaración de ruina". Algunos datos al vuelo: el hospital de San Martín, la tertulia de don Luis Millares, la Casa de Luján Pérez, en Santa Bárbara; la plaza de Santo Domingo y el incendiado San Lázaro bendito, que se me ahoga este animalito, los cordones infalibles para los males de garganta. El susto de los pájaros en sus nidos, los guardias prohibiendo el tránsito, alguien que se asoma a un balcón, a una desvencijada ventana. Las gentes que nosotros

conocimos, éstas ya no se asoman. Nos parece que hace siglos. Desde don Adán y el chófer de don Adán, hasta Florencio. Yo venía de que me salvara la tarde Greimas, Propp y Melitinski, y me encontré con los fieles servidores del hospital. Los médicos de antes. Desde el recuerdo de don Ventura a las anécdotas que me ha contado don José Ponce Arias. Estos médicos de hoy no saben nada de aquellas cosas. Enfrente, el recuerdo, todavía vivo, de don Gregorio León y la farmacia Rivero... Me encontré con gentes nuevas que hacían recuerdos de lo viejo. Cristóbal García del Rosario, Agustín Quevedo —donde antes había oído a Juan Rodríguez Doreste—, Eugenio Padorno, con sus alforjas para la poesía a cuestas, y Luis de Vegueta, en el mismo ámbito donde tantas muertes y tantas resurrecciones ha habido. Chano Manchado estaba asomado a la ventana. En la casa de los Martínez de Escobar. Es la historia de esta ciudad. El sermón del padre Otazu un Miércoles Santo en Santo Domingo. Yo mismo haciendo guardia en la esquina el día que a monseñor Pildain se le ocurrió no dejar salir el pendón de la Conquista. Y de nuevo Juanita *la Gorda*. Don Mariano Hernández enseñándome latín. De pronto, el círculo mágico convoca fantasmas del pasado, del presente y quizá del porvenir, porque son intemporales. Y por todos lados desconchaduras y unas casas siniestras, vestidas de negro. San Juan y Santa Ana, ¡salven la ciudad, salven a Vegueta! La casa de don Luis pudiera ser la futura casa del escritor, integrada al conjunto de lo que fue el Convento y hoy podría ser totalmente Museo Canario. A esta generación corresponde. Los vecinos de Vegueta piden locales —los hay de sobra— y bibliotecas juveniles, más actos culturales, promoción de la mujer, hogar de jubilados, asesoramiento jurídico y social, puestos escolares, guarderías infantiles, sanidad, conservación del patrimonio artístico, zonas verdes. Los nombres se acumulan sobre la dirección que dan en este papelito que llegó a mis manos no supe cómo. Está también cargado de recuerdos: calle Hernán Pérez, callejón de los Majoreros, Academia Doctor Don Antonio de la Nuez Aguilar. Vegueta parece, parece que aún late. Sus viejas estructuras quieren romper su cerco de hierro y cemento, ese cinturón de castidad y de oprobio que le han puesto túneles, estacionamientos subterráneos, prohibición de anuncios de ninguna clase como no sea en el viejo y noble hierro y con viejas banderas. Que se transformen las casonas en algo funcional, interiormente, y que se conserve ese ambiente de proporciones humanas que el humano pide. Que los viejos pianos vuelven a sus valsos y sonatinas detrás de las persianas entornadas con esas rayas de luz en el suelo y en todas partes, las enredaderas de antaño.

Santo Domingo

Al mediodía, la plaza de Santo Domingo no tiene la belleza sencilla que aparece en las estampas —ya tan repetidas— en que figura la más bella fuente de todo el Atlántico: la espiral, la columna salomónica solitaria, en la gran taza de piedra negra —siempre seca— que plantara para admiración de los Feos —pongo por caso de familia de arraigo en Vegueta— el gran canónigo Eduardo, según unos, y autor desconocido, según otros bravos objetos de nuestros pasados avatares, de esos que se arriman a la pared y con voz campanuda y grave, y puntilla para limpiarse las uñas mugrientas, solían perorar por los alrededores del puente Verdugo o la Plazuela.

Pero el caso es que al mediodía nuestra plaza de Santo Domingo tiene una lucidez solar llena de lamparones. Las gentes van a misa de los alrededores, misa de una, con escaso público y en el suelo, las manchas que forman sobre las baldosas, un veteadado caneloso; sin embargo, su geometría está llena de una gracia que sólo ha roto la novedad de la piedra de la casa parroquial. Gracia que colma los bordes, en casas de pisos, patios, despachos a la calle y el recuerdo del viejo claustro, que hoy está reconstruido en la Casa de Colón, en su renaciente arquitectura, última Thule, del palacio de Spalatto, sin que sospechase nunca Diocleciano dónde iría a parar su elegante arcada, lazo tendido entre el viejo y el nuevo mundo.

Aquella plaza sencilla y sin trabas, sin cerca y sin valla y hasta sin valor, da su belleza inerme, a la misa de una, en Santo Domingo, como antes diera al campo, aun sin someter el campo de la vieja raza neolítica que habitara la isla. Santo Domingo tenía aires de independencia dominicana, cura rural y fuerte, cabeza cuadrada de roca, de jurisdicción exenta, pero llevando en su frente la armonía de los “dominicanis”, con el can en blanco, pisando la luz sobre un desierto de ideas.

En su interior reza la piedra, las viejas losas sepulcrales y el antiguo piso que atraviesan los jóvenes, y los niños, y las damas, y las gentes de San José o San Juan, o éstas más cercanas, de casas bien arregladas, de patios floridos o de pasadizos estrechos que hay por el callejón de los Majoreros o por otras calles paralelas que han perdido el cascabel de sus nombres.

Aquí, en el interior de la iglesia, todavía predominan los viejos bancos de madera pesada y maciza. Predominan los viejos funerales de muchos curas y muchos dorados, de muchas voces y gorgoritos en el viejo coro que los frailes disfrutaron en otro tiempo, vistiendo sus hopalandas blancas y negras. Todavía los

monaguillos parece que recuerdan los colores de la docta Orden, llena de sabiduría, en cuyos libros aprendió el cromañón y quizás el bereber y la gente de América a rezar en castellano. Y en el lado izquierdo, taponando una capilla, hemos visto el nacimiento hecho con menos gracia que se haya podido hacer en Canarias, con cortinas desarregladas de angelones mal pintados, como en un coro garcíaquesco en un cielo convencional. En el fondo, dorado de voces, está el altar barroco, uno de los mejores de la isla, y en el aire, la oscuridad de un templo al fin y al cabo conventual.

Las oraciones se repiten mecánicamente en estos templos fríos. Dando sobre las arcadas, los techos mudéjares, ponen la geometría mágica sobre el pensamiento occidental el de la proyección hacia lo alto. Sobre el mundo clásico, el lacerío de los moriscos que habitaron la isla y que ahora tienen esa pobre herencia de los comerciantes en telas: de los Alí y de los demás mercaderes de Bagdad, cuyas mercancías, llenas de fantasías, como sacadas de la cueva de Aladino o de su lámpara maravillosa, hubiesen sufrido por influencia de su genio maléfico, una misteriosa transformación, en burdos materiales, para cubrir el cuerpo al llegar, en barcos de carbón, a las islas de las Hespérides.

El tiempo no se siente. Todas las viejas enlutadas que aquí acuden a misa, entre las Vírgenes y los Cristos angustiados —de la Columna, de la Cruz a Cuestas y el Simón Cireneo detrás—, parece que son así desde que el mundo es mundo. Al acudir a misa de Santo Domingo, una terrible zarabanda de recuerdos descarga su flagelo, con la noche, que se hacía repentinamente. Vuelta de las procesiones de Semana Santa y de un santo predicando en el púlpito. De pronto dice cosas incomprensibles y que son “un secreto” sólo dirigido a nosotros. La tarde, la noche todo es morado. Sólo las luces de los cirios, y los palios, son de oro, sobre el fondo de grises y negros de un día que se va definitivamente. Un único atardecer que ha quedado para siempre flotando, como si el tiempo no acabase nunca de matarlo.

Triana

Triana no es el barrio nuevo que alguien pudiera imaginarse al oír las campanas de Vegueta, que tocan bajo un fanal de siglos. Triana es tan antigua como aquella casa de la calle del Cano, casi por frente a la salida de Villavicencio, albeada de blanco, más hundida que el nivel de las aceras, con la llave sinóptica del isabelino-gótico caído, campeando sobre la vieja puerta pintada de verde. En ella es mayor la vegetación que los muros, más lo que ha puesto la botánica que la mampostería. En aquella azotea, cer-

cana a la calle, crecían lo mismo las cañas de azúcar que los gladiolos y los malvaviscos, y había una glorieta pintada de verde, como si estuviese en un enarenado jardín.

Hay después como una graduación ascendente en que el recuerdo se eleva de estas bajas azoteas a las más altas, a aquellas en que Las Palmas aparece como en una de esas ciudades andaluzas, moras, americanas o de los dominios del Nizam de Hayderabad. En la visión de ellas se engendró el cubismo y las tonalidades y los matices de lo blanco tienen toda su gama prendida en cada muro y de cada malecón de altura. Porque nos hallamos ahora en un mar de deslumbrantes y cegadoras olas, de las cuales sobresalen sólo, muy negras, las torres de la catedral, mástiles de un barco naufragado, con palomas y nubes por velas desprendidas.

Es un mar de sargazos inmensos, en que se pierde todo rumbo, pero para hacer la diaria singladura en él no sirve la brújula ni el conocer la declinación y el cuaderno de bitácora es éste, y ha de morir aplastado en el asfalto. Flotan las copas de los laureles de la India, los gallineros de maderas grises, los palomares de palomas blancas, los crotos de moradas hojas, los helechos y los cierros de cristal. Peces que navegan por el fondo parecen, en las calles, lo mismo un regimiento en marcha, que un entierro, lento y pausado, con la cruz alzada, que atraviesa la ciudad. Y en el interior de las madreporicas formaciones se ve la vida de las gambas-mujeres y de las femeninas quisquillas y dos niños jugando con un gato marino.

Esta fue quizás la "región cinamomífera" de la antigua ciudad, y por ella los conquistadores se instalaron en las Veguetas. Este terreno de aluvión debió de parecerles tremendamente inhóspito a los primeros pobladores, tal como los ojos de nuestras generaciones con recuerdos no muy lejanos, aparecían los campos de fuera de la portada. En la plaza de San Bernardo no aparece dibujada más casa, en los planos de Las Palmas de finales de siglo pasado, que la de los Lezcano, rodeada de fincas, tal como lo estaba hasta hace poco todavía por detrás. Es como en la Castellana la casa de don Pedro del Castillo, con su tipo campestre, la única que queda ya de cuando el barrio de Salamanca era un monte y por abajo discurrían las aguas. En Madrid se habla de vez en vez de las aguas gordas, y nosotros, en Las Palmas, no tenemos más remedio que hablar de cuando las alcantarillas son insuficientes porque las aguas de los riscos se precipitan en cataratas e inundan todo el barrio de Triana, o de cuando el barranquillo de Mata recobra sus perdidos derechos.

Pero el recuerdo siempre más fino para mí de Triana se concentra en una vieja tabla pintada, tal como la pudieron pintar



los primitivos flamencos de haberlo hecho en las tierras de mediodía. Representa la iglesia de San Telmo, encalada de amarillo ocre, con las tejas rojas, el campanario gris, las puertas de la casa sacristana en verde, las palmeras y los árboles del parque en otras tonalidades de este color, el mar muy cercano —detrás de la iglesia están todavía los sillares de los rompientes— y muy azul. En ella se concentran todos los recuerdos más tempranos, toda la vida familiar hasta que tuve los once o doce años. Unas cartas de baraja —con sus oros brillantes y las copas relucientes rojas y las espadas azules, como el color de los ojos de las sotas— y la iglesia de San Telmo tras los cristales. Lo mismo nuestro árbol de Noel sin nieve, y una banda de música completa. También estaba detrás la iglesia cuando abríamos los balcones por Semana Santa, en un día de Ramos luminoso, y el Señor aparecía humilde en su burra gris impartiendo las bendiciones a su entrada en Jerusalén y el pueblo desfilando con sus palmitos amarillos y tiernos, arrancados a las altas palmeras del llano de las Brujas o de los mismos parques de Las Palmas. Asimismo está San Telmo presente en los días en que el bullicio del carnaval llenaba de carrozas y dejaba a la iglesia un poco olvidada. Algo así como si una nube de paganas serpentinatas ocultasen la ermita de los navegantes y de los carpinteros de ribera, que aquí mismo trabajaban su arte de preciosas carenas. Después, el sumidero negro de la noche se tragaba todo, hasta que llegaba la misa de madrugada, con la esquila llamando desde la espadaña gris. Sólo se anunciaba la proximidad del nuevo día en el empalidecer paulatino de las estrellas. Dentro, las luces de los cirios; un ensueño despierto, con picor en los ojos.

Después, Triana daba la fuerza de la tralla en los lomos de los carros de seis mulas que transportaban sacos a los almacenes y en el renqueo del tranvía amarillo, que al pasar llevaba dentro la ilusión de ir al puerto a ver los barcos que habían anclado aquella mañana. Las tamaras y los higuillos de las ficáceas gigantes habían caído al suelo durante la noche y dejaban en las baldosas una mancha oscura.

La calle Mayor de Triana presenciaba antes la Fiesta de la Catumba, o de San Telmo, en el parque, con un barco de fuegos bombardeando un castillo de pirotecnia. Hoy se mezclan las postales de cuando vino el rey con los sustos y cañones del 18 de julio, porque todo pasa y nada queda sobre las piedras en el vertiginoso girar de los días.

San Roque

El día de San Roque navega el barrio de maravilla, coral y canto, entre las alas rotas del verde platanal, con puente de cales blancas, velamen arriado, a la luz de las antorchas y de la luna; la brújula, sobre una rosa de Turbulus, señalaba el rumbo y en el cuaderno anotaba el sacristán: "Con las salvas de ordenanza arribó al atrio la imagen del santo; plataneras al sereno, luna en creciente, tabernas encendidas, señalando el contorno de la costanera hilada de casas risqueñas; rumor de aire en los jardines; a 16 de agosto del año del Señor de 1948..."

La tarde se había quedado quieta en las márgenes del barranco —sea su corpórea riqueza de cantos rodados y su mendicante incorporeidad de aguas cristalinas—. ¡Oh, multiformes insectos del valle perdido y seco! De pronto estalló el júbilo de los cohetes sobre la elegancia de estampa japonesa, de las araucarias. La seda azul oscura del cielo se rasgó por mil puntos como un picado traje de baile que llevara años en el cajón de caoba de la abuelita. El contacto del fuego la quemó en honor de San Roque. El pavo real de la fiesta, subido al risco, hacia la rosca a la luna. Los perros ladraron por las laderas despertando ecos que comenzaban a adormilarse en los cercados.

San Roque, desde la vuelta del "árbol bonito", o desde donde antes las lavanderas —con media pierna en el agua de la acequia— sacudían el albayalde de los trapos a golpes de jabón azul, se comprende de una sola mirada. Es algo así como un mundo vecino y distinto que está a nuestro alcance y, sin embargo, no se nos entrega, al que no logramos tocar; que está bajo un fanal que le han puesto los cielos o rodeado de abismos cercanos. Es como un paisaje entrevisto en sueños que jamás podemos aprehender; irrealidad de estampa multicolor moviéndose a la luz artificial, con los acordes de la charanga saliéndole por los cuatro costados. De noche, la montaña, el risco, el acantilado de San Roque semeja un gigante edificio horadado por las mil luces de un interior de fragua. Es el palacio de los gnomos que tallan los diamantes de culo de botella. Corren ríos de ron por las venas, por las galerías de esta mina abierta. Sosa, Robaina, Panchito el de Juanita la turrонера, Chano el hijo del tartanero, pinchan las carajacas —carbunclos comestibles— en cada tabuco encendido, mientras guiña el viento las bombillas de colores y el techo de la tasca no tiene los matamoscas de costumbre, sino floripondios de papel verde y banderitas de naciones que el vigía nunca ha visto enfocar la bocana ni en días de mucho tonelaje.

Viniendo de los Andenes por el risco de San Roque, Las Palmas tiene una visión inédita de lanzas de piedra negra; hay una realidad en la superposición de planos (parece como si Picasso hubiese conocido Las Palmas desde San Roque). Hay una visión de cosas nuevas que pone cabras ordeñándose en cada esquina quejumbrosa del barrio.

LA CIUDAD INTERMEDIA

Las cosas y los barrios toman el carácter palpable y unitario de algo que no acertamos a explicar, después de dos o tres mil años que el hombre lleva pensando sobre el sentido que tiene nuestro mundo circundante. Toman cuerpo y espíritu cuando llegan a constituir unidades dotadas de vida propia fuera de nuestro ambiente, es decir, cuando llegan a ser seres que no tienen por qué estar circundándonos para que existan. Esto le pasa al torneado salomónico de una cama de damasco rojo y le pasa al barrio de San Nicolás. Con su cuesta empinada, su rincón de fuente, su fondo de plataneras sobre la masa urbana, un oasis de campesino estar. Los mozos a la puerta de la iglesia, las calles llamándose todavía del Girasol y Real del Castillo, la virgen pequeñita perdiéndose, azul, entre enormes azucenas; San Nicolás presidiéndolo todo con su mitra sobredorada en la morena cabeza y el artesonado del oscuro techo. Pero las cosas y los barrios no son sólo por su existencia, sino por el lugar que ocupan en el espacio, en el itinerario de una ciudad o de una vida y por lo que en ellos o de ellos se ve. Bajo el techo de damasco, blancas vírgenes dormidas o el cuerpo de San Juan descabezado. Bajo el muro de San Nicolás las fincas cercanas con plataneras, el barranco, las buganvillas, la perspectiva de Pambaso donde murió Botafuego, los jardines de la orilla frontera, las fincas sobre los enormes muros grises de la carretera del centro, el risco de San Juan, con sus cañones enristrados y su desnuda geología cárdena contrastando con el cielo azul purísimo. Subiendo la empinada cuesta de la real calle del Castillo de Mata las casitas en escalón por un lado, de donde salen voces de chiquillos y mujeres, olor a sucio y a pan recién hecho, a tiendas de ultramarinos; de donde salen ladridos de perros, frente a las que se paraban las cabras con la ubre repleta, para dejar el fulgor alabastrino de la leche en los cacharros. Del otro costado, el muro que se va haciendo más alto, sobre las palmeras, sobre San Roque, sobre los escalones de las fincas, hasta llegar arriba al páramo que vemos con los ojos todavía niños de la mañana, pero que de noche y en la oscuridad debe de pare-

cer una gran lenteja flotando sobre la ciudad iluminada. Arriba está el castillo con sus muros negros, con su foso verde, y las baterías en la orla del risco dando sobre las azoteas de las casas. Arriba está el diorama de la ciudad extendido bajo el cristal de la atmósfera. Sobre la paramera no hay nada, pues hasta los aviones vuelan bajo en la ciudad o sobre el mar. Desde ella, desde San Nicolás, San Francisco, San Bernardo, contemplamos el mágico conjunto de la ciudad en miniatura, las voces de los claxons que bajan del Monte, que circulan por Bravo Murillo o que entran por la carretera del Norte. Desde el risco todo es pequeño y abarcamos de una sola vista donde dormimos, donde estamos, donde estaremos al mediodía y donde reposaremos eternamente allá junto al mar y a los cercados. Es una visión única y sonora la que se nos da de la vida y de nuestra ciudad desde arriba. Es la visión de Las Palmas por un Diablo Cojuelo que tuviese la facultad de levantar los techos de las calles, que brillan abajo con su trazo negro, cuadrículando el mar de casas rosadas, amarillas, con los oasis verdes de las márgenes del barranco, de la plazuela, de la Alameda, de la plaza de San Bernardo, del jardín de don Domingo Rodríguez, del parque de San Telmo, con la mole del Hotel Parque, del frontón, del Banco de España, de alguna casa extraña, del cajón del Cabildo, del neoclásico, burdo, pletórico y negro de la catedral, de las torres del seminario, de la Audiencia o de San Agustín. Lejanos quedan los amarillos oro de las Alcaravaneras y los grises de los muelles del puerto y los morados de la Isleta, los barcos que entran o salen de la bahía. Y lejano o cercano, pero siempre presente, el mar con sus mil tonalidades verdes, azules y violetas y un barco de vela negro que la otra mañana destacaba sobre el plata del reflejo solar.

Fue el ángel que anunció a María

La ciudad intermedia se desarrolló por yuxtaposición del impulso que venía de lejos sobre la fuerza que expandía a la ciudad fuera de sus murallas y sus cercados de millo. Cuando una ciudad medieval salta las conveniencias sociales, sus antiguas almenas tiemblan y se derrumban y sobre los cuatro puntos cardinales se comienzan a formar pequeños núcleos, barrios nuevos de la ciudad vieja. Aquí fue una fuerte vorágine la que arrastró a la ciudad sobre las arenas calientes. Antes sólo había salido para ir a saborear el riquísimo caldo de mariscos que preparaba, allá por las Canteras, una tal "señá" Mariquita. Después vino un ángel con levita y chistera a anunciar que la hora era llegada.

Y más tarde, hasta nuestros días, todos se sucedió por pequeñas y grandes anécdotas como esta de “la desaparición de la casa verde”.

Había junto al mar una casa de madera pintada de verde. Sus ventanas de cristales sucios miraban a los odiosos paseantes como miran los ojos huidizos de los perros aporreados. Dentro presentíamos pasillos oscuros con muebles desvencijados, de mimbres amarillos y cojines con pulgas. La poterna que salvaba el breve foso del jardín hundido, le daba un aspecto inusitado de castillo de proa. Se la llevó el avance de la ciudad, relleno de estopa, rasante, oficial. Aquella casa fue en su día nada menos que laboratorio oceanográfico y el espectro de algún príncipe de Mónaco debía de vagar aún por sus alrededores de noche. Siempre nos la imaginamos llena de cordajes en los sótanos medio invadidos por las mareas y las algas, las áncoras carcomidas por el ferruge, con un gran ventanal submarino ante el cual se moverían los marrajos-demonios en un infierno subacuático; los chuchos de cola de escorpión rabioso y otros mil peces golosos de las cercanas cloacas, se moverían con esa lentitud submarina allá abajo, mientras el sol traspasa la tranquila superficie. Bajo el techo embreado tenía aquella casa estantes blancos donde yacían trozos partidos de coral, conchas de moluscos imposibles, caparazones de mil diversos cangrejos y restos vedados de algas secas. Alguna vez el alma en pena de un marino se detendría en el pasillo de los malacostráceos en forma de señora gorda con ectobarba que por las mañanas sacudía una alfombra adornada y vieja sobre el balaustre que daba a los barcos del amanecer.

Pero ésta era sólo una nota en la historia lírica en la ciudad encantada, en la ciudad intermedia. Y la vida se compone de un mar de historias. Cabelleras rubias sueltas al viento del güisqui; venta del hermoso convento de los aristocráticos “Sagrados Corazones”, terebintos y aligustres de la “Fundación Alejandro Hidalgo”, viejo lirismo carcomido de madera del antiguo hotel Santa Catalina —noches de guardia en el hotel cuando el puerto embarcaba acorazados alemanes y el cielo se fumaba el enorme puro del *Conde Zeppelin*. Y, sobre todo, se hace realidad muy presente aún, toda la vida que giró en torno al viejo hotel Metropol, castillo rojo de ventanas estrechas, cabeza de puente de la Europa Blonda sobre una costa con nombres de santos... Más allá sólo las arenas huidas, muertas y aprisionadas hoy por la energía del asfalto nuevo que va penetrándolas, hiriéndolas, por los cuatro puntos cardinales. Hay dunas en Sardina del Norte, en Maspalomas y en Gando, pero ninguna como éstas, sobre las cuales marcharon los primeros “castilas”, materia prima de

la moderna construcción de chalés en las mismas Alcaravaneras, ya, ¡ay!, sin alcaravanes pardos. Son aquellas mismas que produjeron el llanto de Lini Gulfarson cuando llegó a Las Palmas. Y las que soportaron un día las jaimas del desierto cercano. Ahora se retiraron definitivamente. Este es el Rocroi de las arenas y ellas forman el último cuadro de sus montañas calientes en un extremo del "barrio intermedio". Sedosas, azucaradas de mica y cuarzo son ahora la última columna de fuego marino que atraviesa corriendo las calles. Las mujerucas que aún puedan transitar por allí, los perros vagabundos, los cascotes de ladrillos despedazados, tienen ahora su última ocasión. Todos presentimos un temblor de piezas metálicas y que las calles ahora despejadas se convierten en los surcos en que gusta de vivir el hombre.

La calle Cuarenta y Dos

A veces siente una necesidad de hablar de conceptos inateriales como éste de las calles. Aún hoy, después de que se les ha atribuido una personalidad jurídico-municipal, y aunque la gente viva en la calle, la vía entre dos casas no existe de por sí. Es sólo el hueco dejado por la habitación humana fuera de ella. Pero quizás más por ser entelequias que otra cosa, las calles tienen alma y tienen boca-calles y hasta digesto-calle en su sistemas de alcantarillado y nadie puede decir que no tengan hoy las calles hasta su sistema nervioso compuesto de muchas clases de neuro-motores: nervios ópticos, que son los de la luz, nervios auditivos para los teléfonos. Los médicos de las calles investigan sus presuntas infecciones intestinales matándoles los mosquitos, colándose por las alcantarillas como en una incruenta operación, en el tubo digestivo de la calle, personificada y tendida a nuestros pies.

Hay calles que son risueñas cuando las limpia el sol y las ensucia la lluvia. Siempre presentan un semblante bondadoso de reflejos azules. Pero hay también calles tristes, breves, grandes, olorosas, bajas, altas. Otras son como mujeres encintas, con enormes panzas. Y algunas tienen hasta sabañones en su alquitranado. Se han escrito tantas biografías de ciudades que parece que hablar de calles es una vulgaridad. Pero esto sería como suponer que lo referente a las masas sirviera para dejar por sentado que ya se conoce al hombre individualmente, o al hombre que nos encontramos en la calle.

Se han filmado películas sobre calles. Suelen ser calles con faroles de gas o calles con sótanos sobre las que pasan los vecinos pobres del barrio, en los que viven cuatro muchachas solte-

ras separadas por cortinas de cretona rameadas. Pero la calle a la cual voy a referirme hoy no tiene nada que ver con las calles que aparecen constantemente como personajes en las películas, en las novelas. Esta es una calle en una Ciudad Jardín cualquiera. A un lado y a otro de la recta alquitranada, las aceras; junto a las aceras, las tapias; sobre las tapias, enredaderas; detrás de las tapias, pequeños jardines en serie; un árbol, dos árboles, gladiolos, amarantos y luego las casas. Todas con los mismos portales. Hay también en el borde de las aceras unas farolas. Sirven para marcar las perspectivas. Sus luces son eléctricas, bajo tulipas esféricas esmeriladas y blancas.

Nada recuerda las viejas farolas que encendían los faroleros. Los antiguos arcos voltaicos con dos carbones. La calle, ni qué decir tiene, es recta, pero corta. Por un lado, una tapia; por otro se quiebra en una plazoleta de unión con otras tres calles más asimétricamente dispuestas. Cuando la veo desde un extremo, trazo sobre ella las líneas de la perspectiva. Esta calle está toda dispuesta para el dibujo geométrico. Los pies verdes de las farolas sirven, distanciados en periodos fijos, para conocer con toda exactitud el ángulo que forma desde el punto de vista las líneas del horizonte y las que pasan por el pie y las luces de las farolas. La figura de una mujer puesta en su extremo se va agrandando a medida que avanza. Se mide en relación con las líneas ideales. Los macizos verdes están colocados con precisión y la luz es esa luz imprecisa que ilumina los espacios dibujados, a los cuales todavía no les ha nacido la sombra. Hay un misterio en estas calles de la Ciudad Jardín. ¿Dónde se esconde la vida en ellas? En sus pequeños parterres superiores, tras algún árbol engañoso podrían desarrollarse escenas cómicas al estilo de Woodehouse, pero aquí no se ven sino niños que bajan o suben los escalones de piedra. Cuando un auto pasa, se alargan, se estiran las líneas, se acortan con la velocidad, son como una demostración de lo cuatridimensional y en ellas no cuenta ni el espacio ni el tiempo, sino el intervalo. Estas calles han sido construidas ya para un mundo supersónico. Son como esas radios que llevan un lugar para la televisión en países donde aún se está muy lejos de que la televisión sea una realidad.

Esta calle cuarenta y dos, como la cinco o la veintinueve, es bella, de piernas largas, cabellera rubia y ojos azules, y está, con respecto a la calle de la polis clásica, en la misma relación que una "girl" americana con una coré o muchacha helénica. Es una calle preparada para las villas iguales y es un fracaso para ella no ver delante de cada puerta un carro aerodinámico color cíclamen o verde veronés.

EL PUERTO CUANDO ERA YO

Tiendas con papagayos y periquitos de irisados colores —el amarillo y el gris tejen su sonatina de contrapuntos—; camiones grandes sobre el suelo único del asfalto —como el del poema de Basterra— transportando himalayas de hielo pulverizado; otros cargados de cadáveres marinos, atunes negros con el lomo erizado por las puntas de azagayas amarillas; banderas saludando con toda su policromía, al Noroeste —la española, sangre y oro toreros; la inglesa, como una hermosa marca de fábrica; la sueca, pálida y elegante, con aire de dama de los hielos lacustres; la holandesa, con nostalgia de Curaçaos bajo el botalón; la portuguesa, sobre viejos barcos de las orillas del Lamego; la italiana, siempre con aire de *bersaglieri* emigrante...—; las grúas pequeñas y grandes luciendo su telaraña y sus patas de mosca vueltas al cielo; la aglomeración junto al mercado por donde pasa la harina de la Argentina, el cacao de Guinea, los paños de Tarrasa y los pañuelos estampados multicolores.

—A mi niña le llevo un pañuelo “pa” que lo luzca en la fiesta de Santiago.

Y allí, junto a la cesta con calabacines, el carro que se atasca entre la gente, el trato de una barca, el olor a salitre y a brea, y, cuando es época, los guayabos de los huertos del Sur y los aguacates de la finca del Conde, hermanados con la mantequilla de Dinamarca, de Australia o de Nueva Zelanda, el melón en compota de Sudáfrica, los quesos holandeses o los mecheros en colores fríos llegados de Tánger; allí, donde no falta el hombre desharrapado que cruza la calzada con una montaña de calas limpias como cálices de plata y oro; la chiquillería del puerto con el rostro vivo de la Manigua; el descoco de los cabarets mostrando todas sus lacras a la luz del día; las “guaguas” que van a partir; las “colas” de la carga blanca; el coche de los turistas de un “Andes” que está en el puerto anclado, o los negros llegados en el *Apapa* con aire de nuevos señores y telas anaranjadas; la figura de una extranjera con los pantalones y el jer-

sey rojo y una chaqueta azul; la fealdad de las tapias, de los depósitos de la Shell o de la Texaco, el "haiga" recién llegado de Puerto Rico con una antena tan alta como una torre.

—Naranjas de Valsequillite, señora.

—A mí deme "usté" un kilo.

—"Uan peni, uan peni".

Y noruegos que piden alcohol; italianos que aprenden español en las dos horas de estancia del "paquete" entrante; ingleses que van camino de la catedral o de Santa Brígida —los "juanitos", los "chonis" rubicundos y dorados de siempre y todas las latitudes del planeta—. Este es el puerto, policromo y sonoro, como la estampa de un puerto español mezclado a otro donde las casas inglesas tuviesen depósitos de carbón y las americanas de gasolina, con la bandera griega del Mediterráneo y otras salidas del mismo golfo de Botnia llevando la cruz azul; con sus rollos de cordajes —donde falta el marino de sotabarba— a la puerta de los almacenes de Efectos Navales, al lado el club de los British Sailors y del hospital para marineros ingleses, cerca de algún casco de barco puesto a secar al sol, y en la ribera donde los carpinteros trabajan todavía en la arquitectura de sus barcos de madera. No faltan los balcones de tea canaria voladizos sobre la marea, ni las iglesias y las farmacias, ni el paso marcial de las tropas, ni grandes almacenes donde se acumulan los guanos y las maderas ligeras donde los hermosos frutos pasan envueltos a Liverpool o Barcelona. Y todo, todo esto, volcado o reflejándose en las aguas negras, amarillas, ocre, azules o verdes de la bahía y de las dársenas interiores, donde flotan montones de paja, flores deshojadas, polvo de carbón, grasas de todas las procedencias; donde las gaviotas se persiguen chillando por los despojos de la cocina del barco anclado la noche anterior, sus cáscaras de naranjas, sus telas de cebolla, y a las que al atardecer atrapa peleando por el último rayo de luz amarilla que se refleja en la espuma de una estela.

Los navíos

Tienen mis islas, en el sur, navíos de todas las estampas: "barcos anclados, brillando entre las ondas muertas de la bahía", "un bricbarcas blanco, fletado en Singapoore", o "la blanca arboladura de un bergantín latino"...

Con la bordada lenta enflaba el breve muelle —aquella mañana de sol que ponía rojos los pinares, resplandos en los cristales y rachas verdes y azules en el mar—, un hermoso velero de tres palos. Iba a ser bautizado en el puerto —orgullo de los armadores, gloria de la empresa comercial que ya extendía su

pujanza sobre los Estados de la Unión y las lejanas colonias. Todo era bello en aquel caballo del mar descendido del carro de Neptuno. Los belfos espumosos vomitaban en aquel momento el resoplar potente de una gruesa cadena de hierro, en la cual pendía el ancla negra, para hundirse en breve tiempo, en el agua, al socaire del malecón.

El navío llevaba como mascarón de proa una hermosa sirena, y estaba destinado a la ruta de América. Quizá de Las Palmas, de Santa Cruz de Tenerife y de Santa Cruz de la Palma hiciera el viaje, en breve, a La Guaira o Puerto Cabello o La Habana. Sus velas se arriaban y recogían en perfecto orden, y el baldeo de la cubierta había puesto un reciente frescor en el limpio maderamen. No tenían aquellos barcos de entonces la suciedad de los nuestros, rociados de carbonillas. Tenían quillas, como pechugas de gaviotas. Eran símbolos de una empresa en que llegaban a las islas la canela y el gengibre al lado del extracto de "hamamellis", o un piano de cola fabricado en Baltimore. Llevaban en su esqueleto algo de monstruo marino disecado. En los repletos sollados lo mismo venían las telas embarcadas en Liverpool que la multicolor algarabía de los papagayos y las cacatúas de Santos o Pernambuco.

Desde el salón, donde en Navidades aparecía colgado de juguetes el árbol de Noel cubiertas las paredes de tapices de caza, contemplaban las nuevas generaciones los bisabuelos. Ellos tenían una tonalidad de gris parisiense en el óleo que se iba oscureciendo; él, con una solemne barba negra y cuadrada; ella, casi vestida a la moda de hoy. No sé cuándo ni sé cómo se terminó todo aquello.

Lo cierto es que los navíos dejaron de navegar un día. Las reacias arboladuras se fueron enmoheciendo con el tiempo que pasaban en los almacenes. Ya hacía mucho tiempo que habían descargado su último matalotaje de fardos pesados en los muelles polvorientos. Carcomidas las carenas, los pólipos y las clacas se apoderaban de los venerables restos olvidados en las dársenas. También se enmoheció el pensamiento de los descendientes de aquella generación que vio brillar siempre el oro de las pelucanas y de la caballería de San Jorge, o de la Gran República del Norte, con patillas de Abraham Lincoln. Todavía alcancé a conocer a don Evaristo, con patillas de esta clase, marino de guerra de alta graduación, pero sólo vi brillar cajones con plata.

La historia de los navíos es triste. Aquellas viejas fragatas lucían

bajo el botalón, enristrado la proa
policromado en roble un caballo marino.

O también

un fanal primoroso con una imagen linda.

Sería necesario ser un Homero para seguir el girar de las horas a través de los años, con la historia comercial de Canarias y con el "Canarias mata" sentir algo así como cuando se pronuncia el "esta es Castilla, ella face los hombres y ella los gasta". Así fue Canarias: ella hizo las fortunas en las encrucijadas y ella las gastó y las dividió para de ellas extraer la esencia de otras nuevas, nuevas empresas que ya no tienen perfume ni supieron jamás lo que es el oro, ni los arcones de caoba con herrajes negros. Cabalgan en competencia, y por ello tienen hoy nuestras ciudades nuevos ritmos de ciudades italianas del Renacimiento, en las que parece van a surgir las banderías de los Orsinis, Viscontis, Médicis y Borgias, y las de aquellos fabulosos Montescos y Capuletos, quizá por más fantásticos más reales: "La mariposa de los sueños sube con su carroza argentina por la nariz de un bachiller, y el cosquilleo de sus diminutas patitas llega al cerebro para agrandar la ambición aún tierna como la yema verde de una semilla: licenciado, ilustrísimo señor doctor, rector de la Universidad de San Fernando. Cosquillea en el brazo un grumete dormido en su hamaca, y traslada al dormido grumete a la escalera, mientras suenan los toques de ordenanza anunciando que el almirante sube al barco insignia bajo banderas desplegadas." Así fueron los sueños de ambición desde que el último bergantín, "velívolo y sonoro", se perdió en Occidente, en el mar de sangre del atardecer.

Despedidas en el puerto

El azul de la orla es la única concesión que la heráldica de la ciudad hace a su situación marítima. Pero la verdad es que todos —aun aquellos que de pequeños alcanzamos a conocer el sentido peyorativo con que se pronunciaba la frase "fuera de la portada"—, todos adoramos a nuestro puerto y que aún —mucho más— nos parecemos por ser —cualquier día al año— viajeros de maleta y rumbo subiendo las escalerillas y haciendo resonar las castañuelas que parece que tienen ocultas. No sé qué secreto placer tendrá el acercarnos al camarero de guayabera y botones dorados y decirle:

—Por favor, el camarote letra K, litera 203.

Pero lo cierto es que a todos nos gusta y ha gustado. La prueba está en esos "souvenir" de París que hay en toda casa de Las Palmas, en esos retratos de moros en la Alhambra, en esas "fotos"

en el zoo de Hamburgo, o atravesando la Mer de Glace, y en esas colecciones de "cartolinas" postales que comprende a todas las ciudades de Italia, o en las "fotos" colectivas, recuerdo de las peregrinaciones a Roma o a Tierra Santa.

Hay noches en que la luna derrama su crema sobre las altas arboladuras y el mar se enjoya con la pedrería falsa de su rielar. Rasgando el satén del agua, he salido muchas veces para Tenerife sin que corriese el más ligero soplo de brisa, contemplando, desde la pequeña cubierta del correillo, el arco que describía en el cielo el astro muerto. Entonces, con esa luz brillante, las de la ciudad y el puerto son puntitos amarillos. Pero si los contemplamos en las que la luna está oculta por los nubarrones que ha acumulado el Nordeste, adquiere todo el aspecto de una gran verbena marítima de gala, con los rosarios de luces de los muelles, con las panzas iluminadas de los trasatlánticos, las casas de la ribera, las fogatas deslumbradoras de los talleres que dan al mar, donde los obreros del turno son como vulcanos marítimos. Lucen hasta los farolillos de los veleros de pesca atados a un palo, esparciendo su escasa luz de suburbio sobre la cubierta, donde no hay más que la sombra de un marino fumando, y la que proyectan algunos bultos inciertos. Las noches de despedida son alegres a bordo. Suben los viajeros, confundidos con los que se van a quedar, y todos tienen el deseo vanidoso de ser tomados por pasajeros. Es el único lugar donde el irse se convierte en un espectáculo digno que no tiene nada de esa despedida de carbonilla de las estaciones ni tampoco de esa brevedad de la partida por los aires. En las despedidas marítimas hay calma para comprar dentro del barco una caja de bombones. Bajo las luces intensas del vestíbulo es donde más brillan los ramos de glodiolos, envueltos en papel celofán, con toda su pompa.

—Adiós, doña Isabel, ya sabe usted donde nos deja. Y no se olvide de telegrafiar al llegar a Barcelona.

—A ver cuándo la vemos por allá, Juana.

Doña Juana hace un gesto vago, como de disimulo, "que eso, ni que decir tiene" o cosa por el estilo, y la conversación languidece como en todas las despedidas. Recorrido el barco de punta a punta, tomada una cerveza en el bar, habiéndonos sentado en los sillones de proa y en los de la cubierta de botes, tropezamos con un amigo.

—Caramba, hombre, ¿te marchas también, Lolo?

—No, no. A mí no me gusta viajar si no es con mucho dinero. Veremos más adelante.

Con la preguntita al amigo quedamos bien y no nos comprometemos a nada.

Las últimas desgarradas agonías de una sirena —esa que oí-



mos algunas veces desde la lejanía del Monte, que nos hace arrojarnos confortablemente— hace que todo se descubra. Los que se quedan bajan mohinos la cabeza y vuelven a afincarse sobre los muelles de piedra.

Pero no siempre terminan así las despedidas. A veces ha ocurrido que los últimos compases de un vals en que bailaban viajeros y amigos se dieron sobre las primeras olas de la bocaina. Y, al contrario, sé de muchos viajeros que tuvieron que subir por la escala del práctico a bordo, mientras la estela del buque ya se pronunciaba con rumor de hélices. Nada de hélices rotas o de hélices nuevas, a que tan aficionados han sido los poetas de nuestra época.

Después, todo va quedando en calma. Los pañuelos duran poco en las manos porque a varias brazas ya no se ven. Los viajeros están como en una vitrina iluminada, pero los que quedan se sumen cada vez más en una oscuridad difuminada que se pierde entre ceretos y huacales poco a poco.

Entonces, ya alcanzando la madrugada, cuando terminan las despedidas, es cuando comienza el sueño del Puerto y cuando deja que se hundan, relajados, los brazos de sus muelles. Por eso, a la mañana siguiente, están llenos de salitre.

La Isleta

Esta mañana una mariposa amarilla ceñía el aire cernido de la Isleta. La Isleta es un mundo aparte, fuera de la Isla y, sin embargo, unido a ella por una evidente razón filial. En contra de lo que ocurre con los mamíferos, estas especies de ballenas geológicas que son las islas, tienen un cordón de vida al cual la edad presta más consistencia. Así ocurre con el istmo de Guanteme. Una vez pasada la suavidad de las Canteras, su concha de matiz femenino, se adentra en el mar la rocosa punta del Confital y, al norte de ella, el gran bajón costero de las salinas. A continuación sólo rocas rojas o negras batidas furiosamente por el mar que rematan con el Morro de la Vieja con el roncador bajo del Becerro. El agua se agita en su torno cuando regresamos de tarde, buscando puerto, y más allá, sobre el bajo de la Vaca y las otras bajas situadas a una media milla de la costa bravía. En la costa oriental de la Isleta, bajo el Morro del Nido, está situada la baja del Palo o Roque y la playa del Cebadal, con el bajo de la Silleta y, a corta distancia, las bajas de las Tintoreras. Todas son producidas por el avance plutónico de las antiguas lavas sobre el mar hirviente, al contacto del fuego infernal de los volcanes.

En el interior, el terreno es quebrado, con una gran llanada central y tres lomas de escorias principales, la más baja la del este, con oquedades de lavas fluidas, con huecos gaseosos al descubierto. Esta parte tiene arcillas, arenas grises, rojas, pardas, entre incrustados de lavas; pero la parte oeste es totalmente volcánica, sólo de basalto más antiguo, en lo bajo, y en lo alto conos de emisión modernos, perfectamente reconocibles, muelas carcomidas de cráteres apagados y extensos escoriales, rocas volcánicas cubiertas de musgos y líquenes, grises, rojos y naranjas, corrientes de malpaís y piconeras. La emoción de ir por su camino con las bruscas escarpadas y la mar batiendo en su fondo, la vista de un suelo infernal, el paisaje de la isla como en un diorama puesto enfrente, la visión multicolor y espejeante del puerto y la ciudad son cosas que se pegan al alma, como esta vegetación extraña y encantada que crece sobre el volcanismo de nuestro microcosmos insular.

Entre todas destaca la escarchosa, *mesembryanthemum cristallinum*, ficoides africana o yerba llorona, por lo extraño de su aspecto. Todo su cuerpo, especialmente el costado de sus hojas y tallos más unidos a tierra, está perfectamente cubierto de unas brillantes y graciosas pirámides cristalinas, berruguitas de agua transparente, que se deshacen en la mano. Sus tallos redondos y sus hojas rastreras y onduladas son totalmente carnosas, con un contacto casi animal, verde oscuras, con vetas purpúreas, empedradas de gotitas gomosas de un pardo relumbrante, como si fuesen metálicas. De nuevos tuberculillos cristalinos, nacen nuevas hojas y las flores brotan de los encuentros de hojas y tallos escarchados, con cáliz de tres o cuatro escamitas rojas y muchos pétalos blancos delgaditos. Destaca por su belleza sobre otras plantas barrilleras que cubren grandes extensiones de terrenos secos no sólo en la Isleta, sino en todo el noroeste de Gran Canaria. El aspecto rojizo de sus manchones me hace pensar siempre en esa vegetación que se atribuye a Marte como explicación del tono con que se ven sus campos a través de los más gigantescos telescopios.

Los cardones pueblan, sobre todo, los ríos de malpaís con sus candelabros y velas, de cinco ángulos carnosos, erizados de púas hirientes, conteniendo la lechosa pulpa abundante y corrosiva, aquella que se usaba hace siglos para curar ganado y embarascar charcas donde los peces terminaban por flotar envenenados. A la escarchosa, la barrilla y los cardones acompañan multitud de hierbécillas de flores blancas, violetas diminutas o lechetreznas invisibles casi, orejudas de pequeñísimas hojas y los negros escarabajos; cernicalos y milanos a la caza de lagartos parientes de aquellos que quedaron incrustados entre las lavas

de otras edades; y también gilbarveras lampiñas delgadas y flexibles y vinagreras aplastadas en matorrales.

Todo este mundo flota bajo la bruma, a la deriva, o brilla bajo el sol como el escudo de Hércules cuando el padre Helios se digna concederle una mirada, al borde mismo de la Isla, su augusta Madre.

Marcha nocturna hacia el puerto

Las luces del puerto y la ciudad se van quedando abajo, en un trasmundo con olor a pescado podrido, mientras los caballos amortiguan el clic clic sobre el asfalto al entrar en enarenados paseos. Entonces las cosas en la sombra adquieren volúmenes extraordinarios. Hay barrancos siniestros, muros blancos que semejan fantasmas y un resplandor tras el cementerio. La noche es calurosa y a pesar de ello llueve levemente y se enneblinan las pocas luces que ahora quedan en el círculo del horizonte. Faros que recorren curvas y unas nubes que reflejan un amarillo de electricidad hacia el sur. Las plataneras parecen, en la penumbra, gigantes con los brazos levantados que llevasen túnicas verdes. Están formando ejércitos con perros vigilantes, con olor de estiércoles y hojas maceradas y el gañán, que parece una estatua de sal en la encrucijada, aún vaga, vigilante, ante el temor de los cortes hechos por las brujas ladronas. Esto es abajo. Las fincas de plataneras son manchas negras, enormes, lujuriantes, no padecen ese clareo de otras plantaciones. Son algo definido, enmarcadas, aún en la noche, por la claridad calcárea de los caminos. Más arriba se recortan en el cielo tiendas de indios sioux. Son las cañas colocadas en cónicos montones que atraviesan estrellas a esta hora. La caravana de caballos, mulos y soldados va serpenteando las cuestas. Sólo se le ocurre llenarse de voces a trechos, y respira cuando le da de nuevo en un recodo el aire del mar, sobre las lomas que un día también estuvieron bañándose en él. Estas lomas tienen a veces caminos derechos entre fincas cuadrangulares, a un costado el cultivo de las cañas, al otro una empalizada tras la cual se ven viñas o algo que lo parece en la oscuridad.

Pero esto sólo ha sido un momento. De nuevo nos hundimos. Pasamos ante un estanque cuando la claridad de la luna ha roto por un momento la cerrazón del cielo. Estanque, acebuche, casa de labor, lomón terroso, forman por un momento el primer plano que se recorta sobre una línea de luces brillantes. Es el muelle que atraviesa con su agujereado de puntos la noche del puerto visto entre dos lomas.

Más allá están las torres de la radio que se destacan como rayas aún más negras sobre el cielo negro. La distancia a que están no se adivina, porque en la noche se pierde un poco el valor de los planos diurnos. Habría que inventar unas matemáticas de la noche distintas a las que rigen de día. A pesar de la oscuridad veo por los alrededores, entre desniveles y niveles, extensiones cubiertas de plantas bajas. Las flores son amarillas. No sospechaba que por aquí, en los alrededores de Las Palmas, se estuviese haciendo algo más que un ensayo de cultivo del algodónero. Continúa lloviendo mansamente. En el cielo hay unas luces que hacen extraños guiños. Es que el agua ha mojado los cables de alta tensión que rodean, como con una red, la ciudad y este campo cimentado de los alrededores. Son los fuegos fatuos de hoy, estas chispas que parecen extraños animales que se han subido a hacernos burla sobre los postes de cemento.

Otra vez sobre el asfalto mojado de la carretera... cloc, cloc, cloc... Las casas cercanas se han recortado de pronto sobre el paisaje de las luces que ya parecen un tanto dormidas y trasnochadas. Alguna vez hemos bajado por un abismo siniestro hasta llegar al fondo de un barranco con ambas márgenes cubiertas de tuneras. A su terminación, cuando nos acercábamos al recinto rumoroso del mar —el que hace del mundo en que vivimos una perla negra y húmeda—, un olor nauseabundo viene subiendo rítmicamente por entre las tapias y las plataneras. Es la factoría con sus luces intensas y su inmenso osario de pescado puesto a secar. Allí yacen noche y día, bajo las luces eléctricas, espectros al sol y a la luna, las enormes ringleras crema de los peces abiertos y sin cabeza, una especie de archivo de vitaminas para la tierra.

Y aquí solían terminar las marchas para adentrarnos entre las calles con humedad humana. Aquel campo recorrido de noche parecía algo artificial y monstruoso, pero lo que tiene el cien por cien de cosa humana recoge en la noche toda la fealdad de las hileras de casas pobres y almacenes de un barrio industrial, sin el brillo del sol, de las arenas amarillas y el mar azul que el día le presta a este solenoide destartado del puerto, entre luces pálidas.

El castillo

A veces un poema puede evocar una obra de arquitectura. Y una obra arquitectónica puede ser un poema de piedra, o barro, o moruno alicatado. Aquí, el arquitecto, el ingeniero, los

maestros de obra, los lejanos obreros de entonces, presas de un indudable espíritu profético, expresaron en piedra sus largos e irrefrenables vaticinios en estilo buscadamente ininteligible —para que la obra fuese inteligente— y sus estancias, llenas de recónditas y elípticas alusiones mitológicas, se convierten en un interior torbellino desbordado, de audaces metáforas de escaleras, que producen el efecto de un desvarío en que el discurso en piedra se halla dominado por alguna fuerza misteriosa del tras-mundo que yace abajo, en ese fondo de innumrables corales que siempre hay en toda trasposición de isla y poesía. Y no hago sino trasladar al Castillo del Puerto, a nuestro Castillo —familiar y hasta casi menospreciado Castillo de La Luz—, lo que dice Martín de Riquer del poema en yámbicos grecoalejandrinos titulado *Alejandra* por su autor, el semi o totalmente desconocido e ignorado, Licofrón. A través de los siglos, aquel poema es casi una joya comparable a los poemas de las modernas generaciones —de estas que tienden hacia la metaforización absoluta—, mientras que el Castillo de La Luz, con su aire medieval, nos parece mucho más antiguo, chato, misterioso, sin dejarse penetrar por ojos vulgares, durante años y años —desde que existía el tranvía amarillo de estribos y entradas laterales—, y que las generaciones aún presentes, sólo vimos como aquella mole de piedra, como aquel edificio en el mar, destinado a ser pasto y refugio de las clacas y algún que otro jurel de plata.

El se limitaba a existir en el atardecer mismo que Cronin lo viera, desde la tartana auténtica que lo transportó —por el camino de tierra o barro del Puerto— hacia el espectáculo del poniente dorado en las Canteras.

Todas sus necesidades previstas en su vasta estructura internamente circular, toma y retoma diversas direcciones que hacen que, de un aspecto exterior sencillo y pequeño, se desarrolle un interior donde las leyes de la relatividad de un Universo distribuido en planos alabeados, nos permite pensar en la totalidad, en nuestro mundo, que a la vez puede ser pequeño y corto y de un continuo cuatrodimensional inmenso en su interior de caracola, con estructura de oído o de megáfono. Como las catedrales, o como las piscinas, como los modernos complejos arquitectónicos de supermercadocolmena o los centros comerciales de las grandes ciudades, el Castillo de la Luz posee *esa cara alternativa* de Mallarmé —no podemos olvidar que él es punto de partida de la cosmovisión literaria de todos los grandes críticos de hoy—: “Esa cara alternativa aquí tendida hacia lo oscuro; allá centelleante, con certidumbre de un fenómeno, el único.”

Podríamos decir que, abierta a la clara luz del mediodía, a la oscura simbiosis de la soldadura autógena y el amanecer, o

el mar de plata sólo surcado por una barca con flores en un recuerdo inolvidable y lejano. El castillo de La Luz es una obra repetida dentro de sí mismo, superpuestas las unas a las otras obras con su premonitorio nombre de luz y sombra, pues esta "pluralidad de lo único nos viene desde la necesidad de escalar, según diferentes niveles, el espacio creador". Porque este castillo, que ya es hace siglos un misterioso estar arquitectónico, no es el *libro que vendrá* de Blanchot o de Mallarmé, sino un conjunto arquitectónico y premeditado y no una compilación de inspiraciones casuales, aunque fuesen maravillosas y aunque se construyesen en algún momento de adentro afuera con un gran modelo de bucio en dicotomía anatómico-calcárea, espectacular, sobre los velámenes tendidos que llegaban hasta el mismo borde de su alegre foso.

Este castillo se desarrolla, arquitectónicamente, como Leopoldo Marechal desarrolló en "rapsodias" su *Megafón o la Guerra*, novela bonaerense en donde la estructura interna de caracol y claraboyas también se da, pues cisternas, aljibes, ojos de buey y almenas, son imágenes palpables de lo porteño, en su doble sentido argentino y canario. En realidad todo ello no difiere mucho de la estructura entera de la comedia de Dante, y, sobre todo, no difiere de esa enorme y estática magnitud épica que tiene el infierno en el conjunto de su obra. Hay puntos de vista, y a muchos parecerá una disparatada crítica literaria esta visión que he previsto para el futuro, del castillo de La Luz cuando las telarañas se nos caigan de los ojos y los prejuicios que tenemos de gambas acamaronadas, desaparezcan, y un nuevo amanecer de aquella luz centelleante, al borde de la marea, sea alguna vez interpretada en su total y múltiple sentido interno. Las estructuras de los aires han sido por fin adivinadas en estas corrientes de piedra que suben como encendidas hacia la plaza de armas de la azotea; y en ese mediodía en que deambulé con la multitud por toda su estructura, volvía, otra vez, a presentarse ante mi memoria toda la aventura del *Château des Fleurs*, verdadero laberinto, aunque negado, fábula eterna y subyacente de la cual no podemos desprendernos, aunque livianas voces nos acosen por prados y galerías pintadas. Mi espiral, dice Marechal en *Megafón*: "Mi espiral, en cambio, alojaría en su centro a una mujer... Entonces poética y místicamente recordé las "moradas" que Teresa de Jesús fue recorriendo, a partir de una exterioridad en sombras hasta una interioridad resplandeciente... dibujé la espiral de Tifoneades, con su entrada única, sus ámbitos curvos —a pesar de la chatez real del edificio desde fuera— y la recámara íntima de la mujer semejante a un carozo en el centro de su fruta. Cuando contemplé mi obra, entendí que se re-

solvería en un caracol gigante acostado junto al río Sarmiento." También los constructores de nuestro castillo de La Luz lo verían así surgir del mar una mañana de San Juan, cuando todavía eran y estaban limpias las aguas de la bahía de las Isletas.

Cilindros

Desde un lugar que yo sólo me sé de la Isleta-Sur se divisa un panorama del puerto que puedo revelar en pocas líneas a los mortales que no tienen la dicha de conocerlo. Las gentes, esos seres que gravitan con cuarenta años más sobre sus propios pies de lo que debieran, se ciegan voluntariamente sobre la realidad estética de nuestro mundo circundante. Aún no han comprendido cuán monstruosamente bella es la curva fácil de la poceta de porcelana, del avión, de un auto del último modelo. Pero si permanecen ciegos para esas realidades, que sólo los niños nos enseñan a amar, porque ellos ya han nacido con la familiaridad nuestra a estos artefactos, mucho más ciegos permanecen para la sorprendente belleza de las fábricas, de los buques en construcción, de los depósitos cilíndricos de gasolina, que se arremolinan en las afueras de las ciudades y que, por lo tanto, no permanecen bajo la visual de las personas refinadas, de las que la civilización pule por completo, en cada generación, y son las llamadas, con su sentido selectivo, a dar el "placet" estético a las cosas.

Desde luego, el cubismo ha intetado acercarnos a esta realidad, pero no lo ha logrado del todo porque su desarrollo ha sido a saltos, se ha visto interrumpido por grandes guerras que han hecho desertar de su campo a los que debieran haber seguido impérritos su demostración de tetraedros, esferas, conos y poliedros, con la pura sencillez de sus colores primitivos: negro, gris, plata, azul bruñido.

Las casas, los muebles, la ropa, la vajilla, todo se ha impregnado, en definitiva, ya hoy, del arte de nuestro siglo. Tampoco esto lo vemos. Sólo el subconsciente nos grita que, convertida la geometría cotidiana en algo banal, ya era hora de que se despidiese el hombre de hoy de ella, antes de entrar definitivamente en la geometría polidimensional o relativa, la geometría del intervalo que estamos a punto de pasar por ojo. El Talgo, el teatro, el cine, el puente, la calle cuarenta y dos, todo tiene sentido dentro del cubismo principio de siglo. Y hasta cuando se imita en Madrid la arquitectura de los Felipes y se le superpone el neoclásico a lo Carlos III y en Canarias se hace pretendida arquitectura del país y muebles falsos de Artenara, lo cúbico, rom-

boédrico, pentagonal o esférico, entra constantemente en la composición con sus caracteres indelebles.

El pasaje de la Isleta-Sur-Puerto de la Luz, es un trozo de paisaje cubista sin aditamentos de anécdota personal, escueta pura y simplemente, con el predominio de las superficies y los volúmenes, dispuestos en una serie de planos que no tienen preferencia dentro de nuestra pupila. Desde una garita cilíndrica se domina un puente cuadrangular sostenido por pilastras en A. Un callejón entre cilindros de superficie aluminada nos proyecta sobre la parte exterior del muelle, sobre un mar que, a esta hora, tiene unos reflejos siniestros azul ultramarinos, para despejarse en un azul ostra poco más allá sobre las brumas en que se pierde al sur. Un segundo callejón a la derecha nos conduce también entre los cilindros de una altura variable —no valen aquí perspectivas, los cilindros no son, naturalmente, más bajos ni más altos, sino a voluntad de su creador—, donde hay alguno que conserva su color natural ferruginoso, y se ve la calma de los muelles a una hora en que los barcos reposan tranquilos. Sólo hay uno en esta dársena grande, atracado al muelle de protección. Es gris, de palos amarillos, lo veo enristrando la proa hacia mí y ostenta chimenea chata y amarilla como los palos, el sostén de las poderosas grúas. Sobre la explanada aún logro divisar otro elemento geométrico de este paisaje de sueño actual: son las enormes pilas de cajas aparcadas en espera de que todo tome actividad, de que sean cargadas en los vientres de los trasatlánticos que vienen de Sudáfrica, de la Costa Inglesa, de Argentina o de otras más lejanas aventuras marinas. También estos cilindros esperan su hora de actividad: aquella en que reciban o den su negruzca sustancia viscosa y maloliente que no vemos, pero que presentimos en su estatismo de depósitos de la energía acumulada por otras edades geológicas en el fondo de Maracaibo, de Pensilvania, de Batum. Tampoco el puente es un elemento muerto del paisaje. Por él se pasa sobre un abismo de cloaca, de desperdicios, donde hay un cerdo gruñendo y calderas enormes, abandonadas, destrozadas en su panza abierta, a una fábrica que suena con ruido monstruoso, a las horas que trabaja y que parece despertar los ecos de estas costas que perdieron definitivamente su libertad natural para ganar esta más difícil de la cual renegamos, pero a la que no tenemos más remedio que adaptarnos como cilindros con vida propia.

Barcos a la deriva

Todos los mares han estado alguna vez poblados por barcos fantasma. La literatura marítima es una de las más extensas de las existentes. Chalupas que se hunden en el Champlain; balle-

neros que se estrellan cargados de aceite, de sacrificios heroicos y de asaltos a mano armada contra los costados relumbrantes de un inmenso cetáceo; palos a la deriva... y, sobre todo, por los mares de Canarias, muchas casacas teñidas de sangre, espléndidas casacas, de encajes, de terciopelos, paños de Bruselas o Gante, leontinas de oro de las Antillas y sucios rayadillos de sotabanco mezclados a elegantes pelucas, espadines y martirios de monjes que iban al Brasil a predicar salterios.

El ancho patio de monipodio de la marinera expresión; el inmenso mundo de los peces y de las costas, de las caracolas, no es para encerrarlo en esta botella de fantasía, transparente y llena de burbujas de cristal malhecho que trato de construir con cuatro líneas. Es un mundo tan inmenso, que hemos de andar con una lupa de aquí para allá buscando el detalle entre los meridianos y los paralelos, y midiendo las distancias sobre las rayas que los portulanos tienen, en confuso laberinto de oros, azules y rojos para indicar la distancia de puerto a puerto o la inmensa rosa de las direcciones.

Una sola cosa. El barco tenía nombre de portero, de mozo de hotel, de barman, de criado de casa grande: se llamaba *Alonso*. Los pailebotes pertenecen a esa indefinida fluctuación muy marinera de la fauna conjunta que ha hecho nacer en las aguas a las sirenas y a las morsas, a los elefantes, a los perros y hasta a las jirafas marinas y los tritones. El mar es el país de los medios seres; unos medioseres no a lo Ramón, sino que "son" a la vez de mar y fuego, de tierra y aire. El *Alonso* arribó a puerto con un cargamento de Aruba con bidones malolientes, perlas japonesas y guacamayos brasileños. Se perdió entre Garafía y la Isleta, en una noche de simple lluvia. No se ha vuelto a saber de él. Llevaba a bordo estudiantes, marinos, viejos lobos de mar y mujeres con crinolinas y sombreros de paja. A pesar del sombrero, desaparecieron, se hundieron para siempre también.

Un vapor holandés con nombre de Amsterdam —*El Malecón de las Sirenas Estrechas*— deshizo el encanto que ya se había forjado en el aire, en las nubes rosa del atardecer, que imaginaba a aquellas carnes blancas, suaves, de crisol y lumbre, entre enaguas pudorosas, descendiendo, descendiendo, descendiendo a profundidades ingravidas, con el pelo suelto, indicando, como una flecha, hacia lo alto. El *Alonso* tenía un nombre muy prosaico para hundirse.

Fue lamentable su entrada de barco fantasma fracasado, en el puerto angosto de Santa Cruz de los Naranjales, después de ser atado como un perro a la cola versallesca del *Malecón de las Sirenas Estrechas*. Las velas flojas y gachas, la maquinita —insignificante maquinita— averiada, inservible y las mujeres

despintadas, angustiosas, con el pelo revuelto, del viento, del mareo, y el donaire de las ojeras, sin embargo, más resplandeciente que nunca. Los marinos traían barba y sotabarba. El tabaco se había agotado; la mar los había bronceado más que nunca en la mecedora habanera de sus brazos de ópalo y cristal.

Las gentes, revueltas, con equipajes, matalotajes y cordajes, fueron abandonando el silencioso pailebote, arrimado al muelle como si fuese una gaviota herida por el viento. Pasaron los días, los años, y los cangrejos se habituaron a recalar por sus bordas, como si se tratase de la casa familiar. Los percebes, las clásicas patas de cabra, habían cuajado su casco al cabo de poco tiempo. El barco que no se hundió en el misterio, se hundía en la miseria, como un símbolo arriado, como el fracaso de los seres mixtos, sin navegación, esquinados, con todas las cosas, al margen de los mares y de la tierra.

Las autoridades de marina tuvieron un último rasgo humanitario hacia aquel barco fracasado. Las vías de agua se proyectaban, cada vez con más claridad, sobre su interior. Aquello sabía a humedad, a hongos marinos y salobres, a medusas ya palpitantes en cada crujía, en los camarotes; los ojos de buey eran sencillamente ojos de pescado a medio morir. Las autoridades de marina decretaron que el barco fuera de nuevo a un lugar de la costa destinado a cementerio de barcos. Allí recibió piadosa y cristiana sepultura, llorando sus costados de agonía. Aún durante mucho tiempo sus manos —sus palos— surgieron de entre las olas, diciendo adiós a los hombres. ¡Qué trabajo le costó morirse al pobre *Alonso*, mendigo de monipodio, pailebote mal avenido con los vientos y las máquinas!

La plaza

Desde lo alto de aquel callejón que se precipita como un tobogán sobre la plaza, ésta y la calle que se prolonga hasta perderse en la lejanía, son como una perspectiva de San Francisco de California que hemos improvisado en nuestra ciudad. Pero el tobogán da con nosotros rápidamente en tierra y ya desde el mismo nivel de la plaza ésta aparece grandiosa en la noche que empieza a rebullir bajo el peso del día, que ha transcurrido corriendo cortinas de lluvia, acolchando el agua los intersticios de las horas que traspasaron hoy, sin trasatlánticos, los pilonos insulares del puerto. Antes de desembocar en la plaza, sin embargo, hemos de pasar por dos controles. La plaza es una sonrisa eléctrica en la noche de las callejas mal iluminadas que se extienden, sin vértebras, Isleta arriba. Pero este remanso del tobogán,

antes de llegar a la misma plaza —un segundo, dos segundos, menos que nada—, nos da la imagen de cuántos malos pensamientos van implícitos en las obras honradas, de cuánto valor tiene un minuto, una micra de segundo, en el pensamiento. Sólo cuatro pasos: un, dos, tres, cuatro, hemos pasado ante el enorme portón de una de las casas petroleras: “Se prohíbe fumar”, la superficie combada de los depósitos se nos revela hasta el suelo. Este es el control del doloroso trabajo, del que vino realizando la tierra para nosotros poder marchar todos los días, y del que guardan estos hombres aún, en la noche del sábado, que bajo el encristalado torreón de mando tienen la vida del barrio en sus manos, porque el menor descuido en la quema de escorias, la menor salida de combustible hacia lugares donde sólo una cerilla arda, significaría una horrible explosión.

Un, dos, tres, cuatro pasos más dejando atrás el umbral de la maloliente maquinaria, de las tuberías de conducción y trasvase de aceites pesados. Ahora estamos frente a la puerta de un burdel. Mejor dicho, pasamos primero ante su ventana. El interior está iluminado y en la hoja de su puerta se ha abierto un ventanillo con tela metálica. Dentro se ve un camastro con una colcha de cretona sucia y descolorida. El fondo es sólo un biombo de otra cretona también floreada en tonos un poco más oscuros. Una dama monstruosamente gorda avanza por nuestra misma acera, toca con los nudillos en la madera y grita destemplada:

—Lola, cierra el ventanillo.

Un, dos, tres, cuatro, no hemos tenido tiempo ni tan siquiera de oír la contestación de Lola y ya estamos en este mundo iluminado de la plaza. En ella nos sentimos pequeños, las farolas de cuatro brazos parecen candelabros de gigantes; por sus amplias calzadas cabría un río de “guaguas”, que se concentran aquí a ciertas horas, cuando va amanecer, cuando anochece, después del mediodía. Pero a otros el río se produce de “autos” pequeños, etiquetados por una empresa de viajes que escupe constantemente procedentes de la explanada del muelle grande, a los empleados civiles del Imperio Británico en el Africa Occidental, a los ciudadanos negros de la Union van Zuidafrika, a los rancheros argentinos, a los comerciantes brasileiros, a los empresarios suecos de papel o de barcos y, en fin, a toda esa amalgama internacional que solía llegar al puerto diariamente, entre seis de la mañana y tres de la tarde. Pero estos viajeros pasan veloces por la plaza en busca de las delicias del interior. En cambio, los emigrantes de la Península, los italianos, los griegos, los marinos noruegos, los chinos o los numerosos negros que pululan en los malolientos petroleros, las mujeres con pantalones de hom-

bre, los jovencitos de aspecto equívoco y camisas amplias a cuadros rojos y rayas negras, los ciudadanos de Verona, y las salamanquesas austriacas, ese trasmundo internacional de pacotilla, va llegando en sucesivas oleadas a la plaza, se van quedando, muchos en ella, rezagados, por las pocas tiendas y las muchas "salas de fiesta" o "bares" que le cierran por completo el paso al caminante por el costado de poniente. En esta parte reside la gracia de la plaza. En toda obra maestra hay la pifia del artista genial. En esta obra monumental del Municipio se signa el garabato de una pierna torcida, una mujeruca que camina con la punta del pie y hecho un enorme arco el resto, con aspecto, toda ella, de vieja suciedad y celestineo, escarmentando al sol a alguna pupila recalcitrante, o acariciando a un perro sarnoso, uno de los tantos que abundan por los alrededores de la plaza, muertos de hambre. Pululan a esta hora y a toda otra, por esta acera de las salas y los bares las chicas de los burdeles cercanos, con sus lacras al sol o a la luz de las farolas. A todos aquellos salones los he visto cómo han progresado en el curso de catorce años, cómo han desaparecido, por este lado, las viejas casas de madera de la Manigua y han sido sustituidas, incluso, por pretendidos rascacielos —por lo menos el cielo tendría que tener el nivel de las calles de arriba—. Ahora, junto a relucientes tubos de luz congelada, a monstruosos aparatos para sacar agua-chirle, a mostradores relucientes,

Transatlántico

Desde la madrugada las sirenas herían un cielo en claroscuro, como saetas cargadas de humo, de vapor de agua, de esterlinas a medio quemar. Los arenales lijaban el cielo con sus dunas de mica molida y de su carne blanda, de su raso vapuleado, brotaba la primera sangre del día. Se encogían las banderolas reposando en sus mástiles con esa calma de la mañana que se anuncia, y los grumetes y marineros gritaban, en todos los idiomas, el nombre del puerto. El capitán, a aquella hora, se bebía el último poso de ginebra que le quedaba en su vaso sin apurar, y los primeros desperdicios de los barcos caían de las ventru-das cocinas a un mar que todavía era negro por estar tan bajo, tan hondo y profundo que el sol naciente no le alcanzaba. Sólo unas cobras de aceite eran los primeros reflejos de la bahía.

El mar era poco para aquel trasatlántico negro que se acercaba a la rada con su prosopopeya de innúmeros ojales para abotonarse a muelles gigantescos. El más respetable mastodonte de la familia naviera, con su elegancia de abuelo corrido, de lord

inglés, maniobraba para ocupar su puesto entre sus hermanos menores, otros gigantes como él, pero que no se atrevían a vestir aquel elegante chaqué negro de sus bandas todos los días.

Aquellas de los costados eran más bien dos "trasatlánticas" alegres, dos jóvenes de buena familia, una "Casta" y una "Susana" distinguidas a los costados de un Don Hilarión de los mares, fumando la pipa de su chimenea amarilla y gorda.

La morena vestía de un malva rosa elegante y discreta y la rubia de un gris alegre, claro, haciendo juego con el mar azul cobalto. Las carenas vecinas chirriaban molestas, pero se adaptaban. Había llegado el tío rico, el que ostentaba con orgullo las insignias del Royal Mail. La mañana despejaba mientras tanto con su pañuelo, con paño de limpiar el polvo de la madrugada, las últimas dudas, y las tres moles, gris, negra y malva surgieron nítidas a los ojos atónitos de la Isla.

La brillantez de las mujeres de cabellos blancos daban aire de coro antiguo a algunas aceras de los muelles.

Transitaban parejas jóvenes con esos trajes que a nosotros nos parecen sacados como de una guardarropía, vestidos de broma: ellas, con pantalones largos azules, amarillos, rojos; ellos, con pantalón corto blanco; niños rubios, jerseys multicolores, complicados, muchachotes con camisa despechugada y risa sanota. El vientre del transatlántico se despoblaba de su carga de pasajeros del Brasil, de la Argentina o de la Costa de Oro, de sus negros de ébano brillante. Un indio de amplia y gigantesca resha azul pálido parecía —en lo alto de la cubierta— querer hipnotizar, con su mirada negra, a los pasajeros que transitaban, curioseando, las chucherías que sus otros hermanos de raza, los que viven aquí convertidos en occidentales morenos y de ojos bulbosos, exponían en el suelo, como en los buenos tiempos del *Orania*, el *Gelria* o el *Zelandia*.

El costillar pentagrama

La sala de música vibraba, estaba vacía y luminosa de cristalerías que presentían el cielo azul que reflejaba fuera el triunfo del sol.

Era amplia, ausente de multitudes, sin el olor de las otras salas vacías, sus hermanas de tierra, sin el olor de los barcos con arrojaduras de mareados. Invitaba aquella soledad a un hablar quedo. Cómodos sillones de orillo, terciopelo, miraguano, pedían con sus brazos un reposo después de la larga caminata por los muelles. Mesas con madera de parquet melado, con incrustaciones más oscuras, ostentaban revistas inglesas, llenas de una tranquila ñoñería, donde aparecen esos castillos encantados que se

venden porque sus dueños no pueden pagar los impuestos, donde se exhiben las bellezas de la aristocracia en todos los países, dispuesta siempre a fotografiarse, sea la hija de lord Camerum, como la princesa Estefaldina de los Bamaguatos. Una virtud tienen siempre estas revistas. De pronto abre uno una página y es transportado, sobre el suave papel de sus grabados a las lejanías de los leones hititas, a las figuras de todos los monumentos arqueológicos de todas las épocas, descubiertos por los franceses, encontrados por los americanos, existentes en el Museo Británico, o a las bellezas sencillas y delicadas de los dibujos de un gran escudo de la época de "La Tene" encontrado en el estuario del Támesis; o a la multicolor reproducción de las flores de la campiña inglesa, que dan su colorido a la cerámica del país, a la deliciosa "pottery", que lo mismo deja grabada la figura de Churchill que un caballo de fantasía, en un mágico vidriado, cuya vida es la que quieran las manos hábiles en romper loza de las muchachas de todo el mundo.

En aquella sala de música del transatlántico, ante los atriles gigantescos, que parecen hechos para músicos suecos por lo menos, se queda uno abstraído a pesar de la conversación en un idioma irreproducible de varias mujeres. ¿Chinas, suecas, holandesas? ¡Qué más da!

Cruza la sala un botones rubio, luego un señor respetable, de uniforme azul, gran conserje "de casa y corte" que me mira curioseando lo que yo no quiero revelar.

Después, una dama alta, joven aún, elegante, con un pantalón gris de impecable caída, un jersey rojo largo sin mangas, sujeto a la cintura por una línea negra, hacia el invernadero, hacia la miniatura de invernadero, un macizo de flores azules de helechos de todos los tipos, de begonias, de anturios, de rododendros y rosas. Más allá, la pequeña biblioteca. No he alcanzado a leer más que los títulos venezolanos *Reinaldo Solar*, *Doña Bárbara*. ¿Qué más? Esos corrientes, de América y España, como leer a los Machado o entrar en sopor con Miró, obras escritas bajos los rayos ardorosos del sol, que es, en definitiva, lo que buscan estos transatlánticos y estas mujeres navegando por los siete mares del ancho mundo.

El mito de Helios se hace carne con nieve y hierro de forja en la anchurosa bahía, y se desinfla y padece cuando el día está lluvioso en Gran Canaria.

Pero la sorpresa andaba por las cubiertas amplias de arriba, anchas como calles, tendida de larga sillonada, cubierta con encajes de La Palma por el Sur, dando a una mancha malva el fantasma de la madrugada, y por el Norte, a la visión gris, con cubiertas blancas, del barco que llegó de Lagos; por el Sur, con las



campanas de Las Palmas; por el Norte, lindando con la Isleta.

La sorpresa andaba por los pasillos, por las cubiertas vecinas y doradas en forma de una dama rubia que de pronto reprende a unos niños en castellano, mientras más allá, sobre maderas sucias, junto a barcos que llevan arpones y cornetas por emblemas, unos negros hablan en su jerga, inglesa, destrozando las rosas y los cisnes de Shakespeare.

Estadística

Las Palmas de Gran Canaria. Domingo 4 de junio de 1911. En el mes de mayo último entraron en nuestro puerto 386 buques de vapor y 149 de vela. En total, 100.000 toneladas en barcos ingleses, españoles, alemanes, noruegos, franceses, italianos, austriacos, argentinos, brasileños, rusos, daneses, griegos, holandeses, suecos... La importancia del puerto de Las Palmas se sostiene a pesar de haber terminado el cólera en la Madera.

—¿Qué ganas tiene siempre la gente de darse importancia!

—¿Estuviste hoy en el puerto?

—Sí. Estuve en el "Alcántara". Una mala pintura del "Alcántara Bridge", el puente de Toledo presidía la sala de música. Y los precios del "store" por las nubes. No hay ya quien compre ni unas malas galletas inglesas a quince chelines una cajita insignificante. De una libra me devolvieron medio chelín con el escudo de Nueva Gales del Sur por detrás.

—De los transatlánticos que venían al puerto hacia 1913 ya he hablado en otra ocasión. Entonces, en ese año, visitaron el puerto 6.717 buques, con un tonelaje total de más de 18 millones. En total, en los primeros catorce años del siglo entraron en la dársena más de 14 millones de toneladas al año, para quedar reducidas a dos millones durante los años de la primera guerra mundial. ¿Es esto darse mucha importancia?

—No lo creo. ¿Y después de la guerra?

—El tráfico volvió a aumentar, pero muy lentamente. En el año que estalló la guerra de España se llegó al total de los 8.030 buques, con seis millones y pico de toneladas. En el que rompieron las hostilidades los alemanes por segunda vez en el espacio de medio siglo, o sea en 1939, no se pasó de los 2.518 buques y los cinco millones y pico de toneladas, pero en estos años del 18 al 39 aparecieron muchas banderas nuevas por nuestro puerto: japonesas, yugoslavas, norteamericanas, estonianas, lituanas, letonas, marroquíes, panameñas, mientras habían desaparecido otras definitivamente. En plena guerra, en 1941, entraron dos mil y pico de buques, pero las toneladas no pasaron de millón y medio. Sólo un barco alemán se arriesgó en ese año a llegar a Las Palmas.

Holandeses todavía vinieron cuatro, e ingleses, doce; los que hoy entran en una semana.

—¿Y después de la segunda guerra?

—Ahora es cuando se viene a notar el “después” de la segunda guerra mundial. En 1949 entraron 4.733 buques, y si se cuenta a los veleros, 5.855, con un total de más de 16 millones de toneladas de registro bruto. Y en una semana cualquiera o en un día cualquiera los titulares del tráfico portuario pueden decir: “Mil quinientos buques, con más de cuatro millones de toneladas, entraron en los tres meses últimos.”

—Señor, esto puede arrojar una media anual de 7.000 barcos y de 16 a 18 millones de toneladas brutas.

—Por ahí, por ahí...

—¿Sabe lo que me parece?

—Que aún Las Palmas ni la Isla ha encajado este golpe; ha sabido adaptarse a esta llameante situación de rayas que se cruzan, emborronando sus alrededores de fueloil. Y hoy menos, con setenta millones de toneladas anuales.

Los turistas de alto bordo

Al isleño le calientan las majaderías y, sobre todo, cierta clase de papanatismo entre sus compatriotas, que se quedan abobados con cualquier cosa que les digan de fuera, de más allá de esa barrera de picón y mesembrintos y alguna que otra tabaiba o tunera arrejuntada con cabras, pescado salado y factorías misteriosas, que es la Isleta.

Al isleño le gustan las cosas y no ese multicolor despilfarro de colores en las camisas de los turistas de alto bordo, de los pasajeros de cubiertas enlonadas, de los negros de Africa, que prueban, con ojos asombrados, por primera vez, lo que es una civilización de verdad, de solera y no de técnicos y niños de pantalón corto, un poco demasiado talludos.

El isleño también se enfada si tratan de abacorarle, sea con elogios o con críticas. La verdad es que no le gusta ni lo uno ni lo otro. Siempre se ha reído bastante de los oradores de circunstancia que lanzan el “¡Viva Cartagena!”, sin venir a cuento, en la primera conferencia que dan en el Galdós o en el Gabinete. No les gustan a nuestros compatriotas cosas que salen con muchas mieles por la boca y tienen bastante hiel en el corazón.

Pero también les jeringan esos turistas que vienen criticándolo todo y sacándole punta a las cosas que ya saben bien los canarios lo defectuosas que son. Siempre terminan acordándose del cuento de la carta, y lo llevan a Escaleritas, a la catedral o a cual-

quier otro lado para que admire algo. Y la realidad es que las cosas son muchas veces pura y exclusivamente según el humor del que llega y el momento en que lo hace.

Los corales de Capricornio es en este aspecto un libro algo excepcional, porque nos muestra de una forma poética cómo puede pensar un turista de alto bordo cuando se llama y escribe como F. D. Ommanney.

—En cada puerto de escala, mi brújula cambiaba un poco de tonalidad y luego pegaba un nuevo salto, girando graciosamente.

—¿Y en Las Palmas?

—En Las Palmas bajamos a tierra, donde compramos cosas que no necesitábamos y con las cuales no supimos luego qué hacer. Yo adquirí una caja de cigarros que luego resultaron húmedos y agujereados por los gorgojos. La señora del gobernador se divirtió comprando manteles desde la borda. ¡Qué maravilloso trabajo! —comentamos todos— a pesar de que yo, para mis adentros, lo reputé indiscutiblemente horrible, como son todos los artículos de artesanía que venden en los soleados puertos de mar, tan inútiles y feos como los elefantes negros de Colombo... También hemos visto muchos de éstos en Las Palmas, señor Ommanney.

—O los objetos de cuero repujado con camellos, palmeras y pirámides, de Port Said.

—¿Llevaba mucho tiempo sin aparecer por aquí?, infatigable e irónico viajero.

—No había estado en Las Palmas desde hacía quince años. Era entonces una ciudad desaliñada y mísera, con montones de vagabundos harapientos y muertos de hambre, estacionados en los portales de los muelles y mataderos, y alcahuetes al acecho para acompañarnos al burdel más próximo y robarnos en la transacción.

—Creo que exagera, señor Ommanney. Parece que hoy la gente se queja de lo contrario, y en vista de ello los indios de la calle Triana traen figuras de la Giralda y toreros en los abanicos, muy propios para un recuerdo del país. (¿Para cuándo se espera la explosión esa del Timanfaya que decían que iba a haber?)

—Hoy se observa un cambio notable. Las calles están limpias, y la gente tiene un aire altivo y distinguido. Es en extremo amable y cortés, y la mayor parte de los hombres visten un uniforme u otro —se refiere Ommanney a su viaje durante la guerra—. Vimos varios cuarteles modernos y bien contruidos, que no estaban cuando mi anterior visita, y en cuyas entradas una inscripción, en letras enormes, rezaba: "Todo por la Patria."

—Todo por la Patria y todo sea por Dios, Mr. Ommanney. Afortunadamente, no todos los turistas de alto bordo tienen mal gusto ni van en calzoncillos, ni todas las turistas son feas sólo por el

hecho de ser turistas. Pero todavía nos siguen molestando esas gentes que vienen con prevención de ver en nosotros negros subidos a los cocoteros y que preguntan de qué raza y qué costumbres tienen los indígenas de color que habitan las cumbres de la isla.

—Nada tienen de particular. Tenga en cuenta que todavía a mitad del siglo pasado había auténticos salvajes en las tierras altas de Escocia, en los límites con Inglaterra, y que las costumbres feroces de algunos pueblos europeos en nada se diferencian de las de otros de Africa.

—Bueno. Si usted lo dice...

Posada Jamaica

Las luces se apagaban y se encendían en las fraguas junto al mar, mientras iba amaneciendo. El correillo entraba pesadamente en puerto, rozando levemente el aire de la mañana, pero con un ruido de anclas que metía miedo.

El trasmundo de la marea empezaba a adormilarse en la vigilia de toda la noche, mientras la parte hermosa, llena de colorido, del puerto, se desperezaba; una esfera nocturna de mariposas gigantes y con forma de calavera se agitaba hacia poniente buscando el descanso. Es el mundo que rebulle detrás de esa línea estrecha y baja de casas con que el puerto separa a su calle, su vía de istmo, de la marea pululante de clacas.

Atrás está esa zona que no ha dejado de ser del todo tierra firme para convertirse en mar y otra vez más, casi disuelta en el ir y venir de las lanchas, donde el salitre, las cucas, las maderas podridas de las barcas, las redes y los cambulloneros, no se sabe dónde han dejado de ser peces —los ojos siempre bien abiertos— para mezclarse en esta materia algosa que no es vegetal ni animal y que tampoco tiene ya inmovilidad del mundo mineral, sino más bien el temblor gelatinoso del primer plasma.

Podría ser aquello un canto al proteiforme Nereo, a las cambiantes aguas, si tuviese algo limpio, en vez de ser un inframundo maloliente. Pero hemos de confesar que gracias a este istmo —mar tierra de nadie—, gracias a esta frontera, a este telón de aguas vivas que deja penetrar todo, que es como un filtro impalpable, Gran Canaria está aún viva en el mundo y alienta, y respira, y hay cien cachorros sueltos por esos mares y esas tierras americanas del perro de Doramas.

Este Universo que por la marea es tangente a Gran Canaria —ese inmenso océano que une a todas las costas—, allí se hace manso, estrecho, bocudo, niño, y de ese contacto, como del primer contacto en que nació la vida, se mantienen hogares y más

hogares, patios y más patios, con radios y macetas de geranios, Isleta arriba, en un mediodía cualquiera, de donde salen después los "ases" del fútbol y de los candrayes. Con galletas inglesas, con relojes suizos, con plumas americanas y mecheros y cigarrillos de Tánger, con azúcar de Cuba, durante una época muy larga de años de nuestra historia insular, las cosas entraban y salían fácilmente desde y hacia Inglaterra y Nueva Inglaterra, sin banderas conocidas, porque no necesitaba banderas lo que es alimento universal para los estómagos, no para el espíritu.

Pero el mundo tiene uniformes, y leyes, y fronteras creadas por los hombres, aparte de estas que la naturaleza ha puesto entre el mar y la tierra, donde camarones y cangrejos siguen la pista de las mercancías sin manifestar.

La media luna de octubre señaló el paso por el meridiano del velero que dejó a los muertos esclavos en el sur de Gran Canaria. Aquella era una luna de sangre huyendo del perseguidor inglés, porque era contrabando internacional el llevar más negros de los que ya habían a la gran cabaña, a la inmensa cabaña del tío Tom americano. (Tom y Sam han tenido estos días que volver juntos a la escuela.)

Pero al fin y al cabo estas cuestiones del color de la piel no tienen importancia; son elucubraciones de gentes sin otra preocupación, cuando se trata de la pura y simple subsistencia de lo que se ha estado debatiendo años y años en esta marea del Puerto de la Luz, sin portazgos muy francos que digamos.

Una serie de casetas de madera, barracones y lanchas, y almacenes guardaban las mercancías. Un paseo por allí es el paseo a un almacén, bajo los candados más poderosos que podían encontrarse en las ferreterías de entonces. Eran los equivalentes a aquellos grilletes puestos a los pies de los esclavos para que no pudiesen huir del barco en peligro de ser atrapado.

Este mundo del Puerto, digno de ser descrito por un Dickens, o por Dostoyewsky, o por Galdós, tiene carne morena; las banderas de los consulados parecen que todas flotan en él, aunque estén lejanas, en el fondo gris perla de Las Palmas. No es que sea el nido de víboras de complicaciones sentimentales; es que lo genial, lo cinematográfico está pidiendo a gritos luz de escena sobre esa multitudinaria Posada Jamaica que se refleja en la vida de sus tugurios y sus hombres.

Los ojos asombrados de un funcionario peninsular pueden ver cómo antes, cuando este tráfico era necesario, imprescindible, subían las libras esterlinas por la proa de un barco anclado, mientras bajaban las neveras o los sacos de azúcar, para después volver a bajar las mismas libras —pudiera ser que fueran a veces

sudafricanas o del Africa occidental— para comprar coñac o pájaros canarios.

En las farmacias de Las Palmas, cuando llegaban balleneros noruegos, se agotaba el alcohol de noventa grados, pues estos nórdicos venidos del Antártico regresaban con el gaxnate podrido de tanto aceite. Las porras de la autoridad del “paquete” habían de ejercerse muchas veces sobre las cabezas duras y rubias para evitar que quedasen prendidos de la isla, pegajosa como un pulpo de San Cristóbal.

Los camiones habilitados en la noche, cargados de harinas argentinas, canadienses o australianas, se lanzaban entonces por el istmo hacia la isla, dejando atrás los inconvenientes de los alrededores controlados de Posada Jamaica, no sea que el guacamayo de Panchito el del Tenderete diese la voz de alarma. Pero unos cien metros, doscientos metros más allá del mercado, un pinchazo, parón y vuelta al ruedo. El vista venía precipitadamente. No se sabe de dónde, veinte cuerpos y cuarenta manos descargan el camión en menos que canta un gallo. El gris funcionario ha sacado lápiz y papel.

—A ver. Dígame: ¿dónde está la harina que traía este camión?

—¿A cuál harina, cristiano? ¡¡¡Veemaría!!!

—Dígame dónde está la harina.

—Yo no he visto denguna.

—¿Y el polvo que tiene el vehículo?

—¿Acuál vehículo?

—¡Guardia, hágame el favor! ¿No vio usted cómo descargaban la harina del camión?

—Mire. Yo, si le digo, le engaño —responde el aludido.

—El polvo éste es algo. Fíjese cómo está el camión.

—Mire. Yo creo que eso es de estar la noche al relente.

* * *

La vida en el trasmundo sigue impertérrita, pero más pobre. La competencia se hizo cada vez más difícil. La vida, también. Se regularizó la emigración. Ya no podía ocurrir aquello del tiempo de la guerra mundial, en que unas lanchas armadas extranjeras fueron totalmente despojadas de todo lo vendible —incluso el radar—. Lo malo es que cuando algún tratante llegó a bordo con el comprador, ya otro compañero se le había adelantado en el propio saqueo y no quedaba un catalejo ni una funda de almohada par un remedio. Algún exagerado decía que del *Arandela S. S.* no había vendido la chimenea porque hacía feo. Lo bueno para Canarias es que aquellas divisas exportadas eran de

retorno, porque a las pocas horas habían sido depositadas de nuevo en el mostrador de Posada Jamaica, convertidas en el peor coñac del mundo, bebido por los gatzates menos selectos del universo.

Parque de Santa Catalina

Nunca había comprendido el cosmopolitismo del parque de Santa Catalina, en el Puerto de La Luz, de Las Palmas de Gran Canaria, hasta no haberme sentado allí a conversar con Pascual Venegas Filardo. El y su relato de un terrible tifón, allá por las islas del Sol Naciente, me lo hicieron comprender así, de pronto, con la evidencia de las cosas pasadas de moda. Bajo la luminaria de neón, cabe los laureles y los ficus, junto a los parterres de callaos y bombas volcánicas, se desplegaron las sillas de tijera o de pantry para sentarnos en ellas: José Ramón, Guillermo, Efraín, Oscar. Pero era casi siempre Pascual Venegas el que quería ir al parque. Desde una noche que se perdió, la vuelta al hotel Metropole tenía para él una extraña atracción, mezcla de lo español, lo venezolano, con un toque de Suecia y otro de marinos de las Kuriles o las Riu Kiu. Los árboles eran más verdes bajo las nocturnas luces y el ambiente se cargaba de recuerdos, de relatos con cabeza de dragón. A mí me recordaba el sueño enmohecido de las últimas despedidas a amigos, un poco más allá, en "El Guanche", a otro escritor que también residió en Canarias y ahora reside en Madrid: José María Pérez Prat. Los cristales de las gafas de Pascual se llenaban de aguas lejanas. Sonreía o se ponía muy serio. Efraín Subero lo miraba asombrado, trayendo también su recuerdo lejano de otra isla. Pero ninguna de las nuestras estaban allí. Ni las planicies del sur. Ni las montañas del norte. Ni los pinos de Tamadaba, ni Juangriego. Allí estaba solamente la bien planchada palabra poética de Pascual Venegas Filardo, que daba a su relato el tinte de las cosas trágicas de los hoteles cargados de crímenes y recuerdos, de los cielos ensombrecidos por semanas y meses por signos del Apocalipsis. Fuera estaba la algarabía de los escaparates, las vidrieras multicolores, los tabacos, las sortijas de falsa pedrería, los amontonados regalos fotográficos y desde lo alto, en la casa pintada de amarillo, nos miraba, con su objetivo cargado, la ventana de la habitación donde se ahorcó, hace ya años, un cónsul de Venezuela en Canarias.

De pronto, los kiosquitos de los vendedores fijos del parque se convirtieron, para mí, en ligeros, artificiales, transparentes pagodas cargadas de kimonos. ¿Dónde kimonos? Antes, en la calle Triana, solían flotar al viento. Hoy ya nadie usa kimonos. Sonaban campanillas en su interior, cajas de música abiertas sin sen-

tido, sobre los limpiabotas, los marineros, los taxistas, los turistas, los profesores, los heladeros, los funcionarios. Pero el relato de Pascual Venegas era trágico, sobre todo aquello que en la noche lucía alegre. En cambio, el poeta trágico de la noche estaba allí, pero no decía nada. Absolutamente nada.

Pausadamente salíamos del hotel como a las diez de la noche. Mirábamos hacia los barcos anclados, que ya no tienen mortecinas luces como en el soneto moraliano. Ahora el puerto es más grande, amplio, profuso. Uno se inclina a la meditación filosófica del "antes" y el "después", del "todavía no" y del "aunque poco, será", camino del Parque. Les parecía distante a los impacientes: a José Ramón Medina y a Guillermo Morón, hombres que han llegado siempre pronto y todo les parece tarde. Al fin llegábamos, como muchas noches. No tantas. Pero como están encristaladas, el reflejo las hace repetirse. Ahora vuelve el relato. Agustín Millares nos había esperado en Gando días antes con *La Estrella y el Corazón*. La estrella se había apagado. El corazón quedaba allí, sobre la mesa. A veces, concretamente un domingo a la noche, se sentaba con nosotros, en aquel reposo melancólico de la jornada, tantas veces agitada, Venturita Do-
reste y entonces

Vosotras las palabras libremente nacidas,
que traéis todavía la sonrisa de la aurora...

tomaban de nuevo la palabra. Una noche recorrimos entera la playa de Las Canteras, de punta a punta, por el amplio paseo de palmeras, y ahora también de letreros multinacionales. Llegábamos hasta donde estaban las barcas de la Puntilla y Efraín las miraba como diciendo

Paralizado náufrago en la arena
cuando descansa el barco...

Y con ello volvíamos a sentarnos en el parque de Santa Catalina a oír el relato nunca terminado de Pascual Venegas Filardo, en el puerto de La Luz de Las Palmas de Gran Canaria, a oír el canto fluvial de su palabra...

CAPÍTULO III
EL GENIO MAGUADO



SOBRE EL CARACTER DE NUESTROS CONTEMPORANEOS

Nuestros gestos desapacibles son infinitos al cabo del día, y por eso no hemos de dejar de decir lo que creemos un deber y una advertencia a las generaciones presentes: que en definitiva ellas se convertirán también en antepasados y alguien hablará entonces otra vez de "ineptitud de nuestros antepasados", con la misma razón que nosotros, es decir, con más razón que santos.

De todo esto sentimos mucho sólo una cosa: que se haya tenido por sensacionalista algo que es, en líneas generales, el retrato de la realidad viva, o más bien producto de haber limado asperezas que al primer momento se vienen a la pluma, o a la máquina. Sólo hemos renegado de aquello que significó "no ser", no tener perspectiva del porvenir, sobre todo cuando habían contemporáneos que tan claro lo veían y tan claro lo proyectaban. Si los hombres de los siglos xv y xvi vieron que necesitábamos una catedral como la de hoy y una plaza de Santa Ana como la actual y con la situación del Palacio Episcopal nos dieron el ancho que debía tener Obispo Codina, no tienen perdón de Dios los que vivieron en la ciudad en los siglos siguientes y los contemporáneos de la creación del puerto, que no supieron acompañar esta maravillosa obra con la visión monumental de lo que en el futuro podría ser. Más de una vez hemos expuesto lo que debió ser la Isleta en lugar de ese conglomerado de casas en un paisaje de pesadilla incalificable. Atacamos dura e inapelablemente sólo a quienes fueron cortos de vista, a los que con sus muy actuales prédicas de riesgos que no se debían correr, siguen siendo antepasados que circulan por la población, y sólo viven en círculos de amigos nimios.

Son los que destruyen y menoscaban las obras físicas y espirituales que nos legaron los hombres de ayer que siguen siendo hombres de hoy. Frente a ellos los contemporáneos viejos crean a su alrededor una zona fría como todas las cosas se van llenando de polvo, y entre ellas encuentran su refugio una ingente mul-

titud de medianías sin dorar; la misma que hemos censurado en la vida anterior de la ciudad, sea del XIX, del XX o anterior.

Es decir, que lo que hemos censurado, tachado, orlado de negro, es siempre esa parte fea de los egoísmos y de la perspectiva mínima que ha amenazado y amenaza nuestra ciudad, en perpetua crisis, al constante borde del abismo y de la fealdad, y lo que ha hecho progresar a la ciudad es precisamente esta crítica constante al pasado y al presente que tenemos la misión de mantener en vilo, en alto, de sol a sol y en las tertulias de madrugada, cuando el último ronquido del puerto se enlaza con el amanecer.

Es necesario mantener el espíritu tenso con inyecciones de lo que sea, con tazas de café, para no dejarlo dormir en la creencia de que hemos hecho mucho cuando hasta las cosas más sencillas de prever tenemos que rectificarlas por la visión corta de los que las emprendieron.

Si cortos de vista fueron nuestros antepasados, cortos somos nosotros, son nuestros contemporáneos, si no logramos saber nada de política; con el pretexto de que nos dejen en paz, de no hacernos la guerra, de vivir en buena armonía con todo el mundo. Es una vulgaridad trascendente el que la vida es constante lucha, es ofensiva, y se ofende por ello. Nuestro consuelo único es que esto no tiene remedio.

Ser pionero del porvenir, ser entusiasta de las grandes empresas futuras, no pide desequilibrio, irreverencia, injusticia con el pasado. Pero es que también estamos hartos de ese porvenir, de empresas grandes y bobas que no se llevan a cabo, que no significan sacrificio, sino arbitristo, y que no significan continuidad, y situarnos en el centro de los problemas para poder solucionarlos como los solucionaron nuestros antepasados, nos los que hemos censurado, sino aquellos de quienes se reían los juerguistas y los ineptos de siempre, porque en cuanto a irreverencias no sabemos quiénes las tendrían con más frecuencia en la flor de los labios, si nosotros o los que nos precedieron.

GEOPSIQUE

Ya nos es difícil saber cómo es nuestra propia alma y conocer cómo es el ser en sí de aquellos que nos rodean toda la vida. ¿Cómo no han de aumentar las dificultades cuando intentamos extender nuestras menudas observaciones a todo un país, aunque éste sea sólo una isla? Además, esta manera de ser, en relación con el medio geográfico o con el psicológico puede cambiar bruscamente de un lugar a otro de la misma isla. En La Palma los de Los Llanos reprochan a los de Santa Cruz su acti-

vidad, su andar mecánico y nervioso. ¿No parecerá esto absurdo a cualquier observador extraño?

Aún es mucho más complicado hacer historia de las reacciones psicológicas de un pueblo. ¿Qué valor actual tendrían las apreciaciones de un Abreu Galindo o de un fray José de Sosa? Los guanches eran de grande ánimo, alegres, nobles, piadosos y verdaderos en lo que decían.

—¿Por dónde cae Tunte?

—No le digo, y si le digo le engaño.

Los guanches mostraban gran entereza en las enfermedades que padecían y en las heridas, por muy graves que fueran.

Porque también tiene el alma su parte de genio racial, y si la permanencia de lo guanche es segura, también lo es su psicología. El guanche era en primer lugar un pueblo protonórdico que lo mismo tuvo su asiento en la Península que en el norte de Africa. En segundo, fue bereber, trigueño, tostado, ibero o cabileno. En tercero, protosemita, protoegipcio y hasta mediterráneo. La conquista no aportó racialmente nada muy nuevo. Es de suponer que psicológicamente tampoco, o sólo en orden a los grados de civilización que isleños y peninsulares poseían.

Hoy el insular, como el peninsular, es de un análogo feroz individualismo, de muy poca comprensión para el trabajo en equipo, desenvolviéndose siempre mejor en medio extraño que en su propia patria, impulsados por la necesidad, por la disciplina, por la aventura. Hay motivos que subrayan su afán individualista: la insularidad, la compartimentación de los valles, la reacción frente a las familias que suelen ser muy numerosas. Esto también contribuye a la introversión del canario, alegre y, sin embargo, poco cordial con su vecino, cambiante siempre, lo mismo alegador, que diciéndose jeringado cuando alguien le coloca un rollo.

—Mano, ¡fuerte piano!

Hay un rasgo que suele ser corriente: muchos son los poco comunicativos con la familia y demasiado expansivos con los amigos.

De estudiantes pueden haber vivido en medios diversos, el que quiera que sea. En los días tristes del invierno se encierran en un cuartucho de la pensión. Dentro, el ambiente se puede cortar. El humo del tabaco y el vaho del alcohol empaña la ropa, los rincones de los polvorientos armarios. Puede ser que estemos en cualquier casa del Madrid de los Felipes, pero en el suelo yacen algunas cajetillas con el viejo Om Kruger y su sotabarba de marino de las estepas. Una bombilla ilumina la mesa en que se juega a las cartas. Los libros yacen abiertos, boca abajo o

sobre las camas revueltas. Hay una botella vacía y unas cuantas copas con posos de coñac barato.

—Doña Manuela, ¿me puede traer un poco de café?

Los ojos están cargados y brillantes. Las cartas resobadas se caen de las manos. Hay uno de jersey verde que se levanta con el cigarrillo pegado a los labios:

—A mí un vaso de agua, doña Manuela.

Otro ya se ajusta la corbata delante del espejo deteriorado.

—¿A dónde vas? Todavía es temprano. Siéntate un pisco.

—No, no. ¡Qué va! Tengo que ver esta tarde a don Bruno... Acompañame, que me molesta ir solo...

La conversación, el juego, el día oscuro languidece. Trasgos, terrores goyescos salen de las esquinas del cuarto, del alma.

—Ayer vi a Zerolo.

—¿Lo saludaste? ¿Llovió este mes?

—No sé. No le dije nada. No lo conozco.

.....

Otras veces se atreven a algo. Van en su grupo. Son tímidos, pero se animan con la compañía. Si no, no hay de qué. Tienen un sentido exagerado del ridículo. Son serios, científicistas, inteligentes. Regresan en bandadas. En la isla comienzan una activa vida profesional que aún los aisla más. No acuden al café, no van al casino sino determinados grupos o en las grandes fiestas. Enferman de ironía. Unos cuentan sus donjuanescas aventuras, otros sus triunfos en el tomate. Luego languidece toda la generación siempre con muchos solterones, y viene otra. Cuando sale un genio, es lo mismo. Galdós no se atreve a volver a Canarias porque es ya célebre. Baroja, por esta timidez tan canaria, lo trata injustamente en sus *Memorias*, sin comprenderlo.

Pero todos, genios o torpes, nos ponemos amarillos al traspasar la edad, al perder el rosa de la alegría. No hacemos nada. Cuando queremos hacer, deshacemos. Otros tampoco hacen, pero por lo menos hacen que hacen. Esos "don nadie", esos "otros" no tienen tanto terror de sí mismos. Nosotros, cuando tenemos proyectos grandes, los exponemos burlándonos de ellos. Hay como un dedo terrible y acusador señalando a cada canario, a cada isleño que existe.

Procuremos apartarlo de nosotros pensando que en realidad nadie se preocupa por nadie. De que puede todo el mundo atravesar bajo la luz de un arco voltaico sin encogerse. Que cuando se es alto no es necesario disimular la estatura. Que cuando se es inteligente no es preciso aparentar torpeza. Que nuestro mundo está lleno de seres asombrosamente iguales a nosotros.

Y que tampoco los canarios hemos cambiado mucho desde aquel Juan de Vargas que, según Francisco Vázquez en su *Jornada de*

Omagua y del Dorado, murió violentamente en las márgenes del Amazonas en ocasión de la revuelta alentada por Lope de Aguirre; hasta los múltiples personajes alentados por Don Benito en sus novelas, la mayoría canarios, netamente canarios, bajo su capa de multitudinariamente españoles.

LA INTEGRAL PLASTICO-LITERARIA

A fuerza de manifestaciones artísticas plásticas de todo orden, de publicaciones literarias muy diversas y de otros actos culturales estamos a punto, en Las Palmas de Gran Canaria y en el estado actual de la Civilización, de desmitificar tanto la plástica, como la literatura, como toda la cultura. También podría decir esto mismo de otra manera. Y dejo a la perspicacia del lector el saber de dónde salen estas frases tales como: estamos en una época de filosofía sin matemáticas; el mundo de las formas matemáticas ha llegado a su plenitud interior; el pensamiento abstracto ha quedado reducido a una filosofía de cátedra; estamos en una época de "compendios de literatura"; hemos llegado a obtener una "última visión del mundo"; hemos llegado al fin de la evolución de las formas; la ornamentación y la arquitectura carecen de sentido: son vacuas, artificiosas, amontonadas. Hay una constante imitación de motivos arcaicos y exóticos. Es posible que en muchos de estos complejos mundos artístico-literarios la sentencia final no se haya cumplido, pero el cuadro que vendrá será la repetición de todos los cuadros del pasado, como el libro que vendrá es la repetición de todos los libros del pasado y del futuro. Y la casa, el edificio que vendrá ya tendrá que ver muy poco con una casa del presente, será a la vez el compendio de los "intereses" de todas ellas.

Con todo ello quiero decir que no se puede huir a la dialéctica establecida. Y si hace poco un crítico muy certero decía que en la poesía de Machado se presentan como dos realidades contradictorias y dialécticas: sencillez en el lenguaje, complejidad en las significaciones, esto no es sino la llegada prematura a la polisemia, a la poesía, como se ha llegado ya también a la polisemia de la plástica. Dobles y hasta triples enfrentamientos se van superponiendo en una constante dialéctica de piedra-agua, de plástica-literatura, de expresión sin límites-cálculo integral, dándole a este sintagma nominal todo el valor que tiene en el maravilloso mundo de las matemáticas, en esas métricas formas de las diferencias infinitamente pequeñas.

Cuando uno sale a la calle, cuando el pueblo sale a la calle, cuando pasea, cuando entra a su casa a dormir, o a pedir un

documento en una oficina pública, o va a un estadio, a una peluquería, o a un café, lo rodean cientos de manifestaciones artísticas o artesanales que ese mismo público no percibe del todo, porque, en definitiva, forma parte de su entorno. El ser humano participa y forma parte de la obra artística y literaria en plena entrega de su ser.

Cuando desaparecen las obras de arte o de artesanía, como el Galdós de Victoria Macho, o la Casa del Agua de la calle de Buenos Aires o se atenta a un conjunto arquitectónico como el del enlace frente al teatro, o con la estación depuradora, o con ese abandono en que se tiene a una obra tan elegantemente decimonónica como el mercado de Las Palmas, algunas gentes de especial sensibilidad, protestan, otras se callan, y otras se alegran con estos atentados... pero viven en ellos.

En una visión cacodélfica de Las Palmas, también se ha dicho que vivimos en la ciudad más horrible del mundo, porque a veces se hace transparente el horror de sus paredes de gofio o cajones sin estilo. Lo mismo podríamos añadir a una visión atormentada de la Gehenna en la cual se ha querido meter con una cierta conjuración del silencio, a lo bueno que podamos tener en arte. Sin embargo, a través de estos nombres familiares, amicales, que conocemos de tiempo, y gracias a ellos, podemos disfrutar todavía de la existencia de este entorno donde entramos, en los viejos caserones de la ciudad y comulgamos con quienes opinan que en arte y literatura estamos pasando por un momento de crisis. Es, sencillamente, que arte y literatura no se explican si no son removidas, humanamente, por las mismas crisis que afectan a la naturaleza del hombre, ya que en muchos aspectos, estamos mucho más allá o permanecemos afincados en una realidad-ficción, artística o literaria, de primer orden, y por encima de esperanzas que ya caducaron.

Saben perfectamente mis amigos y oponentes que dentro del mundo crítico y en el que soy medianamente original, mi preocupación es, ante todo, por la forma en que se inserta la realidad en la ficción literaria o artística y de la forma en que estas obras de cualquier escuela, la catedral, o la arquitectura racionalista de Las Palmas y aun la neocanaria de pastiche, son como espejos que nos reflejan, que a veces nos deforman, nos distorsionan, pero que sin cuyo punto de referencia nosotros nunca averiguaríamos nada sobre nosotros mismos.

Los artistas y escritores están incrustados en esta sociedad y en este mundo artístico de su tiempo con una fuerza que se ha querido ignorar, pero ese combate gigantesco que se ha librado contra lo auténtico, contra nuestra geografía urbana, que no es sólo, como creerían algunos, el estudio de los microclimas —el

que haya viento en la plaza de Santa Ana, o una corriente tremenda por San Telmo—, sino que también está formada por la geografía de las tertulias y los comentarios, verdaderos puntos sensibles de la ciudad que han querido ser borrados, que se difuminan en el pasado, en un pasado muy cercano, pero en general desconocido por las nuevas generaciones. No hay baja ni bajo en la literatura o en el arte de nuestro tiempo; lo que sí hay es una adaptación al medio en que convivimos y, sobre todo, hay un “no querer ver” porque todo se echa en el saco de la erudición y nada, o muy poco, en el canal de la vida, que fluye a pesar de todo.

Queremos hacer crítica de algo tan vivo como lo es andar entre las estatuas y los bocetos, salir y entrar de los cuadros de nuestras exposiciones, tal como acariciamos un objeto cuya talla nos sugiere una divina presencia artesanal, o adivinamos, a través de las vitrinas, que el barro de la Atalaya se va convirtiendo en Arqueología. Contemplamos arcos conopiales, de medio punto, alfiles y pasajes urbanos, y esto lo hacemos cuando a través de nuestros cinco siglos de estilos volvemos a hallarnos cada mañana en el momento de la creación. Como aquí y en esta hora.

Al contemplar todas las artes y todas las manifestaciones literarias de la actualidad como nuestro entorno cultural propio, como nuestra morfología en la que nos movemos como peces en el agua, vienen en pos de mí dos deseos. Primero que se tenga en cuenta por los jóvenes investigadores y manifestantes en la prensa, en las revistas y en los libros, que todavía no se ha publicado un estudio profundo sobre la morfología de las formas culturales del Archipiélago y que no es todo este deseo como una idea que me reservo y que expongo en lenguaje crítico para que no me la roben. En segundo lugar quisiera que quedara bien claro de estas líneas que me resultan poco aptas toda separación entre las manifestaciones arquitectónico-plásticas y las literarias y que el título de este trabajo no se debe a un capricho sino a una profunda convicción en donde no cabe escurrir el bulto en pos del camino de los estilos y de la estilística, sino que expresa muy claro que la investigación plástico-literaria de nuestro tiempo ha de responder claramente a fundamentos dialécticos en donde los modelos establecidos —de la misma forma que en matemáticas— sean fórmulas aplicables a los estudios morfológicos que propugno. Sólo un desconocimiento de la humana dialéctica y de la contemporaneidad puede hacer decir que el modernismo en poesía —como en el ensayo o en la novela— es ajeno al modernismo en pintura, en arquitectura e incluso en ebanistería, cuando no hay sino que contemplar la edición clásica de *Las Rosas de Hércules*, y recordar el mueble en que ya-



cían, para darse cuenta de que se vivía entonces en un mundo integral donde la dialéctica entre poemas, jardines, o antesala de odontólogo, poseían una unidad superior, una síntesis sólo destruida por algo fatal en el ser humano que a un sistema sincrónico de oposiciones dialécticas y de síntesis logradas, se le impone la crisis diacrónica, y la rotura del sistema por donde surge la posibilidad de que un nuevo sistema equilibrado se superponga al anterior.

Esta misma capacidad para establecer el equilibrio que la lengua posee —casi siempre a través de las realizaciones del habla— es la que posee el mundo plástico-literario, manifestado en una síntesis superior y en la que nunca estamos solos. A la admiración por Alonso Quesada y Tomás Morales sucedió la admiración por *Gaceta de Arte*, Agustín Espinosa y el Surrealismo en nuestro ya lejano mundo de la juventud extrema. Si doy marcha atrás en el recuerdo percibo perfectamente que no diferencia, el ser humano —en sus primeros años de cristal transparente—, entre el cuadro de valor surrealista y un poema de aquellos tiempos, una revista, o una escultura que pugnaba por buscar nuevas formas. Era la nueva visión del mundo lo que percibíamos.

También hay que tener en cuenta una síntesis de orden superior. Que no se puede hacer crítica de música, de arquitectura, de pintura, sin esta labor de reescritura que interpreta lo ya escrito con notas y pinceles. La crítica actual marcha por estos caminos en donde es imposible limitarnos y en donde todo límite le está negado por castrante a aquel que quiera hacer realmente un análisis serio de la plástica y la literatura de nuestro tiempo, y de todos los tiempos, en Canarias y en el mundo.

Esperaremos que alguien lo comprenda en diálogo y por lo menos aquí.

Pintores y escultores

Tras la poesía, la plástica; tras el aire, la forma. Porque entre nosotros no cabe prescindir de la forma. En poesía podríamos hablar de poesía concreta y poesía pura. Pero aquí la plástica pura es también concreta. Tenemos, junto con todo el Mediterráneo, una vocación racial por la plástica. Brilla como una joya, como un camafeo, la isla con la piedra y la luz que presta a sus hijos. Ella los cría y ella los marca, hiriéndolos con las cortantes lajas o con visiones de ultratumba de alguna sepia pulpiada en las bajas. El negro, el nácar, las manzanas, las naranjas, la diorita y el basalto para aquellos que sepan abrir los ojos y extender la mano.

El sentido decorativo de los guanches era extremadamente delicado. Figuras geométricas notablemente armónicas, ritmo, buen gusto que no había sido superado. Pervive en la cerámica, en los tejidos, en los muebles tallados. La isla es, ante todo, volumen y color.

Nuestra esencia no es barroca; sin embargo, nuestra cultura se desarrolló durante el barroco hispano y por ello quedamos ligados a la imaginería multicolor. Hoy se lavó la dura piedra sencilla, la madera roja o barquillo, en arqueología, arquitectura y escultura. El paso de lo hispánico dio alma a la sencillez indígena, pero alma acompañada de forma y de luz.

En síntesis, los principios de la plástica canaria son éstos:

- 1.º La profundidad de lo superficial.
- 2.º Las tendencias resultantes son completamente opuestas; las imitaciones, cuando se producen, verdaderamente catastróficas.
- 3.º La línea indigenista y popular se mantiene.
- 4.º La luz y el color es siempre muy brillante. Tendencia a hacer desaparecer por completo las formas.

Sobre este mundo abigarrado giran las obras maestras de la plástica canaria, unas manzanas verdes, unos peces monstruosos, unos chinchorros, un pavo real en diorita, algo como gaviotas o duros ángeles metálicos que no puedo concretar.

Tenemos el coro y los personajes. El temario es enorme: la flora, la fauna, las formas, las rosas, el mar y la cumbre, lo clásico, lo barroco, lo hierático, lo decorativo y lo mágico.

Y en definitiva, ¿quiénes son éstos que crean, como dioses? ¿Los pintores, los escultores? Seres maravillosos que tienen arco iris y forma en los dedos y pueden comunicarlo. Que de una superficie o del aire sacan como prestidigitadores, lo ancho, lo profundo y lo alto y a veces hasta el inaprehensible tiempo. Este es su cubilete de dados, la coctelera mágica de los plásticos. Son seres como nosotros, con todas las miserias y las glorias humanas, con todo el poder capaz de condenarse o salvarse. Y da lo mismo que los temores se reflejen en sus rostros. Son monstruos profundamente humanos que se mueven, que se sientan cansados, que el aire frío del tiempo va acabando, en un mundo sublunar hecho de sonrisas, de rostros atezados o caras angélicas de niñas. Ven cosas que los demás no vemos, sino en sueños, colores donde nosotros vimos cosas concretas, almas donde rostros. Y no terminan cuando mueren, pues nos dejan sus obras con la eternidad que tiene las cosas frente a lo efímero del hombre, con ese calor que tendrá la piedra y el lienzo cuando hayamos muerto.

Los lenguajes del arte

Entre la elegía de la estructura ausente y la alegría de las viejas cornucopias, que van cubriéndose de polvo y de pronto estallan de luz al darles el último resplandor solar del atardecer, encuentro la verdadera metáfora de los lenguajes en que se ha expresado, de los múltiples lenguajes en que se ha expresado nuestra Escuela Luján Pérez, a la que aún en determinados ambientes no se le ha reconocido el papel que ha desempeñado no sólo en Canarias, sino también en Europa y en América. El poder de convocatoria artística que tienen los plurilenguajes está aquí efectivamente omnipresente, pues no hay codificación descodificación del arte que no se haya ensayado en la Escuela Luján Pérez, un mundo dentro de otro mundo que suele ignorar lo mejor de su constante renovación creadora y de la mejor producción de sus hijos, ya en cierta manera esparcida por el mundo. En efecto, no hay día que no nos llegue alguna noticia de que en cualquier lugar, de cualquier ciudad, se ha erigido un testimonio de ella, sin contar con los umbrosos interiores, las empalizadas, las cercas y los bernegales donde los viejos proyectos, y los nuevos trabajos, se van acumulando dolorosamente, porque creación artística es casi siempre parto con todo el dolor. Muchas veces los cuadros y la escayola se acumulan en los desvanes, pero no hay grandes cordilleras que no surjan sobre altas mesetas, o sierras menores, o partan, sobre los cementerios marinos, de profundidades abisales a donde el plancton de las envidias y los rencores no llega. La Escuela de Luján Pérez, con la libertad de sus preceptos, puede permitirse aún más: una libertad interior, una polisemia que muchas veces no estamos preparados para percibir, pero que nos puede llevar de París a Río de Janeiro pasando por la calle de Santa Bárbara. El ensayo sin norma filosófica, orteguiano a veces y a veces greguería, es su mejor paralelo. No en vano surge la Luján Pérez en los años de la guerra, cuando el dadá amenaza desde una Suiza neutral y todo está preparado para el grito desesperado de los expresionistas. No se olvide que aún en estos días todavía Kokoschka está vivo y alienta y hay mil cachorros de la vanguardia sueltos por un mundo en donde la ELP ha desempeñado su papel, origen de la estética al margen de un microambiente que permanece quieto, pero para el que, con esta permanencia, se anuncia los mejores vuelos.

El museo de Néstor

Casi ayer se ha inaugurado en Las Palmas de Gran Canaria uno de los museos más sorprendentes de España. Es —como deben de ser los museos de arte pictórico— recreación de la misma obra del poeta que tomó un día los pinceles para hacer verdad su máxima: “de toda su vida arte.”

Sobre la lobreguez de ese mundo infrahumano que suelen tener los museos de provincia, los museos de cera o los museos universales de cadáveres, va a flotar desde ahora una bandera, un paramento, un desafío, al viento del Atlántico que el mismo Néstor cantara: su mismo Museo, su Casa.

El Modernismo, depurado de su vestimenta de tapices polvorientos, de muebles retorcidos, de imaginación floral, de cabellos larguísimos envolviendo anuncios, de plantas encerradas en el fanal de mujeres lánguidas, está allí. Es la imagen de cómo se puede dar por nuevo un arte, una manera que parecía haber desaparecido en la enorme turbamulta de ismos artísticos que han atropellado a nuestro siglo, que han anegado las formas de Occidente, desde que hizo explosión el Barroco como contraste frente a las formas puramente occidentales del Gótico. No hay más. Después de la proporción histórica, la suma de la proporción espacial.

Pero desde este gran estallido del mundo de las formas es difícil reconocer la belleza y es necesario que nos encontremos muy asidos a ella, como en estos guacamayos, en estos trajes, en estas decoraciones, en estos maravillosos dibujos de animales que ha recobrado nueva vida zoológica bajo el designio del lápiz, de la pluma y el pincel de Néstor. Por eso es más sorprendente aún este museo. Pero nada de ello en el arte modernista adquiere veracidad si no se le da la escenificación que necesita. Es necesario pensar que el arte modernista fue con frecuencia pensado para ello, para servir de fondo, para servir de escenario a un ambiente. En el mismo ambiente, la fuerza de sus poderosas formas vegetales, animales y humanas, siempre rotundas, siempre retorcidas y, a pesar de ello, en equilibrio.

Ya habíamos descrito este museo con la imaginación. Ya habíamos paseado por sus salas acompañando a su insigne arquitecto, y él hizo revivir, ante la maravilla abisal del mundo submarino nestoriano —es necesario apoderarse de la fraseología modernista—, esta realidad que ahora vemos. Pero es preciso añadir que, en contra de lo que ocurre con demasiada frecuencia aquí con notable diferencia, la realidad ha superado con mucho a los sueños, y ésta sigue siendo un sueño.

Santiago Santana trabajó incansablemente noche y día en esta

presentación, pero las exactas proporciones de esta logia, de esta luz, que va a ser tamizada con la sorpresa de cada momento de estos exvotos marineros, de estas conchas y retablos, del samurai y del pez martillo, son como la polarización de un mundo que vemos girar ante el microscopio a la vuelta de los primas, y el barniz lo creemos resina del Canadá y los trajes verdaderamente puestos en las escenas a las que dio vida.

Santiago nos ha dicho que hay más del triple de los dibujos en los archivos. Esto no es sólo el museo de un pintor muerto, sino toda la evolución de una vida pictórica que podemos estudiar con la máxima delicadeza, con esa morosa delectación del dibujante perfecto. Las gentes no saben el gran salto que ha dado Las Palmas a lomos de un enorme pez, de un fantástico rascacio, como esos mismos niños semiaterrorizados del poema del mar, entrando en un mundo nuevo, en este mundo nestoriano.

Las plantas adquieren un verde, una precisión inigualable, los sillones de la decoración, los mosaicos que a la entrada nos evocan motivos nestorianos; pero allá en el fondo de las galerías altas están los pequeños dibujos que me han robado el alma: los bisontes, los carneros, los peces martillo en toda la forma blanca, erecta, limpia, áspera y temblorosa de un mundo en cuyo misterio aún no hemos buceado del todo.

Gracias a quienes han logrado, con un titánico esfuerzo, que de nuevo unas perlas hayan vuelto al palacio donde tuvieron su origen con esa tela transparente que ponen los moluscos en sus conchas. Este mar, este cielo y esta isla cuidarán de ellos como de dioses.

En torno a unas manzanas

Unas sombras, y las manzanas quedaron en el aire. Quizá fuese un aire enrarecido, pero no cabe duda que las manzanas tenían espacio donde moverse.

Dentro de la vocación unánime de la raza ibérica por la plástica —de todas las razas mediterráneas— brilla como una joya la isla con la piedra y la luz que presta a sus hijos, hiriéndolos —ellas los cría y ella los marca— con el frío cortante de las bajas o poniendo en ellos visiones de ultramundo con alguna sepia pulpida en San Cristóbal. El negro, el nácar, el verde de las manzanas, la diorita y el basalto, para aquellos que sepan abrir los ojos y extender la mano.

El sentido decorativo que poseían los guanches era extremadamente delicado. Sus figuras geométricas, notablemente armónicas, denotaban un buen gusto que no ha sido superado, sino empequeñecido por los cromos. El buen gusto pervive en la cerá-

mica y en los tejidos, en el tallado de muebles de líneas sencillas y en el bordado. La isla es, ante todo, volumen, y en estas cosas en relieve se expresaba.

La esencia de nuestra manera de ser artística no es barroca, pero coincidió el desarrollo de nuestra cultura con el barroco hispano, y por ello quedamos ligados a la imaginería multicolor española que pervive hasta el xix. Hoy se lavó ya la cara en la pura piedra sencilla, en la madera roja o barquillo de nuestros escultores, y en la elegancia de nuestros pintores. Pero, sin embargo, el paso de lo hispánico ha dado alma a la sencillez indígena (muy mediterránea y clásica), alma con recuerdo de dorados terciopelos y cirios. La danza, la música y el canto atrae a la ciudad. Pero la belleza plástica ejerce su más poderosa influencia siempre en pueblos donde es cultivado el deporte con éxito. Ni el más leve rasgo ni el más leve acontecimiento puede ser rechazado para estudiar a fondo la manera de reaccionar de un pueblo. Las Palmas, don Tomás Gómez, siente la belleza de sus manzanas porque hemos triunfado deportivamente, porque tenemos el presentimiento de que siempre que nos lo proponemos somos cabeza de nuestros deportes. Y en esto los maestros como don Tomás son seguidos por una masa de noveles que se aprietan las clavijas sobre el lienzo, dando tono al conjunto del paisaje.

Es éste el que cuenta para que podamos conocer la calidad artística de un pueblo, y por ello queremos subrayar aquellos rasgos que nos parecen fundamentales en el conjunto: 1.º La personalidad de cada cual es sostenida hasta puntos inverosímiles. 2.º Las tendencias son absolutamente opuestas. 3.º El color en todas las tendencias es siempre brillante. Sobre este mundo giran como planetas las manzanas verdes y otras obras maestras de los artistas canarios. Pero todos vivimos bajo un mismo campo gravitatorio. Es decir, que la unidad de lo magnético, de lo eléctrico y de la gravedad de los cuerpos llega y ha llegado primero a los sentidos que la fórmula einsteniana, aún por comprender por los fisiomatemáticos.

Tras el origen y la localización de la plástica de Tamarán en torno a estas manzanas, quedaría por hacer el análisis complicado de los temas: la flora, la fauna, las formas, las horas, el mar y la cumbre, lo clásico, lo barroco, lo hierático, lo decorativo, lo anecdótico y lo esencial.

En torno a las manzanas voy a repetir: "La fruta carnosa de la tierra saltaba del bodegón a los ojos; la noche comenzaba con un aire embalsamado y olor de hojas podridas... En los muelles donde la tolvanera de los alisios tira a los ojos el polvo, entre huales y ceretos, esto no tiene sentido." Aquí, bajo la mala luz del salón, es todo fruto maduro, con la nitidez del lavado, y giran los

antiguos melocotones, los arenques y los rascaciones, en torno a unas manzanas y a unas naranjas de ombligo, lo mismo que antes habían girado sobre el eje de unas mazorcas de millo de San José.

Cada naranja, cada manzana vuelve ahora a ser para nosotros imagen del mundo dando vueltas en el vacío, a veces con un reflejo de oro, otras transparente enseñado, como en un cristal, cada grumo agrupado en su gongo, con la tonalidad ambarina hecha carne..., y tratar de ir analizando uno por uno todos los temas de la pintura canaria sería labor ímproba que ahora no estoy dispuesto a acometer.

* * *

Los pintores son, en definitiva, unos seres maravillosos que tienen el arco iris y la forma en los dedos, que de una superficie plana se sacan como prestidigitadores, lo ancho, lo profundo y lo alto y a veces hasta dan a sus cuadros la dimensión temporal inaprehensible. Este es el pañuelo multicolor de don Tomás, éste es el cigarrillo que saca del bolsillo del amigo; así nos hipnotiza con pases de pinceladas. Son seres como nosotros, con todas las miserias y las glorias humanas, con todo el poder capaz para condenarse y condenarnos, para salvarse y salvarnos que Dios le ha dado. Y es lo mismo que el temblor se refleje en su rostro, que las luces los desanimen, que el aire frío del tiempo vaya acabándolos. Es lo mismo... Son los pintores monstruos profundamente humanos, que se mueven en un mundo sublunar hecho de sonrisas, de brillos en las miradas, junto a rostros atezados de tono mate o ante carnes angélicas de niñas. Ven cosas que los demás mortales no vemos sino en sueños, o colores donde nosotros vimos cosas concretas, almas donde nosotros vimos rostros. Y no terminan cuando mueren, porque no dejan sus manteles plegados, sus láminas espejeantes, sus horizontes azules, su evocación lograda, con esa eternidad que tienen las cosas frente a lo efímero del hombre, con ese color que conservará la pincelada cuando ya todos hayamos pasado. Así creo que vivirá Tomás en las paredes de Las Palmas.

Glosa a EG/L, marca de cerámica

El recuerdo: ráfagas de variada aventura desde la Tipografía Vargas al hotel Santa Catalina, pero no el de ahora —que ya tiene muestras escultóricas de Eduardo Gregorio—, sino el de antes, el de madera y pitasávilas, con caracolillo por los paseos y Néstor pintando en alguno de ellos. Es un símbolo cómo se enlazan

las generaciones, acontecimientos, muertes y resurrecciones. Nuestra gloriosa generación española literaria del 27 ha sucedido al 98 y al Modernismo. Juan Carlo —maestro en aquella libertad de la primera Escuela Luján Pérez— muere en ese año de 1927. Un puente entre la talla en madera y Eduardo Gregorio.

Los románticos se defienden de la vida como los viejos de la muerte, decía Ceferino R. Avicilla en el *Mundo Gráfico* del 13 de enero de 1926. Así ocurre con otros estilos literarios. No estamos entre Bernard Berenson y Eugenio d'Ors. Ya para esa época en que conocimos a Eduardo Gregorio no lo estábamos. No pertenecemos a ese mundo que cree en una sola continuidad, en un solo hilo electrónico que ha unido a lo largo de la historia a tres ciudades y sólo a tres ciudades: Atenas, Florencia y París. Este sería el mundo clásico en que se moverían gentes comprometidas con los viejos cánones. Pero ése no ha sido el mundo en que se movió Eduardo Gregorio.

La mayoría de los autores contemporáneos —Proust, Joyce, Dos Passos, Faulkner, Gide, Virginia Woolf—, cada uno a su modo ha intentado “mutilar el tiempo”, decía Sartre en 1938. Como puede comprobar cualquiera, esa labor ha continuado: Vargas Llosa, García Márquez, Joan Benet, José Donoso... Se puede decir que no hay nadie que, por lo menos, no lo haya intentado. Algo así parece que ha ocurrido con la escultura en Eduardo Gregorio, cuando eleva su vuelo de Luján Pérez a Arp, pasando por Juan Carlo y los indios del valle de los Caracas. Y esa fue la primera impresión que tuve al descubrir en las páginas de *Gaceta de Arte* —cuyo nombre debería respetarse escribiéndolo *gaceta de arte*, con minúsculas, como ellos lo quisieron— el pavo en piedra que yace ahora en un jardín de la isla, entre cipreses, mirtos y arrayanes, pero que para mí fue entonces como una ventana abierta hacia el mundo de los volúmenes en las columnas de Agustín Espinosa, y en aquel primer encuentro de *Gaceta de Arte* y Luján Pérez, en el parque del hotel Santa Catalina. Hoy solo me descubro a mí mismo contemplando estas obritas que son como joyas, mutiladas de lo accesorio, mutiladas del tiempo, como una busca de la sombra bajo los pavos en flor o bajo los murciélagos sagrados cercanos al Catuche de las paraulatas y los cristofué.

Después, largos años sin saber por dónde andaba, hasta que en uno de esos vuelos que hacía desde Maracaibo a Caracas, allá por el año 1957, me encuentro con que Eduardo Gregorio se ha convertido en el premio nacional de Escultura de Venezuela, con medalla de oro, en el XVIII Salón Oficial Anual de Arte Venezolano, con un alabastro que veo ahora, con los ojos del recuerdo, eternamente puesto en la galería descubierta del Museo de Bellas Artes de Caracas, con la entrada a la Cinemateca, a la derecha, y

la malanga, los papiros, los juncos y algunas flores de mayo, a la izquierda, mientras al fondo, en un simbólico presentimiento de cerámicas, la enorme colección de arte oriental que Miguel Otero Silva, el novelista, donó al Museo tiempo después del premio de Eduardo. La escultura es "casi" una virgen con el niño y la graciosa curva de las tallas góticas. Pero aquí hubiese dicho Sartre, con más razón que nunca, que se había mutilado al tiempo, pues una larga suavidad de transparencia inusitada sirve de halo a toda la escultura. Por entonces quise publicar, entre otras cosas, un libro de versos que sirvieran de peana o ilustración literaria a cada una de las esculturas de Eduardo. Por supuesto que esos versos se han perdido o no llegaron nunca a existir.

Hoy, todo el barrio donde vivió Eduardo Gregorio en Caracas, y donde después vivió Juan Jaén y Juan Ismael, y a donde también solía acudir otro artista —y uno de los orfebres más cotizados de Venezuela—, José Bravo, ha desaparecido. Pero yo lo transité en busca de Eduardo Gregorio muchas veces. Allí llegaba desde mi antiguo cuarto de pensión, en la ciudad de Santiago de León, entre las esquinas de Cipreses y Hoyo. El taller de Eduardo estaba en la antigua Tipografía Vargas, que había sido nidal de la revista *Elite*, bandera de combate de la generación de 1928, venezolana. Aquel lugar es hoy un caos de gigantescos rascacielos, una verdadera ciudad dentro de la ciudad, después de haber quedado durante muchos años desmontado, como campo de Agramante. Allí reanudó Eduardo su labor de ceramista, que ahora da esta extraña floración de colores y detalles, y recuerdo cómo me explicaba todos sus problemas para llegar a los grados necesarios para obtener las piezas. Muchas muestras vi en sus manos de sus primeros intentos, y me quedaba admirado de la belleza que ya tenía su cerámica, que el escultor consideraba como puros ensayos deleznales, con sus matices, sus cambios, sus verdaderos sancochos de barro, entre las manos siempre detectoras de la falla que pudieran tener. Otra vez volví a perder de vista a Eduardo Gregorio en la época en que se trasladó a los valles centrales y residía entre Valencia del Rey y Maracay, capital del estado Aragua. A Maracay sé que nos fletamos una vez en algún carro de un amigo o en un carrito por puesto, porque habíamos quedado en vernos en una exposición que se había abierto en la vieja capital de Juan Vicente Gómez. Seguía teniendo noticias de Eduardo, pero fue la última vez que lo vi en Venezuela. Después, en Las Palmas, su cerámica ha sido una inmensa floración de verdes, azules, rosa, sienas, punteados, lacas, negros, estrellas y un verdadera firmamento de curvas infinitas.

Juan Ismael y el Surrealismo

Las fórmulas consagradas en la historia de la literatura y del arte hacen un daño incalculable a su comprensión en simple y llana materia. El otro día me refería a la mala interpretación que se ha hecho de Bécquer, y de poeta sentimentaloido lo transformaba en uno de los más grandes investigadores del "ser poético". Hoy quiero recordar —en este mundo en que me he desenvuelto, desde Agustín Espinosa a Juan Ismael— algo sobre el surrealismo, al cual algunos consideran todavía como una novedad y otros como de un pasado muerto y enterrado. Pero se olvidan de todos los avatares del mundo absurdo, por los cuales hemos traspasado murallas de papel y en el cual hemos vivido por lo menos desde enero de 1933, cuando hice una visita a Baruch Spinoza en su tricentenario. Y que esta presencia de surrealismo en nuestras calles, en nuestros recuerdos y en nuestras vidas lo mismo lo podemos contemplar en una marina clásica que en una antigua serenata pronunciada con "labios como espadas" y acompañada por cualquiera de las guitarras surrealistas de Juan Ismael. Hoy, bajo la rosa de Bécquer y de André Breton quiero recordar también las palabras de Maurice Blanchot en *El mañana jugador*, que indudablemente nos hace revivir aquella *Media hora jugando a los dados*, de Agustín Espinosa, en el Círculo Mercantil, otro de los hitos del surrealismo en Las Palmas. "Sobre el porvenir del surrealismo" dice Blanchot: "Quienes creen hacer justicia a Breton deteniendo el surrealismo en la hora de su muerte diciendo que su desaparición ha puesto fin a todo, se dejan llevar por las opiniones del pesar." Y es demasiado largo todo lo que Blanchot dice a continuación para reproducirlo aquí. Pero sí diremos algo esencial, ya que a un pintor tan dentro de este camino tenemos la suerte de verlo hoy de nuevo en una sala de Las Palmas. Blanchot afirma que el surrealismo no fue un sistema, ni una escuela, ni un movimiento artístico, sino una práctica de existencia. En la que todos, hoy, no tenemos otro remedio que movernos llevados por los elefantes muertos, los zamuros sobre el matadero, los cardonales con serpientes de maracas, los relámpagos, los machetes, trenes, las catástrofes, esos edificios que he visto tragados por la tierra, las largas esperas en los quirófanos...

Es verdad: el surrealismo es una práctica viva, y está constituida por todos los recuerdos en que estamos a punto de no creer. El surrealismo es devenir. Y además es y fue siempre una experiencia colectiva. El surrealismo no ha tenido ni maestros, ni guías, ni presidentes, ni jefes religiosos. Breton estuvo presente, pero él no fue "el surrealismo". En la iniciación surrealista pue-

de haber descuido, juego, nuevas experiencias, medios de comunicación nuevos, desde los cuales podemos hablar sin pasar por las palabras normales, y sin las imágenes normales podemos pintar en el aire o hacer esculturas en el agua. Lo esencial es la comunicación, y la comunicación con lo desconocido ha de ser, ante todo, una experiencia colectiva.

Por eso, para un pintor surrealista es más importante una exposición, un recital de sus cuadros, un comentario, que para cualquiera otra clase de pintura de cualquier otro tiempo histórico. "De lo desconocido nace una conexión directa, una red de relaciones que jamás puede expresarse unitariamente." "Planta candela" es, con toda su oscura luz, el origen inconsciente de "La balandra primavera", con sus brillantes flores metálicas. Y los dos cuadros tienen un contraste de colorido que sólo en su colectividad nos transmite algo que no está expresado en ninguna otra parte. Lo maravilloso, lo surreal, lo desconocido provoca un conjunto no simultáneo de fuerzas, un espacio de diferencias. Un campo magnético. El surrealismo de Juan Ismael afirma ese espacio múltiple en que se han superpuesto galerías y galerías, toneladas de iones que sólo una cerebral experiencia como la de Juan Ismael ha podido concretar en corazones, espacios libres y ventanas. Todo siempre traspasado por esa transparente ingenuidad que es en el fondo toda la verdad de su juego.

Entre el éxtasis y la esperanza está toda la filosofía de la literatura y la pintura surrealista. Eternos caminos fluctuantes, humanos, a los cuales no podemos renunciar. En los que estamos atrapados. No se trata, como ha querido decirse, incluso por eminentes críticos, de que el surrealismo no hace sino poner en movimiento automatismos psíquicos. En realidad no hay arte que no los ponga en marcha, porque, en definitiva, nosotros y el mundo que hemos creado es un gran Leviathan psíquico o más bien psiquiátrico, tal como van las cosas. Pero a ello no hay nada que escape. El surrealismo, tan ampliamente enraizado en la tradición literaria española —tanto, por lo menos, como el realismo, que no es sino la otra cara de la misma fina medalla puesta de perfil— es gongorino tanto como bretoniano, y tan de Juan Ismael como de este "Piano de Lezama Lima" que retrata Juan Ismael. El pintor surrealista trabaja demasiado sus cuadros —casi tanto como Flaubert trabajó *Madame Bovary*— para que pensemos que él sólo pinta aquello que espontáneamente produce su automatismo psicomotriz. Su meditación está tan profundamente enraizada en la realidad actual y actualizante como cualquier manifiesto. Puede ser un grito, pero es a la vez una llamada a la atención a lo que discurre solapadamente debajo de nosotros. Esa exquisita "Presentación de una doncella" tiene cadencias de minué, como la

sirena roja sobre la playa es toda la cultura antigua presente ante un claro paisaje, que por algo Juan Ismael ha bautizado de "Marina clásica".

No. Indudablemente, no. La obra de arte surrealista no es una obra automática, sino tremendamente cerebral y de infinito esfuerzo y atención de una realidad que muchas veces nos negamos a ver. Y el movimiento surrealista no empezó nunca. Forma parte de la naturaleza humana. Pueden cambiar sus signos y formarse nuevos lenguajes formales con las diversas emisiones significantes, con las que podemos construir nuevos códigos. Pero la realidad surreal es una realidad tan real como la que se desarrolla bajo la luz del sol meridiano.

La espiral de Martín Chirino

La espiral de Martín no es sólo la figura aspirante y aspirada de nuestro escultor, sino que es también la imagen del irresistible ascenso, del resorte y el tirabuzón del viento de una fragua. La pausada palabra de Manolo Padorno, el fuelle que respira, el humo que devana pavesas y el viento aventador de ideas. Martín Chirino es una idea. Es la misma imagen de lo que está en discusión en torno a nuestra cultura. La chatez ambiental, los intereses creados, la administración —cordón umbilical monocorde—, no admite la doble posibilidad de una cultura universal y de una cultura canaria sobre la misma espiral, como ser deseante y deseado. Desde el neolítico existimos en este contexto, y lo único que nos ocurre ahora —como en toda época de crisis— es que hemos tomado conciencia de nuestro ser, en busca de nuestra entidad, en un ahorcamiento bajo la superficie de esa praxis que nos ahoga día a día.

Para todo ello, la espiral es el mejor símbolo, porque si tomamos su dirección dextrogira desde su centro abarcará cada vez más campos y países, ríos, mares y barrancos, seres, sentimientos y especies, más lejanas y anchas, como ha hecho siempre lo canario que se expande. Pero igualmente válido es el símbolo si con un movimiento levogiro nos precipitamos en su abismo —abismo en sentido heráldico y sima de nuestros cráteres— en busca de la raíz de lo canario, en esa concentración igualmente válida para significar lo canario, que no es sino la otra cara de la moneda y el epicentro de nuestro sentido de lo poético.

El miedo al inconsciente nos bota fuera del universo anular en que vivimos. Es la respuesta a la pregunta que me hacía un amigo el otro día. ¿Por qué ese miedo al afrocanarismo que parece que invade a mucha gente? ¿No vivimos todos en el mismo

contexto afroatlántico? ¿No es una realidad la presencia del mito de nuestro mar? Ya José Luis Gallardo hablaba el otro día de la espiral y el rico simbolismo de la misma en Martín Chirino. Su clara vinculación a remotas culturas, tanto como a la próxima, es evidente. Espiral, o círculos concéntricos, o con el interno escape del laberinto. Por algo los editores del libro de Jung *El hombre y sus símbolos* hacen aparecer en la portada de este libro un laberinto, un laberinto en forma circular. Pero la tela de araña —de Ariadna— aún nos envuelve más cuando pensamos en qué laberinto pudiera ser el “lau-buru-a” vasco, las cuatro cabezas que apuntan a los cuatro monasterios, a los cuatro patriarcados, a los cuatro vientos chirinescos de la esfera armilar.

No sabemos nada de nuestras relaciones con el mundo minoico-cretense, con aquella cultura que ya admiró Tutankamen por su refinamiento. El disco de Faistos contiene una escritura en espiral y en esa espiral se ven algunas veces repetidas diversas pintaderas que tenemos en las vitrinas del Museo Canario. Pero es aún más notable que se repita varias veces la figura del betilo de piedra o de la misma figura de madera que existen en aquellas notables salas de nuestro neolítico. Si todo es nuestro desde que gentes aún no muy bien conocidas llegaron a nuestro litoral, con sus piedras pulimentadas de obsidiana, ¿cómo no va a ser nuestro, nuestro Martín en la hora más noble de su vida?

La única posibilidad válida para el hombre es encontrarse con el infinito y esto está tan presente en la espiral humana que es esa la trayectoria de Martín Chirino, tanto como en búsqueda de esa espiral. La espiral es símbolo de ese deseo de infinito que nos sumerge en ella, como en el círculo concéntrico, como en las cruces potenziadas, de Malta, o en las esvásticas budistas o en su rueda de las oraciones, en la roseta de Asoka que hoy aparece en la bandera de la India, como aparece en esa tendencia de todos los restaurantes chinos del mundo cuando estilizan el carácter de la primavera o de la felicidad en un círculo que tiene mucho de laberinto. La esvástica, un tiempo ominosa y que hay que rescatar de manos de quienes la detentan, cuando se trata de un símbolo tan antiguo de la humanidad.

Pocos se han dado cuenta de las diversas materializaciones de estas formas en Canarias, en su totalidad. Desde el tajaraste o baile de cintas —en su eterno trenzar y destrenzar— hasta esa ánfora panzuda de simbolismo sexual femenino que está en la Sala Rafael Cabrera del Museo: en ella aparece en su rótunda amplitud una semiborrada rosa negra dentada, signo del cual no tengo noticias que se haya prodigado en la cerámica canaria, puesto que en ella las formas triangulares representan la tendencia común.

Somos rastro de la historia, polvo de la historia, nada de la historia. Pero somos también nuestros sueños, lo único que da coherencia a nuestro porvenir dentro de una incoherente realidad llena de contradicciones. Para interpretar hace falta soñar. Hay que soñar sobre los hierros de Martín Chirino. Los guardianes de la cultura universal nos quieren dejar morir fuera de la Ciudad de Dios.

Todo ello porque defendemos nuestro patrimonio, que es también patrimonio universal, como los antiguos canarios defendían sus granos con signos como los que estamos utilizando. Sus pintaderas, aparte de constituir una escritura, eran signos personales, primer paso de la comunidad entre escritura y arte. Pero en las espirales de Zonzamas, de Belmaco, del Hierro, creo ver estratos más antiguos. Aquí ha demostrado Martín Chirino la capacidad de elección, la inalienable capacidad de elegir y de ser elegido de la que no se puede desposeer al hombre, que ya mostraron los antiguos canarios de cada isla. Capacidad de elección y ascenso irresistible. Martín se ha decidido por algo muy nuestro y a la vez ha hecho traspasar a la cultura artística canaria de la Edad de la Piedra Pulimentada a la Edad de los Metales, a la Edad del Hierro, a la que teníamos derecho desde hace muchos milenios atrás.

Estructura mortal

Un entreacto y Pepe Dámaso ha bajado a la platea. El teatro está lleno. Poco importa que ahora lo llamen como lo llamen. Una riada de blanco-crema sobrenada la multitud. Más abajo, entre los trajes luminosos de las damas, se ven ahora rosas, verdes, azules, rojos, cárdenos, ocre, oros, sienas, amarillos... Con esta aparición de cadáveres a medias, de cráneos flotantes, de tumbas abiertas al rigor del mediodía, de lagartos y caballos, las Hespérides acaban de dar un nuevo latigazo al mundo. Necrofilia contenida por murallas, por vitrales, en donde Gabriel Dante Rossetti, Néstor Martín y Luchino Visconti jugaran a las corridas de toros con insectos multicolores. Un Néstor transcendido, dijo Juan Ismael. Un ángel, un violín, una calavera y un sellado lacre.

Los cubos de la escenografía insular de la sala, con su público —con las tensiones de estos días—, dejaba circular, entre oros y conversaciones, el sorprendido asombro de lo que estaban viendo.

Don Pedro Perdomo Acedo decía que le recordaba aquello el momento en que se expuso en Las Palmas *El poema del mar*, de Néstor —también dijo, que se dejó escapar de aquí toda su

génesis, presente en los proyectos y bocetos, cosa que ahora, por lo menos en algunos casos, Pepe Dámaso ha tenido el acierto de presentar.

Teatro, literatura de la literatura. Pintura de las escenas descarnadas de *La Umbría*, decían otros. *El círculo de tiza caucasiense*, la inserción de un relato dentro de otro, de una pintura dentro de la literatura, más allá quizás de Marx interpretado por Brecht. Estructura mortal para todos.

Producir la actitud distanciadora del público y al mismo tiempo proclamar a todos los vientos que allí está contenida la vida del prerrafaelismo bajo altares góticos; la vida del modernismo en la marquería de los adornados muebles de perforados vanos, y el realismo mágico del ciclo italiano de la cinematografía más refinada y reciente.

Pepe Dámaso calavera, sangre, cal de Agaete, arpillera, lona, sudario, textura de goterones de cirio Pascual, apocoloquitos y autontimorúmenos, pozos y tumbas, momias y damascos, desgarrados tejidos de factura sasánida y cosidos tamarcos canarios y, sobre todo, sangre, sangre, disimulada, sutil, a borbotones, retenida en besos. Allí estaban presentes, o podían haber estado presentes, los críticos de arte de *Nuevo Mundo*, el *Mundo Gráfico* y *La Esfera*. Incluso fueron, desde el Puerto de la Luz, representantes de las exposiciones universales en las cuales la Arquitectura del Modernismo había aparecido. Venían de ver los retorcidos hierros del viejo mercado. Pero lo que verdaderamente ha mostrado Pepe Dámaso es su voluntad literaria a través de su pintura. No le interesa la estructura del "endo" o del "exo-esqueleto" —por lo menos la estructura real—, sino la estructura mortal de la totalidad de nuestras vivencias, que van en este caso más allá del amor y de la muerte, esos extremos por los cuales después brindamos abundantemente bajo las bóvedas. Creo que quedarnos en eso sería limitar su pintura a una intención, porque la pintura no se compone sólo de dos dimensiones cerradas bajo un marco —por mucho análisis orteguiano que se haga del marco—, sino que la pintura es sociología y es psicología, con Freud y con Mallarmé y la visualización de sus mundos, que durante mucho tiempo parecieron inconcebibles pero que estaban ahí en las máscaras mágicas de los dioses, en los cultos metafísicos, en la presencia de las calaveras, tan reales en el mundo africano como en Pepe Dámaso. Tenían que llegar la antropología y la crítica modernas para subrayarlo.

El trasfondo es el de las opiniones del niño Carlos, que al acercarle a Gabriel los fríos labios fantasmales le dice: "La muerte no es sino un juguete enorme... es un niño como nosotros. Nos esconderemos en sus cuencas cavadas, en la fruta sombría de

la boca, como en la montaña los días felices." Dos coordenadas de valor. Dámaso quiere ser este niño. Pero, además, este párrafo de *La Umbría* nos está diciendo que hay algo más en nuestro entorno, que no son niños, ni muerte y que es la realidad humana que nos penetra cada día, que nos trasciende de y hacia nuestro entorno social y psíquico, pues al creer que un poema de amor y de muerte, de locura y sangre puede existir aislado, en el vacío, es la negación de la realidad que nos oprime.

Asegura Dámaso su pacto con la muerte a través de la calavera. Pero está constantemente dándole verónicas a la vida a través de una inmensa concha de vívidos fulgores y en las vidriadas minas de cada uno de los trípticos "quebraron sus colores las siete iridiscentes lumbreras espectrales". Los antiguos peces de Néstor no aparecen, pero hay una obra en este conjunto en que el caballo —portador de Eros en muchas mitologías, a través de símbolos interpuestos—, en vez de engallardar su cabeza cornígera, la hunde, hunde toda la realidad interpretada y "sus finas patas, para el galope aligeras", en una mar de muerte. Así habló Tomás. Bien oiréis lo que decía entre aurirramosas cuencas de corales.

A pesar del menosprecio y la destrucción al que sistemáticamente ha sido sometido el estilo modernista, este mundo, lleno de símbolos, y mallarmeano por su parentesco, se mantiene en pie. El gótico romántico de la catedral de Arucas frente a la pesantez del modernismo con toques neoclásicos de pequeños frontones rotos, mezcla en su contexto muchos elementos intelectuales, creadores de ambientes como los que se proponía construir Néstor. El brujo africano, los zombies, el vudú americano y las medievales Danzas de la Muerte están presentes en esta obra de Dámaso. Las Euménides y las Furias, Shakespeare y sus amantes de Verona; el estallido pasional y el brindis por la unión del Cuerpo y el Alma; el Auto Sacramental de Eros y Tanatos. Una estructura mortal cerrada tras los clavetones de las puertas de Vegueta, donde la calle de los Balcones pierde su nombre y nos alejamos de los páramos del anquilosamiento clásico.

LOS ESCRITORES, LOS HISTORIADORES, LOS POETAS

Una vez pensé en una antología de poetas de Gran Canaria. No duró mucho tiempo el juvenil entusiasmo. En realidad no había muchos que nos gustasen. Y de los que sollozaban o reñán, cantaban o preludiaban en nuestros oídos agradablemente hubiésemos querido tener todos sus versos.

Yo, Mari Maguada Tamarán, he tenido quien me arrulle con canciones desde que nací. Fue el propio padre Boreas. Le sirvió de lira el Ponto, el Río Oceanos que me rodea con su cíngulo azul. Hoy mis hijos se empeñan en vender más tomates que nunca, pero también en hacer más poesía que nunca. Produzco papas, pero también produzco poetas, pues la introversión manifiesta del carácter isleño hace pensar en que éste ha de ser manifestadamente poético.

—Pero ¿qué es un poeta?, señora.

—Un poeta es un lirio hecho de carne.

—¿Y en qué se puede diferenciar un poeta de Gran Canaria de cualquier otro?

—En que el poeta isleño viene sostenido por cariátides de espuma, lleva en sus manos pulpos y calamares, pisotea indiferentes lapas y tiene la vista fija en un halcón rojo que vuela sobre Alta Vista.

(He aquí varias definiciones que me han gustado. Un lirio es una flor erguida, delicada, blanca o amarotada, con el interior dorado, el remate de un cetro. Carne es lo pesado, lo muerto, lo que vive y se pudre. Los poetas, siendo lirios, limpian escarapates, regentan farmacias, tienen imprentas... en sus múltiples trabajos prosaicos viene a besarlos el soplo sagrado de las musas.)

—¿Y qué cosas se advierten en la poesía canaria?

—En la moderna poesía de la isla se advierte que ésta sigue siendo el samovar del Atlántico, el punto donde se unen los silfos de Europa con los quetzales de América, con el Korán de Asia y con la música negra de Africa. Estas gentes que llamamos poetas representa ya mucho en la vida de nuestra ciudad. Son, se han incorporado, a la sociología y a la psicología del pueblo de Gran Canaria. Y, por lo tanto, sobre ellos hemos de intentar fijar algunas ideas:

1.º Está en plena efervescencia la lucha entre poesía concreta y poesía pura. Pero en definitiva me pregunto si no será posible llegar a una poesía cuatridimensional y una unidad de las artes —a una unidad de los campos de atracción— que parece venimos presintiendo. Pero “hay además en la poesía ciertas cosas inefables y que no pueden explicarse”.

2.º ¿Se distinguen realmente los poetas canarios del resto de los poetas? Ya lo hemos dicho. Los versos canarios son marineros que perdieron la ruta. Porque son falsas en ella la visión de puertos lejanos y exactas las miradas redondas sobre el Puerto. Tienen los poetas canarios recuerdos de haber jugado en las Canteras con la hija rubia de algún cónsul, de haber mariscado burgados en los caletones de la Puntilla. Ellos sólo han visto negros, indios morenos, amarillos, lo suficiente para que cuenten en gui-

neas, y piensen en tierras de opio y tabernas con ginebra, esquinas turbias y cuerpos humanos que surgen de cubierta como las bocinas de los ventiladores, pintados de blanco. Son como aletas de pescado sobre las mismas esquinas de los buques. La poesía canaria sueña con un mar que deje traslucir visibles una multitud de pueblos y banderas.

3.º La poesía canaria de hoy se ha volcado por fin sobre su propia tierra: poesía de lo indígena, de las primeras edades del mundo. ¿Qué leyendas susurra el mantillo humedecido por las mismas lluvias? Brillan bajo los millos, sobre la arcilla roja o sobre el negro picón, el nácar de los caracoles de cuernos contráctiles. Cruza el maíz, de pronto, el vuelo bajo de un abito color teja moteado, de cola blanca y negra. O sobre las tuneras de Tafira al anochecer una lechuga pesada que parece rodar sobre el firmamento estrellado. El impulso inicial está dado por la generación anterior en su amor a los cortijos serranos. Estos han llegado más profundo en el bucear de las capas geológicas:

Todavía no ardía la cabeza de un árbol
y el sol hallaba lejos su arriesgada aventura
de atravesar la calle con los brazos en alto.

4.º No ha adquirido todo su desarrollo la poesía en prosa sobre las cosas de la isla. "Una araucaria al amanecer", un poco *haikais*, puede servir de ejemplo:

"¿Habéis visto cosa más bella que una araucaria al amanecer?
Cuando su punta recibe la primera tea encendida del sol, en la escamosa base se trata aún la noche hecha jirones. La luz rosa no hizo callar a los capirotos de las ramas bajas, y ya los gorriones tienden su algarabía desde lo alto a la dalia roja que está quemando el mar."

5.º Hemos de considerar que, sea como sea, por fin la poesía canaria reconoce haber tocado fondo y se le rasga el alma con el problema de nuestra misma existencia, mientras hay quien todavía piensa en hacer versos exactos.

Cisnes con tipos de máquina

¿Quiénes son escritores? Sólo aquellos que no pueden dejar pasar día sin escribir línea. ¿Es esto independiente de que escriban bien o escriban mal? Creo que sí. ¿Es también esto independiente de que publiquen o no publiquen sus cosas? No lo sé. Aquí, a la vuelta de unos pocos años constituimos nos-



otros los escritores una entidad, sin estatutos que nos rijan, pero cierta, no por eso menos corpórea. Se podrá reír la gente de nosotros. Podrá decir que no nos entiende. Nos podrá criticar con acritud. Pero lo cierto es que existimos. ¿Pero con exclusividad de todo otro grupo de escritores? La verdad es que casi desconocemos en absoluto al mundo exterior. Nosotros, para ellos somos unos escritores *de provincias*. Ellos tienen el prestigio del huecograbado. Nosotros, en cambio, nos movemos y alentamos en un mundo inexplorado para millones de seres humanos. Gozamos con lo que nos ignoran. Cada cual tiene aquí su manera y al tiempo nota flotar algo que nos une a todos. Hoy somos para nosotros la mejor generación. ¿El público pensará que trato de supervalorarnos? ¿O en las palabras de Unamuno, cuando estuvo en Las Palmas?:

Esas montañas están construidas con cadáveres de piedras. ¿Dónde está su grandeza de colaboradores, de novelistas, de poetas? ¿Es que hay alguien realmente grande?

Los hijos gigantes

Don Benito Pérez Galdós fue un hombre sencillito. Pero Galdós fue un fenómeno único dentro de la literatura española, algo así como un apéndice espiritual que de pronto le nació allá en una isla, con un esfuerzo muscular, con una neurodistensión ligamentosa enérgica. Galdós, padre; Baroja, hijo, y Azorín, espíritu santo, opuestos por contrarios caminos estéticos, unidos en un punto.

Galdós por isleño, universal y jamás peninsular, pero por universal, más español que nadie. Mi profesora de alemán lo encontraba particularista.

Galdós yace entre prejuicios —como el primer hito de la novela española, don Miguel, que algún día se levantará de su tumba a tender en tierra el retablo de los cervantistas—. Cervantes y Galdós, las dos únicas novelas españolas que han existido.

El paisaje en Galdós es una cosa puramente convencional, tanto como lo es en Cervantes. El río de Orbajosa en *Doña Perfecta*. El paisaje siempre tiene su ironía y su significado.

Galdós es pintura. En Madrid, en la guerra, en Orbajosa; es lo mismo. Brilla Galdós con la intensidad de las cosas vivas. La trastienda de la batalla de Vitoria donde andan mezclados con el fango el Cristo de Cellini y las piedras preciosas embarcadas en el equipaje del rey José...

Galdós sólo oculta una cosa: el dolor de no poder alcanzar la eterna salvación, con la tristeza de su manta de piedra, de

sus victorias: Luchana, Bilbao, Don Baldomero... Galdós o el honor militar y la Religión. ¿Cómo se comprende esto en el autor de *Electra*? Galdós es la eterna contradicción ibérica.

Galdós era, por su sangre, por la rica pedrería de su idioma, un hijo de Tamarán, con sangre de drago en las venas. Dentro de casa, en zapatillas, hablaba en canario, hería, con basalto, su diabólica caverna de la Carne. En *Angel Guerra*, es un cráter abierto en la rosácea superficie de la isla.

Galdós fue el Goya de las letras españolas.

Recensiones, reflexiones, reseñas

Esa ha sido nuestra labor humana sobre y bajo el tiempo vivido. Reflexionar sobre las recensiones y reseñar las reflexiones. No es una labor muy fructífera. Lo reconozco. Pero a mi mesa siguen llegando catálogos y separatas, libros y folletos, programas de mano y enciclopedias-anuarios. Por mi labor didáctica, busco la síntesis en su grado máximo. Pero la realidad me impone la ampliación. Busco la síntesis en láminas de arte, repasando la lectura de los capiteles del románico, ideando esquemas de la Historia, de la Literatura o de la Gramática, pero la dedicación al problema que son nuestras islas, me lleva a observar cómo se extiende y cómo profundiza en su ser la cultura canaria de nuestros días desde la unicidad de Galdós a la trilogía Tomás-Quesada-Saulo o a la explosión del surrealismo espinosiano en ambos sentidos de la palabra.

Desprejuiciados y desmantelados de las estructuras vigentes, llegan a bordo de mi nave-escritorio los susurros de los que no creen en la cultura en general, en la hispánica en particular y en la afroamericana en su cimera. Siempre he visto que los que estudian en unas fuentes creen poco inteligentes a los que beben y sueñan su bebida a partir de otra. Pero mi objetivo —hoy y en esta página— no es teorizar, sino demostrar, a partir de hechos, libros y cartas concretas, la existencia viva de nuestra cultura, de esta cultura que roza el ala a los guirres. Desde lo más insólito a lo más normal. Por ejemplo, desde una comunicación del Centro de Enseñanza de Música de Vanguardia hasta una invitación para la galería Balos, o la Vegueta, o la Casa de Colón.

La cita de los libros y folletos recibidos tiene que ser forzosamente caótica. Algunas hay que hace mucho tiempo que me hubiese querido ocupar de ellos, como el póstumo de mi profesor don José Miranda Guerra, titulado *Los puertos francos de Canarias y otros estudios*. Hago mención de esta obra porque fue

en algunos conceptos en Miranda Guerra donde entreví por primera vez lo que podría ser lo geohistórico ambiental de la cultura canaria y también porque me niego a excluir del concepto de cultura a la economía y a la técnica a cualquier altura que ellas estén situadas.

Algunos de estos libros me llevan al recuento, a la intimidad de la niñez, de la fraternidad y de la amistad más profunda. Sobre la mesa tengo todavía las separatas que me envía mi hermano: *Correspondencia epistolar entre Maura y Galdós; Amor y ausencia en unos poemas de Antonio Machado* ("Papeles de Sons Armadans"), *Alonso Quesada, Poeta en Soledades (Notas para su poética)* ("Anuario de Estudios Atlánticos"), y, sobre todo, un libro sobre Iriarte... A continuación veo la obra de José Miguel Alzola *Don Chano Corvo (Crónica de un jardinero en su jardín)*, que trae tras de sí toda la bibliografía de José Miguel publicada durante mi ausencia americana: *Iconografía de la Virgen del Pino*, 1960; *Domingo Déniz Grek, 1808-1887*, 1961; *Historia del Ilustre Colegio de Abogados de Las Palmas de Gran Canaria*, 1966; *La rueda en Gran Canaria*, 1968, e *Historia de un cuadro. El niño enfermero*, 1971. De don Joaquín Artilés ya no hago recuento de lo largamente comentado —queda su ampliación para voluminosos resúmenes—, reseñas del futuro, sino lo más reciente: la compilación que ha hecho de las *Poesías satíricas* de Saulo Torón y su comentario —publicadas por el Plan Cultural—, que refleja todo el ambiente del humor isleño de aquella época en esta ciudad, al cual el mismo don Joaquín ha puesto el contrapunto, en el *Anuario de Estudios Atlánticos* con *Saulo Torón, poeta lírico*; al que podemos interrogar con sus mismos versos:

¿Hacia qué nuevas rutas emprendiste la huida?

¿Por qué mares navegas ahora, capitán?

Flotan sobre el Atlántico unas islas cruciales o de crucero, hoy sobre una frontera que se ha vuelto caliente, y navegan —sobre la poesía que nos vio nacer—, libros como el que también acabo de recibir de Andrés Sánchez Robayna, *El primer Alonso Quesada. La poesía de El Lino de los sueños*, con prólogo de Blecua y edición del Plan Cultural.

Intemporales y metódicos, los libros y los catálogos se suceden. El de la exposición de Pepe Dámaso lo vuelvo a mencionar ahora como continuación al envío de Andrés, pues es el mismo el que firma el comentario de la exposición como reafirmación de Alonso, de Néstor, de Tomás y de Bataille. Y junto a ello no puede cesar tan fácilmente el recuerdo del Zaj mimeogra-

fiado, multimusical e italo-canario, pictográfico y escenográfico, en 1976 en la Vegueta y en 1977 en la Colón. Y en medio de estas reseñas, recesiones y recuerdos en torno a los trópicos de Cáncer y Capricornio sobre esta polémica de cultura/anticultura hay siempre algún jardín encantado donde los nopales estratigráficos no existen y donde las luces de la noche tienen vigencia acuática con música de órgano. En ese jardín y bajo esa música, un hombre, Julio Barry, cultiva las letras mecanografiadas —su *Crónica de un pobre hombre* tiene algo de *Idearium* gani-vetiano—.

La cultura suena y repercute élite, pero el que una barca lanzaroteña sea ametrallada en la costa de Africa tiene claramente que ver con esto que estamos haciendo: tratar de adivinar el contorno y el dintorno de nuestra cultura canaria. Y aún más en estos momentos en que la prolongación electrónica de los sentidos y la conducta humana nos pone en contacto con el mundo entero. Ya no hay pretexto para que nuestros libros se dirijan desde la Península. Los canarios que hacen ese terrible esfuerzo desde allá —como los esparcidos por el mundo— son el producto más caro de nuestro subdesarrollo y de nuestra marginación: falta de Universidad, falta de libros, falta de elementos de investigación y trabajo, pues empezando por los archivos de nuestra Historia, que deberían estar aquí, hasta las decisiones sobre pesca en el Atlántico, todo forma parte de una misma *Común Historia*, como el libro de Miguel Martínón, que desde el año 1976 y desde Tarancón me decía: “El poeta recuerda a Antonio de la Nuez / le imagina / frente a una bahía de luz / y le abraza afectuosamente / Miguel.”

Los signos externos son la muestra de la nominación interna. El grafismo y lo icónico se unen. Me refiero, con ello, a que el *Lino de los Sueños*, de Alonso Quesada ha salido en estos *idus* por duplicado, al mismo tiempo que, como contrapunto, aparecen al público montañas de papeluchos incalificables y subordinados. El laberinto de la fortuna continúa. Ya desde 1972, María Paz Verdugo me envió *Extraña noche con Alba*. Ahora acabo de recibir *Poemas de mi vida*, con prólogo de Luis García de Vegueta. Dudo y quisiera saber el por qué de las cosas, dice María Paz. Nos pasa a todos, con esta interrogante vital de la cultura que estamos creando. Somos una gran familia a veces mal avenida, pero todos dudamos. Sólo la duda metódica nos hará libres. Me alejo de todo juicio de valor, pero es necesario que todos se pongan su *antialma*. Cada uno tiene la suya. Tengo que recuperar el tiempo perdido y me gusta para ello el título largo de Manuel Parra Pozuelo: *Análisis de tres poemas de Pedro Lezcano y de algunos temas o motivos de su poesía, con noticia*

bibliográfica de su obra poética, separata del *Anuario de la UNED*.

Así como la pintura de hoy quiere alejarse de su limitación bidimensional y estática, y la escultura convertirse en volumétrica pluridimensionalidad musical, la Literatura —objeto y materia fundamental de este ensayo sobre la cultura canaria, en este momento—, quiero que aparezca en esta crítica como una serie indefinida de “modelos para armar”, en donde todos tengamos derecho a intervenir. Esta es la esencia de la cultura popular: la participación de los demás en la obra del creador-núcleo. De todas maneras no es posible ir más allá del borde de la mesa. Sobre ella están todavía las obras de Orlando Hernández, editadas ambas por Plaza: *Catalina Park*, que criticada o no, ha tenido un amplio espectro de conocimiento popular, y ahora, recién, *Máscaras y Tierra*, ya una verdadera novela sobre los problemas socioeconómicos del sur de Gran Canaria, ese gran sur que todavía nos hace temblar, fenómeno aún no asimilado por el contexto social de la isla. Curioso el primer plano de su portada: en ella Orlando aparece disfrazado de capataz de una hacienda del Caribe, pues no podemos escapar así tan fácilmente al mimetismo de lo canarioamericano.

Pone fin a esta relación presencial el caracol del viento *Chirino*. *Afrocán*, Galería Juan Mordó, Madrid, y ahora, recientemente, aquí. Pone fin, de momento, porque en otro lugar ya expliqué la ubicuidad y extensión de nuestro signo. Libros que son exposiciones, exposiciones que son libros. Y mientras estamos a la espera de que nuestros escritores, nuestros pintores y nuestros escultores y músicos lleguen a nuestros ojos, con los múltiples de Tony Gallardo o del mismo Martín, que dejó su huella escultórica en papel sobre mi “libro de memorias”. O con la futura exposición de Juan Ismael que ya se anuncia, para bien de la eternidad en este tiempo presente.

Un brillo apagado y oloroso

En los viejos *Nuevo Mundo*, *Mundo Gráfico* y *La Esfera* solía aparecer de vez en cuando la imagen de algún escritor, de algún artista canario. Era como el eco lejano de un algo concedido a esas tierras que fueron un tiempo las del vino rojo con su brillo apagado y oloroso. Ante la vista tengo con mucha frecuencia a Galdós. Domingo Navarro deposita unas flores en el monumento que Madrid —por obra de Victorio Macho— le habían levantado al Abuelo en el Retiro. Pero esto es lo frecuente. Lo insólito está representado por muchas viejas imáge-

nes. Son del año de la primera guerra mundial. El *Nuevo Mundo*, dirigido por don José del Perojo, trae una página consagrada a Néstor Martín Fernández de la Torre. Años después veo a Rafael Romero Spínola, el pianista —todavía con su melena negra—, 6 de febrero de 1920 y recitales de piano en el teatro de la Comedia. Lo oí tocar en casa de mi abuelo, en un triste piano de Vegueta, hace ya también muchos años. Y el 14 de diciembre de 1923 veo aparecer en la misma página al pintor catalán Eliseo Meifrén —tan permanente en Las Palmas— y a mi ya fallecido compañero de labores en *La Provincia*, don Adolfo Febles Mora, que por entonces cumplía sus bodas de plata con el periodismo, ¿a qué edad empezaría a escribir?

Después, otro Rafael Romero, Alonso Quesada. Su más conocida imagen de tristeza inmanente había saltado ya a la actualidad nacional. El 15 de junio de 1923. Dice textualmente el desconocimiento de la Villa y Corte: "Don "Alfonso" Quesada, poeta canario a quien presentó en el Ateneo el señor Unamuno, y que acaba de publicar, con unánime éxito, un poema dramático titulado *La Umbría*."

Si creyese en esa moderna entelequia y ese moderno lenguaje de nuestros técnicos socioeconómicos y sociopolíticos diría que Alonso Quesada fue el narrador y el poeta de nuestro subdesarrollo, de nuestra situación semicolonial a las puertas de Europa y en los idus de marzo. Pero no creo en ello, sino en esa fuerza oculta interior que *El pensamiento salvaje* estructural de Levi-Strauss nos muestra por el intrincado y difícil camino de la investigación más profunda. Los caminos de la crítica literaria han ido ya mucho más allá de lo que la estilística proclama.

Un ligero repaso de todos los poemas de Rafael Romero nos puede colocar en el centro de la verdad. Su casi inmensurable talento hizo que abarcara casi de un solo impulso y en pocos años todas las escuelas de su tiempo y ser además precursor de las que estaban en puertas. Desde el noventaiochismo al surrealismo y hasta la poesía pura que viene después del surrealismo. Un hondo contenido que pugnaba por expresarse en un mundo del que no había desaparecido del todo Bécquer.

Un ensayo forzado de su ritmo prosario, convertido en verso, nos puede servir de módulo de su mundo trágico. Se trata de una sibilina acotación en *La Umbría*:

ESCENA TERCERA

El jardín, silencioso,
calla adormecido al pie de los laureles.
Salvadora, con los ojos extraviados

y en los labios
 una retorcida mueca amoratada,
 huye sigilosa.
 Huye del gesto imperturbable y firme
 cuando el hombrecito pone
 sobre el blando pecho de las tres hermanas
 su cabeza rebelde y sedosa.
 La muchacha no quiere adivinar
 y huye, huye, más allá,
 estremecida de terror.
 En el umbral araña la sombra de los árboles
 con ojos fulgurantes.
 El miedo (redundante y cruel)
 le hace olvidar el miedo.
 Avanza después —demacrada y temblorosa—
 por los senderos del jardín, emblanquecidos de luna.
 El fantasma la sujeta por los cabellos,
 que se le han desatado en la fuga
 al atravesar las galerías.
 La pipa del jardinero dormido cae al suelo.
 Un recio golpe en los oídos del silencio.
 La muchacha cierra los ojos.
 Corre por el jardín despavorida,
 arropada en el manto.
 El perro acude (desde lo más profundo de su suelo).

Desde las sombras alargadas por la luna de José Asunción Silva a la versificación teatral de Valle Inclán y a "las altas galerías" de García Lorca, todo un mundo poético de extrañas sugerencias se alla presente en esto que el autor no vio como poema, pero que refleja perfectamente el estado de ánimo en que escribía aun en los momentos en que el mundo práctico de las res extensa lo llamaba a componer las realidades de una posible escenificación.

Ahora, repasando los contactos de Unamuno con Rafael Romero, en las cartas publicadas por Lázaro Santana, veo con más claridad el problema dialéctico intelectual que en la vida común de las islas se presenta con más fuerza —y que, además, está compuesto por dos aislamientos probados—. Se trata del omnipresente ensayo del contraste de lo insular/lo peninsular, reproducción en mayor escala de otra constante española y universal de lo provinciano/capitalino, que ha llegado a ser tema aún total. Y puedo citar un caso extremo en el crítico Bernard Berenson, cuando habla de la situación serial Atenas-Florenia-París frente al resto del Universo Humano. O aquello o esto: un mundo de gloriosas capitales frente a un mundo oscuro, imitativo y ñoño. Los grandes también caen en esta trampa como han caído hasta ahora, o hasta hace muy poco los etnólogos, los antropólogos, los lingüistas, que quizás no hayan seguido el consejo ru-

soniano de mirarse a sí mismo y al hombre hasta sus más profundas lejanías.

Reconozco que todos los que escribimos somos unos alegres impostores tristes o unos tristes alegres impostores. Pero es evidente, a través de esta colección de cartas que nos ofreció Lázaro Santana en 1970, que a la profunda reflexión quesadiana sólo responde un Unamuno preocupado por sus cosas y por el desprecio de nuestros problemas, cuando él cree que está situándose en la realidad al recomendarnos que dejemos las discordias de casa y no nos abstengamos de los altos problemas que hoy se agitan en la patria, como si el problema verdadero no fuera ese: creer que nosotros no tenemos problemas y que "ellos", los grandes de la patria sí los tienen, rasgadas sus vestiduras por las desgracias totales.

La rudeza poética de don Miguel de Unamuno fue una escuela aceptada por Rafael Romero —que ya llevaba ese gusano dentro de sí—, pero esta misma rudeza de don Miguel le hizo comprender muy poco lo que se cocía en el Archipiélago. Los isleños, "sorprendidos, aturridos, incrédulos", oyeron cómo Unamuno, presidido por su olímpico desprecio por lo que no fuera el "centro" de sus ideas, despreciaba el problema de la división de la provincia, sin llegar ni siquiera a rozar el fondo del problema, tal como antes lo he enunciado: para un "centro intelectual" todo problema marginal es "pensamiento salvaje", tal como lo caracteriza Levi-Strauss.

Pero esta misma vinculación de la contradicción Unamuno, Alonso Quesada nos lleva a un capítulo del breviario de Cohen *Poesía de nuestro tiempo*: "En la tierra baldía", capítulo en que se unen en un solo haz a Unamuno, Antonio Machado, Guillermo Apollinaire, Ungaretti, Eugenio Montale y el que da el nombre a todo el capítulo: Thomas Stearns Eliot (junto a Ezra Pound). Una literatura norteamericana de extravasados a Londres en un nuevo encuentro con la literatura inglesa. Pero lo que no cabe duda es que ya esto no era literatura inglesa clásica en el mismo sentido que los que renuevan el gongorismo en España en una generación inmediata a esta que aludimos, ya no son tampoco literatura del Siglo de Oro y que el paréntesis abierto entre la Contrarreforma y la condena del Erasmismo y la Institución Libre de Enseñanza ya se había cerrado, a pesar de que muchos no lo han querido ver así y siguen recitando poesías de Gabriel y Galán o creyendo que Echegaray representa algo en la literatura española.

Es imperdonable también que Unamuno no viera la nueva mitología que nacía con Alonso Quesada y su búsqueda del escalofrío que a Unamuno le tenía sin cuidado.

Quesada, aun en sus sombras de luna sobre los caminos, fue un táctico de la "tierra quemada", un presentimiento de guerra infinita que le salía del corazón. Para T. S. Eliot, la verdad existe, pero sólo puede ser reflejada en el espejo de una sensibilidad normal. Pero no existe una verdad universalmente aceptada en nuestros días por la que el poeta se pueda guiar y rectifica sus imperfecciones, las imperfecciones de su visión forzosamente parcial del mundo. Y el poema —su producto— será así siempre una aproximación a un mundo más perfecto que nunca será escrito. Un cuadro general del mundo —una visión universal, una cosmovisión— común al poeta y al lector, sirve a los mismos propósitos que los de la autocorrección. El nos puede ofrecer un conjunto común de referencias, de las cuales el poeta puede extraer sus imágenes. Los pasajes oscuros de Góngora o de John Donne pueden ser resueltos más discretamente que los de Mallarmé y sus sucesores, porque en aquellos casos todas las referencias están sacadas de la Biblia o la Mitología. Eliot, al dar su lista de fuentes y referencias, no da mucha luz, pero después dijo que éstas eran solamente falsas pistas colocadas allí únicamente para rellenar espacio. Ni la fuerza de la voz aislamiento, ni el conocer todas las circunstancias de la vida de Rafael Romero, ni las absurdas interpretaciones de Unamuno sobre el verdadero valor del "muestreo interpretación" de los problemas de la división de la provincia, ni las explicaciones de Lázaro sobre los personajes mítico-literarios que figuran en las cartas desde don Pío Coronado al gran amigo don Federico Cuyás, añaden nada a la interpretación de la forma y del lenguaje quesadiano. Referencias de *La Umbría* a un lenguaje canario recién desaparecido y presente aún en otros países hispanohablantes, la presencia aún de una colonia inglesa y de los descendientes de esa colonia en Gran Canaria no pueden explicar del todo el engreído provincianismo centralizador que nos quieren vender muchas veces como acabado producto intelectual. Y todo ello se superpone a una circunstancia indudable: que cuando los provincianos de provincia hacemos referencia a una cierta metáfora donde estén implicados determinados fueros mítico-religioso-históricos con la certeza de haberlos poseído en su plenitud, están tan lejos —los eternos poseedores de la verdad— de considerarnos en posesión de su secreto que creen de buena fe que los estamos citando a tontas y a locas. Es el recuerdo que tengo de una vez que cité el *Fuit homo missus ac Deo...* en su doble valor, pero además dentro de la *Oda a don Juan de Austria*, de Tomás Morales, ante uno de los Elías de Tejada. Y todo ello aparte de que en Quesada se contienen cosas que Unamuno era incapaz de comprender dentro de su sano, fuerte y robusto cuerpo, muerto tranquilamente en su casa de

Salamanca una vez estallada la guerra. Por ello es por lo que muchas veces dudo entre clasificar a Alonso Quesada entre los que marcharon hacia las remotas Hespérides en las cuales él ya vivía, junto a Juan Ramón Jiménez: El cielo no / puede ser para este encanto; / el jardín está partido / a la altura de los brazos —junto a Guillén y a Yeats— o dejarlo en esa tierra baldía donde casi el mismo se ha clasificado, aunque quedaría igualmente bien clasificado si lo uniéramos al grupo después tan floreciente en Canarias, de la nueva violencia surrealista y sin que podamos del todo separarlo de uno de los poetas más grandes de los que los europeos —con su eterna visión centralista— creen aún en tierras vírgenes: me refiero concretamente a César Vallejo.

Sólo, en cambio, en los cuentos de Horacio Quiroga está presente el misterio y el escalofrío que aparece en *La Umbría* y en parte de la obra total de Quesada y que podemos saludar casi con la misma frase con que saludaba Hugo a Baudelaire por sus *Flores del Mal*: “Has dotado al cielo del arte con no sé qué rayo macabro, has creado un escalofrío nuevo.” Y no importa que Alonso Quesada halla traído su cuento no de la literatura francesa, como se supone o se presupone en todo escritor español e hispanoamericano del último siglo, sino de la inglesa, como aseguraron Eugenio Padorno y Lázaro Santana. Es que ocurre que en definitiva la literatura inglesa no es al fin y al cabo más que literatura latina escrita en anglosajón.

El perro ha visto el fantasma
y lanza un apagado ladrido.

Los fantasmas retienen a toda la gente de *La Umbría* en un amoroso estar en una atracción de contacto físico y la mano de la sombra se posa extendida como una araña inmensa sobre el pecho de la hermana. Continúan las anotaciones en este tono. En vez de un jardín del norte de Gran Canaria parece que nos hemos trasladado a lo más profundo de la selva americana, de donde Quiroga extrajo toda su angustia. Ahora estamos en lo más alto de la escalera y de la coincidencia. Ahora podemos hacer construir un paralelismo entre lo que los antropólogos han estudiado sobre el pensamiento salvaje de las tribus americanas y el comportamiento de nuestras pequeñas sociedades pequeño burguesas y maximarginadas, y el comportamiento de la nueva literatura hispanoamericana —nueva desde antes de fines del siglo pasado— y esta incipiente literatura hispanoatlántica, aún con una necesidad de toma de conciencia para el futuro. Y entre Antropología y Literatura no habría más que pequeñas diferencias, según Lévi-Strauss. Pequeñas diferencias de orden: “El arte procede

a partir de un conjunto: (objeto + acontecimiento) y se lanza al *descubrimiento* de su estructura; el mito parte de una estructura, por medio de la cual emprende la construcción de un conjunto (objeto + acontecimiento)." Así se explica cómo pueden coincidir en muchas ocasiones Mitología y Literatura.

Hay un momento de reposo antes de terminar. Es la espera del mundo. La noche sobre los senderos del agro vecino se hace más luminosa y cordial. El mar duerme. Salvadora, cobijada en su manto, sale al camino. Consumida por el dolor recibe la caricia de la noche, y sus labios sonríen con una sonrisa doliente y resignada... Y más allá el puerto de las Nieves, sobre el Atlántico. Ya nombra el poeta las cosas concretas, los objetos: Las Pardelas, el Valle, la goleta *Guayarmina*, el Nublo, Tirma. A ellos se une el acontecimiento que va poner fin al relato. Pero nada de su tragedia y de su importancia comprenderán quienes no pongan toda la carne en el asador, quienes no comprendan que el pensamiento provinciano es tan alto, hermoso y profundo como el pensamiento clásico de cualquier literatura universal.

Un hombre de este siglo

Las largas estanterías. La bibliografía inscrita en una libreta, en un cuadernillo, en unos papeles sueltos. Las hijas ordenándole la biblioteca. Miles y miles de fichas. Miles de kilómetros bajados a las profundidades de Plutón en busca del agua de estas islas secas. Mucho antes de que existiera la Unesco. Jornadas por todas las tierras. Interés por todo, y sensibilidad para todo. Este es el hombre del que hablaba el otro día Matilde Benítez. El mismo de la calle donde vivo. En el mismo lugar donde nos peleamos siempre. Desde chicos. Cordialmente. Donde hoy volvemos a pelear. Sencillamente porque todavía sobre Simón Benítez y su circunstancia hace falta decir mucho más.

A lo mejor te parece, Matilde, que estoy tomando el rábano por las hojas. Pero de forma inmediata, al leer tus líneas, los recuerdos se me han agolpado. Todos de una vez. Pero, sobre todo, se me ha hecho presente con mucha mayor claridad lo que habíamos estado conversando anoche, pues muchas veces termina uno diciendo en verso —como te ha ocurrido a ti— lo que empieza a conversar. Me refiero concretamente a la falta de sensibilidad en general de toda la Universidad hispánica. La de España y la de América. Todos los antiguos compañeros de junta del Museo Canario nos pusimos en contacto para un "número homenaje" a don Simón. Estaba yo en Caracas. Vivía en San

Bernardino, una antigua hacienda colonial llena de recuerdos y atropellada —junto al Anauco— por el desarrollo. Queda de aquello, los apamates, los enormes mangos que los chicos apedrean cuando están cargados. La quinta del marqués del Toro. Pero cada uno tiene su especial vivencia de cada lugar. Allí me enteré, por Agustín Millares Carlo, del número homenaje del Museo Canario. Allí redacté mi modesto trabajo. Tan modesto, que no era sino un recuerdo de algunas excursiones hechas con Simón Benítez, Pepito Naranjo y no sé quién más. Ya te he citado dos nombres: don Agustín, don Simón. Y como ellos, muchos más. La Universidad llamada de Canarias no tiene sensibilidad. Ellos han debido recibir el *Doctorado Honoris Causa* sin que nadie lo propusiera. Sin que nadie llamara la atención sobre esto. Anoche habló en la Casa de Colón Eduardo Westerdahl. Una lección magistral. La Universidad lo desconoce, que es como reconocer su ignorancia sobre temas fundamentales de la Cultura del siglo xx. Sé que para muchos, todavía, hablar de Dadá y Surrealismo es como nombrar al diablo, pero en la Universidad nos preciábamos desde que entramos en ella, de adorar al diablo. Y si no, que lo digan Sebastián Manchado y Luis Rodríguez. ¿Qué se ha hecho de nuestra pequeña Universidad de San Agustín?

Querida Matilde: no son los versos que citas de Saulo Torón lo más apropiado para terminar, con melancolía, la bofetada que da a la Sociedad que niega sus propios valores, al olvidarlos. Aunque manos blancas no ofendan. Nosotros no pensábamos así cuando chicos. Todo esto tiene una actualidad. Una rabiosa actualidad. Gentes que, hace mucho tiempo, cualquier Universidad de otros lares se sentiría orgullosa de tener en su haber, aunque sólo fuera como nombres gloriosos incorporados, aquí se limita a ignorarlos. O, lo que es peor, a citarlos como circunstancias muertas.

Así hubiese ocurrido con Tomás Morales, con Alonso Quesada si no hubiesen desaparecido hace tanto tiempo, o con Juan Negrín, si no hubiesen sido las circunstancias de la guerra y no fuese además catedrático en Madrid. O con Clavijo y Fajardo o el Arcediano de Fuerteventura, si no hubiesen sido gentes de otros tiempos que ya no podemos resucitar. Unas cuartillas se me hacen poco para citar toda la carga de desagradecimiento de que es capaz un pueblo y una Universidad, que se supone debe ser el cogollo intelectual del país. Sin embargo, siempre hay esperanzas. En América tengo cientos de ejemplos de profesores que por circunstancias políticas, o simplemente demagógicas, tuvieron que salir de la Universidad. En estos días le he escrito a un viejo profesor venezolano al que quiero recordar. No sé si llegará a tiempo. Porque has de saber, Matilde, que ya —los que tenemos recuerdos válidos de la generación de nuestros pa-

dres— también estamos a punto de pasar. O por lo menos fue una generación la nuestra que si no fue marginada se marginó a sí misma. Un día quiero hablar de los suicidas que fueron compañeros míos de mi niñez y mi juventud. Son muchos más de lo que la gente cree. Si no he hablado antes de ellos es porque me resulta doloroso.

Sin embargo hay esperanzas, y hay realidad presente. Hay homenajes reivindicatorios. A Agustín Millares, por ejemplo, le hizo Juanito Jaén un magnífico busto en Caracas. En bronce, aún durante esa vida pujante de don Agustín, honraría cualquier plazuela o cualquier patio interior, recoleto. ¿Por qué no ha de ser el de don Simón? La Universidad se puede reivindicar honrándolos. Hay mucha vida que se puede crear en torno a los seres queridos y venerados. Hace poco un frío telegrama de agencia me dio la pauta. Uno de mis profesores de Caracas, discípulo de don Ramón Menéndez Pidal y que también fue profesor de Anaofelia, y conoció en un Congreso de Madrid mi hermano Sebastián Manuel, ha sido nombrado en San Marcos de Lima doctor *honoris causa, suma cum laude*, cosa que merece no sólo el irónico lingüista americano Angel Rosenblat. Ya sé que Perú está muy lejos. Pero son los mismos problemas de aquí los que confronta Hispanoamérica y aquí tenemos a don Simón, a don Agustín, a don Eduardo y otros muchos que, por hombre, no quiero nombrar, Matilde.

Don Simón, después

La clave, el código para la interpretación de toda una vida está en estas pequeñas coincidencias inesperadas, pero que, en definitiva, constituyen la estructura de una biografía. El llanto por la muerte de don Simón Benítez Padilla no es simplemente sentimental, sino que “tenía que ser” en el momento que la Presentación del Spa-15 —ya está publicado el proyecto “Unesco-Obras Públicas”, primer balance completo y científico de nuestros recursos de agua— tiene lugar. Pero nos damos cuenta de que las piezas son intercambiables. Y si en este momento existiera ya una Facultad de Ciencias Históricas de Canarias, ésta no podría ser sino la Serra Ràfols o la Simón Benítez, pues en la aventura de don Simón por los caminos enciclopédicos que él eligió había siempre ese enorme sabio exiliado en Canarias, dentro de Canarias y por Canarias, como los demás tuvimos que ser emigrantes a otras tierras en otros momentos, por otras causas a veces telúricamente desconocidas y desconcertantes.

Las más diversas escenas de la noche de Timanfaya o esa bendición del agua apareciendo en las interioridades carnales de

nuestra tierra volcánica son tan nuestras y canarias como don Simón; y el haber abandonado su contacto hace poco más de veinte años es para mí un desgarrón que no se me ha curado aún, casi a la mitad de la preparación, cuando quería hacer cosas de geografía humana o reportajes sobre sus trabajos o resúmenes de sus obras, pues se puede decir que varios años de los anteriores a mi marcha a América los pasé siguiéndole los pasos por expedientes y presas, por caminos y heredades, por fuentes y pozos o en las juntas del Museo, a través de proyectos e ilusiones.

Don Simón Benítez Padilla pertenecía a esa raza nueva que comenzó con el Renacimiento, cuando el hombre se dio cuenta de que era necesario prescindir de prejuicios y emprender el camino del edelweiss o de la vinca per vinca por sí solo, entre el *Emilio* que lo esperaba en el xviii, o en "una tarde en casa leyendo" a lo Francisco de Miranda, entre la antropología y el fenollar, entre Gutenberg y Aldus Manutius, cuando los manuscritos griegos entraron en la tolvanera que arrancó las puertas del siglo xv, o cuando el timón de roda nos hizo recuperar un mundo que se perdía. Sus enseñanzas eran peripatéticas. Sus datos, ciertos. Desde León Frobenius a Frazer. Era toda la época anterior a que se intentara una Geografía completa de Canarias. O una Geohistoria, como me aprobó Vicens Vives. Recuerdo que fue en la misma esquina de la plaza de San Bernardo, junto a los laureles de Claudio, en la esquina de Pérez Galdós, donde don Simón me alumbró por primera vez los datos de un camino que, como otros tantos, no pude seguir, pues el trabajo esclavo no lo permite siempre. Eran los antropogeógrafos de la escuela francesa: Maximiliano Sorre, Demangeon... no recuerdo quién más. La vida va más deprisa de lo que uno espera. Creí que iba a poder tener toda la vida a don Simón como mentor y guía en muchas cosas. Preguntarle siempre. Después lo recordé mucho por aquellas tierras, al encontrar las inexplicables hachas neolíticas que los indígenas de Tierra Firme siguen llamando "piedras del rayo", o como cuando vi en el Museo de Caracas, que cuidaba Cruxent entonces, las pintaderas de rollo —distintas a las canarias— con los mismos dibujos que éstas tienen como sello. Problemas de Prehistoria, de Antropología, de Historia que me hubiese gustado exponerle a él, que todo lo veía y todo lo observaba. En esa presencia que uno tiene eternamente de los seres que ha frecuentado, me lo imagino con la sonrisa de un Zeus egineta, empuñando, en vez del doble relámpago de piedra, el martillo del geólogo que con su imperceptible golpe fractura por donde debe para esclarecernos ese pasado que permanece en nuestra piedra y en nuestra conciencia.

En la época de su homenaje en dos tomos del Museo Canario vivía yo en el piso bajo de una quinta de San Bernardino, cercano a las márgenes del Anauco, en uno de esos jardines semiabandonados que tienen las casas venidas a menos aun en los trópicos; pero en las retorcidas calles toda la explosión multicolor de los cachos de Santo Domingo, de las jacarandas y los bucares, de los samanes y los jebes, de los araguaneyes y de los sangre de drago. Ese trabajo estuvo unido a la correspondencia con Maracaibo, los días de sempiterno sol, el trabajo en algún liceo cercano y probablemente con el tercer recomienzo de mi vida universitaria. Esa vida que debía haber existido en Las Palmas de Gran Canaria. En ese sueño de cultura que fue constantemente don Simón —si una Universidad lo hubiese respaldado—, habría dado sus frutos en las inexistentes aulas de una cátedra de Antropología, de Historia, de Geología, pues la marginación de nuestra ciudad se nos hace más patente en estos días en que sentimos una nueva ausencia que debió ser aprovechada aquí, como ahora lo es la de don Agustín Millares o como lo debió de haber sido en su día la de Blas Cabrera Felipe. Gentes todas en la vida y en la muerte, en el holocausto de la soledad, en la desertización cultural de nuestros estudios, en la incompreensión de una lucha que comencé precisamente en los días que tuve más contacto con él en ese pasado que se nos escapa de las manos, día a día, hora a hora, segundo a segundo, pues acaba de morir un hombre que sirvió de vehículo y punto de partida a historiadores como los de la Universidad de La Laguna; a Wölfel; a antropólogos como Fusté; a geocronologistas como Zeuner —con don Simón hice de secretario en las consultas a Groninga sobre el Carbono 14—; o a geólogos como el doctor Hausen, de la Universidad de Abo...

Don Simón era un arco tendido entre las generaciones del XIX y la nueva ciencia de los especialistas.

Humana imagen

Muchas siglas. Muchas ciudades. Mucha paleografía, adverbios y manuscritos. Proyectos y demoras. Y don Agustín Millares Carlo con su humor, con su inacabable humano humor de siempre, entre optimista y asustado, entre inocente y veraz, entre el cielo y la tierra, por Granada, Madrid, París, Méjico, Maracaibo, allá junto a Santa Rosa del Agua, la Plaza Baralt, la Universidad, Herculino Adrianza, Carlos Sánchez, Carmen y Rafael Boívar...

¿Presentiría como premonición entre estudiosa y estética, en-

tre ron y petróleo, que alguna vez don Agustín se asentaría tan fuertemente en la "tierra del Sol, amada"? La tierra del general Morales y del Lago, la tierra de Primo de Rivera y sus ensayos de cultivo del algodón, la tierra donde conocí el icaco, el magüey y los Puertos de Altagracia, en la noche de seda, mientras pequeñas barcas, en busca de la lisa del Lago, con compases de cabria y cabrestantes, con golpes de máquina de los ferrys que trasladaban a las gentes, sudorosas, entre las dos orillas y sus cocoteros y sus barrios de palafitos, entre ese *Cumboto* de mi inolvidable novelista amigo don Ramón Díaz Sánchez y las primeras colaboraciones, ya perdidas en la noche de los tiempos, en aquellos periódicos del Zulia. También allí dirigí una revista. Pero todos esos recuerdos, incluida "la Vuelta de la Doña" por las noches y los cafés en *Bambi*, eran tiempos "preagustiniños", como si dijéramos tiempos precolombinos.

Don Agustín fue después, para mí, más bien el de los viajes, relámpago a Caracas, de las taguaras por Sabana Grande, como aquella del sótano alemán —donde paladeamos una vez el chucrut—, y las tardes en la terraza de las Méndez, en San Bernardino. Vinieron después los cielos pasando su paño de mariposas amarillas en la tarde violácea de la Universidad, y los cafés en cualquier bar de El Silencio.

Cuando escribo —otra vez desde el Monte— en estos días, recuerdo que fue aquí, junto a este paisaje negro y verde, de tarahales, parras, geranios y araucarias, donde conocí a don Agustín, dedicado, en los veranos, a las verdes, rosadas, marrones, azules dentadas y sin dentar, matadas y sin matar, estampillas de correos, a los sellos, a la filatelia, donde todavía era Reina la reina Victoria e Isabel II, y aparecía el águila germánica con toda su prepotencia de bicho derrocado recientemente.

¿Pero se puede llamar realmente recuerdo a lo que es aún presente? Aquí está don Agustín Millares como siempre. Unas veces en San Bernardo, otras en Triana, las más en el Museo Canario, su lugar preferido de trabajos. Pero, sobre todo, en este pálido invierno del Centro, donde en los atardeceres se proyecta Villa Rosa con las araucarias, ya partidas por los temporales, como una sombra negra sobre el fondo rojo del ocaso, y donde ahora, en vez de paseos de geranios y viñas, las luces verdes del alumbrado público pone una nueva tonalidad sobre las blancas paredes de las casas y la lejanía del mar, donde ya empieza a rielar la luna. El destino es algo que no tiene sentido o que tiene mucho más del que podemos abarcar los humanos. A veces ese don Agustín que rebosa de bancos de jardines públicos en Madrid, portadas de libros, documentos del Registro Central de Caracas, de letras procesales y góticas, de inmensas biblio-

tecas, zarzuelas y óperas, se convierte para mí en un símbolo, o se concreta en algo tan tangible como una figura humana que se alza por encima de muchas personas ya conocidas y olvidadas, o que tiene ese vago sentido de las cosas que no han logrado cuajar en algo definitivo.

No es tan fácil concretar en un ensayo la personalidad de don Agustín, porque sospecho que más que una persona sea "un continuo" de los que sólo Einstein sería capaz de definir. ¿Cómo se le podría siquiera retratar? Ni un pintor, ni un fotógrafo serían capaces de ello y lo que se ha hecho en estos días y antes, y en bustos de escayola de don Agustín han sido muy variados y buenos. No me refiero nunca a la calidad artística cuando quiero hablar de don Agustín como obra de arte. Quizá lo único que podría retratar de veras a don Agustín sería una cinta cinematográfica que tuviese algo de Buñuel y algo de Dalí. El puntillismo no le vendría mal como pintura; y a un Van Gogh le sería posible lanzar sus llamas un poco hacia el espacio y otro poco hacia el vaso y a los papeles manuscritos sobre su mesa, sobre su fichero, sobre sus lomos y sobre sus discípulos, esas llamas vegetales de una forma que aún no ha pasado. El destino le ha hecho padecer en las aulas, disfrutar de la compañía de los amigos. Las noches y las tardes son para él un reflejo de sus mañanas sin sombras.

Don Agustín tiene el poder de evocar sólo con su presencia. Sus libros pueden ser sobre Eguiara y Eguren, sobre Baralt, o sobre *La Imprenta y el Periodismo en Venezuela (Desde sus orígenes hasta mediados del siglo XIX)*, pero lo que evoca en mí son sus sempiternas aventuras sin cuento, como la de aquella tarde que quisimos ir a visitar, en La Bermeja, a los embajadores de España que entonces lo eran Matías Vega y Clara Rosa Sintés de Vega Guerra. Ni yo, ni Antonio Ojeda, sabíamos por dónde se iba. Nos metimos cerro arriba entre verdes caminos que más bien evocaban al *Sargento Felipe*, a las guerras federales o cualquier sonada de cuando Caracas era aproximadamente sólo la esquina de Gradillas mirando hacia los lados del mercado. El carro iba dando tumbos y a pesar de ello llegamos severamente al inmenso y encáustico ambiente que deseábamos entre italianizante y colonial, entre canario y caraqueño, con sus tejas, sus tapices y su amplio *impluvium* a la manera helénica, pero donde cantaban las diminutas ranas importadas como insectívoras voraces. Y tengo que terminar. Prometo que seguiré hablando de La Bermeja y sus sucesos anteriores o posteriores, o de aquellos mismos años, del don Agustín de Caracas y de Maracaibo y del Antonio Ojeda, o de los Ojedas, del *Bambi*, del *Todos* y del *Kabuki*, y de un poema que hace poco descubrí junto a otro

de José Antonio Ugas Morán. Ha sido el mundo de esos años un mundo muy complejo para poder contarlo sólo de una vez.

Bajo un ciprés doliente

No hace mucho, Carlos Barral gritaba, desde las páginas de la prensa de la ciudad, que Tomás Morales no es el mejor, sino el único poeta modernista español. Quizá uno de esos pocos que ha traspasado el umbral donde ya no tenemos la protección de nuestro mar gris, de nuestro cielo gris.

No hace muchos días tampoco, por obra de Pepito Naranjo el del Museo, llegó hasta mis manos la revista de la entidad, número 97-112. Yo sé que él lo hace porque sabe que me interesa y porque yo viera, también, la marcha de una serie de materias a las cuales, más o menos, estuve ligado hace mucho tiempo. Una revista, un número nuevo de la Revista *El Museo Canario*, se presta a una serie de comentarios entre viejos amigos. Morosamente va uno pasando las páginas y sentado en cualquier café ante cualquier barra, o en cualquier plazuela de las que ya se cree el Ayuntamiento relevado de limpiar, surge la conversación:

—¿Has visto el artículo de Jenaro Artiles, “Tomás Morales en la *Revista Latina*”? Pepito me regaló la separata y yo se lo agradecí.

—No, no lo he visto. No sé siquiera si ese ha sido el número que me dio el otro día.

—Después comprobé que había incluso una errata en la portada y que donde dice número 89-103 debía de decir 97-112. También comprobé que lo que más me había impresionado de ese número —porque ya lo tenía bastante subrayado— fue la reseña hecha por Juan Rodríguez Doreste de la obra *Orígenes atlánticos de los antiguos egipcios*, de Marcelle Weissen-Szumlanska, editado en París, y esto por la simple razón de que desde hace mucho tiempo me ocupo de recabar datos sobre la desmitificación de la Atlántida.

—¿Y qué relación tiene ello con Tomás Morales?

—¿No es Tomás Morales para las islas algo así —aparte de otras muchas cosas— como nuestro Mosén Jacinto Verdaguer? ¿Y no es la poesía sobre el Atlántico una forma de desmitificar mitificando? ¿No sabes, por su misma naturaleza, que lo poético es creación y que cada poeta puede crear su propia Atlántida y su propio mito del Atlántico y de la Atlántida? ¿No queda con ello bien claro que la Atlántida pertenece al mundo de la *poiësis* y no al de la *praxis*?

Después de todo esto nos sentamos a comentar el artículo de Jenaro Artiles y mientras hacía, en una servilleta, por pura distracción, el análisis rítmico —la imitación de los antiguos pies métricos—, a que tan aficionados eran los poetas modernistas, mi amigo iba discurrendo por los caminos del viejo cementerio. Claro está que mientras tanto me iba imaginando la barbarie de la piqueta que destruyó la yedra, promesa de vida eterna junto al camino de donde nadie, a quien lleven, puede volver. Y de ello pasamos al comentario de los versos que fueron suprimidos, o modificados, al resumirse toda la obra de Tomás Morales en *Las Rosas de Hércules*, después de haber tenido su origen en la *Revista Latina* y haber pasado posteriormente a *Poemas de la Gloria del Amor y del Mar*.

Entre los poemas que fueron suprimidos en la última versión de la obra moraliana me impresionaron los que cantan:

Y dime: ¿por qué es tan triste?
Porque es una historia cierta.
¡Que las historias alegres
no suelen ser verdaderas!

estrofa *romancesca* que podría servir para definir lo que es realmente la literatura, a cualquier crítico de los que gustan de comenzar sus teorías con unos versos como *leit motiv*.

Otras estrofas adquieren de pronto una tremenda fuerza evocadora cuando se ven fuera de su contexto, como me pasó, en ese momento, con el verso

Esta tarde he leído a Rodenbach. El día...

En ese momento estaba viendo la edición en papel de periódico, el tipo de letra, y la amarillenta colección de "Novelas y Cuentos", donde realmente leí *Brujas la muerta*, de Rodenbach, no sé cuántos siglos hace de esto.

Y por fin, sin salir del comentario del cementerio, con mi amigo, llegaron las páginas donde, bajo el título de "Apéndice I", aparece el subtítulo "Poesía desconocida". Son poemas que tampoco aparecieron en la *Revista Latina*, sino en *El Teléfono* de Las Palmas, y cuando el poeta era aún muy joven. El que se nos destacó más se titula "Nostalgias", y de él se han cumplido ya los setenta años: está fechado en Cádiz, en mayo de 1903. Los poetas son vates, es decir, hombres de presentimientos. ¿Por qué no suponer que estos versos son absolutamente sinceros y

que es necesario, además, cumplir con la voluntad del poeta? Seguimos en el cementerio:

—En él; en él reposa
con descansar eterno.
bajo un ciprés doliente que inclina sus ramajes
llorando por los muertos...!

¿Pero dónde está el poeta? Ahora se hace necesario que todo vuelva a su cauce y que todo vuelva a estar unido a esa promesa de eternidad que nos arrebataron con la yedra; es necesario cumplir con la voluntad del poeta a la vez que recordárselo a las generaciones futuras en una piedra miliar:

Yo quiero que mi cuerpo repose eternamente
en una fosa humilde del viejo cementerio,
en una fosa al lado de la que fue en la vida
la imagen de mis sueños,
bajo el ciprés doliente que inclina sus ramajes
llorando por los muertos.

—¿Crees que será tan difícil cumplir con la voluntad del poeta?

—Creo que es necesario que aquello que el poeta quería que reposara bajo la sombra de un ciprés doliente jamás debería ser separado; aparte de que ¡es tan sencillo cumplir con la poética voluntad de su vaticinio!

Las letras

Juan Ismael González Mora, como Apascasio, el negro de la esquina de Sociedad, como Macedonio Fernández —el creador de la literatura borgiana—, o como el autor de *Los Navíos de la Ilustración* y el soneto al camión —el vasco, agregado cultural a la embajada de España en Caracas— es posible que sea más conocido en el futuro por su tertulia, por sus letras y por sus escritos apócrifos que por sus marcos mutilados. Y esto sin quitarle ningún mérito a sus pinturas con arena de la playa de las Canteras, o a la leyenda del Unicornio que sólo comía placenteramente en las manos de las vírgenes de los tapices de la dulce Francia. Esto es, a la vez, letra y dibujo de Juan Ismael. El Maestro, como lo llama siempre Eugenio Padorno, el poeta que nos mueve con *Mafasca*. Escribo todo esto porque hay hilos impalpables y sutiles que unen esos dibujos del pintor y poeta —que nunca he comentado— con el mundo de la actual lingüística, en que el ser en sí de la razón de los fonemas se queda en paleografía o en metonimia, con sus mínimos elementos abiertos a la inmensa variedad de la creación literaria.

El quizás no lo sepa, pero creo que con estos pequeños dibujos —no muchos tampoco— ha dado en la clave de lo que es literatura, esa labor de “campanear” los fonemas en un vacío donde nos encontramos *ab alto toro* los que somos amigos de pensar sobre el escribir y de escribir en una constante aproximación a la obra literaria. Que, por otra parte, jamás logramos del todo. Don Pedro Mourlane Michelena, don José Ortega y Gasset, *Helios*, Ramón Gómez de la Serna y la tertulia de Pombo también eran así. Un decir para la posteridad. Don Simón Benítez Padilla —del que siempre se hablará poco—, Eugenio, José Luis Gallardo, Pepe Dámaso, son la representación de ese mundo que evoco con ese poder que suelo tener a veces, según José María Pérez Prat. De Macedonio Fernández algunos creyeron que era una creación de Jorge Luis Borges. De Basterra, que se trataba solamente de un dilecto contertulio bilbaíno, y de Pinito Robaina nadie sabe nada. Incluso se duda de su existencia. Manolo Morales y el propio Lupo me ha echado en cara algunas veces ese dislate. A mí, que trato de buscarle una lógica a la gramaticalización del verbo haber.

Esto es lo que le ocurre a Juan Ismael. Se va convirtiendo en un personaje mítico, mientras sus dibujos de letras permanecen en un vaso con la Victoria Samotrácica encima. Poco caso se le hace. Al *tiempo infinito* que debió costar la primera invención de las lenguas, yo opongo el *tiempo acabado* que debió costar a Juan Ismael la invención de estas letras, adobadas en finura y delicada prosodia —ya no se usa— por el pintor-poeta. Todas las gentes del creacionismo que giraron en torno a Vicente Huidobro, ensayaron este empleo de la letra como creación pura. *Gaceta de Arte*, como representante en las islas, del surrealismo, también lo fue del racionalismo alemán, al empeñarse en emplear sólo la minúscula como desafío al ambiente y a la chatez de los años treinta. Hoy, para nosotros, en Las Palmas, la variedad de la letra ha adquirido nuevas dimensiones, pues estamos ya acostumbrados a los caracteres chinos junto al katakana y al hirakana que utilizan los japoneses. Del árabe se ven menos expresiones, escritas como también se ven pocas del devaganari —a pesar de la abundancia de hindúes en nuestras islas—, ¿nuestras?—Del cirílico, menos. Si acaso en algún que otro trasatlántico o en alguna botella de vodka legítimo.

Jacques Derrida ya dice algo de esto en su Gramatología. Quiero decir, de lo que dice Juan Ismael en esta época en que sus dibujos utilizan la caligrafía como se utilizaba y se utiliza en los pueblos orientales: como obra de arte. Como don Alvaro Mendizábal. Todavía quedan artesanos de la caligrafía en este mundo avasallado por las computadoras y la imagen. Pero, sobre

todo, impresiona la afirmación de Lévi-Strauss que reproduce Derrida: "La escritura parece favorecer la explotación de los hombres antes que su iluminación... Concertadas, la escritura y la perfidia penetran en ellos." En consecuencia, una desmitificación de la escritura por medio del arte, como hace Juan Ismael, o los calígrafos chinos, es una constante llamada al orden, al desengaño del mundo, a la verdad de la "clase de adorno", al signo puro. Las letras, bebidas en un transparente vaso de papel, hacen menos daño que leídas con intención de someter. La letra sagrada, la letra con sangre entra, la letra de cambio, al pie de la letra, la letra dura —la literatura—, se olvidan muchas veces de que son metáfora de fonologismos, el totem de muchos pueblos, el tabú de otros... Tener en casa, saber que en las bibliotecas y en las pinacotecas hay mucha letra —también letra menuda— es el plinto que nos puede servir para saltar sobre ese abismo entre naturaleza y cultura o sobre esas gentes que son, como Macedonio Fernández, creadores de mundos, y sobre aquellos otros que se limitan a escribir, sin obligarnos a la perfidia.

Geografía humana de un poeta

Un confuso rumor de caracolas encantadas resuenan en mi oído al meditar sobre la muerte de un trozo humano de nuestra geografía. Porque llegar a formar parte de un paisaje espiritual no es tan fácil. Y es muy sencillo decir *YO y la Poesía*, pero no tan sencillo tratar de pasar desapercibido por la vida —e incluso casi no haber visto al personaje— y, sin embargo, hacerse sentir desde el resonar aún no acabado de sus monedas de cobre, hasta sus últimos poemas. Mi *yo-comentario* actual, comentario de la ciudad y su museo de figuras antiguas, aun desde la cercana lejanía americana, no puede anclar en la rada amorosa del sentimiento en este caso. Son sólo algunos momentos que recordar no quiero —mi vida—, y este recuerdo de Saulo Torón, que comienza en el bachillerato, y en ese tantas veces repetido Instituto Pérez Galdós, con Juan Marqués, y en "tercero" o "cuarto" año, cuando comenzamos a formar una antología de poetas canarios. El primer libro que hojeamos fueron estas monedas de cobre a las que tantos aluden. Bien es verdad que, al mismo tiempo, caían en nuestras manos las primeras rosas de Hércules y los primeros avatares de ese Sur que siempre quiere recuperar "su duende", en manos, todavía, de la evocación *alonsoquesadiana*. Eran los días también del *Romancero Gitano* y de *Sobre los Angeles*, a la par que, desde principio de siglo, y como lobos esteparios, todas las teorías destructoras

del arte venían persiguiendo al hombre. A ese hombre que todavía querían ser los Machado o los Torón, con sencillez cercana a lo que Dostoievski hubiese querido que fuera el estilo y desprendimiento total del egocentrismo que casi por el mismo tiempo ponía en el disparadero al magnífico Yo de Vladimir Mayakovski.

Siempre que Saulo Torón pasaba de Vegueta a Triana o de Telde a Vegueta o de Triana a Telde, pasaba por los aledaños de Santa Ana o del Puente un hombre sencillo y él no lo veía porque ningún ser se ve su propia geografía en él, tan rugosa ya, como la piel de la isla. En definitiva, nos pasa con la isla algo parecido: somos parte del mar y no lo vemos y hacemos proyectos, sabemos que no tenemos agua y estamos pensando en no sé qué elucubraciones de agricultura y piscinas prósperas. Así era él, pero en la realidad de las cosas con su mar y sus caracolas jugando en la orilla. Nada más lógico que Saulo muriera en un invierno azul y sin piedad. Días para decir con toda verdad:

Alza la frente a la altura,
mira al sol cara a cara,
no te importe quedar ciego
si se te ilumina el alma.

Saulo Torón, poeta directo, machadiano entre el noventayocho y el modernismo —sólo en la sonoridad de algunos versos—, entre lo popular y la jitanjáfora, entre el verso libre y la rima perfecta, entre el pasado y el eterno presente, es el heredero del romanticismo y de una cierta resonancia lopesca en esos trozos que también podrían ser cortos jaikais niponesados, sin dejar nunca el leve peso de la lengua cotidiana en la que nos dice, con ésta, sus razones para que no desdeñemos el contacto con las piedras de la calle:

Toda humana raíz no vive
sólo del aire.
El pensamiento, que vuela;
pero la planta, que arraigue.

Con esa total entereza de la serenidad orgullosa, se decía inútil, Saulo Torón, pues los retóricos, como los poetas, han creído que existía una lengua totalmente natural, transparente y desconocida para los estudiosos, inalcanzable para la sencillez. Y no hay tal verdad de separación entre poesía y sencillez, entre hombres poetas y hombres de todos los días. Saulo, al obrar y pensar como pensaba estaba dando con el inalcanzable fondo de la mentira romántica y de la verdad poética. La mentira román-

tica se fundamenta en preceptos de separación, en el binomio artificialidad/facilidad, y, en cambio, el verdadero poeta encuentra en la vida de todos los días, la colilla aplastada al borde de la acera, y las monedas de cobre, paradigmáticas, las que al oír-las, sabemos, por ello, que “ése es el estilo”: el hacerse oír con voz queda.

Mientras tanto no podemos negar que se construía en el mundo otra poesía donde estaban contenidas diversas formas de fracaso, y que otros se querían embarcar hacia las remotas Hespérides —ya Saulo estaba en ellas—, sin tener en cuenta que el alma es una pobre barquilla rota, sin velas, desvelada. Y no faltaron por entonces nuevas visiones apocalípticas o creaciones de mundos que terminan en nuestros días en puro “letrismo”, en concurso de escaparates y en propaganda sutil y subliminal. En la tierra baldía construía Saulo su visión del mar; pero otros aluden a otra clase de poetas con la tierra baldía a cuestas, mientras la “nueva violencia” irrumpía y toda tierra virgen ponía resistencia a la presencia de la Horda Dorada desde tiempos inmemoriales y sacrílegos.

Saulo Torón en el centro del mar, para una antología de la sencillez poética.

El teatro de la crueldad

Todo ha sido permanente y entrecruzado en nuestros días de guerras y migraciones. ¿Por quién doblan las campanas? Sevilla era y es una fiesta, aunque las campanas doblen; todo ha sucedido en el teatro de la crueldad, cuando los azahares están todavía prendidos en el recuerdo y las procesiones o las corridas de toros se han sucedido entre la guaracha y el cante jondo. Entre conmemoraciones del doce de octubre, *archivo-indianismo* en busca del Orinoco, el *articulodiálogo* de Madariaga y la oración por todos nosotros, de Paco Morales, el otro día, en la Casa de Colón, desde el rinconcito de la calle en que nací y el recuerdo del Viera y Clavijo —¡oh manes de don Luis Millares!— y el compañerismo pensionil de Fernando de Armas en la Sevilla de mis amores, siempre repetida, y siempre distinta en cada cara o cruz de su moneda romana, gitana o mora.

Bajo el arco que trazaba Paco Morales Padrón sobre los pilares de libro de Fernando de Armas Medina, editado por el Excelentísimo Cabildo Insular de Gran Canaria, se entreveían paisajes de diálogos por teléfono y patios tropicales.

—Don Antonio. Es para usted.

Era la voz de Alicia Jaramillo pasándome el teléfono.

—¿Quién es?

—Lo llama don Mario Briceño Perozo, director general del Archivo Histórico de la Nación.

—Qué hay, Mario. ¿Cómo estás?

Con Mario Briceño tengo una vieja amistad que comenzó con un contacto lejano. El era gobernador del Estado Trujillo, allá por los tiempos de la caída de Pérez Jiménez. Yo había presentado un proyecto para mejorar la heráldica de la capital del Estado, la Trujillo, correspondiente a Venezuela, una de las sembradas por los conquistadores extremeños en tierras de Indias, en las estribaciones de los Andes venezolanos. Después nos conocimos como compañeros en el Instituto Simón Bolívar, de Caracas, y luego continuamos hasta el día con una cordial amistad. Siempre me ha enviado sus publicaciones. Entre ellas la del contador Limonta, que el otro día un catedrático alegaba que “no era un ensayo”. Y se trata realmente de una investigación. Pero el ensayo está detrás. En su profundo sentido de “ensayar” una reivindicación. En las Historias de América al uso se da por descontada la mala administración de España. Este libro demuestra todo lo contrario. Es una investigación, pero desde el punto de vista de las ideas es un ensayo reivindicativo.

—Escucha, Antonio. Lo inesperado. Alguien que ni te supones y que tengo en este momento en mi despacho. Te lo pongo al aparato.

Era Fernando de Armas, que me hablaba desde la avenida Urdaneta, cerca de Miraflores y la esquina de Carmelitas; desde el corazón mismo de la vieja Caracas ya semidestruida y transformada. Aquel día —el último de esta historia, de este teatro de la crueldad— lo pasamos juntos. Me visitó en la Corporación Venezolana de Guayana. Le hablé de las investigaciones históricas, de las publicaciones y de la labor de protección de los tesoros de Guayana que ejercía la Corporación. Era el mismo Fernando de siempre, después de tantos años. Almorzó en mi casa, en Las Mercedes, al borde del Guaire y la quebrada de Baruta, junto al puente Veracruz. Estuvimos en la biblioteca de la Academia Venezolana de la Historia, en los predios de la vieja Universidad —antes convento de San Francisco—, que a pesar de los terremotos se conserva perfecto, con amplios claustros y patios, los de las tertulias de mis comienzos en Caracas, donde todas las academias venezolanas tienen su asiento, y donde estaba destinado que llegara hasta mí la noticia de su muerte, varios años después. Paseamos con Mario, bibliotecario de la Academia, en busca de las Memorias de Miranda. El cúmulo de libros que recibió aquel día Fernando tuvo que ser objeto de un envío especial a Sevilla. Ya no sólo eran las de Guayana. Después todavía me envió Fernando desde Sevilla una Historia del Arte, que

había publicado un compañero suyo. Más tarde, el silencio. Un silencio de muerte. Vi desfilar los días con su monótono cortejo de horas de trabajo, como diría un poeta decadentista. Este libro de ahora se une a aquel cortejo. Me evoca al Fernando de los claustros de San Francisco: las doctrinas de indios, los oficiales de la Real Hacienda, la creación de las Intendencias, las Audiencias en el gobierno español del mundo. Son de la clase de libros donde se ordenan los nombres evocadores de Puerto Príncipe, Cuba, Santo Domingo, Charcas, Lima o el Cuzco, que presienten un reino de este mundo o un obscuro pájaro de la noche; donde se ensartan las series que el día anterior en la misma Casa de Colón, habíamos escuchado, con un infinito placer, sobre el colorido de los templos y las viejas casonas, a Enrique Marco Dorta, otro interminable peregrino de las tierras de América. Me siento hermanado con ellos en este ser mismo del teatro de la crueldad, donde los actos conmemorativos, los recuerdos de la muerte, la eternidad de las palabras y su contraste con la brevedad de la vida constituyen parte del auténtico teatro. No del que realizan unos autores y desempeñan unos actores y unos directores en una escena determinada, sino el único teatro, el de la crueldad, el que no se puede repetir porque en él muere, de verdad, el protagonista. El único teatro que no se presta a la falsedad. El único eficaz donde todo el pueblo forma parte de la farsa. Y en donde, en definitiva, si no cumplimos con las reglas, a la menor sospecha de falsedad, somos destrozados por las Ménades furiosas que no permiten que en el banquete participen los no iniciados. Para Artaud la fiesta de la crueldad no debe tener lugar más que una vez. La vida de Fernando sólo se ha dado una vez. Su conmemoración teatral también. Cada vez que leáis mi libro lo haréis en conmemoración mía. Pero siempre teniendo en cuenta que toda palabra pronunciada está muerta y que no actúa más que en el momento que se la pronuncia. Por eso el magisterio, el doctorado, la cátedra, es la profesión más cruel que existe para el maestro. Sólo tenemos derecho a no repetirnos, a actuar y a no ser falsos. La falsedad nos conduce a morir destrozados y el actuar, a morir en holocausto. Como Fernando.

Grupos culturales

Es magnífico pertenecer a un grupo intelectual cáltico, cultural, intelectual y dedicarse así —dentro de la propia matriz cultural— a reformar el ambiente cultural del país. El primer postulado a que tienen que ser absolutamente fieles es al de declararse totalmente desvinculados de todas las generaciones an-

teriores, de todos los célebres Capanaparos Pérez que hayan sido algo en la pintura, en la escultura o en las notas sociales del lugar de que se trate. Con respecto a los grupos disidentes de su formación endocultural, deben declararse también absolutamente distanciados, superiores, magníficos, muníficos y magnánimos. Los demás sólo hacen cosas indignas de que las prensas les hagan caso. Sus creaciones son verdaderas bazofias burguesas y arrivistas. Esperpentos buenos para servir de cocos a los muchachitos y para que las damas histéricas se desmayen del susto. Después, es necesario también escribir o pintar algo. Pero no se puede parecer ni remotamente a nada de lo ya existente en el país. Pero trabajar, parir, buscar, pensar, leer, meditar y volver a romperse la tapara pensando, es cosa pesada, inútil y dañina para las delicadas células del cerebelo. Es mejor buscar revistas, becas, obras de arte, mecenas, programitas, etc., etc., que nos trasladan, aunque sea por poco tiempo, a París o Nueva York.

Y aquí comienza la historia de la renovación literaria episódica, pictórica, telenovelística, etc., etc., del país. De cualquier país. Nada es válido sino lo que llegó en ese momento. Nada sirve, si no ha pasado por el tamiz del télex internacional. Si no ha estado antes en la galería *Tres*. Basuras montadas en vacas criollas, son todos los demás grupos. Salvajes en camiseta, que nada entiende de la época interestelar en que vivimos. Se van consumiendo dentro de sus propias bufandas, chalecos, calzoncillos. Creen que son unos nuevos Ponces de León con la Fuente de la vida en la mano, en la cabeza, en la pluma, en la máquina de telear. No piensa en viejos adagios latinos que más o menos podrían traducirse así: prole criada sin madre es madre que no dará prole. Los que de noble familia descendemos o comemos bien o no comemos. Los que pertenecen al grupo no se arredran. Son nobles. Como no pueden crear lo supremo, lo áureo, lo argento y lo diamantífero, no engendran; sencillamente se queda en el lanzamiento de bolas criollas.

Los encuentro como sordos escuchantes, sin sentido de lo que tienen alrededor. Marginan al que todavía vive y viven entre sus muertas sombras, entre sus muertos billetes, depósitos bancarios, chequeras. Beben para quedar lelos ante la máquina del tiempo. Se paralizan y tratan de comprender, pero cuando escuchan no se escuchan sino a sí mismos. Tratar de construir un mundo que no existe en la punta del lápiz de sus rebajas. Sus libros de cuentas hieden a moho y a mangrina. Se trasladan de un lugar a otro buscando que no los vean, buscando no tener contacto con sus antiguas gentes. Se esconden de la vida, como si la vida fuera un prestamista. Se les nota las arrugas del alma antes de que enseñen las del cuerpo. Ante una charca de agua

calculan cuánto cuesta; jamás se desnudan y saltan. No se mezclan. Están como estatuas vivas esperando que los coloquen en su pedestal. No encuentran a sus hijos entre sus hijos, ni a sus lechos entre sus lechos. Buscan aumentarse a sí mismos y aumentar sus cuentas. No están directamente relacionados con el cuerpo económico de la nación. Están más bien relacionados con sus pérdidas. Las ganancias de ellos son números, no realidades y creen que tienen agarrado a Dios por la chiva. Viven miserablemente en la opulencia. No disfrutan del sol, de las nubes grises. Dicen que se separan del mundo social sólo para parecer interesantes. Ni lo calculan. Estamos atragantados de su presencia y creemos encontrarlos cuando menos están. Se les ve en grandes fiestas palaciegas. Creen que engañan y no engañan, falsean, simplemente. Poco escaparate tienen que mostrar. A veces no son los mismos. Son otros, envejecidos, blancos, con la mirada perdida. ¿Qué esperan para hacerse toreros, bailarines, torreros de faro en las lejanas Bahamas? Creen que cualquiera les viene a robar la tranquilidad, el ambiente, el aire... Esperan un largo mejor año, que nunca llegará para ellos... Es inútil, inútil, inútil. Ellos son los supremos del grupo.

Teoría y testimonio

Teorema, en definitiva. Por los años en que el catedrático de La Laguna Angel Valbuena Prat empezaba a brillar, nosotros de Las Palmas y los de mi generación comenzábamos a encontrarnos con la Literatura. De la peninsular, Alberti, García Lorca, con *Romancero Gitano*, y Juan Ramón Jiménez, con *Platero y Yo*. El contorno canario estaba representado por las familiares *Rosas de Hércules*, *El lino de los sueños* y *Las monedas de cobre*. Todo ello fuera del aula de Agustín Espinosa, que nos introdujo en un mundo distinto con *Hoja azul* y en otro mucho más generalizado, con su antología de la Literatura española escrita en colaboración con Angel Lacalle. Esto podría completarse con el Dios-Ortega en la prosa de la *Revista de Occidente* y *El Sol*, y su inmensa corte, que llegaba desde el conde de Foxá a Miguel Hernández. Sin embargo, ya teníamos plena conciencia del entorno de la cultura canaria, porque, desde entonces, Juan Marqués y yo nos propusimos —desde las aulas y las charlas del profesor— construir una Antología de la Poesía Canaria que nos diese, quizás inconscientemente, a nosotros mismos, testimonio de nuestra identidad. Todavía conservo de aquella época unos versos sáficos adónicos de Juan Marqués y en *Hoja Azul* aparecieron algunos testimonios de nuestra afición al poema en prosa, o de la afición al verso sonoro de Gabriel de Armas y Nicodemus

León Castellano. Nuestra juvenil formación humanística de la "recién descubierta" literatura canaria debería ser encuadrada por otros dos profesores. Don José Chacón y de la Aldea, que en un verano me encargó un trabajo sobre el *Confucio* de Wilhelm, y don José María Igual, que sobre el "texto único" del plan Calleja, nos hablaba de Spengler y su *Decadencia de Occidente*.

* * *

Pero la Literatura no es sólo una de las Bellas Artes cuya materia prima sea la palabra. En primer lugar, la palabra la utilizamos para muchas otras cosas que realmente no son literatura, pero que una vez elaboradas en sus propios nidos pueden volver a formar parte de la Literatura. La palabra, base fundamental de la comunicación, herramienta de trabajo y entramado de su sistema de producción. No podemos pensar sin la palabra y ella es también imprescindible a la ciencia y a la técnica. Pero el empleo de la palabra en la creación literaria no es sólo una forma lúdica de encontrar la belleza, sino que es también una necesidad humana, ya que el hombre es crisis, es crítica, es descarga de tensiones que chocan con las de su propia realidad y la de los demás. Escribimos, leemos literatura por las mismas razones que soñamos. Lo onírico y lo literario son constantes descargas que abarcan a toda la personalidad humana y a su entorno socio-económico. El nuestro es el de La Isla.

Por ello la literatura y la crítica literaria no pueden quedar reducidas a la erudición del dato acumulativo, que muchas veces oculta la realidad vital, ni al de la superficie, o la profundidad, estilística —ambas formas muy desarrolladas en nuestro natural contorno hispanoparlante—, ni tampoco puede ser la literatura clasificada como una superestructura, puesto que es, ante todo, una de las formas de producción y un presupuesto elemental para todas las demás. La literatura es la forma más amplia de utilización de la palabra, pues mientras la ciencia busca de precisión, y la religión o la política tienen sus propias formas de expresión, la literatura las abarca a todas ellas y mucho más, e incluso el mundo de la imagen —en el cual vivimos actualmente— y el de la música no son suficientes y tienen que acudir a la palabra literaria para su explicación y explicarse a sí mismos. La Literatura llega a las mismas fronteras del habla y aún a las de la semiótica total.

En ese aspecto, y sólo desde ese punto de vista, nos hemos de acercar a nuestro ser de isleños y por ello y sólo por ello podemos explicarnos nuestra existencia de seres universales, creadores de mundos y a la vez como seres marginados y discrimi-

nados dentro de una Sociedad que no comprende todavía nuestro papel de canarios bajo el almendro, pero universales, y se llevan las manos a la cabeza cuando hablamos del afrocanarismo de lo hispanoamericano, incluso con amplias repercusiones en lo español peninsular desde el siglo XVIII, por lo menos, hasta nuestros días.

TIEMPO DE PRENSA DESDE VENEZUELA

De repente, en una nueva singladura, se vuelve uno a encontrar con la prensa de Canarias, antigua, sentimental y oscura en aquellos viejos tomos de la hemeroteca del Museo Canario, viejo anhelo de clasificación llevado a cabo por fin. Pero esta prensa de Canarias, a la cual ahora me refiero, y que ahora recibo, son dos diarios. Dos diarios a los que estoy unido casi desde el momento en que dejaba los entretenimientos infantiles —las carreras por las piconeras y las vides del Monte Lentiscal— por las calles adoquinadas y relucientes de las últimas tartanas, con chispazos de herraduras sobre el viejo empedrado, y de los primeros Ford “de tablitas”, como muy expresivamente se les llama en Venezuela a los viejos autos de alto copete del mister del Norte que inundó el mundo con sus andantes.

Son dos diarios: *La Provincia* y *El Diario de Las Palmas*. El sabor y el olor de las viejas imprentas no se ha perdido en ellos. Antes no estaban en un moderno edificio. *La Provincia*, desde su fundación por don Gustavo Navarro, hasta su desaparición —cuando aún era yo director de la misma—, estuvo en lo que podría haber sido de las seis primeras manzanas o cuadros irregulares que tuvo el Real de Las Palmas de Gran Canaria, en la Vegueta que subía desde el Nigüinagua o Guiniguada hacia los riscos que culminan en San Juan y San José. Su local era y es, de portada de estilo gótico, una de las más bellas del gótico isabelino que pueden aún encontrarse en Las Palmas, y concretamente en la calle de Colón, por donde tuvo que pasar seguramente el Almirante en uno de sus viajes de descubierta... Algunos dicen que esta casa —complicadísima en su estructura interna, por la superposición de construcciones que los siglos pusieron en ella— fue residencia episcopal. Extraña ver en su portada un emblema heráldico que no es indudablemente de origen hispánico, y que procede de algún escudo inglés donde las rosas de York y Lancaster han luchado y se han reproducido por siglos.

El otro periódico es el *Diario de Las Palmas*. En la calle de Buenos Aires,

En una casa como otra cualquiera de fines del siglo XIX o principios del XX. Los arquitectos eran entonces, en Las Palmas, muy pocos. El estilo era único. Se conservaba aún el ambiente neoclásico, quizá influencia de la reforma que sufrió la catedral de Santa Ana, desde los planos que comenzaron a ampliarla en el siglo XVIII. En algunas casas asomaban tímidamente adornos florales modernistas, por imitación de los muebles de entonces, de vegetación naturalista y retorcida. Todos estos recuerdos tienen algo de humedad, de caducidad, de sol tibio, de calles aún con rebaños de cabras, aunque ya estaban, para esa época, perfectamente pulidas como espejos.

Pero la prensa que me llega hoy refleja otra ciudad. Otro corte. Los años de estancia en Venezuela me han distanciado. Pero de repente se abre una ventana sobre algo conocido y lo conocido ha cambiado. Dan sensación de rapidez en su corte, todo su noticiario, estos periódicos. Circulación certificada. Anuncios, urbanizaciones, edificios y propiedad horizontal. Ciudades satélites de Las Palmas que antes no había oído nombrar; cines, comercios, salas de fiesta; playas que desconozco. Anunciadas como se anuncia un vino, o una bebida refrescante, o una marca de cigarrillos. Bares, paseos, líneas de barcos y aviones. Me supongo cómo se habrá abultado la memoria anual del puerto de La Luz. Y ni La Luz, ni Gando. Ya se olvidan estos nombres. Las Palmas desde al aeropuerto a La Isleta. Y ya comienza a no ser esta tierra —de jorobas volcánicas a que estábamos acostumbrados, con sus morados y sus lilas—. Todo adquirió un ritmo nuevo. Confieso que he recortado de esta prensa —llegada a mis manos— muchas noticias, esquelas, avisos, artículos y polémicas. Tenía intención de dedicarles algo, de darles un recuerdo que no he podido concederles ni en las breves estancias que he tenido allí, desde que salí en el *Gomera* para Venezuela. Pero todo se ha quedado en intención. La impresión de otras cosas lo ha superado todo. Sólo es lenta y pausada una forma en esta prensa. Su llegada a mis manos. Estamos en marzo, este artículo se publicará en abril; y la prensa que he hojeado, que he ojeado y que he recortado y he coleccionado, es toda ella del mes de diciembre. Todavía no puede ser de otra manera. Todavía no tiene Canarias el contacto que Madrid tiene con Venezuela. O el que tiene Londres, Nueva York o París. Todavía la prensa y sus islas están aisladas. ¿Por cuánto tiempo todavía? Esta era mi visión de la prensa de Canarias cuando vivía en Caracas.

LAS CARRERAS Y LAS PROFESIONES LIBERALES

Hace tiempo oí una conferencia. Esto podrá parecer una cosa vulgar, pero la conferencia que yo oí fue una conferencia magistral. Fue pronunciada, sosegada y parsimoniosamente por un modelo de conferenciantes en un ambiente de luz y libros apropiado. Allí había como en el teatro del XVIII, unidad de acción, de tiempo y de espacio. Un solo argumento, una sola edad, un solo personaje: el honor. ¿Cómo llegaron tan a tiempo estas circunstancias para darse cita? Lo natural no se busca, se encuentra. Guillermo encontró ya hace mucho tiempo la serenidad y lo que él expresaba en la vida de su abuelo era serenidad convertida en personaje: don Ignacio Pérez Galdós, capitán general de Canarias, o la serenidad honrosa. No la pasividad. Don Ignacio fue un hombre de acción. Fue un personaje típico del XIX capaz de haber llenado con su heroica figura una serie entera de los *Episodios Nacionales*. Yo me he enamorado de los personajes del siglo XIX. ¿Hay algo más sublime que la bella estampa de sus sacrificios? ¿Hay algo mejor, bajo la luz de las estrellas, que el sacrificio sin recompensa? Fueron tan grandes como sus hermanos, los gigantes del XVI, pero no tuvieron la suerte de tener un mundo que conquistar, por donde hacer jornadas. La perilla, los mostachos, las guerreras apretadas, los pantalones ceñidos, los finos espadines, las levitas azules, y los hermosos galones, llevaron tanto o más heroísmo que las cotas, los cascos y los coseletes. Todo el siglo XIX, toda su amargura y su callada armonía de paseos por Santiago de Cuba, de tardes en la alameda de Colón y de temores por la carlistada, de luchas de corsé, parece estar oculto en el misterio de los barcos veleros embotellados, las finas arboladuras vistas a través del cristal basto de los espíritus que no han tenido jamás delicadeza para comprender al siglo de los Palanca, de los Zumalacárregui, de los Pérez Galdós, de los Rivas, del *Numancia*, del *Valvanera* y del landó de la marquesa.

Y Guillermo Camacho, ante su velador rojo, evocó aquel día todo el honor de los personajes del siglo, toda su callada resignación ante el destino. Transverberaba de su mismo cuerpo un uniforme antiguo, de cuello alto y molesto y el resto perdido en la semioscuridad grata del salón.

Canónigos, notarios, ingenieros, médicos, abogados

No puedo hablar de ellos por que me han herido el corazón desde la justicia y la inteligencia con que rigieron el procomún. Obispos y alcaldes forjaron la ciudad. A todos ellos nos sentimos imperecederamente ligados. Cada piedra es un eslabón que remacha nuestra cadena. Aquí está don Fernando, marqués del Muni, que yace en la catedral. Más allá el puerto, con sus luces encendidas en la noche. Hermético el palacio episcopal y la sombra de Verdugo y Albiturria y el puente que aún vemos, con su joroba de camello, en sueños. Dentistas y farmacéuticos, jueces y presidentes de la Mancomunidad Insular. De los primeros hay un recuerdo de olor a antiséptico en mi niñez. El sillón solemne, la luz de los altos ventanales y ver en el aire empuñado por mi padre el amenazante torno. De los médicos, sobre todo, mi tío Antonio, con toda su potente sensibilidad humana. Recuerdo, sobre todo, sus amenazas y su enfado porque descubrimos que dejaba dinero a los enfermos pobres para las medicinas que recetaba. Don Agustín Millares, el notario de Las Palmas. ¿Quién más? Su hermano don Luis, el médico. ¿Y los abogados? Quizá sea a los que miro con más amor. Ellos han sido blanco de las diatribas del pueblo y hasta de las iras oficiales. Pero ellos han ejercido en Las Palmas un indudable sagrado ministerio. Desapareció hace mucho tiempo la elegancia de don Eduardo Benítez, el ímpetu jurídico de don Tomás García, el profundo conocimiento que de las leyes tenía don Juan Ramírez y la venerable figura de don Carlos Navarro. Nos encontramos más cerca de Felipe de la Nuez Aguilar, final de raza donde pareció concentrarse todo el ímpetu de ella misma. Trabajó infatigablemente por la unión agrícola insular y, sobre todo, por hacer más fuertes los lazos del agua, la tierra y el hombre. Con la tenacidad propia de un forjador de pueblos. Me doy perfecta cuenta de todo lo que ha creado para nosotros la anterior generación. Esta es una isla nueva, una ciudad nueva, una vida nueva que jamás existió, que los que la forjaron no se dieron perfecta cuenta de la obra de gigantes que realizaban. He nacido en el centro de todas las profesiones liberales. Mi familia en un siglo ha cumplido el ciclo completo con que se forja un nuevo pueblo: agricultura —profesiones liberales—, carreras del Estado. Y con ella toda la isla. Mientras, en la existencia de la actual generación, quienes tenían profesiones artesanas han hecho también a sus hijos estudiar carrera. Mañana no sabemos lo que ocurrirá.

Los colegios y sus profesores

Toda aquella generación no surgió espontáneamente. Tuvo su alma mater en la trasera de la catedral. Piedras negras carcomidas, los sillares al aire y más allá las escalinatas en semicírculo a las que el sol baña en las mañanas alegres. En una de las casas antiguas situadas en el declive que cae sobre el barranco estuvo el colegio de don Diego. El colegio de aquellos que aparecen en el daguerrotipo de la época, con la unidad real de una generación en masa, perfectamente delimitada por el círculo de las cabezas infantiles, en cuyos ojos se reflejan las miradas vidriosas de los que murieron, y se ven muchas de las que languidecen bajo el peso de los años. Una cosa es de notar. Allí están todos. Ellos eran unos cuantos. Treinta, cuarenta años después, una foto de este tipo es imposible hacerla.

Pero a una clase de aquellas quisiéramos retroceder ahora. Como se desarrollaba la diría comedia de los alumnos de entonces. Tener a mano un Azorín que nos acercara el libro abierto sobre el pupitre, el Atlas con su Africa borrosa, sin fronteras todavía, el tintero de cerámica de Talavera de vetas azules como las de las manos aristocráticas, y el limpiaplumas almohadillado y bordado a puntacruz en verde y rojo. Que nos dijera de las clases de piso de madera, o si las ventanas tenían persianas verdes y el techo era de cañizo adobado con estuco blanco. Y si en las tardes oscuras se encendían candelabros para que el profesor pasara lista. O si esto no era necesario porque en aquella ciudad de juguete todo el mundo sabía si algún mataperro se había ido a coger lapas. Y el mataperro también sabía cómo era de fuerte la caponiada al regreso. O la vergüenza ante la clásica pregunta:

—¿Tú te has creído que tu padre es rico?

Queremos que alguien nos diga de aquellos almuerzos a las diez de la mañana, del sabor de aquellas horas que desconocemos, de los huevos duros al amanecer y de la leche recién ordeñada de la cabra, con su gofio recién tostado sobre la citérea espuma.

Nuestro Instituto fue un edificio de cemento sin alma y sin estilo. Sus ventanas, demasiado grandes, dejaban escapar el ambiente. Las pizarras eran enormes, como abismos sin fondo. Las escalinatas de madera que servían de estrado a los pupitres resonaban como tambores al pasar. Sólo era posible escapar a aquel ambiente gris mirando hacia la alegre policromía de San Nicolás, de Pambaso, al escalón de las casas por la calle Real del Risco. A veces acontecimientos únicos rompían la continuidad de

los días, como aquel en que el Guinguada hinchó su tórax de aguas pardas —a la voz de mando del profesor de Gimnasia en la azotea—, arrastrando troncos y patas de insectos gigantes —las hojas secas de las plataneras—. Entonces, para nuestra fantasía, tomaba vida la paleontología con sus ictiosaurios en forma de robustos cerdos navegando barranco abajo entre limos de sigillarias.

Pero ahora recuerdo cómo se forjó nuestra generación bajo los mejores profesores que Las Palmas ha tenido. Hoy me parece absurdo que se quiera comparar ninguna otra cosa con todo aquello. Los años embellecen las perspectivas de eucaliptos, los paseos entre clase y clase leyendo *Platero y Yo*, los viajes a ver la agonía del Botafuego. Allí, cada hora, fue una puerta abierta a un mundo ignoto que las clases nos ofrecían. Yo no hablo de la Geografía ofreciéndonos la ilusión de viajar en islas y continentes a la deriva, sino de aquel otro mundo que llegaba a nuestra clase y a nuestro alcance casi al mismo tiempo que los físicos luchaban en bandos por la teoría crepuscular u ondulatoria, que se estudiaban las enormes posibilidades de la célula fotoeléctrica, de todos los principios que han dado como resultado la desintegración artificial del átomo. Y en orden al pasado se nos entusiasmaba describiéndonos cómo florecían las culturas y cómo decaían; con esa Primavera que era toda la Edad Media, y entonces algo así como un rayo de luz veíamos quebrarse en los vitrales de Reims y penetraba unánime hasta nosotros. En el cine que teníamos en el salón de actos veíamos lo mismo a Paris entregando la manzana a Venus Afrodita, que los últimos días de Pompeya, que el famoso *Gran desfile*. La perfección de las clases de álgebra, las risas cuando uno dijo que el ordenamiento de Montalvo fue obra de don Galo Ponte, la alegría de ver los mundo infinitesimales en el microscopio... son recuerdos que no se pagan con nada.

Nuestra Historia Natural se ilustró con Bandama y el Teide, como ejemplares típicos del volcanismo isleño. Todos teníamos entonces el aire de preciosos niños Juanitos besando reverentes los insectos clasificados en los museos y los prismas exagonales del basalto de la Calzada en un arrebató de entusiasmo científico...

Todo aquello, sin embargo, terminó, y al mismo tiempo está vivo. En edificios de piedra y de tea hubiésemos sido mejores. En el cemento, el espíritu se escapa. ¿Lo cazaremos quizás algún día sobre la ciudad que construimos para nuestros hijos?

Un catedrático de literatura

Agustín Espinosa está jugando a los dados con la Eternidad. No es que lo recuerde siempre, pero lo tengo dormido en el subconsciente y cuando llega algún día gris me araña por dentro. Agustín Espinosa, con todo su cortejo de colillas apagadas al borde de la acera, de clases llenas de tiza blanca, de encendidos negros, de cielos rasgados, de manos turbulentas, de ecos por la plaza Mayor de Salamanca. Agustín Espinosa, el mismo que barboteó en el volcán de nuestra niñez-juventud, con libros y revistas, con los primeros tipos de imprenta y los primeros fotograbados. Es más hondo y más profundo que su incompleta *Isla Arcángel...*, con Agustín se perdía siempre pie. ¡Qué lechos amplios y revueltos por la calle del Cano! Luz tamizada por las persianas bajas del día de sol en la ciudad. Y la explosión de su boca un tanto vacilante y las arrugas de su frente marcando una aurora de literatura.

Una tarde alguien me dijo "¡Hoy vi a un amigo tuyo!" Y adiviné, instantáneamente, la presencia de Agustín. Era todo espíritu, como las llamas de Lope ardiendo con aquellos retorcidos cirios de sus dedos, pulpos con luz, cabeza desproporcionada, nuez terrible, y la caída de las manos de los brazos pendiente, y la profundidad abierta de sus ojos saltones. No hubo cosa viviente más inquieta que él. Cuando quiere exaltar al Fénix exalta a Cairasco porque estuvo más cerca de Drake, del dragón rojo que atravesó el cielo de Canarias con la misma fuerza que Agustín. ¡Oh mar de sus camisas azules, de sus corbatas a rayas, de sus juegos de dados, de su isla Lancelot, de su luna de miel en el colegio!

Agustín Espinosa se acabó, como una conversación con él, con sus bruscas despedidas después de una charla de horas en aquella pequeña antesala de Tafira, en las reuniones de un kiosco del Doramas, cuando vino *Gaceta de Arte* de Tenerife, en la Plazuela, en la Alameda, en la calle del Reloj, en la misma celda del padre Otazu, los tres con los seis ojos puestos en el Bernardo de Balbuena. Se acabó y murió como los héroes que los dioses quieren, en la temprana edad. Hubiese sido siempre pronto para él, moroso acariciante de todo objeto en la eternidad inflamada de su vida.

Un profesor de árabe

Sergio Castellano fue también llamado muy pronto ante la augusta majestad del Todopoderoso, pero antes de llegar al trono donde los querubines sostienen la Gloria del Magnífico, visiones

maravillosas de ultratumba iban apareciendo ante sus atónitos ojos.

Corrían las calles de una ciudad medieval heraldos con largas fanfarrias y gualdrapas en los caballos, ostentando heráldicos lambrequines policromados sobre las ancas sudorosas. Desde la torre del homenaje una voz sonora anunciaba que a Bandama llegaba el sultán Saladino para adorar la Cruz del Redentor. Sergio, tendido en la cama, se veía con un libro de pastas rojas en la mano. Por la ventana abierta veía a la tierra reverberar ante las aristas de las cumbres. De su boca una cinta de oro llevaba impresas palabras en árabe que, sin embargo, no entendía.

Sergio vio desde arriba los siete círculos infernales con sus setenta mil ciudades y castillos. Sergio-Boloquiya llegó de pronto bajo un hermoso árbol debajo del cual cuatro ángeles reposaban. Uno tenía forma de hijo de Adán, otro de Pájaro. Los otros eran el Toro y el León alados. Más allá veía una perspectiva de cúpulas románicas como la torre del Gallo, encerrando infinitos Patocratores rodeados del Tetramorfos.

Subió después Sergio a la cumbre del monte Caf, donde vio al Gran Rey adorar a Dios. Desde allí contempló los siete planos de la Tierra: Tenerife, Tamarán, Titeroygrata... Debajo de la séptima Tierra está una roca; debajo, un Toro, un Gran Pez y debajo un Gran Mar. En el fondo, junto a los pastos abisales, vio Sergio Boloquiya lo que aún no ha podido transmitirnos, el secreto de las cosas que nos separan más allá de donde nuestra voz no alcanza.

Allí hay un banco circular tallado en la roca donde reposan tranquilas las almas. El suelo es arenoso. Cuando Sergio llegó un venerable anciano, envuelto en una augusta clámide luminosa, trazaba en el suelo con un punzón de coral las repetidas cifras de un solo título: el Islam cristianizado.

Y con el recuerdo de Sergio hay siempre algo que flota sobre la ciudad de Tamarán que nos hace pensar en esas tumbas árabes-cristianas del cementerio entre platanales y buganvillas.

EL PUEBLO Y SUS AVATARES

Vox populi, vox Dei

Arriba está el senado. Por arriba de él sólo se sitúa el Olimpo, con el garzón de Ida y el águila. Más arriba sólo gobierna el Destino. Pero abajo, muy abajo, junto a la pedestre tierra,

un pueblo se afana hormigueando incansablemente. ¿Quién podría fijarlo? ¿Quién podría someterlo a un análisis profundo, multiforme y cambiante como es?

Lo que va de un juez

Aquí está un juez en trance como la sibila de Cumas. Va a pronunciar una sentencia sobre el pueblo. Ya salió a la calle. Va caldeándose los huesos por el horno de las calles y refrescándose parsimoniosamente por las plazas de Las Palmas. Se asoma a las Canteras —vista jurídica, no más— y luego a la bahía donde sestean las barcazas. Don Gabriel es un juez tan humano que no es ni siquiera el buen juez francés. Don Gabriel es un juez de Las Palmas, un lugar cualquiera del mundo. Sus dictámenes trascienden a olores del Risco llenos de fritangas, a campanas por San José, a pescado de San Cristóbal, a anécdotas sobre don Pancho, o sobre aquel Robaina que tanto sabía de Kant, a conversación tendida delante de la catedral o del seminario y a todo lo que respiramos entre la Hoya de la Plata y la Isleta. Don Gabriel y sus sentencias son hechos reales que no podemos soslayar ni silenciar. No son literatura, ni poesía, ni filosofía. Poseen una realidad tan escandalosa que todo lo que se ponga en contacto con ellos cae hecho girones. Gabriel sentencia a hombres y mujeres, no a marionetas.

Toda la sociedad vista desde la altura del que sentencia, es pueblo. Es pueblo la oronda figura de don Juan Lanas y el contono gracioso del diablo sobre zapatos de tiras desde el mercado a Fuera la Portada y desde allí a la Isleta, pasando por el Parque. Todos los recomendantes, los aspirantes, los importantes, los ladronzuelos, los casos, los maniacodemandantes, las antijuristas, los apelantes, las tías de ringorrande, los avaros y los cariñosos de Las Palmas giran en torno a don Gabriel. Para todos tiene una sonrisa y una sentencia. Breve comedia humana que se desarrolla de la mañana a la noche entre Vegueta y La Puntilla.

Un pueblo, sobre ruedas

Los coches de hora, los charabanes, los super, los piratas, las tartanas, las guaguas... da lo mismo el nombre. Sobre todos los vehículos rodantes de Gran Canaria se dan las mismas escenas, se repiten los mismos dicharachos:

—Ta güeno; aquí no vamos a viví.

Las guaguas salen atestadas ya de la parada del barranco para el puerto o el parque.

—¿Va pal muelle, cristiano?

—No, señora, esta va p'Arucas—le contesta el cobrador, caliente con la preguntita. Parecido cuando regresan del Muelle Grande para Mendizábal:

—¿Por arriba o por abajo, usté?

—¿Pos no ve el disco? ¿Pa qué pregunta?

—¿A cualo disco, cristiano? ¿Pos yo sabía ná?

—¿Me deja llevar esto aquí lantrito?

—Loj burtos en la mixta, señora.

—Ande, mire que este saco no molesta a nadie.

A veces llegan turistas pobres y se montan todos en la guagua. Ellas sin medias. Ellos sin blanca, ni entera:

—¿Jau mach?

—¿Cualo dice? Un chelín, mister.

Las cuentas se dilucidan rápidamente. Consultas entre el pasajero.

—Esto me parece ser un estafo, joven...

El pueblo quiere restregarse en los vehículos y no le gusta que le hagan repudios. Una mujer que viene de la plaza jediendo a pescado se sienta al lado de un jovencito repulgado. El joven se aparta y la vieja no quiere sino apearlo bien apeado y le jeringa aquel aparte:

—¿Está malo, joven?

La guagua viene del puerto y se para en el parque. Salvador Ramallo estaba de buen humor aquella tarde. Había cobrado sus pesetillas no sé si por unos sacos de cochinilla, de unos tomates de Tenoyá o por conseguir las gomas para un camión de don Juan Mataliendres, el del cine de la Vuelta la Jorobada. En la bahía reposaban tranquilos el *Waterland*, el *Umgeni*, el *Port King*, el *Argentina*, el *Brasil Star*, el *Dominion Monarch*, el *Prominet*, que no sé cuántos sacos de azúcar, bolígrafos o piezas de nailon dejaría en el puerto. Salvador, en cuantito embicó para la guagua según venía del parque, vio venir, del muelle p'arriba un compadre del cambullón. Bajo las banderas de las casas navieras, cruces rojas, leones amarillos, estrellas azules y el reloj siempre atrasado del consulado inglés, Cristóbal Pellorrio estaba muy propio. Suben a la guagua, saludos de rigor y las primeras de cambio de Cristóbal que demuestra estar como siempre: más templado que una hoja de Toledo, más templado que un chucho, que se suele icir.

—¿Andi va la gente? ¿Siempre estraperliando? Cristóbal Colón descubrió Americaá, pero yo discubro a ca instante un sinvergüenza. Ai Mería.

—Cáyate, Cristóbal, que terminas mal.

Cada vez que Cristóbal viene de la costa le arma a la mu-

jer una zapatiesta con guirrea de muebles y enseres personales en mitad de la calle.

—¡Jija suta! ¿Hay derecho que a un hombre honrao como yo lo dejen en mitad de la calle?

—¿Que vaya p'arriba? P'arriba está Lanzarote. Ooiga, cristiano, vaya mar de fondo que lleva esta demonio guagua. Y después dicen que si el Leste. Y naide más santo ni más bueno que yo. Entodavía era guayetillo y ya ayudaba a misa.

—El diantre de hombre está borracho. ¿Por qué no se calla?

—¿Que me calle? Si me callo no lo digo. Oiga, cobrador, ¿cuánto es hasta San Cristóbal? Jesús, cristiano, ¿y estos papeles pa qué los quiero?

Eran los tiempos de los tiques de la guagua. La gente andaba ya medio asorimbada con aquello y en esto que van a cobrarle a mi comadre doña Pepa la Arradio, que llaman así por mal nombre y por tener una voz que dicen que suena como una "pili". Doña Pepa se tragó los tiques, pero otra le quedó por dentro y cuando se iba a bajar le dice al cobrador:

—¿Cuándo rifan la guagua, mano?

—La guagua atraca al disco azul.

—Tres sitio. Uno de pies. Segá.

Los piratas

Pero nada más pintoresco y atractivo que la vida de los piratas por todas las carreteras de la Isla. Tenían sus centros urbanos en Las Palmas situados en tres puntos estratégicos correspondientes a las tres carreteras principales. Los corsarios de los mares del Sur salían de la trasera catedralicia. Aquella es una piratería casi canónica, entre casas vetustas de antiguos balcones canarios, los viejos edificios de la calle Colón y la luz violeta de las sombras de piedra. La Tortuga del Centro estaba situada en la margen izquierda del Guiniguada, con profusas buganvillas y maipés municipales multicolores a la vera. El Labuan del Norte se ubicó dentro del viejo cuartel de Caballería abandonado, en el que fue camino nuevo, cerca del antiguo picadero y gallera de madera desaparecidos.

Para llegar a su organización la piratería pasó por un estado embrionario en que el chófer se acercaba cauteloso al que estaba esperando en la carretera:

—¿Va p'abajo, don...?

Y aquel don quedaba suspenso en el aire como el chófer conocieran realmente el nombre del presunto asaltado y no se acordase en aquel momento. Si era por la casa del Gallo, en la esquina de la carretera de la Calzada, el diálogo era distinto:

—¿Va pabajo, Mariquita?

—¿Y cuánto me lleva, usté? ¿Y el saco la ropa?

—Traigacá que yo se lo amarro detrás.

Después vino el arrejuntarse. Creció el precio del pasaje, los motoristas les declararon la guerra. A pesar de ello el coche de cinco pasajeros bajando con la fresquita, no es raro que llevase diez pasajeros, hasta sentados en las portezuelas. “Tenga cuidao, Juanito, no se le vaya abrir.” “No se preocupe. Más se perdió en Cuba.” “¡Oyoo! El pescado no lo puede llevar ahí que molesta a la señora.”

Por el centro corren diferentes grados de distancias máximas:

—¿Pa San Mateo hay alguno?

—No. Este va pa Santa Brígida.

—Pa San Mateo hay alguno.

—De allí enfrente salen, don Leoncio—y señalaba Miguelito a los jardines descuidados de la otra margen del barranco.

—Pos mire, ¿me quiere hacé el favó y dejarme esto casa Manolito?

El pasaje pregunta y discute y ajusta su presupuesto con detenimiento, sobre todo desde que se impuso el cobro antes de salir de Las Palmas.

—Son dos cincuenta.

—¿Qué dice, cristiano? ¿Entoavía no mos salió y ya quie cobrá? Jí eñor. ¿Y si me deja en Pico Viento como el otro día dejaron botao a mastro Pancho por mor de una goma?

Si se trata de la clase de billete a tomar, el público pregunta. El chófer en cuanto huele que no es un habitual le dice el precio del billete simple, haciéndose el sonso. Luego salta otro viajero recomendando el ida y vuelta.

—¿Por qué no saca güerta y vira que le sale más barato?

—¿Sirve para otro coche?

—Pos claro. Como un desir tiene usté que volver el mes que viene y también le silve.

Y si vamos de viaje para la ciudad surge siempre la pregunta del chófer con su tablilla dispuesta:

—¿Quiere ida y vuelta o tiene?

—Tengo o quiero—contesta el preguntado.

La conversación se anima a veces en la intimidad del pirata. Si se trata de temas escabrosos va esmaltada por los “Eso disen ¿oyó? Usté a mí no me crea. Eso diiisen.” Si se refiere al tomate por el consabido “¡Cristiano! Esto es la ruina!” Hay también su donjuanismo pirata. Un pelma se empeña en entablar diálogo y una dama que exclama a lo mejor: “¡Jesús! Fuerti hombre más pesado.” En esto el motor que empieza a fallar. Parón en seco. Estamos sobre el mirador de Tafira Baja. Menos mal que

tenemos la bella estampa del puerto y las casas de la Isleta iluminadas por el sol al atardecer. En contra de los deseos de los agüistas ha llovido y la atmósfera está limpia, los millos están crecidos y el cielo más azul que nunca con unas nubes moradas fusiformes. El chófer manipula en el mondongo del coche. Todo es inútil. Se trata de un pirata con el estandarte negro arriado.

—¡Juanitooo! ¿Me jases el favol de llevarme esta gente parriba? Es que el pirata pide práctico. Vuelta y nuevo arranque. Y así era por todas las carreteras de esta penca redonda.

Emigración

Ya desapareció la riada de árabes, canarios, franceses, andaluces de Chiclana, bajando a la marea con sus petates multiformes, atravesando callejones desiertos, por los caminos sonoros de perros que ladran junto a los pozos y a los estanques. La luna brilla blanca entre los celajes, que van de paso, y toda la operación se ejecuta en silencio. El barco al paio no está muy lejos, dispuesto a partir y dejar en tierra la mitad del pasaje. La tensión sube con la marea que señala el momento oportuno de levar anclas.

—Oiga, ¿sabe que se fue Panchillo el de maestro Juan Jinatorio?

—¡No me diga!

Son conversaciones de trastienda, reboticas, sotabancos, muelles con fardos pesados.

—Llevó guitarras pa Méjico. Allá las venden a precio de oro.

Marcharon los aventureros, como aquel "niño bonito" que fueron a coger al Brasil, y que aprendió a tirar el lazo en las sabinas paulinas.

Algunos ya conocían Barranquilla y Veracruz, Darien y Porto Bello. Otros tienen a la abuela en Santiago de Cuba y van a verla desde Artenara o Maspalomas. Hay quien fue en velero y volvió en avión. Otros vienen contando que en la casucha de campo se presentaban los bandidos de la sierra todos los lunes a recoger el importe de lo recaudado en la feria del domingo.

Peor son los que nos venían diciendo cómo son los americanos, los indigenistas y Juan Vicente Gómez. Cómo era la torre de Ramón en Buenos Aires y de cómo esta ciudad se parece a Barcelona.

Pero no nos cuenta de la maravilla de las orquídeas de Colombia, de los desiertos con cactus de Méjico, de las ruinas de Chincen Itza y del cristal transparente del Ilmani.

¿Cuántos barcos marcharon de Europa a América? El romance

de la niña que quedó huérfana en mitad del Atlántico aún no se ha cantado. Llegó el otro día de la Nigricia. Letones que huieron del Báltico; suecos que buscan plantas. Europa entera ha emigrado.

Pero nada hay en la vida de los emigrantes que conmemore tanto el camino de la Cruz del Sur, de los caimanes, de las tierras del Caribe, que la partida de Gran Canaria. Desde los grandes trasatlánticos migratorios hasta los pequeños barquitos, todos llevaban en aquella racha un girón del recuerdo colombino.

“¡Adiós, montañas de mi isla!”... Si no hay luna, ni sol, se verán las luces de Tafira allá arriba, las de Telde, Maspalomas, Arguineguín... Luego nada. Largas noches en el océano heráldico. Terribles, si son como aquellas en que “tenemos por todos los posibles naufragios”, cuando las luces de San Telmo bailotean en el palo de mesana.

Don Cristóbal, Almirante de Castilla, desveló el misterio de los océanos para todas estas gentes que ya no temerán el fin de la Tierra, allí donde los antiguos creían que terminaba su disco, el borde del Planeta. Ya todo lo que se les advierta será inútil. Quieren ser peruleros, las riquezas de Jauja, de las Siete Ciudades de Cibola, de los aviones supersónicos, de los trigos pampeños, de las avestruces chilenas, de los oros de Klondike, de las carnes de Chicago, del sol azteca y de las estrellas de Panamá.

Venezuela en Gran Canaria

Surgió de todos y de nadie. Estábamos celebrando a Vargas. Era en la montaña de Arucas, la otra noche. Después del Ayuntamiento, en donde sentí no ver al alcalde, un hombre preocupado porque esta ciudad tenga el relieve que se merece en la isla. Habían hablado nuestros oradores: Reinaldo Leandro Mora y Matías Vega Guerra y los que la prensa reseñó: versos, escuadras y labrantes. Los que no pueden dejar de estar en esta colmena de Arucas. Y el día que desaparezcan, algo muy grande y fuerte habrán perdido Arucas y Gran Canaria, y todas las islas en las que ellos han dejado su obra. En la noche del jardín volvieron los oradores. Sobre un fondo de José María Vargas y de bambúes gigantescos y como espesas lanzas verdes, *Gloria al Bravo Pueblo* y la *Marcha Real*.

Pero ahora estamos en lo alto de la montaña. Abajo resplandece la catedral —de gótico romántico—, un joya de luz. Lejos, el puerto por el que un día salí para Tierra Firme. Hace ya más de veinte años. Y unos lazos que ya no se desatarán ni en la vida ni en la muerte. Esos lazos, compuestos de muchas de las gentes

que en aquel momento veía en las cristaleras, en las mesas, en torno a Mary Sánchez o más lejos, en conversaciones de barra con lejanos recuerdos. Los recuerdos son sumamente caprichosos. De pronto me asaltó el de las motivaciones que tuve para dar consistencia jurídica a los informes y al mismo significado de la Corporación Venezolana de Guayana, a cuya labor me entregué en cuerpo y alma durante seis breves años. Sociedades y corporaciones y asociaciones. La Asociación Venezolana de Periodistas —avenida Andrés Bello— estaba allí, en Arucas. Era Hernani Portocarrero. Y también era para mí la Asociación de Escritores de Venezuela, la de la Casa del Escritor en la esquina Velázquez.

—Mire, doctor, aquí tiene un licenciado de la República.

Cada quien en cada momento. Gabaldón imponiéndome la medalla universitaria y gradual y el aire cernido por los araguaneyes y, lejos, el Avila. Un folleto turístico... aquí comienza Guayana, la piedra de la Zapoara y Angostura/Ciudad Bolívar al fondo. Parece la realidad. Ya sé que sólo solemos ir a Venezuela el diez por ciento de los que van de la otra provincia. Pero de la otra provincia van gomeros, palmeros, herreños que muchas veces tienen mucha relación con la gente de Las Palmas. Allí todos los isleños son unos. Aquí somos siete islas.

—Bueno. Una Sociedad Canario Venezolana. También podemos irnos de nuevo a Venezuela a hacerla, allá por los Palos Grandes, o por Catia. Ya en el Paraíso la hay, y con fuerte apoyo bancario, usted. También está el recuerdo de aquella que cerca de Santa Rosalía comenzamos a realizar en la imprenta de los Rodríguez Figueroa. Después tuvimos una reunión cumbre en la avenida Urdaneta, en una oficina de mezzanina, donde el líder principal fue Elfidio Alonso. Son tantas que ni recuerdo. Cuando llegué a Caracas traté de buscar una que me dijeron que estaba por los ranchitos encima de la avenida Sucre. Un despiste mayúsculo.

En realidad, solamente en folletos me sigue llegando Venezuela. De vez en cuando, José Ramón Medina; el rector y ministro ahora, Peñalver; Augusto Germán Orihuela, y en esta ocasión Reinaldo Leandro Mora y Hernani Portocarrero, otro caballero venezolano de paso por España. En otras ocasiones Bolívar y Miranda, pero en bronces de Juan Jaén, o el padre Barnola, siempre con su delgada figura de Quijote. Pero esos se fueron a Tenerife. Y no hace mucho tiempo en Madrid vi a Jóvito Villalba y a Rafael Caldera. En definitiva, que estamos rodeados, o dicho de otra manera, que las Canarias son unas islas rodeadas por Venezuela por todas partes menos por una que la une al fondo del océano Atlántico.

—Pero yo tengo que ver eso. Sin mi censura no puedes decir nada.

—Pero, Carlos, mejor sería la censura de Rocío.

No hay nada en la inmensidad del mundo vacío que nos rodea. Pero todo no son recuerdos ni cosas fáciles. Aquí tengo la firma —en la misma Universidad de don Eugenio Mendoza— en *Megafón o la Guerra*, de una compañera que en las vacaciones había ido a Buenos Aires. Siempre, cosas que ocurren junto a Avellaneda, barrio querido. A veces llegan cartas o se oyen canciones. Cartas que tienen la Conmemoración del Centenario del Ministerio de Obras Públicas en el Instituto Anatómico o en el Hospital de la Seguridad Social de Caracas, o el “paga tus impuestos” para que una niña aprenda a leer. Otras son con “estampillas” de personajes como Agustín Codazzi, el geógrafo del pasado siglo. Pero otras, revistas con nombres entrañables como el de Manuel Pérez Vila, con artículos como el de Carlos Duarte sobre el sagrario de plata de la catedral de Caracas o el de Lovera sobre el ensayista, historiador y periodista don Augusto Mijares. Para todo eso y para mucho más estamos aquí de nuevo.

Rugama, el de Tejada, en Méjico

La leyenda en torno a la personalidad de Rugama el de Tejada, cuando marchó a Méjico, es comparable a la de Pedro Blanco el Negrero, el Rey de la Bahía de las Gallinas, o a los cuentos del incomparable Baroja sobre Silvestre Paradox, Rey, Pedrito de Andía, el Capitán Contreras, Don Quijote de la Mancha o Don Florisel de Niquea. Todas se quedan cortas ante los ascensos de Rugama, el de Tejada, por tierras de la Nueva España.

Su historia es tan grande que no cabe entre las páginas de un libro, pero sí en las delgadísimas paredes de papel de periódico, porque en ellas nos restringiríamos a decir que llegó, vio y venció. Claro está que el problema está en decir qué es lo que vio allá, en la patria de la *Sonata de Estío* y de *Tirano Banderas* y de los tristes días del emperador Maximiliano.

Cuando Rugama marchó a Cuba aún no había carretera que llegase hasta Tejada. En macho blanco llegó al puerto, muy mozo, para embarcar en un barco de vapor, de los primeros que hacían la travesía a La Habana.

La Habana fue siempre la Universidad libre de los canarios. Allá llegaban las gentes trabajadoras, las honradas y decentes, y también los matones de Jinamar o Tenoya, de Triquivijate y de Tiscamanita; llegaban los estudiosos y los que no lo eran, los arrugados y los tiesos con todo el mundo; los caballeros y los

plebeyos, pues era carta de hombría el haber estado alguna vez en "Bana".

Rugama tenía un pariente establecido en artículos de toda clase, desde guitarras a calomelanos, en la esquina de una calle de esas de casas bajas, de un solo piso, como inmensos barrios donde todo es igual. Las puertas altas, los techos altos; pero las casas con azotea uniforme, casi encima del mismo remate de la puerta. Más arriba no suelen tener otro adorno que la ropa tendida de palo a palo sobre las verguillas.

El joven, espigado y despierto Rugama no se adaptaba, de ninguna manera, a aquella vida de ganapán de farmacia, rebotica, botillería o guitarrería, durmiendo sobre los sacos de bicarbonato, o sobre las latas de aceite sevillano, cubierto por una mala manta deshecha.

Más allá del Golfo otro de flores y castos, de sierpes y nahuatlés esperaba con el ardor inconmensurable de los trópicos, con la absorción poderosa que ejerce en el hombre el inmenso verdor, las flores y las hormigas gigantes. Méjico absorbe a Rugama el de Tejeda, porque no podía aguantar, en la emigración, el olor de las cansinas reatás al amanecer, casi como en aquella ciudad de Las Palmas que él entreviera ligeramente al bajar de La Cumbre.

* * *

Rugama se hizo hombre en la travesía. Años después lo vemos con el uniforme del ejército de Ruiz que asola Sonora y Sinalóa, y entra en el valle de Oaxaca y después en el de Tamaulipas. Es nada menos que coronel de Farmacia de los ejércitos que ahora invaden Tanocitlan con todas las de la ley. Hasta cañones y vendas llevan.

—¡Esto sí que es un Ejército moderno, *manito!*

Aquel ejército, recién nacido a los nacionales, tenía uniformes bonitos para los días de gala con pompones rojos y blancas guayaberas; sables y barbas lucían con todo su brillo y el coronelito de Farmacia, todo lampiño, era como un garbanzo puesto al sol entre las ramas de laurel de sus insignias.

Pero López, el de Infantería, era también un gran tipo. El capitán Caudales lucía, orondo, su especialidad: una enorme tripa o panza de la reserva, con canto espoleado para su más fácil manejo. Allí todo era de respeto: desde las cornetas doradas, a las cajas de las ametralladoras. Entonces sólo habían dos o a lo mejor sólo una por regimiento. Tampoco faltaban los bobitos de siempre en un ejército tan de machotes como el del ya presidente Ruiz, donde Rugama militaba.

El tonto de turno era Pepiyito Casañares, que con voz aflautada se acercaba a Caudales para decirle muy serio:

—Mi capitán, cálguenle espistola—mientras le mostraba una espingarda como una casa.

—Mi teniente colonel, de parte de mi padre que toque usted ¡firmes!

—M... de niño, ¿y quién es tu padre?

—El colonel Casañales.

—¡Ah!

Una pausa. Tres pitadas de corneta. El coronel Casañares.

—Ponga firmitas a las fuerzas que le va a pasar revista *su coronel*—su coronel, por supuesto, era él mismo.

La historia de Rugama y su ascenso tiene muchos antecedentes y es necesario estudiar algo la psicología del ejército mejicano de aquella época para comprender la transformación de un mozo de almacén en coronel de Farmacia, con sus hilas y su aspirina —un poco después llegó ésta de Alemania—.

Su adlátere en el ejército de Ruiz había sido el coronel Casañares, el cual cuando tuvo su academia severísima en el Estado de Michoacán. Eran oficiales que se educaban en las artes militares para el ejército de Ruiz en la contienda entablada de tantos años atrás.

El coronel Casañares no perdonaba una. Sabía que sus adelantados alumnos se escapaban por las noches por la tapia trasera. Los alumnos también sabían que lo sabía. El coronel se apostaba en la tapia para sorprenderlos, pero los guayetes aquellos, entre los cuales destacaba por sus conocimientos químicos Rugama, entraban por la puerta principal, burlando su vigilancia, y no sin antes tirarle unos cuantos huevos podridos por encima de la tapia donde estaba apostado.

—Se burlaron de mí, pero yo los cazaré.

Y un día casi coge a uno. Se le escapó de milagro. Pero era una risa ver correr al coronel —gordo como era— a la luz de la luna y gritando desesperado:

—¡Lo cogí, lo cogí!

Lo que había cogido era la guayabera de uno que después no pudo localizar.

Otra de las más divertidas manías del coronel era la de escuchar tras las columnas del patio las conversaciones de los alegres cadetes. Cuando éstos percibían que se acercaba solían comenzar a contar exageraciones de toda clase, cada vez mayores, hasta que el gran Casañares no podía más y salía gritando detrás de la columna:

—¡Mentiras! ¡Mentiras! ¡Arrestado por decir mentiras; a la prevención!

Los bigotes blancos le temblaban. La cara era roja y la nariz era como un producto directo de la más pura tequila amorrugada.

* * *

Pero, a pesar de estas intemperancias espontáneas, Casañares y Rugama se hicieron grandes amigos, hasta el punto de que Casañares, conociendo la gran habilidad para la química que tenía Rugama, lo propuso en el ejército revolucionario para ingresar en él como capitán de Farmacia. El salto a comandante, teniente coronel y coronel fue cosa de nada, pues la gente de Tejada es fuerte y animosa, si logra salir de aquel anillo de piedra que lo ahoga.

* * *

Años después, bastantes después del triunfo de Ruiz, cuando ya Méjico disfrutaba de una gran paz y las novelas de aventuras a lo Bradomín o a lo Graham Green no podían tener lugar —Decarlo estaba ya en Las Palmas y Pacheco en el campo de concentración de vagos y maleantes— Rugama volvió a Canarias.

Tenían una de las mejores farmacias y fábricas de harinas en Zacatecas y se dedicaba a la tala de bosques y la construcción de presas. Había estudiado Farmacia, de verdad, posteriormente, en los Estados Unidos. El origen de su fortuna había sido el haber salvado con sus medicamentos al presidente en un apuro combate en que fue herido. El señor Ruiz le había dicho:

—En recompensa, pícame lo que quiera.

Y él le había pedido una farmacia.

El duelo

Don Ildfonso, tan sericito él, se murió como un conejo. Cuando acabó, lo pusieron muy bien puesto en medio de la habitación, que ocupó en vida con su trasteo renqueante de viejo prematuro, de viejo pálido, de bigote recortado a mediana y discreta altura, de cuerpo canijo, cráneo amarillo, cuya palidez aumentaba ahora grandemente a la luz de los cirios.

Allí, tan quieto, parecía que en su vida había roto ni plato ni escudilla —cubierto el cuerpo y llena la caja por las flores—, siemprevivas, madreselvas, pimpollos de verdolaga, espuelas de caballero y rododendros. Estaba hasta guapo. Muy temprano —había fallecido como un pajarito, sin decir ni pío, la tarde anterior—, Gabriela, la criada guapa, estupenda, de ojos verdes y andares felinos, las había comprado en los puestos de la plaza.

A esa hora en que los señores talludos iban a ver a las criadotas así. Gabriela, de puesto en puesto, libaba la oración fúnebre de flor en flor, más bien que como abeja constructora, como mariposa de calavera.

La gente del pueblo se iba arremolinando a la entrada porque se acercaba la hora del entierro, esos entierros largos de Canarias, seguidos de grandes apretones, en que siempre hay parientes reconciliados y gentes que critican al muerto, al mismo tiempo que se habla de los precios que van rigiendo en la zafra. Los asientos, traídos de toda la vecindad, se acababan. Por la noche se habían servido refrescos, café y lágrimas, con esa prodigalidad que sirven estas cosas las señoras de edad mediana y pechos amplios.

La zarzaparrilla, el guatecabito y la mejorana en jarabe, habían surtido su efecto antisporífero, pues la helada del nuevo día —ese temblorcillo que entra aun en los países más cálidos— habían sorprendido a los que como amigos fieles de la casa, aguantaron el duelo toda la noche, hablando de Caneito y Pedrín I, que iba a fichar esta temporada por el Tunte Atabicado, F. C.

Pero a medida que se acercaba el mediodía, la hora señalada para el entierro, las moscas se ponían molestísimas aun en la penumbra, y el duelo tomaba una molesta corporeidad que rebotaba en las paredes blancas y bajas y en las persianas corridas de fuera. Poca sombra había en la calle ya y mucha oscuridad dentro, cuando entró en la casa el amigo chungón, al que todo se le importaba un comino, y que había estado de duelo con ron desde la noche anterior.

Afuera, una claridad deslumbradora. Pero por el tono de las conversaciones, las voces engoladas y el susurro de los rezos, se notaba que el muerto era de cierta importancia, y que los parientes, allegados y alguna autoridad, formaban el corro en torno a la hormiga muerta, como otras hormigas más que intentasen trasladar el cadáver de la fallecida, al hormiguero grande situado fuera del pueblo con sus cipreses bien tiesos, derechos como velas.

Periquito Pitanga se situó en la puerta con las del "beri". El iba a pasarlo bien hasta en los duelos.

—Cuidado, cristiano, que hay un escalón—le decía a todo el que entraba a dar un saludo de condolencia a todos los reunidos en coro.

Se lo decía en voz baja y los de dentro no se explicaban por qué todo el que llegaba nuevo —y el desfile de toda la población de los pagos circundantes era bastante importante— daba una patada en el suelo al entrar. Los entrantes no se atrevían a decirle nada por no alborotar. Pero nada hay más desagradable que este tantear en busca del vacío de unos centímetros y no

encontrar hueco por donde meter el pie. Otros completamente confiados avanzaban hacia el escalón inexistente con toda la fuerza posible.

Por fin llegó la hora de los martirios. La hora de la despedida. En el pasillo estrecho comenzó el desaloje; más abajo las escaleras no soportaban el peso. Después, la calle. Se formó el cortejo. Un madamito cogió una de las coronas, muy solícito. Todos fueron saliendo y el guasón de la puerta se escabulló entre el gentío para ir de nuevo a ocupar su puesto en la tasca.

El duelo se despedía en el sitio de costumbre. Así rezaban los tarjetones que se habían impreso al objeto, porque hasta aquel pueblo no llegaba la prensa diaria con suficiente antelación para que el periódico pudiese comunicar, a todos los interesados en duelos, uno tan importante como aquél.

Allá arriba, en un desriscadero, el ojo de una cueva señalaba el lugar de un cementerio de los antiguos canarios. Ellos puede ser que tuvieran sacrificios rituales en honor del muerto. Los de abajo, los canarios del llano, tenían otros hoy bien visibles: los apretones de mano y los rompimientos de clavículas.

El sereto de higos

Con su tipo achaparrado, oblongo, amarillento pajizo, su boca bobalicona de haber comido miel, abierta, dejando escapar ahora por ella trozos de encaje de ganchillo, un forro azul con manchas húmedas y recortes de diversos colores, se helaba, como cualquier animal, sobre la mesa de mármol de la alcoba.

Allí, tal como lo veía, duplicado por el espejo con esas manchas —con esas lagunas de visión de los espejos con verdín—, parecía un bodegón de Dalí, tenía consistencia de hogaza de pan de Agüimes, forma de riñón tumefacto, palidez de hojas secas, escenografía de estancia de mesa-camilla y reloj antiguo.

Sin embargo, aquel cereto de higos sin el dulzor de su granilla, lejano ya del día que sirviera a las innúmeras pepitas de recipiente y prensa, era perfecto por sí solo, sin su escenario, con ser éste mucho en su vida de clase media, de aprovechamiento de las cosas inútiles.

Los recipientes que se tiraban antes eran tan ricos, que lo que vale uno de ellos serviría para comprar una casa de la anteguerra.

Aquel sereto de higos era hermano de las latas de aceite de la Y, de los cacharros de petróleo —perfectos, plateados—, de los cajones que los contenían, de aquellos embalajes de madera que servían para construirse los muebles de una casa de hoy.

Pero aquel escenario de sereto de higos era aún más atrayente y perfecto que lo imaginado. La mesa, con su campana de bronce en el centro, era superior a la mesa camilla imaginada. El mármol era puro y perfecto mármol y el espejo, a pesar de dormir entre sus jambas de color melado y curvas sinusoides modernas... de 1900 y su falta de seriedad general, ¡había reflejado la imagen de tantos muertos! Aun allá en el fondo del espejo, con el sereto delante, se veía un mueble absurdo, alto, que a veces dejaba caer toda su caja torácica para que viéramos en su interior el extraño andamiaje de sus costillas de cajones, de múltiples cajoncillos. Buscábamos su corazón rojo, pero él nos lo daba a oír en un gigante *Roskof-Patent*, de plata con sus doce horas de palos negros, su minuterero y su horario precisos y perfectos, como lanzas siempre dispuestas a ir atravesando velozmente los instantes de que las cosas se componen sin remedio.

De pequeños le pedíamos un cálculo de plata de los que criaba el muy buenazo en su riñón y la cosa no le costaba "un riñón", pero le costaba una peseta, una moneda de dos pesetas con la efígie de Alfonso XII o un duro de los de Amadeo con su barba o de los de la República, con su languidez de dama recostada,

Ahora que se va haciendo viejo delante del ojo fisgón del sereto que con su aire bobo se va dejando caer y parece como si las matara callando.

—Buenos días, Juan Bargueño.

Pero aquello molestaba mucho al mueblote, a la estantigua, al abuelo de los muebles que presidía la sala. La terminación *eño* era inapropiada a su contextura de luchador. El se podría llamar Juan Bargas, o Barcas a secas, con seriedad de noblote indiano con leontina.

El sereto de higos cerraba su capacete de palma trenzada con una sonrisa *ficacea*, especie de ostra del higo, catedral de las meriendas con almendra.

Quizá recordara los días gloriosos en que uno a uno le fueron extrayendo su jugo y de aquella tarde que sirvió de merienda a la más golosa de las niñas.

Entonces no estaba sobre una mesa de mármol, como ahora, sino sobre otra mesa muy grande, de madera, blanca por el lavado. Venía de la despensa un olor a tierra húmeda y a queso puesto a secar en los cañizos, envueltos en la tierra roja del Sur, y de la cocina se entraba el hervor de la leche. Una niña morena se llegó a él y le robó tres perlas de almíbar. Sólo le dejaron los rabillos negros y secos, desperdicios de última cuantía, incomedibles hasta para las gallinas.

Y el sereto de higos continúa todavía hoy su imperturbable vida sobre la página de mármol de un libro abierto en la alcoba,

de un libro que vemos trazado en caracteres raros, un libro frío lleno de reflejos que hacen imposible su lectura. ¿Será por eso o porque el llanto ciega los ojos? Allí, indudablemente, tienen que estar escritas cosas bellas, recuerdos imposibles que no podemos alcanzar...

En la catedral han dado las tres de la tarde. El sereto de higos se ha caído al suelo derramando encajes.

Escarlata de Las Palmas

Mi reencuentro con estos patios interiores del pensamiento y de la acción humana se reanuda años después en una ciudad de cartón, desconocida para todos, con telones de sábanas blancas, peluches por terciopelos y largos montajes de desiertos inacabables producidos por la Guerra de Secesión Americana.

En lo alto tremolan insignias que son como el *intermezzo* de las banderas en su transformación de la Unión Jack y la "estrellada y rayada", pues llevan en el ángulo propiciatorio —donde han de colgarse calaveras con cuernos retorcidos y sombreros de hebilla— una cruz de San Andrés, azul, como los ojos de la protagonista, de un azul cerúleo inacabable, cubierta por estrellas blancas. El rojo es la larga torera, la común aspiración de la sangre que aquí no cuenta porque el rojo es el Escarlata del nombre, el escarlata de los labios y hasta el púrpura mitrado de los lápices del año pasado.

Pero la noche a que me refiero estaba el campo de la isla descubierto, como una mujer desnuda, puesta la cabellera a secar sobre el verde, que era negro, y los hombros muy blancos, a la luz resplandeciente de la luna. Sus ojos hacían aguas en el mar, que había dejado de ser violeta para volverse plata, y su corazón el recinto de los valles, donde se habían apagado las luces, y todo parecía de cristal, bajo un velo de calina, bajo un tul clarísimo que dejaba ver hasta el reflejo sudoroso de la carótida. Sus intimidades eran como el envés de las hojas, pálido, siempre pálido bajo las telas, oculto del sol por el rutilante verde superior, brillante. Dentro de esta seca piel, el vello impalpable, la vegetación umbrosa.

Divagamos, estas noches interiores demasiado, no obstante querer ser exactamente concretos, pero Escarlata no es para divagar con ella, tan concreta y rotunda en su expresión malévola haciendo de diablesa en el desierto de las cisternas podridas por los cadáveres de los soldados y de los negros asesinados.

Otra vez vuelve a surgir la visión de la caballería en una carga como una procesión de gigantes que se deshace en el polvo.



Y otra vez los ojos azules angustiados, los labios resecos, el baile, la casa que se cae de vieja y los ancianos muriendo de polilla, como en Cronin, como los apolilla la misma trágica Escarlata con revólveres fijos, taladrones, como instrumentos musicales.

Cuando llega la angustiada media noche ya no hay cosas siniestras sino en las películas de Walt Disney, donde surgen mapaches, orugas gigantescas, bichos asquerosos entre las sombras: el búho y pájaros horribles de anteojeras escarlata. Cuando llega la angustiada medianoche esta cruel Escarlata del mediodía se ha vestido de negro, tiene dengue romántico, está como entregada a un sueño de candidas sonrisas, tiene dulces los ojos, los dientes muy blancos, el cabello recogido, el pecho y todo el cuerpo en una tela negra plegada, sencilla, extinguida. Es como si la dulzura de la luna, la candidez del astro clásico del nocturno, la hubiese absorbido. Crea en su torno un ambiente completamente distinto al violento, escueto, sencillo y terrible del mediodía —mujer de a caballo, mujer de látigo, mujer de incendio sobre el carro de la muerte—.

¿Qué nube de luna borró de tu rostro, Escarlata O'Hara, las traiciones de los hombres, el impudor de las mujeres, la sangre de los vencidos?

Ahora reposa tranquila; nada más falso, cruel, inamistoso, que los cuentos para niños, siempre hambrientos de castigar durante toda una larga vida a príncipes y muchachas bellas, para darles, al final, una pobre satisfacción de hojaldre. O esas otras historias desgarradoras de Andersen en que el protagonista es siempre engañado, o no tiene ni donde caerse muerto.

La realidad es otra más alegre y potente. Los hombres y las mujeres crueles de día, se hacen una maravilla de luna, un resplandor de cielo a la media noche, tan fugaz, que quisiéramos perpetuamente vivir. ¡Quién pudiera hacerlo! De nuevo surgen las horas de la madrugada anunciando el día, el día, el día...

Las banderas se repliegan y las guerras se terminan. ¡Quién pudiera seguir en el carro de la muerte a Escarlata, por un eterno sendero de guerra. Llega la paz. Se firman unos papeles. Se rinden unos ejércitos para volver a la obligación y la alegre y triste guerra se olvida para siempre. Se entierra junto con los cadáveres, junto con Escarlata O'Hara, con sus ojos azules o no sé de qué color, con sus pies blanquísimos manchados de barro y sus manos de ángel, manchadas de sangre, pero eternamente en el mismo sitio, para siempre dejada atrás en su patio de Las Palmas, sin que podamos elegir la medianoche para fijarla, para retenerla, para joya sobre la seda de una nube que se disuelve lejana sobre el mar.

Fiesta de madrugada

La noche en que descubrí que la esencia de la época tiene ramalazos de locura por sus cuatro costados, estaba formando animado grupo con otros amigotes en torno al mostrador de madera, provisional y cáustico, sobre la solemnidad refulgente del patio de mármol. Llevaba sobre la cabeza un hermoso gorro de papel negro con una calabaza amarilla.

Una señora, con toda la espalda al descubierto y algún que otro granito repartido por ella, se cuadraba armoniosamente ante otro del grupo, en correcto y delgado frac, haciéndole un airoso saludo militar.

—Sordnes efe.

—¡Al pelotón de castigo!

El denominado pelotón de castigo estaba un poco más allá y trataba de fusilar contra la pared izquierda, cubierta por desvaídos cuadros marinos, la comparsa formada por una bella estatua de mármol y dos negros cimarrones de pequeña pechera almidonada. Habían bailado la conga a contrapedal, ¡oh manes de los carnés de baile!, y aquello se castigaba gravemente en la noche de autos. Cuando más enfrascados estaban en su tarea, un bravo mozo que conocí siempre por su gracia campera, se precipitó con sus huestes escaleras abajo dando alaridos y abriendo los brazos como un pirata de la Malasia. De pronto la voz pastosa de la “animadora” interrumpió la acción liberadora, dando al aire aquella canción ya vieja con trajecito de percal:

Niña Isabel ten cuidado,
donde hay pasión hay pecado...

Los de la barra, los del fusilamiento y un anciano matrimonio arrugado, se lanzaron con furia a la pista de baile, marcando el paso con seriedad manifiesta, con esa ostensible seriedad de los borrachos. Se bebía “whisky and soda”, sin soda, pero con Fargas y algún que otro coñac con ginebra.

Cuando la gorda del micrófono arreciaba más en sus esperridos, un anciano lord inglés, muy moreno, abrió la puerta del rectorio con ese aire de los que entran de visita a una comunidad religiosa. Lo traslúcido del cristal y su silencioso bamboleo tienen algo conventual. No sin las vacilaciones propias del caso, el mismo penetró en la sala y un pelotazo vino a quitarle de un golpe su “medio bollo”. Con su azul mirada británica abarcó la multitud y pensó un poco como si estuviera leyendo a *Contrapunto*. Pero para un extranjero es siempre más complicada la vida del Sur que la inventada por un novelista del Norte.

Los del fusilamiento habían cambiado de objetivo en aquel momento. Un nuevo caudillo había surgido entre ellos y ahora los arrastraba a llevar a la gorda en triunfo por toda la sala y subir con ella las altas escaleras y aun a asomarse a los barandales peligrosos. Cuatro la cogieron por sus gruesos muslos de jamona y otros dos la pretendían sostener por detrás con éxito escaso.

—¡Oh! Esto ser terrible—decía el mister moviendo lentamente su monóculo.

“Las razas inferiores están arriba”, pensó para consolarse. Mientras, delante de sus mismas morenas mejillas, se desarrollaba otra escena; eran los tiempos anteriores a la terminación del Imperio.

Un indio de los del barrio era asaltado por un burletero de los de mi grupo.

—Dame un abrazo, querido hijo de la rubia Albión.

Aquello era desconocer etnología, con todos los agravantes de lugar y tiempo, pero los vapores iban inundando la madrugada y no había mucho tiempo para ir a la biblioteca y hojear los hermosos tomos en papel satinado de *Las Razas Humanas*. Hubo un tiempo en que los arios invadieron la India por el Norte. Dejaron en ella dioses superiores a Indra, que es la pura fuerza. Eran dioses con el mismo sentido musical que nosotros. Pero ahora la música aria, mezclada con la negra y la amerindia, daban al polvo de confetis aquellas empalagosas canciones árabe-aztecas:

Niña Isabel era una rosa
entre todas primorosa.

Sobre el sillón de mimbre la niña blanca se ponía muy seria cuando el marido se emborrachaba..., pero él, en realidad, no estaba borracho. Sólo tenía los ojos más pequeños que de costumbre, reducidos a su mínima expresión. A veces también la amistad crecía en él de una manera desconsiderada y terrible, como se alargan las manos en los sueños de néctares orientales.

—Coco, para mí eres como un hermano.

—Bueno, bueno.

Cantábamos *Manoletín* bajo los árboles de la carretera. Desde entonces no había vuelto a estar con el grupo hasta la noche de los indios y la gorda.

—No tendrás en el desierto estos bailes.

—El jandulilaj guajed.

Un bolichazo de confeti vino a poner término a nuestra entretenida conversación mozárabe...

La juerga continuaba por dentro y por fuera. Dentro se nos

contraían los músculos abdominales. El alcohol producía sus efectos desinfectantes. Por fuera el aire se cargaba de polvo de perfumes caros, de giros o tonterías dichas a carcajadas.

Poco a poco las pieles iban floreciendo sobre los hombros desnudos. Ya no quedaba nadie en las salas cubiertas por las horas de la madrugada. Sólo un vago y triste presentimiento de que aquello se terminaba lograba llenar de emoción las estancias con las sillas recogidas, y los vasos de ron. Los fogonazos de los fotógrafos rabiosos quemaban el hilo de la vida.

Fuera hacía fresco. En el mar —por Fuerteventura—, una raya roja hacía presentir una cosa mala: el día. Un demonio negro cruzó volando sobre la marea. Era una gaviota de café con churros en la plaza del mercado.

El cuento del pope ruso

Estamos un poco hartos de esos libros con portadas en tricromía antigua en que se estudia, con todo detenimiento, la vida psicosexual de los personajes soviéticos y quisiéramos siempre algo alegre sobre la triste Rusia que no vivimos.

Quisiéramos algo sobre Rusia en que en vez de ser el coco el principal personaje, se nos hablase otra vez de aquellos señores principescos que tenían por lo menos cuatrocientos siervos a sus órdenes ingravidas. Me parece que en cierta época de mi vida conocí en Madrid a uno de ellos que con su barba blanca, se extasiaba ante un icono que decía haber regalado a la princesa Alejandra, y que tenía junto a su cama en el Tsarkoiselo. Lo había traído a Madrid un oficial de la División Azul española como trofeo de guerra.

Los elementos del escritor ruso que producían verdadero placer al leerlos eran siempre una joven de ojos verdes y rasgados y piel blanca entrevista desnuda junto a los álamos de un gran parque; un funcionario adulón —no olvidemos que en Alemania y Rusia los funcionarios civiles iban siempre también de uniforme—; un pope de aldea, bastante bonachón, pero que creía en brujas; un oficial del ejército muy pesado, que había estado destinado en el Cáucaso. Y la escena principal siempre se solía desarrollar en el salón de una gran residencia campesina rodeada de trigales y bosques, estanques y truchas. En el salón, unas ancianas damas que criticaban cómo el funcionario adulón se emborrachaba como un cosaco. Y también, en un rincón olvidado, como una vieja arpa becqueriana casi invisible, el autor, siempre muy inteligente, perspicaz y lleno de complejos.

Papushka Ludendorf sirvió cuarenta años en la frontera de

Bujara. Tenía cara de tártaro, los ojillos pequeños, muy inteligentes y rasgados hacia arriba, rosado de color, casi rojo, cara ancha de pómulos salientes, alto como un sueco y el pelo rizado como el de un negro. La noche que recordamos estaba lleno de euforia y de champán —en Rusia se bebía como el agua en los zapatos de las damas— y tenía a la hermosa María Anastasieva sentada en el brazo izquierdo del sillón, mientras besaba repetidamente sus lunares.

Las damas jóvenes formaban otro alegre grupo presidido por la bermeja Tatiana Alexandrova, de pelo negro, con algún hilito de plata, los brazos redondos, largos y elegantes, al descubierto, los ojos verdes y vivos y una nariz casi correcta, con una incongruente expresión de energía bajo los tiernos labios. Junto a ella estaba la simpática Linda Yusupova, con su sonrisa ancha de belleza crimeana, muy blanca, de ojos azules, pequeña de estatura, bien formada de carnes, romántica, vivaz y lamentosa, sin carácter ninguno, miedosa en extremo de sus criadas enormes casi negras, que se traía de los confines de la India su marido, coronel de Húsares.

Acurrucada en un sillón alto con las piernas finas encogidas sobre del almohadón estaba la pálida Paula Yeniseva, de pelo dorado, ojos de almendra rasgados, muy inteligente, lamentándose de su familia siempre, mimosa, pero enérgica y dura cuando quería, blanca, pero no tanto como el alabastro en la piel de la Yusupova.

Cuando, en sueños, llegué a la reunión, el vino de la Aldea empezaba a correr de una magnífica mesa colmada de bocadillos de caviar, mermeladas de colores de piedras preciosas entre las que descollaba el amargor de las naranjas del Sur. Caía al suelo a borbotones con la generosidad que los polacos ponen en derramar su sangre. Una botella se había roto también sobre el espejante parqué. Aquella era la secuencia cinematográfica de la reunión. En cuanto empezaron a tocar los zínganos de la orquesta, con sus largas crenchas negras y sus violines color de grillo, se desató la danza, como se desata la tempestad sobre los campos ya maduros de polen.

Estos salones, a la vez salvajes y muy de alta cultura, en los límites del mundo, cerca de la tundra —y también aquellos otros, muy cercanos al desierto infinito de las arenas— absorben parte de la desolación de la geografía que presienten cercana. El que gritaba era Yoriakov, de botas altas negras, espuelas relampagueantes, el rostro mal afeitado y el cuerpo pesado y poco gracioso. Mischa Maninov se había ocupado de llenarle la copa con demasiada frecuencia y ahora lo estaba sufriendo, con su danza endemoniada, la alfombra y los sillones tapizados de rojo. Pa-

pushka dejó por un momento de comerse el brazo de María y las damas del coro la cháchara por unos instantes, pero después volvió todo a la normalidad.

La noche era más bien calurosa y en la terraza, sobre el jardín, la rubia Irene Vespasova danzaba sola al compás de un vals lento, mientras la luna jugaba entre los árboles. De pronto alguien decidió enganchar los carricoches. Una tromba de faldas y uniformes, de alegres cascabeles y caballos ululantes se desencadenó por la carretera mientras se tronchaban ramillas y las hojas holladas producían angustia. Llegó pronto la turbamulta a la orilla arenosa del lago enorme. Ya la luna se había ocultado; sobre la tierra, tendidas, sonaron las balalaikas.

Papushka y Mischa Maninov, de pelo ensortijado rubio y de cara grande y ojos casi cerrados por la bebida, decidieron despejarse entrando en el agua a aquellas horas. Un vientecillo azotaba los sauces, producía olas pequeñas y un ronco rumor lejano. Se oían por la orilla carreras desnudas en la arena, sin verse nada.

Mischa apareció al poco rato llorando porque se le habían perdido las llaves de su caja de caudales. Como cajero de la entidad "Roroska Limitada de Pieles" sería expulsado, perdería su puesto. El llanto distraía de sus canciones y sus bebidas a los demás. Luces de tea, candiles de aceite, aparecieron brillando en la orilla. Las piernas desnudas iban dejando en el suelo amarillo esa huella de agua de la proximidad del lago.

Por fin se encontraron las llaves. En una caseta cercana ya se calentaban al fuego los miembros ateridos de los contertulios. Ahora comían trozos de algo caliente y pesado que un bromista católico decía que eran trozos asados de pope ortodoxo.

El descreído de siempre, el nihilista, llamaba cretinos a todo el mundo.

La conversación se iba apagando, las ganas de cantar y de libar también. Hasta la noche se moría en manos del primer chirriar de un molino metálico, del viento en el maizal cercano.

Los borrachos se deshacen

Ya sabemos que a los borrachos se les deshace el hígado por efecto de la cirrosis —una especie de acumulación de nubes de alcohol en el cielo hepático de color verde y rojo oscuro—, pero lo que no sabe todo el mundo es cómo un borracho de vino tinto puede deshacerse.

Las fuentes de Las Palmas son hermosas y bellas. Sustituyen con sus adornos decimonónicos o actuales, con sus cariátides, del-

finos y tazas o desaparecidas tallas, a aquellos pilares sencillos, mostrencos, como verracos del más puro iberismo, que eran antiguamente en el xvi y otros siglos parecidos, la única conducción del abasto público de aguas, esa gran oficina técnica para alambicar el líquido elemento, que lo ha convertido en algo así como un elaborado industrial objeto del trabajo de muchos seres industriales.

La casa del agua, ya no es la de la simple cantonera de reparto, ni tampoco la de estos pilares. La luz fluorescente ha añadido encantos insospechados a esta mansa, procedente del centro de la isla, convertida en un agua civilizada desde muchos kilómetros antes de llegar a Las Palmas, casi en el mismo corazón de las madres.

Marquitos, el de la Cantonera, era hijo de Mariquita del Pino, la de los Travesaños, y vivían madre e hijo en la Portadilla de San José, bien requintados ambos de bigote y patilla. Pero la madre estaba harta del hijo que tenía y que Dios le había dado de su difunto Tadeo. Este se había ido pá la mar y amaneció en la costa muerto, como un Wilmo Montesi, un amanecer de verano. Dicen, diiiiicen, que padecía de la misma costumbre o enfermedad —como quieran llamarle— que tenía el hijo: que le gustaba más de lo corriente el *bebesterio*.

A pesar de todo, Marquitos tenía su oficio, no vayan ustedes a creer, pues en sus tiempos de buen año y no del todo perdida la cabeza, fue zapatero remendón, y también alcanzó a hacer en casa de *mastro* Juan el Tembleque su par de zapatos por lo fino, con botonadura de medio lado y todo, y alguna que otra bota para algún cojo de las medianías. Como buen zapatero, sus aficiones a las cometas y todo artificio de cañas no había quien se lo quitase. Sobre todo en la cuestión de las *jiñeras* era un maestro. Los pájaros vivían en sus jaulas de caña entera, fina y delgada, o de media caña, como en castillos encantados, saltando de nido en nido con el huevo duro en la boca cuando tenían cría.

Entre los artistas del *jiñeramen* y los estudiosos de la cometa —nuevos Leonardos da Vinci en la Portadilla del Santo Varón— pasaban los domingos y el lunes también, los amigos de Marquitos y algún que otro guayete de la misma edad venido de Fuera de la Portada, pues por allí también había gente para todo. San Cristóbal y la Puntilla, aunque extremos, también se tocan. La única diferencia es que antes no venían en guagua y ni siquiera en tranvía, sino atravesando los arenales “al pie de la litera”, como Dios manda.

Pero aquellos tiempos pasaron pronto. Mariquita del Pino se hartaba de llorar entre el callejón de los Majoreros y el Real de San Juan, desde las Tenerías a los Poyos del Obispo y no

había en toda la comarca mujer más desgraciada que ella con aquel hijo, tan borracho como le había salido, que no sabía a quién se parecía. “A mi difunto desde luego que no, ni a mi padre ni a mi abuelo, que era de Agüimes.”

Lo cierto es que como el poeta, Marquitos muchas noches no tocaba en la casa por no despertar a las mujeres, no sea que les fuera a dar un susto. Y se las pasaba dando tumbos, de mal en peor, por toda Vegueta, pues cuando estaba así —como se dice, bien “así”— no se le ocurría volver a la Portadilla y otros lugares escenarios de sus juegos de infancia y aún de mocetón. Las cuatro perras que aún ganaba en la zapatería de vez en cuando, se las gastaba en vino, mientras que la madre no hacía sino arramblar con las fregaduras para el cochino de la vecina que le daba algo a cambio. Todo lo que tenía lo había ido despotricando, decía ella. Y el “potrico” era el propio hijo de sus entrañas.

Deambulaba una noche Marquitos por la calle de los Balcones, vuelta a la catedral, a encontrarse con la tartana de Rafael en el mismo sitio donde permaneció años y años viendo pasar canónigos a las horas tercias. Estaba más que de costumbre ahumado hasta por las liendres. Calle arriba, calle abajo, plaza de Santa Ana y Espíritu Santo. Al llegar aquí, no se sabe si por la oscuridad que antes tenía el lugar o por el dulce rumor del manantial de la fuente sonora bajo el dosel de piedra, lo cierto es que a Marquitos le entraron unas tremendas ganas de hacer aguas menores.

Tropezón va, tropezón viene, Marquitos sube las duras piedras, entra con mucha dificultad por el exiguo jardincillo —que a él le pareció como si penetrara en el bosque de Manderling— y comienza lo que pudiéramos llamar operación 0-1. Al cabo de un cuarto de hora Marquitos, enfriándose un poco, continuaba en la misma posición. Los vapores intensos del alcohol comenzaban a despejarse y la alarma comenzó a surtir su efecto.

—¡¡Guardia, guardia!!

A pesar de los gritos desesperados, el municípe venía despacio desde el hospital, pensando en que se le habría “esconchado” a Marquitos, a quien había conducido con frecuencia a diferentes puntos de orientación ciudadana.

—¡¡¡Guardiaaaa!!! ¡¡¡Que me voy, que me deshago!!!

Esto ya quería decir algo, pero Pepito el de los bigotes grandes —con aquel uniforme de antes no muy brillante, pero de eficaz color de “terreguero—, no aumentó mucho su ritmo de marcha.

—¡¡¡Guardia, por lo que más quiera, avise a don José, que me voy en mios!!!

Entonces Pepito comprendió la tragedia de Marcos. Había creído que el manantial de la fuente seguía manando por su cuenta, que las aguas menores se habían convertido en mayores.

A pesar de haber cerrado la cañería, trabajo le costó a Pepito aquella noche el calmar a Marcos, alucinado aún con "el irse", el irse en agua, mansamente.

Aparecen los cadáveres

Una procesión de días y crímenes, de accidentes mortales y de ríos de agua revuelta con sangre nos trae ese ir y venir de los cadáveres en las páginas de los diarios, cantando las ocho cuarenta, hora en que, en el día de autos, se vio por última vez a la víctima aquella.

Era precisamente alta y delgada y pálida como para cadáver próximo, barruntando esas tristezas de principio de siglo, esos lagrimones de tono azul, ese romanticismo de aguafuerte que no es en definitiva sino un lento, gran y solemne compadecerse de sí mismo, de las propias bohemias y desgracias que tenían los autores del ochocientos finalizado. Pero ellos esperaban su cadáver, lo deseaban y terminaba por aparecer.

Hoy sólo aparecen ya los cadáveres en las novelas policíacas, limpias, ajustadas, como máquinas bien engrasadas, o de aquella otra forma que la realidad nos muestra como sucia, desgarrada, que no admite una firma de Georges Simenon, ni de Agatha Christie ni siquiera de Ergard Neville. La naturaleza, siempre incorrecta y mal distribuida, constantemente corregida por el hombre, por el escritor sabio, eficiente, bien dotado.

Aparecen los cadáveres en cualquier patio de monipodio con una falta de gracia que casi no le vale la pena a la policía que se ha de tomar tantos trabajos en localizarlos. ¿Para qué los quiere? Sólo a los románticos y a los sepultureros les da por coleccionar cadáveres, metidos en sus urnas de mármol, bien arropados por los cipreses, rectos, pero con la punta torcida por el viento como bichos zahorines.

Pero ellos vuelven sin que nadie los busque. También con los cadáveres ocurre lo que con las cosas vulgares que perdemos. De repente se nos ha desaparecido la pluma, el tintero, el cortaúñas, los gemelos. Cuando no los estemos buscando, ellos aparecen, al ir a levantar el periódico para leer y descansar, después de revolver toda la casa. Estos cadáveres aparecen quemaditos de cal en la fosa de Petiot o se encuentran por casualidad en la caldera de Gáldar, entre los burros desriscados por inútiles, cuando menos se espera. Aparecen, por fin, los cadáveres una

noche cualquiera en que aúllen los perros, no por el cadáver sino porque tienen miedo de la luna, pues en los tiempos en que ellos comenzaban a separarse de la manada de los lobos éstos caían encima de los primeros padres de la raza perruna en las noches de plenilunio, cuando más sanguinarios son los feroces hijos de la estepa... y siguen apareciendo cadáveres, como en la fosa de Katanga, como en el crimen del tuerto, como en el de Tedote el Bajo, sin gracia, con la sangre seca y de ello jamás se puede deducir cuándo murieron. ¡Hacía ya tanto tiempo que el cadáver estaba allí!

Las nagüetas

Aún me acuerdo de cuando *Totorota* andaba persignándose por el mundo. El fue el último personaje de la isla que usó la nagüeta con conocimiento de causa. Iba de Telde a Santa Brígida, cuando las campanas llamaban a San Antonio y de Santa Brígida por la divisoria del barranco de la Mina, de la Virgen y cerca de Los Marteles a Teror, cuando la fiesta de septiembre llenaba de alegría la vista desde Osorio. Y en el Monte, bajo los eucaliptos, con la carretera aún sin el asfalto uniforme —sus vaivenes de borracho vino de la tierra—, aún era eso verdad, ponía la nota de algo ancestral y primitivo, con su barba entrecana de muchos días y su voz ronca, vacilante, de tonto de pueblo. Pero las nagüetas de *Totorota* eran pantalones blancos recogidos a la rodilla, muy parecidos a los que se ponían los vendimiadores el día que en los lagares comenzaba la pisada de la uva.

Mucho después, Néstor inauguró la época de los bailes de *maüros* artificiales. Con ellos vino la nueva nagüeta, que en contra de lo que podría suponerse es más nagüeta que la que usaba *Totorota*. La nagüeta, diminutivo de enagua, era el traje varonil de todos los pueblos hasta la llegada del Renacimiento y aún se prolongó después en diversas formas hasta los siglos XVII y XVIII.

Cuando Cicerón nos dice que no debe el hombre usar la mujeril estola, nos quiere decir que no debe usar el manto hasta los pies, reservado a las mujeres y al sacerdocio. En italiano existe *fustagno*, en castellano fustal y fustán, falda o enaguas que parecen tener intimidad con el vasco *buztan*, cola. ¿Y por qué en el griego llamado bárbaro *fustato* es lo mismo que ejército? Hasta hace poco la faldita escocesa era atributo de su ejército y el traje típico del ejército territorial heleno. Se han conservado, pues, hasta nuestros días la vieja tradición de que la de los más bravos ejércitos del mundo, así como la *fustanella* nagüeta fue el más varonil de los trajes, incluso por su uso en los ejércitos. Los bombachos acuchillados de los ejércitos de la gue-

rra de los Treinta Años y las nagüetas de nuestra isla, sobre todo las de Totorota, no son, en definitiva, más que transformaciones del traje militar clásico.

Pandora

—A ver si te cojo el lomo a ti hoy, rabujiento.

—¿A mí? Desgraciao, muerto di hambre.

Y así las cosas, se enzarzaron, y allí fue Troya o como cuando maestro Calixto el del Fondillo le dio tan fuerte paliza a Panchito Jinorio. Sucedió en Tamaraceite, lindando con la Herradura, y la causa fueron unas medias suertes en el Almatriche o reguera de la parte alta de la finca de don Juan Dorañas, que éste tenía a medias perpetuas con el “rabujiento” en cuestión. Y en verdad, parecía como si la palabra se hubiese inventado en el hablar popular de mi isla para describirlo a él: medio tuerto, jorobado sin llegar a serlo, pero sobre todo con una pelambarrera tan rala como la de los gatos cuando tienen la rabuja o se quedan rabujas de tanto acariciarlo y manosearlo. Y no era manco el niño. Recuerdos de luchador había en sus pernils fuertes. Y después de todo, no escribía mal. Una vez recibí de él esta carta:

“Mi estimado amigo y señor:

Uste sabe cómo son las gentes del campo, mejorando lo presente. Pasan por al lado de uno como pasa la jorra pol trigo y después “si te vi endenantes, no me acuerdo”. Por eso, don Antonio, yo le digo que se ande con ojo y ponga a Estebanito en el fielato de Mata pa que acompañe a los testigos, con perdón, hasta su cuarto de despacho, por lo que pueda ocurrir.

Como son cosas delicás, hay que andar con cuidado, no sea que le ocurra lo que a la vaca de los Quevedo cuando estuvo de parto el año pasado. Por eso le digo, don Antonio, que albierta al Estebanito ese que no vaya a dejar conversar a los testigos, con perdón, con los de la parte contraria, o séase con los de la banda allá. Que el otro día estaba la maestra, Panchita la del tío Jacinto, atravesada enmedio del agua con lo ñames metíos dentro della, rezando un trisagio, y too el colegio en las piedras del barranco. Más arriba el tío Camuñas, Manolito el Estropajo y Lisandro el de cho Manuel con los cuchillos atravesados, dispuestos a no dejar pasar a naide, y no dejaron que los peones empezaran el trabajo. Pegaba a amanecer por el Andén de la Degollada cuando aparecieron los de la Vuelta Honda por el majuelo del tío Francisco. Yo le vuelvo a repetir que sianden con cuidao no sea que el Estebanito ese nos la vaya a enjaretar, que también él es de los que se les va el baifo.

Pero tengo ya unas ganas de ganarles el pleito. ¡Ave María

Purísima! ¿Está loco, cristiano? Ese día el sacristán toca las campanas o yo no me vuelvo a llamar Pancho Silverio Vega. Pa después ponerles a los de la parte contraria una carta muy fina diciéndoles: ¿No querían carajacas? Pos tomen carajacas.

Sin más por hoy y con memorias de la parienta, ya sabe que tiene aquí para lo que guste mandar,

PANCHO SILVERIO.”

Don Antonio, por Dios, a ver si pué conseguir con el Juez que nos habilite pronto. Las berreras siguen igual. Estiaño el queso flor viene de los altos fresquitos. ¿Quié que le mande alguno? Ya sabe. El charabán me llevó tres duros por ir a Tunte.”

Pero las cosas se ligan unas con otras y una vez me apareció el tal Panchito por aquí pidiéndome una recomendación para que lo enchufara en la Sociedad Cosmológica. Usted sabe ya los visos de cultura que disfrutamos en ciertos medios agrícolas y cuando la ruina de la cochinilla se quedó sin medio tostón. Ambas cosas determinaron este anhelo de Panchito por ser miembro “de honor” de nuestra máxima sociedad cultural. De su estancia en ella recuerdo su presencia en las reuniones que solíamos tener de vez en cuando en la sala baja de la gran biblioteca, en esa sala donde se deja entrar a los amigos y la lectura de los libros tiene algo de cenáculo literario a la vez que de antesala de la investigación histórica.

La tarde era caliente y llegaban apagados de la calle los ruidos del tráfico.

Hacia pocos días, en un salón de aquella institución cultural, se había celebrado una conferencia. Había hablado un profesor rumano sobre literatura. El tema ligaba a un gran escritor de renombre universal, a un genio de la literatura, con el particularismo local. Pero en la ciudad estaban interesados en amplios temas económicos, que producían millones. Por entonces la provincia se convirtió en la más fuerte fuente de divisas para la nación. Y no se crea que la ciudad estaba sólo absorbida por esa actividad productiva. Escuchaba también a un músico ilustre, pescaba en el anchuroso río que desembocaba en el golfo las rayas, las tencas, las corvinas y los gueldes. Iba al cine, hacía visitas de luto con señoras que decían muchas sentencias —refranes que dicen las viejas tras el fuego— entre suspiros y suspiros hondísimos. Por eso aquella conferencia había resultado un tanto desanimada. No se había visto en ella ninguna cara conocida de los que por entonces se las daban de literatos en la ciudad.

—¿Fue mucha gente?



—Aquello estaba vacío. El presidente de la sociedad, el secretario y los demás eran bancos con estudiantes que armaban ruido.

—Parece mentira—decía Pancho, con cara de pocos amigos y rasgos de razas ancestrales en su cara—, parece mentira que haya tanto literato en la ciudad y no estuviera ninguno de ellos presente. Las cosas no sólo hay que hacerlas sino mostrarlas.

—Pero mire usted—le decía yo—. La gente no viene ni va a ningún espectáculo sólo por él en sí. Va para ver y que la vean. Pero, además, va para satisfacer una vanidad. Si una cosa no la anuncian y, además, el personaje contra de ella no es conocido y, por añadidura, no se cobra la entrada, la gente no va.

Muertes íntimas (1932-1949)

Son aquellas de nuestra ciudad. No importa que vivan en Buenos Aires los que las sientan. La muerte seguirá siendo íntima para nosotros. Hay un invisible muro de cristal que nos rodea y la hace resonar en el ámbito de cal y piedra de cactus y euforias que nos limita. Una de estas muertes íntimas de la ciudad ha sucedido en Madrid. Es la de doña Francisca Millares Cubas, inteligente y simpática, presidiendo en el seno de su familia el concierto de aquellos violoncellos, violín y piano de la juventud. Fue hija de don Agustín Millares Torres, el historiador. Conviémos aún con él. En estos días estaba hojeando en el museo sus veinte tomos de documentos para la Historia de Canarias. Su esposa fue doña Encarnación Cubas. Fueron hermanos de doña Francisca, don Agustín, el notario, y don Luis, ambos de la misma progenie de historiadores y hombres curiosos para toda la cultura. Ahora, entre el centenario de Goethe y de Chopin están de actualidad las familias humanistas. Cobran nuevo brillo los viejos tesoros del alma. Las hermanas de doña Francisca fueron Dolores, Encarnación, María, Manuela y Rosa. Dolores casó con José Champseur. María vivió siempre prodigando su bondad —esa institución tan canaria que es la tía— en casa de doña Francisca. Manuela fue la segunda hermana que casó con don José Champseur. Rosa es la viuda de Franchy y Roca, que regresó de Méjico. Un día de San Pedro Mártir la vi por primera vez. Doña Francisca casó con aquel modelo de caballeros que fue don Bernardo de la Torre Cominges, hijo de don Néstor de la Torre y de doña Sofía Cominges. Los hijos de doña Francisca Millares y don Bernardo de la Torre han respondido con exactitud al tono general de la familia; ahora coincide esto con la

publicación por Agustín Millares Sall de su plana "De la Ventana a la calle":

No seré el caracol, que se oculta en su concha,
sino la mano ardiente que en la cabeza flota,
o los ojos que acuden a consolar la pena...

Ahora ha muerto la clave de un arco. No es que ella fuese nada de lo que son sus hijos, pero era quizás más que todos ellos. Néstor Claudio de la Torre Millares fue un consagrado del Parnaso madrileño, de ese Parnaso con musas de celuloide, pero del que no se aparta el teatro y sus bambalinas, ni de *La Codorniz*, o las columnas de artículos del *ABC*, lo que más se lee en la total piel de toro. Ejerció suave pontificado de cabellera completamente blanca y estaba casado con la simpatiquísima Mercedes Ballesteros, escritora, hija del que fue director de la Real Academia de la Historia, don Antonio Ballesteros, y de la también académica doña Mercedes Gaibrois —a ambos los oímos en el Museo no hace muchos años—. Josefina es quizá la poetisa que más destacó en aquellas "Alforjas para la poesía", organizadas en el teatro Lara. A este teatro se vincularon mucho Claudio y Josefina. María Rosa está casada en Sevilla y vivió en la típica calle de los Quintero con azulejos, zaguanes sombríos, toldos, verjas, cancelas y claveles. Su esposo es don Ramón Carande, autor de la obra, de estupendas proporciones científicas, *Carlos V y sus banqueros*. Paquita Sofía estaba casada con Ignacio Pérez Galdós —todos los sabemos, pero no todos recuerdan oírla cantar una noche de San Antonio—, y tiene en su casa la cuna donde se meció el genio de la novela española en este segundo siglo de Oro. Berna y Elisa son los santos de la familia. Elisa, casada con mi tío Pablo. Berna, con Conchita Barceló, cuya alegría y vivacidad me recuerdan también mis primeros años. Con ellos fue donde vi por última vez a doña Paca. En una casita de dos pisos en la calle Nervión, de la colonia del Viso, casi frente por frente a un gran cartelón que anunciaba los enlaces subterráneos de Madrid. Pepita llegó cuando estaba charlando con doña Paca. Le di un artículo mío sobre gastronomía canaria y ante nosotros teníamos una bandeja dorada de las que antes vendían los indios de Triana. Meses antes las había visitado en una casa muy acogedora de una calle amplia del barrio extremo de Goya. Una salita pequeña con sillas tapizadas en sedas preciosas, alguna chuchería antigua y espejos bellamente enmarcados. Fui también el único compañero de doña Paca en su último viaje de Las Palmas a Madrid con escala en Sevilla, después de remontar el imperial Guadalquivir. Un gran

salto atrás en la memoria y vuelvo a la época de la calle de San Bernardo, aquella casa repleta de cosas, al gran patio y a las veladas teatrales en las Canteras contemplando la escena desde la primera fila de ladrillos, mientras entre cartón y pintura se desarrollaba la historia de alguien que volvía, no sé quién. Pero aquello estaba relacionado con los Champseur o con los Cominges, el entronque familiar con la corona de Aragón en tierras hoy francesas. En vez de preguntar me gusta más conservar así el recuerdo en la agradable nebulosa de la niñez. Después he visto la obra de Claudio *Tren de madrugada*, de una rara perfección —superado el vanguardismo entre *El puente de San Luis Rey* y aquella magna película italiana titulada *Siete destinos*—. Todo un mundo de arte, literatura, teatro e historia, humano y musical a la vez, gira y girará siempre en nuestra ciudad en torno al recuerdo de doña Francisca Millares Cubas.

LA GASTRONOMIA INCONCLUSA

Un mapa gastronómico de Canarias sería algo sabroso y a propósito para despertar la gula en estos tiempos de escasez. Antes, hasta los cafés de Las Palmas eran no sólo lugares donde el cliente podía beber la rica poción de caracolillo o de café de Costa Rica, o el menudo y con mala pinta, pero muy sabroso, de la propia isla, sino en que era posible degustar los dulces que los Juanes hacían, o la repostería alemana que se ofrecía en el mostrador encristalado del café Triana.

Se habla constantemente en los periódicos de Madrid de cafés, pero de cafés con divanes rojos, gatos negros, mesas de mármol, pisos de madera, grandes espejos, luz de gas, plafones de estuco, tertulias de viejos, señores graves, curas, estudiantes, parejas de enamorados... Y los hay todavía por la calle del Príncipe, por las Veneras, por San Bernardo. Pero los cafés de Las Palmas sin tradición ni espectacular escenario necesitan también su amoroso "requiescat". Me refiero a los desaparecidos de la Mallorquina y su frontero de extranjera pinta. Los canarios iban a uno y a otro, no mucho, durante los días de la semana. Pero el peninsular prefería la Mallorquina y el foráneo el Triana. En este último recuerdo ver marineros rubios del Norte, borrachos de vino español, profesoras alemanas del colegio inglés del puerto, checos y suizos, aribados a las islas no se sabe por qué azares del destino, alguno de los cuales terminó ahorcándose. El clima y el ambiente social hizo siempre que los cafés de Las Palmas fuesen distintos a los de Madrid. En Las Palmas las ventanas abiertas; en Madrid, el calor del vaho humano sirviendo de

amortiguador al invierno y las conversaciones. El halo de las luces hace en éstos como de almohadilla. Los de Las Palmas eran cafés de mañanas llenas de sol a la salida de la misa mayor de San Telmo.

El café La Peña, en Santa Cruz de Tenerife, no tiene dulces; continúa abierto —muy abierto, pues lo está noche y día y con terraza de mesas de hierro colado—, y pobre, estrecho y provinciano, contrasta con el café de los Alemanes y el Olivera de La Laguna. En este último —cortina de cretona floreada, patio interior de baldosas y mostrador gris ala de mosca— también se expenden dulces, y en el de los Alemanes he tomado, en época de exámenes, chocolate a las cuatro de la mañana. Servían pastelillos de carne, unas enormes jarras de cerveza y ensaladilla en montañas blanco-amarillentas. Hablo en presente, pero todo esto no son ya sino recuerdos.

De los cafés pasa el recuerdo a las casas de comidas. Sobre todo a aquella de Anacleto, en Las Canteras, al final de la recta bordeada de eucaliptos de la carretera de Tejina. En ella no faltaba nunca el buen conejo en adobo y lo mismo el cabrito y el cordero, ni el pescado frito de la costa norte de la Isla. La luz no era muy clara, ni las paredes muy limpias; los cubiertos tampoco eran de plata, pero el vinillo era tinto, no sé si de El Sauzal o Tacoronte. En La Palma son más sustanciosos sus comidas de figón. El Turre concentra las ansiedades gastronómicas de toda alegre zarabanda que se forme entre Las Breñas y el Cubo de la Galga. La Banda Oriental posee, en cambio, la fonda Juana en Los Llanos de Aridane, donde aún en tiempos de restricciones hay ocho platos y tres postres si se le encargan, y éstos con almendras de la Isla, mazapán de almíbar gigantesco, con caña de azúcar y batatas dulces por San Andrés y Sauces. En cambio, las frutas no son muy sabrosas. En esto le aventajan enormemente las otras islas, pues los bicácaros de Tenerife, las naranjas de los valles del sur de Las Palmas y los higos de Lanzarote son casi desconocidos en la Isla Bella.

No se hace tampoco del todo mal el alimento del cuerpo, y no el del espíritu en el bar del Sudeta, frente al hotel Santa Brígida, en nuestros báquicos montes, antaño poblados de viñedo y hoy poco a poco despoblados del regio pámpano. Y las uvas moscateles del Monte Lentiscal son lo más dulce que ha donado la excelente Pomona a los mortales. Picadas ya por las avispas, que buscan el jugo exquisito, secas por la fuerza poderosa del sol, aún tienen savia para hacer hervir la sangre en el otoño. Desde el Icod, aquel que me mareó en La Laguna —cuando lo tomé por primera vez en la Casa del Miedo— hasta aquellos malvasías de Lanzarote exportados a Inglaterra en tiempos de

la reina Elisabeth, hay un remontarse de enormes corrientes, blancas, ambarinas, opalescentes, moradas pálidas u oscuras. Cuando los charabanos subían a Santa Brígida, el mayoral repostaba en cada venta. Cuando bajábamos de la fiesta del Pino, los bizcochos con vino de Tamaraceite nos esperaban antes de entrar en Las Palmas. En La Palma, al partirse la Isla en dos bandas, está Fuencaliente, que nos despide del mar interior de Canarias. Poseidón nos recibe, al entrar en sus dominios, derramando la sagrada ambrosía en nuestro honor. Es el vino de los mismos terrenos volcánicos rojos que se derraman en abanico sobre lomas y pinares, hasta llegar al mar.

No faltaron nunca antes los mazapanes y bollos de almendra de casa de Anita, en el Toril —por Navidades—, ni las tortillas de Carnaval, con huevos, aceite, harina y matalauva al comienzo de las Carnestolendas, los huesos de santo, en noviembre, y en cada tiempo un queso distinto: el de Charna de Tenerife, algún que otro majorero; queso de Guía o de flor. Y cuando nacían los cabritos, el queso blanco recién hecho, de cabra. Las quesadillas del Hierro o La Palma llegaban a todas las islas. Hacíase chocolate con grano grueso en Arucas —ron de caña también—. Y si de la mar hablamos, la sama, el cherne o los tollos con un buen guisote de tomates, mojo verde o colorado, pella de gofio amasado, o caldos diversos con verde silantro. Y ya en los postres, las fresas de La Laguna, el aguacate de la finca del Conde o aquellos grandes y blancos de San Antonio, los guayabos con las pipas sacadas y rellenos de azúcar, el dulce de papaya que me hacían en La Palma, el dulce de cabello, o las truchas de hojaldre con bienmesabe, el pan africano que he comido en Tenerife... Y quizás para merendar irnos tras las gañanías a tomarnos el tazón de leche recién ordeñada y con espuma para echarle por encima un polvo de gofio y tomarlo todo con trozos de pan de Agüimes en grandes rebanadas...

ESPERPENTO ISLEÑO

Pino trancó la puerta, la cerró con falleba y fechillos mohosos y herrumbrientos, cerrojos de ferruje, y sentóse, con cara de maguada, los pelos engrifados y la color como tunos colorados, en el poyo de piedra de la ventana baja. Su madrastra la había trincado bebiéndose la caña que Pancho se había de llevar al platanal por la mañana y, además, no había cernido el gofio que el majorero había traído en el camello la tarde anterior.

Se oía el monótono chirriar metálico del molino y el sol, ya muy acabado su curso, se colaba entre las ramas de los tilos, los

mocanes, los aguacates, los magnolios y cafetos, para ir a fingir dorados bezantes en el entarimado encerado y viejo del cuarto donde estaba Pino, guayabito abrilero.

—Abre, muchacha, que te junto la jeta como te coja.

Temblando de miedo por la morrada o la gentina que se temía, Pino abrió la trancada puerta y en el marco apareció la figura "doramesca" de Pepe Sosa. Tras de él, la vieja, con voz fañosa, se desgañitaba lanzando improperios. Entró también Robaina con el cachorro puesto, como buen maúro que era. Allí se juntaban por las noches, enracimados como mazorcas puestas a orear a la luna —caroso pelado— a rezar el Rosario, después de la Oración. El capirote cantaba en las zarzas, y en las gañanías vecinas las vacas entonaban el coro de sus mugidos y el tintinear de anillas y cadenas.

En las tejas vecinas los berodes y los gatos dentaban el cielo, los unos quietos, los otros movibles. La esencia típica de lo guanche quería mostrarse en las tinajas alternadas de geráneos, cardones y pitasavilas que el borde de la azotea estaba diestramente adornado de trozos de malpaís y esas graciosas lavas cordadas. En el jardín el picón enarenaba los paseos y se oía de vez en cuando a esa hora el canto de los capirotos armoniosos, tanto como lo eran de disonantes los mañaneros abucheos de los abobitos.

Algunas veces los hombres llegaban de la venta vecina, después de tomarse un pisco de ron con carajacas, o algún que otro trago de vinillo del Monte, de c'a de don Ignacio, a lo mejor. El ilan ilan perfumaba el ambiente, tanto como el vaho de los estanques y ensordecía la noche el croar de las ranas, el chirrido de los grillos y el canto de la cigarra. Después de los trinqués más o menos copiosos y el vino derramado, la venta parecía una charca, pero todo se perdona ante un buen plato de chicharrones con escaldón de gofio, que

La garbiosa se dejaba sentir en los estómagos bien trabajados y una vez consumido el festín mago, les entraba a todos una baifa que los iba sumiendo poco a poco en una blanda inconsciencia, entre chupadas a la pipa, salivazos y recuerdos del ingenio, allá en Cuba lejana.

Un perro bardino ladraba. La luna abría mucho los ojos y una nube pasaba entre ella dándose importancia, como pasa la jorra por el trigo.

—¡Enriqueeee!

Sólo contesta el gotear de la pila sobre el bernegal cuajado todo de culantrillos, desbordándose por la rota tela metálica.

—Contra. Este condenado muchacho no contesta. ¿Habrá ido a echarle un puñao a la baifa? ¡Enriqueeee!

Y María, con rostro de india, levanta la cabeza por encima del muro y miraba a diestro y siniestro, como los zahoríes cuando asoman de entre el caroso de los millos malezados.

Por la carretera asfaltada pasó el ltimo coche de la hora, cambiando, arrancando, tracopilando los kilómetros sin podérselos tragar del tódo

¿Lo habrá cogido alguna guagua perrera en la "suidá"?, pensó María para sus enaguas, atrancando el portón y cerrando la puerta.

Mientras, en casa de Pino, estaban en los postres, y a la luz del velón, brillaba la fuente de tunos verdes o canelos o tintos, chirimoyas, kakis y plátanos, y su luz llegaba blandamente hasta la esquina sur del gran comedor, donde se apilaban cinco sacos de cochinilla plateada.

Cabeceaba el padre en la mecedora, medio adormilado y el ir y venir de la vieja zarrapastrosa, seguida de Pino, llenaba los ltimos minutos de faena. En un nido de guirres y de grajas, en lo más alto de la escalera destartalada, con un techo de tartana por toda protección, tenía la vieja el escondrijo de sus doblones, famosos pasos conocidos en todo el pago.

Y aquella fue la noche marcada por los zahorinos y los faicanes para que la vieja fuera a dar cuenta a Alcorán de sus usuras y trapacerías. Enrique, con fuerza de aborígenes guanar-temes, descargó el bañot sobre la cabeza de la usurera, que cayó hecha un ovillo, sin apenas meter ruido, junto a los mismos sacos que apilaba.

—Pino—susuró en la ventana—. Ya me cargué la vieja. Me voy para afuera. Un cambullonero me vendió el pasaje. Nos casaremos en América.

Luego viró en redondo, votó la colilla, se añurgó con el último adiós engollipado de supuestas lágrimas y echándose para atrás el cachorro, se empenicó hasta el alféizar.

Pino se azoró al oír la voz que la llamaba y calcando fuertemente la hoja de la ventana, se agarró a ella para no caer al suelo. Su padre rezongaba roque. En el jardín la flor de un ombligo de la reina, mecida del viento, dejó caer sus pétalos aterciopelados. Las estefanotas eran blancas y venenosas campanas que tintineaban inaudiblemente, llamando a la misa de las crisópelas y de los arácnidos. Las orejas de burro figuraban mil ilusiones fantasmas de *El sueño de una noche de verano*. Las flores de cera, estrellas apagadas en la noche. Centinelas algo chabascos por los luengos años de existencia, eran la fortaleza dolomítica del laurel de Indias y la mocha acaucaria a quien los vendavales habían partido la tierna punta.

Un beso sonó en la noche mientras Guayota se reía frotándose

las manos. Por el valor de una fizca o tostón, por el canto de un duro, aquella noche la vieja, mandada a las plataneras, dormiría en las calderas del Diablo, quizá bajo la rugiente Mar Fea, bajo el grito de los alcaravanes y de las águilas blancas. Dos mil años después, sobre un cadáver hecho cochafisco bailarían las mozas del pueblo los tajarastes, las isas, folías y mala-gueñas de entonces, que sabe Dios cómo serán.

¿CANARIOS?, DONDE QUIERA LOS HAY, SEÑORA

... en París y con la Enciclopedia

Me he acordado mucho de él, de su entusiasmo por la "capital del mundo" y por el "imperio de los abates". Vestido a la francesa, con "coleta", amén de empolvado, ¿qué de atracciones no impresionarían vivamente su curioso y fino espíritu? Pero el *Diario de Francia y Flandes* y las "cartas" están muy lejos para mí, en la biblioteca de La Laguna —no hay ejemplares en la Nacional de Madrid—, y no dispongo de un día parisino para buscarlos y releerlos. Arrinconadas en la averiada memoria están algunas citas: las luces de los tres mil faroles de reverberos, los conversadores que en el bosque de Bolonia filosofaban echados en el césped, las correrías por el "faubourg Saint Germain" o por la "rue Saint Honoré" y su ingenuo y sano orgullo porque *la Gaceta* —¿*La Gaceta* o *Le Journal des Savants*?— registraba su presencia en la Academia Francesa y lo había citado como notable historiador de las Islas Canarias.

Nuestro "elegante y clásico" escritor asiste en París a tertulias, cursos científicos y saraos. ¿Estuvo aquí en el café que en 1689 fundó el siciliano Procope y que todavía existe en "la rue" de la antigua Comedia, no muy lejos del Instituto de Francia? Al café de Procope, a tomar ese delicioso brebaje que venía de Santo Domingo, llegaban con frecuencia el caballero Voltaire o Mr. Diderot a su tertulia de los enciclopedistas. En él se reunieron los hombres de la Revolución; también "chez Procope" tomó su café Napoleón. Musset, *Jorge Sand* y muchos románticos gastaron sus sillas. A Procope vinieron Gambetta, Verlaine, Mallarmé...

En la época en que Viera y Clavijo estuvo en el París pre-revolucionario era ya viejo el señor de Voltaire, escándalo permanente del mundo culto y católico de entonces. Viera recuerda al anciano filósofo dormido en un sillón de "los cuarenta inútiles miembros de la Academia", como irónicamente decía el propio Voltaire y el encuentro de éste con el célebre Benjamin

Franklin. Entre la multitud de acontecimientos sugestivos y con-signa también la fragancia y el gusto de una menuda anécdota: aquel delicoso malvasía de Tenerife que por el Havre llegó a la mesa de nuestro embajador el conde de Aranda, en la que saboreó a placer el pulcro abate canario.

¿En qué “fauborug” y qué damitas prenderían los años mozos del joven vizconde de Buen Paso —muchos años antes de que los tres mil faroles deslumbraran a Viera— en el París de Luis XIV? ¿Recordaría el historiador en la gran capital —con medio millón de almas— alguna de las anécdotas de la juventud parisina del vizconde, contadas por éste en los días de ocaso en la tertulia lagunera de Nava, cuando el viejo se calzaba con las zapatillas que escandalizaron las pacatas costumbres suntuarias de la empingorotada ciudad de los Adelantados?

Me he acordado también mucho de usted, Rafael Martín Neda —amigo de Galdós y del marqués de la Florida— y de sus artículos sobre “Las estrellas de París”, que por 1879 y 1880 publicó la *Revista de Canarias*. Esos artículos podrían servir de texto a los cuadros de Degas, el gran maestro impresionista; y de usted, Patricio Estévez y, sobre todo, de usted, admirado y viejo don Nicolás, que tantas veces pisó estas losas de la casa Garnier, en su diario bregar de veterano canario de París, donde reposan sus huesos de andariego desde 1914.

Una buena bibliografía a mano pudo haberme servido de guía para escribir un artículo ordenado sobre canarios en París. Hay un libro sobre *Canarios en América* que requiere otro mayor y que sabe Dios quién hará. Muy extenso sería el que podría escribirse sobre canarios en Madrid. Más pequeño, el libro de los canarios en París no carecería de interés tampoco. Prendada del encanto de la gran capital, sin libros ni papeles, sin otra cosa que la nebulosa.

... en Venezuela y con sus leyendas

Todos han conocido los inventos, sorteos y deslices de *mastro* Pepe Monagas, pero no las aventuras en lejanos países de su hermano Silvestre, que se marchó “p’a fuera” desde muy niño. Fue Silvestre el más taciturno de los hijos de Cebedeo Monagas, quizá porque desde pequeño acudía a la catedral por darse el gustazo de ver al “Perrero” con su gola blanca y amarilla luchar con la sombra de los cirios. Los ventanales de cristales rojos, azules y verdes, amarillos y blancos, daban al ambiente una luz tamizada de oscuridades que venía muy bien al espíritu de Silvestre.

El fue de los que, salidos de aquí una mañana de turbión del Norte, llegaron a tierras de América con ganas de aventuras, el espíritu ruin y el ánimo fundacional que impulsó a tantos españoles como al mismo Silvestre Parado, su homónimo, y a Pedro Blanco el Negrero, que llegó a ser rey de extensos territorios en la costa occidental de Africa. Fingiéndose cambullonero subió al *St. Helena*, de bandera inglesa. El *St. Helena* zarpó de Las Palmas con mala fortuna un martes 13 por la tarde. Después de una infernal travesía, en que creyeron varias veces que se hundía el barco en los abismos verdes, desde el borracho capitán hasta el nuevo grumete del Risco que había entrado de "polisón" a bordo, llegó la nave al Caribe. Por fin, muy cerca de Trinidad, el barco se fue a pique en un decir amén. Las olas echaron a Monagas a las playas de Tobago con maderos y pipas de vino de Lanzarote, medio vacías por la tripulación. Mal sobre mal. El desembarco de Monagas allí no fue, que digamos, muy afortunado.

Las severas autoridades inglesas de la isla, bien bebidas de ginebra, lo pusieron en una barca con unas botellas de agua y una caja de galletas y lo largaron a la ventura. Sin gobernalle en la barca, las olas lo dejaron en la costa vecina del continente.

Una de las repúblicas más conocidas de América, más conocida por los isleños de ayer y de hoy es, sin duda, aquella en que hay tantos Estados con nombres y apellidos típicamente isleños: Lara, Miranda, Falcón, Trujillo y Monagas. Monagas fue fundación de nuestro Silvestre. El isleño pasó miedo en aquella travesía y después en la soledad de la hacienda, entre cafetales y plantas de mariguana, bajo las noches de luna llena, espléndida, defendiéndose de las víboras y de las terribles cascabeles que, con solo el tocar la piel, matan después de muertas. Con todo ello aumentó el carácter taciturno de Silvestre Monagas, que, al transcurrir el tiempo, era ya dueño de un pobladito y de muchas tierras donde trabajaban muchos indios y algunos isleños más, llegados después que él, por caminos menos arriesgados. Cuando aquello de ¡Españoles y canarios!, él no se dio por aludido. Era solamente "monagués", una nueva nacionalidad oriunda de uno de los riscos de Las Palmas y recreada en la América Libre.

El fue, en fin, quien creó la siniestra costumbre de aquellas tierras de lo que se llama "poner el muerto". Cuando quieren juerguearse los "monagueses", uno pone la guitarra, otro el vino y otro tarda algo más. Acecha a su presa tras una esquina y al filo de la medianoche cala el cuchillo en el corazón de la primera víctima que pase. El hombre para el sacrificio se derriba como un muñeco de trapo. En la habitación elegida se pone el

cadáver sobre una mesa y, limpio bien de la sangre, se le rodea de velas, y de los vasos en que van a beber los amigachos. Los lúgubres rasquidos de la guitarra acompañan como marcha fúnebre al muerto de la juerga. Allá por la madrugada los gallos empiezan a cantar y se oyen tiros lejanos. Entonces el cadáver va adquiriendo el "rigor mortis". Borrachos los compadres, van dando tumbos a las afueras para dar sepultura al cristiano bajo cualquier árbol, antes de que amanezca del todo. Por lo menos eso era lo que Monagas decía.

Silvestre fue de los que no volvió. En cambio, otros regresaron cubiertos de oro o del polvo de cien batallas. Pero él fue un fundador. Fue de un genio tan taciturno como el de Guillermo de Nassau; fue un Teseo de las Américas. Todo esto es mentira, pero es el cliché que se suele usar.

... en Madrid y con sus tascas

Aunque parezca extraño, Canarias está constantemente presente en Madrid. Ahora es como si hasta el sol se hubiese aupado por los grados de latitud que nos separan y trepando por el cánebas de meridianos y paralelos —como enredadera de reflejos áureos—, viniese a brillar en Madrid en pleno febrero con la misma furia que deseca la esperanza del agricultor canario.

Pero Canarias está presente en Madrid en otras muchas y diversas cosas. En el recuerdo de hombres conocidos. Vive en calles que llevan nombres ilustres: Viera y Clavijo, Pérez Galdós. Permanece en piedra en la vera efigie de este último, arropado en su vieja manta, esperando cada año junto a sus árboles, que alguna nieta de la de Bringas —los cristales del palacio de Oriente parecen aún tener el reflejo de sus corpiños de moaré— venga a dejarle una corona de flores cabe el modesto pedestal. Espera, con los ojos vacíos —tan distantes de aquellos otros que tenía en el muelle de Las Palmas junto a las piedras carcomidas por el salitre—, la llegada de la incipiente primavera, casi presente ya en los botones de cada rama.

Al mismo tiempo ha hecho acto de presencia *Pepe Monagas* —cachorro tirado para atrás, bebiendo su pisco de ron con carajacas antes de subir la cuesta de San Nicolás para *dir* a visitar a la comadre que va para cuatro años que no la ve por mor del trabajo y que si *diba* que si no *diba*...— *Pepe Monagas* en los escaparates de la Gran Vía, con su cartelito en que se advierte muy claramente: "De especial interés para los canarios." Y también la *Perejila*, que, de Néstor Alamo, ha saltado a la pluma de Claudio de la Torre y a las páginas del *ABC*.

La radio anuncia constantemente las toneladas que entran en el puerto de La Luz o en Santa Cruz de Tenerife y, en contraste con la anterior total carencia de noticias, es ahora casi una profusión provocativa la que se advierte; provocativa para el mismo periodista de Madrid que echaba las campanas al vuelo porque a Barajas había llegado un avión de Bélgica, y Las Palmas recibe miles de extranjeros diariamente, sin darles importancia, sean surafricanos, australianos o suecos, como los que un día, ya lejano, vi contemplando por primera vez el airoso garbo de una palmera en San Telmo.

Vienen amplias informaciones sobre Canarias, no sólo en periódicos que dirijan canarios, sino en todos los demás, hablando casi siempre de los millones que para nosotros quisiéramos.

Y para envidia de todos los que pasan sed y hambre de plátanos, los puestos de las plazas y las calles, allá por la Corredera, y de Maravillas a los Mostenses, pasando por el mercado de Argüelles y la plaza de la Cebada —junto a donde doña Beatriz Galindo enseñaba sus latines—, la fruta, nuestro oro, se expende pintón, llevando el tizne de las máquinas que noche y día trabajan en el platanal, junto al emparrado diversicolor, junto al pozo que siempre habla de algún muerto, con ese cansino respirar de un estado preagónico —a la luz de la luna— que con el chirriar de los molinos metálicos, el ruido de las cadenas en los exiguos establos y el croar de las ranas que se han quedado en seco, forman el concierto de nuestro campo.

LOS PERSONAJES SUELTOS

“¿Viene de Teror?” “Sí.” “¿Vio a don Pancho Lairaga?” “No.” “¡Usted no estuvo en Teror.” (... De la obra anónima “Sobre lo popular que era don Pancho”, personaje célebre en la Isla.)

Antonio Peña, que estuvo en Cuba

Era bajo, de complexión atlética, de piel morena acentuada por el sol y el humo de la máquina, ojos melados oscuros y brillantes, barbas de tres días de puntas blancas, el cachorro tirado hacia atrás..., como se lo ponen algunos que hoy se la dan de agricultores.

—Bueas taldes nos dé Dios.

Era de los de antes, considerado, fiel, digno. Cuando decía “nos dé Dios” es posible que fuera “nosotros, los de Dios”, pues realmente era un hombre de Dios.

—Avermaría, Antoñito. ¡Conque padrino de la campana y no convidó ni a un vaso de vino!

Se apoya en el borde del terrón rústico con la camisa manchada del pardo indeleble que destilan los colosos. Lo nimbaban las pencas de los nopales, coronados de flores amarillas de corolas cerradas, guardando el futuro vientre opalino azucarado repleto de granilla. Hirsuto por fuera, dulce por dentro, era como el tuno, como el San Antonio de la ermita, como el paisaje del Sur. Armonizaba su figura con el cuchillo canario, siempre dispuesto a hacer una marca en los gruesos peciolo de los racimos verdes. Antonio Peña era más antiguo que el campo de su tiempo. ¿Por qué no vivió cuando Quintín Mayst andaba por el mundo? La tarde tomaba toda su tranquilidad azul cuando se sentaba en un camellón a hablar de las dulas o los serones.

—El istiércol lo trajo el camello esta tarde de la Capellanía.

Cuando el bicho peludo asomaba su cuello antidiluviano por sobre del muro de piedra seca, Telde se hacía más que nunca Palestina. Antonio Peña terminaba la visión con una sentencia:

—Si Dios no quiere, no hay santo que ruegue. El agua de la Heredad viene muy mermada.

A veces hablaba de la guerra de Cúba:

—A mí me mandaron pallá en Artillería. Conmigo fue Salvadorito Monagas, que creo que después lo mataron o murió del vómito negro...—jugaba mientras con el cuchillo, pasándoselo por la palma de la mano—. Una vez se nos atascó la batería y pa sacarla de la manigua nos costó Dios y ayuda.

Chirriaba el molino quejándose de los primeros murciélagos que, atontados, tropezaban con todo. A su saludo contestaban los molinos de la otra margen del barranco. Aquellos tenían lonas blancas de vela, en vez de las aspas metálicas de éste.

—Istiércol y agua al tronco. Sí, eñor.

Continuaban la conversación las ranas. Era la hora en que ya, en el terradillo o en la galería no se distinguían los granos de café rojos de los negros. Habíamos abandonado hace rato el montón de la descamisada del millo donde las crisálidas habían hecho de bichos zajorines para la descamisada de mañana. Entonces terminaba Antonio Peña. Se acercaba cansino al patio empedrado donde el humo llamaba a la noche. Para comenzar la faena al día siguiente, de amanecida, con el cloqueo de las gallinas, el arrullo de las palomas y el agua en la cantonera.

Las del abanico de encajes

—Doña Inés, doña Candelaria, doña Lina, conocida por Enriqueta Sánchez de la Adula..., leía el notario con voz solemne y campanuda imitando a ese Proust español que es Azorín. Las paredes del despacho eran blancas, estucadas y altas, tenía dos ventanas a la calle y un canapé y unas sillas tapizadas en rojo, de un estilo Chipendale de mala imitación. Sólo una magnífica lámpara de cristal, una araña con miles de reflejos, rompía la pesadez del ambiente.

—Item más, doña Alfonsa, don Alberto, doña Laura (ejem) de la Adula y Enríquez del Barco de Avila...

—Esta lámpara estaba en casa de mi abuelo, interrumpe doña Octavia.

Una terrible mirada del notario —mirada por encima de las gafas con montura de metal blanco que hiere la luz reflejada en el rostro ambarino de la dama.

—Otro sí digo que las partes correspondientes...

—Formaba pareja —sigue cuchicheando Octavia— en el salón grande de casa cuando una de ellas se cayó y se hizo piscos. Fue el mismo día que murió papá Juan.

—Los abanicos y demás objetos de las vitrinas se repartirán en lotes que serán sorteados.

Mientras la casa quedaba en sombras, terminaba la lectura de todo aquel fárrago con el brillo del moaré. Un enorme abanico de encajes calados, con brillantes en la empuñadura, era la alegría de aquel conjunto de riquezas navieras. Un abanico, que era el punto de roce entre Estefaldiana y su hermana Eufrasia, viuda de Montijo. Una sola sombra transparente, sutil, tras la cual se había escondido un día la mirada profunda de la que les había dado el ser; un parapeto amoroso tras el cual sucumbió toda la enérgica barba negra de Don Juan...

El abanico era como una isla de encajes dividiendo en dos el cauce de las misma sangre; como si el ala de un ave hubiese logrado romper el pecho cristalino de las rocas; como si los cinifes nocturnos hubiesen logrado partir en dos el tronco de un cedro. La suerte estaba echada. Doña Estefaldina se había sacado el abanico en la rifa. Oronda y papuda doña Estefaldina se quedaría para vestir santos y por ello, andando el tiempo, Valle Inclán le cantarían aquello de "Doña Estefaldina nunca fue casada...", pero lo cierto es que ahora se llevaba el abanico.

Se hace tarde. Las luces de gas parpadean con las primeras

estrellas. Sólo hay dos luceros que tintilan aún más rápidamente. son los ojos gatunos de doña Eufrasia. La envidia, con la noche, le come el rostro. Rápidas, sus zarpas se clavan en el cuello alabastro y glandular de doña Estefaldina cuando ya ha sonado el timbre de la cancela. Un guapido domina el rumor de la gente que sale. Ya está hecho trizas el abanico de encajes, con brillantes, con reflejos de pavo real en sus varillas nacaradas.

—Si no ha de ser para mí, que no sea para nadie.

Entonces las gentes sabían tener pasión por las cosas. En nuestros tiempos de maravillas en serio esto no se puede dar. Sólo en algún exquisito coleccionista de plumas de ave, de cacharros de cerámicas, de joyas antiguas. Aquellas gentes se agarraban a la vida de las cosas con más fuerza que nosotros.

—¿Para qué lo querrá? ¿Se lo van a meter en la caja?—sentencia la gente—. Pero es que en realidad las gentes siempre tuvieron afán porque les enterraran las cosas con ellas. Y todos queremos dejar en las cosas la huella de nuestro leve paso por la vida.

Las niñas Melequinas

Vivían las niñas muy junto al mar, contemplando su nácar desde la azotea en las noches de luna blanca redonda y llena. Algunas tardes, al volver de mi paseo por la Marina olorosa de estrellas y erizos, subía la callejuela empinada a la vera de la iglesuca de los navegantes. Al dar un recodo el pasaje, me encontraba enfrente con la ventana de las niñas Melequinas. Persianas fijas al ras de la calle empedrada, olor a jazmines y tras ellas siempre una de guardia.

Mastro Pancho Meleguín no fue ciertamente un tolete, sino un hombre ilustrado. Por él dijo el clásico "Pase usted primero que ha estado en Bana". A la primera opulencia de su regreso americano sucedió un ir traspaliando como mejor podía. Al morir dejó un hijo en Cuba y tres solteronas de nacimiento, grises y con trote de can a la vera del Palmital. Y gracias al hermano que les mandaba guayaba y piña.

—Buenas tardes, don Antonio. ¿Cómo está su madre?—. La que hablaba era Lolita, la más menudilla de las tres, nariz de loro, hociquillo sacado palante y rodete gris amarillo.

—Muy buenas, Lolita. Está bien. Gracias. ¿Y las niñas? ¿Han tenido noticias de Paquito?

Pero en esto llegaba la segunda, suavísima, sin hacer ruido, deslizándose a través de los muebles sin una mácula de polvo:

unos de estilo imperio, otros isabelinos con el raso pasado, sobrecargados por los cojines de peluche. Apoyado en alféizar de piedra veía el interior como si estuviera dentro. Carmita, con su rostro agradable de sol redondo, pelito rizado y escaso y alguna verruga indiscreta, se sentaba en el poyo interior:

—Lola, ¿le dijiste a don Antonio el recado de don Agustín? Total que si por San José o por Santa Rita... Don Agustín era el párroco. Las niñas estaban absorbidas por los cantos. Todo el tejemaneje de velas rizadas, de manteles y vestiduras sagradas, de entrar y salir de visita en casa de la marquesa, a pedir avíos de plata, y casa el conde, por jarrones y alfombras y rosas de sus jardines del Sur, les encantaba. Las flores rizadas de papel se erguían sobre los negros alambres y las arenillas, manejadas por las delicadas manos de las niñas de la doctrina. De las Meleguinas una se destacaba al kiosco de Quevedo en busca de las estampitas. Otra a colocar las últimas existencias de dulces llegados de La Habana. Para esto era especial la tercera de ellas, siempre haciendo el bico.

—¿Necesita más de aquello, don Antonio?

—¿De qué aquello, Esperancita?—le respondía, haciéndome el nuevo por verla apurada cuando había gente delante. Pero Esperancita bordaba y pintaba que era un primor. Los dos magos jorobados del recibidor eran dignos de un Solana. Las hoces con flores servirían de inspiración a Picasso.

La maresía me echaba de la ventana de las niñas, buenas como los recortes de hostias blancas.

La pensión de mi tía Rita

Ella era solemne, papuda, chata, con espejuelos —sí, con espejuelos—, romántica, altruista, metomentodo, comodona, insoportable, caprichosa, cursi, se las daba de moralista y cuando yo la conocí, gorda y fondona y nunca había tenido amores ni falta que le hacían, pues ella sabía concentrar sus amores y sus odios, diversificándolos y volviéndolos a unir, velando por la severidad de las costumbres de toda la familia y por el bienestar de ella, y, sobre todo, su independencia, sin permitir que los demás la tuiesen.

En uno de sus muchos avatares, silenciosos unos, ruidosos otros, siempre inútiles, parasitarios avatares en que iba de puerta en puerta dándole el tostón a las amistades o armando barullo en casa de las hermanas, decidió hacerse con una pensión para estudiantes en una ciudad claustral de nuestras costas, ciudad sin cielo, pero con muchas iglesias llenas de verdín por fuera, con

beroles en el tejado, con piedra o mármol y oro y altares barrocos por dentro, pero vacías por lo general, como mostrando una flojera religiosa en las gentes que no acuden. La verdad es que en ella y sus contornos pocas gentes acudían a nada.

Como amable disgresión podemos contar lo que era aquella ciudad en los tiempos en que no había luz eléctrica y sólo se paseaba por las calles la gente las noches que había luna y no llovía. Y de como, en los zaguanes barrocos, en los anchos portales, bajo los escudos nobles y severos, o en los bancos del patio, bajo las galerías anchas de teas negras, de maderas renegridas, pasaban fantasmas y fantasmas o habían amantes de ocasión, como los perros por las esquinas, pues el desahogo era muy natural y la vida muy breve entre sol y sol..., ciudad larga, de campanazos y fuegos y frío y humedad, artritismo deformante, locos y leyendas, cuentos de miedo y mucho sexo.

En una de estas casas viejas, del dieciséis, lentas en sus goznes, paseadas de ratones y camelios gigantescos, donde allá por los días del Frente Popular, de niños deformes de cabeza grande y lentes gruesos y pistolerillos homosexuales, y el pueblo rugiendo como una masa en función, se defendían en sus libros y en sus apuntes de todo el contorno mugriento y amoral, maloliente, los estudiantes y la ciencia físico-química —¡los avances en atomística fueron formidables!—, instaló sus reales mi tía Rita, estu-penda en su estampa decimonónica y piadosa, devota de iglesias y campanarios y enamorada de los estudiantes que prometían ser Sénecas en sus discursos.

El negocio fue muy bien hasta que la piedad desmedida de Rita quiso sacrificar su suerte a la de aquellos paladines de “la causa” que ensuciaban los corredores, que se tiraban macetas y osos de peluche, o simplemente agua en las jofainas y en las jarras de pis a los transeúntes y entre sí. Los niños querían jamón y Rita les daba jamón. Querían sesos y les daba sesos. El dinero salía y no entraba porque tenía tan exactamente hechos sus cálculos matemáticos que siempre era alcanzada, a final de mes, por la jauría de los acreedores de bolsillo y zanahoria o berenjena. Rita enflaqueció en aquella época. Tenía que darles de postre arroz con leche y sus carnes se aflojaban pensando en los hijos que no había tenido. Sus ojos lloriqueaban en casa de los parientes para sostener su pensión. Y el pescado de Bajamar, las viejas de la Punta o las saifias del Sur y de Tenisca y Sombrajo, la Cuestecilla o el Palmar iban consumiendo su hacienda y las de los adláteres mientras los estudiantes se examinaban, sentaban jurisprudencia y alguno que otro tenía sus cosas con la chiquita aquella que no estaba mal.

Por las escasas azoteas y por los numerosos tejados había como

un vuelo de palomas espantadas el día que la pensión de mi tía Rita presentó definitiva quiebra, y terminó la sopaboba de los sabios en sostén: murió la pensión alimenticia y nutricia de tantas horas de boba inefabilidad. En fin, ¡qué se va a hacer!, otras solteronas vendrán con programas análogos; las hay que hasta estudian para ello y rompen su vida para serlo.

CAPÍTULO IV

EL PAIS DE LAS ROSAS VERDES

EL PAISAJE

Dos países son "paisanos" cuando tienen el mismo paisaje. Así, Canarias lo es de muchas tierras porque encierra dentro de sí, en poco espacio, la flora alpina junto a las vides panormitanas y los bajos platanales de las tierras calientes hondureñas. Pero este paisanaje es eminentemente africano, más que europeo o americano. Todo lo que hagamos por salirnos de nuestra órbita reverencial africana es una salida de tono o un irse por los cerros del cosmopolitismo. Aquí, en Gran Canaria, quienes mejor han expresado esto, quizás inconscientemente, son Arencibia, el pintor, y nuestros escultores. Se trata de superar un poco esa idea trivial de la perfecta y cerrada Guanchía de unos hombres rubios para incluirnos y confesarnos un poco más cerca de lo moreno de lo que hemos estado hasta ahora. Canarias es la gran experiencia de España en África. El África occidental española, bajo el mando supremo de los capitanes generales no fue más que una prolongación continental de la insular.

La valoración espiritual del paisaje comprueba el parentesco de los países. En Canarias el paisaje muchas veces se recata con pudor tras el blanco albayalde de sus muros. Estos son los velos de este paisaje de ojos verdes y pelo profundamente negro con todo el encanto de los oasis cuando se abre, botón de rosa, en el fondo del barranco, el dado perfecto de la casa, perdida entre las palmeras. El estanque está lleno hasta los bordes y sólo refleja tranquilo el paso de dos palomas. Espera el momento en que derramará la savia vivificante de su vientre sobre los surcos resequidos por el reciente Levante, la respiración ardorosa del enorme y cercano dromedario. Ayer tarde, el día terminaba con un resplandor rojizo. Un momento vi recortarse una palmera sobre el cielo de sangre. Los muros de otro estanque semejaban la piávide truncada de una "mastaba" funeraria. La imaginación volaba hacia los frisos egipcios con ojos de lapizlázuli. También toda nuestra Península está incluida dentro del gran espacio africano. En especial esa España de *Azorín* que daña a la vista con su sol.

Es tan poca cosa Europa que, por el Mediterráneo, Africa se la come y, por Oriente, Asia la devora. Ese temblor de la reverberación solar en el verano madrileño se reproduce aquí con sólo que el sol esté al descubierto. Entonces, sobre el asfalto, la ilusión óptica del agua. Esos grandes lagos que la imaginación calenturienta del caravanero ve en el desierto, están aquí a la vuelta de cada esquina, porque tenemos como un desierto particular para nuestro uso en cada calle y en cada piso.

España ha ejercido y ejerce su acción de nación que recorta paisajes en Africa:

1.º Sobre la misma Península, con sus restos de Medina Azahara y una ilusión de tener Generalifes en todos los hombres de la meseta que bajan al Betis.

2.º Sobre las islas, que son algo más que las mismas Canarias, puesto que Baleares, entre la viña y el fenollar, es ese castillo que dibujan los fantasiosos cosmógrafos sobre suelos desérticos del Sahara; pero que también es Canarias con las frutas rojas del cafeto en campos de sinople.

3.º Sobre el Africa misma con parentesco de paisajes y estética en estas islas, del verdadero y legítimo Archipiélago.

Así quedaron unidas las Islas y Africa. Los estudiosos del arte oriental devanaron las ideas buscando el origen de la "niponización" del paisaje en la pintura china de la época Sung. No se encontraba explicación a aquellas olas recortadas de maneras extravagantes, a las pagodas rodeadas de majestuosos cipreses, a los valles con espesos macizos de bambúes, aquellas vertientes enteras desapareciendo bajo los mirtos, las azaleas y los rododendros. Todo esto hasta que se dieron cuenta de que realmente estos paisajes existían en China. ¿Dónde han visto las euforias los alumnos de la escuela Luján Pérez? No hay que darle muchas vueltas: están en los barrancos mordiendo al sol y la luna redonda de mayo. Al Africa y los tarajales los tenemos en casa.

Las puertas del campo

Ambiente y realidad. La destrucción de la belleza del paisaje urbano y natural de Gran Canaria comenzó hace muchos años. Allá, cuando intentaron ponerle puertas al campo. Fue en el Llano de Las Brujas —muchos dirán que aquello no era ni paisaje ni nada: un desierto—. Pero desproporcionada e irreal resultó la cerca que pusieron en la vuelta misma donde se enfrenta uno con la vieja entrada del Tanque los Ingleses. Una muralla que oculta hasta la cumbre. Y no se justificaba su fealdad ni siquiera con el remoto parecido que tiene con la Venta del Camino.

Me refiero a la venta de Don Quijote, a la puerta de salida con que Gustavo Dorée ilustró la frase cervantina "las del alba serían cuando Don Quijote...", frase que anula toda otra posibilidad de alba hasta la llegada, siglos después, de Federico García Lorca. Pero nos referimos al paisaje y las cercas y a las puertas que, a lo largo de los siglos, se han puesto al campo de Gran Canaria.

Como es costumbre comenzar la historia por la prehistoria —y es, además, imposible saber hoy en día si ya pasamos el grado de la *prehistoria general básica*— hemos de tratar de recordar si los canarios prehispanicos tuvieron cercas o amojonaban sus campos según los principios generales de vida del "mono desnudo", o conforme a los más modernos derechos registrales o sistemas de amillaramiento en vigencia. Por lo menos tenemos la referencia histórica exacta de que la muralla existente en Fuerteventura que separó a la vieja Maxorata de Jandía, era una cerca que por razones de delimitación habían construido los mayoreros de antaño. En cuanto a las cercas de los indígenas de Gran Canaria es indudable que debieron de existir, puesto que si inventaron, o heredaron, un complicado sistema de signos distintos para separar la propiedad de sus granos, es indudable que también en el campo las delimitaciones de los diferentes cercados tendrían que haber sido rigurosamente cuidadas.

La importancia de la cerca ha sido decisiva en la formación de deformadas urbanizaciones, como lo han sido, hasta nuestros días, las murallas en las ciudades cuyo recinto primero se detuvo tímidamente al pie de las más modestas defensas para después abrirse "fuera de la portada", como en Las Palmas decíamos. Los límites de las propiedades rurales, al ser urbanizadas, tendieron a convertirse en vías de circunvalación en unos casos y en otras de salida a la vía general. Las murallas de Las Palmas —de las cuales quedan aún algunos trozos perdidos sobre el risco— tuvieron además otra función cuando se construyó el primer puerto de Las Palmas, hoy sumido en la Ciudad del Mar: la vieja muralla señaló dónde debería construirse el muelle, y dónde deberían estar los almacenes, esos caserones de los cuales todavía alguno subsiste de espaldas a un mar ya inexistente en aquel punto.

Otros límites naturales de los pueblos fueron siempre los barrancos en algunos casos insalvables, como el que presenta a la vista su imponente estructura de farallones, y es el límite de Moya. En cambio, los barrancos de márgenes bajas siempre fueron más bien incentivo a continuar la ciudad en la otra orilla, sin más límite que el hiato que las aguas invernales ponía al continuo de la comunicación. Asimismo las aguas dominadas por

los hombres, en las cantoneras, en donde todo el pueblo o la ciudad se reunía por diferentes motivos —la medición del agua, el reparto, el lavado de la ropa— se pueden encontrar indicios de algunos límites urbanos del pasado y que en algunos casos lo son hoy también en cierta forma.

Pero la más encantadora de las permanencias de las cercas —ya en parte sustituidas por muretes sin gracia y sin estilo— eran y son en ciertas partes de la isla, todavía, los restos de la vegetación natural. Las viejas palmeras isleñas, las que dieron nombre a la isla, a la ciudad, a la provincia, las que constituyeron bosques enteros, se han conservado en las cercas, donde convenía que grandes señales dijese al viandante dónde comenzaba la finca de Juan Mayor o de Pedro Rivero, ponga por caso. Hasta hace algunos años zarzamoras y rosales silvestres servían de cerca por el Reventón o por la Fuente de los Berros, y el lentisco era la cerca natural de muchas fincas en el Monte Lentiscal. Las tuneras, las piteras y los geranios sobre muros de piedra seca o sobre muros modernos, dicen aún al viandante “aquí empieza lo mío, que de ninguna manera es lo tuyo”.

Pero los muros de cerca también han ejercido en Gran Canaria otras funciones. Otros nexos los unen a su contenido, y no sólo el delimitar las propiedades. Las murallas ciclópeas que todavía existen en el Arbol Bonito contienen la buena tierra de San Juan y la costumbre de levantar cercas escalonadas, el medio pañuelo y la majadilla, las cadenas —reellenas incluso con tierras de procedencia lejana—, son procedimientos que debieron existir en el pasado indígena, ya que se encuentran entre los cultivadores de laderas de casi todos los países, en donde peligra la tierra de ser arrastrada por las aguas. Además aquí, en Gran Canaria, hay que protegerse del viento sin privar al cultivo de la circulación del aire: las altas cercas con vanos intercalados, existen por toda la isla y no han disminuido: al contrario. Parece que han sido la respuesta al desafío de los cultivos bajo cierres de plástico o de cristaleras, invernaderos que nunca creímos ver por aquí, puesto que siempre nos parecieron cosa propia de países nórdicos y gélidos. Ahora no sólo se cercan las propiedades rústicas, sino que también se techan y se priva al mundo de su vista. No sólo puertas, sino también candado y cerrojos de seguridad necesita ahora el campo de Gran Canaria.

EL CENTRO

Llano de las Brujas

“¡No podemos continuar nuestra marcha..., empiezan a retemblar los montes vecinos desde su base hasta la cumbre; y sólo se ven brillar; a lo lejos, fuegos fatuos. Quedémonos, pues, en este negro charco!” Estamos en un país de quimeras. Es el Llano de las Brujas, entre el espaldón de Barranco Seco y las alturas de Pico Viento. Muchos años atrás era este lugar más inhóspito y desierto que ahora. Ya se había construido el depósito de agua que era el único abasto de la población de Las Palmas hasta hace muy pocos años. Pero las piedras grises, la tierra rojiza o blanca, el canto o los terrones profundos, la redondez de las lomas era idéntica a la de ahora. La vegetación natural, también: los tártagos, con sus hojas palmeadas y hendidas y sus racimos erguidos con bellotitas, como las del estramonio, de púas que no pinchan, guardando el grano de color lila con manchas parduzcas; todo de un color muy oscuro, menos cuando el rojo invade los troncos y da una variedad brillante a los matorrales; las tuneras de India, con sus palas amarillas y sus púas grandes manteadas de telas de arañas donde cuelgan a veces las bolsas repletas de aranillas recién nacidas de color rubio; las adultas suelen ser completamente negras o con varias manchas negras en el tórax; diversas euforbiáceas, lechetreznas o titimalos, toda clase de tabaibas. Viera describe la dulce, la tabaiba morisca, la tabaiba salvaje y a todas ellas las pone como naturales de los terrenos fronterizos al mar. Sin embargo, este Llano de las Brujas es uno de los paisajes isleños donde el mar no entra para nada... y que, sin embargo, estuvo bajo el mar. Recuerdo, cuando la flora artificial de estos alrededores sólo llenaban el fondo de las hendiduras más bajas: eran las plataneras de Barranco Seco las que tenían entonces el dominio de sus anchas hojas doradas en la punta. Construido el depósito, su contorno se fue llenando de un pobre jardín con geranios rosados, botones de oro y arbolillos sin mucha vida. El día más terrible para él fue aquel en que llegó la langosta al Llano de las Brujas. Todavía estaba viva a la vera del depósito la vieja locomotora de chimenea roja y herrajes dorados, con ruedas pintadas de negro y verde. Después apareció el anfiteatro de sisal, ensayo que aún permanece incólume como si el tiempo no pasara por él. También las plataneras crecieron cuando apareció, sobre la media ladera de una loma, un estanque rotundo y alto con el agua reflejando el cielo, unas

veces casi negra, otras de un azul purísimo, engañoso, pues en aquellos contornos todo tiene un fondo diabólico y mefistofélico. Y luego, por último, la ambición de los tomatales subiendo cuesta arriba hacia Pico Viento y el camino que va, por las casas semi-derruidas, a enlazar con el risco de San Roque. Pero nada ablanda nuestra sentencia: el Llano de las Brujas permanece con su sentido esotérico entre la boca del infierno de las canteras que están por abajo, reclamando víctimas, y aquellos lejanos coros y penachos de palmeras lejanas que limitan el paisaje por Tafira y en dirección al Sabinal. Su aspecto sigue siendo descarnado y pobre, sus casas tienen siempre cerradas las ventanas sin pintar con ese color gris que comunica a la madera su larga permanencia al aire. Todavía aparecen por allí en cualquier loma lejana esas luces misteriosas, como la que dio el nombre al Puerto o como la célebre del Time, en el valle de Aridane. Es el Llano el lugar apropiado para un aquelarre de viejos mitos guanches, es el Zuggarramurdi aborígen, el Harz de las islas donde hubiese celebrado una Walpurgis atlántica el genio de Goethe. La fantasía ve en las noches oscuras todo el terrible horror de las salamandras y el conejo que atravesó la carretera veloz ante los faros del "auto", la rata de campo que quedó aplastada bajo las ruedas nos lleva a un mundo viscoso que estuviera invisible bajo la sequedad luminosa del meridiano, con esa reverberación acuática de los días de horno.

Tafira con ser Tafira

... No es ni la sombra de lo que era. Allá, clareando el día por los alcores de Las Magnolias y por Bandama, rosada a las primeras luces, la tartana llegaba a rebasar Pico Viento entrando en el llanito de Tafira Baja. Verdeaban las huertas y, en la parra de Panchito Jinorio había uvas pintonas. La lejanía de Arucas y Montaña Cardones ponía límites velazqueños al paisaje. Había un olor a mañanita clara en el ambiente, que ensanchaba la respiración. Manolito Oramas salía nada más oír el trotecillo del caballo y el ruido de la retranca que frenaba, en muy pocos pasos, ante la alegoría priápica de los chorizos y de los hermosos lomos, para la merienda y el almuerzo, que Manolito mostraba al excursionista. Un revuelo de chiquillos y mujeres salía del corral, de la gañanía próxima, de la huerta trasera, de la alcoba abierta, con la intimidad de las sábanas calientes aún, oliendo a los cuerpos humanos que reposaron en la noche y a los membrillos puestos en la cómoda donde antes se guardaron.

Mientras, pasaban nubes que parecían camellos, otras diformes ballenas con arpones clavados, esparciendo centellas de sangre, don Juan y su señora, rodeados de los niños con trajecitos largos, azules, bajaban del interior de la tartana con los miembros un poco entumecidos y la mirada soñolienta aún por el madrugón. Pronto volvían a su interior, sobre los duros bancos y a trotar entre setos de rosas y zarzas silvestres, bajo los eucaliptos jóvenes, después y más arriba del Plan de Loreto y de la empinada de Tafira Alta, entre matas de lentiscos con las perspectivas de gamas verdes y rojas de la Calzada. Los basaltos columnarios eran los centinelas mismos que hoy guardan el mesetón fronterop y tampoco las Cumbres lejanas han variado de sitio.

Tafira Alta era un grupo de casitas. Veraneaban las familias a ras de tierra, junto a los jardines de profusas siemprevivas, pues siempre hubo aquí una tendencia funeraria en el ambiente. El límite casi era la casa del párroco, hermano de aquel don Juan Angulo, de venerable barba blanca, que no siguió el respetable camino del presbítero. Una vez don Juan recibió en plena plaza de Santa Ana, delante de la catedral, el homenaje cálido de una famosa artista extranjera que iba de paso para América.

—Oh mon cheri, mon cheri!!!

Y es fama que esta exclamación fue seguida de un sonoro beso.

La casa del párroco, hermano de este otro don Juan de Mañara isleño, tenía, por detrás, una hermosa huerta y unas enredaderas que casi se comían la edificación.

Más arriba se puede decir que no había nada. Todo lo más las monumentales casas de traza moruna, con arcos de herradura que algunas familias muy conocidas habían construido en medio de trozos de una gran "data", ya disminuida. Prestaba su encanto, entre los lentiscos, a todo el camino, las diminutas rosas silvestres de las cercas. El camino polvoriento de las reatas de mulas que marchaban a Santa Brígida bordeaba la acequia turbulenta de la Heredad de Tafira, coriendo sonora, constantemente, bajo los colores del verano o bajo la dulce pompa blanca de las granas de eucaliptos, en el invierno. Entonces las montañas y los valles vecinos se poblaban de helechos y junto a los fondos de agua encharcada, desplegaban sus anchas hojas las ñámeras. Hoy, pasadas tantas sequías, unos y otras se han secado definitivamente. Entonces, al trote del caballo respondía el bramido de los de crines blancas que marchaban, acequia abajo, hacia los cercados de millo, o besaban, con sus patas mojadas, las pequeñas estancias de peras de melón, lechugas y tomates semisilvestres.

Y esto así hasta la parada siguiente, la de Juanito Bernegal, que se bebió, según es fama, su bebestero. El vino de las fincas vecinas brillaba como amatistas derretidas en cada vaso de vulgar cristal, dando tonalidades a la bodega abierta, de cueva de Aladino, al frotar la lámpara maravillosa, o del brillo del tesoro de Alí Babá y sus cuarenta ladrones. Eran ya las once de la mañana y el sol caía casi de plano sobre el Reventón, cuando la tartana se desviaba por él, en busca de los añosos árboles y las galerías de tea de la Fuente de los Berros. Rocas, musgos y la calina sobre la Cumbre.

Por la Guirra, la Roca del Diablo, el camino del Batán, la montaña de los Pinos, las abejas tejían y destejían su eterna tela de oro.

Pero el día iba cayendo lentamente vertical, a plomo derretido sobre las múltiples solanas que el caos geológico había tenido el capricho de formar. Y el fresco llegaba a la hora en que las claras nispolas de la Fuente de los Berros confundían su color amarillo oro pálido con los últimos destellos del sol. Las nubes tomaban entonces tonalidades violeta. Y los pinos italianos daban un aire del Renacimiento a los jardines extendidos por los montes y laderas. Parecía como si de las casas de labor fuesen a surgir señoras de ojos azules y cabelleras de oro con trajes largos y plegados y esos turbantes a lo Médicis que alardearon paónicas grandezas un día por las calles de las ciudades de la Península Romana. Los narcisos y las tuberosas perfumaban el aire hasta que, de pronto, como al caer de un hacha negra, el día era degollado a la luz de las estrellas rápidas en surgir.

¡Qué contenidas energías se encontraban entonces luchando entre los negros penachos de las nubes y el estilete naranja con que el sol se quería agarrar aún a las últimas cumbres!

Los Ríos

A veces resulta difícil descifrar el mensaje que nos envía nuestro más próximo entorno. O a veces el hombre exagera, creyendo escuchar mensajes que no existen, palabras que no han sido pronunciadas y que no son más que susurros del viento. ¿Pero estamos realmente seguros de que lo escuchado tras las puertas, desde habitaciones vacías, no son palabras que no han podido nacer?

Durante mucho tiempo traté de averiguar qué mensaje enviaba, a mí discurrir diario, ese conjunto de calizas coronadas de

jardines, patios y cristales, en un cruce de caminos, en una hondonada extraña de la geografía insular. Me aconsejaba a mí mismo, entonces, invertir el orden de la realidad que tenía ante la vista y tratar de contemplar aquel circuito de sinople vegetal y de imponentes murallones, no como un objeto lírico, sino como un objeto real. Es decir, trataba de hacer lo contrario de lo que hace el poeta ante su realidad. "No proceder como el que va de cacería, sino como el que siente nacer un nuevo ritmo en su corazón", decía entonces. Posiblemente lo que tenga de extraño aquel lugar se lo deba a circunstancias naturales: la humedad ambiental, el rincón escondido, su posibilidad de microclima, con el Guinguada, la Calzada, La Angostura, Los Frailes, y la divisoria del baranco de Las Palmas en el horizonte cercano, en un mundo casi subfluvial de antaño, donde la pecera del cielo está invertida, y los saurios de las peñas disfrutaban de un hábitat ideal para la contemplación de las arañas. Pero en la amplia biblioteca que fue de Juan del Río Ayala pensaríamos otra cosa. La penumbra, la humedad, los libros, los escritos, los recortes, todo un mundo que no debería ser jamás tocado, como los pétalos de la rosa. A veces no sabe una por qué escribe las cosas. La motivación trata de averiguarla después. En este caso puede ser porque siempre es enigmático el silencio de un amigo muerto, que ya no puede responder a nuestras preguntas. En una amistad que se hizo más fuerte con los inmensos años de separación. O tal vez porque siempre esté próximo el día de San Juan y las hogueras son entonces flores encendidas en el corazón de nuestras montañas, desde los alrededores de la Ciudad a las Vegas. O porque ahora han sido muy frecuentes las visitas al sagrado recinto, solitario antaño. Hemos bebido vino generoso. La comida canaria ha sido brillante. La chispa del ingenio ha saltado de labios y de manos que se movían en el aire en el revuelo. Cada uno de los arcos tiene una sombra, una plata, una página escondida. Cuando uno lee un libro de crítica sólo le es familiar si los autores tratados fueron ese pasto lechal de los primeros años para el lector. Sé que Juan hubiese desviado la conversación hacia nuestras cosas. Hubiese sonado el goro, el guirre, el beletén..., los camellos dibujándose en cualquier caserío de los que antes había por el Sur. El mito del Nublo, del Bentaiga, de Chofaracás, de Taganana, de Bentejuí, de Tanausú o de cualquiera de los célebres Guanartemes o Guayres.

El gánigo y el queso majorero. Sobre nuestra esfera armilar particular irían apareciendo constelaciones nuevas, desde Tirajana a la Aldea, de la Aldea a Roma de Agaete... Juan tuvo un papel enorme en la canarización de lo canario. Pero yo insisto, desde este "Los Ríos" de hoy, en la universalización de lo canario y

en la canarización de la cultura universal. Yo no puedo prescindir de la fuente de Acuario y yo mismo me siento identificado con el Centauro de Sagitario. La clava de Herakles me amenaza y tengo que defenderme. Este mismo paso del tiempo al que estoy ligado en "Los Ríos" ha de ser presidido por Cronos-Saturno, que pone un poco de orden en este caos geológico. Pero, según Hesiodo, en este mismo comienzo fue "Eros, el Amor, el más hermoso de los Inmortales, que penetra con dulce languidez a dioses y hombres, doma los corazones y, sobre todo, triunfa de los consejos prudentes". Pero aquí, sobre este paisaje luminoso de "Los Ríos" avasalla a veces también el Erebo y la Nix, los principios eternos de la oscuridad, los compañeros de Hipnos, el Sueño, y Tanatos, la Muerte. ¡Y cómo pasa el tiempo al escribir beso, cadáver y reloj! ¡El metafórico flechazo, sombrío, con alas de murciélago —casi con escenografía de leyenda de Bécquer— flota sobre "Los Ríos" cuando llega el silencio. Ausente el papel, de arroz o de acuarela, dados a elegir entre el carcaj y la guadaña, dejamos atrás aquel caldo generoso de las viñas donde el sol las tiene, y son ahora violento ron los minutos. Narrar del deseo lo más íntimo, es el papel de la mitología helénica, lo que se opone a lo enfermo, a lo jocoso, al arlequín mortuorio, al temor de no ser o al transcurso del tiempo acabado, a la dicotomía ausencia-presencia, al pasado ignotísimo.

Tejado, patio, alero, araucaria, ciprés, yedra, dragos, alacenas, zaguanes, pasillos, escaleras, vidrieras, nos rodean en esta casa donde aún no se acabó la historia y que me sigue susurrando voces que no sé si he entendido del todo. El enigmático reposo que quiero obtener con estas líneas no sé si me será concedido. Lo importante es que bailen ante nuestra vista los componentes, los elementos que tratan de encontrar su secuencia para obtener un conjunto coherente. Toda la literatura nace cuando, en esa inquietud constante, hemos obtenido algún elemental reposo, como si desde un río de estrellas se irguiese hasta nosotros una nueva constelación de algo que antes habíamos visto con otros ojos de silencio.

Las Magnolias

I

Un jardín lleno de misterio o una flor sobre un vaso. En San Antonio, cada mañana, el enorme magnolio de la entrada nos regalaba, en aquella niñez de *El Camarada* y *El Catón*, y después *Amor*, de Edmundo de Amicis, una nueva magnolia. La Gran Señora la ponía en un ánfora panzuda, transparente, sobre

el viejo arcón vertical de un gramófono color de miel. La magnolia se iba abriendo, y sus pétalos, de lanza ancha y albo color, iban tomando durante las horas sucesivas —cantadas por un reloj de cucú—, ese beige abarquillado para terminar en canela carmelitana, con el traspaso de los días. Los pétalos caían y dejaban al descubierto un verde oscuro y pequeños acentos rojos en cada punta del corazón y el sexo de la flor. Ahora, las magnolias van a ser violadas por las palas mecánicas, por las aplanadoras, por las machacadoras de áridos, para producir nuevas áreas de áridos. Así muere no sólo una flor, sino otro jardín de Gran Canaria. Mientras el suelo se desertiza, el cielo inclemente arroja su fuego azul sobre los montes.

—Tu eres mi vecina, magnolia condenada. Sobre tus hojas verdes veo ya el oro del llanto.

—En la hondonada me esperarás para siempre.

—Vivo un poco más abajo, más allá que nunca y no encuentro el camino para llegar hasta tí.

Las mesas se extendieron sonoras como en bodas de Camacho. Llega gente de los cuatro puntos cardinales y de toda la rosa de los vientos. En otros años hemos sido profesores. Hombres y mujeres que no creímos nunca que el atentado contra Las Magnolias se fuera a cometer algún día. Las bancos de hierro yacían tranquilos. Más allá, un reloj de sol no daba la hora. En el establo mugían las vacas. La vieja casona yacía cerrada. Ya el abandono, y los árboles inclinados, presentían la muerte.

Pero el otro día fueron signos más concretos los que aparecieron sobre la finca. Eran gentes muy distintas.

—Por aquí se abrirá una vía muy ancha, una vía de sangre vegetal que irá a dar a Baudama.

—Sangre vegetal que debería ser vino y será llanto por la muerte de Las Magnolias, una herida más a Tafira. Un parque dividido en dos, con dos orillas muy distantes. Pero a veces llegan cartas y están ya presentes (algunos sin estarlo) Papé Satán, Viaje a Argel, los Vientos del Oasis, Mafasca para Bibliófilos (La Biennale, Ex Cantieri Navali della Giudecca, Attualità internazionale, 1972-1976). No estábamos presentes, pero a la Ore 18 de Venerdi 16 luglio, tuvo lugar el *Concerto* de Juan Hidalgo, Walter Marchetti (Zaj). Todo esto adobado con un queso tierno maravilloso, con blancura de sonrisa de dentífrico, anuncio, y un recuerdo a Juan Ismael y a Lezama Lima, y al museo de Cho Zacarías.

Intervenían mientras tanto, de una parte a otra, las páginas especiales de los domingos, "Estantería Canaria" y otras muchas. Hasta "Tercera Plana" llegó a decir algo, de vez en cuando. Y el Arado de la Isla del Hierro se veía en el fondo como una nueva constelación que estuviese deseando aquel observatorio. Gentes

llegadas (de los montes y del mar, de ultramar y de ultramonte) eran como cantoras de una realidad lejana y quizá deseante y deseada, mientras el hielo y se deshacía en la gran barrica de metal, o la pata de cochino desaparecía bajo la sombra vegetal unánime.

II

El tiempo pasaba bajo Las Magnolias. Creo que ese proyecto de Congreso debería llamarse Primer Congreso de Cultura "en Canarias", porque nosotros no somos sólo el aire que nos ciñe, o lo que haya producido nuestro pueblo, somos también integrante de un mundo que camina cada vez más hacia un único problema de supervivencia. Se planteó la cuestión. Dos posiciones que hay que destacar. No se puede frenar el progreso. Era un punto de vista. Pero ¿para qué progreso cuando el medio en que vivimos haya sido absolutamente destruido por carreteras y por máquinas, por centrales nucleares o casas de cajones? Ecológicos de todos los países, uníos, porque de lo contrario las demás "uniones" no nos van a servir absolutamente para nada.

Sentados en el suelo, con ron y caña, bajo los árboles asombrados, con la cámara en alto, o en procesión, con hojas de palmera al hombro, entre los rastrojos y los recuerdos, se iban desgranando los proyectos, las propuestas, las proposiciones, las oraciones y sintagmas verbales naminalizados: educar, enseñar, culturizar. En tres niveles. El Congreso no puede quedar en eso. Si no, no hay. Si no se crea la permanencia y la costumbre de la cultura, no hemos adelantado ni un paso. Un pueblo en que asentarla firmemente. Unos árboles que nos den sombra.

—Hay que empezar por todos los niveles a la vez. Que no quede sólo en la demagogia de los comités de barrio o de la sección de alfabetización de algún caserío perdido. Que comience para el futuro. Ya lo he dicho muchas veces. El futuro es hoy, son los muchachos cuya edad central son los diez años. Cinco, diez, quince años pasan a velocidad de relámpago. ¿Cómo vamos a pensar que no tenemos tiempo, cuando España entera está perdida en estos vericuetos desde los tiempos del Despotismo Ilustrado? Marcha hacia adelante y rápidas marchas atrás. Nada nuevo bajo el sol. De aquí va a salir algo. Quizá Las Magnolias sean destruidas. No se suele escuchar a nadie que hable con razón. El lenguaje que se estila es el de los intereses. Pero en el porvenir, ya Las Magnolias, con la mitad de los árboles perdidos, y sobre todo con esa enorme herida por su centro, recordará algo de una tarde, calurosa, con el sol filtrándose por el ramaje. Con nostalgia de una presencia que no tenemos en el mundo, sino como individualida-

des dispersas. Hay esperanza. Hoy se mueven cosas y seres allá abajo.

Ayer murió Tafira

Una lenta agonía ha terminado. No es ciencia ficción como el del incendio del Museo del Prado o la destrucción de Madrid. Es voluntad de las gentes que creían que el tren vertebrado era la solución. O que desean aplanar los cincuenta kilómetros de diámetro que tiene la isla para convertirse en una sola sombra larga, como dijo José Asunción Silva.

La agonía de Tafira fue lenta, indudablemente. Los amigos la acompañaron hasta el final. En el cortejo estaban desde don José de Viera y Clavijo hasta Juan Rodríguez Doreste, Sventenius, José María Igual, Luis Doreste Silva... El marqués de Acialcázar, las Canino, las de Domínguez, y gentes mucho más de hoy, como todos los amigos, compañeros, profesores del Instituto de Tafira Alta, agentes de la autoridad y algunas sombras poco conocidas, como las de los presbíteros fundadores de la iglesia parroquial, don Agustín de la Nuez, don Francisco Caballero y don Bartolo. Murió Tafira no de muerte natural, sino de muerte artificial. En las líneas de los proyectos ingenieriles. Por do más pecado había. Desde el Medio Pañuelo, Salvago, el Plan de Loreto, el Jardín Canario, la Casa del Gallo... le venía subiendo la muerte a Tafira. Los técnicos encontraron que sería más disimulado entrar por torriente circulatorio desde abajo, poco a poco, destruyendo el Jardín de Eufemiano Fuentes, el del viejo estanque de los ingleses, las recientes plataformas del llano de las Brujas. Los metecos y los ilotas de siempre, aplaudían. Los espartanos resistían en las Puertas Cálidas.

Más arriba, en ese sueño realidad seguía el cortejo fúnebre. Varias cabeceras de duelo; los Armas, los Morales Ramos, los Pérez Milián. Entre las Acacias y los Lirios estaban los sellos, la multicolor filatelia de doña Nina. Los temporales ya habían despuntado las araucarias que en Villa Rosa plantó mi tío Paco el mismo año de la guerra de Cuba. Años después, la galería baja de Villa Rosa, donde conocí al superviviente de los hermanos Millares, al notario. Y también a don Agustín, el hijo, y a Manolo Hernández, en un inmenso y ardiente verano de colección de estampillas, del álbum de Gálvez que mi tía Rosa me había regalado y que se iba llenando poco a poco, escaqueado, intercambiable, con el estrujar de geranios y mopas de mimosas amarillas... Los Jorge Aguiar, los Rivas, los Wood. El desfile tenía forzosamente que ser lento. Los atascos, inevitables. Don Manuel Lezcano y una larga teoría, una enumeración exhaustiva como la que pudo hacer Ne-

ruda desde el Mácchu Picchu abajo, digo, si cae alguna vez España.

Primero —¿existió alguna vez algo primero?— fueron los parrales lusitanos, que por algo existe el pago de San Antonio y Monte Coello. Terminaron con el lentisco, la vegetación natural del monte Lentiscal. Chaparrales intrincados que todavía quedaban en mi niñez. Luego las seguías y los levantes —entonces todavía no se decía esa cursilería de siroco— acabaron con los helechos y los musgos que íbamos a buscar a las peñas y barrancos de los alrededores para adornar los “nacimientos”. Luego las urbanizaciones. Se perdió el sentido antiguo de un intrincado Tratado de Urbanidad que se convirtió en urbanismo. Después, la guerra y el sur produjeron un enorme hiato en la historia de Tafira. Algo hacía como una burbuja de aire en la sangre. Quedaron allí las urbanizaciones rotas, las parras abandonadas —la tolvanera de los tristes pámpanos secos—, congelado el construir en la orilla, como dice Paco Wood. Siempre en la orilla. Desapareció bajo losas la acequia de la heredad. Debajo sospecho que sólo quedaba un triste cauce de lajas, pero con ella desaparecieron también las peras de melón y las alpispas “a la orilla”. El giróscopo de los tiempos arrastró largos días en que Nena corría sobre los castigantes sarmientos en busca de las peras sanjuaneras, desde los muros, y el desafío samotráico del viento. Las bergamotas y los melocotones brotaban al unísono, esperando a las púberes canéforas que los recolectasen. Y en esto llegó la marabunta de las máquinas de hierro, la pasión por el cemento y el alquitrán, el nuevo rriquismo de los presupuestos de las autovías. Se reanudó con furor el destruir, el tundir y talar. ¡Paso al automóvil, rey de nuestro tiempo! ¡Un auto para cada lugar y un lugar para cada auto! El hombre no cuenta. La dendrofobia cunde. En realidad se trata de una antropofagia disimulada bajo formas fitopatológicas. Ninguna plaga destruye tanto como un proyecto del MOP. Hic jacet. Tafira: RIP.

Julietta de los espíritus

El hacer crítica parece que debería ser el descubrir la armazón interna de una obra, sobre cuya estantería y varales se debería apoyar el organismo natural o el mecanismo creado, inventado, pero vivo, que la hace andar, producir otras obras, caminar, pasear por ocultos canales que lo mismo pueden ser de lodo que de sangre. Para ello sirve cualquier ideología en que se proclame todos los días la muerte de las ideologías. Pero su existencia, su progresión, siempre responderá a la existencia de fórmulas contenidas en ella misma, receta que puede haber sido tomada en

préstamo, inventada, sobrepuesta —es lo que hace Fellini— o simplemente imitada, pero real y presente.

En estos días, sobre el monte cercano, los obscenos tarajales han sido movidos, sacudidos y más inclinados que nunca por el viento. No tienen hojas, sino el esqueleto de la sequedad, y conozco de sobra su vejez, su angustia de enterrados vivos, con manos que salen y se agitan desde la tierra. Bajo los hoyos que forman sus ramas al rozar el suelo pastaba la cabra Amaltea, y sobre el muro de división con otros tarajales y parrales se alzaba a veces la figura imponente de Amón Ra, en su encarnación suprema de carnera divina. No sé realmente qué poder tienen ciertos directores, autores y lugares para convocar en un solo punto de la tierra ennegrecida a toda la mitología. Puntos en donde la esfera gira no en su rotación lineal, sino posiblemente en donde lugares de otra dimensión temporal se sobreponen a los del presente.

Bajo los pámpanos pululaban diocesillos menores dispuestos a las más variadas lascivias, actitudes báquicas de los más tiernos años que después han persistido por una ininterrumpida tradición. Cuando la lluvia fecundante falta a la tierra, los visibles canalillos del picón, del lapilis, conducen la humedad atmosférica hasta donde pueden madurar las semillas enterradas. Entonces hace falta que el sol vierta sobre ellas el calor de sus rayos. Sólo entonces los frutos están en condiciones de desarrollarse, y en la nudosa vid pueden aparecer las doradas uvas. Sólo así también el niño Dionisos puede esconderse bajo el tierno parral y entregarse por completo al placer, como hijo al fin y al cabo del poderoso Zeus y de Sémele, la semilla, hija de Cadmo, rey de Tebas, la de las cerradas puertas. Mientras, en las azoteas de las almenadas torres se sombreaban ya las ojeras de las baces y los hipógrifos se mostraban cada día más violentos, tratando de escapar hacia regiones aún inexploradas. Era el presentimiento de la existencia de unos campos de Castilla, un atlas riñero, un Yebel Zarcat, un lago de Maracaibo y un inmenso y rumoroso Caroní despeñándose en la invernada. Bajo las araucarias, los senos padecían collares, mientras en la playa lejana —¡oh, Julieta de los Espíritus!— la marea rezongaba arrastrada por todos los levantes. El espíritu de Julieta o el espíritu de Fellini —yo me acuerdo— se regodeaba en sus dorados barrocos, en su surrealismo púrpura y azur, en sus amarillos y ámbar modernistas, en sus verdegayos y grises románticos, en sus rojos y negros realismos, mientras un concierto a lo Carpentier se oía sobre las más altas cumbres de la isla, aplastada por el levante, apelmazada de hojas secas, siena, canelas, beige, marrones, chocolate, de teja pálida o de bermellón ardiente.

Este paralelismo entre vida mitológica, Federico Fellini, Carpentier y este levante que arde en las venas, en la cara y en las marchitas puertas de las quintas que pueblan las laderas de lo que fueron aquellos viñedos, tiene algo de sólido, pastoso, de recuerdos de pianolas tocadas en el cine de madera o en una de aquellas torres. De teléfonos con manivela, de luces de carburo, de velones, recuerdos entrettejidos de tapetes verdes. Y no crean que le falta algo a esta misma vida de recuerdos de un paraíso perdido, de un Cemí, de un Lezama Lima. Cuando venían las grietas del invierno de febrero —único invierno profundo— se oían las campanas de Tafira. Intercaladas de muros y cuadrículas, esas campanas están tan lejanas como el tiempo marcado que recordamos, que no es el de Vivaldi, desde luego, pero que tiene toda la divina presencia del recuerdo, que es el tema central de esta crítica de lo barroco.

El hotel de los helechos arborescentes

Algunos domingos llegábamos hasta él. Pero por lo general nos quedábamos en la bodega de los Bravo. De Agustín Bravo, concretamente. Pero no a beber todavía. A jugar al cricket. El hotel de los helechos arborescentes estaba más arriba de la raya de Santa Brígida. Casi al lado de la casa que había sido de mi tía Ana María. A unos cien metros de donde estaba el gran mogote del decámetro. Todavía no existía el "Bentaiga". Y el "Santa Brígida" de madera no se había quemado. Los domingos por la tarde veíamos, desde la salida de la casa de don Rafael Hernández —que anteriormente habíamos llamado de Espinosa cuando se estaba construyendo— los bailes en la pista de tenis. La red desaparecía, y una orquestina —como decíamos entonces— aparecía en un extremo. Las sedantes piezas ya habían sustituido a las de la época anterior. Creo que el vals "Ramona", bajo los eucaliptos, a los que nadie todavía había herido, y cantado por Finita, y las amigas en aquel recodo de la acequia de la Heredad, marcó para entonces una época en que la nostalgia de la niñez se remansa ahora, junto a la carne morena, la lluvia temprana, la tarosada, el bisonte, o la niebla baja y rastrera. El tiempo de los charlestones había pasado ya. Era de la época de los juegos en Villa Rosa, con jardines, torres, viñas y gacelas, donde un mundo proustiano, algo amanerado de pianolas, mimosas y araucarias, se cernía sobre nuestras vidas que iban desde las de los Benítez de Ayala a los Gutiérrez de arriba, allá por Monte Coello. Quien todavía quede vivo y aliente, de aquellos tiempos, me comprenderá en la plenitud de las tardes que se escondían entre algunas tejas y el viento de remolinos.

Pero lo importante de todo esto no era la casa gris, los muros con tuneras y buganvillas, la muchacha aquella morena que ahora es viuda y tiene hijos diplomáticos, o la entrada gratis en el hotel —con una peseta desde los Alzola hasta los Rivas, pasando por los Aguiar y los Pérez—. Lo que me importa más bien es un sueño que siempre llega a mi recuerdo y que no pasa nunca —casi como el de las escaleras de Triana—. Me refiero a una excursión por montes amenos y bien poblados. Muchos árboles joyantes verdes, el agua entre los valles. Islas y fiordos. Árboles, vegetación. Eso que todos los canarios anhelamos siempre. Casi en una isla más, en una especie de península, la placidez de aquel hotel. Magnífico de galerías y balaustradas. Los botes llegaban hasta su escalinata. Estaba pintado de blanco. Caminábamos algunas veces por las altas veredas que le rodeaban de todas partes. Quizás aquello era Teror, con una mezcla del Monte Lentiscal, detrás las casas de los Quevedo y los Padrón y es posible que hasta de algún alemán loco o espía. ¿Quién sabe? A lo mejor, del Jardín de Corvo.

Al atardecer, el sol resplandecía en el agua y en la veranda y sobre las buganvillas. Esto de *veranda* y de *buganvilia* suena muy bien. Las falúas llegaban serenitas, hasta la escalinata. Era en realidad la misma escalinata por donde subíamos hasta el hotel desde la carretera. Aquello tenía helechos arborescentes procedentes de la Gomera, no sé si de Valle Gran Rey o de Agulo, porque había habido un señor que había creado allí un “jardín canario” anterior a Sventenius en un siglo y antes a que se hubiese inventado la palabra esa de Macaronesia, que a mí me suena tan bien. Pero el sueño no terminaba nunca ahí. A veces se enlazaba con otro que era el de la subida por una carretera de duro cemento hasta las estribaciones del Guadarrama, donde una dura iglesia románica nos incitaba a entrar. Después, el problema consistía en no perdernos por aquellas montañas, el encontrar la farmacia o saber el camino de Arucas. Cualquiera cosa de esas era difícil. Y la vegetación exuberante. Mucho más que en San Pedro y en San Antonio de los Altos, cerca de Caracas. Mucho antes de conocer esos lugares ya los relacionaba, en los sueños, con el Monte Lentiscal, ese monte donde antes crecían las amapolas y Totorata se santiguaba en la carretera de resecos eucaliptos. El monte, el agua, la navegación frente al hotel de madera, y el problema de entrar los domingos por la puerta falsa. Salíamos a veces por allí. Había tela metálica contra los mosquitos. ¿Cómo es posible? Todo quedaba en penumbra al atardecer. Ahora, al regresar me encuentro que muchos amigos han muerto —otros, como si lo estuvieran— y que las casas tienen los cristales rotos y negros. Ya no existe la alegría del agua.

¿O hay más agua que entonces? No sé. El helecho arborescente de la Gomera no vive ya. Es posible que las pitasavilas...

Los sueños son los grandes dadores del infortunio, el registro de nuestros deseos, la estructura profunda de nuestras vidas, nuestra farmacopea ambulante, el "ser verdad" antes que venga la destrucción y la muerte. Para mí siempre los sueños han sido plácidos, me descansan. Cuando sueño, amanezco vibrátil, alegre, lleno de amor por la humanidad que pulula por los rincones de la floresta —sobre todo por los insectos— y me intereso por las pequeñas libélulas. Más allá está el bosque, la escalinata y el coñac, y, sobre todo, la penumbra del atardecer, cuando se incendiaban las modestas bombillas y el mundo se volvía de murciélagos azules y las falúas llegaban hasta el embarcadero del hotel, sonoras, de rítmicos motores, siempre chispeantes de gracia y de grasas de arco iris. Entonces no había polémica sobre la Universidad. Realidad silenciosa solamente. Realidad lubricada. Gallinas en la trasera del hotel. ¿Te acuerdas, Juanito Gutiérrez? Tu jardín se regaba de tarde con la manguera y las calas adquirirían ese aspecto de cáliz que todavía tienen de vez en cuando para brindar por esa Universidad de Helechos Arborescentes, que nos llena de melancolía.

Las colegias en los jardines

En los jardines de Gran Canaria —jardines de luz y tarosada— se cultivan con mucha frecuencia las chicharacas, colegias, arbejales, conejos reales, conejos de la reina o guisantes de olor que los suecos, hablando en latín para botánicos, llaman *lathyrus odoratus*. José María, Viera y Clavijo y Linneo, también prefieren llamar a las colegias *lathyrus odoratus sicula*, aunque éstos, por la secular permanencia en Canaria y no en Sicilia, podríamos llamarles arbejales de Canaria, como Arbejales de Teror es el pago de esta villa donde surge la idea más aproximada a Holanda que tenemos en el Archipiélago (es necesario ver la opinión de Keyserling sobre Holanda).

Casi nada se puede decir de las flores que no esté dicho ya, pero de las colegias vale la pena intentarlo; tan bellas son, que una mujer repitiendo el tipo de la Venus del Espejo de Velázquez en una playa del Sur no nos causaría tanta impresión como ellas. Su estandarte es el gonfalon del amor si creyéramos en él a la manera de Angelo Poliziano. Su estandarte tiene forma de corazón. En él podrán quedar grabadas las firmas de los amantes sin tener necesidad de dibujarlo pesadamente sobre el tronco de un árbol. La causa principal de la desaparición de los bosques ha sido esta nefanda costumbre de nuestros antepasados

del xix y principios del xx. Como no había manera de borrar aquella cursilería no quedaba más remedio que arrancar el árbol cuando el amor cesaba o era remplazado por el de los nietos, tan cursis como los abuelos. Las alas obtusas de la flor de las colegias contrastan frecuentemente con su color purpúreo, con el encarnado venoso del estandarte y su barqueta en forma de media luna, es como si el astro sirviese a los amores de Rada y Krisna, la noche que se casaron a la manera de los Gandarvas.

Las flores de los lazirios son como si en figuras de cera se hubiesen posado insectos olorosos. Como si en alcobas reales penetrasen bodas de sangre; como mariposas muertas sobre porcelanas blancas inventadas en Sevres o en Sajonia. Son un reposo cimbreado que reptan por escalas de color. Presienten constantemente alfileres dañinos y toda clase de disecadores de metáforas primaverales. Temen a los poetas, a los escritores y a los novelistas, como las mariposas a los insectómanos de la red. Los dibujantes de lirios quisieran prenderlas en sus libros de páginas amarillentas. Cuando atardece, despiden ese olor a azahar que sólo pueden tener las mujeres jóvenes cuando hacen de mariposas gigantescas, blancas de nieve, para morir muy pronto. Pero estas mariposas purpúreas ya están clavadas por Dios a tallos estriados, vellosos, sin esa brillantez cadavérica del acero que tienen los alfileres bajo las vidrieras de cristal, en los escaparates, en colecciones que pueden ser adquiridas en piastras oro por monstruosos reyes de Egipto, no sólo coleccionistas de mariposas, colegias vivas del aire, sino también de brillantes mujeres del desierto con élitros tan suaves como los de los insectos multicolores.

Los velos que la luna tiene cuando los lazirios son movidos por el viento junto a las paredes blancas de la casa, son velos de pudor, pues estas flores son como reinas enseñando su corazón al púrpura vivo. Estas colegias son flores colegiadas, congregantes de un sagrado corazón vegetal, monjas de un convento verde, siempre bordando algo que no nos atrevemos siquiera a imaginar. La cara y el cuerpo de los mártires se pueblan de lazirios y casi lirios, lazirios y martirios son como familias de una misma fonética morada, acardenalada, cruel, de brazos pellizcados por algún Mayó monstruoso, lunático colegial de exámenes y colegias.

Camino de los Hoyos

Una de las casas más atractivas de la isla estuvo situada por mí siempre aquí, en este paisaje que hoy resulta nuevo para los

que jamás se han embriagado lo bastante con el dulce sabor de las calles de flores en mitad del campo.

Me refiero a una casa cuadrangular y solitaria, con palmeras, que veía desde arriba, desde mis lugares habituales de correrías infantiles —entre más altos, mejor—, con una añoranza siempre de lo profundo que aquel vallecillo tiene entre las montañas comedidas y negras.

En el verano, sobre todo, cuando las cosas toman ese parpadeo de espejismo que hace temblar la vista de todo lo que está bajo tierra, aquel lugar parecía como anegado bajo el agua transparente que emergía de este inmenso panal de picón del Monte.

Hoy, casi enfrente, se levanta otro edificio que parece también como un panal blanco, desde lejos, siempre en actividad constructiva. Es el Sanatorio Antituberculoso, producto del mágico esfuerzo realizado por la isla en su lucha contra el mal terrible que corroe ese mundo sublunar que vive pendiente de la pantalla.

Fatalmente tenía algún día que venir a parar aquí, a este lugar extraño, propio para curar el más literario de los males.

Hoy he cruzado este camino de nuevo, pero viéndolo con una nueva luz, mejor aún que la de un día gris o de una noche con tubos fluorescentes, con su semejanza a rayos X. Hoy el día estallaba de azul sobre Bandama, que desde allí abajo se ve como un enorme paredón que sube vertical cuajado de pequeñas matillas verdes, tiernas, separadas, colocadas con una exactitud artificial, descolgando su gigante geología sobre lo que es más diminuto, más artificioso en el juego de los cultivos del hombre.

Es desde el camino de la Hoya del Hediondo y desde el barranquillo de Dios hacia abajo, con su diminuto puente que recuerda “merendolas” de muñecas. Los geranios han prestado toda su gracia a esta calle entre fincas de viñedos. No hay lugar en la isla donde la gracia zumbona del geranio haya dado tanto al paisaje. Aquello parece cuidado como un jardín. El cuerpo de un campesino tirado bajo la sombra de unos grandes geranios es la muestra más clara de la humanización de aquel paisaje.

De la vegetación natural casi nada queda. Sólo algunos matojos perdidos por el barranquillo y como restos de las adormideras o marimoñas, que antes poblaban el monte en cuanto los labradores dejaban de hacer su labor, sólo los campos de amapolas, rojísimas, como hermanas menores de aquellas opiáceas incandescente, blancas, moradas o azules de antes... Sí. Más abajo hay algo más, algo que nos sorprende porque es como el límite de la isla que pudiéramos llamar algo así como las tierras italianas del centro —entre los pinos de la montaña del Batán y el dulzor infinito del moscatel—. Hay rocas que son como viejas des-

conchaduras del paisaje que el moderno ropaje del picón oscuro deja entrever por sus aristas más duras, como si los codos de la tierra hubiesen roto el disimulo de su tela.

Y junto a ellas hay como unos pórticos que anunciasen el Sur, con matas de cardones, de enormes cardones, sobre una loma de pequeña altura, desafiantes por la negrura de su color verde, que luce con todo su pomposo esplendor avasallante bajo el cielo del mediodía de cumbre despejada, ya reseca con la hierba amarilleando por muchos lugares como piel de león vieja a tiras.

Desde las altas galerías los enfermos han de ver estos límites lejanos. Pero lo cercano es lo maravilloso en los Hoyos: allí están las bodegas, las casas de tejados a dos aguas, como mostrando lo que antaño llovía, el garfio de las viñas subiéndose a las anchas y caprichosas latadas que ponen una cuadrícula irregular sobre las casas, los carros arrimados, los lagares desiertos, el silencio del domingo en el campo.

Las puertas están cerradas por todas partes, parece que en este paisaje humanizado no hubiesen más habitantes que en la Luna.

Con esta sequedad absoluta y ese brillo que imaginamos allá en el astro de la noche está ahora luciendo como un espejo el campo multicolor, este campo que aún no hemos perdido aún en la isla bajo la capa uniforme monótona y trágica de la platanera o bajo el encañado industrial del tomatero, sin la alegría de este parque por donde vamos deslizándonos hasta el higueral de Marzagán.

No creo que desde el palomar blanco de los enfermos se vea más allá.

El encanto se corta allí. No es que Marzagán y Jinámar dejen de poseer su nobleza, pero en ellas no descansa el espíritu que antes se aquietó pasando por un lugar donde el cielo parecía más azul, donde las palmeras crecían más rectas que en ninguna otra parte de la isla y donde no nos perseguía ese atractivo fatal que tienen los bellos paisajes cuando son también bellos paisajes industrializados, por completo desarraigados de los viejos cultivos más cercanos a la Humanidad y al hombre.

El camino de los Hoyos es quizás, como materia de ensayo, un poco artificial del volver al hombre lo que le es connatural. En contraste al mismo entre estas paredes de piedra y lirios tiene que ser fácil. Allá, frontero, el sol de todo el día brilla sobre las altas galerías del sanatorio.

Sepia: casas muertas

Color de esas hojas, color de esas paredes, la tierra; gran parte de las lejanas islas son de este color. Densas y distantes. Es la honda pesadez del recuerdo la que se clava en este color, a veces de melaza, a veces de pared hmeda. Para quienes crean que un museo es sólo un lugar, y no un estado de conciencia. O un ser de villas, de casas muertas. Antes existían por los alrededores de Las Palmas. Ahora no sé. La ciudad ha crecido tanto que me parece como si la reserva de sus montañas cercanas hubiese sido totalmente arrasada y que esa luz de polisones, al atardecer, hubiese desaparecido con los últimos soles del invierno. Pero estamos, indudablemnte, en primavera, donde el sepia debe perder su vigencia, su vigor, su percedero verdor.

Sin embargo, las paredes empapeladas, la mugre, la humedad y los chorros de musgo permanecen a veces hasta bien entrado el estío. Las rayas policromas, el juego con el tapizado de las sillas, los almanaques de fechas pasadas, quizás de años que nunca han existido, reciben —a través de las entreabiertas ventanas, de las raídas cortinas cubiertas de polvo— un rayo de sol que viene del campo, tímidamente reflejado en el vecino estanque, en el ciprés cercano, en la piedra de líquenes amarillos, en el cristal opaco de la ventana, en el asiento verdinoso del sofá esquinero. Todo se deteriora en la dorada atmósfera con humedad de esporas.

Todo se deteriora, menos el renacer del sepia dorado en el papel de las paredes, en la decoración abandonada, en la pompeyana presencia de los bucráneos y las flores, de los geniecillos y el carcaj, a pesar de haber cerrado la verja de hierro que guardaba la entrada y de que hayamos después arrojado al estanque la llave oxidada. No hay remedio. El pálido reflejo sepia del papel de las paredes nos persigue. Miramos por dentro y por fuera los altos tejados, siempre húmedos, los eucaliptos que nos rodean, el cielo azul, hasta la noche del tiempo. Las herraduras que colgamos detrás de la puerta debe de estar completamente convertida en polvo, ese polvo de hierro pasado, carcomido por los óxidos más impensados, donde el metal y la materia orgánica no tienen ya límite, ni espacio para crecer. Pero no se borra de nuestra imaginación el sepia, el marrón, el beige, el color canela, el crema de las paredes, del papel de los muros y de los ligeros detalles azules y rojos que aún persisten. Es posible que en todo no haya más que imagen literaria, un pensar desde el libro a la realidad, un recuerdo de malas novelas, pero cuando vuelvo a ver, después de años, la veleta con su O —que no sé

si es de cero o de infinito— sobre las marginadas cúpulas, entro en contacto de nuevo con cosas verdaderas, reales, que se pueden palpar y que existen todavía.

Hay en nuestro Monte Lentiscal unas orillas y unos altos que siempre tienen estos cadáveres de casas. He visitado sus jardines, sin entrar en ellas, en noches de lunas, después de largas giras por todos los páramos y todos los viñedos. La casa, bañada de luz, el boj, lleno de misterio. No se ven a esa hora portadillas verdes, cercas de geranios, ni piteras. Todo está mudo de color y de luz. A veces se encuentran también junto a nuestro mar, invadidos los jardines por las arenas calcáreas, la vegetación, tratando de defenderse, buscando la tierra que quedó oculta bajo las conchas de los innumerables seres de las rocas silentes. Pero persiste, ante todo, el sepia de las paredes, el papel de literatura pompeyana, la leyenda del sillón de rejilla que nos rema, o del piano que ha dejado sonar sólo las teclas amarillas de su teclado semicubierto, con el paño bordado de fusas y semifusas, rosa por debajo y siempre crema por arriba. Es el silencio sepia que lo ha invadido todo, junto al mar y los caminos. Es el dorado sepia de las tardes sin luz, como un réquiem por todas las casas-cadáveres del mundo.

Los eucaliptos

Siempre tienen para mí rumores nocturnos, o el desfile de sus airosos penachos por las cuestas rojas de los alrededores de Teror, o el Monte Lentiscal, camino de Santa Brígida, lejanos a veces por las montañas, a veces blancos y grises, su tronco, junto a la carretera. En Tierra Firme los vi subir cuestas del sur del valle de Caracas, sobre las nuevas residencias, frente a lo que era mi ventanal de oficina, como de clínica, como son hoy todas las oficinas, con algo de hospital. Pero los añosos eucaliptos están en el centro de la idea, siempre olorosos a pócima de catarros, cubiertos de búhos en las noches de invierno o cercados de murciélagos o pequeños vampiros en los vésperos calurosos del verano levantino. En las tierras secas del sur de Gran Canaria jamás aparecen. En San Antonio de Telde no hay ni uno en el interior, pero sí por sus plazuelas externas, sobre la vía olvidada y la ermita cerrada. Los eucaliptos que daban hojas para la fogata infantil en la cuneta, a veces se mezclaban con las adormideras, que nos sumían en éxtasis, o las hojas del nisperero que estaba en la esquina, barquillos de canela, la acequia entre lajas o el trueno de los autobuses, de los viejos "coches de hora", por la carretera. Pero quizás el misterio de los eucaliptos resida en sus troncos, gruesos a veces, retorcidos cuando viejos, lisos y

esbeltos si se les cuida, troncos de diámetro uniforme en las tierras rojas de La Esperanza sobre la Laguna de Agüere, en Tenerife, con fondo de mar azul entre píteras verdegrises. El tronco lleno de signos extraños, a veces parecido al de los añosos plátanos de la India que recuerdo en El Escorial en el paseo de la Casita del Príncipe. Difícil. Seguramente tarde en descifrar lo que está escrito en ellos, en escritura vegetal llena de caracteres, ideogramas, rasgos cuneiformes o manchas con algo de petroglifos, que en este caso serían *botanoglifos* enrevesados, escritos a la buena de Dios, como estas líneas de vuelta, casi de bustródefón que daría lo mismo volver a releer al revés que al derecho, de arriba abajo o de derecha a izquierda... La canela, el blanco, el marrón, el gris, el azul de sus pictografías deben de añadir nueva complicación jeroglífica a estos quipus vegetales, a estas cordadas lavas de altura, siempre diciéndonos algo que nosotros no entendemos. ¿Acaso se volverán altavoces de la noche cuando el norte sopla? ¿Tendrán quizás empeño en demostrarnos que ellos también poseen su música? ¿Serán quizás pautas de un pentagrama desconocido? ¿Será música psicodélica lo que llevan en su savia sana junto a los nopales y las vides? El continente de los eucaliptos y las araucarias es Australia, el más desconocido, el más lejano, el que sigue siendo distante aunque viviéramos en América o en Asia. ¿En qué idioma de bumerán nos hablarán estos troncos que, de pronto, dejan desprendida su ropa, tendida desde lo alto, colgante de espadas que utilizábamos para los más incruentos desafíos? Cuando uno comienza a analizarlos, recordamos cuántas cosas están unidas a ellos y cómo nos duele su desaparición, cuando los hombres los atacan porque sus raíces poderosas derriban muros, desvían corrientes de agua, no dejan vivir a ninguna planta a su alrededor, secan la tierra, penetran por las cañerías hasta los baños de cada casa. Pero todavía recordamos algo más entre las tardes de sol y el atardecer húmedo y sensible: la lluvia de semillas azules y blancas en forma de pequeñas pirámides carnosas, con una serie de estambres que sobraron a la fecundación, amarillos y pequeños, juguetes encontrados al borde de todos los caminos, o reventadas por las llantas asesinas, colgantes de las ramas bajas, una vez que la flor ha desaparecido, convertidos en capsulillas que contienen una vida que no ha de continuar, como tantas cosas que se frustran en la inmensa naturaleza. Sus hojas lanceoladas nos saludan suavemente. Blancas, de un verde oscuro y después cubiertas de la dura xantofila del verano, hasta volverse a trechos rojas en el otoño, la más bella, dura, enérgica y paridora estación del año. ¡Eucaliptos, eucaliptos! ¿Serían las Euménides quienes dieran a este árbol de Australia su eurítmico nombre helé-

nico bien cubierto de hojas? Hoy, en el Centro, los atentados contra los añosos troncos han proliferado y el "requiescat in pace" lo va a poner ese ensanche de esa maldita "modernización" de las vías dolorosas, pues no son obras públicas las que publican obras, como pudiera creer algún ingenuo.

El pueblo de Tafira Alta

Aires altos de tormenta cruzan el campanario y éste parece resonar sobre la montaña, hueca, de las dos jorobas de camello. Tafira, presente en el recuerdo, con un cielo gris encapotado y sus magnolias y cupresos en torno a la iglesia de dorado altar barroco. Las hojas amarillas, de las parras, próximas a caer en las postrimerías del otoño, sirvieron para cubrir la desnudez de la madera retorcida, que llena de solemnidad litúrgica la amplia ecumene azul y ocre, de que hoy disfruta el reverendo don Bartolo, bajo sus casullas y dalmáticas recamadas.

Esto sólo basta para que exista Tafira: la iglesia sobre sus escalinatas de piedra negra y aquel mirador que contempla el lejano borde opuesto del enorme tajo del barranco frontero, con sus rocas peladas, y un recuerdo de bosques de mocanes, en que cantaran capirotes, en su fondo pedregoso. Y, tras de la iglesia, el molino de gofio, con sus paletas curvas, lleno de detritus el fondo, con ese ínfimo mundo de piedras rotas y de lamas verdes y el curioso mirar de los chiquillos, por los barrotes, hacia dentro:

—Miraá. Ahí viene el agua de la acequia. Si te caes dentro, el molino te mata.

Así acababan los anchos y curvos pétalos blancos de las magnolias cuando caían en el turbión espumeante de incontenible rabia. El color barquillo es en ellas el color del luto, por cuando estaban

sobre el tallo erguido, las blancas magnolias.

Ahora, las cerillas de sus pistilos serían los fósforos imprendibles del Cirio Pascual, que por este tiempo luce, en la iglesia, del lado del Evangelio.

En la puerta, carcomida, se ha parado una moza también color de luto de magnolia. Lleva el saco blanco de la ropa a los lavaderos, bajo los cercanos soportales, en la encrucijada desde donde se ve cuesta abajo un drago milenario. El peón de la finca cercana ha dejado en el suelo otro costal, como de un quintal de millo bien tostado:

—Buenas taldes, Mariquita.

—Adioós, Juanito. ¿Cómo están por su casa? Muchos recuerdos a cho Justa.

Con la misma, Mariquita ha salido contoneándose calle alante, hacia los lavaderos de la cantonera, pasada una casa de galería pintada de verde y puertas de tea vieja. Estos lavaderos de abajo dan vista a los Frailes y, en ellos, cuatro mujeres en plena faena, con el agua a media pierna “restriegan” con furia la ropa y tienden las piezas a secar sobre las púas largas y amarillas de las tuneras de India, de tunós que tiñen de púrpura los labios. Más léjana, la Isleta se empina por ver las palmeras y los laureles y, en el cielo, junto a ella hay una pincelada azul.

Las casas de Tafira, cerradas tienen una tristeza infinita, presagiosa de tragedias íntimas. Por un lado la tapia blanca y unos cipreses bordean el camino; por el otro, las ventanas dándonos con sus piedras, cristales y maderas en el rostro, herméticas, como las estelas funerarias de una civilización desaparecida. Quizás contribuya a esta visión el recuerdo de días de duelo en alguna casa mortuoria de estas cuyas piedras y tejados padecen la lepra de los líquenes. La oscuridad en que el muerto yace, bajo las cortinas corridas y las velas encendidas se avienen bien con este cielo de plomo, sobre las piedras en esta plazoleta con laureles, atravesada alguna vez por el cura con su andar pausado, solemne, ritual y campesino, con el breviario en la mano. En ciertas épocas del año —diciembre y enero—, los cuervos, graznando, pululan bajo los cielos de Tafira. Van en dirección noroeste, buscando no sé qué rutas color de azabache. Ayer un perro yacía muerto abandonado, y en él, como Franz Werfel, vi la belleza de sus marfileños dientes. Con el mismo fervor ancestral brillan las cabelleras rubias en la plaza de Tafira un día solitario de aquellos en que el viento ulula en sus dos esquinas. Hay como una intuición, en todo ello, de que tras las montañetas pizarrosas de cenizas volcánicas —Tafira es a veces un inmenso Miércoles de Ceniza—, en la hondonada trágica, con más caminos de cipreses, se iban a unir la leprosería, el manicomio, la casa de los tuberculosos y el cementerio coronándolo todo.

En verano, a la hora de la misa, despiertan estos lugares solitarios, las calles y los caminos estrechos o empinados de los alrededores de la iglesia. Parece como si todo un mundo de tragedias haya sido alejado con la alegría de las trompetas. Por detrás, por los caminos que avistan las cumbres y el mar, hay un bochorno de levante que sofoca y hace como de agua todo lo visto a ras del suelo. Mariquilla pasa entonces, remontando la carretera de Marzagán, con el sombrero de paja de ala ancha y el rostro arrebollado.

—Adiós, Juanillo.

—Adiós, Mariquilla. La caló te va a jacé daño, muchacha. Echate por la sombrita.

No hay gracia en el cielo. Pero las ventanas con persianas siguen cerradas, y parece que tras ellas alguien vigila las siemprevivas y los crisantemos del jardín enarenado.

Amanecer en el Monte

“Eu amarei a santa madrugada”, dice Anthero de Quental en un soneto. Y es que impresiona este silencio del campo cuando espera religiosamente que abra ante él la maravilla de un nuevo día; como se abre, ante la reverencia de la Liturgia, el ojo de Dios, el Sagrado Tabernáculo, cuando da paso a la Eucaristía.

En diciembre se han calmado los alisios. Todavía Eos, la de los dedos rosa, no había teñido con su sonrosada carne el horizonte, intentando atrapar el cielo por el lado de Jandía, cuando he quedado mudo en el borde de la cinta de azogue de la carretera, bajo los grandes eucaliptos. El rumor de plata de la acequia no es aquí presagio mortuorio, palidez de luna enferma, sino alegre y cantarina realidad de alborada. La volcánica tierra está negra por la tarosada, que ha caído durante las horas nocturnas de cuarto creciente. Parece que en ella se ha refugiado el oscuro murciélago de la noche que huye. Crujen los granos del picón a la pisada que avanza sobre el enarenado paseo, entre la muralla de las yedras y los cupresos. Y junto a los cipreses torcidos y convertidos en arcos de triunfo vegetal hay claveles tronchados, símbolo de un jardín en abandono. Canta un capirote en la bella-sombra, pero en su voz hay una nostalgia de mocanes y dragos ancestrales. Su canto tiene la inconsistente algarabía de los gorriones y los pardillos. Es un canto solitario y triste. En el divino abandono que, con toda su pequeñez, quisiera tener un arpa hecha de araucarias gigantes como aquellas dos que asoman sus puntas erectas por sobre los más altos torreones.

No espera el corazón más que el grito del alba. El verde de los árboles en puntas de lanza hieren el cielo azul, que comienza a desangrarse por Oriente.

Un jardín del Monte Lentiscal al amanecer es, en todas sus líneas, a la vez mágico y clásico, oriental y apolíneo. Como se aúnan, a la difusa claridad matutina, los rododendros, los arrayanes y los cupresos de Grecia, con los ibiscos de la India y el jazmín del Japón, es algo inexplicable. Esto sólo lo imaginamos en ese punto de la tierra donde vivió la cultura helenística del arte Gándara reproduciendo el aspecto batracio de los Budas sedentes, en

pleno corazón del Asia. Los tirsos de yedra o los arcos de vid que parecen arrancados de un plato de Brigos o de un lequito de Jonia. Las buganvillas purpúreas junto a los cactus erectos de los viejos aztecas; el geranio rojo, malva, rosa, blanco, junto al laurel de los Juegos Olímpicos.

Faltan aquí las estatuas blancas de Diana o el Amor, como en esos jardines de la Castellana madrileña, en que ateridos por el frío del invierno disuenan por completo en lo alto de sus carnes, del ennegrecido ambiente de la tierra, que ya sólo espera heladas. Sin embargo, este jardín presagia un Apolo sauróctonos que se contemple, atento, en ver subir por el tronco de un árbol el rastro verde de un lagarto.

Faltan aquí los naranjos de Telde o de Sevilla. Ahora están cuajados de oro, en el suelo algunas de las pomos, cubiertas, en parte, por ese verdín que las hace emanar un humor blanco y oloroso de podredumbre sagrada, de un delicado perfume que sólo se puede percibir junto al tilo grande del jardín de San Antonio o la verja del parque María Luisa, frente por frente al evocador balcón colonial del pabellón de Méjico.

Una tarde de la muerta primavera estaba asomado a uno de los arcos de yedra del jardín más alto. De pronto, un chapoteo aéreo, el paso de un ave pesada cruzó ante mis ojos. Las aves y los presagios tienen este mismo vuelo torpe. Era un ave que no había visto nunca por estas regiones. Muy tierra adentro, era marina, con amplias membranas amarillas entre los dedos de sus patas, blanca, blanca y con alas apuntadas de negro, algo más grande que una gaviota. ¿De qué jardín de algas marinas se había desprendido para volar hasta el mío? ¿Qué mares enarenados, con restos de ballenas rotas y de naufragios enteros había abandonado para llegar hasta el jardín de los ilanes y de las bergamotas? Sin rosa de los vientos, sin timón ni anclas, navegando sin rumbo, entre la costa y la luna, llegó hasta aquí con las alas extendidas, en un abrazo anheloso de lo por venir.

En este archivo de mis recuerdos de amaneceres en el Monte hay casi siempre un color rojizo anaranjado del sol atravesando los cristales, y en otra época dando el color naranja a las nispolas amarillas y blancas, y un siena más tostado a los racimos de uvas moscateles. Estos caminos de por aquí —entre la transacequia y el antemural de Monte Coello—, cuando aún no estaban cercados por el cemento, tenían macizos de bajos lentiscos. En sus puntas se reflejaba el sol del amanecer. El muro rosado no era aún el muro amarillo, y en el invierno había un más jugoso verdor con el verde intenso de las lentejas y el más pálido de los guisantes de olor. No estaba aún poblada la hondonada entre Villa Rosa y la Casa de Cuyás, y en esta estación del año había

plena libertad para atravesarla cortada sólo por las trochas de los más hermosos geranios. Estas Alhambras, estos Generalifes y hasta estos Taj-Mahles de pacotilla, que con su monumentalidad roja con arcos de herradura guardaban ambos flancos del amplio círculo de nuestra vista, fueron testigos de muchos amaneceres del Monte sin más vehículos por la carretera que los charabanes y las reatas de mulas y borriquillos que transitaban entre la ciudad y la vega de Enmedio. También tuvo su época el hotel Santa Brígida, con su estilo de típica arquitectura de madera colonial inglesa, con el evocador y cuidado jardín donde crecían los helechos arborescentes y las acacias y donde también tenían su sede los rododendros y las "lenguas de tigre". Hoy todo esto ha muerto entre la baraúnda de villas sin estilo, y hasta el Conde coronó su finca con un muro que nos acota el campo y traza rectas de cemento sobre un paisaje del Monte que tiene resonancias de Historia Universal, no sólo por los vinos que producía cuando Shakespeare elogiaba los caldos de Canarias, sino porque mirando desde la carretera hacia el mar por donde ahora está amaneciendo, todavía está a la sombra una casa donde se guarda el pequeño museo familiar de Galdós, casa también con jardín de geranios y veredas en zig zag, de madre-selvas, de buganvillas, de cupresos, de araucarias...

Y aún tiene el estilo de una época anterior el palacio del campo del marqués de Acialcázar, con cristalerías interiores, y azulejos sevillanos, cuadrado al exterior, de una sola planta, sobre murallas que dan a un más bajo baranco, enfrentándose con una graciosa montañeta de cupresos. Luego se cierran sobre las laderas las grandes casonas rojas de otra época, con persianas verdes y paseos solemnes de algarrobos... Y, sobre todo esto, sobre el ayer y el hoy, el sol pinta ahora sus primeras luces.

Juegos del recuerdo en el Monte

—Juegas con nuestros recuerdos y ese es un juego desleal que nos inclina a la benevolencia.

—No es por eso; es porque a todos nos gusta que nos hurguen en lo más triste, y lo más triste para todos ha sido siempre la infancia.

—Sí, bajo el rumor de los eucaliptos y de la lluvia de sus copos con olor de tisana, rozando las cabezas bajo las ramas de los heliotropos y los embelesos, buscando el aroma de la lluvia, ahora que el suelo está negro y corre la acequia de nuevo...

—“Nunca más volvieron los ansiados días del glorioso estío.”
¿Recuerdas este verso? Todo terminó ya. Con las últimas va-

caciones se enlazó la primera guerra de nuestra generación. A continuación, la segunda.

—Ya no supimos más de la niñez, ni del rumor de las abejas cantando en lo alto, ni de la lluvia de las mimosas amarillas, ni del cazar las bolitas aceradas de las cochinitas de agua, ni del descubrir las babosas bajo la humedad de las macetas plantadas de begonias, con sus flores de corazón.

—Pero ahora que se enfrían las manos, háblame siempre del estío.

—¿Es que recuerdas con más amor el sol picante? Pero entonces, cuando el sol ardía, tras las montañas de más allá del barranco, un negro nubarrón presagiaba la descarga de sus hinchados odres. El suelo candente dejaba escapar un suave vapor que hacía mover, a nuestra vista, los sarmientos. Instante después descargaba el turbión y los enjambres callaban asustados. El bisonte pasaba saltando, borracho, sobre la Caldera de Bandama que los vinos del Monte habían colmado en otros tiempos. Era entonces como una inmensa crátera llena de púrpura falernitana.

—Y de los arcos pendían algunas rosas que deshojábamos sobre el paseo. Y otras flores eran como la seda de suaves. Hacíamos incendios de hojas secas. Las cercas de piedra negra tenían lacras amarillas. Por la carretera pasaban los sábados reses bovinas de un color pardo bravo o de una piel pálida y cremosa. Un toro clavó sus cuernos en las carnes sudorosas de un peón y la sangre brotaba como en las varas los gladiolos rojos.

—Casi siempre el recuerdo de tu Monte es de colores. Pero quiero ahora no dejar sin su lugar las canciones y la obra dramática, la acción que siempre representábamos. Unas veces éramos la banda de indios que entrábamos a saco en los gallineros para poblar nuestras hermosas cabelleras de plumas multicolores o como cuatreritos desmandados en los haces de cañas dispuestas para hacer horquetas, que nosotros convertíamos en caballos de sueltas crines. Tal era nuestra imaginación. Otras representábamos "que representábamos" y cortinas y trajes viejos eran siempre pocos para cubrirnos de los pies a la cabeza. Pero nuestro mundo tenía también sus límites: la cerca rosada del camino de los Lagares, con el remate de la casa de la montaña en lo alto. Casa con persianas y galerías de madera, araucarias y yedra, patos y cisnes y pavos y pavos reales en sus amplios gallineros. Era la casa que anhelábamos del misterio, casa como para escribir desde ella otras *Cartas desde mi molino*, con ventanas sobre Las Magnolias y el mar.

—También era actor el viento. El que sopla del Norte, trayendo el vaho blancuzco de las nubes a ras del suelo; la niebla.

que roza su vientre desgarrado por las sarmentosas vides, sobre el picón; que silva en las ventanas y enrumorece los altos eucaliptos; que resuelve la lluvia en torbellino y trae el granizo; que hace caer las rosas marchitas, las flores rojas de los ibiscos y el de las bellasombras. Y el que sopla caldeado del Este, el Levante, el Orus de nuestros mitos, que vacía el odre azul y orondo de la uva hasta convertirla en negra y arrugada pasa.

—No había terminado. Detrás teníamos otro límite. Era otra cerca de piedra negra y, sobre ella, el diablo, o algo que nos parecía. Un siniestro morueco de retorcida cornamenta vigilaba atento, estacado, detrás de ella y, algunas veces, empinábase sobre la cerca hasta parecer como la misma constelación zodiacal de Aries, recortándose en el cielo azul, en pleno día.

—Otro actor era la Geología, con su primera actriz, la Botánica. Una antología de estas evocaciones fitooníricas formarían una corona de euforbiáceas en la frente de la diosa Tirma. ¿Te acuerdas del día de nuestra primera escalada al pico de la Caldera? La hierbecilla seca hacía resbalar nuestros zapatos y sólo nos servían de apoyo en el bajar los pequeños agaves verdelechosos. Cuando volví de mis primeros estudios, entonces tenía ya llena la memoria de traquitas y basaltos, de cenizas volcánicas, de lavas cordadas, de la serie andesítica...

—Olvida. Las casas y los jardines aprisionaron los viñedos. Ha muerto el recuerdo porque al volver no habrá ya quien lo evoque y éste se conserva mejor en cualquier lugar que en aquel sitio donde están presentes, aún, los mismos árboles bajo donde corren los hijos de aquella generación.

Las Goteras

La carretera de la "vuelta al Mundo", pasada la Atalaya —cuevas y alfarería— se interna en el hondo barranco de las Goteras con sus insinuantes curvas. La mañana está limpia de nubes, alta, azul, de viento Norte y es de recuerdo marinero en este rincón de la isla desde el cual no se divisa el mar: mañana de la Virgen del Carmen con función en la ermita, con la palmera de los cohetes estallando sobre las "maúras" endomingadas —polvos de arroz sobre el bigote y las carnes morenas mal disimuladas, velito negro, trajes de un rabioso naranja, azul añil, amarillo limón—. El estanquillo de la entrada tiene recuerdos de hombres ahogados, como todos los estanques de Gran Canaria, piedras resbaladizas, algún charquito de agua y las lentejuelas esmeralda cubriéndolo por completo, pero además un nombre de profunda evocación familiar y unas cañas ralas. Estas Goteras de hoy, des-

pués de los largos años de sequía, no son aquellas que conocí en mi niñez, casi cubiertas las paredes del barranco profundo de un musgo brillante, con helechos pequeños por cada junta de las piedras, rezumando agua por los costados cercanos.

La gente se agrupa en la pequeña ermita situada a media ladera, bajo un alto farallón volcánico que deja, debajo, cuevas calizas. Lejana se alza la Atalaya, que dejamos atrás, casi como el torreón agujereado de una fortificación extraña o la torreta de mando de un acorazado. Hay turroneas que levantan el campo a las órdenes de un guardia municipal y, dentro, resuenan los cantos del coro de niñas que hacen burletas a un San Pedro —talla en madera de mágica estampa— que en la sacristía espera paciente a que necesiten las llaves del cielo. Detrás hay gallineros y el risco cortado a pico se alza sobre el fondo, por donde discurre la carretera, los estrechos cercados de plataneras naranjos, guayabos y más abajo un grupo de casitas blancas. Al terminar la función entramos en las gañanías soleadas, donde el estiércol se acumula y tienen su reino las moscas y los bóvidos nos miran resignadamente con sus aguados ojos cansados de contemplar a los humanos. La ternura de los novillos, la sombra de los olivos y de los acebuches, el color del barro amasado, acogen al peregrino con el gesto de las cosas eternas: sin dar más que el rango clásico al ambiente.

Más tarde, bajo el amplio emparrado de la casa, la sombra se hace transparente y la reunión es íntima en el patiecillo pequeño más a la sombra aún. La comida tiene solemnidad litúrgica y patriarcal bajo la presidencia de un cura. Recuerdo de una lejanísima comina en Gáldar y otra más reciente en el Madroñal presididas por sacerdotes. Siempre tienen estas comidas así un sabor tan nuestro que las hace de placidez terrenal íntima. El vino parece sólo de estos contornos y el agua es de San Roque o, todo lo más lejos, de Firgas. Las carnes tienen unas transparencias rosadas, con los cantos dorados, sobre el albo mantel. La fruta, una rotundez elegíaca. Eran unas naranjas desvariadas, fuera de tiempo, cuando ya el verano calienta con su hábito encendido. Se hablaba del volcán, del día, del círculo mágico de las horas. Salían a relucir al final cuentos y cuentos, bajo el emparrado o aguantando el solajero hasta llegar a la sombra de los árboles de una huerta más amplia frontera a otras igualmente verdes. Se habla de cuando se les derriscó la vaca a los Morines, de cuando Pepito María se dio el tiro o de cuando doña Lelia se encontró en el pasillo a su marido abrazado a la criada, y les dijo:

—Jesús, mis hijos, ¿cuál de los dos se va “pa” Cuba?

O de cuando le pidieron un mantón de Manila que le habían

prestado —que era un viejo recuerdo de familia— y ella se hacía la sonsa, hasta que por fin respondió:

—¿Por viejo? Si por viejo lo quieres ahí tienes el Pendón de la Conquista.

La tarde se cansaba ya de tener al sol en alto y dejaba caer un poco los brazos cuando nos asomamos al mirador volcánico que tiene enfrente el muro sur de la caldera de Bandama. Allí el barranco de las Goteras, estrecho por arriba, se comienza a ensanchar y da a tierras más amplias, a perspectiva, sin la miniatura íntima del paisaje en que habíamos vivido el día. Pero quizás con esto las Goteras pierdan su esencia, que debe ser de azahares, de piñas de plátanos recién cortados y de papayas en sazón.

Las Vegas

Está atardeciendo. El sol va a dejar de lucir en las Vegas y entre los picachos parece que ha lanzado su último chorro de oro, por donde intentan marchar las tierras disueltas hacia la trasierra. Santa Brígida, con sus jardines lejanos, pronto dejará de ser divisada desde el mirador que da sobre el tajo del barranco. Todavía es suficiente la luz directa del ojo del cielo para que entre verdes pámpanos y vides amorosas, parezca como si renaciera el mito dionisiaco. El sol se filtra a través de los poros de la piel de la uva y sus rayos llegan a la ardiente semilla que reposa en su seno. Así es como el vespertino Baco marcha sin rodeos a la vecina bodega —de donde emana el olor a la reciente pisada y miriadas de mosquitos del mosto— y penetra por la ancha puerta, de carcomida madera y clavos herrumbrosos, para llegar a la pipa repleta con las arandelas tensas, todo potencia y fulgor en cada oculta molécula bajo las arqueadas duelas. Aquello que fue una masa informe y morada en agosto, bajo las piernas desnudas de los vendimiadores, rezuma ahora calores de soles pasados por muchos años.

Contienen las encendidas teas de los barriles, bajo la perfecta rotundez de sus arcos, un líquido tan dorado como el aire que nos rodea en este instante y se extiende sobre la vista lejana del valle. Hay balidos de machos cabríos en los corrales lejanos, mientras Sileno cabalga, panzudo, en su borrico por el camino que baja de la cumbre.

Un rumor de voces llega de la lejanía. Son lavanderas que vuelven, en la tarde, de la fresca corriente aguas abajo de la fuente de las ñamerás, y que, como aquellas otras de las playas de Itaca, vienen de lavar peplos y túnicas divinas, entre los

que duermen rústicos reyes de establos. Se respira el rumor de los álamos que a vueltas plantas y verdes se esconden en lo más hondo del paisaje, mientras quedan los mesetones basálticos superiores para los penachos erguidos de las palmeras. Hay muros y cercados y casas que se escalonan por todas las Vegas hasta los verdes huertos de castaños, que encierran las montañas como si tuviesen un tesoro de esmeraldas que no conviniera exponer a la luz delatora del Sol.

Las flores nocturnas de los cercanos jardines acaban de abrir sus corolas. Son casi todas ellas campánulas blancas de enredaderas profusas colgadas de muros junto a enarenados paseos negros. Así permanecen abiertas las ventanas de muchas casas, pues a través de ellas se ven las primeras luces de la noche, brillando una acá, otra allá. Otras se mueven. Son las que corren con escalofríos de espanto por lo alto de las montañas, las luces de brujas o de los gañanes que oyeron ruido donde están las vacas o el gallinero alborotado a deshora. Poco a poco las vegas se confunden con el cielo sombrío. El valle parece entonces un Valle de Gigantes y sube de su fondo una fría neblina que todo lo envuelve y todo lo apaga.

Mas sí, quizá, los muertos cráteres de la Luna
O el oro en que Saturno irisa ancianidad.

Este es el paisaje que momentos antes fue de una claridad azul en las montañas y que ahora es como tremenda dentellada negra al cielo donde brillan las estrellas. Momentos después Selenene corre con las vestiduras de plata ceñidas por los altos picachos. Va otra vez en busca del pastor Endimión, que se oculta en cualquier cueva de la Angostura o quizás haya corrido abajo a refugiarse en la Calzada donde aún viven los últimos mocanes. Nos parece esto como un paisaje que adivinásemos de cualquier planeta lejano. Entonces la Luna no tendría sentido sin otra resplandeciente compañera en el cielo y quizás el arco brillante de Cronos ceñiría entre dos roques inmensos la bóveda que se ha quedado negra.

Hoy, allá en la alto

Hoy, allá en lo alto, sobre la bruma y todo el centro, bajo la capa verde del invierno, transcurren las lunas de los que no han nacido y los vientos de Satautejo; desde una terraza de despedidas, hace muchos años, hasta ayer, mucho más arriba, donde las Vegas del centro siguen avanzando hacia la cumbre y alguna vez recuerdo haber pintado un ángel sobre campo de azul. Santa

Brígida en el medio, con su lago de almendras, palmeras y palomas a la vuelta de las esquinas de cal que no encuentro, bajo los alares mohosos que cobijaron antepasados muy olvidados. Su negra torre iza de vez en cuando un rayo de sol o la bandera de una presencia encantadora o la ausencia de un codicilo. El resto son dalias y rosas, crisantemos, crotos y helechos en sus ferias de color, y ventanas con niñas sentadas a la espera del alba. Ahora me siento inundado por esta luz que no acaba de surgir desde el centro del barranco y por el recuerdo de un uniforme completo de "joven vestido de blanco", abandonado, en un verano, en un banco de azulejos sevillanos, sobre la casa diseñada por don Laureano.

Se superponen los recuerdos: el pequeño salón del Ayuntamiento con los discursos de Chano o de los dos Antonios que he visto pasar por allí y del propio don Agustín, y, más abajo, las cuevas de Artilles, con sus brindis. Porque en Santa Brígida no sólo se superponen los planos geográficos, sino los históricos —de siglos—, junto a los recientes de papel de prensa diaria y matutina. Aquí, donde los trópicos no me alcanzan y, sin embargo, llevan sus paralelos hasta el de Cáncer y el de Capricornio, con la esfera armilar bajo el brazo y de rodillas contemplando desde la alfombra su alta arboladura, nave, valle y jardín, árboles, musgo y tejar, bajo la suavidad de los cielos que acariciaba.

Santa Brígida, sensual, reloj y heredad, patio y escalera. Desde Andrés de la Nuez, alcalde de Santa Brígida, según el diario de Juan de Quintana, en el tomo II, segunda parte de *Las Piraterías y Ataques Navales*, en el momento de la invasión a Gran Canaria por los Estados Unidos de Holanda, Zelandia y Geldria —según Antonio Rumeu—, hasta que mi familia sale de Las Goteras hacia Telde, destino cruzado en que las mujeres —como siempre— jugarían un papel multicolor de cometas en el aire, como el de las aguas represadas. Como aún están, allá arriba, aunque parezca un cuento de hadas. Hasta mis días del Monte Lentiscal, cuando aún había lentiscos y viñas donde ocultarse, todo en torno a esos rayos, a esos lagos verdes que no puedo olvidar y que se prolongan a veces con su luz, mucho más abajo, hacia la Calzada o hacia Las Magnolias, en lagares donde la destrucción amenaza muy de cerca con su panoplia de cimitarras, dagas, alfanjes y kris malayos..., los muros de piedra seca entre nosotros y el viento, sin olvidar las casas "en la orilla", entre las vides de la Data y el fenollar de los Montes despoblados de antaño, pues de todas las islas tienen estas islas algo. Y de Mallorca más de lo que a veces creemos. Piratas, portulanos, navegantes, esclavos, chuetas, mudéjares, moriscos, vascos, aragone-

ses y todo ello bañado en esa luz latina del Mediterráneo, morena, y la última resonancia del grito de Pan en nuestros arrifes, más allá del Rif y de las columnas de Herakles.

Pero arriba sigue Santa Brígida, en una noche de despedidas, de bóvedas negras de luna con tachones y rayas de estrellas. Eso que escribí en su mano y en el recuerdo de mi primer relato de "ciencia-ficción" que tracé sobre papel de barba y a tinta china, con ilustraciones del propio autor: una novela titulada *Venus, dos mil horas*. No de viajes sobre cohetes juliovernescos, sino en una especie de ferrocarril interplanetario con su vía bien trazada sobre travesaños de fantasías y paradas reglamentarias en las desiertas estaciones intermedias, en los numerosos amaneceres del trayecto. Despedidas para Venus que eran presagio de las despedidas para Venezuela. Se rompían cristales con cabezas bien pobladas y el vino bañaba los corazones al descubierto, siempre remontando más arriba el recuerdo en estas islas del olvido.

Las Palmas está lejos. Santa Brígida es nuestra capital, como una Palas Atenea sobre la Acrópolis que la sustenta, con su cuerpo de diosa nacido de la cabeza del omnipotente Dios Padre del Olimpo helénico, imagen criselefantina de sí misma, imagen que es real e imaginaria a la vez. Armada de todas sus armas, con el peplo de inmenso brillo y el búho de la sabiduría —casi una *Revista de Occidente*—, que en la noche he visto volar desde El Palmar a Siete Puertas, en busca de una talla, una cerámica, donde las figuras negras resaltaban con trazos blancos sobre el fondo rojo del barro. Las retorcidas grecas del destino que nos vuelven de nuevo a Santa Brígida son como los hilos de Ariadna o los de la vida humana, de las Euménides. De ellas dependemos, mientras la glaucopis de muslos resplandecientes, bajo las nubes del tiempo, tiende una mano clemente dispuesta a perdonar los pecados del espíritu que pueden cometer contra ella —que ya se han cometido—, mientras que con la otra blande la divina saeta dispuesta contradictoriamente a la venganza contra el Colegio de Arquitectos y los bárbaros del Norte que tratarán de destruirla. La sierpe, que robó a Erecteo, ha quedado en metal sobre su escudo y un veloz automóvil se paraliza en el angosto pasillo de su teatro. Arriba, los pájaros, los plátanos de Indias y los sillones lustrosos están denunciando nuestra herencia. La otoñada nace de la agónica villa para salir a mi encuentro. El verde templado del aire rebota en el calicanto de las esquinas. El casco de ciegos ojos mira hacia lo alto, mientras las dagas venecianas reposan en los bordes de su luz, penetran el corazón de los mortales y la hiperbórea Santa Brígida permanece incólume sin quebrar su voz de piedra ni un instante.

Es tarde ya. Hay que descender desde lo alto...

LAS CUMBRES

Por una cara dan sobre la misma Naturaleza y su Ciencia. Un gran ventanal, las auténticas Cumbres al fondo y en la misma sala, un gran mapa geológico de la isla. Por otra, la Naturaleza asimilada por el hombre (mito y arte): Cibeles, la diosa de la tierra y las montañas, y sobre dos fondos lejanos, el Museo del Prado y el Museo de Arte Moderno.

Desde nuestra ciudad no se ven las Cumbres. Hemos de adquirir, para verlas, la perspectiva del mar, de la Isleta o de las alturas que nos rodean, próximamente. Entonces se nos aparecen coronadas de nubes, oscuras, grises, cenicientas u ocras, pardas, rojizas o doradas, según la hora del día, la diafanidad de la atmósfera, la estación del año, haya tiempo sur o norte. Cuando más se nos dan como geología cristalina, más se aproxima nuestra mirada a la maldición o al rezo. Las Cumbres, para sernos amables, han de estas cubiertas o surgir entre vahos gigantes, entre girones de nieblas y desgarrones producidos por el sol. A sus dioses inconscientes que en ellas perduran se acercan los barrancos familiares.

En síntesis, se puede decir que la Calología objetiva es un producto del Sur, del paisaje mediterráneo, y todas las demás teorías sobre la belleza y la estética son productos nórdicos, teñidos de la grisura del Septentrión o de esas claridades otoñales de Europa todo lo más. Aún la estética española no tiene nada que ver con el amable Mediterráneo. Es de meseta. Conservando su dogmatismo, se dio a la Mística.

(Pero lo que nos interesaría, para situar en el tiempo nuestra interpretación de las Cumbres, es saber cuándo y cómo nació la pasión de los artistas por el mundo que los rodeaba; cuándo realmente se empezó a dar al paisaje un valor espiritual consciente y lo reproduce la Literatura y el Arte.)

* * *

Las Cumbres de Gran Canaria son, por su mera existencia, monstruosas realidades artísticas. A la Tempestad petrificada de Unamuno se puede replicar que la misma Tempestad es una imponente sinfonía wagneriana de la Naturaleza y que muchas veces las superficies lisas de los grandes monolitos coinciden con la representación cubista de las fugas de Bach. Las Cumbres, por su gigantéz, no tienen medida humana, no tienen medida clásica. Es de origen, de raíz, todo arte relacionado con las Cum-

bres, sin el artista proponérselo, arte desmedido y terrible, canción inacabada, frase musical incomprensible, grito de espasmo.

Ya no estamos en la época del Mito, pero sería preciso crear una mitología para nuestras cumbres. En esto como en otras cosas lamento el que la Antigüedad clásica no nos hubiese abarcado. Banquetes de dioses en la Cruz del Saucillo y un Cronos-Bentaiga derrotado por la nueva generación de dioses cuyo padre es el Nublo; un coro de diosas blancas en el Pozo de las Nieves y los condenados gimiendo al paso de la Neblina...

Luego, en la Edad Media, hubiésemos tenido códices miniados en que la Anunciación tendría como fondo de ventana la silueta descarnada y geológica de nuestro mundo central y algunos de los volcanes, hoy apagados, expulsando la ceniza negra sobre campos de esmeralda.

Y entonces hubiese llegado por sus pasos contados la pintura y la literatura de hoy. Ella, para nosotros, en nuestra isla, ha de participar de la Geología, pues ésta forma el espíritu del país. No se comprendería la historia de Inglaterra sin su Carbonífero. Ni la de España sin el gran arco de granitos primitivos que cruzan de Galicia a la Meseta. La historia áspera y terrosa del reino de Aragón es la de su interior de muelas mesozoicas. El arte de nuestra isla descarga sobre su geología: la música increada y la pintura, la escultura y la literatura presentes.

Como resumen de la eterna lucha, España, que de por sí es un microcosmo, presenta en su historia estética dos corrientes bien definidas. Lo dulce y blando, lo bello y grácil de Andalucía, frente a lo grandioso y áspero de la Meseta, lo escueto y duro. Es un dualismo que a veces se presenta hasta entre hermanos. Aunque parezca extraño, con otras características y sin tajantes diferencias que nunca existen en arte ni en la vida, también en la isla se repite el fenómeno. Es nuestro dualismo de Mar y Cumbre. El mar sonoro, cambiante, movable, amable casi siempre, clásico, tranquilo, pero a veces también trágico. La Cumbre incommovible, los pagos altos. Todo artista canario vive entre las dos tendencias.

Y mientras, todo se mueve en su torno: aguas, casas, hombres y barcos, en lo alto, en los atardeceres en que el cielo es gris tras ellas, las Cumbres semejan la piel de un rugoso monstruo abandonada, que ha quedado mal puesta en el centro de la isla esperando al taxidermista que la sepa recomponer. En las mañanas de sol tienen claridades de oro. Al mediodía suelen reverberar con espejismos de pesadillas. Cuando hay niebla son sus roques, proas, quillas al aire, siniestras arboladuras que navegan por un cielo de algodón para, de pronto, sumergirse en un caos de cien millones de flores blancas.

Pero cuando las Cumbres toman su tonalidad más bella es cuando los atardeceres tienen días de otoño, mientras en otros lugares de la Tierra cae esa lluvia dorada de las hojas. Son palabras robadas a Juan Ramón: "¡La cumbre! Ahí está el ocaso, todo empurpurado, herido por sus propios cristales, que le hacen sangre por doquiera." Una catedral en ruinas es entonces nuestra Cumbre. Aún quedan vidrios policromados en sus ventanales, pues un rayo de sol que las traspase vuelve morado, verde, azul, rojo, naranja, el paisaje que conocíamos con su tonalidad grisáceo verdosa. La abundancia de púrpura hace pensar en algún crimen. Pero seguramente se cometería en edades geológicas ya olvidadas y de él no se tendrán noticias más que en el día del Juicio Final.

Tejeda

Todo turista, si tiene talento, puede poner en circulación una frase que no tarda mucho en llegar a ser un lugar común, del cual nadie se cuida. Quien repose un mediodía de sol y cielo alto bajo las huertas regadas por la fuente de la Gallina, de la Piedra Molino, del Barranco de Acá en el Rincón o las húmedas por los regatos de los heredamientos de Cuevas Caídas, El Vaquero, Los Manantiales, El Viso o las Rosetas en la Culata; o aquel que rueda un atardecer morado, aguas abajo del barranco, por el Fondillo, con las corrientes del Colmenar, La Higuera, la Fuente Ciega, la Charca, por el bravo Timagada con Ayacata o Risco Palomo por la Solana, con el Chorrillo, aleja para siempre de sí todo pensamiento relacionado con nada terrible y enegador.

Los vientos del primer cuadrante dan a las mañanas de primavera un lírico frescor. Más allá de las Lagunetas el aire se enrarece de jaramagos. Por el parador, los girones de bruma, y de pronto el círculo de los gigantes rosados. Desde él no se adivina siquiera lo que es Tejeda. Descendemos de la Cumbre. El pueblo. Ahora entendemos... Aquí toda una vida. Aquí, en un solo valle, donde hay gentes que cultivan sus rosas y mueren sin salir de él. Arriba el pinar, por Tamadaba, por Pajonales, las degolladas, los caideros, las charcas arenosas, la miel en los panales adonde no es posible guindarse, en los altos farallones cuarteados de berodes y artabacas. Aquí no ha salido a las eras la orteguiana Nuestra Señora del Arnero, pero hay un aire entre los guinderos que urge delicias pánicas. No es tampoco este valle un valle mirífico al estilo de Sangrilá. Es un valle macho, con sus problemas de sangre y de agua: frente por frente a la fortaleza de Acoma y el poblado castellano mirándose piedras con-

tra tejas; el agua corriendo a raudales por medio de la calle, pero al atardecer con un trazo rosa y otro amarillo sobre la lejanía del pinar poniente he oído:

—Oiga, Panchito, ¿me podía echar pa mañana el agua de la señora?

—Mire, cristiano, usted sabe que yo no puedo disponer deso.

El peticionario ponía remusgos de odios ancestrales en la voz bajo la galería de madera, sobre el poyo que iba quedando en la oscuridad. Un aire frío de estepa ponía roja la piel de las muchachas. Un caballo pasó cojeando con un tipo gordo, de polainas, encima, que se paró poco más allá. La campana de la iglesia tocaba al Rosario de la tarde.

Tejeda tiene al Este el enorme espaldar de las Cumbres, desde el Nublo hasta el Chapín, pero el pueblo está como en un saliente que deja al Norte la concavidad del Rincón, bajo las macas y repisas del mismo Chapín y la montaña de Constantino; y al Sur el revuelco de la Culata limitada por Juan Gómez, el almagre; la Mina de Tejeda allá en lo alto, con pasta roja sobre el risco negro, y el Nublo y el Fraile orando en el extremo. Pero del Nublo deriva hacia el Oeste una larga cadena de montañas tras la que reptan la carretera de San Bartolomé, poniendo remate al circo de Tejeda y alzándose sobre el Fondillo, casi recto, el enorme castillo del Bentaiga que hemos visto de amanecida, con su verde manto de almendros. Bajo de él está la salida del barranco hacia tierras más bajas, enfrente mismo del balcón que el pueblo tiene sobre sus propias tierras, con el Colmenar, Las Rosas y Guardaya a la derecha y como telón de fondo el recorte lejano de Tifaracal y Alta Vista y la fortaleza guanche de Acusa. Los barrios se extienden por todo este quebrado terreno, en el Rincón, en la Degollada, en el Majuelo de verdes prados, en la Tosca morada y roja; el Espinillo, la Solana, el Chorrillo, el Toscón, el Juncal, el Carrizal, la Culata... En el interior de los bellos caseríos, entre huertas de perales, albaricoques y manzanos, de almendros y guinderos, cercados de papas y millo, las barrancadas de llenas aguas, fuentes con fiámeras y juncos, las cabeceras de los dos brazos, que bajo los grandes farallones sobre los que se asienta el pueblo, se unen para formar el barranco grande de Tejeda. El del Rincón nos ofrece la variada topografía del Lomo de los Santos, la Erilla, el Majuelo, Peña Rajada, huertos y arcones dentro de las casas de piedra, la fruta de los ciruelos y la curiosa fuente de la Pata de la Gallina, con la señal de sus tres dedos gigantes que entraron en tierra cuando la mitología era carne de este valle. La cebada y el trigo verde se empieza a dorar con el sol de justicia de estos días que andamos. Pero la hermosura de los almendros verdine-

gros sobre la corriente de las acequias, por la Piedra Molino, tenía algo todavía del mito paradisíaco primero. El molino molía gofio y el agua manaba mansa o balbiando bajo las piedras con llano. Más allá, las montañas se pueblan de retales, escobones, retama, melosilla, incienso, tomillo y tabaibas, yerba-risco y tajinas-te, revenchón y alpispiri, en una agradable y terrible desarmonía.

El puente de la Casa de la Huerta nos conduce a otro mundo de donde no está lejana la tragedia. Fue aquí donde durante las últimas grandes avenidas, cuando parecía que el mundo se venía abajo, bajo el turbión de agua, una de estas pobres casas de piedra seca fue arrastrada barranco abajo, dando tumbos por precipicios y piedras, a las cuales la ablación ha dado esas superficies curiosas de monstruos alabeados. Por aquí, aguas arriba se entra a la Culata, y aguas abajo hay bellos prados dorados por el sol que ya pasó el meridio. Las casas tienen una sola planta y la parra delante, techo de dos aguas, de teja, con vigas sin desbatar y cañizos perfectos, dos o tres habitaciones y el alpendar con techo plano de tierra. El patio, empedrado, con cacharros y macetas de culantrillos, malvas y lirios. El terradillo, a lo largo de toda la casa, lleva las vigas al descubierto y colgadas de ellas las bolsas para el cuajo, para el queso de la temporada. Barranco de la Culata arriba, la fuente de Cho Gil nos brinda perlas en hojas de ñame-ra, en una tierra donde se degustan aguas como en otras el vino o la sangre. En Charco de la Paloma, ya la estación avanzada sobre los meses de primavera, no hay más que un hilillo de agua y las bestias sacando grava.

Pero abajo todo sucede de modo distinto. Abajo es en el valle de Tejada, el Fondillo, cientos de metros bajo el nivel del pueblo, en un mundo que sólo habitarían peces sin ojos si estuviera bajo el océano. La noche fue de pesebre y salto de serpatana, después de haber descendido por la rosada cadencia de las toscas y los farallones la tarde anterior, después de haber pasado los charcos de limo de remansos que la oscuridad creciente se comía y cenado en el molino que Baucis y Filemón cuidan en la eternidad. El día al pie del Bentaiga, entre la Vista de la Virgen y la montaña de la Cruz, junto al rumor del agua y al eco de las montañas, con el buceo de los estratos basálticos por telón cercano, sumergidos en las aguas remansadas muchas horas o contemplando simplemente cómo bordonean los dorados moscardones, las libélulas azules o rojas, las mariposas blancas o amarillas, y más alto, cómo vuelan los guirres o rasan la tierra los aburrones barruntando tiempo fresco, o el croar siniestro de los cuervos. Los juncos pueblan los antiguos cauces —¡qué grato perderse entre ellos!—; las huertas, altas con ciruelos, almendros y parras. Mientras el sol avanza atronan el espacio el chirrido de los saltamontes o cigarrones azu-

les y pequeños, pardos y gigantes, grises, amarillos o rosados, de tal variedad cromática como los cantos rodados, azules, pardos, rosados o grises, cuajados de fucos verdes en la corriente que lleva flores de cerezo. Cuando ésta se remansa hay cien mil tejederas, escarabajos de agua, larvas, gusanillos pegados a las rocas.

Ahora, recordándolo, está amaneciendo en la fonda del pueblo. La fonda donde el fuego arde en el llar, las viejas tras el fuego se atan el pañuelo a la cabeza, donde el patio tiene ñameras, pila y el comedor locero de más de cien años, con vasos de porcelana, platos pintorescos, tallas hermosas, panzudas, oscuras, con ancestrales dibujos de Artenara, donde hay sillas de Vallesco que han soportado el sudor de tierra de los viejos cansados, donde las camas son duras y limpias, donde tarda la luz porque el sol está tras la cumbre recreándose en la solana de la isla; donde el aire es fino como el hilo de los telares... Mientras asciendo cadenas arriba, va girando ante mí la visión del valle, siempre distinto. Y de pronto un grito de piedra me desgarró: el Nublo señala al cielo con su dedo incendiado. Las huertas van desapareciendo tragadas por la desolación. Más arriba hay frío y humedad y girones de niebla desgajándose por las maclas del Chapin. Viene conmigo una vieja terrosa, delgada, arrugada y alta, de ojos azules en una cara correcta en sus arrugas geológicas, toda de negro y mantilla negra, llena de humor entre los ramos de flores, de viudas, calas, azucenas. Es para mí el espíritu del Valle que parece acompañarme. ¿Lo llevaré conmigo para siempre? ¿Se escapan de esta herviente caldera, al mundo, los espíritus de Tejeda? Otros cuencos de la tierra parecen tener a los bordes el colmo de sus gigantes y sus gnomos. En cambio, Tejeda derrama su semilla al universo mundo. Sacerdotes de mirada clara, tos en el pecho arqueado, luces de amanecida en los libros fríos; empresarios de quimeras orgullosas por tierras de América. Pero eso no es todo. Hay quien prefiere, lleno de energía, joven, y sin embargo igual a esta vieja que va a mi lado, permanecer por toda una eternidad junto a la mula blanca subiendo los escalones de la degollada, entre turneras, almendros y precipicios. Esta es la tierra de los equilibrios y los contrastes. Esta es la isla vieja y la isla viva, la tempestad de arriba y la paz horaciana bajo las paredes de abajo. Asoma sobre una imperceptible línea blanca, Tejeda; la verticalidad negra del Chapin sobre la huerta del Majuelo... Hace más de cien años, en una época imprecisa, las violentas cuestiones del agua entre la Aldea y Tejeda se hicieron historia en una expedición militar sobre el impresionante escorzo de montañas que conducen a las fuentes. La milicia alcanzó con sus disparos a una vieja que defendía la independencia de sus aguas, y su cadáver rodó piedras abajo como una hoja seca cuando llega el invierno de los

altos. ¿Encarnó Tejada en este espíritu azul que llevo a mi costado? La otra vertiente está cubierta de escobones y retamas amarillas.

El Bentaiga

No tengo la visión de Tejada a través de lo que dijo Unamuno, Fray Lesco o Pepe Monagas. La de Unamuno es demasiado “modernismo” al estilo Humboldt, no al de Rubén Darío; hoy, aquello de “tempestad petrificada” suena a falso, a agencia de turismo. Sobre la misma cortada de la Cruz de Tejada —que recuerdo con frío de nieve y blancos pañuelos esparcidos por tierra— hoy se alza el parador “nestoriano”. Tampoco es ésta “mi Tejada”. Allá arriba, Timagada preside el cortejo que admirara Fray Lesco, el de los floridos almendros. Por la falda, montaña abajo, las cercas y los árboles y los sembrados, que lamentan verse atropellados por los blancos vellones que suelen pastorearse en la cumbre, cuando se desmandan por las laderas. A la izquierda, siempre mirando hacia el pueblo y bajando, el otro recuerdo, el de Lola “la Negra”, de “Cuas Caídas”, perdida en el tiempo de la niñez remota. Más allá, enfrente, las Moradas, las rocas lilas, violetas de la tosca, sobre el paisaje más oscuro, purpúreo a veces, siempre ligado al impresionista canario de don Nicolás Massieu. El recuerdo lejano lo acumula todo: las visitas a las heredades del mismo pueblo, con don Manuel Hernández, el farmacéutico de la esquina del Puente Verdugo, según se baja hacia las frintangas del mercado, con olor de carajacas al mediodía. Nada de aquellos alrededores me es ajeno. Ni siquiera que Negrín y don Heraclio Sánchez —el magistral de La Laguna— eran de Tejada. Las aguas que discurren por el pueblo: la Pata de la Gallina, Acusa Seca, Acusa Verde, Acusa del Rey, y presidiéndolo todo, en la lejanía, el pino de Chofaracás. Y más lejos, mucho más lejos, la enarbolora rota de Tirma, con el recuerdo de Manolo Morales y todos los Morales. O, más a la derecha, el tajo inmenso que conduce a los caminos de otras cumbres del centro y el norte de la isla, por Tamadaba.

Mi recuerdo es otro y otras son las vivencias que conducen mis pasos del recuerdo mucho más abajo, al fondo del barranco, con Juan Velázquez, el abogado descubridor de aguas, el escritor aislado en su isla, como en definitiva somos todos los isleños, aunque nos traslademos a otras islas, dentro de los continentes anchos y ajenos: siempre aislados, isleñantes e isleñizantes.

Llevábamos provisiones; bajamos, cuesta abajo, en algunas ocasiones dejándonos deslizar por la pendiente del camino, como si fuera una rampa hecha a propósito —pues ya el pie calzado no



tenía donde apoyarse—, hasta llegar a los cercados de millo, a los muros de piedra, a los frutales oscuros, al charco de Tumba, el mismo por donde pasara en lejanos tiempos Pepito Monagas en su caminar de Agaete a Santiago de Tunte. La noche la pasamos en un pesebre, al pie casi del Bentaiga, alzado como una vigilante torre de nuestro sueño. Una serpatana saltaba, con su cuerpo de paja articulada, de un lado a otro sin dejarnos dormir. Las figuras de los compañeros de aventura se movían en la penumbra, hasta que un alba nos despertó a todos, desde el fresco de la madrugada, y el sol que no se decidía a salir. Temprano estábamos montando nuestra gran tolda de campana, una carpa casi de circo, una tienda cónica, de cuando la guerra del Rif. Remansamos el barranco, del que tanto se esperaba. Su hilo de corriente, detenido con unas piedras, nos sirvió de piscina, de agua transparente. El coñac y el río. El vino y el río. El asado, el agua y la siesta. El paso breve de sol entre las dos cumbres. Creía estar en un valle perdido del fin de la tierra. En un país fabuloso donde los cuentos de niño se hacían realidad. Luego, la despedida y la subida al pueblo a lomos de mula torda, casi un animal de los que en la Edad Media hubiesen servido de cabalgadura a los arzobispos y abades mitrados. Cuando llegué al pueblo era de noche. La fonda rústica con velas, con jergón de paja y el nuevo amanecer impresionante, porque mientras todo el valle estaba hundido en la niebla y en la oscuridad de la noche, el Roque Nublo apuntaba ya, con su dedo de sol, al amanecer, hacia el cielo completamente azul. Luego, el enorme hoyo quedó atrás. Otra vez a esto que llamamos civilización. A lo de todos los días, con su necedad contagiosa y borreguil.

Los almendros en flor

Anoche soñé que había vuelto a Tejeda. Un paisaje que encierra a otro paisaje. Una isla que encierra a otra isla. Un recuerdo que encierra a otro sueño. La cumbre estaba desierta y la luna era la única presencia humana de sus alcores pelados por la umbría. Un libro que encierra a otro libro. Un artículo que encierra a otro artículo. Un escritor que encierra a otro escritor: Unamuno, tempestad; Fray Lesco, calma; Juan Rodríguez Doreste, en su labor recopiladora y estudiosa. Una fecha que encierra a otra fecha: 1934, 1954. ¿1974? Sólo sé que en este momento estoy al borde de este abismo azul y que no puedo prescindir del recuerdo literario, porque el hombre de hoy se ha hecho después de que el verbo se hizo carne y sangre. Y si hablamos al pie de la cumbre escribimos al pie de las letras. Más allá, motas azules, y blancas, y negras, señalaban los fantasmas de un pasado que es ya historia,

pero que aún no se ha convertido del todo en geología. Cuando recuerdo al hombre de la mula blanca que sólo una vez en su vida había subido hasta la cumbre, donde está la cruz, a contemplar el Mundo, así, con mayúscula... ¿Qué valle perdido de la historia y de la geografía sigue perdido y vivo en Tejada? Es que es posible que en esta limitación humana de lumbre, luna, valle, cuna y tumba, esté quizá todo el secreto del existir. Y que todo ello esté escrito en esos testigos tremendos de las rocas que una vez taparon los grandes boquetes por donde había abierto la tierra. Son seres-rocas los de estas alturas que hoy pasan por tener tamaño antropomorfo, pero son los únicos seres capaces de conocer cuál fue la verdadera arquitectura del globo terráqueo.

Después se hizo de día. El valle se animó. Primero fue el dedo rosado del Nublo el que señaló que la aurora venía ya. Después se rasgaron los cielos y una sola estela azul de altura cubrió todo el inmenso anfiteatro. Comenzábamos a dar vueltas camino del pueblo. A Tejada hay que entrar como lo hacen las grandes culturas. Ni la mecánica de nuestros minimecanismos automotrices ha podido separar al cernícalo de cernirse, de ceñir el aire, de partir la almendra de esta bóveda que ahora tantas tiernas botonaduras está enseñando al viento sin retamas en este momento. Vellones de almendrales por todas partes, rosáceos, blancos violáceos. Las gentes con cara de fiesta. Todos los continentes. Si a alguien le quedaba duda que este cerco de montañas de espaldas al mar es "todos los continentes", que venga aquí y lo vea. No hay nada por donde no se vaya al Africa, al Japón, a América, a Europa. Clásicas parras mediterráneas, grandes piteras de Juan Charrasquiado. El país más transparente pudiera estar aquí en este momento. La novela americana ha servido para ello tanto como la flota japonesa. Todo el mundo se encuentra en su patria. He aquí el maíz, las aldas de cintas cruzadas, al saltarán dios Pan, al fraile diciendo su oración en la cumbre. El verbo hecho entre riscos, distancias moradas, cercanías pardas, rasgueo de guitarras, empinadas cuestas de Cuenca, fauces abiertas y gigantes de las montañas ibéricas. Todo se mezcla en este rincón de la tierra. En la lejanía, el Teide. El agua, de pronto, rompe su cantonera. Han traído de abajo, del Monte, bastante vino, pero también circula el malvasía, y el herreño, y el vino de Tacoronte, y hasta el de Fuencaliente. Sólo el de Icod falta —mágica piedra lunar, brindis en una noche de nieve para calderas de vapores pitando su salida—. San Marcos. La ciudad y las bodegas lo reciben de la Mancha, de la Rioja y otros hasta de la Puebla del Caramiñal. Arriba, en la cruz, habíamos dejado en otro viaje a un torero venezolano que capeaba el temporal de una aventura taurina —¡más cornadas da el hambre!—. Ahora, aquí, abajo, más cornadas da el vino.

Se reparten premios. La plaza de la iglesia está poblada, las casas típicas se muestran con sus galerías abiertas, con sus santeros, con sus naranjas, con sus piñas puestas a secar al sol. Los viejos relojes dan campanadas disparatadas. No hay orden ni concierto en este tiempo de almendras en flor. Los burros fuertes, peludos, unos pláteros gigantes, pasean damas y caballeros. Sombreros, típicos cachorros, chalecos negros, rondallas. Las galerías se abren todas. Están de par en par las casas para recibir a los visitantes. Mis compañeros, los de antes; el pasado sale a recibirme. Escaleras de piedra. Y recuerdos de un cuarto de siglo atrás, cuando dormimos en el barranco, al pie del Bentaiga, y nos bañamos en el charco de Tumba, allá abajo.

Por la tarde todo se pone de oro y rosa. Todo se espesa en el charco sudoroso de esta invernada cálida, de este ron pegajoso y transparente que es ahora el aire. Sale el vaho de las tabernas. Las niñas están semidormidas. El calor les enciende las mejillas. Las rosas se desgranán desde lo alto. Van cayendo lentamente hacia el valle. Muchos días quedan aún de lluvia de almendros, de perfume de almendras, el que dicen que será el último que perciba el mundo, piadosamente, cuando todo esté a punto de acabar y morir y consumirse.

EL NORTE

Lairaga

El Norte es ver de costado la Isleta y sentir la plata en el bolsillo. ¿Por qué Cuba húmeda, boquerones en el cielo, barrancos profundos, calas del ocio, se ve a las ciudades del Norte? ¿Cuáles son los linderos lejanos del Norte? Costa del Roque Negro, de las Peñas de Ortiz, de Gáldar, Anduja, playa del Guanarteme, punta del Perro, costas de San Felipe, Lairaga y Bañaderos... Un mundo comprendido entre Artenara, Gáldar y la Isleta, con platanales, color de luna llena, los caballos en la noche y la carne en el parador.

Artenara

Allá arriba están las hilanderas, como las del Prado, bajo la luz tamizada desde las altas ventanas; con un espíritu en cada frente de mujeruca inclinada ante el rito del telar. Estas mujeres de la rueca están encinta de luz. La rueda, símbolo de la vida, del eterno devenir, de las oraciones, del sol y del viejo oficio de hilar; la luz está en el ambiente. En estas mujeres hay algo im-

palpable que la une en caravanserrallo, que no existe en un taller, en una escuela, en un bar, cuando la mujer se estiliza bajo capas de colores. Aquí, el luminoso ambiente ha envuelto los hilos que se pueden tejer como si el cristal cubriera las vaporosas carnes... Esto no es nilón ni plexiglás. Esta es la única luz de las montañas.

Ayer estuve en Artenara. Nada en el cielo, nada en la tierra. Todo en el interior de la montaña iluminada. El sol sale de dentro y se viste de azul. El blanco, el morado, más altos que nunca. Todo es de cristal transparente. El basalto se ha encontrado con la tosca. Los mogotes cuadrangulares se han hecho alados cernícalos del aire. Sobre pardos paredones está colgada la realidad puesta a secarse. La lluvia espesa y negra del picón la dejamos atrás. La realidad es allí lo inesperado, lo explosivo, lo inexistente, pero sobre cuyo ser va a abrir la puerta, la cortina, de un momento a otro.

¿En qué lugar del mundo se han hecho hermanos el hombre y el precipicio, la gruta y el espacio? En Gran Canaria. En Artenara. Aire que está pendiente de lo ilógico, del cielo, de la roca que está colgada de la nada, que está ardiendo en el infierno, que está enfriándose a las tres de la mañana; negro que está colgado de la transparencia; camas de hierro en los huecos del pasado. Y éstas que reptan por la montaña, entre las cuevas, las casas, las azoteas, éstas son las escalas, las piedras, los escalones y los rellanos que he visto en sueños, en siglos y siglos de soñar.

Ha de existir seguramente alguna vez —si no es que se pensó y ya se escribió— una crítica de la razón de las espeluncas, de las ventanas del aire, de las dulces janelas de las cuevas. Sabíamos que la materia posee el sinnúmero existir del hueco, pero jamás se nos había hecho esto una realidad tan patente. Los pasadizos, los agujeros del existir montaña, nos horadan la conciencia de mar y de cumbre. No puede quedar esta realidad olvidada, esta reacción del hombre y la piedra, de esta arquitectura del paisaje, que no es una decoración de geranios y alcachofas, sino una integración total del ser humano a la padre-tierra, que amoroso lo cuida y lo guía por el interior de sí mismo y los devuelve al mundo de luz y de cristal de altura con todos los poderes telúricos que les ha podido mostrar. Allí los huesos de la tierra se han hecho arquitectura, allí el basalto y la tosca morada, con sus reflejos de amatista, lila, cabe las profundidades más altas y las alturas de la mano de la luna. El onirismo de estas piedras se hizo, siglos después, lienzo en Braque o en Dalí, o en nuestros pintores famosos, trágicos, recién perdidos. El pino, el berol, las carnosas plantas del país, la silueta del muchacho en la altura, la flecha del ave de rapiña, la azotea del vecino, las camas de hierro negro, las

sillas antiguas —¡el estilo de esas sillas!—, el piso desigual, alabeado por el tiempo, la belleza de las colchas y los manteles..., y allá enfrente algunos gigantes dormidos: Timagada, el Bentaiga, Chofaracas y las Acusas. Todo silueta de paisaje, resumen de paisaje.

Y hemos visto —hemos palpado— que no estamos descubriendo nada. Que nuestros compañeros andan por allí, que las aulas son como microscopios al revés, y los cronopios, almas al descubierto. El verde, el azul, el blanco. Las notas musicales de la sabiduría popular, que sabe cultivar, pintar, situarse frente a la vista del mundo más alto y más bello, y que deja a los embrutecidos ciudadanos de la sociedad de consumo que consuman. Ellos ya lo inventaron todo, y en Artenara se me dio de golpe la realidad de la inexistencia del surrealismo, porque el surrealismo es realidad presente, palpable, en el aire de la piedra.

Esas superficies que se abren en el interior de los seres humanos, de las caballerías, los relojes fundidos, los paisajes y las perspectivas trazadas en el aire, están allí. La espalda del monte está hueca, y por ella salen perros, caballos o feligreses, y en los pliegues de las telas de piedra se oyen campanas, y el mar es redondo y está contenido en los senos de la isla, y el pino de Chofaracas es más grande que la torre de una catedral. Una perspectiva renacentista se volvería loca a estas alturas. El viento tiene color de oro, las frutas son rosadas y las casas de Tejeda son de plata, y hay nardos en los ojos del profundo tajo a nuestros pies. Aquí la historia es geología, no es estudiar la tierra, sino el alma de las gentes. Las palabras adquieren valores inusitados y los amplios espacios abiertos de las calles, trazadas por los arquitecto-urbanista-pintores, comprenden aquí a todos los palacios de la altura, tienen aquí consistencia etérea y eterna. Cada vuelta de la cuesta es una toma de conciencia. Lo social se ha hecho lucha, la lucha piedra, espada, pitones, pitas, higueras con olor a cebolla, cuajarones de cera... Y las azoteas desdibujadas por el albeo y la roca son cabellos ocultos, vejez de la tierra en la mañana de todo amanecer.

Hoy he despertado y aún sigo soñando en Artenara.

A r u c a s

La tarde está tranquila, pero en el patio empieza a oscurecer. Entonces una enorme algarabía de pájaros invade la enredadera de platanillos frente a la gran galería de madera, en esta casa interior de Arucas, por estas calles empinadas que van subiendo a la cuesta de la montaña. Agaldar, Afurgas, Atenoya, Arehucas... Sólo Arehucas conserva su "A" masculina guanche-bereber.

Los Portales, el Fijo, el Cerrillo, El Mirón, la Goleta del Capitán Tomás de Palenzuela, la Hoya de San Juan Bautista, Santidad, la ermita de San Francisco, los Artabacales, Los Portales, Bisbique —el barrio de Pepita Tatana—, El Pino, Montaña Cardones, Trasmontaña, El Trapiche, la Cruz del Capitán Hernando de Pineda, Llano Blanco, La Pollina, Quintanilla, Castillejos, La Cerera y el Trapiche de los López. Aquí hay nobleza de Ponces y Santa Gadea, bellos jardines dieciochescos. Arucas, con cruce de historia e intereses.

Ciudades, villas y lugares que nos roban el alma, como Telde, Santa Brigidá o Arucas, y donde el aire se hace suave y oscuro, nocturno o de mediodía, de Levante o de invernal ciudad de lluvia, a medida que el tiempo pasa y el recuerdo de nuestras cercanías se nos va más adentro, como hudiéndose en el tremedal, en el estero, en las lagunetas o charcos, en los ojos de agua o barriales de nuestros recuerdos.

De Arucas, sobre todo —esa tercera ciudad modernista de España, después de Barcelona y Las Palmas, con sus lazos de piedra a punto de morir en Triana— tengo esos “yo me acuerdo”. Entre estos recuerdos está el de una tarde con vino y mistela y conversación, junto a Gabriel de Armas, Vicente Marrero y Manolo Morales, en el patio de la casa que el alcalde Pepe Ferreras supo convertir en la Casa de Arucas, para la cultura que quisiéramos ver constantemente en ella —no olvides nunca la vocación universitaria de la isla..., quizá, quizá, ¿quién sabe?—. Y entre las cosas que marcan, que sellan un sentido, la salvación de una ventana del siglo xvi para añadirla a la nueva solución del conjunto. Pocos alcaldes hay que salven los siglos así. De Arucas tiene uno siempre recuerdos imborrables. No es ya el de sus barrios —Montaña Cardones y sus Vargas Machuca, ni su montaña giróvaga de verdes platanales—. Es el recuerdo de días de bodas como la de Luisa Mayor, cuya memoria guardarán aquellos que han recorrido conmigo las cerradas galerías del tiempo pasado. Luisa era alta, intelectual, lánguida, depresiva. Pero también era blanca y azul y tenía tranquila la mirada, nadaba como un pez y no bailaba, ni veía mucho, ni bebía bebidas doradas. A veces se mostraba demasiado seca y enérgica y tenía en los ojos reflejos gatunos, o el verde de los estanques entre las eras, gañanías y cercados. En las plataneras de don Santiago Heriberto Mayor. En la carretera que iba antes de Tenesemita a San Borondón de la Costa. Luisa Mayor se casaba aquella tarde con recuerdos de Arucas y la lluvia. Era casi de noche cuando el largo cortejo entró en la parroquia gótica. La giróla, las ojivas, las agujas, los gabletes y las flámulas comenzaban su baile de luna. Las gárgolas dejaban caer menuditas orinadas de plata. Luisa

Mayor, hacendada, aguileña —como que al fin y al cabo era descendiente de gentes de presa, de gerifaltetes de antaño—, llegó al centro del templo, alta, desmantelada, de pequeños pechos y vientre hundido, de robustez dorsal bien cuadernada. Era buena, sencilla, sin malicia y del pueblo subía para ella el homenaje del cuchicheo de las viejas, los cuentos verdes de los mozalbetes en fiesta y el vaho de los desocupados labrantines de la taberna, jugando al dominó.

La tarde había sido dorada. Ahora ya estaba negra por el costado izquierdo, violeta en la media naranja del cénit por donde subía el paisaje hacia Tiberiades, entre carretera y vuelta de carretera, numerosos estanques, tierras barrosas y eucaliptos, y las gramíneas flacas, con las piteras azules haciendo compañía a las veredas solitarias. A pesar del carácter tropical y conventual de la aristocrática ciudad, no había malicia en aquel andar lánguido de la gente. Sólo cuentos, cuentos, cuentos...

Luisa había cerrado a las tres y media su casita de muñecas, gigantesca casita de muñecas, llena con todos los muebles de todos los estilos, en diminuta parodia de los verdaderos, con ventanas tornasoladas y cerradas, con cortinillas de milímetros cuadrados. Después, en la iglesia, habría de recorrer, como en una procesión enorme, lenta, sus días de juventud, y los días de juega hasta llegar el novio lejano, la madrugada corta. En la parroquia una colcha simbólica servía de dosel al altar mayor. Había muchas flores blancas: calas, claveles, gladiolos, estefanotas, un vergel, un jardín de rosas blancas en las esquinas del presbiterio exento, pero también un rumor de rosario y de novena.

Ya tarde, Luisa Mayor de Arucas, en aquel desairado y frío centro de la catedral neogótica —un legado del estilo romántico al modernismo primosecular— hacía desfilar por su mente otras generaciones. De ella nacerían los futuros hombres de ciencias y letras de Arucas, de Gran Canaria. Inauguración de curso. Togas y birretes. García Márquez y Azorín. Hasta que los fieles se dieran cuenta de que ella estaba allí con guantes y toca de desposada, azahares y un armónico ofrecimiento de víctima. El cura, que estaba sin revestir en el púlpito, interrumpió violentamente el rezo y corrió escaleras abajo tropezando. Esperaba, se hacía tarde, la novia, entraban los invitados, los curiosos y un chorro de luz de oro por un ventanal roto donde el poniente se despedía de la Virgen suavemente...

Luego, la casa, estaba resplandeciente, todas las luces encendidas, el velo largo de la novia arrastrándose por los amplios pedaños y en la balconada de flores como en el altar. Los burgueses, los ricohombres y jueces, abogados, notarios y escribanos del lugar estaban en coro, con sus fraques o tiesos chaqués. Había algún

uniforme militar, del regimiento de Cazadores, azul prusia de vueltas verdes y doradas. Se bebía algo del color más maravillosamente violeta que pueden tener los ojos de una muchacha en flor.

Desde la galería, por la que se pasaba al comedor, se recordaban los helechos y los anturios y las generaciones de abuelas que los habían cuidado, y el cepillo que estaba en el tocador parecía llevar todavía el polvo de las fincas del padre y del abuelo, del sombrero, cuando se quitaban las telarañas, al regresar del platanar, con el gesto siempre repetido que ella había visto de pequeña.

Ahora se acordaba —en este movimiento de repaso que nos agota la memoria en los momentos cruciales— del último entierro en la familia, de cuando tenía dos años y el primo le puso la chaqueta gruesa, de cuando en la feria de ganados se soltó el toro negro..., pero ya estaban ante el pastel y la sidra, las fotos, los relámpagos y todo se disolvía. Había como un calor que le subía del vientre y la enrojecía. Su palidez congénita había desaparecido y los ojos verdes parecían dos ascuas, dos esmeraldas esperando al acecho. Ahora se iban lejos, a aquel viaje con una persona extraña, para siempre jamás. Se sentía blanda, hundiéndose en el futuro después de la boda en la iglesia de Nuestra Señora de las Agonías, en el pueblo, lejos, cada vez más lejos...

Como si mirase el mundo con los prismáticos al revés.

¿Será esta Luisa Mayor la misma Arucas que se despide ya? Para evocar estos mundos basta este ambiente. Para salvar este ambiente, energía. Para todo ello, esta llamada Casa de la Cultura en aquellos patios con piedra y enredaderas, en una decisión que está dispuesto a tomar el alcalde. Título de alcalde que suena bien cuando se lo sabe ser. Y que sabe mal cuando no se tiene sensibilidad. Gracias por el farol de la esquina y la ventana vieja. Los viejos brocados. Los hierros de los balcones. Es necesario que estos años de aridez los sostengan en el aire gentes como Pepe Ferreras, para entregarlos intactos a todos los que van a venir. Y ya existen para ello instrumentos legales de salvación. Así sea.

El Palmeral de Teror

La reunión de octubre en el Palmeral de Teror me evocó muchas cosas. Estábamos en un invernadero y en un jardín, bajo el nivel de la carretera y cercanos a la casa: bancos de madera, galería cubierta, rueda de carro antiguo de llantas de hierro, vajijas de barro, gánigos y talayeros, herrumbre y piedra. Luego se daban circunstancias. No hacía mucho que habíamos hablado,

en el aeropuerto de Barajas, de que el Manifiesto, al ser presentado en Francfort, fue firmado por Cortazar y por Juan Rulfo, el hombre de Comala y Pedro Páramo. Antidio Cabal no lo firmó porque no estaba. Además, la filosofía genética no sirve para nada. Hacía dos o tres días que había visto los quipus del grupo Zaj. Y no hacía mucho que había saltado "la liebre marceña", que debería ser marcera porque en Canarias se dice "por plátano de mayo, plátano mayero". El tiempo estaba tranquilo. Los vientos no existían de ningún componente. Marcheti observaba que el anarquismo era un movimiento reaccionario, para lo cual no le faltaban, pero tampoco le sobraban, razones.

Figuran notas en mi cuaderno de bitácora. Hoy día nueve vuelvo al recuerdo de Madrid. Sobre el caos de las entradas a los museos, bajo las anillas de los puros, las vitolas tienen más luz que las mariposas y las cerámicas. He recortado algunos artículos de prensa que me demuestran que no viene, *ni vendrá el futuro de estos apocalípticos*. Aquí están: Carter y Ford de acuerdo en mantener la hegemonía militar norteamericana en Occidente. Llegará el momento que Estados Unidos tenga que nombrar dos emperadores, es decir, dos presidentes y dos vicepresidentes. El Imperio de los Aquemenides es de nuevo el limes del mundo civilizado. Un gran aliado del Imperio. Hace tiempo que murieron Alejandro de Macedonia y Simón Bolívar de Venezuela. En otra página: "La guerra nuclear será inevitable. Unas 35 naciones dispondrán en 1985 de armas atómicas. Francia construirá ocho centrales nucleares en Irán. Ahora ya no sabemos dónde estamos, pero más o menos entre los Sasánidas y los Selucidas."

En el Museo de Arte Contemporáneo de Madrid, del 45 al 65 por 100 de las obras que tienen importancia son procedentes de un país marginado: Canarias. Es lógico. Donde las estructuras tradicionales han pesado menos hay siempre una mayor posibilidad de libertad de creación. En Las Palmas pasa lo mismo. *Vegueta está agotada. A Triana la están destruyendo. Sobre las gentes que se han criado en el Puerto no pesa la "panza de burro" cultural, tradicional*. Pero esto no tiene nada que ver. Está lloviendo de nuevo en Tafira y esto refresca el espíritu. Estaba diciendo que los Apocalípticos —o iba a decirlo— ya son viejos en la cultura occidental. Los manifiestos futuristas de Marinetti en Milán, París, Londres, Madrid, se sucedían monótonamente. En Suiza el dadá. Por último el falso abstraccionismo, los japenings-años-veinte y el nuevo viejo teatro, quieren apoderarse del pastel. Esa huida hacia adelante —de los apocalípticos— parece que no les va, cuando tiene que seguir corriendo contra el tiempo en busca de las destrucciones particulares suyas que tie-

nen proyectadas y de la general que vendrá sin que ellos la proyecten. Y por decir estas cosas *no es necesario que crean que soy una especie de "gauleiter" del realismo socialista stalinista. Nada más lejos de mi ánimo.*

Lo que sí estamos hartos del lenguaje corriente y actual por estos predios de la cultura: paternalismo, elitismo, "concienciar" y muchos etcéteras más, sin alusiones personales...

Por eso creo que debo recoger aquí, o recordar de algún modo lo que discutimos allá aquel día. Las gentes que se sublevan con la palabra pintadera, primitivo, africano y otras parecidas, no saben cuanta ignorancia muestran así, en un primer repaso de la asignatura. En el pensamiento —en teoría— ha existido la revolución marxista-engeliana, que resume a todas las anteriores por lo menos en el campo filosófico, sociológico, o socioeconómico-político. Es la primera de nuestra actualidad, si es que la actualidad existe. Al fin y al cabo no tenemos más realidad que el pasado. El presente es un breve instante y el futuro es esa tierra que tiembla a nuestra vista. El que haya estado en una guerra o en un terremoto tendría con ello una imagen exacta de lo que en realidad es el futuro.

Luego se nos vino encima *la revolución del psicoanálisis*, que a más de la libertad del *zoon politikon* y del *homo aecomicus* buscaba *la libertad reprimida de la libido*, aún no comprendida por los más avanzados revolucionarios, aunque ahora hay una afortunada corriente revisionista del freudismo. Por último, adivino la que no encaja de ninguna manera todavía en las mentes encasilladas del ser humano: *la revolución que va contra toda clase de discriminaciones. La revolución de la antropología estructural*. Es la verdadera arma contra los que discriminan a la juventud, a la mujer, a los pueblos primitivos, a los pueblos salvajes, a todas las demás razas, religiones y culturas que no sean las suyas propias, a todas las demás familias y hombres que no nacieron entre sus cuatro paredes húmedas de moho. Así seàn las redes del Diablo.

El barranco de la Virgen

Hay, entre el centro y el norte de la isla, un alto barranco donde habitan los elfos. Tejen, estos duendecillos, como un manto de leyenda sobre el ámbito estrecho de los murallones consagrados a la Madre del Creador, o quizás, con anterioridad, a la virgen de los aborígenes, algo así como la dedicación trascendente del Matriarcado, y del mundo femenino y puro, sobre todas las cosas bellas de la Tierra.

Bajo las montañas que suben desde el húmedo país de Valle-

seco hacia Cueva Corcho, se va descubriendo el abismo, pero aún los pastos estaban muy tiernos y brotaban poco cuando esto vimos por aquellas laderas en que la fría invernada se prolongaba como el brazo de un gigante lleno de musgo, hacia la tierna primavera, que trataba de escapar de su helado aliento.

Allá arriba los árboles tenían esas barbas verdes que el fuco arborescente había dejado en lamas, como las de un estanque vacío. Secos, sin hojas y, sin embargo, tan verde, pálidos de una ternura desvaída. Los nogales, en vez de la gloria de su ropaje heráldico, nos muestran el descarnado y mortuorio de estas capas de sepia extraídas de las aguas.

Pero el nivel de la marea bajó y a medida que por el camino bordeado de pinos, también castigados por la invernada, descendíamos al fondo impalpable de la cuenca de la Señora y Celestial Dama, el rojo del almagro era como un rastro de sangre que nos acompañaba hasta la sonoridad de las fuentes. Los pastores, las ovejas, el brillo de las pizarras mojadas, los laureles agarrados a las rocas, la quebrada y el sol ponían lo demás, apareciendo entre nubes desflecadas por la lluvia en franca derrota.

La vegetación natural del primitivo archipiélago se agarra aún a las laderas pendientes y el aire sigue siendo el mismo, pero hasta en estos lugares agrestes —herida tierna en el corazón de la isla— el paisaje se humaniza. El Barranco de la Virgen es nada menos que la cuenca de protección de “las madres del agua” de la Heredad de Arucas y Firgas, algo así como el círculo cerrado por los hombres ante la actitud punzante de la ley, reacción natural de la protección de unos mantos lávicos sobre el almagro que no tenían otro camino que el almendro, el nogal y el pino para poner un valladar de rieles a la ambición de las perforadoras.

Más abajo los vemos: están apilados, y al lado, las vagonetas de hierro volcadas, en el reposo infinito que tienen las cosas cuando no se usan. Pero las casas tienen esa perfección de las entidades sociales que guardan intereses poderosos y hasta el barranco es alisado, cimentado, conducido, para que no se “entulla”, se porte correctamente en los inviernos y no produzca daños en las huertas que la misma heredad tiene cuidadas, a sus bordes.

No hay quizás un valle que cale más hondo en el alma con sus cuchillos de risco, poblados de helechos, su lenguaje técnico de aguas aprovechadas, de horas, minutos y segundos, entre huertas de perales que ahora están florecidos, perfectamente uniformados, recortados en Y griega.

Vamos ondulando por veredas que cruzan el agua una y otra vez, sobre las piedras. Los perros, los gañanes, las cuevas con

signos de ser rediles bien cuidados, los asfodelos en algunas tierras muertas, en praderas que señalan el límite de los lugares habitados por el hombre. El está más abajo. Ellos rodean primero las obras: millones de pesetas que pasan por un canal, por un acueducto, y los pozos que jalonan como cestos de cemento, como guardianes de la propiedad hidráulica, el cauce, de vez en cuando. Y allá arriba, en los riscos, las señales blancas de los límites del mundo hidrológico.

—Aquello fue de Juan López y se lo vendió a la Heredad.

Más abajo está Valsendero, con su iglesia, sus casas de tejado, sus galerías muy pequeñas, sus ventanas cerradas, sus caminos agrestes, sus niños, sus soles y sus árboles. Las tierras de labor en aquel ensanche del barranco son simbólicamente el paso a la civilización. La tortilla de papas de la tierra, y el que Jordán de Urries haya cesado de recoger microhongos nos señalan el paso de la luz por el meridiano. Ahora las aguas van por un tajo estrecho y dejan a su derecha un paredón cuajado de gilbalberas, culantrillos y laureles y hay una cueva habitada que es en parte casa exenta y castillo medieval sobre las aguas del barranco verde.

Ya llegamos. En la mitad del curso del barranco todavía, pero es el encuentro final con lo que los hombres han profanado. Bajo la cascada, que con su delirio sonoro se precipita desde la altura entre pinos, hay abajo partidores, hierros, acueductos y, sobre todo, un terrible montón de botellas rotas.

Teror

Teror, la villa de la torre octogonal. Cien caracolas verdes anunciaron la llegada de una aurora que se adivinaba muy cercana al trópico del Cangrejo. La noche había sido negra como grupa de yegua sable, llena de un miedo indescriptible en la soledad del campo, los pasos por la carretera resonando muy lejos, con los ladridos de los perros atenazando el silencio, destrozando su bóveda, y el chirrido de alguna lechuza en el ramaje de los dormidos eucaliptos. Pero mis ojos vivían de nuevo. Ya no adivinaba el camino. La luna había roto por un momento, con su ojo blanco, la paz de la noche y su pupila derramaba, en la acequia, como un néctar de azucenas. Pronto fueron enarboladas banderas grises con ribetes rojos y la luz del sol destiló naranjas en los cristales. Por los cercados la brisa mecía troncos de gusanos y lagartas verdes, rollizas, con los anillos del cuerpo bien marcados, la púa de la cola erecta y las tenazas para roer coles, dispuestas. En el pueblo entré por la cuesta del cementerio arri-

ba. La alegría de la plaza silenciosa en los plátanos del Líbano, ante el palacio del Obispo, resonó en toda su pureza cuando las campanas la despertaron batiendo en las fuentes de los mil ruidos del día: en las galerías de las casas, en los patios donde el sol no llega, en los alpendres que giran al Oriente, bajo los árboles profusos de las cercanías. Crótalos recién lavados por el rocío sonaron en torno a la torre octogonal cuando el sol apuntó con su dedo a la cresta de piedra amarilla. Todo es sorpresa junto a los pinos cuando se anuncia el nuevo color de las cosas. La Virgen lo decreta: hoy las amapolas vestirán sus trajes de gala, rojos con el centro negro. En Osorio, la alfombra de hojas caídas durante la noche no había sido hollada aún.

Cuando entré en la iglesia era la hora en que el loro verde del cura se despertaba para llamar al perro gordínflón como cebado perro azteca. Charla desgañitándose, medio soñando con bizcochos robados a la envidia del can. El resonar dorado de la misa cantada terminó por despertar mi duermevela andante de peregrino, y bajo sus oraciones y letanías el ruido de la multitud era como el de las abejas en las márgenes del Tilo. Arriba, los palcos lucían su orgullo y, abajo, el pueblo no veía sino el ascuaplata de la Virgen.

Hay un solo día del año en que Las Palmas se vierte en una villa del interior, en que casi se hace ciudad del Continente. Es el día de la fiesta del Pino, en que lleva su solemnidad de fiesta mayor adonde el año no conoce sino la mansa esteva. Aquel día del Pino brillaban los bordados en las bocamangas y en los atalajes; las charangas lanzaron al aire su breve estallido de bandera española y salieron con toda solemnidad la plata, las casullas, los misacantanos y los roquetes transparentes de árbol plisado, con encajes finos, mientras la nave de mármol sentía el alivio de la multitud. En torno al trono había como un nimbo de cálices de oro, pero Ella tenía en la mirada como el ansia de ver y tocar pinocha fresca y fruta seca, leñosa de piñones bajo palios verdes tejidos por agujetas vegetales. Ella era como un ave lira sujeta a una rama de plata repujada.

Y cuando la muchedumbre de viejas y niños, de padres graves, de madres gordas, de mozos con ron y de niñas ácidas como la fruta en abril se extendió por la sombra agradable de los patios interiores, de los cercados, de las carreteras, del monte con castaños, el aire tomó gravedad de vino y de fuegos de fritagas apagados. A la tarde, por las cercanías, quedaba el rastro de las prendas perdidas, de los cacharros rotos, de las abiertas latas de sardina, de algún plátano podrido, de las sortijas y baratijas compradas entre los cacharros de Artenara en la misma feria. Los tenderetes iban hacia el no ser entre la turbamulta de

moscas pesadas..., guitarras levemente rasgueadas, borrachas de cal y canto, y cohetes estallando bajo los amplios laureles de Indias con navajas que brillaban de vez en cuando para cortar el queso requemón. En los jardines caían lirios tronchados, azaleas deslucidas por el sol. Y por último los enormes coches amarillos transportaban viajeros en riadas multitudinarias, por entre una jungla de autos pequeños y sucios.

Es la hora del desaliento, cuando nos sentimos una mota en el sudor ajeno. Aún en esta villa escarlata, azul, verde y morena, con su torre de canela, con presencia de gravedad física, acaba por nacer el aburrimiento.

Gáldar

Mis recuerdos de Gáldar son muy lejanos. Tan lejanos como los de una primera infancia. A la casa se llegaba por un estrecho camino bordeado por cercas de piedra viva. A los lados se extendían majuelos con surcos, o los boniatos ya crecidos; más lejos algún medio pañuelo de plataneras. La casa tenía delante un emparrado que proyectaba su sombra escueta de rombos, sobre la blanca pared encalada, reverberando al sol. Por los aldaños había matorrales que ya no sé definir. Quizás fueran de zarzas o lentiscos. Sólo me ha quedado grabado, a través del tiempo, un enorme lagarto azul y verde y que vi una vez, mirándome con descaro, fuera de su sombrío habitáculo invernal. Allí estaba, reluciente como una joya, en actitud expectante, esperando su presa al sol.

Dentro, la casa se desenvolvía en torno a un patio empedrado con una galería en cuadrante, sostenida por columnas de vigas de madera, típicas en la construcción isleña, con capiteles en forma de dos largas ménsulas. En la parte opuesta a la puerta estaba el armario de la pila, con su piedra porosa, amarilla, cubierta por los culantrillos y el bernegal debajo, amplio, rotundo y lleno de agua tan fresca en el verano, que es una delicia sólo el pensar en ella. Muy cerca de la pila, fuente de la vida, dormitaba el símbolo de la ciencia y de la curiosidad, fuente de la muerte: la lechuza que habían regalado al dueño de la casa, vivía quieta, con sus ojos muy abiertos, parpadeantes, sin ver nada, a pleno sol, y su plumaje hermoso; un ejemplar notable en Canarias, donde no abundan estas rapaces nocturnas. Claro que es posible que, en lugar de lechuza, fuera búho el meditabundo el bicho allí encerrado, pues su pelaje sí recuerdo que era negro y pardo y amarillo blancuzco. Pero aquí es corriente la palabra lechuza, mientras que nunca he oído la de búho. De todas maneras éste era quizás el personaje más interesante de todo el cortijo.

Dormíamos, en las frescas habitaciones, sobre colchones puestos en el santo suelo. Y nos discutíamos, en la galería, la posesión de un sillón de esos con cajas de mimbre en los brazos y apoyo debajo del asiento, para sacarlo, y extenderse cómodamente sobre él. También recuerdo, del mobiliario, una mesita de laca medio desvencijada, por algunos sitios, levantada la cubierta, dejando ver el forro de papel de periódicos japoneses.

Por la trasera —se salía por un portón del patio, seguramente almenado y con cruz en la almena del centro, aunque esto no lo recuerdo— daba la casa a la propia finca, al camino amplio que conducía a las gañanías situadas más altas. Estas eran grandes, con unos arcos de medio punto perfectos. En su interior las hermosas bestias bovinas rumiaban los rolos troceados y el pienso de plantas de millo tierno. Al acercarnos volvían la cabeza con ruidos de cadenas. Había un toro de ojos sanguinolentos que estaba atado con narigón, y era negro y alto.

Un recuerdo más impreciso y vago tengo de la presa. No sé exactamente a qué distancia estaba situada de la casa y de la gañanía blanca. Sólo la veía con un fondo de agua y el potente muro al descubierto. Su piso era de un fango pardo rojizo que imitaba perfectamente al chocolate. Con este barro nos hacíamos figuras de animales: jirafas, hipopótamos, elefantes, los cuales nutrían nuestro jardín zoológico de Las Palmas. En una tarde amarilla recuerdo las figuras de todos contra el sol: de mi padre, del dueño, de unos amigos, del gañán y del mayoral. Este llevaba ganado al monte cercano, de donde venían después los marfileños quesos de flor rezumando grasa. Para guardar el ganado tenía un perrazo enorme. Y a este perro le había puesto el apellido sonoro de uno de los presentes aquella tarde. Varias veces, el personaje en cuestión, don Julián Falcón, hombre serio y mal encarado, se había dirigido al pastor:

—¿Cómo se llama el perro?

—Nada, nada. Pues... mire, usted. No se "m'acurrado" ponerle nombre.

Pero en esto da la malhadada casualidad que, de entre los matorrales, salta un conejo campestre. El pastor no pudo más y largó lo que tenía dentro:

—¡Agárralo, Falcón!

Ni qué decir tiene que la cara del hombre se puso amarilla como la paja al comprender la pifia cometida, mientras que la de don Julián Falcón pasaba de la expresión de asombro a la de ira, con el acompañamiento de las carcajadas de los presentes.

Cuando dejábamos la finca, íbamos en busca de la carretera metidos, casi hasta la cabeza, en los serones de un borrico tan suave y peludo como el de Juan Ramón. Pisaba las flores caídas

como si estuvieran hechas para él. En la carretera nos esperaba el "Super" para regresar a la ciudad, mientras el sueño nos iba invadiendo lentamente.

Una tarde

Uno de mis recuerdos más queridos es una tarde de vino con arte románico. La mesa era pequeña, estrecha, bajo el emparrado. El jardín que nos rodeaba, descuidado. Matas de pita savila, viudas, ortigas, claveles. Pero más altas que los asientos de piedra, las desvencijadas sillas de madera, el ambiente verde. Sobre la mesa manchada, los jarros de vino, morados, lila, ciclamen, casi azules de reflejos del cielo. En torno a la mesa, el románico. El románico en las conversaciones. Los primeros vitrales, las grandes rosetas y el recuerdo de San Trófilo de Arlés, pero, sobre todo, los códices miniados. El del Beato Angélico. Todos los beatos. Y la réplica arábiga, dorada, rosa, complicada, de las trace-rías morunas. La imaginación divagaba sobre los capiteles del infierno, del cielo, de la tierra, de los demonios, de los ángeles, de influencia armenia y persa. Animales enfrentados, cimacios bizantinos. Y la conversación seguía entre las uvas exprimidas hace ya tiempo.

Fuera, el viento, los rincones desolados, donde quedan los recuerdos muertos, las piedras sin pulir, los jergones reventados, y más abajo el rugiente mar de espumas, las rocas batidas, los cangrejos negros y reptantes, saltarines entre los aristados cantos, puntiagudos, esferoidales, alabeados, espinosos a veces. La espuma verde, blanca, rosa; el nubarrón de la montaña, ocre, y el viento, el viento, el viento. El recuerdo de la mañana era luminoso de playa, más hacia el Norte; los cuerpos aún jóvenes, deslizándose, casi en silencio, entre la salobre ambrosía. Nada quieto, todo vibrante. Niños, gentes ante el bar y una caleta chica, insignificante, una concha rosada, amarilla, perla. El mar estallaba aquí y allá, pero en el centro, el suave oleaje, las zambullidas rápidas, los gritos de alborozo. Ahora todo eso lo habíamos dejado atrás, entre tomateras ya crecidas, con las complicadas hojas tendidas entre las varas, con los frutos aztecas en la enramada verde intenso, profundo; casi oliváceo. Nada dejado al azar. Todo en la precisión de los caminos grises donde no faltan centinelas de palmeras y farallones, lavas lejanas y cenizas volcánicas negras, relucientes. Cuevas blancas de cal, con macetas rojas y geranios rosa. Flores azules, gilbalveras, beroes, beroles, berodes sobre la quieta humedad invisible.

Pero ahora estábamos bajo el emparrado. El vino se acababa y los grados de la conversación crecían. El hombre magro, el

hombre gordo, la niña de ojos azules siempre inocentes. Otra mujer alta, aristocrática, con ojos también azules con muchos niños en su torno, algo nimbada, algo a oscura. Nada se ocultaba allí, ni la vieja maquinaria herrumbrosa del pozo, ni el aliento de la marisma, ni el canto agorero de los pájaros de muerte. La radio, en el automóvil, tenía algo de contacto con el mundo de los venenos sutiles. Los ojos se cerraban y se abrían. Las puertas de las iglesias románicas se abrían de fiesta, de misa mayor, canónigos y monaguillos rojos. Seguíamos divagando sobre las estatuas en serie. Los seres enanos del románico de cabeza grande, casi como de frisos sumerios. Pensaba en el parecido que tienen estos pórticos con el estandarte de Ur. Con carretas tiradas por asnos, marfil en el asta, lapizlázuli en el fondo, puntos negros en el rostro. Los cacharros de barro, las vasijas parecían rotas, algunos cuartos malolientes, escenificados, estratigrafiados. Con recuerdos de otras tardes allí mismo, en un tiempo irreversible, silente entre el ruido de los vasos, del vino derramado, de los trajes de baño aún sin secarse. Los cuervos, los búhos, tejían su aurora de la noche dentro del platanal. Hubiéramos querido ausencias. Las puertas, las campanas de las torres románicas se dormían en el recuerdo: románico de Castilla, de Cataluña, de Francia. Ese románico de Cristos enfundados en rayas negras, de cales coloreadas, parecía que revivía. Ahora era de verdad, la noche. Los carburos, las velas se encendían. Había algo pesado en el ambiente. Una gaviota cayó muerta a nuestros pies. Con ella volvía la realidad. El Quijote, Sancho, Falstaff, Hamlet... Todos marchaban hacia una Danza de la Muerte no escrita, de las que tiene la alegría del vino y el color de la mostaza. Fin entre grandes ágaves. Siniestros, de cuando la luna roja comienza a amanecer.

Agaeete, Agadir-Anusa, Agrom

Agaeete es para mí, en el recuerdo ya lejano de la niñez, una caravana de coches familiares dando la vuelta por carreteras y barrancos que no tienen nombre en mi memoria. Coger el "súper" de antes, con la excursión segura a los pinos de Gáldar y, claro, el entusiasmo, llegarse hasta el hotel de los Berrazales, con una mona atada a un palo, y después subir a los baños de Agaeete, siempre inseguros en su situación, siempre llenas de limaduras de hierro sus aguas. La mona tenía que ver con algún rey que mordió, y las aguas con un imán.

Y como uno no puede prescindir de aquello que dijo Marañón un día en Toledo, Agaeete trae recuerdo de la Agadé cálida, del oasis de Agem, al sur del Sahara, de Agader Azafar,

en el Sus, al sur de Tarudant, del Agades del pleno Sahara, de Agadir de Tlemecen, en Argelia, y del Agadir-Anusa del Marruecos eterno de los ojos de alberca. No dicen, sin embargo, nada de ancestralismos libicobereberes los pagos de Agaete: el Albercón Viejo, la Calera, las Casas del Camino; el Hornillo, el Moral, el Risco, San Pedro, Las Suertes y Vecindad, todos muestras de una castellanización intensiva.

Sin embargo, Guayera o Guayedra, Montaña Bibiquí, los Llanos de Tumas y Chapon, parecen llevar nombres que por lo menos recuerdan a autóctonos.

En cuanto al nombre de Agaete no vamos a repetir aquí todo lo que de él ha dicho ya Enrique Arques en relación con Gades y Gadir y Agadir. Sólo que siguiendo las normas de la actual gramática amaziga, el nombre de Agaete tendría las formas singulares masculinas y femeninas *agaet* y *tagaet* y las plurales respectivas *igaet* y *tigaet*, suponiendo que este nombre tuviese femenino. En el diccionario rifeño-castellano del padre Ibáñez, *iggad* es recto, erguido, algo que se parece con el supuesto *igaet*. El personaje llamado Gueton en Tenerife, que después se bautizó como Pedro Bueno, confirma el significado bereber si admitimos la proposición de que uno de los ingredientes fundamentales de la bondad es la rectitud, y que el apellido tomado por el guanche sea sólo la traducción de su nombre pagano.

Otro gran sector por donde se puede mover el interés por Agaete es la Virgen de las Nieves, cuya discusión gira en torno de si es más antigua que la Patrona de La Palma o no lo es. De todas maneras, esta advocación podemos asegurar que no es canaria, ni mucho menos; brillan por su ausencia durante muchos años seguidos las nieves en Canarias para que podamos acordarnos de ellas como patronímico.

Otra cosa curiosa que se atribuyó al término de Agaete es la antigua fortaleza canaria llamada *roma*, o que a oídos españoles así sonó, aunque lo más probable será que los guanches la llamasen algo como *agrom*, en bereber, fortaleza cuadrada.

Por el parecido de nuestra Agaete a través de Agadir, con el nombre fenicio de Cádiz, Agader, vamos a la etimológica analogía semita de esta palabreja. Gadir es en púnico todo lugar cerrado. Agadir, Agader son formas masculinas imprescindibles de cualquier palabra que entre en territorio libicobereber, persiente en el rifeño y en el canario.

La dificultad de la desaparición de la *r* en la palabra Agaete se complementa con otra dificultad: la de haber desaparecido en *roma* la *ag* iniciales. ¿Fueron en el guanche canario dos palabras distintas o una misma? Arques señala que Gader y Cadex



fueron dos palabras distintas para designar Cádiz. ¿Roma y Agate pudieron ser en Gran Canaria los símbolos de la rectitud, la fortaleza y la santidad?

EL SUR

El Sur se inicia en el cementerio, entre platanales y buganvilias —camino de la arena negra, rosa y plata de San Cristóbal—. El volante de las algas verdes con festones, puntillas y recamados blancos, en encajes de citereonésicos contornos y calados glaucos, préndese en torno al alto corpiño maragato de los acantilados, con cavidades rosáceas, como de senos mitológicos y conchas cambarrinas, fingiendo negruras de carbón, de restos de la primera fragua donde se forjó la isla, más allá de la playa de la Laja.

Mi infancia está en el itinerario de muchos viajes en el fondo de un "auto" lleno de amarillas dalias, algunas manos de plátanos, rojos o gigantes, y los verdes pámpanos de la vid aún entremezclados a la fuerte corteza de las de Pedro Giménez. En este ambiente bucólico y otoñal vería surgir, al dejar atrás el oscuro túnel, las luces de Las Palmas, que empezaban a encenderse en el atardecer, y los índices de las torres catedralicias.

Pero otra vez se dirige mi pensamiento al Sur, de donde viene el perfume de los plátanos y las magnolias. Bajo los naranjos, la blancura albayalde de las tapias o el color pajizo de los cercados y empalizadas, los ombligos y botones primerizos se convierten en la turgescente promesa de la inflorescencia de recias arcas moradas, para después apuntar en diminutos semicírculos verdes con el pedúnculo pardo y terminar por ser marcados a cuchillo, de hoja puntiaguda, los racimos, no siempre en la plenitud de la vida vegetal.

Las caleras del Rey

Como de un milagro, los geólogos hablan —y casi cabe citar con ellos el capítulo y el versículo— de que el lento emerger de la plataforma costera africana alcanzó su mayor altura y llegó a detenerse. En este proceso las aguas se apartaron, dejando al descubierto la tierra atónita y empapada de salitre. Un régimen de cortas y numerosas erupciones duró varios milenios, y la flora y la fauna que avanzaban desde la costa africana invadió la zona canaria. Grandes tortugas terrestres y lagartos gigantes, que hoy sólo existen en los roques de Salmor del Hierro, se extendieron

por los terrenos emergidos entre corrientes y taludes y por encima de los malpaíses y piconeras recién creados por el volcanismo.

Pero el gran macizo africano, solicitado por fuerzas distantes, acusa de pronto vacilación y comienza de nuevo a hundirse. Las oleadas tectónicas se estrellan en la rígida plataforma del continente negro y le arranca y disloca los bordes, que se hunden definitivamente. El mar entra en el Sahara y también en Gran Canaria, que posee entonces mares interiores y costeros, poco profundos, pero con una activa fauna marina. Desde el plioceno medio se destaca la personalidad de cada isla y emergen lentamente con movimientos propios independientes, alcanzando Gran Canaria su gran alzado costero en que aquella fauna marina se encuentra a más de cien metros de altura.

Esta geología, más las últimas erupciones, que cubren grandes extensiones de Gran Canaria con lapillis negro o amarillo, y el torrente destructor de las aguas, es lo que más nos interesa para la zona de nuestra isla, en que es ya tan densa la población humana, pero también nos dibujan verdosas lagunas costeras, paisajes enmarcados por un oleaje desconocido o una flora extraña, en que los lagartos y las tortugas se disputan el lugar de las arenas, con una visión de paisaje extraño y que quisiéramos ver reproducido algún día por un artista con poder de evocación en los paneles de alguna institución cultural de nuestra ciudad.

Sobre una finca de levante, toda actividad se extiende en estos momentos. Allí estaban situadas las antiguas Caleras del Rey, porque existe buena piedra de cal y aun mármoles de un color melado precioso, con vetas más oscuras, mal explotado en el interior de la montaña porque no lo han hecho técnicos expertos, pero capaz de un pulimento extraordinario. Las fincas no son muy grandes ni tampoco pequeñas; se escalonan hacia la cabecera con muy diversas tierras, pero tendentes a lo arenoso, con llanadas abiertas por el barranco, y todo demuestra que aquellos terrenos han sido numerosas veces rellenos bien por el mar remoto, por la inundación o por las lluvias de picón o diversas avenidas, y abiertos otras tantas veces por la corriente impetuosa de las aguas invernales. Pero las montañas lomosas que se yerguen a ambas bandas distantes del espacio abierto por un barranco primitivo, mucho más ancho y potente que el actual, permanecen casi todas desérticas y sin cultivo.

Una de ellas está siendo perforada en la actualidad para construir un estanque, casi una presa, si fuese para la recogida de aguas y no para su almacenamiento, completamente empotrado en el terreno. El corte del mismo da todas las variedades de depósitos, tanto de arrastres como volcánicos. A dieciséis metros de profundidad han aparecido numerosos huevos fosilizados, verdade-

ros nidales, que se supone sean de tortuga y huesos de tipos que son difíciles de reconocer, pues no son sino fragmentos aún no vistos por los especialistas. Allí, bajo la tierra, hoy ya cultivada de plataneras, nos imaginamos a los grandes lagartos y a las tortugas terrestres llegadas en el premioceno, alrededor de las enormes charcas y de la vegetación exuberante de un clima con más agua y más calor que el actual.

Pero ahora, sobre todo ello, el hombre realiza su labor con verdadero arraigo, pues el paisaje está completamente modificado por las largas latadas, con una de las conquistas más universales del hombre: la vid, que alcanza allí sus más preciosos y alicatados ejemplares de Canarias; unas moscateles dulcísimas, gloria del paladar. Algunas construcciones tienen la típica forma alargada, con tejado a dos aguas, de tejas rojas o simplemente con ese pobre tejado de tierra sobre las astillas de tea. En estos depósitos de la finca en que estamos se ve la estructura antigua de una habitación humana adoptada a las modernas necesidades de la explotación agraria. Más abajo, un pozo y una máquina emborrona el cielo, y aquí un almacén de cierta amplitud y con techo de planchas se añade a los restos de la casa. Las habitaciones, puestas en serie y dando al viejo emparrado, están hoy destinadas a almacén de paja o a contener restos de las cosechas más diversas.

Pero el carácter de este conjunto humano está representado por el espacio abierto delante de la vieja casa, bajo el emparrado, tan amplio como ella, o poco menos, empedrado, que tiene en una esquina la panocha del millo y los aperos grandes de labranza, los arados romanos usados por estas gentes junto al camello-dromedario, el camello de las tardes tranquilas que ya regresa por el camino que une a todos estos caseríos entre muros altos. La visión del cercado próximo está limitada por otra serie de construcciones paralelas del mismo tipo, también perpendiculares al camino, con la misma análoga idea de la disposición: todas ellas orientadas al naciente, no mostrando al poniente más que estrechos y altos postigos.

En este cercado frontero están los perros, las cabras comiendo los rastros, estacadas, restos de pasadas cosechas. Y el signo de la desolación lo da la construcción moruna de la vieja pila desaparecida en un extremo de esta galería cubierta por el emparrado, con su bovedilla de media naranja y el interior desierto de bernegal. El desmantelado humano de esta pila me produce la misma sensación de necesidad de reconstrucción de aquellas imágenes perdidas de la historia de nuestra isla que no vieron ojos humanos, en esta finca hecha sobre el mioceno. Una mezcla del sentimiento que nos llama de la tierra, con otro que lo ata a su propia historia y le conmueve donde ve su rastro.

El misterio del túnel

Así como nosotros no somos realmente protagonistas de nuestro propio nacer y de nuestro propio morir, somos, por lo menos, agonistas de lo que ocurre entre estas dos guerras del orto y el ocaso. Y lo que ocurre es algo también por lo de recurrir o recurrente, pues no hay ser humano, con su conciencia bien despierta, que no se haya dado cuenta, que no haya tomado conciencia de que lo que le está ocurriendo ya le recorrió u ocurrió en otra ocasión que no sabe determinar bien cuándo ha sido.

Este escalofrío que nos recorre, y al que recurrimos para explicar ciertas cosas, nos ha hecho de nuevo vibrar, sentirnos intranquilos, cuando la otra noche nos perdimos por las complicadas callejas de un Telde-San Gregorio, que no conocía sino de día, y no encontrábamos la salida hacia Las Palmas. La fascinación de la tierra, de los muros, de las viejas ventanas se podían equiparar en ese momento a la fascinación que ejercía en mí, de niño, el viejo túnel de La Laja a la Mar Fea, camino de Telde, o más bien de regreso de San Antonio, porque entonces era de noche y procuraba ocultarme en el fondo del vehículo para que el misterio de la tierra, abierta hasta las más íntimas entrañas, no me pudiese atrapar, cerrándose sobre nosotros. En la mentalidad, en el pensamiento salvaje como en el pensamiento infantil —y el adulto y civilizado no se diferencia mucho de éstos—, la fascinación oscura, principal, ejercida por totem alguno, es, ante todo, la de la propia tierra madre, temida y deseada al mismo tiempo, y con ello trato de explicar la fascinación cuádruple ejercida sobre mí por este camino que no tiene explicación si no es por ello: por ser la de Telde la tierra abuela, y aquellas calles de San Francisco o San Juan una cierta forma de vida de las cuales no me puedo desprender y ver ahora los caminos abiertos de nuevo sobre la piel rugosa de la isla, como violaciones de ella.

Y esto es lógico en todo lo que tiene de ancestral, pues siendo aquí imposible que las viejas tribus de las que estamos compuestos poseyesen los totem animales; por lo escaso de las especies que sobre la aislada isla vivían, es posible que los colores de la misma tierra el blanco, el negro, el rojo, el pardo, el amarillo... ejercieran su función frente al trazado y la orientación de los caminos del Norte, del Sur, del Centro, del Oeste, del Levante, del Noroeste, del Sureste... y de los tiempos del verano o el invierno, o de las figuras geométricas que encontramos en las pintaderas: de triángulos, ondulaciones, cuadrículas o punteados, marcas de tierras y cosechas.

Cuando ahora he regresado a la isla —pausadamente, porque

un nuevo encuentro con ella podría haber sido muy peligroso— la he encontrado totalmente horadada y ausente de donde estaba. Es decir, la madre inviolada hace mucho tiempo que ya no existe, y ahora las nuevas vías me desorientan, me llevan a un sentido lejano de la existencia y hace que busque puntos de referencia entre la calle Real de Telde y la vieja Vegueta, entre el túnel de Telde y las vías estrechas de la ciudad, entre los viejos faroles y las luces que quiero, entre el lento desgranarse de los faros por la carretera y la oscuridad de los montes que nos circundan, con su misterio de lobos inexistentes. ¿Cómo imaginarme ya la vieja playa? Sobre el borde, el estallido de las claridades que entre los depósitos y las máquinas alumbran el borde del mar, eternamente espumoso. Entre el trabajo y la alegría, los que tienen que buscar un transporte que los lleve a Telde en las horas primeras de la noche estrellada. Los cielos están rumorosos, como si ya el Apocalipsis hubiese tenido lugar y este mundo por el que circulamos sea sólo un recuerdo de lo escrito por San Juan. Allá, el número de la bestia, el 666, sobre unas luces blancas, rojas y verdes que circulan por encima de los ligeros desgarrones de las nubes. Y siempre abajo, repetida, la dicotomía que ha desaparecido: más allá del túnel, más acá del túnel. Durante un año, desde que llegué, esta separación ha tenido para mí una nueva dimensión esta vía, una realidad que no esperaba encontrar en la isla. Pero toda sociedad agrícola —y la isla lo ha sido hasta el borde de nuestros días— es una sociedad mágica, en donde se recitan salmos para la prosperidad de nuestras propias cosechas —y ojalá allá por Jamaica o alguna región africana se sequen las plataneras para que los nuestros tengan buen precio!—. Es el misterio del túnel de Telde desvelado y debelado. Es el dragón de las Hespérides, comprendido. Estamos más allá o más acá, pero la sociedad canaria está al borde de dejar de ser una sociedad agraria con miedo a la endogamia —aunque sea con pueblos de la misma tribu— y a la exogamia; es una sociedad que está a punto de dejar de ser agrícola y mágica, cazadora y pescadora, para convertirse en una sociedad de caldo de cultivo técnico. Y para mí veo claro, como la noche estrellada, que su símbolo, su forma de interpretar el signo clave —la desaparición del túnel de Telde—, nos escribe algo que ya podemos leer sin dudas y que se orienta cada vez más a lo que tantas otras veces he repetido: hacia la ciudad-isla.

Pero, de todas maneras, ¡cuidado! Porque los genios de la tierra necesitan refugios, prolijos y mimosos cariños, donde los gnomos y los duendes puedan vivir: barrios —reservas, callejas apartadas, trozos de carretera inviolados, rocas que se iluminen con luces intermitentes— como de brujas sobre las montañas, y un

amoroso sentir de la tierra que nos prohíba el destruir todo, el destruir el apoyo en que Aquiles, los nuevos Aquiles, jóvenes maduros, bellas mujeres y niños del futuro, han de sustentarse o perecer.

San Antonio

Telde, con su puente de siete ojos clamando por un río, la silueta lejana del gigantesco laurel y la araucaria, centinela de los molinos metálicos, con su eterno chirriar. Traspasado el gótico retablo de San Juan, el platanal y la cantonera, llegamos al jardín de San Antonio, antaño lleno de la ruina de las rosas y las estefanotas. San Antonio, con su humilde ermita, los nobles muros, el ancho portalón, y dentro, como fruto en sazón, licuándose en dulzores de ópalo mate, el Paraíso. Bórranse suaves entre los recuerdos las sendas perdidas del jardín, los cañaverales de bambúes negros, las flores de cera, el orgullo de los dragos y el reptar de los dragones esculpidos en la piedra que no espera sino otro rústico Apolo. Allí, en la sombra, ríe todavía —con risa de ladrillos rojos— el que grabó mi padre, y está la yedra esperando los tirsos clásicos. Es el mundo del reptil y el pájaro; aquel que en un amanecer nos despertara con toda la sonoridad de sus trinos. Mi sangre saltaba como las pepitas de las granadas, mientras el café doraba su rojiza piel, en el terradillo, casi con versos de Valle-Inclán. El agua, esa agua del Sur más pura y cantarina que ninguna, por más deseada, llegaba, al cumplirse la dula, con la alegría de las cosas eternamente esperadas. La tierra era la novia del agua. Venía en espumeante chorro, de lo alto, y para entrar en la acequia de piedra saltaba con garbo de estrellas de plata junto a las únicas orquídeas del jardín, pues parecía elegir lo más exótico para gala de sus privilegios reales. Bajó los amplios cedros que hacían sombra al parapeto vivía un búho, un viejo búho a quien no podíamos ver, pero allí se estaba, envidioso de la alegría de la campánulas azules, retrepado en su vieja morada. Algunas tardes también el cielo se oscurecía, gozaban los cerdos en el lodo, y en sus goros de tosca parda, mientras un rumor de gloriosa sonatina desgranaba, pálida, el agua, y un furor de máquinas potentes descargaba su monorrítmico respirar de humo negro sobre el campo húmedo, a la sombra del viejo y rojo tártago.

Más abajo, en la tarde sonrosada por la Flor de Pascua, volaba algún murciélago, tras la airosa palmera, en el camino de las gañanías. A su pie ensoñamos muchas veces que el mundo

terminaba allí y que el mar primitivo bañaba los muros terrosos de su pobre construcción...

Así, de nuevo, quedó cortada la vida en San Antonio.

San Francisco de Telde

El recuerdo de su ambiente tiene consistencia pastosa, como la melaza en el trapiche de la semirruinosa fábrica de azúcar. Ella señala el límite de los jardines, abandonados y perdidos, por el Oeste. Al pie está el Barranco, gris y ancho como la espalda empedrada de un gigantesco monstruo antidiluviano que prolongara su retorcido cuello por los recodos y meandros —entre cortadas de parda tierra y lomas cuajadas de molinos—, para salir a respirar la ambrosía de Neptuno con ojos adormilados de caimán, del color de las aguas vivas que pasan entre las algas de la costa. Y en el escarpado de la margen derecha, cuando todavía el mar es sólo una nostalgia para las piedras del cauce seco, el barrio de San Francisco.

Para ver este barrio, hecho de piedras y cantos rodados, de pulpa amarilla de aguacates y cales coloreadas, es necesario llevar la paleta de un Gaugin o, por contraste, la caja, sin colores de un extraño cubismo; mirar por la punta negra de un lápiz de apuntes —comiéndole el terreno a los arcos isabelinos de algunas puertas—, o por el chorro de verdes joyantes de una acuarela del norte de Tenerife. Este es un barrio de contrastes, sin color y de luces, con piedras y maderas rotas como las hélices de los molinos chirriantes que entierran su trompa por los aledaños de la ciudad en busca de cualquier perdido rastro de agua.

La otra tarde estuve en el barrio de San Francisco, subiendo por la calle Real y doblando por donde los altos cercados del Roque ponen un límite a la ciudad de San Juan Bautista, frente al más bello portón sorprendido en un recodo, carcomida la madera por el tiempo y los ratones, deshechas en astillas, como de una tela desflequillada, las tablas, abiertas a cualquier gatuna aventura de la medianoche. Por allí las casas se hicieron bajas y morunas, dándonos la espalda, adivinándose dentro de las huertas, sobre el bernegal, unas galerías de maderas tan viejas como las de este portón reseco donde se ponen a tostar al sol las mazorcas y el café. Hay un olor indefinido en el ambiente, compuesto de residuos en putrefacción, del olor de las gañanías, del humo de los hogares que se ha incrustado por siglos en las maderas y en las piedras, de flores estrujadas y aguas estancadas en cualquier oculto remanso. El color de las plataneras y de

los naranjos cargados de aquel azahar que se convirtió en pomas aún verdes, se refleja en los muros blancos, espejeantes como si hubiesen sido pintados con mercurio. Los aguacates que surgen por encima se doblan al peso de la fruta que, como enormes lágrimas verdes de una selva tropical, servirían para adornar de esmeraldas el manto de San Cristobalón. El ambiente es espeso y se podría cortar, si no fuera por el constante viento norte que como un dragón azul sopla en las esquinas y por los intersticios de las mal encajadas maderas de los portones de tres almenas y una cruz.

Otra vuelta y las cuestras que empiezan a precipitarse sobre el Barranco —cantera de toda esta piedra que gránula las calles y los callejones con sus caprichosos dibujos. Esta es la cuestra de San Sebastián. A la derecha hemos dejado la de las Carreñas; más allá la huerta de los Aguilares. Un poco más y la plaza de la Portería, irregular y extraña, nos sorprende con su espadaña negra de cartón piedra, de tres cuerpos. El primero es liso con una sola puerta amplia de arco de medio punto, elegante y sencillo, descansando sobre ménsulas exactas, directamente puestas sobre el muro. El segundo contiene bajo sus arcos las dos campanas; y en el tercero el remate hace del conjunto casi un monumento herreriano por sus acróteras con bolas. A la izquierda otra cuestra bien cuidada, sobre el barranco, otro portillo abierto sobre los cercados con plataneras de “agua dulce”, enormes, negreando de verdes, de hojas perfectas y anchas, con la perspectiva al fondo —sobre la otra margen del Barranco— de un poblado semitrogglodita en sinfonía de amarillos sobre almacenes con techo de uralita, más allá del puente de los siete ojos.

Por su puerta principal la iglesia del antiguo convento franciscano da sobre la plaza de San Francisco, más regular y perfecta que la de la Portería, con el romance de sus bancos de piedra, de las agujas de un pino que llega al tejado, de los viejos que rumian el lento pasar de las horas en camisa. Falta la patineta de una niña que cruce las aceras o el rumor del colegio, cerrado esta tarde de viernes. Su pobre habitáculo fue en un tiempo Calvario. Conserva una vieja alcancía de piedra y una puerta con arco también de piedra. Las noches, con esta luna redonda que hay ahora vieron sobre ella la llegada solemne y litúrgica de los entierros de lugares lejanos, de rezagados caminos barranqueños, con espanto de los últimos lagartos del día y de los primeros murciélagos de la noche. Sobre la plaza pone su elegante sombra lunar la araucaria, las dos palmeras, este chirimoyo y un grupo de cañas de Indias que veo erguirse tras el muro almenado del huerto frontero.

Bajando por la empedrada calle de San Francisco hemos de

volver con pena la vista atrás y entonces la perspectiva divisada nos premiará el esfuerzo. La puerta clásica de la iglesia —frontón perfecto, arco de medio punto bajo él— nos mira con su solo ojo purpúreo de madera enjalbegada, ocultándose, poco a poco, bajo la curva de la calle en cuesta. Por la izquierda se desprende rápida la calle Nueva. Al llegar al remate de la de San Francisco, dejando un poco retrasado el Altozano, encontramos la de Trescasas, la Huerta y el callejón de la Fuente. Aquí, en el pequeño triángulo formado, parece que se ha detenido definitivamente la vida. Un muro sirve de balcón sobre la Fuente y la Huerta. Tan en miniatura es todo aquí que sólo cuatro niñas podrían jugar alrededor del laurel de la India que en su poceta vive cercado. Si creciera, la gigantesca ficacea derribaría las casas fronteras. Si se resigna a la eterna enanez será como esos cerezos que los japoneses cultivan en macetas, verdaderas plantas contrahechas. Nada hay que se parezca a esto en todo el resto de Telde, a pesar de sus góticas piedras que parecen arrancadas de un estilo medieval del pleno XII, de sus maderas modeladas bajo panes de oro, de sus losas de piedra heráldica en sepulcros fundacionales, de sus acuarelas de patios ocultos, inéditas; de su alameda embaldosada, de sus posibles pinturas miguelangelescas, de sus balcones verdes y sus celosías enrejilladas, del viento que sopla por la calle del Duende, del agua del Chorri- llo... Aquí está la sencillez plegada al muro, al tronco blanco, a la piedra, a las moscas de oro del atardecer. Antes de llegar de nuevo a las Carreñas hay un canto de voces en silencio que parece nos tira del alma y fantasmas de antepasados que cruzan a pleno sol.

El Ingenio

Hace muchos años, pero muchos años, que estuve en el Ingenio. No sé si se refiere a este pueblecito del Sur una acuarela muy bonita que pintó mi tía y está en la sala de mi casa. La acuarela representa un callejón en cuesta, empedrado de gris, bordeado de casas albeadas de amarillo, de ocre de siena, de rosa pálido, de blanco, de color barquillo, que se interrumpe de pronto por la caída de una joroba empinada. El fondo es una vista con araucaria, tres palmeras y dos cadenas de plataneras y una casa que lo mismo podía ser una vieja iglesia, alta y amarilla con el tejado de un rojo muy viejo como de sangre seca. También creo que pertenece al Ingenio mi visión de un cielo como los que el Greco pinta para Toledo. Pero el paisaje que recuerdo del Ingenio contrasta por completo con el de la ciudad Imperial. En Toledo la historia lo asume todo y parece como si

una tolvanera que viniera del cielo arrastrase la ciudad hacia él. En el Ingenio no hay historia, hay cercados con piedras, tierras rojas y terrazas que se deslizan hacia el mar y se adivina lo volcánico del mundo que nos rodea. Los tomateros, las tuneras, las papas y las batatas, los guayaberos y naranjos interrumpen con su verde grito el silencio de las casas cercanas, pero hacia arriba va subiendo el pueblo por calles empinadas y hay mujeres de anchos pómulos, de ojos azules, de trenzas castaño oscuro y otras de físico mediterráneo, cetrinas de color, y hombres oliendo al sudor de la tierra. Más arriba, las callejuelas se estrechan aún más, las casas son más blancas, y hay, de pronto, desniveles impresionantes que escalonan la vida de un guayabal a un juzgado. Entre los muros, y bajo el puente, están las huertas del guayaberal con sus hojas verdeoscurecidas, ovales, dentadas y sus frutos amarillos a tramos verdosos, con la pulpa roja, en el guayabo macho, y el tamaño más grande y la pulpa blanca en las guayabas, con dulzura acre. Y arriba, aún más alto que el cielo, el surgir rápido y brusco de las torres de la iglesia, con una sola nave grande, espaciosa, con imágenes hermosas de colores brillantes y talla delicada.

No sé por qué aquello fue para mí el sueño de una noche en que me asomaba a una ventana abierta y sobre un campo nevado corría un caballo rojo. Y eran los gritos de una negra que había venido de Cuba con los amos de aquel ingenio.

Cernícalos del Sur

Ya las gentes de hoy, con sus líneas de costa tendidas de nuevas suecas, y azules y rojos y blancos turísticos, embebidas de marismas lejanas, han olvidado lo que era el desierto sur de Gran Canaria. Antes había como un monipodio de queso curado en esos aldeaños morados, una vez pasado Telde, la Cruz de Jerez, los cardones de aquellas peñas desiertas, las bifurcaciones al aeropuerto y las montañas; barrancos como el de Silva, donde dicen que el verdadero Silva recibió la rociada de las piedras canarias, la tabonada firme, y se adentró en tierra, a pesar de ello, desde el punto de la costa —entre Hoya del Pozo y Ojo de Garza—, que aún llaman Bahía de los Castellanos.

Arriba había llanadas hasta llegar al hondo y trágico barranco. Llanadas con alfalfa muy verde o seca, llanadas blancas que podrían ser recorridas por don Alonso el Cernícalo, con su figura corcovada, su tos fea y profunda, sus recuerdos también de playa y monte, en los tiempos que aún verdeaban sus caricias entre

montículos de arena, en las carnes sucias de aquellas payesas de rodrigón.

Don Alonso el Cernícalo, quedóse aquella noche —una cualquiera— en la venta del camino, donde hay un cruzar de rutas que no conducen a ninguna parte, sobre el barranco de Silva, poblado de cernícalos, apalabradero de guirres, donde estos serios animales del aire celebran sus tagores de quebrantahuesos. Don Alonso, con su tos y todo, llegó a la amanecida sin pegar ojo.

Un perro bardino le había estado haciendo el amor a la luna de algodón hidrófilo que asomaba por encima de la cerca, como un presentimiento de calavera. El perro sólo se calmó cuando —con sus manchas rumorosas de arena insondables— la luna traspuso, tras las constelaciones que la precedían en su marcha. El cercado trasero de la casa era propicio al reposo de las necesidades perentorias y en él pretendió posarse don Alonso como un guirre más, con su humanidad tosiente y quebrada. El perro estaba atado, pero precipitóse enfurecido sobre el atareado caballero, que intentó reposar algo más allá. Pero no había caído aún, cuando el can majorero —persistente, pesado e insufrible—; lo vino a levantar de nuevo. Extrañóse aún más de esto don Alonso, puesto que el perro estaba sujeto por una cadena a la carlanca, pendiente de ésta hasta el suelo, hasta que vio cómo la cadena a su vez se deslizaba sobre una verguilla que recorría toda la anchura y la longitud del predio, haciéndolo inhábil para el descanso corpóreo.

El cielo se distanciaba, cuando don Alonso logró salir del atolladero con vida, pues al perro bardino, amén de porfiado, es feroz y malintencionado. Más allá reposaba el batallón de milicias isleñas en maniobras por el Sur, bajo la égida de los marqueses de Lanzarote y en los predios archiepiscopales de Artedara, Temisas y Agüimes. Su conversación escatófila bajo los eucaliptos del camino tomaba a estas horas su máximo vigor. Estaba harto de visitar miserias de toda la vida. Sabía de las del barrio y de otras que más allá no digan dueñas, porque las mismas dueñas también lo eran. El desayuno bebido —café con leche—, el tabaco puro y el fósforo en la mano, sin encender. Don Alonso el Cernícalo empalidecía al amanecer.

A pesar de sus alternativas, de sus bajones y subidas, en su largo ser de hidalgo provinciano, su total contextura tenía aire de cernícalo del Sur. Muchas veces nos hemos preguntado si no sería él el asesinado en el célebre “crimen sin cadáver” de la Montaña número Siete. Salió, en su tiempo, con Totorota, por la Angostura, pues era buen caminador, y otras, con escopeta de dos cañones, camino de las azules palomas de las cumbres lejanas. En la ciudad es posible que también estas salidas de ma-

drugada terminaran entre dos "guindillas" y lo acompañase el canto mal engarbiado del amanecer:

Cernícalo, queso, mal rayo te lleve
y si no me lo pagas, tú me lo debes.

Con esa ingenuidad que ponen los chicos contra los cernícalos, esperando verlos caer al solo compás de sus conjuros, don Alonso el Cernícalo cayó también: estaba borracho, como siempre.

Arinaga "Star"

Un dibujo geométrico sobre el mapa del levante de Canarias. Un dibujo simple, como el rasgo de piedra de Cristino de Vera. Una topografía de azul y langosta. Es a la vez, lo que estoy haciendo, un recuerdo de Luis Alvarez Cruz y sus tertulias. Algo que ya no existe. Pero estamos ahora sentados sobre la tumba de Antonio Machado grabada por Cristino de Vera en el Castillo, bajo el parque de las chalanas, de los lanchones aplastados, de los que me hablaba el otro día Lázaro Santana. En ningún lugar de la isla, a la revuelta del viento, en los muelles escorados de banda, podemos escapar a la presencia del mar. Sólo el paredón del bar Las Farolas nos lo impide. Un paredón de edificio moderno donde la vieja sencillez del estuco, o las persianas, de la piedra y el barro no existen, pero donde tampoco existe el moderno ventanal, en esa conquista de la arquitectura del xx que son los espacios abiertos y protegidos. Ahorro de calidad, de imaginación y de lo que hay que tener. No olvidemos que Giorgio de Chirico está considerado como surrealista. No perdamos de vista tampoco que su primer estilo está bajo la influencia de Arnold Böcklin y la filosofía de Nietzsche. Las cosas de Vera; entre los cubos del Castillo de la Luz, parecen aún más cubistas que lo que son de por sí. Simplemente realistas, de cubos de piedra sin transparencia. La guitarra de Vera no es una guitarra cubista, sino una guitarra real. Como la guitarra del guitarrero que ameniza a veces nuestros almuerzos en Arinaga. La diagonal nos inclina hacia lo desagradable. Es una raya que introduce el desequilibrio. La magia está presente, pero la transparencia está ausente de la pintura de Cristino de Vera, como está ausente de Arinaga "Star". La barra de Las Farolas es una barra internacional, si llamamos naciones diferentes a los "hijos de la noche", que hemos cumplido allí casi un ciclo completo. Por partes iguales, Arinaga es una regresión al cubismo, como quizás lo sea Cristino de Vera. Pero oculta su surrealista fondo de crustáceos, y hasta de malacostráceos, en la reserva verde de

los estaqués, en la reserva verde de las langostas, en las tanquetas múltiples de los centollos. Donde da la vuelta el viento de la crónica apresurada. En la región más transparente, pues las regiones del mundo se interfieren entre sí, como se superponen —en nuestra época— todos los estilos.

No cabe duda que Antonio Machado ha impresionado a Vera, en su sencillez de piedra del Moncayo. —¡Oh, viento del Moncayo! ¿Verdad, Melquiades Rico?—, y del Duero en su arco de ballesta. Arinaga es también un arco tendido, dispuesto a disparar su viento. Su Sagitario está encerrado entre muros, se desboca por las calles, asaetea con arena los rostros, y es destino encerrado en aquel patio de casa de Guillermo, con su pasillo para plantas y su cuadrángulo, que me recordó de pronto otro de Maracaibo: el de Rafael Cabral.

Volvamos a Machado. Cohen lo sitúa *En la tierra baldía*. Vera crea un mundo de seres y piedras baldías asaeteadas por la piqueta. Arinaga es un lugar en la geografía de Gran Canaria para aquel que le gusten las fuertes impresiones de la tierra baldía. Los antiguos baldíos del Sur. Ese Sur, tal como lo soñó Pancho Guerra en aquella obra de teatro que creo que no publicó nunca. No hay nada en estilo apocalíptico en Vera, en Machado, en Arinaga. La dureza de Vera se muestra exacta en esta piedra que aparece en sus cuadros. De piedra, como en el corrido mejicano, son las camas, las tumbas, las personas. Esa objetivación de las cosas se da por igual en Arinaga, en su dintorno y en su contorno; en Manuel Machado y en Cristino de Vera. Incluso hasta la esperanza está representada por un verde pálido que castiga los ojos. Todo en Arinaga, en Vera y en Machado es una catarsis. En el poeta hay un sentimiento de culpabilidad por la muerte de Leonor. En el pintor, un sentimiento de culpabilidad por no haberse prestado al fácil triunfo del informalismo. Si algo es también, además, *aindamáis*, Cristino de Vera es un expresionista. Sus colores los emplea con carácter expiatorio. Son de una tristeza infinita y sus calaveras son mucho más tristes que las calaveras reales, pues éstas —las reales— tienden a demostrar que la muerte no es tan sucia como en sus primeros instantes, y que el hueso puede ser mucho más transparente que la alegre carne cuando se le interroga desde esta duda hamletiana de Arinaga, de Machado y Cristino.

En Arinaga las risas, el vino, los amigos, encubren la tragedia del corte de la montaña, por Guayadeque, la muerte de las langostas en la superpoblación de los viveros, el humor del desierto que hay que cubrir con alcohol en las tardes color de Cristino de Vera.

Agüimes

Cuando llegamos a Agüimes, la tarde se rompía sobre el sol poniente. Su cristal de reflejo con oasis petrificados adquiría entonces todas las tonalidades de la cal. Las cúpulas hacía tiempo que nos precedían en el rezo de la oración de los ángeles. Pero el vertedero, la columna y el acanto columnario de las palmeras ponían su seudónimo sobre el entorno de la villa episcopal. Sobre el azul, ni una raya. Bajo el suelo, los barracones y las acequias secas de la desolación canaria, donde el aire se hace piedra aun en los días de la más tremenda canícula, o precisamente en ella. El entorno de este pueblo está labrado en el aire. Sus calles tienen el sabor de las estefanotas, aun contando con el bárbaro exorcismo de los balcones que han osado cuadrangular la divinidad de este pueblo. Labor para los picapiedras del mañana. Y en el entorno de las enormes cúpulas. Se repiten las linternas neoclásicas hasta el infinito en esta isla de Gran Canaria que ahora se quiere destruir.

A Agüimes llegamos la víspera de Santiago y la antevíspera de Santa Ana. Y Santa Ana de Las Palmas es como el modelo de todas estas iglesias parroquiales, llenas de exactitud "carolingia". Porque si en la obra de Santa Ana el gótico se revistió de neoclásico, en Gáldar, en Guía, en Ingenio y Agüimes nacimos al neoclásico directamente, sin intermediarios que ahora desconocemos. Solamente el pecado del modernismo ha osado vituperar la obra de su ámbito. Desde Santa Catalina de Siena a San Juan Nepomuceno. Nuestro bizantinismo está presente en Agüimes. Somos los hijos de una cultura que aún no ha podido dar su grito pánico cuando otros se han agotado en él.

En el recuerdo presentido de este Agüimes que ahora descubro, con su diéresis, sus calles estrechas y blancas, su divino empedrado, está siempre la presencia de esa literatura del sur de Gran Canaria donde naufragaron Rafael Romero y Pancho Guerra —sobre todo aquellos espejos de Pancho que son menos conocidos—. Pero hay también un Este que quiere decir Sur y un Oeste en la cumbre, y hasta una presencia de Agaete o de Telde dentro de estos muros blancos de Agüimes. Es la isla y la variedad que puede mostrar de ciudad a ciudad, de pueblo a pueblo, de villa a villa y que debería ser preservado como un tesoro, porque todos los días no es posible llegar hasta aquí y el llanto por la muerte de Agüimes crecería al ver que en vez de restituírle su piedra y su cal, proliferan los horribles cajones, las puertas con capucha o las gavetas de sastre de las construccio-

nes modernas, y ya Bernabé no pudiera decir: "desde este ángulo veo cosas que creí que sólo podría ver en Córdoba o Sevilla".

La isla es ya de por sí un círculo, una plaza de toros, al revés, un redondel, pero en este mundo angular parece, a esta hora, que estamos en el centro de ese círculo dispuesto a que el cielo nublado por un guirre rojo nos comunique algo, pues de los mudos muros el ser humano espera más comunicación, si cabe, que de los portalones de las tabernas abiertas. Entre la costa y la llanura costera, y el aire de las cumbres y los alisios, un sol. Es el sol de Agüimes. Filamentos negros al mirarlo. Uno solo pende burbujeante. Hay otros que salen de la tierra, con los penachos de las palmeras que se interponen entre el muro y la realidad cristalina de sus esbeltas formas. Las luces de la plaza impiden la salida con su red de alambres líquidos. Más allá del mundo visible hay zapatas labradas, dinteles abandonados, claves caídas, galerías remendadas, diecisiete gatos agoreros en un solo patio, a la acechanza del mutis que la vida puede hacer en cualquier momento. Todo tiene, en estos rincones, la sagrada ambrosía cristalina y dorada de un mundo muerto, de una encantadora decadencia insular. La episcopal villa de Agüimes. Más allá del cristal, el espejo del cristal. Todo se ve a través de él: cielo, sol, nube, mar, colinas, ventanillo, barranco, acequia, piedras y bienes mostrencos. "Abajo como en las novelas. Tiene atada a la cintura una corbata. Más arriba, otra. Las pelucas vuelan por los aires y van cayendo como copos." Un concierto de música de Vivaldi o una novela de Alejo Carpetier está pidiendo esto en cada puerta, en cada trago de ron. Todo es dieciochesco. Un amigo me lo había encargado y lo leo en un viejo libro de heráldicas y genealogías:

"Página 137. Tomo IV. Tengo anotado: Artilles. Linaje de Canarias, casa solar en Agüimes, del partido judicial de Vegueta. Caballeros de la Orden de Santiago. Probaron nobleza en 1754 —siempre el siglo XVIII en nuestra presencia—. Expediente, en el Archivo Histórico Nacional"... A veces las cosas no comunican nada si no se llenan de signos en su superficie. El ser humano es, ante todo, un ser semiótico o semiológico. Está lleno de materiales de derribo y esperanzas. Es quizás una serie inconcreta de estudios literarios, pues la versión del hombre de hoy aún no se conforma con su "imagen en directo". Necesita de la *letra dura* para verse a sí mismo. Como estas muchachas que estaban en la plaza necesitan del audífono, del altófono, y de los focos para hacer ver su presencia en el mundo. Agüimes se llenó de pronto de todos los ambúlacros subyacentes de la conciencia humana.

Salimos de Agüimes en plena y alta madrugada. Cuando los gallos quieren perforar ese manto negro de la noche que para

nosotros no existía. Eramos una metáfora lorquiana. El recuerdo de viejas y lejanas cabalgadas por estos cercanos predios. Me recordaba la presencia de Arinaga más abajo, de los amigos que ya desaparecieron, de la obra ingente de cultura y arte que dejaba atrás, en su iglesia, en su sagrario, en su cúpula, en su linterna e incluso en alguna gárgola antigua, de alguna vieja casona semiarruinada. Volver; porque Agüimes merece ser conservada en su cristal.

Llanto por un camello quemado

Un montón informe de cenizas, las arenas cristalizadas por el fuego, esa carne asada de Teruel, en el amanecer en que conocí a Enrique Monreal. Lento camello, dromedario jorobado, compañero de aquella niñez que ya es "del Otro" que yo fui y ya no soy. Ese. Por los erj, por los adraes, por las shebjas, por los médanos de Coro o de la Maspalomas preolímpica. Por las hamedas rojizas, polvorosas o rocallosas de tierras alonsoquesadianas, anteriores al balido y al llanto, como podría repetir Rafael Alberti. Al verte ardiendo en el desierto —camello mío— evocas en mí algo así como si quemaran al monje filosófico de los animales, a la estameña, o al yute de los viejos fardos en que llegaban las mercancías a Triana, en aquellos carromatos tirados por seis mulas. La piel de tu joroba —camello ardiente— está como rota. Eres uno de los pocos seres que ya aparecen viejos y raídos antes de ser usados. Un animal jipi y descalzo antes de haberse inventado los jipis. Pero también recuerdo tu balanceo de rigodón en vida, animal surrealista y moderno, animal con quilla náutica, casi de columna rostral de la vieja Roma. Balanceo de la cabalgadura de mi niñez, enemigo innato del caballo, bestia empinada de puntillas, presencia de Asia en Africa y en el mundo. Pero no en América. Al Nuevo y el Novísimo le faltan. El camello es algo que no se puede sustituir por la llama, la vicuña o la alpaca. Parece que en tiempos prehistóricos hubo camellos en América. Pero en vez de servir de transporte y animal doméstico a sus primitivos habitantes, parece que sirvieron los camellos de alimento a los paleonorteamericanos de Estados Unidos. Milenios después los mismos norteamericanos suministran los medios, a los neomarroquíes, para que quemem camellos en el Sahara. ¡Qué de cursos y recursos tiene la Humanidad!

Desde el callejón de Castilla, desde la Tarudanta, desde el Concejo, o desde el estanque de la Cuchara a San Antonio hay poca distancia en realidad. Está ahí *trasito*, como hubiésemos dicho antes. Pero, en la niñez, ese era un viaje comparable a cualquiera de los que hizo Alicia en el País de las Maravillas. En-

tonces estaba mi abuelo tratando de mejorar sus tierras. Ya se sabe. Lo de siempre. Un poco más o menos de arena, de arcilla, de estiércol, de bosta de vaca. El camello iba o venía algunas veces vacío. Pero no estaba tan vacío nuestro mehari, nuestro dromedario. Lo cabalgábamos mi primo Diego, mi hermano Chano y yo. Y, delante, el camellero, con su cachorra negra y su *virginio* atravesado, y el infaltable chaleco de las medianías y la costa.

Insisto, querido camello, que eres un animal moderno para nuestras historias milenarias —nuestras historias, porque los hombres actuales procedemos de “varias” historias—. Por primera vez las fuentes de nuestra inspiración romana hablan de camellos en el norte de Africa. Es el botín de César. Nuestro rey Yuba es derrotado y entre los prisioneros esos primeros veintidós camellos de que hablan las crónicas.

Los primeros de un testimonio histórico sobre Africa y el Sahara que ahora parece terminar su ciclo, bajo la zarza ardiendo, bajo el innoble napalm. Y, además, cuando hace tantos siglos que el elefante libio y el africano del Norte han desaparecido, muertos de hambre, de sed y quizás de superpoblación.

El camello no tiene la tradición artística que posee el caballo, los pájaros y hasta el humilde asno. Sólo recuerdo ahora como obras de arte que representen al camello bactriano, las célebres esculturas en piedra de la dinastía Ming. En cambio, nuestro también muy querido jumento —éste me trae aún recuerdos más antiguos: el de la finca de Gáldar del tío Pepe Castro— está ya presente en el estandarte de Ur, de los sumerios, en lapizlázuli y marfil. Los cartagineses, que son como quien dice del otro día en el norte de Africa, no conocían el camello. Y la primera vez que los clásicos lo veiron en Asia fue en las luchas contra Mitrídates.

Un animal pacífico, pero peligroso cuando se le despierta su dormida agresividad. En una feria de ganados —que se hacían más o menos por donde ahora está la Seguridad Social— se soltó un camello que decía que iba a echar la vejiga. El Jardín de Lugo y el paseo de Lugo se llenaron de temor de multitud. Iba con mi padre, agarrado de la mano y nos dimos una buena carrera para llegar hasta la carretera del Puerto sin novedades dignas de mención. Ahora mueres en el desierto. Eres el símbolo de algo incomprensible para la mayoría de la Humanidad. Como lo es el norte de Africa, que, a dos pasos de nosotros, e incluso con un constante trasvase de siglos, entre la Península, la costa y las Islas, es todavía, para la inmensa mayoría, un mundo desconocido por completo en su historia, en su ser, en su secreto porvenir. Yo diría que incluso para sus habitantes, de los que otro día hablaremos.

INDICE

	PAGS.
<i>Prolegómenos</i>	10
Vida privada de Mari Maguada	11
Diario de mi Isla	12

CAPÍTULO I.—*T-amar-an.*

Geohistoria de Canaria	17
El Escritor ante mi Isla	18
Un país con arcángeles de piedra	20
El caballero inactual regresa a su isla	22
Una charca pestilente	24
Los géneros de vida	27
La isla rural y desconocida	29
Anécdota, Historia, Eternidad	31
El capirote	34
La polilla	35
La tertulia	37
Es un mundo inmenso	39
Alonso Quejano en Tirma	41
La ambición de las aguas	43
Goethe, en San Antonio	46
Patios y jardines	48
Las iglesias	49
Las fantasías	52
La danza macabra	56
Greguerías	57
El clima de las cuatro estaciones	59
Los mitos	75
Alas sobre la Isla	82

CAPÍTULO II.—*La Ciudad sin sonrisas*.....

Las Palmas, nuestra ciudad. 1950	90
Ciudad sin sonrisas	93
Ahora, aquí, el mar	94
Las jardineras guaguas	96
Luz fluorescente	98
Las horas una a una	100
Los años fuera	104
Los días de enero a enero	106
Los años zodiacales	115
Las Instituciones	117
Los barrios de cristal	123
La ciudad intermedia	132
El puerto cuando era yo	137

CAPÍTULO III.—*El genio maguado.*

Sobre el carácter de nuestros contemporáneos...	167
Geopsique	168
La integral plástico-literaria	171
Los escritores, los historiadores, los poetas	189
Tiempo de Prensa desde Venezuela	221
Las carreras y las profesiones liberales	223
El Pueblo y sus avatares	228
La gastronomía inconclusa	258
Esperpento isleño	260
¿Canarios? Dondequiera los hay, señora	263
Los personajes sueltos	267

CAPÍTULO IV.—*El país de las rosas verdes.*

El paisaje	276
El centro	281
Las cumbres	313
El Norte	322
El Sur	338

La Isla,
de ANTONIO DE LA NUEZ CABALLERO,
se terminó de imprimir el 25 de
febrero de 1979, en ARTES
GRÁFICAS CLAVILEÑO, S. A.
LAUS † DEO

FALLO DEL JURADO

El jurado, convocado por el Consejo Insular de Aguas de Gran Canaria para evaluar los numerosos trabajos presentados tanto al Concurso de Redacción para estudiantes de Bachillerato y COU, como al de Unidades Didácticas para profesores, ambos con el mismo tema: «Pasado, presente y futuro del agua en Gran Canaria. El Consejo Insular de Aguas de Gran Canaria y su Plan Hidrológico Insular», se reunió, bajo la presidencia del Consejero Insular de Aguas, D. Andrés Rodríguez González, ayer, víspera de la inauguración de CANAGUA 97, para seleccionar los trabajos ganadores de este certamen en su primera edición.

En la modalidad de Redacción fueron galardonados los trabajos siguientes: el de Amelia Godoy Rodríguez, de Las Palmas de Gran Canaria, con el Primer Premio, el de Javier Carrasco García, del Colegio C. Salesiano Sagrado Corazón de Jesús, con el Segundo Premio, y el de Raquel de Aguiar Padilla, del mismo centro, con el Tercer Premio.

Por iniciativa del presidente del jurado se concedió mención especial a los trabajos de Delioma Felipe Castellano y de Miguel Angel Mederos González.

En relación con la Unidades Didácticas presentadas por profesores, se otorgó el premio ex aequo a las presentadas por Antonio Ramírez Hidalgo y María Isabel Doreste Salamanca, del Colegio San Ignacio de Loyola, y a la de los profesores del proyecto «PROMEGE», representados por María del Carmen del Rosario Pérez, del C.P. Monseñor Socorro Lantigua de Teror y CEP de Gáldar.

El Presidente del Jurado, D. Andrés Rodríguez González, transmitió el agradecimiento a todos los participantes en la primera convocatoria de este certamen, que, por recomendación del jurado, se pretende convocar anualmente para contribuir a un mejor conocimiento del agua y su cultura en la isla. También destacó la propuesta de los miembros del jurado de que se convoque anualmente una jornada de puertas abiertas en centros y empresas relacionadas con el sector hidrológico grancanario, que permita un